

MATEO

Mateo, apellidado Levi, antes de su conversión era un publicano o cobrador de impuestos sometido a los romanos en Capernaum. Por lo general, se reconoce que él escribió su evangelio antes que cualquiera de los demás evangelistas. El contenido de este evangelio y la prueba de los escritores antiguos, muestran que fue escrito primordialmente para el uso de la nación judía. El cumplimiento de la profecía era considerado por los judíos como una prueba firme, por tanto San Mateo usa este hecho en forma especial. Aquí hay partes de la historia y de los sermones de nuestro Salvador, particularmente seleccionados por adaptarse mejor para despertar a la nación a tener conciencia de sus pecados; para eliminar sus expectativas erróneas de un reino terrenal; para derribar su orgullo y engaño consigo mismos; para enseñarles la naturaleza y magnitud espiritual del evangelio; y para prepararlos para admitir a los gentiles en la Iglesia.

CAPÍTULO I

Versículos 1—17. *La genealogía de Jesús.* 18—25. *Un ángel se le aparece a José.*

Vv. 1—17. Acerca de esta genealogía de nuestro Salvador, obsérvese la intención principal. No es una genealogía innecesaria. No es por vanagloria como suelen ser las de los grandes hombres. Demuestra que nuestro Señor Jesús es de la nación y familia de la cual iba a surgir el Mesías. La promesa de la bendición fue hecha a Abraham y su descendencia; la del dominio, a David y su descendencia. Se prometió a Abraham que Cristo descendería de él, Génesis xii, 3; xxii, 18; y a David que descendería de él, 2 Samuel vii, 12; Salmo lxxxix, 3, y siguientes; cxxxii, 11; por tanto, a menos que Jesús sea hijo de David, e hijo de Abraham, no es el Mesías. Esto se prueba aquí con registros bien conocidos. —Cuando plugo al Hijo de Dios tomar nuestra naturaleza, Él se acercó a nosotros en nuestra condición caída, miserable; pero estaba perfectamente libre de pecado: y mientras leamos los nombres de su genealogía no olvidemos cuán bajo se inclinó el Señor de la gloria para salvar a la raza humana.

Vv. 18—25. Miremos las circunstancias en que entró el Hijo de Dios a este mundo inferior, hasta que aprendamos a despreciar los vanos honores de este mundo, cuando se los compara con la piedad y la santidad. —El misterio de Cristo hecho hombre debe ser adorado; no es para inquirir en esto por curiosidad. Fue así ordenado que Cristo participara de nuestra naturaleza, pero puro de la contaminación del pecado original, que había sido comunicado a toda la raza de Adán. —Fíjese que es al reflexivo a quien Dios guiará, no al que no piensa. El tiempo de Dios para llegar con instrucción a su pueblo se da cuando están perdidos. Los consuelos divinos confortan más al alma cuando está presionada por pensamientos que confunden. —Se dice a José que María debía traer al Salvador al mundo. Tenía que darle nombre, Jesús, Salvador. Jesús es el mismo nombre de Josué. La razón de este nombre es clara, porque aquellos a quienes Cristo salva, los salva de sus pecados; de la culpa del pecado por el mérito de su muerte y del poder del pecado por el Espíritu de Su gracia. Al salvarlos del pecado, los salva de la ira y de la maldición, y de toda desgracia, aquí y

después. Cristo vino a salvar a su pueblo no *en* sus pecados, sino *de* sus pecados; y, así, a redimirlos de entre los hombres para sí, que es apartado de los pecadores. —José hizo como le ordenó el ángel del Señor, rápidamente y sin demora, jubilosamente, sin discutir. Aplicando las reglas generales de la palabra escrita, debemos seguir la dirección de Dios en todos los pasos de nuestra vida, particularmente en sus grandes cambios, que son dirigidos por Dios, y hallaremos que esto es seguro y consolador.

CAPÍTULO II

Versículos 1—8. *Los magos buscan a Cristo.* 9—12. *Los magos adoran a Jesús.* 13—15. *Jesús llevado a Egipto.* 16—18. *Herodes hace que maten a los infantes de Belén.* 19—23. *Muerte de Herodes.—Jesús traído a Nazaret.*

Vv. 1—8. Los que viven completamente alejados de los medios de gracia suelen usar la máxima diligencia y aprenden a conocer lo máximo de Cristo y de su salvación. Pero ningún arte curioso ni el puro aprendizaje humano pueden llevar a los hombres a Él. Debemos aprender de Cristo atendiendo a la palabra de Dios, como luz que brilla en un lugar oscuro, y buscando la enseñanza del Espíritu Santo. Aquellos en cuyo corazón se levanta la estrella de la mañana, para darles el necesario conocimiento de Cristo, hacen de su adoración su actividad preferente. —Aunque Herodes era muy viejo, y nunca había mostrado afecto por su familia, y era improbable que viviera hasta que el recién nacido llegara a la edad adulta, empezó a turbarse con el temor de un rival. No comprendió la naturaleza espiritual del reino del Mesías. Cuidémonos de la fe muerta. El hombre puede estar persuadido de muchas verdades y aun puede odiarlas, porque interfieren con su ambición o licencia pecaminosa. Tal creencia le incomodará, y se decidirá más a oponerse a la verdad y la causa de Dios; y puede ser suficientemente necio para esperar tener éxito en eso.

Vv. 9—12. Cuánto gozo sintieron estos sabios al ver la estrella, nadie lo sabe tan bien como quienes, después de una larga y triste noche de tentación y abandono, bajo el poder de un espíritu de esclavitud, al fin reciben el Espíritu de adopción, dando testimonio a sus espíritus que son hijos de Dios. Podemos pensar qué desilusión fue para ellos cuando encontraron que una choza era su palacio, y su propia y pobre madre era la única servidumbre que tenía. Sin embargo, estos magos no se creyeron impedidos, porque habiendo hallado al Rey que buscaban, le ofrecieron sus presentes. Quien busca humilde a Cristo no tropezará si lo halla a Él y a sus discípulos en chozas oscuras, después de haberlos buscado en vano en los palacios y ciudades populosas. —¿Hay un alma ocupada en buscar a Cristo? ¿Querrá adorarlo y decir, ¡sí!, yo soy una criatura pobre y necia y nada tengo que ofrecer? ¡Nada! ¿No tienes un corazón, aunque indigno de Él, oscuro, duro y necio? Dáselo tal como es, y prepárate para que Él lo use y disponga como le plazca; Él lo tomará, y lo hará mejor, y nunca te arrepentirás de habérselo dado. Él lo modelará a su semejanza, y Él mismo se te dará y será tuyo para siempre. —Los presentes de los magos eran oro, incienso, y mirra. La providencia los mandó como socorro oportuno para José y María en su actual condición de pobreza. Así, nuestro Padre celestial, que sabe lo que necesitan sus hijos, usa a algunos como mayordomos para suplir las necesidades de los demás y proveerles aun desde los confines de la tierra.

Vv. 13—15. Egipto había sido una casa de esclavitud para Israel, y particularmente cruel para los infantes de Israel; pero va a ser un lugar de refugio para el santo niño Jesús. Cuando a Dios agrada, puede hacer que el peor de los lugares sirva al mejor de los propósitos. Esta fue una prueba de la fe de José y María. Pero la fe de ellos, siendo probada, fue hallada firme. Si nosotros y nuestros infantes estamos en problemas en cualquier tiempo, recordemos los apremios en que estuvo Cristo cuando era un infante.

Vv. 16—18. Herodes mató todos los niños varones, no sólo de Belén, sino de todas las aldeas de

esa ciudad. La ira desenfadada, armada con un poder ilícito, a menudo lleva a los hombres a crueldades absurdas. No fue cosa injusta que Dios permitiera esto; cada vida es entregada a su justicia tan pronto como empieza. Las enfermedades y las muertes de los pequeños son prueba del pecado original. Pero el asesinato de estos niños fue su martirio. ¡Qué temprano empezó la persecución contra Cristo y su reinado! —Herodes creía que había obstruido las profecías del Antiguo Testamento, y los esfuerzos de los magos para hallar a Cristo; pero el consejo del Señor permanecerá por astutas y crueles que sean las artimañas del corazón de los hombres.

Vv. 19—23. Egipto puede servir por un tiempo como estadía o refugio, pero no para quedarse a vivir. Cristo fue enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y a ellas debe retornar. Si miramos al mundo como a nuestro Egipto, el lugar de nuestra esclavitud y exilio, y sólo al cielo como nuestro Canaán, nuestro hogar, nuestro reposo, deberemos levantarnos rápido y partir de aquí cuando seamos llamados, como José salió de Egipto. —La familia debe establecerse en Galilea. Nazaret era lugar tenido en pobre estima, y Cristo fue crucificado con esta acusación, Jesús Nazareno. Donde quiera nos asigne la providencia los límites de nuestra habitación, debemos esperar compartir el reproche de Cristo; aunque podemos gloriarnos en ser llamados por su nombre, seguros de que si sufrimos con Él también seremos glorificados con Él.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. Juan el Bautista.—Su predicación, su estilo de vida, y el bautismo. 7—12. Juan reprueba a los fariseos y a los saduceos. 13—17. El bautismo de Jesús.

Vv. 1—6. Después de Malaquías no hubo profeta hasta Juan el Bautista. Apareció primero en el desierto de Judea. No era un desierto deshabitado, sino parte del país, no densamente poblado ni muy aislado. Ningún lugar es tan remoto como para excluirnos de las visitas de la gracia divina. —Predicaba la doctrina del arrepentimiento: “Arrepentíos”. La palabra aquí usada implica un cambio total de modo de pensar: un cambio de juicio, de la disposición, y de los afectos, una inclinación diferente y mejor del alma. Consideren sus caminos, cambien sus pensamientos: han pensado mal; piensen de nuevo y piensen bien. Los penitentes verdaderos tienen pensamientos de Dios y de Cristo, del pecado y de la santidad, de este mundo y del otro, diferentes de los que tuvieron. El cambio del pensamiento produce un cambio de camino. Este es el arrepentimiento del evangelio, el cual se produce al ver a Cristo, al captar su amor, y de la esperanza de perdón por medio de Él. Es un gran estímulo para que nosotros nos arrepintamos; arrepentíos, porque vuestros pecados serán perdonados si os arrepentís. Volveos a Dios por el camino del deber, y Él, por medio de Cristo, se volverá a vosotros por el camino de la misericordia. Ahora es tan necesario que nos arrepintamos y nos humillemos para preparar el camino del Señor, como lo era entonces. Hay mucho que hacer para abrir camino para Cristo en un alma, y nada más necesario que el descubrimiento del pecado, y la convicción de que no podemos ser salvados por nuestra propia justicia. El camino del pecado y de Satanás es un camino retorcido, pero para preparar un camino para Cristo es necesario enderezar las sendas, Hebreos xii, 13. —Quienes tienen por actividad llamar a los demás a lamentar el pecado y a mortificarlo, deben llevar una vida seria, una vida de abnegación y desprecio del mundo. Dando a los demás este ejemplo, Juan preparó el camino para Cristo. —Muchos fueron al bautismo de Juan, pero pocos mantuvieron la profesión que hicieron. Puede que haya muchos oyentes interesados, pero pocos creyentes verdaderos. La curiosidad y el amor de la novedad y variedad pueden llevar a muchos a oír una buena predicación, siendo afectados momentáneamente, a muchos que nunca se someten a su autoridad. Los que recibieron la doctrina de Juan, testificaron su arrepentimiento confesando sus pecados. Están listos para recibir a Jesucristo como su justicia sólo los que son llevados con tristeza y vergüenza a reconocer su culpa. Los beneficios del reino de los cielos, ahora ya muy cerca, les fueron sellados por el bautismo. Juan los purificó con agua, en señal

de que Dios los limpiaría de todas sus iniquidades, dando a entender con esto que, por naturaleza y costumbre, todos estaban contaminados y no podían ser recibidos en el pueblo de Dios a menos que fueran lavados de sus pecados en el manantial que Cristo iba a abrir, Zacarías xiii, 1.

Vv. 7—12. Dar aplicación para las almas de los oyentes es la vida de la predicación; así fue la de Juan. Los fariseos ponían el énfasis principal en observancias externas, descuidando los asuntos de más peso de la ley moral, y el significado espiritual de sus ceremonias legales. Otros eran hipócritas detestables que hacían con sus pretensiones de santidad un manto de la iniquidad. Los saduceos estaban en el extremo opuesto, negando la existencia de los espíritus y el estado futuro. Ellos eran los infieles burladores de esa época y ese país. —Hay una gran ira venidera. Gran interés de cada uno es huir de la ira. Dios, que no se deleita en nuestra ruina, nos ha advertido; advierte por la palabra escrita, por los ministros, por la conciencia. No son dignos del nombre de penitentes, ni de sus privilegios, los que dicen que lamentan sus pecados, pero siguen en ellos. Conviene a los penitentes ser humildes y bajos a sus propios ojos, agradecer la mínima misericordia, ser pacientes en las grandes aflicciones, estar alerta contra toda apariencia de mal, abundar en todo deber, y ser caritativos al juzgar al prójimo. —Aquí hay una palabra de cautela, no confiar en los privilegios externos. Hay muchos cuyos corazones carnales son dados a seguir lo que ellos mismos dicen dentro de sí y dejan de lado el poder de la palabra de Dios que convence de pecado y su autoridad. Hay multitudes que no llegan al cielo por descansar en los honores y las simples ventajas de ser miembros de una iglesia externa. —He aquí una palabra de terror para el negligente y confiado. Nuestros corazones corruptos no pueden dar buen fruto a menos que el Espíritu regenerador de Cristo implante la buena palabra de Dios en ellos. Sin embargo, todo árbol, con muchos dones y honores, por verde que parezca en su profesión y desempeño externo, si no da buen fruto, frutos dignos de arrepentimiento, es cortado y echado al fuego de la ira de Dios, el lugar más apto para los árboles estériles; ¿para qué otra cosa sirven? Si no dan fruto, son buenos como combustible. —Juan muestra el propósito y la intención de la aparición de Cristo, la cual ellos ahora esperaban con prontitud. No hay formas externas que puedan limpiarnos. Ninguna ordenanza, sea quien sea el que la administre, o no importa la modalidad, puede suplir la necesidad del bautismo del Espíritu Santo y de fuego. Sólo el poder purificador y limpiador del Espíritu Santo puede producir la pureza de corazón, y los santos afectos que acompañan a la salvación. Cristo es quien bautiza con el Espíritu Santo. Esto hizo con los extraordinarios dones del Espíritu enviados a los apóstoles, Hechos ii, 4. Esto hace con las gracias y consolaciones del Espíritu, dados a quienes le piden, Lucas xi, 13; Juan vii, 38, 39; ver Hechos xi, 16. —Obsérvese aquí, la iglesia externa en la era de Cristo, Isaías xxi, 10. Los creyentes verdaderos son el trigo, sustanciosos, útiles y valiosos; los hipócritas son paja, livianos y vacíos, inútiles, sin valor, llevados por cualquier viento; están mezclados, bueno y malo, en la misma comunión externa. Viene el día en que serán separados la paja y el trigo. El juicio final será el día que haga la diferencia, cuando los santos y los pecadores sean apartados para siempre. En el cielo los santos son reunidos, y no más esparcidos; están a salvo y ya no más expuestos; separados del prójimo corrompido por fuera y con afectos corruptos por dentro, y no hay paja entre ellos. El infierno es el fuego inextinguible que ciertamente será la porción y el castigo de los hipócritas e incrédulos. Aquí la vida y la muerte, el bien y el mal, son puestos ante nosotros: según somos ahora en el campo, seremos entonces en la era.

Vv. 13—17. Las condescendencias de la gracia de Cristo son tan asombrosas que aun los creyentes más firmes apenas pueden creerlas al principio; tan profundas y misteriosas que aun quienes conocen bien su mente, están prontos a ofrecer objeciones contra la voluntad de Cristo. Quienes tienen mucho del Espíritu de Dios, mientras están aquí ven que necesitan pedir más de Cristo. No niega que Juan tenía necesidad de ser bautizado por Él, pero declara que debe ser bautizado por Juan. Cristo está *ahora* en estado de humillación. Nuestro Señor Jesús consideró conveniente, para cumplir toda justicia, apropiarse de cada institución divina, y mostrar su disposición para cumplir con todos los preceptos justos de Dios. —En Cristo y por medio de Él, los cielos están abiertos para los hijos de los hombres. Este descenso del Espíritu sobre Cristo demuestra que estaba dotado sin medida con sus poderes sagradas. El fruto del Espíritu Santo es

amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. —En el bautismo de Cristo hubo una manifestación de las tres Personas de la Santa Trinidad. El Padre confirmando al Hijo como Mediador; el Hijo que solemnemente se encarga de la obra; el Espíritu Santo que desciende sobre Él para ser comunicado al pueblo por su intermedio. En Él son aceptables nuestros sacrificios espirituales, porque Él es el altar que santifica todo don, 1 Pedro ii, 5. Fuera de Cristo Dios es fuego consumidor; en Cristo, un Padre reconciliado. Este es el resumen del evangelio, el cual debemos abrazar jubilosamente por fe.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—11. *La tentación de Cristo.* 12—17. *El comienzo del ministerio de Cristo en Galilea.* 18—22. *El llamado de Simón y los otros.* 23—25. *Jesús enseña y hace milagros.*

Vv. 1—11. Con referencia a la tentación de Cristo obsérvese que fue tentado inmediatamente después de ser declarado Hijo de Dios y Salvador del mundo; los grandes privilegios y las señales especiales del favor divino no aseguran a nadie que no va a ser tentado. Pero si el Espíritu Santo da testimonio que hemos sido adoptados como hijos de Dios, eso contestará todas las sugerencias del espíritu malo. —Cristo fue llevado al combate. Si hacemos gala de nuestra propia fuerza, y desafiamos al diablo a tentarnos, provocamos a que Dios nos deje librados a nosotros mismos. Otros son tentados, cuando son desviados por su propia concupiscencia, y son seducidos, Santiago i, 14; pero nuestro Señor Jesús no tenía naturaleza corrupta, por tanto Él fue tentado sólo por el diablo. Se manifiesta en la tentación de Cristo que nuestro enemigo es sutil, mal intencionado y muy atrevido, pero se le puede resistir. Consuelo para nosotros es que Cristo sufrió siendo tentado, porque, así, se manifiesta que nuestras tentaciones, mientras no cedamos a ellas, no son pecado y sólo son aflicciones. En todas sus tentaciones Satanás atacaba para que Cristo pecara contra Dios. —1. Lo tentó a desesperarse de la bondad de su Padre, y a desconfiar del cuidado de su Padre. Una de las tretas de Satanás es sacar ventaja de nuestra condición externa; y los que son puestos en apreturas tienen que redoblar su guardia. Cristo respondió todas las tentaciones de Satanás con un “Está escrito” para darnos el ejemplo al apelar a lo que está escrito en la Biblia. Nosotros debemos adoptar este método cada vez que seamos tentados a pecar. Aprendamos a no seguir rumbos equivocados a nuestra provisión, cuando nuestras necesidades son siempre tan apremiantes: el Señor proveerá en una u otra forma. —2. Satanás tentó a Cristo a que presumiera del poder y protección de su Padre en materia de seguridad. No hay extremos más peligrosos que la desesperación y la presunción, especialmente en lo referido a los asuntos de nuestra alma. Satanás no objeta lugares sagrados como escenario de sus asaltos. No bajemos la guardia en ningún lugar. La ciudad santa es el lugar donde, con la mayor ventaja, tienta a los hombres al orgullo y la presunción. Todos los altos son lugares resbalosos; el avance en el mundo hace al hombre un blanco para que Satanás le dispare sus dardos de fuego. ¿Satanás está tan bien versado en las Escrituras que es capaz de citarlas fácilmente? Sí, lo está. Es posible que un hombre tenga su cabeza llena de nociones de las Escrituras, y su boca llena de expresiones de las Escrituras mientras su corazón está lleno de enconada enemistad con Dios y contra toda bondad. Satanás citó mal las palabras. Si nos salimos de nuestro camino, fuera del camino de nuestro deber, abandonamos la promesa y nos ponemos fuera de la protección de Dios. Este pasaje, Deuteronomio viii, 3, hecho contra el tentador, por tanto él omitió una parte. Esta promesa es firme y resiste bien. ¿Pero seguiremos en pecado para que la gracia abunde? No. —3. Satanás tentó a Cristo a la idolatría con el ofrecimiento de los reinos del mundo y la gloria de ellos. La gloria del mundo es la tentación más encantadora para quien no piensa y no se da cuenta; esto es lo que más fácilmente vence a los hombres. Cristo fue tentado a adorar a Satanás. Rechazó con aborrecimiento la propuesta. “¡Vete de aquí Satanás!” Algunas tentaciones son abiertamente malas; y no son para ser simplemente resistidas, sino para ser

rechazadas de inmediato. Bueno es ser rápido y firme para resistir la tentación. Si resistimos al diablo, éste huirá de nosotros. Pero el alma que delibera está casi vencida. Encontramos sólo unos pocos que pueden rechazar resueltamente tales carnadas, como las que ofrece Satanás aunque, ¿de qué le aprovecha a un hombre si gana a todo el mundo y pierde su alma? —Cristo fue socorrido después de la tentación para estimularlo a seguir en su esfuerzo, y para estimularnos a confiar en Él, porque supo, por experiencia, lo que es sufrir siendo tentado, de modo que sabía lo que es ser socorrido en la tentación; por tanto, podemos esperar no sólo que sienta por su pueblo tentado, sino que venga con el oportuno socorro.

Vv. 12—17. Justo es que Dios quite el evangelio y los medios de gracia de quienes los desprecian y los arrojan de sí. Cristo no se quedará mucho tiempo donde no sea bienvenido. Los que están sin Cristo están en las tinieblas. Están instalados en esa condición, una postura contenta; la eligen antes que la luz; son voluntariamente ignorantes. Cuando viene el evangelio, viene la luz; cuando llega a cualquier parte, cuando llega a un alma, ahí se hace de día. La luz revela y dirige; así lo hace el evangelio. —La doctrina del arrepentimiento es buena doctrina del evangelio. No sólo el austero Juan el Bautista, sino el bondadoso Jesús predicó el arrepentimiento. Aún existe la misma razón para hacerlo así. —No se reconoció por completo que el reino de los cielos había llegado hasta la venida del Espíritu Santo después de la ascensión de Cristo.

Vv. 18—22. Cuando Cristo empezó a predicar empezó a reunir discípulos que debían ser oyentes, y luego predicadores, de su doctrina, que debían ser testigos de sus milagros, y luego testificar acerca de ellos. No fue a la corte de Herodes, ni fue a Jerusalén a los sumos sacerdotes ni a los ancianos, sino al mar de Galilea, a los pescadores. El mismo poder que llamó a Pedro y a Andrés podría haber traído a Anás y a Caifás, porque nada es imposible con Dios. Pero Cristo elige lo necio del mundo para confundir a lo sabio. —La diligencia es un llamado honesto a complacer a Cristo, y no es un obstáculo para la vida santa. La gente ociosa está más abierta a las tentaciones de Satanás que a los llamados de Dios. Es cosa feliz y esperanzadora ver hijos que cuidan a sus padres y cumplen su deber. Cuando Cristo venga es bueno ser hallado haciendo así. ¿Estoy en Cristo? Es una pregunta muy necesaria que nos hagamos, y luego de esa, ¿estoy en mi llamado? —Habían seguido antes a Cristo como discípulos corrientes, Juan i, 37; ahora deben dejar su oficio. Los que siguen bien a Cristo deben, a su mandato, dejar todas las cosas para seguirle a Él, deben estar dispuestos a separarse de ellas. Esta instancia del poder del Señor Jesús nos exhorta a depender de su gracia. Él habla y está hecho.

Vv. 23—25. Donde iba Cristo confirmaba su misión divina por medio de milagros, que fueron emblema del poder sanador de su doctrina y del poder del Espíritu que lo acompañaban. Ahora no encontramos en nuestros cuerpos el milagroso poder sanador del Salvador, pero si somos curados por la medicina, la alabanza es igualmente suya. Aquí se usan tres palabras generales. Él sanó toda enfermedad o dolencia; ninguna fue demasiado mala, ninguna demasiado terrible, para que Cristo no la sanara con una palabra. Se nombran tres enfermedades: la parálisis que es la suprema debilidad del cuerpo; la locura que es la enfermedad más grande de la mente; y la posesión demoníaca que es la desgracia y calamidad más grandes de todas; pero Cristo sanó todo y, así, al curar las enfermedades del cuerpo demostró que su gran misión al mundo era curar los males espirituales. El pecado es enfermedad, dolencia y tormento del alma: Cristo vino a quitar el pecado y, así, curar el alma.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *El sermón del monte.* 3—12. *Quienes son bienaventurados.* 13—16. *Exhortaciones y advertencias.* 17—20. *Cristo vino a confirmar la ley.* 21—26. *El sexto mandamiento.* 27—32. *El séptimo mandamiento.* 33—37. *El tercer mandamiento.* 38—42. *La ley del Talión.* 43—48.

La ley de amor, explicada.

Vv. 1, 2. Nadie hallará felicidad en este mundo o en el venidero si no la busca en Cristo por el gobierno de su palabra. Él les enseñó lo que era el mal que ellos debían aborrecer, y cual es el bien que deben buscar y en el cual abundar.

Vv. 3—12. Aquí nuestro Salvador da ocho características de la gente bienaventurada que para nosotros representan las gracias principales del cristiano. —1. Los pobres en espíritu son bienaventurados. Estos llevan sus mentes a su condición cuando es baja. Son humildes y pequeños según su propio criterio. Ven su necesidad, se duelen por su culpa y tienen sed de un Redentor. El reino de la gracia es de los tales; el reino de la gloria es para ellos. —2. Los que lloran son bienaventurados. Parece ser aquí se trata esa tristeza santa que obra verdadero arrepentimiento, vigilancia, mente humilde y dependencia continua para ser aceptado por la misericordia de Dios en Cristo Jesús, con búsqueda constante del Espíritu Santo para limpiar el mal residual. El cielo es el gozo de nuestro Señor; un monte de gozo, hacia el cual nuestro camino atraviesa un valle de lágrimas. Tales dolientes serán consolados por su Dios. —3. Los mansos son bienaventurados. Los mansos son los que se someten calladamente a Dios; los que pueden tolerar insultos; son callados o devuelven una respuesta blanda; los que, en su paciencia, conservan el dominio de sus almas, cuando escasamente tienen posesión de alguna otra cosa. Estos mansos son bienaventurados aun en este mundo. La mansedumbre fomenta la riqueza, el consuelo y la seguridad, aun en este mundo. —4. Los que tienen hambre y sed de justicia son bienaventurados. La justicia está aquí puesta por todas las bendiciones espirituales. Estas son compradas para nosotros por la justicia de Cristo, confirmadas por la fidelidad de Dios. Nuestros deseos de bendiciones espirituales deben ser fervientes. Aunque todos los deseos de gracia no son gracia, sin embargo, un deseo como este es un deseo de los que son creados por Dios y Él no abandonará a la obra de Sus manos. —5. Los misericordiosos son bienaventurados. Debemos no sólo soportar nuestras aflicciones con paciencia, sino que debemos hacer todo lo que podamos por ayudar a los que estén pasando miserias. Debemos tener compasión por las almas del prójimo, y ayudarles; compadecer a los que estén en pecado, y tratar de sacarlos como tizones fuera del fuego. —6. Los limpios de corazón son bienaventurados, porque verán a Dios. Aquí son plenamente descritas y unidas la santidad y la dicha. Los corazones deben ser purificados por la fe y mantenidos para Dios. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio. Nadie sino el limpio es capaz de ver a Dios, ni el cielo se promete para el impuro. Como Dios no tolera mirar la iniquidad, así ellos no pueden mirar su pureza. —7. Los pacificadores son bienaventurados. Ellos aman, desean y se deleitan en la paz; y les agrada tener quietud. Mantienen la paz para que no sea rota y la recuperan cuando es quebrantada. Si los pacificadores son bienaventurados, ¡ay de los que quebrantan la paz! —8. Los que son perseguidos por causa de la justicia son bienaventurados. Este dicho es peculiar del cristianismo; y se enfatiza con mayor intensidad que el resto. Sin embargo, nada hay en nuestros sufrimientos que pueda ser mérito ante Dios, pero Dios verá que quienes pierden *por* Él, aun la misma vida, no pierdan finalmente *por causa de* Él. —¡Bendito Jesús, cuán diferentes son tus máximas de las de los hombres de este mundo! Ellos llaman dichoso al orgulloso, y admiran al alegre, al rico, al poderoso y al victorioso. Alcancemos nosotros misericordia del Señor; que podamos ser reconocidos como sus hijos, y heredemos el reino. Con estos deleites y esperanzas, podemos dar la bienvenida con alegría a las circunstancias bajas o dolorosas.

Vv. 13—16. Vosotros sois la sal de la tierra. La humanidad, en la ignorancia y la maldad, era como un montón enorme, listo para podrirse, pero Cristo envió a sus discípulos, para sazónarla, por sus vidas y doctrinas, con el conocimiento y la gracia. Si no son como debieran ser, son como sal que ha perdido su sabor. Si un hombre puede adoptar la confesión de Cristo, y, sin embargo, permanecer sin gracia, ninguna otra doctrina, ningún otro medio lo hace provechoso. Nuestra luz debe brillar haciendo buenas obras tales que los hombres puedan verlas. Lo que haya entre Dios y nuestras almas debe ser guardado para nosotros mismos, pero lo que, de sí mismo, queda abierto a la vista de los hombres, debemos procurar que se conforme a nuestra profesión y que sea

encomiable. Debemos apuntar a la gloria de Dios.

Vv. 17—20. Que nadie suponga que Cristo permite que su pueblo juegue con cualquiera de los mandamientos de la santa ley de Dios. Ningún pecador participa de la justicia justificadora de Cristo hasta que se arrepiente de sus malas obras. La misericordia revelada en el evangelio guía al creyente a un aborrecimiento de sí mismo aún más profundo. La ley es la regla del deber del cristiano, y éste se deleita en ella. Si alguien que pretende ser discípulo de Cristo se permitirse cualquier desobediencia a la ley de Dios, o enseña al prójimo a hacerlo, cualquiera sea su situación o reputación entre los hombres, no puede ser verdadero discípulo. La justicia de Cristo, que nos es imputada por la sola fe, es necesaria para todos los que entran al reino de la gracia o de la gloria, pero la nueva creación del corazón para santidad produce un cambio radical en el temperamento y la conducta del hombre.

Vv. 21—26. Los maestros judíos habían enseñado que nada, salvo el homicidio, era prohibido por el sexto mandamiento. Así, eliminaban su significado espiritual. Cristo mostró el significado completo de este mandamiento; conforme al cual debemos ser juzgados en el más allá y, por tanto, debiera ser obedecido ahora. Toda ira precipitada es homicidio en el corazón. Por nuestro hermano, aquí escrito, debemos entender a cualquier persona, aunque muy por debajo de nosotros, porque somos todos hechos de una sangre. “Necio” es una palabra de burla que viene del orgullo; “Tú eres un necio” es palabra desdeñosa que viene del odio. La calumnia y las censuras maliciosas son veneno que mata secreta y lentamente. Cristo les dijo que por ligeros que consideraran estos pecados, ciertamente serían llamados a juicio por ellos. Debemos conservar cuidadosamente el amor y la paz cristianas con todos nuestros hermanos; y, si en algún momento, hay una pelea, debemos confesar nuestra falta, humillarnos a nuestro hermano, haciendo u ofreciendo satisfacción por el mal hecho de palabra u obra: y debemos hacer esto rápidamente porque hasta que lo hagamos, no seremos aptos para nuestra comunión con Dios en las santas ordenanzas. Cuando nos estamos preparando para algún ejercicio religioso bueno es que nosotros hagamos de esto una ocasión para reflexionar y examinarnos con seriedad. —Lo que aquí se dice es muy aplicable a nuestro ser reconciliados con Dios por medio de Cristo. Mientras estemos vivos, estamos en camino a su trono de juicio, después de la muerte, será demasiado tarde. Cuando consideramos la importancia del caso, y la incertidumbre de la vida, ¡cuán necesario es buscar la paz con Dios sin demora!

Vv. 27—32. La victoria sobre los deseos del corazón debe ir acompañada con ejercicios dolorosos, pero debe hacerse. Toda cosa es dada para salvarnos *de* nuestros pecados, no *en* ellos. Todos nuestros sentidos y facultades deben evitar las cosas que conducen a transgredir. Quienes llevan a los demás a la tentación de pecar, por la ropa o en cualquiera otra forma, o los dejan en ello, o los exponen a ello, se hacen culpables de su pecado, y serán considerados responsables de dar cuentas por ello. Si uno se somete a las operaciones dolorosas, para salvarnos la vida, ¿de qué debiera retenerse nuestra mente cuando lo que está en juego es la salvación de nuestra alma? Hay tierna misericordia tras todos los requisitos divinos, y las gracias y consuelos del Espíritu nos facultarán para satisfacerlos.

Vv. 33—37. No hay razón para considerar que son malos los votos solemnes en un tribunal de justicia o en otras ocasiones apropiadas, siempre y cuando sean formulados con la debida reverencia. Pero todos los votos hechos sin necesidad o en la conversación corriente, son pecaminosos, como asimismo todas las expresiones que apelan a Dios, aunque las personas piensen que por ello evaden la culpa de jurar. Mientras peores sean los hombres, menos comprometidos están por los votos; mientras mejores sean, menos necesidad hay de los votos. Nuestro Señor no indica los términos precisos con que tenemos que afirmar o negar, sino que el cuidado constante de la verdad haría innecesarios los votos y juramentos.

Vv. 38—42. La sencilla instrucción es: Soporta cualquier injuria que puedas sufrir por amor a la paz, encomendando tus preocupaciones al cuidado del Señor. El resumen de todo es que los cristianos deben evitar las disputas y las querellas. Si alguien dice que carne y sangre no pueden

pasar por tal afrenta, que se acuerden que carne y sangre no heredarán el reino de Dios, y los que actúan sobre la base de los principios justos tendrán suma paz y consuelo.

Vv. 43—48. Los maestros judíos entendían por “prójimo” sólo a los que eran de su propio país, nación y religión, a los que les complacía considerar amigos. El Señor Jesús enseña que debemos hacer toda la bondad verdadera que podamos a todos, especialmente a sus almas. Debemos orar por ellos. Mientras muchos devolverán bien por bien, hemos de devolver bien por mal; y esto hablará de un principio más noble en que se basa la mayoría de los hombres para actuar. Otros saludan a sus hermanos, y abrazan a los de su propio partido, costumbre y opinión pero nosotros no debemos limitar así nuestro respeto. —Deber de los cristianos es desear y apuntar a la perfección, y seguir adelante en gracia y santidad. Allí debemos tener la intención de conformarnos al ejemplo de nuestro Padre celestial, 1 Pedro i, 15, 16. Seguramente se espera más de los seguidores de Cristo que de los demás; seguramente se hallará más en ellos que en los demás. Roguemos a Dios que nos capacite para demostrarnos como hijos suyos.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—4. *Contra la hipocresía de dar limosna.* 5—8. *Contra la hipocresía al orar.* 9—15. *Cómo orar.* 16—18. *Respetar el ayuno.* 19—24. *El mal de pensar mundanalmente.* 25—34. *Se manda confiar en Dios.*

Vv. 1—4. En seguida, nuestro Señor advirtió contra la hipocresía y la simulación exterior en los deberes religiosos. Lo que hay que hacer, debemos hacerlo a partir de un principio interior de ser aprobados por Dios, no la búsqueda del elogio de los hombres. En estos versículos se nos advierte contra la hipocresía de dar limosna. Atención a esto. Es pecado sutil; y la vanagloria se infiltra en lo que hacemos, antes de darnos cuenta. Pero el deber no es menos necesario ni menos excelente porque los hipócritas abusan de él para servir a su orgullo. La condena que Cristo dicta parece primero una promesa, pero es *su* recompensa; no es la recompensa que promete Dios a los que hacen el bien, sino la recompensa que los hipócritas se prometen a sí mismos, y pobre recompensa es; ellos lo hicieron para ser vistos por los hombres, y son vistos por los hombres. Cuando menos notamos nuestras buenas obras, Dios las nota más. Él te recompensará; no como amo que da a su siervo lo que se gana, y nada más, sino como Padre que da abundantemente a su hijo lo que le sirve.

Vv. 5—8. Se da por sentado que todos los que son discípulos de Cristo oran. Puede que sea más rápido hallar un hombre vivo que no respire que a un cristiano vivo que no ore. Si no hay oración, entonces no hay gracia. Los escribas y los fariseos eran culpables de dos grandes faltas en la oración: la vanagloria y la vana repetición. —“Verdaderamente ellos tienen su recompensa”; si en algo tan grande entre nosotros y Dios, cuando estamos orando, podemos tener en cuenta una cosa tan pobre como el halago de los hombres, justo es que eso sea toda nuestra recompensa. Pero no hay un musitar secreto y repetido en busca de Dios que Él no vea. Se le llama recompensa, pero es de gracia, no por deuda; ¿qué mérito puede haber en mendigar? Si no da a su pueblo lo que piden, se debe a que sabe que no lo necesitan y que no es para su bien. Tanto dista Dios de ser convencido por el largo o las palabras de nuestras oraciones, que las intercesiones más fuertes son las que se emiten con gemidos indecibles. Estudiemos bien lo que muestra la actitud mental en que debemos ofrecer nuestras oraciones, y aprendamos diariamente de Cristo cómo orar.

Vv. 9—15. Cristo vio que era necesario mostrar a sus discípulos cuál debe ser corrientemente el tema y el método de su oración. No se trata que estemos atados sólo a usar la misma oración siempre, pero, indudablemente, es muy bueno orar según un modelo. Dice mucho en pocas palabras; se usa en forma aceptable no más de lo que se usa con entendimiento y sin vanas repeticiones. —Seis son las peticiones: las primeras tres se relacionan más expresamente a Dios y

su honra; las otras tres, a nuestras preocupaciones temporales y espirituales. Esta oración nos enseña a buscar primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas serán añadidas. —Después de las cosas de la gloria, del reino y de la voluntad de Dios, oramos por el sustento y el consuelo necesario en la vida presente. Aquí cada palabra contiene una lección. Pedimos *pan*; eso nos enseña sobriedad y templanza: y sólo pedimos pan, no lo que no necesitamos. Pedimos por *nuestro* pan; eso nos enseña honestidad y trabajo; no tenemos que pedir el pan de los demás ni el pan del engaño, Proverbios xx, 17. Ni el pan del ocio, Proverbios xxxi, 27, sino el pan honestamente obtenido. Pedimos por nuestro pan *diario*, lo que nos enseña a depender constantemente de la providencia divina. Rogamos a Dios que *nos los dé*; no que lo venda ni lo preste, sino que lo dé. El más grande de los hombres debe dirigirse a la misericordia de Dios para su pan diario. Oramos, *dánoslo*. Esto nos enseña compasión por el pobre. También que debemos orar con nuestra familia. Oramos que Dios nos lo dé *este día*, lo que nos enseña a renovar los deseos de nuestras almas en cuanto a Dios, como son renovadas las necesidades de nuestros cuerpos. Al llegar el día debemos orar a nuestro Padre celestial y reconocer que podríamos pasar muy bien el día sin comida, pero no sin oración. — Se nos enseña a odiar y aborrecer el pecado mientras esperamos misericordia, a desconfiar de nosotros, a confiar en la providencia y la gracia de Dios para impedirnos pecar, a estar preparados para resistir al tentador, y no volvernos tentadores de los demás. —Aquí hay una promesa: Si perdonas tu Padre celestial también te perdonará. Debemos perdonar porque esperamos ser perdonados. Los que desean hallar misericordia de Dios deben mostrar misericordia a sus hermanos. Cristo vino al mundo como el gran Pacificador no sólo para reconciliarnos con Dios sino los unos con los otros.

Vv. 16—18. El ayuno religioso es un deber requerido a los discípulos de Cristo pero no es tanto un deber en sí mismo, sino como medio para disponernos para otros deberes. Ayunar es humillar el alma, Salmo xxxv, 13; esta es la faz interna del deber; por tanto, que sea tu principal interés, y en cuanto a la externa, no permitas que se vea codicia. Dios ve en lo secreto, y te recompensará en público.

Vv. 19—24. La mentalidad mundana es síntoma fatal y corriente de la hipocresía, porque por ningún pecado puede Satanás tener un soporte más seguro y más firme en el alma que bajo el manto de una profesión de fe. Algo tendrá el alma que mirar como lo mejor aquello en lo cual se complace y confía por encima de todas las demás cosas. Cristo aconseja que hagamos como nuestras mejores cosas a los goces y las glorias del otro mundo, las cosas que no se ven, que son eternas y que pongamos nuestra felicidad en ellas. Hay tesoros en el cielo. Sabiduría nuestra es poner toda diligencia para asegurar nuestro derecho a la vida eterna por medio de Jesucristo, y mirar todas las cosas de aquí abajo como indignas de ser comparadas con aquellas y a estar contentos con nada menos que ellas. Es felicidad superior y más allá de los cambios y azares del tiempo, es herencia incorruptible. —El hombre mundano se equivoca en su primer principio; por tanto, todos sus razonamientos y acciones que de ahí surgen deben ser malos. Esto se aplica por igual a la falsa religión; lo que es considerado luz es la oscuridad más densa. Este es un ejemplo espantoso, pero corriente; por tanto, debemos examinar cuidadosamente nuestros principios directrices a la luz de la palabra de Dios, pidiendo con oración ferviente la enseñanza de su Espíritu. —Un hombre puede servir un poco a dos amos, pero puede consagrarse al servicio de no más que uno. Dios requiere todo el corazón y no lo compartirá con el mundo. Cuando dos amos se oponen entre sí, ningún hombre puede servir a ambos. Él se aferra y ama al mundo, y debe despreciar a Dios; el que ama a Dios debe dejar la amistad del mundo.

Vv. 25—34. Escasamente haya otro pecado contra el cual advierta más nuestro Señor Jesús a sus discípulos que las preocupaciones inquietantes, distractoras y desconfiadas por las cosas de esta vida. A menudo esto entrapa al pobre tanto como el amor a la riqueza al rico. Pero hay una despreocupación por las cosas temporales que es deber, aunque no debemos llevar a un extremo estas preocupaciones lícitas. —No os afanéis por vuestra vida. Ni por la extensión de ella, sino referidla a Dios para que la alargue o acorte según le plazca; nuestros tiempos están en su mano y están en buena mano. Ni por las comodidades de esta vida; dejad que Dios la amargue o endulce

según le plazca. Dios ha prometido la comida y el vestido, por tanto podemos esperarlos. —No penséis en el mañana, en el tiempo venidero. No os afanáis por el futuro, cómo viviréis el año que viene, o cuando estéis viejos, o qué dejaréis detrás de vosotros. Como no debemos jactarnos del mañana, así tampoco debemos preocuparnos por el mañana o sus acontecimientos. Dios nos ha dado vida y nos ha dado el cuerpo. ¿Y qué no puede hacer por nosotros el que hizo eso? Si nos preocupamos de nuestras almas y de la eternidad, que son más que el cuerpo y esta vida, podemos dejarle en manos de Dios que nos provea comida y vestido, que son lo menos. —Mejorad esto como exhortación a confiar en Dios. Debemos reconciliarnos con nuestro patrimonio en el mundo como lo hacemos con nuestra estatura. No podemos alterar las disposiciones de la providencia, por tanto debemos someternos y resignarnos a ellas. El cuidado considerado por nuestras almas es la mejor cura de la consideración cuidada por el mundo. Buscad primero el reino de Dios y haced de la religión vuestra ocupación: no digáis que este es el modo de hambrearte; no es la manera de estar bien provisto, aun en este mundo. —La conclusión de todo el asunto es que es la voluntad y el mandamiento del Señor Jesús, que por las oraciones diarias podamos obtener fuerza para sostenernos bajo nuestros problemas cotidianos, y armarnos contra las tentaciones que los acompañan y no dejar que ninguna de esas cosas nos conmuevan. —Bienaventurados los que toman al Señor como su Dios, y dan plena prueba de ellos confiándose totalmente a su sabia disposición. Que tu Espíritu nos dé convicción de pecado en la necesidad de esta disposición y quite lo mundano de nuestros corazones.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *Cristo reprueba el juicio apresurado.* 7—11. *Exhortaciones a la oración.* 12—14. *El camino angosto y el ancho.* 15—20. *Contra los falsos profetas.* 21—29. *Sed hacedores de la palabra, no sólo oidores.*

Vv. 1—6. Debemos juzgarnos a nosotros mismos, y juzgar nuestros propios actos, pero sin hacer de nuestra palabra una ley para nadie. No debemos juzgar duramente a nuestros hermanos sin tener base. No debemos hacer lo peor de la gente. Aquí hay una reprensión justa para todos los que pelean con sus hermanos por faltas pequeñas, mientras ellos se permiten las grandes. Algunos pecados son como motas, mientras otros son como vigas; algunos son como un mosquito, y otros son como un camello. No es que haya pecado pequeño; si es como mota o una astilla, está en el ojo; si es un mosquito está en la garganta; ambos son dolorosos y peligrosos, y no podemos estar bien ni cómodos hasta que salgan. Lo que la caridad nos enseña a llamar no más que paja en el ojo ajeno, el arrepentimiento y la santa tristeza nos enseñará a llamarlo viga en el nuestro. Extraño es que un hombre pueda estar en un estado pecaminoso y miserable, y no darse cuenta de eso, como un hombre que tiene una viga en su ojo y no la toma en cuenta; pero el dios de este mundo les ciega el entendimiento. —Aquí hay una buena regla para los que juzgan: primero refórmate a ti mismo.

Vv. 7—11. La oración es el medio designado para conseguir lo que necesitamos. Orad; orad a menudo; haced de la oración vuestra ocupación, y sed serios y fervientes en ello. Pedid, como un mendigo pide limosna. Pedid como el viajero pregunta por el camino. Buscad como se busca una cosa de valor que perdimos; o como el mercader que busca perlas buenas. Llamad como llama a la puerta el que desea entrar en casa. El pecado cerró y echó llave a la puerta contra nosotros; por la oración llamamos. —Sea lo que sea por lo que oréis, conforme a la promesa, os será dado si Dios ve que es bueno para vosotros, y ¿qué más querrías tener? Esto está hecho para aplicarlo a todos los que oran bien; todo el que pide, recibe, sea judío o gentil, joven o viejo, rico o pobre, alto o bajo, amo o sirviente, docto o indocto, todos por igual son bienvenidos al trono de la gracia, si van por fe. —Se explica comparándolo con los padres terrenales y su aptitud para dar a sus hijos lo que piden. Los padres suelen ser neciamente afectuosos, pero Dios es omnisciente; Él sabe lo que necesitamos,

lo que deseamos, y lo que es bueno para nosotros. Nunca supongamos que nuestro Padre celestial nos pediría que oremos y, luego, se negaría oír o darnos lo que nos perjudica.

Vv. 12—14. Cristo vino a enseñarnos, no sólo lo que tenemos que saber y creer, sino lo que tenemos que hacer; no sólo para con Dios, sino para con los hombres; no sólo para con los que son de nuestro partido y denominación, sino para con los hombres en general, con todos aquellos que nos relacionemos. Debemos hacer a nuestro prójimo lo que nosotros mismos reconocemos que es bueno y razonable. En nuestros tratos con los hombres debemos ponernos en el mismo caso y en las circunstancias que aquellos con quienes nos relacionamos, y actuar en conformidad con ello. —No hay sino dos caminos: el correcto y el errado, el bueno y el malo; el camino al cielo y el camino al infierno; todos vamos caminando por uno u otro: no hay un lugar intermedio en el más allá; no hay un camino neutro. Todos los hijos de los hombres somos santos o pecadores, buenos o malos. —Fijaos en que el camino del pecado y de los pecadores que la puerta es ancha y está abierta. Podéis entrar por esta puerta con todas las lujurias que la rodean; no frena apetitos ni pasiones. Es un camino ancho; hay muchas sendas en este; hay opciones de caminos pecaminosos. Hay multitudes en este camino. Pero, ¿qué provecho hay en estar dispuesto a irse al infierno con los demás, porque ellos no irán al cielo con nosotros? El camino a la vida eterna es angosto. No estamos en el cielo tan pronto como pasamos por la puerta angosta. Hay que negar el yo, mantener el cuerpo bajo control, y mortificar las corrupciones. Hay que resistir las tentaciones diarias; hay que cumplir los deberes. Debemos velar en todas las cosas y andar con cuidado; y tenemos que pasar por mucha tribulación. No obstante, este camino nos invita a todos; lleva a la vida; al consuelo presente en el favor de Dios, que es la vida del alma; a la bendición eterna, cuya esperanza al final de nuestro camino debe facilitarnos todas las dificultades del camino. Esta simple declaración de Cristo ha sido descartada por muchos que se han dado el trabajo de hacerla desaparecer con explicaciones pero, en todas las épocas el discípulo verdadero de Cristo ha sido mirado como una personalidad singular, que no está de moda; y todos los que se pusieron del lado de la gran mayoría, se han ido por el camino ancho a la destrucción. Si servimos a Dios, debemos ser firmes en nuestra religión. —¿Podemos oír a menudo sobre la puerta estrecha y el camino angosto y que son pocos los que los hallan, sin dolernos por nosotros mismos o sin considerar si entramos al camino angosto y cuál es el avance que estamos haciendo ahí?

Vv. 15—20. Nada impide tanto a los hombres pasar por la puerta estrecha y llegar a ser verdaderos seguidores de Cristo, como las doctrinas carnales, apaciguadoras y halagadoras de quienes se oponen a la verdad. Estos pueden conocerse por el arrastre y los efectos de sus doctrinas. Una parte de sus temperamentos y conductas resulta contraria a la mente de Cristo. Las opiniones que llevan a pecar no vienen de Dios.

Vv. 21—29. Aquí Cristo muestra que no bastará reconocerlos como nuestro Amo sólo de palabra y lengua. Es necesario para nuestra dicha que creamos en Cristo, que nos arrepintamos de pecado, que vivamos una vida santa, que nos amemos unos a otros. Esta es su voluntad, nuestra santificación. —Pongamos cuidado de no apoyarnos en los privilegios y obras externas, no sea que nos engañemos y perezcamos eternamente con una mentira a nuestra derecha, como lo hacen multitudes. Que cada uno que invoca el nombre de Cristo se aleje de todo pecado. Hay otros cuya religión descansa en el puro oír, sin ir más allá; sus cabezas están llenas de nociones vacías. Estas dos clases de oidores están representados por los dos constructores. Esta parábola nos enseña a oír y hacer los dichos del Señor Jesús: algunos pueden parecer duros para carne y sangre, pero deben hacerse. Cristo está puesto como cimiento y toda otra cosa fuera de Cristo es arena. Algunos construyen sus esperanzas en la prosperidad mundanal; otros, en una profesión externa de religión. Sobre estas se aventuran, pero esas son todo arena, demasiado débiles para soportar una trama como nuestras esperanzas del cielo. —Hay una tormenta que viene y probará la obra de todo hombre. Cuando Dios quita el alma, ¿dónde está la esperanza del hipócrita? La casa se derrumbó en la tormenta, cuando más la necesitaba el constructor, y esperaba que le fuera un refugio. Se cayó cuando era demasiado tarde para edificar otra. El Señor nos haga constructores sabios para la eternidad. Entonces, nada nos separará del amor de Cristo Jesús. —Las multitudes se quedaban

atónitas ante la sabiduría y el poder de la doctrina de Cristo. Este sermón, tan a menudo leído, siempre es nuevo. Cada palabra prueba que su Autor es divino. Seamos cada vez más decididos y fervientes, y hagamos de una u otra de estas bienaventuranzas y gracias cristianas, el tema principal de nuestros pensamientos, por semanas seguidas. No descansen en deseos generales y confusos al respecto, por los cuales podemos captar todo, pero sin retener nada.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1. *Multitudes siguen a Cristo.* 2—4. *Sana a un leproso.* 5—13. *Sanidad del siervo de un centurión.* 14—17. *Sanidad de la suegra de Pedro.* 18—22. *La promesa entusiasta del escriba.* 23—27. *Cristo en una tempestad.* 28—34. *Sana a dos endemoniados.*

V. 1. Este versículo se refiere al final del sermón anterior. Aquellos a quienes Cristo se ha dado a conocer, desean saber más de Él.

Vv. 2—4. En estos versículos tenemos el relato de la limpieza de un leproso hecha por Cristo; el leproso se acercó a Él y lo adoró como a Uno investido de poder divino. Esta purificación no sólo nos guía a acudir a Cristo, que tiene poder sobre las enfermedades físicas, para la sanidad de ellas; también nos enseña la manera de apelar a Él. Cuando no podemos estar seguros de la voluntad de Dios, podemos estar seguros de su sabiduría y misericordia. Por grande que sea la culpa, en la sangre de Cristo hay aquello que la expía; ninguna corrupción es tan fuerte que no haya en su gracia lo que puede someterla. Para ser purificados debemos encomendarnos a su piedad; no podemos demandarlo como deuda; debemos pedirlo humildemente como un favor. —Quienes por fe apelan a Cristo por misericordia y gracia, pueden estar seguros de que Él les está dando libremente la misericordia y la gracia que ellos así procuran. Benditas sean las aflicciones que nos llevan a conocer a Cristo, y nos hacen buscar su ayuda y su salvación. —Quienes son limpios de su lepra espiritual, vayan a los ministros de Cristo y expongan su caso, para ser aconsejados, consolados y para que oren por ellos.

Vv. 5—13. Este centurión era pagano, un soldado romano. Aunque era soldado, no obstante, era un buen hombre. Ninguna vocación ni posición del hombre será excusa para la incredulidad y el pecado. Véase cómo expone el caso de su siervo. Debemos interesarnos por las almas de nuestros hijos y siervos, espiritualmente enfermos, que no sienten los males espirituales, y no conocen lo que es espiritualmente bueno; debemos llevarlos a Cristo por fe y por la oración. —Obsérvese su humillación. Las almas humildes se hacen más humildes por la gracia de Cristo en el trato con ellos. Obsérvese su gran fe. Mientras menos nos fiemos de nosotros mismos, más fuerte será nuestra confianza en Cristo. Aquí el centurión le reconoce mando con poder divino y pleno sobre todas las criaturas y poderes de la naturaleza, como un amo sobre sus siervos. Este tipo de siervos debemos ser todos para Dios; debemos ir y venir, conforme a los mandatos de su palabra y las disposiciones de su providencia. —Pero cuando el Hijo del Hombre viene, encuentra poca fe, por tanto, halla poco fruto. Una profesión externa hace que se nos llame hijos del reino, pero si descansamos en eso, y nada más podemos mostrar, seremos desechados. —El siervo obtuvo la sanidad de su enfermedad y el amo obtuvo la aprobación de su fe. Lo que se le dijo a él, se dice a todos: Cree y recibirás; sólo cree. Véase el poder de Cristo y el poder de la fe. La curación de nuestras almas es, de inmediato, el efecto y la prueba de nuestro interés en la sangre de Cristo.

Vv. 14—17. Pedro tenía una esposa aunque era apóstol de Cristo, lo que demuestra que aprobaba el estado del matrimonio, siendo bondadoso con la madre de la esposa de Pedro. La iglesia de Roma, que prohíbe que sus ministros se casen, contradice a este apóstol, sobre el cual tanto se apoyan. Tenía a su suegra consigo en su familia, lo que es ejemplo de ser bueno con nuestros padres. En la sanidad espiritual, la Escritura dice la palabra, el Espíritu da el toque, toca el

corazón, toca la mano. Aquellos que se recuperan de una fiebre suelen estar débiles por un tiempo; pero para mostrar que esta curación estaba por sobre el poder de la naturaleza, la mujer estuvo tan bien que de inmediato se dedicó a los quehaceres de la casa. —Los milagros que hizo Jesús fueron publicados ampliamente, de modo que muchos se agolparon viniendo a Él, y sanó a todos los que estaban enfermos, aunque el paciente estuviera muy débil y el caso fuera de lo peor. Muchas son las enfermedades y las calamidades del cuerpo a las que estamos propensos; y hay más en esas palabras del evangelio que dicen que Jesucristo llevó nuestras enfermedades y nuestros dolores, para sostenernos y consolarnos cuando estamos sometidos a ellos, que en todos los escritos de los filósofos. No nos quejemos por el trabajo, el problema o el gasto al hacer el bien al prójimo.

Vv. 18—22. Uno de los escribas se apresuró a prometer; se dice cercano seguidor de Cristo. Parece muy resuelto. Muchas decisiones religiosas son producidas por una súbita convicción de pecado, y asumidas sin una debida reflexión; estas llegan a nada. Cuando este escriba ofreció seguir a Cristo, se podría pensar que Jesús debió sentirse animado; un escriba podía dar más crédito y servicio que doce pescadores; pero Cristo vio su corazón, y respondió a sus pensamientos, y enseña a todos cómo ir a Cristo. Su resolución parece surgir de un principio mundano y codicioso; pero Cristo no tenía dónde reclinar su cabeza, y si él lo seguía, no debía esperar que le fuera mejor. Tenemos razón para pensar que este escriba se alejó. —Otro era demasiado lento. La demora en hacer es, por un lado, tan mala como la prisa para resolver por el otro. Pidió permiso para ocuparse de enterrar a su padre, y luego se pondría al servicio de Cristo. Esto parecía razonable aunque no era justo. No tenía celo verdadero por la obra. Enterrar al muerto, especialmente a un padre muerto, es una buena obra, pero no es tu obra en este momento. Si Cristo requiere nuestro servicio, debe cederse aun el afecto por los parientes más cercanos y queridos, y por las cosas que no son nuestro deber. A la mente sin disposición nunca le faltan las excusas. Jesús le dijo: Sígueme, y, sin duda, salió poder con esta palabra para él como para los otros; siguió a Cristo y se aferró de Él. El escriba dijo, yo te seguiré; a este otro hombre Cristo le dijo: Sígueme; comparándolos, se ve que somos llevados a Cristo por la fuerza de su llamado personal, Romanos ix, 16.

Vv. 23—27. Consuelo para quienes se hacen a la mar en barcos, y suelen peligrar allí, es reflexionar que tienen un Salvador en quien confiar y al cual orar, que sabe qué es estar en el agua y estar en tormentas. Quienes están pasando por el océano de este mundo con Cristo, deben esperar tormentas. —Su naturaleza humana, semejante a nosotros en todo, pero sin pecado, estaba fatigada y se durmió en ese momento para probar la fe de sus discípulos. Ellos fueron a su Maestro en su temor. Así es en el alma; cuando las lujurias y las tentaciones se levantan y rugen, y Dios está, al parecer, dormido a lo que ocurre, esto nos lleva al borde de la desesperación. Entonces, se clama por una palabra de su boca: Señor Jesús, no te quedes callado o estoy acabado. Muchos que tienen fe verdadera son débiles en ella. Los discípulos de Cristo eran dados a inquietarse con temores en un día tempestuoso; se atormentaban a sí mismos con que las cosas estaban mal para ellos, y con pensamientos desalentadores de que vendrá algo peor. Las grandes tormentas de la duda y temor en el alma, bajo el poder del espíritu de esclavitud, suelen terminar en una calma maravillosa, creada y dirigida por el Espíritu de adopción. —Ellos quedaron estupefactos. Nunca habían visto que una tormenta fuera de inmediato calmada a la perfección. El que puede hacer esto, puede hacer cualquier cosa, lo que estimula la confianza y el consuelo en Él, en el día más tempestuoso de adentro o de afuera, Isaías xxvi, 4.

Vv. 28—34. Los demonios nada tienen que ver con Cristo como Salvador; ellos no tienen ni esperan ningún beneficio de Él. ¡Oh, la profundidad de este misterio del amor divino: que el hombre caído tenga tanto que ver con Cristo, cuando los ángeles caídos nada tienen que ver con Él! Hebreos ii, 16. Seguramente que aquí sufrieron un tormento, al ser forzados a reconocer la excelencia que hay en Cristo, y aún así, no tener parte con Él. Los demonios no desean tener nada que ver con Cristo *como Rey*. Véase qué lenguaje hablan quienes no tendrán nada que ver con el evangelio de Cristo. Pero no es verdad que los demonios no tengan nada que ver con Cristo *como Juez*, porque tienen que ver, y lo saben; así es para con todos los hijos de los hombres. —Satanás y sus instrumentos no pueden ir más allá de lo que el Señor permita; ellos deben dejar la posesión

cuando Él manda. No pueden romper el cerco de protección en torno a su pueblo; ni siquiera pueden entrar en un cerdo sin su permiso. —Recibieron el permiso. A menudo Dios permite, por objetivos santos y sabios, los esfuerzos de la ira de Satanás. Así, pues, el diablo apresura a la gente a pecar; los apura a lo que han resuelto en contra, de lo cual saben que será vergüenza y pena para ellos: miserable es la condición de los que son llevados cautivos por él a su voluntad. —Hay muchos que prefieren sus cerdos al Salvador y, así, no alcanzan a Cristo y la salvación por Él. Ellos desean que Cristo se vaya de sus corazones, y no soportan que Su Palabra tenga lugar en ellos, porque Él y su palabra destruirían sus concupiscencias brutales, eso que se entrega a los cerdos como alimento. Justo es que Cristo abandone a los que están cansados de Él; y después diga: Apartaos, malditos, a quienes ahora le dicen al Todopoderoso: Véte de nosotros.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—8. *Jesús regresa a Capernaum y sana a un paralítico.* 9. *Llamado a Mateo.* 10—13. *Mateo, o la fiesta de Leví.* 14—17. *Objeciones de los discípulos de Juan.* 18—26. *Cristo resucita a la hija de Jairo.*—*Sana el flujo de sangre.* 27—31. *Sana a dos ciegos.* 32—34. *Cristo echa fuera un espíritu mudo.* 35—38. *Envía a los apóstoles.*

Vv. 1—8. La fe de los amigos del paralítico al llevarlo a Cristo era una fe firme; ellos creían firmemente que Jesucristo podía y querría sanarlo. Una fe fuerte no considera los obstáculos al ir en busca de Cristo. Era una fe humilde; ellos lo llevaron a esperar en Cristo. Era una fe activa. El pecado puede ser perdonado, pero no ser eliminada la enfermedad; la enfermedad puede ser quitada, pero no perdonado el pecado: pero si tenemos el consuelo de la paz con Dios, con el consuelo de la recuperación de la enfermedad, esto hace que, sin duda, la sanidad sea una misericordia. Esto no es exhortación para pecar. Si tú llevas tus pecados a Jesucristo, como tu enfermedad y tu desgracia para ser curados de esto, y librados de aquello, es bueno; pero ir con ellos, como tus amores y deleites, pensando aún en retenerlos y recibirlo a Él, es un tremendo error, un engaño miserable. La gran intención del bendito Jesús en la redención que obró, es separar nuestros corazones del pecado. —Nuestro Señor Jesús tiene perfecto conocimiento de todo lo que decimos dentro de nosotros mismos. Hay mucho mal en los pensamientos pecaminosos, que es muy ofensivo para el Señor Jesús. A Cristo le interesa mostrar que su gran misión al mundo era salvar a su pueblo de sus pecados. Dejó el debate con los escribas y pronunció las palabras de salud al enfermo. No sólo no tuvo más necesidad de que lo llevaran en su lecho, sino que tuvo fuerzas para llevarlo él. Dios debe ser glorificado en todo el poder que se da para hacer el bien.

Vv. 9. Mateo fue en su llamado, como los demás a los que Cristo llamó. Como Satanás viene con sus tentaciones al ocioso, así viene Cristo con sus llamados a los que están ocupados. Todos tenemos natural aversión a ti, oh Dios; llámanos a seguirte; tráenos por tu poderosa palabra y correremos en pos de ti. Habla por la palabra del Espíritu a nuestros corazones, el mundo no puede retenernos, Satanás no puede detener nuestro camino, nos levantaremos y te seguiremos. Cristo como autor, y su palabra como el medio, obra un cambio salvador en el alma. Ni el cargo de Mateo ni sus ganancias, pudieron detenerlo cuando Cristo lo llamó. Él lo dejó todo, y aunque después, ocasionalmente, a los discípulos que eran pescadores los hallamos pescando otra vez, nunca más encontramos a Mateo en sus ganancias pecaminosas.

Vv. 10—13. Algún tiempo después de su llamado, Mateo procuró llevar a sus antiguos socios a que oyeran a Cristo. Sabía por experiencia lo que podía hacer la gracia de Cristo y no se desesperó al respecto. Los que son eficazmente llevados a Cristo no pueden sino desear que los demás también sean llevados a Él. —Aquellos que suponen que sus almas están sin enfermedad no acogerán al Médico espiritual. Este era el caso de los fariseos; ellos despreciaron a Cristo porque creían íntegros; pero los pobres publicanos y pecadores sentían que les faltaba instrucción y

enmienda. Fácil es, y también corriente, poner las peores interpretaciones sobre las mejores palabras y acciones. Puede sospecharse con justicia que los que no tienen la gracia de Dios, no se complacen con que otros la consigan. Aquí se llama misericordia que Cristo converse con los pecadores, porque fomentar la conversión de las almas es el mayor acto de misericordia. —El llamado del evangelio es un llamado al arrepentimiento; un llamado para que cambiemos nuestro modo de pensar y cambiemos nuestros caminos. Si los hijos de los hombres no fueran pecadores no hubiera sido necesario que Cristo viniera a ellos. *Examinemos* si hemos investigado nuestra enfermedad y si hemos aprendido a seguir las órdenes de nuestro gran Médico.

Vv. 14—17. En esta época Juan estaba preso; sus circunstancias, su carácter, y la naturaleza del mensaje que fue enviado a dar, guió a los que estaban peculiarmente afectos a él, a realizar ayunos frecuentes. Cristo los refirió al testimonio que Juan da de Él, Juan iii, 29. Aunque no cabe duda de que Jesús y sus discípulos vivieron en forma frugal y económica, sería impropio que sus discípulos ayunaran mientras tenían el consuelo de su presencia. Cuando está con ellos, todo está bien. La presencia del sol hace el día, y su ausencia produce la noche. —Nuestro Señor les recuerda luego las reglas comunes de la prudencia. No se acostumbraba tomar un pedazo de tela de lana cruda, que nunca había sido preparada, para coserla a un traje viejo, porque no se uniría bien con el ropaje viejo y suave, sino que lo desgarraría aún más, y la rasgadura sería peor. Ni tampoco los hombres echaban vino nuevo en odres viejos, que iban a podrirse y se reventarían por la fermentación del vino; al poner el vino nuevo en odres nuevos y fuertes, ambos serían preservados. Se requiere gran prudencia y cautela para que los nuevos convertidos no reciban ideas sombrías y prohibitorias del servicio de nuestro Señor; antes bien serán estimulados en los deberes a medida que sean capaces de soportarlos.

Vv. 18—26. La muerte de nuestros familiares debe llevarnos a Cristo que es nuestra vida. Gran honor para los reyes más grandes es esperar en el Señor; y los que reciban misericordia de Cristo deben honrarle. La variedad de métodos que Cristo usó para hacer sus milagros quizá se debió a las diferentes disposiciones mentales y temperamentos con que venían los que a Él acudían; todo esto lo conocía perfectamente Aquel que escudriña los corazones. —Una pobre mujer apeló a Cristo y recibió de Él misericordia, al pasar por el camino. Si sólo tocásemos, como si así fuera, el borde de la túnica de Cristo por fe viva, serán sanados nuestros peores males; no hay otra cura verdadera ni tenemos que temer que sepa cosas que son dolor y carga para nosotros, y que no las contaríamos a ningún amigo terrenal. —Cuando Cristo entró a la casa del hombre principal dijo: Apartaos. A veces, cuando prevalece el dolor del mundo, es difícil que entren Cristo y sus consolaciones. La hija del principal estaba realmente muerta, pero no para Cristo. La muerte del justo, de manera especial, debe ser considerada sólo un dormir. —Las palabras y las obras de Cristo pueden no ser entendidas al comienzo, aunque por eso no deben ser despreciadas. La gente fue fortalecida. Los escarnecedores que se ríen de lo que no entienden no son testigos apropiados de las maravillosas obras de Cristo. Las almas muertas no son resucitadas a la vida espiritual, a menos que Cristo las tome de la mano: está hecho en el día de su poder. Si este solo caso en que Cristo resucitó a un muerto reciente, aumentó tanto su fama, ¡qué será su gloria cuando todos los que están en los sepulcros oigan su voz y salgan; los que hicieron bien a resurrección de la vida, y los que hicieron mal, a resurrección de condenación!

Vv. 27—31. En esa época los judíos esperaban que apareciera el Mesías; estos ciegos supieron y proclamaron en las calles de Capernaum que había venido, y que era Jesús. Los que, por la providencia de Dios, han perdido la vista física, por gracia de Dios, pueden tener plenamente iluminados los ojos de su entendimiento. Sean las que sean nuestras necesidades y cargas, no necesitamos más provisión y apoyo que participar en la misericordia de nuestro Señor Jesús. En Cristo hay suficiente para todos. —Ellos lo siguieron gritando en voz alta. Iba a probar su fe, y nos enseñaría a orar siempre y no desmayar, aunque la respuesta no llegue de inmediato. Ellos siguieron a Cristo y lo siguieron clamando, pero la gran pregunta es: ¿Crees tú? La naturaleza puede hacernos fervorosos, pero es sólo la gracia la que puede obrar la fe. —Cristo tocó sus ojos. Él da vista a las almas ciegas por el poder de su gracia que va unida a su palabra, e imparte la cura sobre la fe de

ellos. Los que apelan a Jesucristo serán tratados, no conforme a sus fantasías ni a su profesión, sino conforme a su fe. —A veces Cristo ocultaba sus milagros porque no quería dar pie al engaño que prevalecía entre los judíos de que su Mesías sería un príncipe temporal, y así, dar ocasión a que el pueblo intentara tumultos y sediciones.

Vv. 32—34. De ambos, mejor es un demonio mudo que uno que blasfeme. Las curas de Cristo van a la raíz, y eliminan el efecto quitando la causa; abren los labios rompiendo el poder de Satanás en el alma. —Nada puede convencer a quienes están bajo el poder del orgullo. Creerán cualquier cosa, por falsa o absurda que sea, antes que las Sagradas Escrituras; así, muestran la enemistad de sus corazones contra el santo Dios.

Vv. 35—38. Jesús visitó no sólo las ciudades grandes y ricas, sino las aldeas pobres y oscuras, y allí predicó, y sanó. Las almas de los más viles del mundo son tan preciosas para Cristo, y deben serlo para nosotros, como las almas de los que más figuren. Había sacerdotes, levitas, y escribas en toda la tierra; pero eran pastores de ídolos, Zacarías xi, 17; por tanto, Cristo tuvo compasión del pueblo como ovejas desamparadas y dispersas, como hombres que perecen por falta de conocimiento. A la fecha hay multitudes enormes que son como ovejas sin pastor, y debemos tener compasión y hacer todo lo que podamos para ayudarles. Las multitudes deseosas de instrucción espiritual formaban una cosecha abundante que necesitaba muchos obreros activos; pero pocos merecían ese carácter. Cristo es el Señor de la mies. Oremos que muchos sean levantados y enviados a trabajar para llevar almas a Cristo. Es señal de que Dios está por conceder alguna misericordia especial a un pueblo cuando los invita a orar por ello. Las misiones encomendadas a los obreros como respuesta a la oración, son las que más probablemente tengan éxito.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *Llamado a los apóstoles.* 5—15. *Los apóstoles son instruidos y enviados.* 16—42. *Instrucciones para los apóstoles.*

Vv. 1—4. La palabra “apóstol” significa mensajero; ellos eran los mensajeros de Cristo enviados a proclamar su reino. Cristo les dio poder para sanar toda clase de enfermedades. En la gracia del evangelio hay un bálsamo para cada llaga, un remedio para cada dolencia. No hay enfermedad espiritual si no hay poder en Cristo para curarla. Sus nombres están escritos y eso es su honra; pero ellos tenían más razón para regocijarse en que sus nombres estuvieran escritos en el cielo, mientras los nombres altos y poderosos de los grandes de la tierra están enterrados en el polvo.

Vv. 5—15. No se debe llevar el evangelio a los gentiles hasta que los judíos lo hayan rechazado. Esta limitación a los apóstoles fue sólo para su primera misión. —Doquiera fueran debían proclamar: El reino de los cielos se ha acercado. Ellos *predicaron* para establecer la fe; *el reino* para animar la esperanza; *de los cielos* para inspirar el amor a las cosas celestiales y el desprecio por las terrenales; que *se ha acercado*, para que los hombres se preparen sin tardanza. —Cristo dio poder para hacer milagros como confirmación de su doctrina. Esto no es necesario ahora que el reino de Dios vino. Muestra que la intención de la doctrina que predicaban era sanar almas enfermas y resucitar a los que estaban muertos en pecado. —Al proclamar el evangelio de la gracia gratuita para sanidad y salvación de las almas de los hombres, debemos por sobre todo evitar la aparición del espíritu del asalariado. —Se les dice qué hacer en las ciudades y pueblos desconocidos. El siervo de Cristo es embajador de la paz en cualquier parte donde sea enviado. Su mensaje es hasta para los pecadores más viles, aunque les corresponde buscar a las mejores personas de cada lugar. Nos conviene orar de todo corazón por todos y conducirnos cortésmente con todos. —Se les da instrucciones sobre cómo actuar con los que les rechacen. Todo el consejo de Dios debe ser declarado y a los que no escuchen el mensaje de gracia, se les debe mostrar que su estado es

peligroso. Esto debe ser tomado muy en serio por todos los que oyen el evangelio, no sea que sus privilegios les sirvan sólo para aumentar su condena.

Vv. 16—42. Nuestro Señor advierte a sus discípulos que se preparen para la persecución. Ellos tenían que evitar todas las cosas que den ventaja a sus enemigos, toda intromisión en los afanes políticos o mundanos, toda apariencia de mal o egoísmo, y todas las medidas clandestinas. Cristo predice dificultades no sólo para que los trastornos no sean sorpresa sino para que ellos puedan confirmar su fe. Les dice que deben sufrir y de quiénes. Así, Cristo nos ha tratado fiel y equitativamente, diciéndonos lo peor que podemos hallar en su servicio; y quiere que así nos tratemos a nosotros mismos, al sentarnos a calcular el costo. —Los perseguidores son peores que las bestias, porque hacen presa de los mismos de su especie. Los lazos de amor y deber más sólidos a menudo se han roto por enemistad contra Cristo. Los sufrimientos de parte de amistades y parientes son muy dolorosos; nada hiere más. Simplemente parece que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución; y debemos esperar que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios. —En esta predicción de problemas, hay consejos y consuelo para los momentos de prueba. Los discípulos de Cristo son odiados y perseguidos como serpientes, y se procura su ruina, y necesitan la sabiduría de la serpiente, pero la sencillez de las palomas. No sólo no dañen a nadie sino que no le tengan mala voluntad a nadie. Debe haber cuidado prudente, pero no deben dejarse dominar por pensamientos de angustia y confusión; que esta preocupación sea echada sobre Dios. Los discípulos de Cristo deben pensar más en hacer el bien que en hablar bien. En el caso de gran peligro, los discípulos de Cristo pueden salirse del camino peligroso, aunque no deben salirse del camino del deber. No se deben usar medios pecaminosos e ilícitos para escapar; porque entonces, no es una puerta que Dios ha abierto. El temor al hombre le pone una trampa, una trampa de confusión que perturba nuestra paz; una trampa que enreda, por la cual somos atraídos al pecado; y, por tanto, se debe luchar y orar en su contra. La tribulación, la angustia y la persecución no pueden quitarles el amor de Dios por ellos o el de ellos por Él. Temed a aquel que puede destruir cuerpo y alma en el infierno. —Ellos deben dar su mensaje públicamente, porque todos están profundamente preocupados de la doctrina del evangelio. Hay que dar a conocer todo el consejo de Dios, Hechos xx, 27. Cristo les muestra por qué deben estar de buen ánimo. Sus sufrimientos testifican contra los que se oponen a su evangelio. Cuando Dios nos llama a hablar por Él, podemos depender de Él para que nos enseñe qué decir. Una perspectiva fiel del final de nuestras aflicciones será muy útil para sostenernos cuando estemos sometidos a ellas. El poder será conforme al día. De gran aliento para los que están haciendo la obra de Dios es que sea una obra que ciertamente será hecha. —Véase cómo el cuidado de la providencia se extiende a todas las criaturas, aun a los gorriones. Esto debe acallar todos los temores del pueblo de Dios: Vosotros valéis más que muchos gorriones. Los mismos cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Esto denota la cuenta que Dios hace y mantiene de su pueblo. Nuestro deber es no sólo creer en Cristo, sino profesar esa fe, sufriendo por Él, cuando somos llamados a ello, como asimismo a servirlo. Aquí sólo se alude a la negación de Cristo que es persistente, y esa confesión sólo puede tener la bendita recompensa aquí prometida, que es el lenguaje verdadero y constante del amor y la fe. La religión vale todo; todos los que creen su verdad, llegarán al premio y harán que todo lo demás se rinda a ello. Cristo nos guiará a través de los sufrimientos para gloriarnos con Él. Los mejores preparados para la vida venidera son los que están más libres de esta vida presente. — Aunque la bondad hecha a los discípulos de Cristo sea sumamente pequeña, será aceptada cuando haya ocasión para ella y no haya capacidad de hacer más. Cristo no dice que merezcan recompensa, porque no podemos merecer nada de la mano de Dios; pero recibirán un premio de la dádiva gratuita de Dios. Confesemos osadamente a Cristo y mostremos nuestro amor por Él en todas las cosas.

CAPÍTULO XI

Versículos 1. *La prédica de Cristo.* 2—6. *La respuesta de Cristo a los discípulos de Juan.* 7—15. *El testimonio de Cristo acerca de Juan el Bautista.* 16—24. *La perversidad de los judíos.* 25—30. *El evangelio revelado al simple.—Invitación a los cargados.*

V. 1. Nuestro divino Redentor nunca se cansó de su obra de amor; y nosotros no debemos agotarnos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no desfallecemos.

Vv. 2—6. Algunos piensan que Juan envió a preguntar esto para su satisfacción. Donde hay verdadera fe, puede aún haber una mezcla de duda. La incredulidad remanente en los hombres buenos puede, en la hora de tentación, cuestionar a veces las verdades más importantes. Pero esperamos que la fe de Juan no fallara en este asunto, y que él sólo deseara verla fortalecida y confirmada. Otros piensan que Juan envió a sus discípulos a Cristo para satisfacción de ellos. — Cristo les señala lo que han oído y visto. La condescendencia y la compasión de la gracia de Cristo por los pobres muestran que Él era quien debía traer al mundo las tiernas misericordias de nuestro Dios. —Las cosas que los hombres ven y oyen, comparadas con las Escrituras, dirigen el camino en que se debe hallar la salvación. Cuesta vencer prejuicios, y peligroso es no vencerlos, pero los que creen en Cristo, verán que su fe será hallada mucho más para la alabanza, honra y gloria.

V. 7—15. Lo que Cristo dijo acerca de Juan no sólo fue para elogiarlo, sino para provecho del pueblo. Los que oyen la palabra serán llamados a dar cuenta de su provecho. ¿Pensamos que se termina el cuidado cuando se termina el sermón? No, entonces empieza el mayor de los cuidados. —Juan era un hombre abnegado, muerto para todas las pompas del mundo y los placeres de los sentidos. Conviene que la gente, en todas sus apariencias, sea coherente con su carácter y situación. —Juan era hombre grande y bueno, pero no perfecto; por tanto, no alcanzó la estatura de los santos glorificados. El menor en el cielo sabe más, ama más, y hace más alabando a Dios y recibe más de Él que el más grande de este mundo. Pero por el reino de los cielos aquí se debe entender más bien al reino de la gracia, la dispensación del evangelio en su poder y pureza. ¡Cuánta razón tenemos para estar agradecidos que nuestra suerte esté echada en los días del reino de los cielos, bajo tales ventajas de luz y amor! —Hay multitudes que fueron traídas por el ministerio de Juan y llegaron a ser discípulos suyos. Y hubo quienes lucharon por un lugar en este reino, que nadie pensaría que tenían derecho ni título para eso, y parecieron ser intrusos. Nos muestra cuánto fervor y celo se requiere de todos. Hay que negar el yo; hay que cambiar la inclinación, la disposición y el temperamento de la mente. Los que tengan un interés en la salvación grandiosa, lo tendrán a cualquier costo, y no pensarán que es difícil ni la dejarán ir sin una bendición. Las cosas de Dios son de preocupación grande y común. Dios no requiere más de nosotros que el uso justo de las facultades que nos ha dado. La gente es ignorante porque no quiere aprender.

Vv. 16—24. Cristo reflexiona en los escribas y fariseos que tenían un orgulloso concepto de sí. Compara la conducta de ellos con el juego de los niños que, enojándose sin razón, rebaten todos los intentos de sus compañeros por complacerlos, o para que se unan a los juegos para los cuales acostumbraban reunirse. —Las objeciones capciosas de los hombres mundanos son a menudo muy burlonas y demuestran gran malicia. Algo tienen que criticar de todos por excelente y santo que sea. Cristo, que era inmaculado, y apartado de los pecadores, aquí se presenta junto con ellos y contaminado por ellos. La inocencia más inmaculada no siempre será defensa contra el reproche. —Cristo sabía que los corazones de los judíos eran más enconados y endurecidos contra sus milagros y doctrinas que los de Tiro y Sidón; por tanto, su condenación será mayor. El Señor ejerce su omnipotencia, pero no castiga más de lo que merecen y nunca retiene el conocimiento de la verdad de aquellos que lo anhelan.

Vv. 25—30. Corresponde a los hijos ser agradecidos. Cuando vamos a Dios como Padre, debemos recordar que Él es el Señor de cielo y tierra, lo cual nos obliga a ir a Él con reverencia en cuanto es Señor soberano de todo; aunque con confianza como a Quien es capaz de defendernos del mal y proporcionarnos todo bien. —Nuestro bendito Señor agregó una declaración notable: que el Padre había puesto en Sus manos todo poder, autoridad y juicio. Estamos endeudados con Cristo

por toda la revelación que tenemos de la voluntad y el amor de Dios Padre, aun desde que Adán pecó. —Nuestro Salvador ha invitado a todos los que trabajan fuerte y están muy cargados que vayan a Él. En algunos sentidos, todos los hombres están así. Los hombres mundanos se recargan con preocupaciones estériles por la riqueza y los honores; el alegre y sensual se esfuerza en pos de los placeres; el esclavo de Satanás y sus propias lujurias es el siervo más esclavizado de la tierra. Los que trabajan duro por establecer su propia justicia, también trabajan en vano. El pecador convicto está muy cargado de culpa y terror; y el creyente tentado y afligido tiene trabajos duros y cargas. Cristo los invita a todos a que vayan a Él en pos de reposo para sus almas. Él solo da esta invitación: los hombres van a Él cuando, sintiendo su culpa y miseria, y creyendo su amor y poder para socorrer, lo buscan con oración ferviente. Así, pues, es deber e interés de los pecadores trabajados y cargados, ir a Jesucristo. Este es el llamado del evangelio: quienquiera que quiera, venga. Todos los que así van recibirán reposo como regalo de Cristo, y obtendrán paz y consuelo en su corazón. Pero al ir a Él deben tomar su yugo y someterse a su autoridad. Deben aprender de Él todas las cosas acerca de su consuelo y obediencia. Él acepta al siervo dispuesto, por imperfectos que sean sus servicios. Aquí podemos hallar reposo para nuestras almas, y sólo aquí. —Ni tenemos que temer su yugo. Sus mandamientos son santos, justos y buenos. Requiere negarse a sí mismo y trae dificultades, pero esto es abundantemente recompensado, ya en este mundo, por la paz y el gozo interior. Es un yugo forrado con amor. Tan poderosos son los socorros que nos da, tan adecuadas las exhortaciones, y tan fuertes las consolaciones que se encuentran en el camino del deber, que podemos decir verdaderamente, que es un yugo grato. El camino del deber es el camino del reposo. Las verdades que enseña Cristo son tales que podemos aventurar por ellas nuestra alma. —Tal es la misericordia del Redentor, y ¿por qué debe el pecador laborioso y cargado buscar reposo en alguna otra parte? Vamos diariamente a Él en busca de la liberación de la ira y de la culpa, del pecado y de Satanás, de todas nuestras preocupaciones, temores y dolores. Pero la obediencia forzada, lejos de ser fácil y liviana, es carga pesada. En vano nos acercamos a Jesús con nuestros labios mientras el corazón esté lejos de Él. Entonces, venid a Jesús para hallar reposo para vuestras almas.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—8. *Jesús defiende a sus discípulos por espigar en el día de reposo.* 9—13. *Jesús sana en el día de reposo al hombre de la mano seca.* 14—21. *Malicia de los fariseos.* 22—30. *Jesús sana a un endemoniado.* 31, 32. *Blasfemia de los fariseos.* 33—37. *Las malas palabras proceden de un corazón malo.* 38—45. *Escribas y fariseos reprendidos por pedir señales.* 46—50. *Los discípulos de Cristo son sus hermanos más cercanos.*

Vv. 1—8. Estando en los campos de trigo, los discípulos empezaron a sacar trigo: la ley de Dios lo permitía, Deuteronomio xxiii, 25. Esta era una magra provisión para Cristo y sus discípulos, pero se contentaban con eso. Los fariseos no discutieron con ellos por cortar el trigo de otro hombre, sino por hacerlo el día de reposo. Cristo vino a libertar a sus seguidores, no sólo de las corrupciones de los fariseos, sino de sus reglas antibíblicas, y justificó lo que ellos hicieron. El más grande no verá satisfechas sus concupiscencias, pero el menor verá que hay consideración por sus necesidades. Los trabajos en el día de reposo son legítimos si son necesarios, y el día de reposo es para fomentar, y no para obstaculizar la adoración. Se debe hacer la provisión necesaria para la salud y la comida, pero el caso es muy diferente cuando se tienen sirvientes en casa, y las familias se vuelven escenario de apresuramientos y confusión en el día del Señor, para dar un festín a los visitantes o para darse un gusto. Cabe condenar cosas como esas y muchas otras que son comunes entre los profesantes. El descanso del día de reposo fue ordenado para bien del hombre, Deuteronomio, v, 14. No se debe entender ninguna ley en forma tal que contradiga su propia finalidad. Como Cristo es el Señor del día de reposo, es apropiado que dedique para sí el día y su obra.

Vv. 9—13. Cristo demuestra que las obras de misericordia son lícitas y propias para hacerlas en el día del Señor. Hay otras maneras de hacer el bien en los días de reposo además de los deberes de la adoración: atender al enfermo, aliviar al pobre, ayudar a los que necesitan alivio urgente, enseñar a los jóvenes a cuidar sus almas; estas obras hacen el bien: y deben hacerse por amor y caridad, con humildad y abnegación, y serán aceptadas, Génesis iv, 7. —Esto tiene un significado espiritual, como otras sanidades que obró Cristo. Por naturaleza nuestras manos están secas y por nosotros mismos somos incapaces de hacer nada que sea bueno. Sólo Cristo nos cura por el poder de su gracia; Él sana la mano seca poniendo vida en el alma muerta; obra en nosotros tanto el querer como el hacer: porque, con el mandamiento, hay una promesa de gracia dada por la palabra.

Vv. 14—21. Los fariseos hicieron consulta para hallar alguna acusación contra Jesús para condenarlo a muerte. Consciente de la intención de ellos, Él se retiró de ese lugar, porque su tiempo no había llegado. —El rostro no corresponde más exactamente al rostro reflejado en el agua, que el carácter de Cristo esbozado por el profeta con su temperamento y conducta descrito por los evangelistas. Encomendemos con alegre confianza nuestras almas a un Amigo tan bueno y fiel. Lejos de romperla, fortalecerá la caña quebrada; lejos de apagar el pábilo humeante, o casi extinguido, más bien Él soplará para avivar la llama. Desechemos las contiendas y los debates airados; recibámonos unos a otros como Cristo nos recibe. Y mientras estemos animados por la bondad de la gracia de nuestro Señor, debemos orar que su Espíritu repose en nosotros y nos haga capaces de imitar su ejemplo.

Vv. 22—30. Un alma sometida al poder de Satanás, y cautivada por él, está ciega a las cosas de Dios y muda ante el trono de la gracia; nada ve y nada dice a propósito. Satanás ciega los ojos con la incredulidad; y sella los labios de la oración. Mientras más gente magnificaba a Cristo, más deseosos de injurarlo estaban los fariseos. Era evidente que si Satanás ayudaba a Jesús a expulsar demonios, ¡el reino del infierno estaba dividido contra sí mismo, entonces, cómo podría resistir! Y si decían que Jesús echaba fuera demonios por el príncipe de los demonios, no podían probar que sus hijos los echaran por algún otro poder. Hay dos grandes intereses en el mundo; y cuando los espíritus inmundos son expulsados por el Espíritu Santo, en la conversión de los pecadores a una vida de fe y obediencia, ha llegado a nosotros el reino de Dios. Todos los que no ayudan, ni se regocijan con esa clase de cambio, están contra Cristo.

Vv. 31, 32. He aquí una bondadosa seguridad del perdón de todo pecado en las condiciones del evangelio. Cristo sienta aquí el ejemplo para que los hijos de los hombres estén dispuestos para perdonar las palabras que se dicen contra ellos. Pero los creyentes humildes y conscientes son tentados, a veces, para que piensen que han cometido el pecado imperdonable, mientras los que más se aproximan a eso, rara vez tienen algún temor por ello. Podemos tener la seguridad de que los que indudablemente se arrepienten y creen el evangelio, no han cometido este pecado o algún otro de la misma clase; porque el arrepentimiento y la fe son dones especiales de Dios que no otorgaría a ningún hombre si estuviera decidido a no perdonarle; los que temen haber cometido este pecado, dan una buena señal de que no. El pecador tembloroso y contrito tiene en sí mismo el testimonio de que no es así en su caso.

Vv. 33—37. El idioma del hombre descubre de qué país procede, igualmente de qué clase de espíritu es. El corazón es la fuente, las palabras son los arroyos. Una fuente turbia y una corriente corrupta deben producir arroyos barrocos y desagradables. Nada sanará las aguas, sazonará el habla, ni purificará la comunicación corrupta sino la sal de la gracia, echada en la corriente. El hombre malo tiene un mal tesoro en su corazón, del cual el pecador saca las malas palabras y las malas acciones para deshonar a Dios y herir al prójimo. Veamos continuamente sobre nosotros mismos para que podamos hablar palabras conformes al carácter cristiano.

Vv. 38—45. Aunque Cristo siempre está listo para oír y responder los deseos y las oraciones santas, los que piden mal, piden y, sin embargo, no tienen. Se dieron señales a los que las deseaban para confirmar su fe, como Abraham y Gedeón; pero se negaron a los que las exigían para excusar su incredulidad. La resurrección de Cristo de entre los muertos por su poder, aquí se llama señal de

Jonás el profeta, y es la gran prueba de que Cristo era el Mesías. Como Jonás estuvo tres días y tres noches en el pez grande, y luego volvió a salir vivo, así estaría Cristo ese tiempo en la tumba y resucitaría. —Los ninivitas avergonzarían a los judíos por no arrepentirse; la reina de Saba los avergonzaría por no creer en Cristo. Nosotros no tenemos esos impedimentos, no vamos a Cristo con esas inseguridades. Esta parábola representa el caso de la iglesia y nación judía. También es aplicable a todos los que oyen la palabra de Dios y, se reforman en parte, pero no se convierten de verdad. El espíritu inmundo se va por un tiempo, pero cuando vuelve, encuentra que Cristo no está ahí para impedirle entrar; el corazón está barrido por la reforma externa, pero adornado por los preparativos para cumplir las malas sugerencias, y el hombre se vuelve enemigo más decidido de la verdad. Todo corazón es la residencia de espíritus inmundos, salvo los que son templo del Espíritu Santo, por fe en Cristo.

Vv. 46—50. La prédica de Cristo era simple, y familiar, y adecuada para sus oyentes. Su madre y sus hermanos estaban dentro, deseando oírle. Frecuentemente los que están más cerca de los medios de conocimiento y de gracia son los más negligentes. Somos buenos para descuidar lo que pensamos que podemos tener un día, olvidando que el mañana no es nuestro. A menudo nos topamos con obstáculos a nuestra obra, de parte de amigos que nos rodean, y sacados de los cuidados por las cosas de esta vida, de las preocupaciones de nuestra alma. —Cristo estaba tan dedicado a su obra que ningún deber natural o de otra índole lo apartaba de ella. No se trata que, so pretexto de la religión, seamos insolentes con los padres o malos con los padres, sino que el deber menor debe quedar a la espera mientras se hace el mayor. Dejemos a los hombres y aferrémonos a Cristo; miremos a todo cristiano, en cualquier condición de vida, como hermano, hermana, o madre del Señor de la gloria; amemos, respetemos y seamos amables con ellos por amor a Él y siguiendo su ejemplo.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—23. *La parábola del sembrador.* 24—30. 36—43. *La parábola de la cizaña.* 31—35. *Las parábolas de la semilla de mostaza y la levadura.* 44—52. *Las parábolas del tesoro escondido, la perla preciosa, la red arrojada al mar, y el dueño de casa.* 53—58. *Jesús es nuevamente rechazado en Nazaret.*

Vv. 1—23. Jesús se embarcó en una barca para ser menos presionado y para que la gente escuchara mejor. Con esto nos enseña en las circunstancias externas de la adoración a no desear lo que es majestuoso, sino hacer lo mejor de las facilidades que Dios nos asigna en su providencia. Cristo enseñaba con parábolas. Por medio de ellas simplificaba y hacía más fáciles las cosas de Dios para los dispuestos a ser enseñados, y más difíciles y oscuras para los dispuestos a ser ignorantes. —La parábola del sembrador es clara. La semilla sembrada es la palabra de Dios. El sembrador es nuestro Señor Jesucristo, por sí o por sus ministros. Predicar a una multitud es sembrar el grano; no sabemos dónde brotará. Una clase de terreno, aunque nos demos mucho trabajo, no da fruto adecuado mientras la buena tierra da fruto con abundancia. Así ocurre en los corazones de los hombres, cuyos diferentes caracteres están aquí descritos como cuatro clases de terreno. —Los oyentes negligentes y frívolos son presas fáciles para Satanás que, como el gran homicida de las almas, es el gran ladrón de sermones, y con seguridad estará presto para robarnos la palabra si no tenemos el cuidado de obedecerla. —Los hipócritas, como el terreno pedregoso, suelen tener el comienzo de los cristianos verdaderos en su muestra de profesión de fe. Muchos de los que se alegran de oír un buen sermón, son los que no se benefician. Se les habla de la salvación gratuita, de los privilegios de los creyentes, y la felicidad del cielo; y, sin cambio de corazón, sin convicción permanente de su propia depravación, de su necesidad del Salvador o de la excelencia de la santidad, pronto profesan una seguridad sin fundamentos. Pero cuando una prueba pesada los

amenaza o pueden tener una ventaja pecaminosa, se rinden u ocultan su profesión o se vuelven a un sistema más fácil. —Los afanes del mundo son apropiadamente comparados con las espinas, porque vinieron con el pecado y son fruto de la maldición; son buenos en su lugar para llenar un vacío, pero debe estar bien armado el hombre que tenga mucho que ver con ellos; enredan, afligen, arañan y su fin es ser quemados, Hebreos vi, 8. Los afanes del mundo son grandes obstáculos para tener provecho de la palabra de Dios. Lo engañoso de las riquezas obra el mal; no se puede decir que nos engañamos a menos que depositemos nuestra confianza en ellas, entonces ahogamos la buena semilla. —Lo que distinguió al buen terreno fue la fructificación. Por esto se distinguen los cristianos verdaderos de los hipócritas. Cristo no dice que la buena tierra no tenga piedras y espinas, sino que nada puede impedir que dé fruto. Todos no son iguales; debemos apuntar más alto para dar más fruto. El sentido del oído no puede ser mejor usado que para oír la palabra de Dios; y mirémonos a nosotros para que sepamos que clase de oyente es.

Vv. 24—30. 36—43. Esta parábola representa el estado presente y el futuro de la Iglesia del evangelio; el cuidado de Cristo por ella, la enemistad del diablo contra ella; la mezcla de buenos y malos que tiene en este mundo, y la separación entre ellos en el otro mundo. Tan proclive a pecar es el hombre caído que si el enemigo siembra, puede seguir su camino, y la cizaña brotará y hará daño; mientras cuando se siembra buena semilla, debe cuidarse, regarse y protegerse. Los siervos se quejan a su amo: Señor ¿no sembraste buena semilla en tu campo? Sin duda que sí; lo que sea que esté mal en la iglesia tengamos la seguridad que no es de Cristo. Aunque los transgresores groseros, y otros que se oponen abiertamente al evangelio, debieran ser separados de la sociedad de los fieles, sin embargo, no hay, destreza humana que pueda efectuar una separación precisa. Los que se oponen no deben ser sacados sino instruidos, y con mansedumbre. Y aunque los buenos y los malos estén juntos en este mundo, sin embargo, en el día grande del juicio serán separados; entonces serán claramente conocidos el justo y el impío; a veces aquí cuesta mucho distinguir entre ellos. No hagamos iniquidad si conocemos el temor del Señor. —En la muerte los creyentes brillarán por sí mismos; en el día grande, brillarán ante todo el mundo. Brillarán por reflejo, con luz prestada de la Fuente de luz. La santificación de ellos será perfeccionada y su justificación, publicada. Que seamos hallados en ese feliz número.

Vv. 31—35. El alcance de la parábola de la semilla de mostaza es mostrar que los comienzos del evangelio es pequeño pero su final será grande; de este modo será ejecutada la obra de gracia en el corazón, el reino de Dios dentro de nosotros. En el alma donde verdaderamente está la gracia, crecerá en realidad, aunque, quizá al comienzo, no sea discernida, pero al final tendrá gran fuerza y utilidad. —La predicación del evangelio obra como levadura en el corazón de los que lo reciben. La levadura obra ciertamente, así lo hace la palabra, pero gradualmente. Obra silenciosamente y sin ser vista, pero sin fallar. Así fue en el *mundo*. Los apóstoles, predicando el evangelio, escondieron un puñado de levadura en la gran masa de la humanidad. Fue hecho poderoso por el Espíritu de Jehová de los ejércitos, que obra y nada puede impedirlo. En el *corazón* es así. Cuando el evangelio llega al alma, obra un cambio radical; se expande a todos los poderes y facultades del alma, y altera la propiedad aun de los miembros del cuerpo, Romanos vi, 13. De estas parábolas se nos enseña esperar un progreso gradual; por tanto, preguntemos, ¿estamos creciendo en gracia y en los santos principios y costumbres?

Vv. 44—52. He aquí cuatro parábolas: —1. La del tesoro escondido en el campo. Muchos toman a la ligera el evangelio porque miran sólo la superficie del campo. Pero todos los que escudriñan las Escrituras, para hallar en ellas a Cristo y la vida eterna, Juan v, 39, descubrirán tal tesoro que a este campo lo hace indeciblemente valioso; se apropian de él a cualquier costo. Aunque nada pueda darse como precio por la salvación, sin embargo, mucho debe darse por amor a ella. —2. Todos los hijos de los hombres están ocupados; uno será rico, otro será honorable, aun otro será docto; pero la mayoría está engañada y toman las falsificaciones por perlas legítimas. Jesucristo es la Perla de gran precio; teniéndolo a Él tenemos suficiente para hacernos dichosos aquí y para siempre. El hombre puede comprar oro muy caro, pero no esta Perla de gran precio. Cuando el pecador convicto ve a Cristo como el Salvador de gracia, todo lo demás pierde valor para sus

pensamientos. —3. El mundo es un mar ancho, y en su estado natural, los hombres son como los peces. Predicar el evangelio es echar una red en este mar para pescar algo para gloria de Quien tiene la soberanía sobre este mar. Los hipócritas y los cristianos verdaderos serán separados: desgraciada es la condición de quienes, entonces, serán echados fuera. —4. El fiel y diestro ministro del evangelio es un escriba bien versado en las cosas del evangelio y capaz de enseñarlas. Cristo lo compara con un buen dueño de casa, que trae los frutos de la cosecha del año anterior y lo recogido este año, abundante y variado, para tratar a sus amigos. Todas las experiencias antiguas y las observaciones nuevas tienen su utilidad. Nuestro lugar está a los pies de Cristo, y debemos aprender diariamente de nuevo las viejas lecciones y, también, las nuevas.

Vv. 53—58. Cristo repite su ofrecimiento a los que lo han rechazado. Ellos le reprochan: ¿No es éste el hijo del carpintero? Sí, es cierto que tenía la fama de serlo; y no es desgracia ser el hijo de un comerciante honesto; debieron respetarle más porque era uno de ellos mismos, pero, por eso lo despreciaron. —No hizo muchas obras poderosas ahí debido a la incredulidad de ellos. La incredulidad es el gran estorbo para los favores de Cristo. Mantengámonos fieles a Él como el Salvador que hizo nuestra paz con Dios.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—12. *La muerte de Juan el Bautista.* 13—21. *Cinco mil personas son alimentadas milagrosamente.* 22—33. *Jesús camina sobre el mar.* 34—36. *Jesús sana al enfermo.*

Vv. 1—12. El terror y el reproche de la conciencia que Herodes, como otros ofensores osados, no pudo quitarse, son prueba y advertencia de un juicio futuro y de su miseria futura. Pero puede haber terror por la convicción de pecado donde no está la verdad de la conversión. Cuando los hombres pretenden favorecer el evangelio, pero viven en el mal, no debemos permitir que se engañen a sí mismos, sino librar nuestra conciencia como hizo Juan. El mundo puede decir que esto es rudeza y celo ciego. Los profesantes falsos o los cristianos tímidos pueden censurarlo como falta de civilización, pero los enemigos más poderosos no pueden ir más allá de donde al Señor le place permitir. —Herodes temía que mandar matar a Juan pudiera levantar una revuelta en el pueblo, lo que éste no hizo; pero nunca temió que pudiera despertar su propia conciencia en su contra, lo que sí ocurrió. Los hombres temen ser colgados por lo que no temen ser condenados. Las épocas de alegría y júbilo carnal son temporadas convenientes para ejecutar malos designios contra el pueblo de Dios. —Herodes recompensó profusamente una danza indigna, mientras la prisión y la muerte fueron la recompensa para el hombre de Dios que procuraba salvarle su alma. Pero había una verdadera maldad contra Juan tras su consentimiento o, de lo contrario, Herodes hubiera hallado formas de librarse de su promesa. —Cuando los pastores de abajo son derribados, las ovejas no tienen que dispersarse mientras tengan al Gran Pastor al cual acudir. Es mejor ser llevado a Cristo por necesidad y por pérdida que dejar de ir a Él completamente.

Vv. 13—21. Cuando se retiran Cristo y su palabra, es mejor para nosotros seguirlo, procurando los medios de gracia para nuestra alma antes que cualquiera ventaja mundanal. La presencia de Cristo y de su evangelio, no sólo hacen soportable el desierto, sino también deseable. —La pequeña provisión de pan fue aumentada por el poder creador de Cristo, hasta que toda la multitud se satisfizo. Al buscar el bienestar para el alma de los hombres, debemos tener compasión igualmente de sus cuerpos. También recordemos de anhelar siempre una bendición para nuestra comida, y aprendamos a evitar todo desperdicio, porque la frugalidad es la fuente apropiada de la generosidad. Véase en este milagro un emblema del Pan de vida que descendió del cielo para sustentar nuestra alma que perecía. Las providencias del evangelio de Cristo parecen magras y escasas para el mundo, pero satisfacen a todos los que por fe se alimentan de Él en sus corazones con acción de gracias.

Vv. 22—33. No son seguidores de Cristo los que no pueden disfrutar el estar a solas con Dios y sus corazones. En ocasiones especiales, y cuando hallamos ensanchados nuestros corazones, es bueno continuar orando secretamente por largo tiempo, y derramar nuestros corazones ante el Señor. —No es cosa nueva para los discípulos de Cristo toparse con tormentas en el camino del deber, pero, por eso Él se muestra con más gracia a ellos y a favor de ellos. Él puede tomar el camino que le plazca para salvar a su pueblo. Pero hasta las apariencias de liberación ocasionan a veces problemas y perplejidad al pueblo de Dios por los errores que tienen acerca de Cristo. Nada debiera asustar a los que tienen a Cristo junto a ellos y que saben que es suyo; ni la misma muerte. —Pedro caminó sobre el agua, no por diversión ni por jactancia, sino para ir a Jesús, y en eso fue sostenido maravillosamente. Se promete sustento especial, y deben esperarse, pero sólo en las empresas espirituales; tampoco podemos siquiera ir a Jesús a menos que seamos sostenidos por su poder. Cristo le dijo a Pedro que fuera a Él, no sólo para que pudiera andar sobre el agua, y así conocer el poder de su Señor, sino para que conociera su propia debilidad. A menudo el Señor permite que Sus siervos tengan lo que eligen, para humillarlos y probarlos, y para mostrar la grandeza de su poder y su gracia. —Cuando dejamos de mirar a Cristo para mirar la grandeza de las dificultades que se nos oponen, empezamos a desfallecer, pero cuando le invocamos, Él extiende su brazo y nos salva. Cristo es el gran Salvador; quienes serán salvados deben ir a Él y clamar pidiendo salvación; nunca somos llevados a este punto, sino hasta que nos hallamos zozobrando: el sentido de la necesidad nos lleva a Él. —Reprendió a Pedro. Si pudiéramos creer más, sufriríamos menos. La debilidad de la fe y el predominio de nuestras dudas, desagradan a nuestro Señor Jesús, porque no hay buena razón para que los discípulos de Cristo tengan dudas. Aun en un día tempestuoso, Él es para ellos una ayuda muy presente. —Nadie sino el Creador del mundo podía multiplicar los panes, nadie sino su Gobernador podría andar sobre las aguas del mar: los discípulos se rindieron a la evidencia y confesaron su fe. Ellos fueron apropiadamente afectados y adoraron a Cristo. El que va a Dios debe creer; y el que cree en Dios, irá a Él, Hebreos xi, 6.

Vv. 34—36. Dondequiera que fuera, Cristo hacía el bien. Ellos llevaban a Él a todos los que estaban enfermos. Acudían humildemente implorándole su ayuda. Las experiencias del prójimo pueden guiarnos y estimularnos a buscar a Cristo. A tantos como tocó, hizo perfectamente íntegros. A los que Cristo sana, los sana perfectamente. Si los hombres estuvieran más familiarizados con Cristo y con el estado enfermo de sus almas, se apiñarían para recibir su poder sanador. La virtud sanadora no estaba en el dedo, sino en la fe de ellos; o, más bien, estaba en Cristo a quien se aferró la fe de ellos.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—9. *Jesús habla de las tradiciones humanas.* 10—20. *Advierte contra las cosas que realmente contaminan.* 21—28. *Sana a la hija de una mujer siriofenicia.* 29—39. *Jesús sana al enfermo y alimenta milagrosamente a cuatro mil.*

Vv. 1—9. Las adiciones a las leyes de Dios desacreditan su sabiduría, como si Él hubiera dejado fuera algo necesario que el hombre puede suplir; de una u otra manera llevan siempre a que los hombres desobedezcan a Dios. ¡Cuán agradecidos debemos estar por la palabra *escrita* de Dios! Nunca pensemos que la religión de la Biblia pueda ser mejorada por algún agregado humano, sea en doctrina o práctica. —Nuestro bendito Señor habló de sus tradiciones como inventos propios de ellos, y señaló un ejemplo en que esto era muy claro: las transgresiones del quinto mandamiento. Cuando se les pedía ayuda para las necesidades de un padre, ellos alegaban que habían dedicado al templo todo lo que podían disponer, aunque no se separaran de ello, y por tanto, sus padres no debían esperar nada de ellos. Esto era anular la efectividad del mandamiento de Dios. —El sino de los hipócritas es meter un pequeño paréntesis: “En vano me adoran”. No complacerá a Dios ni les

aprovechará a ellos; ellos confían en vanidad, y la vanidad será su recompensa.

Vv. 10—20. Cristo muestra que la contaminación que debían temer no era la que entraba por la boca como alimento, sino lo que salía de sus bocas, que demostraba la maldad de sus corazones. Nada durará en el alma, sino la gracia regeneradora del Espíritu Santo; y nada debe ser admitido en la iglesia, sino lo que es de lo alto; por tanto, no debemos perturbarnos por quien se ofenda por la afirmación clara y oportuna de la verdad. —Los discípulos piden que se les enseñe mejor sobre esta materia. Donde una cabeza débil duda de una palabra de Cristo, el corazón recto y la mente dispuesta buscan instrucción. —El corazón es perverso, Jeremías xvii, 9, porque no hay pecado en palabra y obra que no esté primero en el corazón. Salen todos del hombre y son fruto de la maldad que hay en el corazón y allí obra. Cuando Cristo enseña, muestra a los hombres el engaño y la maldad de sus corazones; les enseña a humillarse y buscar ser purificados de sus pecados y de su inmundicia en el manantial abierto.

Vv. 21—28. Los más remotos y oscuros rincones del país reciben las influencias de Cristo; después, los confines de la tierra verán su salvación. —La angustia y el trastorno de su familia llevó a una mujer a Cristo; aunque es la necesidad la que nos empuja a Cristo, sin embargo, no seremos desechados por él. Ella no limitó a Cristo a ningún caso particular de misericordia, pero misericordia, misericordia, es lo que ella rogó: ella no aduce mérito, sino que depende de la misericordia. Deber de los padres es orar por sus hijos, y ser fervorosos para orar por ellos, especialmente por sus almas. ¿Tenéis un hijo, una hija, dolorosamente afligida con un demonio del orgulloso, un demonio inmundo, un demonio de maldad, que está cautivo por su voluntad? Este es un caso más deplorable que el de la posesión corporal, y debéis llevarlos por fe y oración a Cristo, que Él solo es capaz de sanarlos. —Muchos métodos de la providencia de Cristo, especialmente de su gracia, para tratar con su pueblo, que son oscuros y confunden, se pueden explicar por este relato, que enseña que puede haber amor en el corazón de Cristo aunque su rostro tenga el ceño fruncido; y nos anima a confiar aún en Él aunque parezca listo para matarnos. A quienes Cristo piensa honrar más, los humilla para que sientan su indignidad. Un corazón orgulloso sin humillar no soportaría esto; ella lo convirtió en argumento para validar su petición. —El estado de esta mujer es un emblema del estado del pecador, profundamente consciente de la miseria de su alma. Lo mínimo de Cristo es precioso para un creyente, hasta las mismas migajas del Pan de vida. De todas las gracias, es la fe la que más honra a Cristo; por tanto, de todas las gracias, Cristo honra más a la fe. Él le sanó a la hija. Él habló y fue hecho. De aquí los que buscan ayuda del Señor, y no reciben respuesta de gracia, aprendan a convertir aun su indignidad y desaliento en ruegos de misericordia.

Vv. 29—39. Cualquiera sea nuestro caso, la única manera de encontrar bienestar y alivio es dejarlo a los pies de Cristo, someterlo a Él y referirlo a su disposición. Los que quieren salud espiritual de Cristo, deben ser gobernados como a Él le agrada. Véase el trabajo que ha hecho el pecado: a cuanta variedad de enfermedades están sometidos los cuerpos humanos. Aquí había tales enfermedades que la fantasía no podía siquiera suponer su causa ni su curación; sin embargo, estaban sujetas al mando de Cristo. Las curas espirituales que obra Cristo son maravillosas. Cuando hace que las almas ciegas vean por fe, el mudo hable por la oración, el rengo y el manco anden en santa obediencia, es para maravillarse. —Su poder también fue mostrado a la multitud en la abundante provisión que hizo para ellos: la manera es muy semejante a lo anterior. Todos comieron y quedaron satisfechos. Cristo llena a quienes alimenta. Con Cristo hay pan suficiente y para guardar; provisiones de gracia para más de los que la buscan, y para quienes buscan más. —Cristo despidió a la gente. Aunque los había alimentado dos veces, no deben esperar milagros para encontrar su pan diario. Vuelvan a casa a sus ocupaciones y a sus mesas. Señor, aumenta nuestra fe, y perdona nuestra incredulidad, enseñándonos a vivir de tu plenitud y tu abundancia para todas las cosas que pertenecen a esta vida y a la venidera.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—4. *Los fariseos y los saduceos piden señal.* 5—12. *Jesús advierte contra la doctrina de los fariseos.* 13—20. *El testimonio de Pedro de que Jesús era el Cristo.* 21—23. *Cristo predice sus sufrimientos y reprende a Pedro.* 24—28. *La necesidad de negarse a sí mismo.*

Vv. 1—4. Los fariseos y los saduceos se oponían unos a otros en principios y conducta, pero se unieron contra Cristo. Pero deseaban una señal de su propia elección: despreciaron las señales que aliviaban la necesidad del enfermo y angustiado, y pidieron otra cosa que gratificara la curiosidad del orgulloso. Gran hipocresía es buscar señales de nuestra propia invención, cuando pasamos por alto las señales ordenadas por Dios.

Vv. 5—12. Cristo habla de cosas espirituales con un símil y los discípulos lo entienden mal, como de cosas carnales. Tomó a mal que ellos pensaran que Él se preocupaba tanto del pan como ellos; que estuvieran tan poco familiarizados con su manera de predicar. Entonces entendieron ellos lo que quería decir. Cristo enseña por el Espíritu de sabiduría en el corazón, abriendo el entendimiento al Espíritu de revelación en la palabra.

Vv. 13—20. Pedro dijo, por sí mismo y por sus hermanos, que estaban seguros de que nuestro Señor era el Mesías prometido, el Hijo del Dios vivo. Esto muestra que creían que Jesús era más que hombre. Nuestro Señor afirma que Pedro era bienaventurado, porque la enseñanza de Dios lo hacía diferente de sus compatriotas incrédulos. —Cristo agrega que lo llama Pedro, aludiendo a su estabilidad o firmeza para profesar la verdad. La palabra traducida “roca” no es la misma palabra “Pedro”, sino una de significado similar. Nada puede ser más erróneo que suponer que Cristo significó que *la persona* de Pedro era la roca. Sin duda que el mismo Cristo es la Roca, el fundamento probado de la Iglesia; y ¡ay de aquel que intente poner otro! La confesión de Pedro es esta roca en cuanto doctrina. Si Jesús no fuera el Cristo, los que Él posee no son de la Iglesia, sino engañadores y engañados. Nuestro Señor declara luego la autoridad con que Pedro sería investido. Él habló en nombre de sus hermanos y esto lo relacionaba a ellos con Él. Ellos no tenían conocimiento certero del carácter de los hombres, y estaban propensos a errores y pecados en su conducta; pero ellos fueron guardados libres de error al establecer el camino de aceptación y de salvación, la regla de la obediencia, el carácter y la experiencia del creyente, y la condenación final de los incrédulos e hipócritas. En tales materias su decisión era recta y confirmada en el cielo. Pero todas las pretensiones de cualquier hombre, sean de desatar o atar los pecados de los hombres, son blasfemas y absurdas. Nadie puede perdonar pecados sino solamente Dios. Y este atar y desatar en el lenguaje corriente de los judíos, significaba prohibir y permitir, o enseñar lo que es legal o ilegal.

Vv. 21—23. Cristo revela paulatinamente su pensamiento a su pueblo. Desde esa época, cuando los apóstoles hicieron la confesión completa de Cristo, que era el Hijo de Dios, empezó a hablarles de sus sufrimientos. Dijo esto para corregir los errores de sus discípulos sobre la pompa y poder externos de su reino. Quienes sigan a Cristo no deben esperar cosas grandes ni elevadas en este mundo. Pedro quería que Cristo aborreciera el sufrimiento tanto como él, pero nos equivocamos si medimos el amor y la paciencia de Cristo por los nuestros. No leemos de nada que haya dicho o hecho alguno de sus discípulos, en algún momento, que dejara ver que Cristo se resintió tanto como al oír esto. Quienquiera que nos saque de lo que es bueno y nos haga temer que hacemos demasiado por Dios, habla el lenguaje de Satanás. Lo que parezca ser tentación a pecar debe ser resistido con horror y no ser considerado. Los que renuncian a sufrir por Cristo, saborean más las cosas del hombre que las cosas de Dios.

Vv. 24—28. Un verdadero discípulo de Cristo es aquel que lo sigue en el deber y lo seguirá a la gloria. Es uno que anda en el mismo camino que anduvo Cristo, guiado por su Espíritu, y va en sus pasos, dondequiera que vaya. —“Niéguese a sí mismo”. Si negarse a sí mismo es lección dura, no es más de lo que aprendió y practicó nuestro Maestro, para redimirnos y enseñarnos. “Tome su cruz”. Aquí se pone cruz por todo problema que nos sobrevenga. Somos buenos para pensar que podemos llevar mejor la cruz ajena que la propia; pero mejor es lo que nos está asignado, y debemos hacer lo mejor de ello. No debemos, por nuestra precipitación y necesidad, acarrearlos

cruces a nuestras cabezas, sino tomarlas cuando estén en nuestro camino. —Si un hombre tiene el nombre y crédito de un discípulo, siga a Cristo en la obra y el deber del discípulo. Si todas las cosas del mundo nada valen cuando se comparan con la vida del cuerpo, ¡qué fuerte el mismo argumento acerca del alma y su estado de dicha o miseria eterna! Miles pierden sus almas por la ganancia más frívola o la indulgencia más indigna, sí, a menudo por solo pereza o negligencia. Cualquiera sea el objeto por el cual los hombres dejan a Cristo, ese es el precio con que Satanás compra sus almas. Pero un alma es más valiosa que todo el mundo. Este es el juicio de Cristo para la materia; conocía el precio de las almas, porque las rescató; ni hubiera subvalorado al mundo, porque lo hizo. El transgresor moribundo no puede comprar una hora de alivio para buscar misericordia para su alma que perece. Entonces, aprendamos justamente a valorar nuestra alma, y a Cristo como el único Salvador de ellas.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—13. *La transfiguración de Cristo.* 14—21. *Jesús expulsa un espíritu sordomudo.* 22, 23. *Nuevamente predice sus sufrimientos.* 24—27. *Él obra un milagro para pagar el dinero del tributo.*

Vv. 1—13. Ahora, los discípulos contemplaron algo de la gloria de Cristo, como del unigénito del Padre. Tenía el propósito de sostener la fe de ellos cuando tuvieran que presenciar su crucifixión; les daría una idea de la gloria preparada para ellos, cuando fueran transformados por su poder y fueran hechos como Él. —Los apóstoles quedaron sobrecogidos por la visión gloriosa. Pedro pensó que era más deseable seguir allí, y no volver a bajar para encontrarse con los sufrimientos, de los cuales tenía tan poca disposición para oír. En esto no sabía lo que decía. Nos equivocamos si esperamos un cielo aquí en la tierra. Sean cuales sean los tabernáculos que nos propongamos hacer para nosotros en este mundo, siempre debemos acordarnos de pedirle permiso a Cristo. Aún no había sido ofrecido el sacrificio sin el cual las almas de los hombres pecadores no pueden ser salvadas; había servicios importantes que Pedro y sus hermanos debían cumplir. —Mientras Pedro hablaba, una nube brillante los cubrió, señal de la presencia y gloria divina. Desde que el hombre pecó, y oyó la voz de Dios en el huerto, las apariciones desacostumbradas de Dios han sido terribles para el hombre. Cayeron postrados en tierra hasta que Jesús les dio ánimo; cuando miraron alrededor vieron sólo a su Señor como lo veían corrientemente. Debemos pasar por diversas experiencias en nuestro camino a la gloria, y cuando regresamos al mundo después de participar en un medio de gracia, debemos tener cuidado de llevar a Cristo con nosotros, y entonces que sea nuestro consuelo que Él está con nosotros.

Vv. 14—21. El caso de los hijos afligidos debe presentarse a Dios con oración ferviente y fiel. Cristo curó al niño. Aunque la gente era perversa y Cristo era provocado, de todas maneras, atendió al niño. Cuando fallan todas las demás ayudas y socorros, somos bienvenidos a Cristo, podemos confiar en Él y en su poder y bondad. —Véase aquí una señal del esfuerzo de Cristo como nuestro Redentor. Da aliento a los padres a llevar sus hijos a Cristo, cuyas almas están bajo el poder de Satanás; Él es capaz de sanarlos y está tan dispuesto como poderoso es. No sólo llevadlos a Cristo con oración, sino llevadlos a la palabra de Cristo; a los medios por los cuales se derriban las fortalezas de Satanás en el alma. —Bueno es que desconfiemos de nosotros mismos y nuestra fuerza, pero es desagradable para Cristo cuando desconfiamos de cualquier poder derivado de Él u otorgado por Él. También había algo en la enfermedad que dificultaba la curación. El poder extraordinario de Satanás no debe desalentar nuestra fe, sino estimularnos a un mayor fervor al orar a Dios para que sea aumentada. ¡Nos maravillamos al ver que Satanás tenía la posesión corporal de este joven, desde niño, cuando tiene la posesión espiritual de todo hijo de Adán desde la caída!

Vv. 22, 23. Cristo sabía perfectamente todas las cosas que le ocurrirían, pero emprendió la obra

de nuestra redención, lo cual demuestra fuertemente su amor. ¡Qué humillación exterior y gloria divina fue la vida del Redentor! Toda su humillación terminó en su exaltación. Aprendamos a soportar la cruz, a despreciar las riquezas y los honores mundanos y a estar contentos con su voluntad.

Vv. 24—27. Pedro estaba seguro de que su Maestro estaba listo para hacer lo justo. Cristo habló primero de darle pruebas de que no se podía esconder de Él ningún pensamiento. Nunca debemos renunciar a nuestro deber por temor a ofender, pero a veces tenemos que negarnos a nosotros mismos en nuestros intereses mundanos para no ofender. —Sin embargo, el dinero estaba en el pez; el único que sabe todas las cosas podía saberlo y sólo el poder omnipotente podía llevarlo al anzuelo de Pedro. —El poder y la pobreza de Cristo deben mencionarse juntos. Si somos llamados por la providencia a ser pobres como nuestro Señor, confiemos en su poder y nuestro Dios satisfará toda nuestra necesidad, conforme a sus riquezas en gloria por Cristo Jesús. En la senda de la obediencia, en el curso, quizá, de nuestra vocación habitual, como ayudó a Pedro, así nos ayudará. Si se presentara una emergencia repentina, que no estamos preparados para enfrentar, no recurramos al prójimo sin antes buscar a Cristo.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—6. *La importancia de la humildad.* 7—14. *Advertencia contra las ofensas.* 15—20.

La remoción de las ofensas. 21—35. *Conducta para con los hermanos.*—*La parábola del siervo sin misericordia.*

Vv. 1—6. Cristo habló muchas palabras sobre sus sufrimientos, pero sólo una de su gloria; sin embargo, los discípulos se aferraron de esta y olvidaron las otras. A muchos que les gusta oír y hablar de privilegios y de gloria están dispuestos a soslayar los pensamientos acerca de trabajos y problemas. Nuestro Señor puso ante ellos un niño, asegurándoles con solemnidad que no podrían entrar en su reino si no eran convertidos y hechos como los pequeñuelos. Cuando los niños son muy pequeños no desean la autoridad, no consideran las distinciones externas, están libres de maldad, son enseñables y dispuestos a confiar en sus padres. Verdad es que pronto empiezan a mostrar otras disposiciones y a edad temprana se les enseñan otras ideas, pero son características de la infancia las que los convierten en ejemplos adecuados de la mente humilde de los cristianos verdaderos. Ciertamente necesitamos ser renovados diariamente en el espíritu de nuestra mente para que lleguemos a ser simples y humildes como los pequeñuelos, y dispuestos a ser el menor de todos. Estudiemos diariamente este tema y examinemos nuestro espíritu.

Vv. 7—14. Considerando la astucia y maldad de Satanás, y la debilidad y depravación de los corazones de los hombres, no es posible que no haya sino ofensas. Dios las permite para fines sabios y santos, para que sean dados a conocer los que son sinceros y los que no lo son. Habiéndonos dicho antes que habrá seductores, tentadores, perseguidores y malos ejemplos, permanezcamos de guardia. Debemos apartarnos, tan lícitamente como podamos, de lo que puede enredarnos en el pecado. Hay que evitar las ocasiones externas de pecado. —Si vivimos conforme a la carne, debemos morir. Si mortificamos, a través del Espíritu, a las obras de la carne, viviremos. Cristo vino al mundo a salvar almas y tratará severamente a los que estorban el progreso de otros que están orientando su rostro al cielo. ¿Y, alguno de nosotros rehusará atender a los que el Hijo de Dios vino a buscar y salvar? Un padre cuida a todos sus hijos, pero es particularmente tierno con los pequeños.

Vv. 15—20. Si alguien hace mal a un cristiano confeso, éste no debe quejarse a los demás, como suele hacerse, sino ir en forma privada a quien le ofendió, tratar el asunto con amabilidad, y reprender su conducta. Esto tendrá en el cristiano verdadero, por lo general, el efecto deseado y las

partes se reconciliarán. Los principios de estas reglas pueden practicarse en todas partes y en todas las circunstancias, aunque son demasiado descuidados por todos. ¡Cuán pocos son los que prueban el método que Cristo mandó *expresamente* a todos sus discípulos! —En todos nuestros procedimientos debemos buscar la dirección orando; nunca podremos apreciar demasiado las promesas de Dios. en cualquier tiempo o lugar que nos encontremos en el nombre de Cristo, debemos considerar que Él está presente en medio nuestro.

Vv. 21—35. Aunque vivamos totalmente de la misericordia y el perdón, nos demoramos para perdonar las ofensas de nuestros hermanos. Esta parábola señala cuánta provocación ve Dios de su familia en la tierra y cuán indóciles somos sus siervos. —Hay tres cosas en la parábola: —1. La maravillosa clemencia del amo. La deuda del pecado es tan enorme que no somos capaces de pagarla. Véase aquí lo que merece todo pecado; esta es la paga del pecado, ser vendido como esclavo. Necedad de muchos que están fuertemente convictos de sus pecados es fantasear que pueden dar satisfacción a Dios por el mal que le han hecho. —2. La severidad irracional del siervo hacia su consiervo, a pesar de la clemencia de su señor con él. No se trata de que nos tomemos a la ligera hacerle mal a nuestro prójimo, puesto que también es pecado ante Dios, sino que no debemos agrandar el mal que nuestro prójimo nos hace ni pensar en la venganza. Que nuestras quejas, tanto de la maldad del malo y de las aflicciones del afligido, sean llevadas ante Dios y dejadas con Él. —3. El amo reprobó la crueldad de su siervo. La magnitud del pecado acrecienta las riquezas de la misericordia que perdona; y el sentido consolador de la misericordia que perdona hace mucho para disponer nuestros corazones a perdonar a nuestros hermanos. —No tenemos que suponer que Dios perdona realmente a los hombres y que, después, les reconoce sus culpas para condenarlos. La última parte de esta parábola muestra las conclusiones falsas a que llegan muchos en cuanto a que sus pecados están perdonados, aunque su conducta posterior demuestra que nunca entraron en el espíritu del evangelio ni demostraron con su vivencia la gracia que santifica. No perdonamos rectamente a nuestro hermano ofensor si no lo perdonamos de todo corazón. Pero esto no basta; debemos buscar el bienestar hasta de aquellos que nos ofenden. ¡Con cuánta justicia serán condenados los que, aunque llevan el nombre de cristianos, persisten en tratar a sus hermanos sin misericordia! El pecador humillado confía solo en la misericordia abundante y gratuita a través del rescate de la muerte de Cristo. Busquemos más y más la gracia de Dios que renueva, para que nos enseñe a perdonar al prójimo como esperamos perdón de Él.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1, 2. *Jesús entra en Judea.* 3—12. *La pregunta de los fariseos sobre el divorcio.* 13—15. *Los pequeños llevados a Jesús.* 16—22. *La indagatoria que hace el joven rico.* 23—30. *La recompensa de los seguidores de Cristo.*

Vv. 1, 2. Grandes multitudes seguían a Cristo. Cuando Cristo parte, lo mejor para nosotros es seguirlo. En todas partes lo hallaban tan capaz y dispuesto a ayudar, como había sido en Galilea; dondequiera que salía el Sol de Justicia, era con salud en sus alas.

Vv. 3—12. Los fariseos deseaban sorprender a Jesús en algo que pudieran presentar como ofensa a la ley de Moisés. Los casos matrimoniales eran numerosos y, a veces, paradójicos; hecho así, no por la ley de Dios, sino por las lujurias y necesidades de los hombres y, la gente suele resolver lo que quiere hacer antes de pedir consejo. Jesús replicó preguntando si no habían leído el relato de la creación, y el primer ejemplo de matrimonio; de ese modo, señala que toda desviación en esto era mala. —La mejor condición para nosotros, que debemos elegir y mantener en forma coherente, es lo mejor para nuestras almas, y es la que tienda a prepararnos y preservarnos mejor para el reino del cielo. —Cuando se abraza en realidad al evangelio, hace buenos padres y amigos fieles de los hombres; les enseña a llevar la carga y a soportar las enfermedades de aquellos con quienes están

relacionados, a considerar la paz y la felicidad de ellos más que las propias. En cuanto a las personas impías, es propio que sean refrenadas por leyes para que no rompan la paz de la sociedad. Aprendemos que el estado del matrimonio debe asumirse con gran seriedad y con oración fervorosa.

Vv. 13—15. Es bueno cuando acudimos a Cristo y llevamos a nuestros hijos. Los pequeños pueden ser llevados a Cristo porque necesitan y pueden recibir bendiciones de Él, y por tener un interés en su intercesión. Nosotros no podemos sino pedir una bendición para ellos: Sólo Cristo puede mandar la bendición. Bueno para nosotros es que Cristo tenga más amor y ternura en sí que las que tiene el mejor de sus discípulos. —Aprendamos de Él a no desechar ningún alma dispuesta y bien intencionada en su búsqueda de Cristo, aunque no sean sino débiles. A los que se dan a Cristo, como parte de su compra, no los echará fuera de ninguna manera. Por tanto, no le gustan los que prohíben y tratan de dejar a fuera a los que Él ha recibido. Todos los cristianos deben llevar sus hijos al Salvador para que los bendiga con bendiciones espirituales.

Vv. 16—22. Cristo sabía que la codicia era el pecado que más fácilmente incomodaba a este joven; aunque había obtenido honestamente lo que poseía, no podía, sin embargo, separarse de ello con alegría, y así demostraba su falta de sinceridad. Las promesas de Cristo facilitan sus preceptos y hacen que su yugo sea ligero y muy consolador; pero esta promesa fue tanto un juicio de la fe del joven, como el precepto lo fue de su caridad y desprecio del mundo. Se nos requiere seguir a Cristo atendiendo debidamente sus ordenanzas, siguiendo estrictamente su patrón y sometiéndonos alegremente a sus disposiciones; y esto por amor a Él y por depender de Él. Vender todo y darlo a los pobres no servirá si no vamos a seguir a Cristo. —El evangelio es el único remedio para los pecadores perdidos. Muchos de los que se abstienen de vicios groseros son los que no atienden su obligación para con Dios. Miles de casos de desobediencia de pensamiento, palabra y obra se registran contra ellos en el libro de Dios. Así, pues, son muchos los que abandonan a Cristo por amar a este mundo presente: ellos se sienten convictos y deseosos, pero se alejan tristes, quizá temblando. Nos conviene probarnos en estos asuntos porque el Señor nos juzgará.

Vv. 23—30. Aunque Cristo habló con tanta fuerza, pocos de los que tienen riquezas confían en sus palabras. ¡Cuán pocos de los pobres no se tientan a envidiar! Pero el fervor del hombre en este asunto es como si se esforzaran por edificar un muro alto para encerrarse a sí mismos y a sus hijos lejos del cielo. Debe ser satisfactorio para los que estamos en condición baja el no estar expuestos a la tentación de una situación próspera y elevada. Si ellos viven con más dureza que el rico en este mundo, si van con mayor facilidad a un mundo mejor, no tendrán razón de quejarse. —Las palabras de Cristo muestran que cuesta mucho que un rico sea un buen cristiano y sea salvo. El camino al cielo es camino angosto para todos, y la puerta que ahí conduce, es puerta estrecha; particularmente para la gente rica. Se esperan más deberes de ellos que de los demás, y los pecados los acosan con más facilidad. Cuesta no ser fascinado por un mundo sonriente. La gente rica tiene por sobre los demás una gran cuenta que pagar por sus oportunidades. Es absolutamente imposible que un hombre que pone su corazón en sus riquezas vaya al cielo. —Cristo usó una expresión que denota una dificultad absolutamente insuperable por el poder del hombre. Nada menos que la todopoderosa gracia de Dios hará que un rico supere esta dificultad. Entonces, ¿quién podrá ser salvo? Si las riquezas estorban a la gente rica, ¿no se hallan el orgullo y las concupiscencias pecaminosas en los que no son ricos y son tan peligrosas para ellos? ¿Quién puede ser salvo? Dicen los discípulos. Nadie, dice Cristo, por ningún poder creado. El comienzo, la profesión y el perfeccionamiento de la obra de salvación depende enteramente de la omnipotencia de Dios, para el cual todas las cosas son posibles. No se trata de que la gente rica sea salva *en* su mundanalidad, sino que sean salvos *de* su mundanalidad. —Pedro dijo: Nosotros lo hemos dejado todo. ¡Ay! No era sino todo un pobre, sólo unos pocos botes y redes, pero, obsérvese cómo habla Pedro, como si hubieran sido una gran cosa. Somos demasiado capaces de dar el valor máximo a nuestros servicios y sufrimientos, nuestras pérdidas y gastos por Cristo. Sin embargo, Cristo no los reprocha porque era poco lo que habían dejado, era todo lo suyo, y tan caro para ellos como si hubiera sido más. Cristo tomó a bien que ellos lo dejaran todo para seguirlo; acepta según lo que tenga el hombre. —La promesa de nuestro

Señor para los apóstoles es que cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, hará nuevas todas las cosas, y ellos se sentarán con Él en juicio contra los que serán juzgados conforme a su doctrina. Esto establece el honor, la dignidad y la autoridad del oficio y ministerio de ellos. Nuestro Señor agrega que cualquiera que haya dejado casa o posesiones o comodidades por Él y el evangelio, sería recompensado al final. Que Dios nos de fe para que nuestra esperanza descansa en esta promesa suya; entonces, estaremos dispuestos para todo servicio o sacrificio. —Nuestro Salvador, en el último versículo, elimina el error de algunos. La herencia celestial no es dada como las terrenales, sino conforme al beneplácito de Dios. No confiemos en apariencias promisorias, ni en la profesión externa. Otros pueden llegar a ser eminentes en fe y santidad, hasta donde nos toca saber.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—16. *La parábola de los trabajadores de la viña.* 17—19. *Jesús vuelve a anunciar sus sufrimientos.* 20—28. *La ambición de Santiago y Juan.* 29—34. *Jesús da la vista a dos ciegos cerca de Jericó.*

Vv. 1—16. El objeto directo de esta parábola parece ser demostrar que, aunque los judíos fueron llamados primero a la viña, en el largo plazo el evangelio será predicado a los gentiles que deben ser recibidos con los privilegios y ventajas en igualdad con los judíos. La parábola puede aplicarse también en forma más general y muestra, que: —1. Dios no es deudor de ningún hombre. —2. Muchos que empiezan al final, y prometen poco en la religión, a veces, por la bendición de Dios, llegan a mucho conocimiento, gracia y utilidad. —3. La recompensa será dada a los santos, pero no conforme al tiempo de su conversión. Describe el estado de la iglesia visible y explica la declaración de que los últimos serán los primeros, y los primeros, últimos, en sus diversas referencias. —Mientras no seamos contratados en el servicio de Dios estamos todo el día de ociosos: un estado pecaminoso, aunque para Satanás sea un estado de esclavitud, puede llamarse estado de ociosidad. El mercado es el mundo y de él fuimos llamados por el evangelio. Venid, salid de ese mercado. El trabajo para Dios no admite bagatelas. El hombre puede irse ocioso al infierno, pero quien vaya al cielo debe ser diligente. —El centavo romano era siete centavos, medio penique del dinero inglés, pagaba entonces suficiente para el sostén diario. Esto no prueba que la recompensa de nuestra obediencia a Dios sea de obras o de deuda; cuando hemos hecho todo, somos siervos inútiles; significa que hay una recompensa puesta ante nosotros, pero que nadie, por esta suposición, postergue el arrepentimiento hasta su vejez. Algunos fueron enviados a la viña en la hora undécima, pero nadie los había contratado antes. Los gentiles entraron a la hora undécima; el evangelio no había sido predicado antes a ellos. Quienes han tenido la oferta del evangelio en la hora tercera o sexta, y la han rechazado, no tendrán que decir en la hora undécima, como éstos: Nadie nos contrató. —Por tanto, no para desanimar a nadie sino para despertar a todos, es que se recuerda que *ahora* es el tiempo aceptable. —Las riquezas de la gracia divina son objetadas en voz alta por los fariseos orgullosos y por los cristianos nominales. Hay en nosotros una gran inclinación a pensar que tenemos demasiado poco, y los demás mucho de las señales del favor de Dios; y que hacemos demasiado y los demás muy poco en la obra de Dios. Pero si Dios da gracia a otros, es bondad para ellos, y no injusticia para nosotros. Las criaturas mundanas carnales están de acuerdo con Dios en cuanto a su riqueza en este mundo, y optan por su porción en esta vida. Los creyentes obedientes están de acuerdo con Dios en cuanto a su riqueza en el otro mundo, y deben recordar que estuvieron de acuerdo. ¿No acordaste tú tomar el cielo como porción tuya, como tu todo, y buscas tu felicidad en la criatura? Dios no castiga más de lo merecido, y premia cada servicio hecho por Él y para Él; por tanto, no hace mal a ninguno al mostrar gracia extraordinaria a otros. —Véase aquí la naturaleza de la envidia. Es una avaricia descontenta por el bien de los demás y que desea su mal.

Es un pecado que no tiene placer, provecho ni honor. Dejemos irse todo reclamo orgulloso y procuremos la salvación como dádiva gratuita. No envidiemos ni murmuremos; regocijémonos y alabemos a Dios por su misericordia hacia los demás y con nosotros.

Vv. 17—19. Aquí Cristo es más detallado que antes para predecir sus sufrimientos. Aquí, como antes, agrega la mención de su resurrección y su gloria, a la de su muerte y sus sufrimientos, para dar ánimo a sus discípulos, y consolarlos. Una manera de ver a nuestro Redentor una vez crucificado y ahora glorificado con fe, es buena para humillar la disposición orgullosa que se justifica a sí misma. Cuando consideramos la necesidad de la humillación y sufrimientos del Hijo de Dios, para la salvación de los pecadores percederos, ciertamente debemos darnos cuenta de la liberalidad y de las riquezas de la gracia divina en nuestra salvación.

Vv. 20—28. Los hijos de Zebedeo usaron mal lo que Cristo decía para consolar a los discípulos. Algunos no pueden tener consuelo; los transforman para un mal propósito. El orgullo es el pecado que más fácilmente nos acosa; es una ambición pecaminosa de superar a los demás en pompa y grandeza. Para abatir la vanidad y la ambición de su pedido, Cristo los guía a pensar en sus sufrimientos. Copa amarga es la que debe beberse; copa de temblor, pero no la copa del impío. No es sino una copa, pero seca y amarga quizá, pero pronto se vacía; es una copa en la mano del Padre, Juan xviii, 11. El bautismo es una ordenanza por la cual somos unidos al Señor en pacto y comunión; y así es el sufrimiento por Cristo, Ezequiel xx, 37; Isaías xlvi, 10. El bautismo es señal externa y visible de una gracia espiritual interior; así es el padecimiento por Cristo, que a nosotros es concedido, Filipenses i, 29. Pero no sabían qué era la copa de Cristo, ni qué era su bautismo. Comúnmente los más confiados son los que están menos familiarizados con la cruz. Nada hace más mal entre los hermanos que el deseo de grandeza. Nunca encontramos disputando a los discípulos de Cristo sin que algo de esto se halle en el fondo de la cuestión. El hombre que con más diligencia labora, y con más paciencia sufre, buscando hacer el bien a sus hermanos, y fomentar la salvación de las almas, más evoca a Cristo, y recibirá más honra de Él para toda la eternidad. —Nuestro Señor habla de su muerte en los términos aplicados a los sacrificios de antaño. Es un sacrificio por los pecados de los hombres, y es aquel sacrificio verdadero y esencial, que los de la ley representaban débil e imperfectamente. Era un rescate de muchos, suficiente para todos, obrando sobre muchos; y, si por muchos, entonces la pobre alma temblorosa puede decir, ¿por qué no por mí?

Vv. 29—34. Bueno es que los sometidos a la misma prueba o enfermedad del cuerpo o de la mente, se unan para orar a Dios por alivio, para que puedan estimularse y exhortarse unos a otros. Hay suficiente misericordia en Cristo para todos los que piden. Ellos oraban con fervor. Clamaban como hombres apremiados. Los deseos fríos mendigan negaciones. Fueron humildes para orar, poniéndose a merced de la misericordia del mediador y refiriéndose alegremente a ella. Muestran fe al orar por el título que dieron a Cristo. Seguro que fue por el Espíritu Santo que trataron de Señor a Jesús. Perseveraron en oración. Cuando iban en busca de la misericordia no había tiempo para la timidez o la vacilación: clamaban con fervor. —Cristo los animó. Nos sensibilizamos rápidamente ante las necesidades y las cargas del cuerpo, y nos podemos relacionar con ellas con prontitud. ¡Oh, que nos quejásemos con tanto sentimiento de nuestras dolencias espirituales, especialmente de nuestra ceguera espiritual! Muchos están espiritualmente ciegos, pero dicen que ven. Jesús curó a estos ciegos y cuando hubieron recibido la vista, lo siguieron. Nadie sigue ciegamente a Cristo. Primero, por gracia Él abre los ojos de los hombres, y así atrae hacia Él sus corazones. Estos milagros son nuestro llamamiento a Jesús; podemos oírlo y hacerlo nuestra oración diaria para crecer en gracia y en el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—11. *Cristo entra en Jerusalén.* 12—17. *Echa del templo a los que lo profanaban.* 18

—22. *Maldición de la higuera estéril.* 23—27. *El sermón de Jesús en el templo* 28—32. *La parábola de los dos hijos* 33—46. *La parábola del padre de familia.*

Vv. 1—11. Esta venida de Cristo fue descrita por el profeta Zacarías, ix, 9. Cuando Cristo aparezca en su gloria, es en mansedumbre, no en majestad, en misericordia para obrar salvación. Como la mansedumbre y la pobreza externa fueron vistas plenamente en el Rey de Sion, y marcaron su entrada triunfal en Jerusalén, ¡cuán equivocados estaban la codicia, la ambición y la soberbia de la vida en los ciudadanos de Sion! Ellos llevaron el pollino, pero Jesús no lo usó sin el consentimiento del dueño. Los aperos fueron los que había a mano. No debemos pensar que son muy caras las ropas que vestimos para abandonarlas por el servicio de Cristo. Los sumos sacerdotes y los ancianos después se unieron a la multitud que lo trató mal en la cruz; pero ninguno de ellos se unió a la multitud que le rindió honores. Los que toman a Cristo como Rey de ellos deben poner a sus pies todo lo que tienen. Hosanna significa: ¡Salva ahora te rogamos! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Pero de cuán escaso valor es el aplauso de la gente! La multitud inestable se une al clamor del día, sea ¡Hosanna! o ¡crucifícalo! A menudo, las multitudes parecen aprobar el evangelio, pero pocos llegan a ser discípulos coherentes. —Cuando Jesús iba a entrar en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió; quizá algunos fueron movidos por el gozo, los que esperaban el Consuelo de Israel; otros, de los fariseos, fueron movidos por la envidia. Así de variadas son las motivaciones de la mente de los hombres en cuanto a la cercanía del reino de Cristo.

Vv. 12—17. Cristo encontró parte del atrio del templo convertido en mercado de ganado y de cosas que se usaban en los sacrificios, y parcialmente ocupados por los cambistas de dinero. Nuestro Señor los echó del lugar, como había hecho al iniciar su ministerio, Juan ii, 13—17. Sus obras testificaban de Él más que los Hosannas, y las curaciones que hizo en el templo fueron cumplimiento de la promesa de que la gloria de la última casa sería más grande que la gloria de la primera. Si Cristo viniera ahora a muchas partes de su iglesia visible, ¡cuántos males secretos descubriría y limpiaría! ¡Cuántas cosas que se practican a diario bajo el manto de la religión, demostraría Él que son más adecuadas para una cueva de ladrones que para una casa de oración!

Vv. 18—22. La maldición de la higuera estéril representa el estado de los hipócritas en general, y así nos enseña que Cristo busca el poder de la religión en quienes la profesan, y el sabor de ella en quienes dicen tenerla. Sus justas expectativas de los profesos que florecen suelen frustrarse; viene a muchos buscando fruto y encuentra sólo hojas. Una profesión falsa se marchita corrientemente en este mundo, y es el efecto de la maldición dada por Cristo. La higuera que no tenía fruto pronto perdió sus hojas. Esto representa en particular el estado de la nación y pueblo judío. Nuestro Señor Jesús no encontró en ellos nada sino hojas. Después que rechazaron a Cristo, la ceguera y la dureza se acrecentaron en ellos hasta que fueron deshechados, y desarraigados de su lugar y de su nación. El Señor fue justo en eso. Temamos mucho la condenación pronunciada para la higuera estéril.

Vv. 23—27. Como ahora nuestro Señor se manifestó abiertamente como el Mesías, los sumos sacerdotes y los escribas se ofendieron mucho, en especial porque expuso y eliminó los abusos que ellos estimulaban. Nuestro Señor preguntó qué pensaban ellos del ministerio y bautismo de Juan. Muchos se asustan más de la vergüenza que produce la mentira que del pecado, y, por tanto, no tienen escrúpulos para decir lo que saben que es falso, como sus propios pensamientos, afectos e intenciones o sus recuerdos y olvidos. Nuestro Señor rehusó responder su pregunta. Mejor es evitar las disputas innecesarias con los impíos oponentes.

Vv. 28—32. Las parábolas que reprenden, se dirigen claramente a los ofensores y los juzgan por sus propias bocas. La parábola de los dos hijos enviados a trabajar en la viña es para mostrar que los que no sabían que el bautismo de Juan era de Dios, fueron avergonzados por los que lo sabían y lo reconocen. Toda la raza humana es como niños a quienes el Señor ha criado, pero ellos se han rebelado contra Él, sólo que algunos son más convincentes en su desobediencia que otros. A menudo sucede que el rebelde atrevido es llevado al arrepentimiento y llega a ser siervo del Señor, mientras el formalista se endurece en orgullo y enemistad.

Vv. 33—46. Esta parábola expresa claramente el pecado y la ruina de la nación judía; y lo que se dice para acusarles, se dice para advertir a todos los que gozan los privilegios de la iglesia externa. Así como los hombres tratan al pueblo de Dios, tratarían al mismo Cristo si estuviera con ellos. ¡Cómo podemos, si somos fieles a su causa, esperar una recepción favorable de parte de un mundo impío o de los impíos que profesan el cristianismo! Preguntémonos si nosotros que tenemos la viña y todas sus ventajas damos fruto en la temporada debida, como pueblo, familia o individuos. Nuestro Salvador declara, en su pregunta, que el Señor de la viña vendrá, y que cuando venga destruirá a los malos con toda seguridad. —Los sumos sacerdotes y los ancianos eran los constructores y no reconocían su doctrina ni su leyes; lo desecharon como piedra despreciada. Pero el que fue desechado por los judíos, fue abrazado por los gentiles. Cristo sabe quién dará frutos del evangelio en el uso de los medios del evangelio. La incredulidad de los pecadores será su ruina, aunque Dios tienen muchas maneras de refrenar los remanentes de la ira, como los tiene para hacer que eso que quebranta redunde en alabanza suya. Que Cristo llegue a ser más y más precioso para nuestras almas, como firme Fundamento y Piedra angular de su Iglesia. Sigámosle aunque seamos odiados y despreciados por amor a Él.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—14. *La parábola de la fiesta de bodas.* 15—22. *Los fariseos preguntan a Jesús sobre el impuesto.* 23—33. *La pregunta de los saduceos sobre la resurrección.* 34—40. *La esencia de los mandamientos.* 41—46. *Jesús interroga a los fariseos.*

Vv. 1—14. La provisión hecha para las almas percederas en el evangelio, está representada por una fiesta real hecha por un rey, con prodigalidad oriental, en ocasión del matrimonio de su hijo. Nuestro Dios misericordioso no sólo ha provisto el alimento, sino un festejo real para las almas que perecen de sus rebeldes criaturas. En la salvación de su Hijo Jesucristo hay suficiente y de sobra de todo lo que se pueda agregar a nuestro consuelo presente y dicha eterna. —Los primeros invitados fueron los judíos. Cuando los profetas del Antiguo Testamento no prevalecieron, ni Juan el Bautista, ni el mismo Cristo, que les dijo que el reino de Dios estaba cerca, fueron enviados los apóstoles y ministros del evangelio, después de la resurrección de Cristo, a decirles que iba a venir y persuadirlos para que aceptaran la oferta. La razón del por qué los pecadores no van a Cristo y a la salvación por Él no es que no puedan, sino que no quieren. Tomarse a la ligera a Cristo y la gran salvación obrada por Él, es el pecado que condena al mundo. Ellos fueron indiferentes. Las multitudes perecen para siempre por pura indiferencia sin mostrar aversión directa, pero son negligentes acerca de sus almas. Además, las actividades y el provecho de las ocupaciones mundanas estorban a muchos para cerrar trato con el Salvador. Campesinos y mercaderes deben ser diligentes, pero cualquiera sea la cosa del mundo que tengamos en nuestras manos, debemos poner cuidado en mantenerla fuera de nuestros corazones, no sea que se interponga entre nosotros y Cristo. —La extrema ruina sobrevenida a la iglesia y a la nación judía está representada aquí. La persecución de los fieles ministros de Cristo llena la medida de la culpa de todo pueblo. No se esperaba la oferta de Cristo y la salvación de los gentiles; fue tanta sorpresa como sería que se invitara a una fiesta de boda real al caminante. El designio del evangelio es recoger almas para Cristo; a todos los hijos de Dios esparcidos por todos lados, Juan x, 16; xi, 52. —El ejemplo de los hipócritas está representado por el invitado que no tenía traje de boda. Nos concierne a todos prepararnos para el juicio; y los que, y sólo los que se vistan del Señor Jesús, que tengan el temperamento mental cristiano, que vivan por fe en Cristo y para quienes Él es el todo en todo, tienen la vestimenta para la boda. La justicia de Cristo que nos es imputada y la santificación del Espíritu son, ambas, por igual necesarias. Nadie tiene el ropaje de boda por naturaleza ni puede hacérselo por sí mismo. Llega el día en que los hipócritas serán llamados a rendir cuentas de todas

sus intrusiones presuntuosas en las ordenanzas del evangelio y de la usurpación de los privilegios del evangelio. Echadlo a las tinieblas de afuera. Los que andan en forma indigna del cristianismo, abandonan toda la dicha que proclaman presuntuosamente. —Nuestro Salvador pasa aquí desde la parábola a su enseñanza. Los hipócritas andan a la luz del evangelio mismo camino a la extrema oscuridad. Muchos son llamados a la fiesta de boda, esto es, a la salvación, pero pocos tienen el ropaje de la boda, la justicia de Cristo, la santificación del Espíritu. Entonces, examinémonos si estamos en la fe y procuremos ser aprobados por el Rey.

Vv. 15—22. Los fariseos enviaron sus discípulos a los herodianos, un partido de los judíos, que apoyaba la sumisión total al emperador romano. Aunque eran contrarios entre sí, se unieron contra Cristo. Lo que dijeron de Cristo estaban bien; sea que lo supieran o no, bendito sea Dios que nosotros lo sabemos. Jesucristo fue un maestro fiel, uno que reprueba directamente. —Cristo vio su iniquidad. Cualquiera sea la máscara que se ponga el hipócrita, nuestro Señor Jesús ve a través de ella. Cristo no intervino como juez en materias de esta naturaleza, porque su reino no es de este mundo, pero insta a sujetarse pacíficamente a los poderes que hay. Reprobó a sus adversarios y enseñó a sus discípulos que la religión cristiana no es enemiga del gobierno civil. —Cristo es y será la maravilla no sólo de sus amigos, sino de sus enemigos. Ellos admiran su sabiduría, pero no serán guiados por ella, y su poder, pero no se someterán.

Vv. 23—33. Las doctrinas de Cristo desagradan a los infieles saduceos y a los fariseos y herodianos. Él lleva las grandes verdades de la resurrección y el estado futuro más allá de lo que se había revelado hasta entonces. No hay modo de deducir del estado de cosas en este mundo lo que acontecerá en el más allá. La verdad sea puesta a la luz clara y se manifieste con toda su fuerza. Habiéndolos silenciado de este modo, nuestro Señor procedió a mostrar la verdad de la doctrina de la resurrección a partir de los libros de Moisés. Dios le declaró a Moisés que era el Dios de los patriarcas que habían muerto hacía mucho tiempo; esto demuestra que ellos estaban entonces en un estado del ser capaz de disfrutar su favor y prueba que la doctrina de la resurrección es claramente enseñada en el Antiguo Testamento y en el Nuevo. Pero esta doctrina estaba reservada para una revelación más plena después de la resurrección de Cristo, primicia de los que durmieron. Todos los errores surgen de no conocer las Escrituras y el poder de Dios. —En este mundo la muerte se lleva a uno tras otro y así, termina con todas las esperanzas, los goces, las penas y las relaciones terrenales. ¡Qué desgraciados son los que no esperan nada mejor más allá de la tumba!

Vv. 34—40. Un intérprete de la ley preguntó algo a nuestro Señor para probar no tanto su conocimiento como su juicio. El amor de Dios es el primer y gran mandamiento, y el resumen de todos los mandamientos de la primera tabla. Nuestro amor por Dios debe ser sincero, no sólo de palabra y lengua. Todo nuestro amor es poco para dárselo, por tanto todos los poderes del alma deben comprometerse con Él y ejecutados para Él. —Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos es el segundo gran mandamiento. Hay un amor propio que es corrompido y raíz de los pecados más grandes y debe ser dejado y mortificado; pero hay un amor propio que es la regla del deber más grande: hemos de tener el debido interés por el bienestar de nuestra alma y nuestro cuerpo. Debemos amar a nuestro prójimo tan verdadera y sinceramente como nos amamos a nosotros mismos; en muchos casos debemos negarnos a nosotros por el bien del prójimo. Por estos dos mandamientos moldeen, nuestro corazón.

Vv. 41—46. Cuando Cristo dejó perplejos a sus enemigos, preguntó qué pensaban del Mesías prometido. ¿Cómo podía Él ser el Hijo de David y, sin embargo, ser su Señor? Cita el Salmo cx, 1. Si el Cristo iba a ser un simple hombre, que sólo existiría mucho tiempo después de la muerte de David, ¿cómo podía su antepasado tratarlo de Señor? Los fariseos no pudieron contestar eso. Ni tampoco resolver la dificultad, a menos que reconozcan que el Mesías sea el Hijo de Dios y el Señor de David igualmente que el Padre. Él tomó nuestra naturaleza humana y, así, se manifestó Dios en la carne; en este sentido es el Hijo del hombre y el Hijo de David. —Nos conviene sobre todo indagar seriamente: “¿qué pensamos de Cristo?” ¿Es Él completamente glorioso a nuestros ojos y precioso a nuestros corazones? Que Cristo sea nuestro gozo, nuestra confianza, nuestro todo. Que diariamente seamos hechos más como Él, y más dedicados a su servicio.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—12. *Jesús reprende a los escribas y a los fariseos.* 13—33. *Delitos de los fariseos.* 34—39. *La culpa de Jerusalén.*

Vv. 1—12. Los escribas y los fariseos explicaban la ley de Moisés y obligaban a obedecerla. Son acusados de hipocresía en la religión. Sólo podemos juzgar conforme a las apariencias externas, pero Dios escudriña el corazón. Ellos hacían filacterias que eran rollos de papel o pergamino donde escribían cuatro artículos de la ley, para atarlos a la frente o al brazo izquierdo, Éxodo xiii, 2—10; Éxodo xiii, 11—16; Deuteronomio vi, 4—9; Deuteronomio xi, 13—21. Hacían estas filacterias extensas para que se pensara que eran más celosos de la ley que los demás. Dios mandó a los judíos que se pusieran franjas sobre sus vestiduras, Números xv, 38, para recordarles que son un pueblo peculiar, pero los fariseos las hacían más grandes que lo corriente, como si por eso fueran más religiosos que los demás. El orgullo era el pecado amado reinante en los fariseos, el pecado que más fácilmente los asaltaba, y contra el cual el Señor Jesús habla aprovechando todas las ocasiones. Para aquel que es enseñado en la palabra, es digno de elogio que honre al que enseña; pero para el que enseña es pecaminoso exigir esa honra e hincharse por eso. —¡Cuán contrario al espíritu del cristianismo es esto! Al discípulo coherente de Cristo le es penoso ser puesto en los lugares principales, pero cuando se mira alrededor en la iglesia visible, ¿quién pensara que este es el espíritu requerido? Claro es que alguna medida de este espíritu anticristiano predomina en toda sociedad religiosa y en el corazón de cada uno de nosotros.

Vv. 13—33. Los escribas y los fariseos eran enemigos del evangelio de Cristo y, por tanto, de la salvación de las almas de los hombres. Malo es mantenernos alejados de Cristo, pero peor es mantener a los demás lejos de Él. —Sin embargo, no es novedad que la apariencia y la forma de la piedad se usen como manto para las mayores enormidades. Pero la piedad hipócrita será considerada como doble iniquidad. —Estaban muy ocupados en ganar almas para su partido. No para la gloria de Dios, ni para bien de las almas, sino para tener el mérito y la ventaja de hacer prosélitos. Siendo la ganancia su piedad ellos con miles de estratagemas hicieron que la religión cediera su lugar a sus intereses mundanos. Eran muy estrictos y precisos en materias mínimas de la ley, pero negligentes y consecuentes en las materias de mayor peso. No es el escrúpulo de un pecadillo que reprueba aquí Cristo; si fuera un pecado, aun como un mosquito, había que filtrarlo, pero hacían eso y, luego, se tragaban un camello, es decir, cometían un pecado mayor. —Aunque parecían ser santos, no eran sobrios ni justos. Realmente somos lo que somos por dentro. Los motivos externos pueden mantener limpio lo de afuera mientras el interior está inmundo; pero si el corazón y el espíritu son hechos nuevos, habrá vida nueva; aquí debemos empezar con nosotros mismos. La justicia de los escribas y los fariseos era como los adornos de una tumba o el vestido de un cadáver, sólo para el espectáculo. Lo engañoso de los corazones de los pecadores se manifiesta en que navegan corriente abajo por los torrentes de los pecados de su propio tiempo, mientras se jactan de haberse opuesto a los pecados de días anteriores. A veces pensamos que si nosotros hubiésemos vivido cuando Cristo estuvo en la tierra, no lo hubiésemos despreciado ni rechazado, como entonces hicieron los hombres; pero Cristo en su Espíritu, en su palabra, en sus ministros aún no es tratado mejor. Justo es que Dios entregue a la lujuria de sus corazones a éstos que se obstinan en satisfacerse a sí mismos. Cristo da a los hombres su carácter verdadero.

Vv. 34—39. Nuestro Señor declara las miserias que estaban por acarrear a sí mismos los habitantes de Jerusalén, pero no se fija en los sufrimientos que Él iba a pasar. Una gallina que junta a sus pollos bajo sus alas, es un emblema adecuado del tierno amor del Salvador por aquellos que confían en Él, y su fiel cuidado por ellos. Él llama a los pecadores a que se refugien en su tierna protección, los mantiene a salvo, y los nutre para la vida eterna. —Aquí se anuncian la dispersión y la incredulidad presente de los judíos, y su futura conversión a Cristo. Jerusalén y sus hijos tenían gran parte de culpa y su castigo ha sido una señal. Pero no antes de mucho, la venganza merecida caerá sobre cada iglesia que es cristiana sólo de nombre. Mientras tanto, el Salvador está listo para

recibir a todos los que vayan a Él. Nada hay entre los pecadores y la dicha eterna, sino su orgullo y su incrédula falta de voluntad.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—3. *Cristo anuncia la destrucción del templo.* 4—28. *Desastres previos a la destrucción de Jerusalén.* 29—41. *Cristo anuncia otras señales y desgracias del fin del mundo.* 42—51. *Exhortaciones a velar.*

Vv. 1—3. Cristo predice la total ruina y la destrucción futura del templo. Una crédula visión en fe de la desaparición de toda gloria mundanal, nos servirá para que evitemos admirarla y sobrevalorarla. El cuerpo más bello será pronto comida para los gusanos, y el edificio más magnífico, un montón de escombros. ¿No ve estas cosas? Nos hará bien que las miremos como viendo a través de ellas y viendo el fin de ellas. —Nuestro Señor, habiéndose ido con sus discípulos al Monte de los Olivos, puso ante ellos el orden de los tiempos en cuanto a los judíos, hasta la destrucción de Jerusalén, y en cuanto a los hombres en general hasta el fin del mundo.

Vv. 4—28. Los discípulos preguntaron acerca de los tiempos, ¿*Cuándo* serán estas cosas? Cristo no les contestó eso, pero ellos también habían preguntado: ¿*Cuál* será la señal? Esta pregunta la contestó plenamente. La profecía trata primero los acontecimientos próximos, la destrucción de Jerusalén, el fin de la iglesia y del estado judíos, el llamado a los gentiles, y el establecimiento del reino de Cristo en el mundo; pero también mira al juicio general; y al cercano, apunta más en detalle a este último. Lo que dijo aquí Cristo a sus discípulos, tendía más a fomentar la cautela que a satisfacer su curiosidad; más a prepararlos para los acontecimientos que sucederían que a darles una idea clara de los hechos. Este es el buen entendimiento de los tiempos que todos debemos codiciar, para de eso inferir lo que Israel debe hacer. —Nuestro Salvador advierte a sus discípulos que estén en guardia contra los falsos maestros. Anuncia guerras y grandes conmociones entre las naciones. Desde el tiempo en que los judíos rechazaron a Cristo y Él dejó su casa desolada, la espada nunca se ha apartado de ellos. Véase lo que pasa por rechazar el evangelio. A los que no oigan a los mensajeros de la paz, se les hará oír a los mensajeros de la guerra. Pero donde esté puesto el corazón, confiando en Dios, se mantiene en paz y no se asusta. Contrario a la mente de Cristo es que su pueblo tenga corazones perturbados aun en tiempos turbulentos. —Cuando miramos adelante a la eternidad de la miseria que está ante los obstinados que rechazan a Cristo y su evangelio, podemos decir en verdad: Los juicios terrenales más grandes sólo son principio de dolores. Consuela que algunos perseveren hasta el fin. —Nuestro Señor predice la predicación del evangelio en todo el mundo. El fin del mundo sólo vendrá cuando el evangelio haya hecho su obra. —Cristo anuncia la ruina que sobrevendrá al pueblo judío; y lo que dice aquí, servirá a sus discípulos para su conducta y para consuelo. Si Dios abre una puerta de escape, debemos escapar, de lo contrario no confiamos en Dios, sino lo tentamos. En tiempos de trastorno público corresponde a los discípulos de Cristo estar orando mucho: eso nunca es inoportuno, pero se vuelve especialmente oportuno cuando estamos angustiados por todos lados. Aunque debemos aceptar lo que Dios envíe, aún podemos orar contra los sufrimientos; y algo que prueba mucho al hombre bueno es ser sacado por una obra de necesidad del servicio y adoración solemnes de Dios en el día de reposo. Pero he aquí una palabra de consuelo, que por amor a los elegidos esos días serán acortados en relación a lo que concibieron sus enemigos, que los hubieran cortados a todos, si Dios, que usó a esos enemigos para servir sus propósitos, no hubiera puesto límite a la ira de ellos. —Cristo anuncia la rápida difusión del evangelio en el mundo. Es visto simplemente como el rayo. Cristo predicó abiertamente su evangelio. Los romanos eran como águila y la insignia de sus ejércitos era el águila. Cuando un pueblo, por su pecado, se hace como asquerosos esqueletos, nada puede esperarse, sino que Dios envíe enemigos para destruirlo. Esto es muy aplicable al día del

juicio, la venida de nuestro Señor Jesucristo en ese día, 2 Tesalonicenses ii, 1, 2. Pongamos diligencia para hacer segura nuestra elección y vocación; entonces podremos saber que ningún enemigo ni engañador prevalecerá contra nosotros.

Vv. 29—41. Cristo predice su segunda venida. Es habitual que los profetas hablen de cosas cercanas y a la mano para expresar la grandeza y certidumbre de ellas. En cuanto a la segunda venida de Cristo, se anuncia que habrá un gran cambio para hacer nuevas todas las cosas. Entonces verán al Hijo del hombre que viene en la nubes. En su primera venida fue puesto como señal que sería contradicha, pero en su segunda venida, una señal que debe ser admirada. —Tarde o temprano, todos los pecadores se lamentarán, pero los pecadores arrepentidos miran a Cristo y se duelen de manera santa; y los que siembran con lágrimas cosecharán con gozo dentro de poco. Los pecadores impenitentes verán a Aquel que traspasaron y, aunque ahora ríen, entonces lamentarán y llorarán con horror y desesperación interminable. —Los elegidos de Dios están dispersos en todas partes; los hay en todas partes y en todas las naciones, pero cuando llegue ese gran día de reunión no habrá uno solo de ellos que falte. La distancia del lugar no dejará a nadie fuera del cielo. Nuestro Señor declara que los judíos nunca cesarán de ser un pueblo distinto hasta que se cumplan todas las cosas que había predicho. Su profecía llega al día del juicio final; por tanto, aquí, versículo 34, anuncia que Judá nunca dejará de existir como pueblo distinto, mientras dure este mundo. —Los hombres del mundo complotan y planean de generación en generación, pero no planean con referencia al hecho más seguro de la segunda venida de Cristo, que se acerca sobrecogedor, el cual terminará con toda estratagema humana, y echará a un lado por siempre todo lo que Dios prohíbe. Ese será un día tan sorprendente como el diluvio para el mundo antiguo. —Aplíquese esto, primero, a los juicios temporales, particularmente el que entonces llegaba apresuradamente a la nación y pueblo de los judíos. Segundo, al juicio eterno. Aquí Cristo muestra el estado del mundo antiguo cuando llegó el diluvio; y ellos no creían. Si nosotros supiéramos correctamente que todas las cosas terrenales deben pasar dentro de poco, no pondríamos nuestros ojos y nuestro corazón en ellas tanto como lo hacemos. ¡Qué palabras pueden describir con más fuerza lo súbito de la llegada de nuestro Salvador! Los hombres estarán en sus respectivas ocupaciones y, repentinamente se manifestará el Señor de gloria. Las mujeres estarán en sus tareas domésticas, pero en ese momento toda otra obra será dejada de lado, y todo corazón se volverá adentro y dirá, ¡es el Señor! ¿Estoy preparado para encontrarlo? ¿Puedo estar ante Él? Y de hecho ¿qué es el día del juicio para todo el mundo, si no el día de la muerte de cada uno?

Vv. 42—51. Velar por la venida de Cristo es mantener el temperamento mental en que deseamos que nos halle nuestro Señor. Sabemos que tenemos poco tiempo para vivir, no podemos saber si tenemos largo tiempo para vivir; mucho menos sabemos el tiempo fijado para el juicio. —La venida de nuestro Señor será feliz para los que estén preparados, pero será muy espantosa para quienes no lo estén. Si un hombre, que profesa ser siervo de Cristo, es incrédulo, codicioso, ambicioso o amante del placer, será cortado. Quienes escogen por porción el mundo en esta vida, tendrán el infierno como porción en la otra. Que nuestro Señor, cuando venga, nos sentencie bienaventurados y nos presente ante el Padre, lavados en su sangre, purificados por su Espíritu, y aptos para ser partícipes de la suerte de los santos en luz.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—13. *Parábola de las diez vírgenes.* 14—30. *Parábola de los talentos.* 31—46. *El juicio.*

Vv. 1—13. Las circunstancias de la parábola de las diez vírgenes fueron tomadas de las costumbres nupciales de los judíos y explica el gran día de la venida de Cristo. Véase la naturaleza del cristianismo. Como cristianos profesamos atender a Cristo, honrarlo, y estar a la espera de su

venida. Los cristianos sinceros son las vírgenes prudentes, y los hipócritas son las necias. Son verdaderamente sabios o necios los que así actúan en los asuntos de su alma. Muchos tienen una lámpara de profesión en sus manos, pero en sus corazones no tienen el conocimiento sano ni la resolución, que son necesarios para llevarlos a través de los servicios y las pruebas del estado presente. Sus corazones no han sido provistos de una disposición santa por el Espíritu de Dios que crea de nuevo. Nuestra luz debe brillar ante los hombres en buenas obras; pero no es probable que esto se haga por mucho tiempo, a menos que haya un principio activo de fe en Cristo y amor por nuestros hermanos en el corazón. —Todas cabecearon y se durmieron. La demora representa el espacio entre la conversión verdadera o aparente de estos profesantes y la venida de Cristo, para llevarlos por la muerte o para juzgar al mundo. Pero aunque Cristo tarde más allá de *nuestra* época, no tardará más allá del tiempo *debido*. Las vírgenes sabias mantuvieron ardiendo sus lámparas, pero no se mantuvieron despiertas. Demasiados son los cristianos verdaderos que se vuelven remisos y un grado de negligencia da lugar a otro. Los que se permiten cabecear, escasamente evitan dormirse; por tanto tema el comienzo del deterioro espiritual. —Se oye un llamado sorprendente, Salid a recibirle; es un llamado para los que están preparados. La noticia de la venida de Cristo y el llamado a salir a recibirle, los despertará. Aun los que estén preparados en la mejor forma para la muerte tienen trabajo que hacer para estar verdaderamente preparados, 2 Pedro iii, 14. Será un día de búsqueda y de preguntas; nos corresponde pensar cómo seremos hallados entonces. —Algunas llevaron aceite para abastecer sus lámparas antes de salir. Las que no alcanzan la gracia verdadera ciertamente hallarán su falta en uno u otro momento. Una profesión externa puede alumbrar a un hombre en este mundo, pero las humedades del valle de sombra de muerte extinguirán su luz. Los que no se preocupan por vivir la vida, morirán de todos modos la muerte del justo. Pero los que serán salvos deben tener gracia propia; y los que tienen más gracia no tienen nada que ahorrar. El mejor necesita más de Cristo. Mientras la pobre alma alarmada se dirige, en el lecho de enfermo, al arrepentimiento y la oración con espantosa confusión, viene la muerte, viene el juicio, la obra es deshecha, y el pobre pecador es deshecho para siempre. Esto viene de haber tenido que comprar aceite cuando debíamos quemarlo, obtener gracia cuando teníamos que usarla. Los que, y únicamente ellos, irán al cielo del más allá, están siendo preparados para el cielo aquí. Lo súbito de la muerte y de la llegada de Cristo a nosotros entonces, no estorbará nuestra dicha si nos hemos preparado. —La puerta fue cerrada. Muchos procurarán ser recibidos en el cielo cuando sea demasiado tarde. La vana confianza de los hipócritas los llevará lejos en las expectativas de felicidad. La convocatoria inesperada de la muerte puede alarmar al cristiano pero, procediendo sin demora a cebar su lámpara, sus gracias suelen brillar más fuerte; mientras la conducta del simple profesante muestra que su lámpara se está apagando. Por tanto, velad, atended el asunto de vuestras almas. Estad todo el día en el temor del Señor.

Vv. 14—30. Cristo no tiene siervos para que estén ociosos: ellos han recibido su todo de Él y nada tienen que puedan llamar propio, salvo pecado. Que recibamos de Cristo es para que trabajemos por Él. La manifestación del Espíritu es dada a todo hombre para provecho. El día de rendir cuentas llega por fin. Todos debemos ser examinados en cuanto a lo bueno que hayamos logrado para nuestra alma y para nuestro prójimo, por las ventajas que disfrutamos. No significa que el realce de los poderes naturales pueda dar mérito a un hombre para la gracia divina. Es libertad y privilegio del cristiano verdadero ser empleado como siervo de su Redentor, fomentando su gloria, y el bien de su pueblo: el amor de Cristo le constriñe a no vivir más para sí, sino para aquel que murió y resucitó por él. —Los que piensan que es imposible complacer a Dios, y es en vano servirle, nada harán para el propósito de la religión. Se quejan de que Él exige de ellos más de lo que son capaces, y que los castiga por lo que no pueden evitar. Cualquiera sea lo que pretendan, el hecho es que no les gusta el carácter ni la obra del Señor. —El siervo perezoso está sentenciado a ser privado de su talento. Esto puede aplicarse a las bendiciones de esta vida, pero más bien a los medios de gracia. Los que no conocen el día de su visitación, tendrán ocultas de sus ojos las cosas que convienen a su paz. Su condena es ser arrojados a las más profundas tinieblas. Es una manera acostumbrada de expresar las miserias de los condenados en el infierno. Aquí, en lo dicho a los siervos fieles, nuestro Salvador pasa de la parábola a la cosa significada por ella, y eso sirve como

clave para el todo. No envidiemos a los pecadores ni codiciemos nada de sus posesiones perecederas.

Vv. 31—46. Esta es una descripción del juicio final. Es una explicación de las parábolas anteriores. Hay un juicio venidero en que cada hombre será sentenciado a un estado de dicha o miseria eterna. Cristo vendrá, no sólo en la gloria de su Padre sino en su propia gloria, como Mediador. El impío y el santo habitan aquí juntos en las mismas ciudades, iglesias, familias y no siempre son diferenciados unos de otros; tales son las debilidades de los santos, tales las hipocresías de los pecadores; y la muerte se los lleva a ambos: pero en ese día serán separados para siempre. Jesucristo es el gran Pastor; Él distinguirá dentro de poco tiempo entre los que son suyos y los que no. Todas las demás distinciones serán eliminadas; pero la mayor entre santos y pecadores, santos e impíos, permanecerá para siempre. —La dicha que poseerán los santos es muy grande. Es un *reino*; la posesión más valiosa en la tierra; pero esto no es sino un pálido parecido del estado bienaventurado de los santos en el cielo. Es un reino *preparado*. El Padre lo proveyó para ellos en la grandeza de su sabiduría y poder; el Hijo lo compró para ellos; y el Espíritu bendito, al prepararlos a ellos para el reino, está preparándolo para ellos. Está preparado *para ellos*: en todos los aspectos está adaptado a la nueva naturaleza del alma santificada. Está preparado *desde la fundación del mundo*. Esta felicidad es para los santos, y ellos para ella, desde toda la eternidad. Vendrán y *la heredarán*. Lo que heredamos no lo logramos por nosotros mismos. Es Dios que hace los herederos del cielo. —No tenemos que suponer que actos de generosidad dan derecho a la dicha eterna. Las buenas obras hechas por amor a Dios, por medio de Jesucristo, se comentan aquí como marcas del carácter de los creyentes hechos santos por el Espíritu de Cristo, y como los efectos de la gracia concedida a los que las hacen. —El impío en este mundo fue llamado con frecuencia a ir a Cristo en busca de vida y reposo, pero rechazaron sus llamados; y justamente son los que prefirieron alejarse de Cristo quienes no irán a Él. Los pecadores condenados ofrecerán disculpas vanas. El castigo del impío será un castigo eterno; su estado no puede ser cambiado. Así, la vida y la muerte, el bien y el mal, la bendición y la maldición, están puestas ante nosotros para que podamos escoger nuestro camino, y como nuestro camino, así será nuestro fin.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—5. *Los gobernantes conspiran contra Cristo.* 6—13. *Cristo ungido en Betania.* 14—16. *Judas negocia para traicionar a Cristo.* 17—25. *La Pascua.* 26—30. *Cristo instituye la Santa Cena.* 31—35. *Advertencia a sus discípulos.* 36—46. *Agonía en el huerto.* 47—56. *Traicionado.* 57—68. *Cristo ante Caifás.* 69—75. *Negación de Pedro.*

Vv. 1—5. Nuestro Señor habló frecuentemente de Sus sufrimientos como distantes; ahora habla de ellos como inmediatos. Al mismo tiempo, el concilio judío consultaba cómo podían matarlo en forma secreta. Pero agradó a Dios derrotar la intención de ellos. Jesús, el verdadero cordero pascual, iba a ser sacrificado por nosotros en ese mismo momento, y su muerte y resurrección serían públicas.

Vv. 6—13. El ungüento derramado sobre la cabeza de Cristo era una señal del mayor respeto. Donde hay amor verdadero por Jesucristo en el corazón, nada se considerará como demasiado bueno para dárselo a Él. Mientras más se ponga reparos a los siervos de Cristo y a sus servicios, más manifiesta Él su aceptación. Este acto de fe y amor fue tan notable que sería registrado como monumento a la fe y amor de María para todas las eras futuras, y en todos los lugares donde se predicara el evangelio. Esta profecía se cumple.

Vv. 14—16. No hay sino doce apóstoles llamados, y uno de ellos era como un diablo; con toda seguridad nunca debemos esperar que ninguna sociedad sea absolutamente pura a este lado del

cielo. Mientras más grandiosa sea la profesión de la religión que hagan los hombres, más grande será la oportunidad que tengan de hacer el mal si sus corazones no están bien con Dios. Obsérvese que el propio discípulo de Cristo, que conocía tan bien su doctrina y estilo de vida, fue falso con Él, y no lo pudo acusar de ningún delito, aunque hubiera servido para justificar su traición. ¿Qué quería Judas? ¿No era bien recibido donde quiera fuera su Maestro? ¿No le iba como le iba a Cristo? No es la *falta de* sino el *amor al* dinero lo que es la raíz de todo mal. Después que hizo esa malvada transacción, Judas tuvo tiempo para arrepentirse y revocarla; pero cuando la conciencia se ha endurecido con actos menores de deshonestidad, los hombres hacen sin dudar lo que es más vergonzoso.

Vv. 17—25. Obsérvese que el lugar para comer la pascua fue señalado por Cristo a los discípulos. Él conoce a la gente que, escondida, favorece su causa y visita por gracia a todos los que están dispuestos a recibirlo. Los discípulos hicieron como indicó Jesús. Los que desean tener la presencia de Cristo en la pascua del evangelio, deben hacer lo que Él dice. —Corresponde que los discípulos de Cristo sean siempre celosos de sí mismos, especialmente en los tiempos de prueba. No sabemos con cuánta fuerza podemos ser tentados, ni cuánto puede Dios dejarnos librados a nosotros mismos; por tanto, tenemos razón para no ser altivos, sino para temer. El examen que escudriña el corazón y la oración ferviente son especialmente apropiadas antes de la cena del Señor, para que, puesto que Cristo, nuestra pascua, es ahora sacrificado por nosotros, podemos guardar esta fiesta, y renovar nuestro arrepentimiento, nuestra fe en su sangre y rendirnos a su servicio.

Vv. 26—30. La ordenanza de la cena del Señor es para nosotros la cena de la pascua, por la cual conmemoramos una liberación mucho mayor que la de Israel desde Egipto. “Tomad, comed”; acepta a Cristo como te es ofrecido; recibe la expiación, apruébala, sométete a su gracia y mando. La carne que sólo se mira, por muy bien presentada que esté el plato, no alimenta; debe comerse: así debe pasar con la doctrina de Cristo. “Esto es mi cuerpo” esto es, que significa y representa espiritualmente su cuerpo. Participamos del sol no teniendo al sol puesto en nuestras manos, sino sus rayos lanzados para abajo sobre nosotros; así, participamos de Cristo al participar de su gracia y de los frutos benditos del partimiento de su cuerpo. La sangre de Cristo está significada y representada por el vino. Él dio gracias, para enseñarnos a mirar a Dios en cada aspecto de la ordenanza. Esta copa la dio a los discípulos con el mandamiento de: “Bebed de ella todos”. El perdón de pecado es la gran bendición que se confiere en la cena del Señor a todos los creyentes verdaderos; es el fundamento de todas las demás bendiciones. —Él aprovecha la comunión para asegurarles la feliz reunión de nuevo al final: “Hasta aquel día en que lo beba de nuevo con vosotros”, lo que puede entenderse como las delicias y las glorias del estado futuro, del cual participarán los santos con el Señor Jesús. Ese será el reino de su Padre; el vino del consuelo será siempre nuevo allí. Mientras miramos las señales externas del cuerpo de Cristo partido y su sangre derramada por la remisión de nuestros pecados, recordemos que la fiesta le costó tanto que tuvo que dar, literalmente, su carne como comida y su sangre como nuestra bebida.

Vv. 31—35. La confianza impropia en sí mismo, como la de Pedro, es el primer paso hacia una caída. Todos somos proclives a ser demasiado confiados, pero caen más pronto y más mal los que más confiados están en sí mismos. Los que se piensan más seguros son los que están menos a salvo. Satanás está activo para descarriar a los tales; ellos son los que están menos en guardia: Dios los deja a sí mismos para humillarlos.

Vv. 36—46. El que hizo expiación por los pecados de la humanidad, se sometió en el huerto del sufrimiento a la voluntad de Dios, contra la cual se había rebelado el hombre en un huerto de placeres. Cristo llevó consigo, a esa parte del huerto donde sufrió su agonía, sólo a los que habían presenciado su gloria en su transfiguración. Están mejor preparados para sufrir con Cristo los que, por fe, han contemplado su gloria. Las palabras usadas denotan el rechazo, asombro, angustia y horror mental más completos; el estado de uno rodeado de penas, abrumado con miserias, y casi consumido por el terror y el desánimo. —Ahora comenzó a entristecerse y nunca dejó de estar así hasta que dijo: Consumado es. Él oró que, si era posible, la copa pasara de Él. Pero también mostró su perfecta voluntad de llevar la carga de sus sufrimientos; estaba dispuesto a someterse a todo por

nuestra redención y salvación. Conforme a este ejemplo de Cristo, debemos beber de la copa más amarga que Dios ponga en nuestras manos; aunque nuestra naturaleza se opongá, debe someterse. Debemos cuidar más de hacer que nuestras tribulaciones sean santificadas, y nuestros corazones se satisfagan sometidos a ellas, que lograr que los problemas sean eliminados. —Bueno es para nosotros que nuestra salvación esté en la mano de Uno que no se adormece ni se duerme. Todos somos tentados, pero debemos tener gran temor de meternos en tentación. Para estar a salvo de esto debemos velar y orar y mirar continuamente al Señor, para que nos sostenga y estemos a salvo. — Indudablemente nuestro Señor tenía una visión completa y clara de los sufrimientos que aún tenía que soportar y, aun así, habló con la mayor calma hasta este momento. Cristo es el garante que decidió ser responsable de rendir las cuentas por nuestros pecados. En consecuencia, fue hecho pecado por nosotros, y sufrió por nuestros pecados, el Justo por el injusto; y la Escritura atribuye sus sufrimientos más intensos a la mano de Dios. Él tenía pleno conocimiento del infinito mal del pecado y de la inmensa magnitud de la culpa por la cual iba a hacer expiación; con visiones horrorosas de la justicia y santidad divina, y del castigo merecido por los pecados de los hombres, tales que ninguna lengua puede expresar ni mente concebir. Al mismo tiempo, Cristo sufrió siendo tentado; probablemente Satanás sugirió horribles pensamientos todos tendientes a sacar una conclusión sombría y espantosa: estos deben de haber sido los más difíciles de soportar por su perfecta santidad. ¿Y la carga del pecado imputado pesó tanto en el alma de Aquel, de quien se dijo: Sustenta todas las cosas con la palabra de su poder? ¡En qué miseria entonces deben hundirse aquellos cuyos pecados pesan sobre sus propias cabezas! ¿Cómo escaparán los que descuidan una salvación tan grande?

Vv. 47—56. No hay enemigos que sean tan aborrecibles como los discípulos profesos que traicionan a Cristo con un beso. —Dios no necesita nuestros servicios, mucho menos nuestros pecados, para realizar sus propósitos. Aunque Cristo fue crucificado por debilidad, fue debilidad voluntaria; se sometió a la muerte. Si no hubiera estado dispuestos a sufrir, ellos no lo hubiesen vencido. —Fue un gran pecado de quienes dejaron todo para seguir a Jesús dejarlo ahora por lo que no sabían. ¡Qué necedad huir de Él, al cual conocían y reconocían como el Manantial de la vida, por miedo a la muerte!

Vv. 57—68. Jesús fue llevado apresuradamente a Jerusalén. Luce mal, y presagia lo peor, que los dispuestos a ser discípulos de Cristo no estén dispuestos a ser conocidos como tales. Aquí empieza la negación de Pedro: porque seguir a Cristo desde lejos es empezar a retirarse de Él. Nos concierne más prepararnos para el fin, cualquiera sea, que preguntar curiosos cuál será el fin. El hecho es de Dios, pero el deber es nuestro. —Ahora fueron cumplidas las Escrituras que dicen: Se han levantado contra mí testigos falsos. Cristo fue acusado, para que nosotros no fuéramos condenados; y, si en cualquier momento nosotros sufrimos así, recordemos que no podemos tener la expectativa de que nos vaya mejor que a nuestro Maestro. Cuando Cristo fue hecho pecado por nosotros, se quedó callado y dejó que su sangre hablara. Hasta entonces rara vez había confesado Jesús, expresamente, ser el Cristo, el Hijo de Dios; el tenor de su doctrina lo dice y sus milagros lo probaban, pero, por ahora omitiría hacer una confesión directa. Hubiera parecido que renunciaba a sus sufrimientos. Así confesó Él, como ejemplo y estímulo para que sus seguidores, lo confiesen ante los hombres, cualquiera sea el peligro que corran. El desdén, la burla cruel y el aborrecimiento son la porción segura del discípulo, como lo fueron del Maestro, de parte de los que deseaban golpear y reírse con burla del Señor de la gloria. En el capítulo cincuenta de Isaías se predicen exactamente estas cosas. Confesemos el nombre de Cristo y soportemos el reproche, y Él nos confesará delante del trono de su Padre.

Vv. 69—75. El pecado de Pedro es relatado con veracidad, porque las Escrituras tratan con fidelidad. Las malas compañías llevan a pecar: quienes se meten innecesariamente en eso pueden hacerse la expectativa de ser tentados y atrapados, como Pedro. Apenas pueden desprenderse de esas compañías sin culpa o dolor, o ambas. Gran falta es tener vergüenza de Cristo y negar que lo conocemos cuando somos llamados a reconocerlo y, en efecto, eso es negarlo. El pecado de Pedro fue con agravantes; pero él cayó en pecado por sorpresa, no en forma intencional, como Judas. La

conciencia debiera ser para nosotros como el canto del gallo para hacernos recordar los pecados que habíamos olvidado. —Pedro fue así dejado caer para abatir su confianza en sí mismo y volverlo más modesto, humilde, compasivo y útil para los demás. El hecho ha enseñado, desde entonces, muchas cosas a los creyentes y si los infieles, los fariseos y los hipócritas tropiezan en esto o abusan de ello, es a su propio riesgo. Apenas sabemos cómo actuar en situaciones muy difíciles, si fuésemos dejados a nosotros mismos. Por tanto, que el que se cree firme, tenga cuidado que no caiga; desconfiemos todos de nuestros corazones y confiemos totalmente en el Señor. —Pedro lloró amargamente. La pena por el pecado no debe ser ligera sino grande y profunda. Pedro, que lloró tan amargamente por negar a Cristo, nunca lo volvió a negar, sino que lo confesó a menudo frente al peligro. El arrepentimiento verdadero de cualquier pecado se demostrará por la gracia y el deber contrario; esa es señal de nuestro pesar no sólo amargo, sino sincero.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—10. *Cristo entregado a Pilato.* 11—25. *Cristo ante Pilato.* 26—30. *Barrabás liberado.*—*Cristo escarnecido.* 31—34. *Cristo llevado a ser crucificado.* 35—44. *Crucificado.* 45—50. *La muerte de Cristo.* 51—56. *Hechos de la crucifixión.* 57—61. *El entierro de Cristo.* 62—66. *El sepulcro sellado.*

Vv. 1—10. Los impíos poco ven de las consecuencias de sus delitos cuando los perpetran, pero deben rendir cuentas por todo. Judas reconoció de la manera más completa ante los principales sacerdotes que él había pecado y traicionado a una persona inocente. Este fue un testimonio total del carácter de Cristo; pero los gobernantes estaban endurecidos. Judas se fue, tirando al suelo el dinero, y se ahorcó por ser incapaz de soportar el terror de la ira divina, y la angustia de la desesperación. Poca duda cabe de que la muerte de Judas fue anterior a la de nuestro bendito Señor. —Pero, ¿fue nada para ellos haber tenido sed de esta sangre, y haber contratado a Judas para traicionarlo, y que la hubieran condenado a ser derramada injustamente? Así hacen los necios que se burlan del pecado. Así hacen muchos que toman a la ligera a Cristo crucificado. Y es caso corriente de lo engañoso de nuestros corazones tomar a la ligera nuestro propio pecado insistiendo en los pecados del prójimo. Pero el juicio de Dios es según verdad. —Muchos aplican este pasaje de la compra del campo con el dinero que Judas devolvió para significar el favor concebido por la sangre de Cristo para con los extraños y los pecadores gentiles. Eso cumplió una profecía, Zacarías xi, 12. —Judas avanzó mucho en el arrepentimiento, pero no fue para salvación. Confesó, pero no a Dios; él no acudió a Él y dijo: Padre he pecado contra el cielo. Nadie se satisfaga con las convicciones parciales que pueda tener un hombre, si sigue lleno de orgullo, enemistad y rebeldía.

Vv. 11—25. No teniendo maldad contra Jesús, Pilato le instó a aclarar las cosas, y se esforzó por declararlo sin culpa. El mensaje de su esposa fue una advertencia. Dios tiene muchas maneras de advertir a los pecadores sobre sus empresas pecaminosas, siendo una gran misericordia tener tales restricciones de parte de la Providencia, de parte de amigos fieles y de nuestras propias conciencias. ¡Oh, no hagas esta cosa abominable que el Señor odia! Es algo que podemos oír que se nos dice cuando estamos entrando en tentación, si queremos considerarlo. —Siendo dominado por los sacerdotes, el pueblo optó por Barrabás. Las multitudes que eligen al mundo más que a Dios, como rey y porción de ellos, eligen así su propio engaño. Los judíos insistían tanto en la muerte de Cristo que Pilato pensó que rehusar sería peligroso, y esta lucha muestra el poder de la conciencia aun en los peores hombres. Pero todo estaba ordenado para dejar en evidencia que Cristo sufrió no por faltas propias sino por los pecados de su pueblo. ¡Qué vano fue que Pilato esperara librarse de la culpa de la sangre inocente de una persona justa, a la cual estaba obligado a proteger por su oficio! —La maldición de los judíos contra ellos mismos ha sido espantosamente contestada en los sufrimientos de su nación. Nadie puede llevar el pecado de otros salvo aquel que no tenía pecado

propio por el cual responder. ¿Y no estamos todos interesados? ¿No fue Barrabás preferido a Jesús cuando los pecadores rechazaron la salvación para conservar sus amados pecados, que roban su gloria a Dios, y asesinan las almas de ellos? Ahora la sangre de Cristo está *sobre* nosotros, para siempre por medio de la misericordia, dado que los judíos la rechazaron. ¡Oh, huyamos a ella para refugiarnos!

Vv. 26—30. La crucifixión era una muerte empleada sólo por los romanos; muy terrible y miserable. Se ponía en el suelo la cruz, a la cual se clavaban manos y pies, entonces la levantaban y afirmaban en forma vertical, de modo que el peso del cuerpo colgara de los clavos hasta que el sufriente muriera con tremendo dolor. Cristo corresponde así al tipo de la serpiente de bronce levantada en el palo del estandarte. Cristo pasó por toda la miseria y vergüenza aquí relatada para adquirir para nosotros vida eterna, gozo y gloria.

Vv. 31—34. Cristo fue llevado como Cordero al matadero, como Sacrificio al altar. Hasta las misericordias de los impíos son realmente crueles. Quitándole la cruz, ellos obligaron a llevarla a un tal Simón. Prepáranos Señor para llevar la cruz que tú nos has asignado, para tomarla diariamente con júbilo, y seguirte. ¿Hubo alguna vez dolor como su dolor? Cuando contemplamos su tipo de muerte con que murió, en eso contemplemos con qué tipo de amor nos amó. Como si la muerte, una muerte tan dolorosa, no fuera suficiente, ellos agregaron varias cosas a su amargura y terror.

Vv. 35—44. Se acostumbraba a avergonzar a los malhechores con un letrado que notificara el delito por el cual sufrían. Así pusieron uno sobre la cabeza de Cristo. O concibieron para reproche suyo, pero Dios lo pasó por alto, porque aun la acusación fue para su honra. —Había dos ladrones crucificados con Él al mismo tiempo. En su muerte, fue contado con los pecadores para que, en nuestra muerte, seamos contados con los santos. Las burlas y afrentas que recibió están registradas aquí. Los enemigos de Cristo trabajan fuerte para hacer que los demás creen cosas de la religión y del pueblo de Dios, que ellos mismos saben que son falsas. —Los principales sacerdotes y escribas, y los ancianos, se mofaron de Cristo por ser el Rey de Israel. Mucha gente podría gustar mucho del Rey de Israel, si se hubiera bajado de la cruz; si ellos pudieran tener su reino sin la tribulación a través de la cual deben entrar ahora. Pero si no hay cruz, no hay Cristo ni corona. Los que van a reinar con Él deben estar dispuestos a sufrir con Él. Así, pues, nuestro Señor Jesús, habiendo emprendido la satisfacción de la justicia de Dios, lo hizo sometándose al peor castigo de los hombres. Y en cada registro minuciosamente detallado de los sufrimientos de Cristo, encontramos cumplida alguna predicción de los profetas o los salmos.

Vv. 45—50. Durante las tres horas que continuaron las tinieblas, Jesús estuvo en agonía, luchando con las potestades de las tinieblas y sufriendo el desagrado de su Padre contra el pecado del hombre, por el cual ahora hacía ofrenda su alma. Nunca hubo tres horas como esa desde el día en que Dios creó al hombre en la tierra, nunca hubo una escena tan tenebrosa y espantosa; fue el punto sin retorno de ese gran asunto, la redención y salvación del hombre. Jesús expresó una queja en el Salmo xxii, 1. Ahí nos enseña lo útil que es la palabra de Dios para dirigirnos en oración y nos recomienda usar las expresiones de las Escrituras para orar. El creyente puede haber saboreado algunas gotas de amargura, pero sólo puede formarse una idea muy débil de la grandeza de los sufrimientos de Cristo. Sin embargo, de ahí aprende algo del amor del Salvador por los pecadores; de ahí obtiene una convicción más profunda de la vileza y mal del pecado, y de lo que él le debe a Cristo, que lo libra de la ira venidera. Sus enemigos ridiculizaron perversamente su lamento. Muchos de los reproches lanzados contra la palabra de Dios y al pueblo de Dios, surgen, como aquí, de errores groseros. —Cristo habló con toda su fuerza, justo antes de expirar, para demostrar que su vida no se la quitaban, sino la entregaba libremente en manos de su Padre. Tuvo fuerzas para desafiar a las potestades de la muerte; y para mostrar que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo, siendo el Sacerdote y Sacrificio, y clamó a gran voz. Entonces, entregó el espíritu. El Hijo de Dios, en la cruz, murió por la violencia del dolor a que fue sometido. Su alma fue separada de su cuerpo y, así, su cuerpo quedó real y verdaderamente muerto. Fue cierto que Cristo murió porque era necesario que muriera. Se había comprometido a hacerse ofrenda por el pecado y lo hizo cuando entregó voluntariamente su vida.

Vv. 51—56. La rasgadura del velo significó que Cristo, por su muerte, abrió un camino hacia Dios. Ahora tenemos el camino abierto a través de Cristo al trono de gracia, o trono de misericordia, y al trono de gloria del más allá. Cuando consideramos debidamente la muerte de Cristo, nuestros corazones duros y empedernidos debieran rasgarse; el corazón, no la ropa. El corazón que no se rinde, que no se derrite donde se presenta claramente a Jesucristo crucificado, es más duro que una roca. Los sepulcros se abrieron, y se levantaron muchos cuerpos de santos que dormían. No se nos dice a quiénes se aparecieron, en qué manera y cómo desaparecieron; y no debemos desear saber más de lo que está escrito. —Las apariciones aterradoras de Dios en su providencia a veces obran extrañamente para la convicción y el despertar de los pecadores. Esto fue expresado en el terror que cayó sobre el centurión y los soldados romanos. Podemos reflexionar con consuelo en los abundantes testimonios dados del carácter de Jesús; y procurando no dar causa justa de ofensa, dejar en manos del Señor que absuelva nuestros caracteres si vivimos para Él. Nosotros, con los ojos de la fe, contemplemos a Cristo, y éste crucificado, y seamos afectados con el gran amor con que nos amó. Pero sus amigos no pudieron dar más que unas miradas; ellos lo contemplaron, pero no pudieron ayudarlo. Nunca fueron desplegados en forma tan tremenda la naturaleza y los efectos horribles del pecado que en aquel día, en que el amado Hijo del Padre colgó de la cruz, sufriendo por el pecado, el Justo por el injusto, para llevarnos a Dios. Rindámonos voluntariamente a su servicio.

Vv. 57—61. Nada de pompa ni de solemnidades hubo en el entierro de Cristo. Como no tuvo casa propia, donde reclinar su cabeza, mientras vivió, tampoco así tuvo tumba propia, donde reposara su cuerpo cuando estuvo muerto. Nuestro Señor Jesús, que no tuvo pecado propio, no tuvo tumba propia. Los judíos determinaron que debía tener su tumba con los malos, que debía ser enterrado con los ladrones con quienes fue crucificado, pero Dios pasó por alto eso, para que pudiera estar con los ricos en su muerte, Isaías liii, 9. Aunque al ojo humano pueda causar terror contemplar el funeral, debiera causarnos regocijo si recordamos cómo Cristo, por su sepultación, ha cambiado la naturaleza de la tumba para los creyentes. Debemos imitar siempre el entierro de Cristo estando continuamente ocupados en el funeral espiritual de nuestros pecados.

Vv. 62—66. Los principales sacerdotes y fariseos estaban en tratos con Pilato para asegurar el sepulcro, cuando debieran haber estado dedicados a sus devociones por ser el día de reposo judío. Esto fue permitido para que hubiera prueba cierta de la resurrección de nuestro Señor. Pilato les dijo que podían asegurar el sepulcro tan cuidadosamente como pudieran. Sellaron la piedra, pusieron guardias y se satisficieron con que todo lo necesario fuera realizado. Pero era necio resguardar así el sepulcro contra los pobres y débiles discípulos, por innecesario; mientras era necedad pensar en resguardarlo contra el poder de Dios por fútil e insensato; sin embargo, ellos pensaron que actuaban sabiamente. El Señor prende al sabio en su sabiduría. Así se hará que toda la ira y los planes de los enemigos de Cristo fomenten su gloria.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—8. *La resurrección de Cristo.* 9, 10. *Aparece a las mujeres.* 11—15. *Confesión de los soldados.* 16—20. *La comisión de Cristo para sus discípulos.*

Vv. 1—8. Cristo se levantó al tercer día después de su muerte; ese era el tiempo del cual había hablado frecuentemente. El primer día de la primera semana Dios mandó que de las tinieblas brillara la luz. En este día el que es la Luz del mundo, salió resplandeciendo desde las tinieblas de la tumba; y este día es, desde entonces, mencionado a menudo en el Nuevo Testamento como el día en que los cristianos celebraron religiosamente asambleas solemnes para honrar a Cristo. —Nuestro Señor Jesús podría haber quitado la piedra por su poder, pero optó por hacerlo por medio de un ángel. —La resurrección de Cristo es el gozo de sus amigos y el terror y la confusión de sus

enemigos. El ángel exhorta a las mujeres contra sus temores. Los pecadores de Sion teman. No temáis porque su resurrección será vuestro consuelo. Nuestra comunión con Él debe ser espiritual, por fe en su palabra. Cuando estemos listos para hacer de este mundo nuestro hogar, y a decir, es bueno estar aquí, recordemos entonces que nuestro Señor Jesús no está aquí, Ha resucitado; por tanto, que nuestros corazones se eleven, y busquen las cosas de arriba. —Ha resucitado, como dijo. Nunca pensemos que es raro lo que la palabra de Cristo nos ha dicho que esperemos; sean los sufrimientos de este tiempo presente o la gloria que va a ser revelada. Puede tener buen efecto en nosotros mirar por fe el lugar donde yace el Señor. —Id pronto. Fue bueno estar ahí, pero los siervos de Dios tienen asignada otra obra. La utilidad pública tiene prioridad sobre el placer de la comunión secreta con Dios. Decid a los discípulos que ellos pueden ser consolados en sus tristezas. —Cristo sabe donde habitan sus discípulos y los visitará. Él se manifestará, por gracia, aun a aquellos que están lejos de la abundancia de los medios de gracia. —El temor y el gozo unidos aceleraron su paso. Los discípulos de Cristo deben ser estimulados a darse a conocer mutuamente sus experiencias de comunión con su Señor, y deben contar a los demás lo que Dios ha hecho por sus almas.

Vv. 9, 10. Las visitas de la gracia de Dios suelen hallarnos en el camino del deber; y más será dado a los que usan lo que tienen para provecho del prójimo. Esta entrevista con Cristo era inesperada, pero Cristo estaba cerca de ellos y aún está cerca de nosotros en la palabra. El saludo habla de la buena voluntad de Cristo para con el hombre, aun desde que entró a su estado de exaltación. Es la voluntad de Cristo que su pueblo sea un pueblo alegre y jubiloso, y su resurrección da abundante material para el gozo. —No temáis. Cristo resucitó de entre los muertos para acallar los temores de su pueblo y hay suficiente en ello para acallarlos. Los discípulos lo habían abandonado, vergonzosamente en sus sufrimientos, pero para mostrar que puede perdonar, y para enseñarnos a hacerlo así, los llama hermanos. A pesar de su majestad y pureza, y de nuestra bajeza e indignidad, Él aun condesciende a llamar sus hermanos a los creyentes.

Vv. 11—15. ¡Qué maldad es la que los hombres no cometerán por amor al dinero! Aquí se dio mucho dinero a los soldados por decir a sabiendas una mentira, pero muchos refunfuñan porque es poco el dinero por decir lo que saben que es la verdad. Nunca dejemos morir una buena causa cuando vemos a los malos tan generosamente sostenidos. Los sacerdotes se dedicaron a protegerse de la espada de Pilato, pero no protegieron a los soldados de la espada de la justicia de Dios, que pende sobre las cabezas de quienes aman y hacen una mentira. Prometen más de lo que pueden hacer los que tratan de sacar inerte a un hombre que comete pecado voluntario. —Pero esta falsedad se refuta a sí misma. Si todos los soldados hubieran estado dormidos, no hubieran podido saber lo que pasó. Si alguno hubiera estado despierto, hubiera despertado a los otros e impedido el robo; si hubieran estado dormidos, por cierto que nunca se hubieran atrevido a confesarlo; porque los gobernantes judíos hubieran sido los primeros en pedir su castigo. De nuevo, si hubiera habido algo de verdad en el informe, los dirigentes hubieran juzgado con severidad a los apóstoles por eso. El todo muestra que la historia era falsa por completo. No debemos culpar de tales cosas a la debilidad del entendimiento, sino a la maldad del corazón. Dios los dejó delatar su propio curso. — El gran argumento para probar que Cristo es el Hijo de Dios es su resurrección; y nadie podía dar pruebas más convincentes de la verdad que aquella de los soldados; pero ellos aceptaron el soborno para impedir que otros creyeran. La evidencia más clara no afectará a los hombres, sin la obra del Espíritu Santo.

Vv. 16—20. Este evangelista pasa por alto otras apariciones de Cristo registradas por Lucas y Juan, y se apresura a relatar la más solemne; una establecida desde antes de su muerte, y después de su resurrección. Todos los que miran al Señor Jesús con los ojos de la fe, lo adorarán. Pero la fe del sincero puede ser muy débil e inestable. Pero Cristo dio pruebas tan convincentes de su resurrección, para hacer que su fe triunfara sobre las dudas. Ahora encarga solemnemente a los apóstoles y a sus ministros que vayan a todas las naciones. La salvación que iban a predicar es salvación común; quien la quiera, que venga y tome el beneficio; todos son bienvenidos a Cristo Jesús. —El cristianismo es la religión de un pecador que pide salvación de la merecida ira y del

pecado; recurre a la misericordia del Padre por medio de la expiación hecha por el Hijo encarnado y por la santificación del Espíritu Santo, y se entrega a ser adorador y siervo de Dios, como Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas, pero un solo Dios, en todas sus ordenanzas y mandamientos. —El bautismo es una señal externa del lavamiento interno o santificación del Espíritu, que sella y demuestra la justificación del creyente. Examinémonos si realmente poseemos la gracia espiritual interna de la muerte al pecado y el nuevo nacimiento a la justicia, por los cuales los que eran hijos de ira llegan a ser los hijos de Dios. —Los creyentes tendrán siempre la presencia constante de su Señor; todos los días, cada día. No hay día, ni hora del día en que nuestro Señor Jesús no esté presente en sus iglesias y con sus ministros; si lo hubiera, en ese día, en esa hora, ellos serían deshechos. El Dios de Israel, el Salvador, es a veces un Dios que se esconde, pero nunca es un Dios lejano. A esas preciosas palabras se añade el Amén. Aun así, Señor Jesús, sé con nosotros y con todo tu pueblo; haz que tu rostro brille sobre nosotros, que tu camino sea conocido en la tierra, tu salud salvadora entre todas las naciones.

Henry, Matthew

MARCOS

Marcos era hijo de una hermana de Bernabé, Colosenses iv, 10; Hechos xii, 12 muestra que era hijo de María, una mujer piadosa de Jerusalén, en cuya casa se reunían los apóstoles y los primeros cristianos. Se supone que el evangelista se convirtió por testimonio del apóstol Pedro, porque lo trata de hijo suyo, 1 Pedro v, 13. Así, pues, Marcos estaba muy unido a los seguidores de nuestro Señor, si es que él mismo no era uno del grupo. —Marcos escribió en Roma; algunos suponen que Pedro le dictaba, aunque el testimonio general dice que, habiendo predicado el apóstol en Roma, Marcos que era el compañero del apóstol, y que comprendía claramente lo que predicó Pedro, tuvo el deseo para poner por escrito los detalles. Podemos comentar que la gran humildad de Pedro es muy evidente en donde quiera se hable de él. Apenas si se menciona una acción u obra de Cristo en que este apóstol no estuviera presente y la minuciosidad demuestra que los hechos fueron relatados por un testigo ocular. —Este evangelio registra más los milagros que los sermones de nuestro Señor, y aunque en muchos aspectos relata las mismas cosas que el evangelio según San Mateo, podemos cosechar ventajas del repaso de los mismos sucesos, enmarcados por cada evangelista en el punto de vista que más afectara su propia mente.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *El oficio de Juan el Bautista.* 9—13. *El bautismo y la tentación de Cristo.* 14—22. *Cristo predica y llama discípulos.* 23—28. *Expulsa un espíritu inmundo.* 29—39. *Sana a muchos enfermos.* 40—45. *Sana a un leproso.*

Vv. 1—8. Isaías y Malaquías hablaron sobre el comienzo del evangelio de Jesucristo en el ministerio de Juan. De lo que dicen estos profetas podemos observar que Cristo, en un evangelio, viene a nosotros trayendo consigo un tesoro de gracia y un cetro de gobierno. Tal es la corrupción del mundo que hay gran oposición a su avance. Cuando Dios envió a su Hijo al mundo, y cuando lo manda al corazón, se encargó, y se encarga, de prepararle camino. —Juan se cree indigno del oficio más vil ante Cristo. Los santos más eminentes siempre han sido los más humildes. Sienten, más que los otros, su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo y del Espíritu santificador. La gran promesa que hace Cristo en su evangelio a los arrepentidos y cuyos pecados han sido perdonados, es que serán bautizados con el Espíritu Santo; purificados por su gracia, y renovados por su consuelo. Usamos las ordenanzas, la palabra y los sacramentos en su mayor parte sin provecho ni consuelo, porque no tenemos la luz divina dentro de nosotros; y no la tenemos porque no la pedimos; porque dice su palabra que no puede fallar, que nuestro Padre celestial dará esta luz, su Espíritu Santo, a los que se lo pidan.

Vv. 9—13. El bautismo de Cristo fue su primera aparición pública después de haber vivido mucho tiempo ignorado. ¡Cuánto valor oculto hay que no es conocido en este mundo! Pero, tarde o temprano, se conocerá, como lo fue Cristo. Tomó sobre sí la semejanza de la carne de pecado, y de este modo, por nosotros, se santificó a sí mismo para que también nosotros fuésemos santificados y bautizados con Él, Juan xvii, 19. Véase con cuán honra lo reconoció Dios, cuando se sometió al

bautismo de Juan. Vio al Espíritu que descendía sobre Él como paloma. Podemos ver que se nos abre el cielo cuando vemos al Espíritu que baja y obra en nosotros. La buena obra de Dios en nosotros es prueba cierta de su buena voluntad hacia nosotros, y de sus preparativos para nosotros. —Marcos comenta de la tentación de Cristo que estaba en el desierto y que estaba con las bestias salvajes. Era un ejemplo del cuidado que su Padre tenía de Él, lo cual le animaba más en cuanto a la provisión que su Padre le daría. Las protecciones especiales son primicias de provisiones oportunas. La serpiente tentó al primer Adán en el huerto, al Segundo Adán en el desierto; sin duda que con diferente resultado, y desde entonces, sigue tentando a los hijos de ambos en todo lugar y condición. La compañía y la conversación tienen sus tentaciones; y estar a solas, aun en un desierto, también tiene las suyas. Ningún lugar ni estado exime, ninguna ocupación, ningún trabajo lícito, comer o beber, y hasta ayunar y orar; la mayoría de los asaltos suelen ocurrir en estos deberes, pero en ellos está la victoria más dulce. —El ministerio de los ángeles buenos es cosa de gran consuelo en contraste con los designios malos de los ángeles malos; pero nos consuela mucho más que nuestros corazones sean la morada de Dios Espíritu Santo.

Vv. 14—22. Jesús empezó a predicar en Galilea, después que Juan fue encarcelado. Si alguien es desechado, otros serán levantados para ejecutar la misma obra. Obsérvese las grandes verdades que predicó Cristo. Por el arrepentimiento damos gloria a nuestro Creador a quien hemos ofendido; por la fe damos gloria a nuestro Redentor, que vino a salvarnos de nuestros pecados. Cristo ha unido ambas (la fe y el arrepentimiento) y que ningún hombre piense en separarlas. —Cristo da honra a los que son diligentes en sus cosas y amables unos con otros aunque sean poca cosa en este mundo. La laboriosidad y la unidad son buenas y agradables, y el Señor Jesús les manda una bendición. A los que Cristo llama deben dejar todo para seguirlo, y por su gracia hace que ellos quieran hacerlo así. No que tengamos que salir del mundo, sino que debemos soltar el mundo; abandonar todo lo que sea contrario a nuestro deber con Cristo, y no se pueda conservar sin dañar nuestras almas. Jesús guardó estrictamente el día de reposo aplicándose a ello y abundando en la obra del día de reposo para la cual fue designado el día de reposo. Hay mucho en la doctrina de Cristo que es asombroso; y mientras más la oímos, más causa vemos para admirarla.

Vv. 23—28. El diablo es un espíritu inmundo porque perdió toda la pureza de su naturaleza, debido a que actúa en oposición directa al Espíritu Santo de Dios, y por sus sugerencias que contaminan los espíritus de los hombres. En nuestras asambleas hay muchos que calladamente atienden a maestros puramente formales, pero si el Señor llega con ministros fieles y la santa doctrina, y por Su Espíritu queda convicción, ellos están preparados para decir, como este hombre: ¡Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno! Ningún trastorno capacita al hombre para saber que Jesús es el Santo de Dios. No quiere tener nada que ver con Jesús, porque no espera ser salvado por Él y teme ser destruido por Él. Véase el lenguaje que hablan los que dicen al Todopoderoso: Apártate de nosotros. Este espíritu inmundo odia y teme a Cristo porque sabe que Él es Santo, porque la mente carnal es enemistad contra Dios, especialmente contra su santidad. —Cuando Cristo, por su gracia, libra almas de las manos de Satanás, no es sin tumulto en el alma; porque ese enemigo maligno alborotará (inquietará) a los que no puede destruir. Esto hace que todos los que lo vieron piensen: ¿Qué es esta nueva doctrina? Ahora se hace una obra tan grande, pero los hombres la trataron con desprecio y descuido. Si no fuera así, la conversión de un hombre notoriamente malo a una vida sobria, justa y santa, por la predicación del Salvador crucificado, haría que muchos se pregunten: ¿Qué doctrina es esta?

Vv. 29—39. Dondequiera que Cristo llega, viene a hacer el bien. Cura para que podamos ministrarlo a Él y al prójimo que es suyo y por amor a Él. Quienes no pueden ir a las ordenanzas públicas por estar enfermos o por otros impedimentos verdaderos, pueden esperar la gracia de la presencia del Salvador; Él calmará sus tristezas, y abatirá sus dolores. Obsérvese cuán numerosos eran los pacientes. Cuando otros andan bien con Cristo debiera instarnos a ir en pos de Él. —Cristo se fue a un lugar desierto. Aunque no corría peligro de distraerse o de tentación a la vanagloria, de todos modos se retiraba. Quienes desempeñan en público la mayor parte de su actividad, y de la mejor clase, a veces deben, no obstante, estar a solas con Dios.

Vv. 40—45. Aquí tenemos que Cristo limpia a un leproso. Nos enseña a recurrir al Salvador con

gran humildad y con sumisión total a su voluntad, diciendo: “Señor, si quieres”, sin dudar del ánimo pronto de Cristo para socorrer al angustiado. Véase también qué esperar de Cristo: que conforme a nuestra fe será hecho. El pobre leproso dijo: Si quieres. Cristo dispensa prestamente favores a los que prontamente se encomiendan a su voluntad. Cristo no hace nada que haga parecer como que busca la alabanza de la gente. Pero ahora no hay razón para que dudemos en difundir las alabanzas de Cristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—12. *Cristo sana a un paralítico.* 13—17. *El llamamiento a Leví, y la hospitalidad que da a Jesús.* 18—22. *Por qué no ayunaban los discípulos de Cristo.* 23—28. *Justifica a sus discípulos por recoger maíz en el día de reposo.*

Vv. 1—12. Era la desgracia de este hombre que tuvieran que transportarlo de esa manera, y que muestra el estado de sufrimiento de la vida humana; fue una muestra de bondad de los que así lo llevaban y enseña la compasión que debiera haber en el hombre hacia sus congéneres que tienen dificultades. La fe verdadera y la fe firme pueden obrar de diversas maneras, pero será aceptada y aprobada por Jesucristo. El pecado es la causa de todos nuestros dolores y enfermedades. La manera de eliminar el efecto es eliminar la causa. El perdón de pecado golpea la raíz de todas las enfermedades. Cristo probó su poder para perdonar pecado mostrando su poder para curar al hombre enfermo de parálisis. La curación de las enfermedades era figura del perdón del pecado, porque el pecado es la enfermedad del alma; cuando es perdonado, es sanada. Cuando vemos lo que Cristo hace al sanar almas debemos reconocer que nunca vimos algo igual. —La mayoría de los hombres se piensan íntegros; no sienten necesidad de un médico, por tanto desprecian o rechazan a Cristo y su evangelio. Pero el pecador humilde y convicto, que desespera de toda ayuda, excepto del Salvador, mostrará su fe recurriendo a Él sin demora.

Vv. 13—17. Mateo no era una buena persona, al contrario, porque siendo judío nunca debiera haber sido publicano, esto es, cobrador de impuestos para los romanos. Sin embargo, Cristo llamó a este publicano para que lo siguiera. Con Dios, a través de Cristo, hay misericordia para perdonar los pecados más grandes, y gracia para cambiar a los pecadores más grandes y hacerlos santos. Un publicano fiel que tratara con equidad era cosa rara. Debido a que los judíos tenían un odio particular por un oficio que demostraba que ellos estaban sometidos a los romanos, dieron un mal nombre a los cobradores de impuestos. Pero nuestro bendito Señor no vaciló en conversar con los tales cuando se manifestó en semejanza de carne de pecado. No es novedad que lo que está bien hecho y bien diseñado, sea calumniado y convertido en reproche para los hombres mejores y más sabios. —Cristo no se retractaría aunque se ofendieran los fariseos. Si el mundo hubiera sido justo no hubiera habido ocasión para su venida ni para predicar el arrepentimiento o comprar el perdón. No debemos seguir en compañía con los impíos por amor a su conversación vana; pero tenemos que mostrar amor a sus almas, recordando que nuestro buen Médico tenía en sí el poder de sanar, y que no corría peligro de contagiarse la enfermedad, pero no es así como nosotros. Al tratar de hacer bien al prójimo, tengamos cuidado con no dañarnos a nosotros mismos.

Vv. 18—22. Los profesantes estrictos son buenos para hallar falta en todo lo que no concuerda plenamente con sus puntos de vista. Cristo no escapó de las calumnias; nosotros debemos estar dispuestos a soportarlas y poner cuidado para no merecerlas; debemos atender cada parte de nuestro deber en su orden y momento apropiado.

Vv. 23—28. El día de reposo es una institución divina sagrada; privilegio y beneficio, no es tarea ni esclavitud. Dios nunca lo concibió para que fuera una carga para nosotros; por tanto, no debemos hacer que sea así. El día de reposo fue instituido para el bien de la humanidad, por cuanto vive en sociedad teniendo muchas necesidades y problemas, y se prepara para un estado de dicha o

desdicha. El hombre no fue hecho para el día de reposo como si guardarlo pudiera ser un servicio a Dios, ni se le mandó que guardara sus formas externas para su perjuicio real. Toda obediencia al respecto debe interpretarse por la regla de la misericordia.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Sanidad de la mano seca.* 6—12. *La gente recurre a Cristo.* 13—21. *Llamamiento de los apóstoles.* 22—30. *La blasfemia de los escribas.* 31—35. *Los familiares de Cristo.*

Vv. 1—5. El caso de este hombre era triste; su mano seca que lo incapacitaba para trabajar y ganarse la vida; quienes tienen este tipo de problema, son los objetos más apropiados para la caridad. Los que no pueden valerse por sí mismos deben ser socorridos. Pero los infieles obcecados, cuando nada pueden decir contra la verdad, aun así no se rinden. Oímos lo que se dijo mal y vemos lo que se hizo mal, pero Cristo mira a la raíz de amargura del corazón, su ceguera y dureza y se entristece. Tiemblen los pecadores de corazón duro al pensar en la ira con que los mirará dentro de poco tiempo, cuando llegue el día de su ira. —El gran día de sanidad es ahora, el día de reposo, y el lugar de sanidad es la casa de oración, pero el poder sanador es de Cristo. El mandato del evangelio es como el registrado aquí: aunque nuestras manos estén secas, aun así, si no las extendemos, es nuestra falta que no seamos sanados. Pero si somos sanados, Cristo, su poder y gracia, deben tener toda la gloria.

Vv. 6—12. Todas nuestras enfermedades y calamidades vienen de la ira de Dios contra nuestros pecados. Su eliminación, o su transformación en bendiciones para nosotros fue adquirida para nosotros por la sangre de Cristo. Pero debemos temer principalmente las plagas y enfermedades de nuestra alma, de nuestro corazón; Él puede sanarlas también por una palabra. Que más y más gente se apresuren a ir a Cristo para ser sanados de estas plagas y ser librados de los enemigos de sus almas.

Vv. 13—21. Cristo llama a quien quiere, porque la gracia es suya. Había pedido a los apóstoles que se apartaran de la multitud y que fueran a Él. Ahora les dio poder para sanar enfermedades, y expulsar demonios. Que el Señor envíe a muchos más de los que han estado con Él, y han aprendido de Él a predicar su evangelio, a ser instrumentos de su obra bendita. —Los que tienen un corazón que ha crecido en la obra de Dios, pueden tolerar fácilmente lo que es inconveniente para ellos, y preferirán perderse una comida antes que una oportunidad de hacer el bien. Los que andan con celo en la obra de Dios deben esperar estorbos del odio de los enemigos y de los afectos equivocados de los amigos, y deben cuidarse de ambos.

Vv. 22—30. Era claro que la doctrina de Cristo tendía directamente a romper el poder del diablo; y también era claro que su expulsión de los cuerpos de la gente, confirmaba esa doctrina; en consecuencia, Satanás no podía soportar ese designio. Cristo dio una advertencia espantosa contra decir palabras tan peligrosas como esas. Verdad es que el evangelio promete perdón para los pecados y pecadores más grandes, porque Cristo lo compró; pero por este pecado, ellos se oponen a los dones del Espíritu Santo después de la ascensión de Cristo. Tal es la enemistad del corazón, que los inconversos pretenden que los creyentes están haciendo la obra de Satanás, cuando los pecadores son llevados al arrepentimiento y a la vida nueva.

Vv. 31—35. Es de gran consuelo para todos los cristianos verdaderos saber que son más queridos para Cristo que madre, hermano o hermana *como tales*, si son santos, simplemente como serían los familiares en la carne. Bendito sea Dios, este privilegio grande y de gracia es nuestro ya ahora; porque aunque no podemos disfrutar la presencia corporal de Cristo, no se nos niega su presencia espiritual.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—20. *La parábola del sembrador.* 21—34. *Otras parábolas.* 35—41. *Cristo calma la tempestad.*

Vv. 1—20. Esta parábola contenía instrucciones tan importantes que todos los capaces de oír estaban obligados a atender. Hay muchas cosas que debemos saber; y si no entendemos las verdades claras del evangelio, ¿cómo aprendemos las más difíciles? Nos servirá valorar los privilegios que disfrutamos como discípulos de Cristo, si meditamos seriamente en el estado deplorable de todos los que no tienen tales privilegios. En el gran campo de la Iglesia, se dispensa a todos la palabra de Dios. De los muchos que oyen la palabra del evangelio unos pocos la reciben como para dar fruto. Muchos que son muy afectados por la palabra momentáneamente no reciben un beneficio perdurable. La palabra no deja impresiones permanentes en la mente de los hombres porque sus corazones no están debidamente dispuestos para recibirla. El diablo está muy ocupado con los escuchas negligentes, como las aves del aire lo están con la semilla que está sobre el suelo. Muchos siguen una profesión falsa y estéril, y se van al infierno. Las impresiones que no son profundas, no durarán. A muchos no les importa la obra de corazón sin la cual la religión es nada. La abundancia del mundo impide que otros sean beneficiados por la palabra de Dios. Los que tienen poco del mundo, pueden ser destruidos aun por darle gusto al cuerpo. Dios espera y requiere fruto de quienes disfrutaron el evangelio, un temperamento mental y las gracias cristianas ejercidos diariamente, los deberes cristianos debidamente desempeñados. Miremos al Señor para que por su gracia regeneradora, nuestros corazones puedan llegar a ser buena tierra, y que la buena semilla de la palabra produzca en nuestra vida esas buenas palabras y obras que vienen por medio de Jesucristo para alabanza y gloria de Dios Padre.

Vv. 21—34. Estas declaraciones estaban concebidas para atraer la atención de los discípulos a la palabra de Cristo. Por este tipo de instrucción, fueron capacitados para instruir a otros; como las velas se encienden, no para ser cubiertas, sino para ser puestas en un candelabro para que den luz a la habitación. —Esta parábola de la buena semilla, muestra la manera en que el reino de Dios avanza en el mundo. Que nada sino la palabra de Cristo tenga el lugar que debe tener en el alma, y se demostrará en la buena conversación. Crece paulatinamente: primero el brote; luego la hoja; después de eso, el trigo maduro en la espiga. Cuando ha brotado seguirá creciendo. La obra de gracia en el alma es, primero, sólo el día de las cosas pequeñas; sin embargo, ya tiene productos poderosos, mientras crece; ¡pero lo que habrá cuando esté perfeccionada en el cielo!

Vv. 35—41. Cristo estaba dormido durante la tormenta para probar la fe de sus discípulos, e instarlos a orar. La fe de ellos se mostró débil y sus oraciones poderosas. Cuando nuestro corazón malvado es como el mar tempestuoso que no tiene reposo, cuando nuestras pasiones son ingobernables, pensemos que oímos la ley de Cristo diciendo: Calla, enmudece. Cuando afuera hay pleitos, y adentro temores, y los espíritus están inquietos, si Él dice, “paz, ten calma”, hay gran calma de inmediato. —¿Por qué estáis así amedrentados? Aunque haya causa para temer, de todos modos no la hay para un terror como éste. Pueden sospechar de su fe los que piensan que a Jesús no le importó mucho que su gente pereciera. ¡Cuán imperfectos son los mejores santos! La fe y el temor cumplen turnos mientras estemos en este mundo, pero, dentro de poco, el temor será vencido y la fe se perderá en la vista.

CAPÍTULO V

Versículos 1—20. *Sanidad del endemoniado.* 21—34. *Sanidad de una mujer.* 35—43. *La hija de Jairo es resucitada.*

Vv. 1—20. Algunos pecadores francamente intencionados son como este loco. Los mandamientos de la ley son como cadenas y grillos para frenar a los pecadores en sus malos rumbos; pero ellos rompen esos frenos, y eso es prueba del poder del diablo en ellos. —Una legión de soldados estaba compuesta por seis mil hombres o más. ¡Cuántas multitudes de espíritus caídos debe de haber, y todos enemigos de Dios y del hombre, cuando aquí había una legión en un solo pobre infeliz! Muchos hay que se levantan contra nosotros. No somos adversarios que podamos enfrentar a los enemigos espirituales con nuestra propia fuerza, pero en el Señor, y con el poder de su fuerza, seremos capaces de resistirlos aunque haya legiones de ellos. —Cuando el transgresor más vil es liberado de la esclavitud de Satanás por el poder de Jesús, se sienta contento a los pies de su Libertador y oye su palabra, que libera a los desdichados esclavos de Satanás, y los cuenta entre sus santos y siervos. —Cuando la gente supo que sus cerdos se habían perdido, Cristo ya no les gustó. La paciencia y la misericordia pueden verse aun en las medidas correctivas por los cuales los hombres pierden sus pertenencias, y salvan las vidas, y se les advierte que busquen la salvación de sus almas. —El hombre proclamó jubilosamente las grandes cosas que Jesús había hecho por él. Todos los hombres se maravillaron pero pocos lo siguieron. Muchos que no pueden sino maravillarse por las obras de Cristo, no se prendan de Él como debieran.

Vv. 21—34. Un evangelio despreciado irá hacia donde sea mejor recibido. Uno de los dirigentes de una sinagoga buscó fervorosamente a Cristo porque una hijita, de unos doce años, se estaba muriendo. —En el camino hizo otra sanidad. Debemos hacer el bien no sólo cuando estamos en casa, sino cuando vamos por el camino, Deuteronomio vi, 7. Común es que la gente no recurra a Cristo, sino cuando ya han probado en vano todas las demás ayudas y hallaron, como ciertamente suele ocurrir, que eran médicos sin valor. Algunos corren en dirección a las diversiones y las compañías alegres; otros se zambullen en los negocios y hasta la embriaguez; otros se dedican a establecer su propia justicia o se atormentan con vanas supersticiones. Muchos perecen en tales caminos, pero nadie encontrará jamás reposo para el alma con tales métodos; mientras aquellos a quienes Cristo cura de la enfermedad del pecado, hallan en sí mismos un cambio total para mejor. Como los actos secretos de pecado, así los actos secretos de fe son conocidos por el Señor Jesús. La mujer dijo toda la verdad. Es la voluntad de Cristo que su pueblo sea consolado y Él tiene el poder para mandar consuelo a los espíritus turbados. Mientras más claramente dependamos de Él, y esperemos grandes cosas de Él, más encontraremos en nosotros mismos que Él ha llegado a ser nuestra salvación. Quienes por fe son sanados de sus enfermedades espirituales tienen razón para ir en paz.

Vv. 35—43. Podemos suponer que Jairo vaciló si debía o no pedir a Cristo que fuera a su casa cuando le dijeron que su hija estaba muerta. Pero, ¿no tenemos la misma oportunidad para la gracia de Dios, y el consuelo de su Espíritu, para las oraciones de nuestros ministros y amigos cristianos, cuando la muerte está en la casa, como cuando allí está la enfermedad? La fe es el único remedio contra la tristeza y el temor en momentos como esos. Crees en la resurrección y entonces no temes. —Resucitó a la niña muerta por una palabra de poder. Tal es el llamado del evangelio para quienes por naturaleza están muertos en delitos y pecados. Por la palabra de Cristo es que se da la vida espiritual. Todos los que vieron y oyeron, se maravillaron ante el milagro y de Aquel que lo hizo. Aunque ahora no podemos esperar que nuestros hijos o familiares muertos sean resucitados, podemos esperar consuelo cuando estamos en pruebas.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—6. *Cristo es despreciado en su propio país.* 7—13. *Comisión de los apóstoles.* 14—29. *Juan el Bautista es condenado a muerte.* 30—44. *Regreso de los apóstoles.*—*Milagro de la alimentación de los cinco mil.* 45—56. *Cristo camina sobre el mar.*—*Sana a los que lo tocan.*

Vv. 1—6. Los compatriotas de nuestro Señor trataron de perjudicar a la gente en su contra. ¿No es

este el carpintero? Nuestro Señor Jesús había trabajado, probablemente, en ese oficio con su padre. Así honró el trabajo manual y estimula a toda persona a comer del trabajo de sus manos. Conviene a los seguidores de Cristo contentarse con la satisfacción de hacer el bien, aunque les nieguen un elogio por eso. ¡Cuánto perdieron estos nazarenos por su prejuicio obstinado contra Jesús! Que la gracia divina nos libre de esa incredulidad, que hace a Cristo como olor de muerte más que de vida para el alma. Vamos, como nuestro Maestro, y enseñemos el camino de la salvación a aldeanos y campesinos.

Vv. 7—13. Aunque los apóstoles estaban conscientes de su gran debilidad y no esperaban ventajas mundanales, por obediencia a su Maestro, y dependiendo de su fuerza salieron pese a todo. No divirtieron a la gente con materias curiosas; les decían que debían arrepentirse de sus pecados y volverse a Dios. Los siervos de Cristo esperan volver a muchos de las tinieblas a Dios, y sanar almas por el poder del Espíritu Santo.

Vv. 14—29. Herodes temía a Juan mientras éste vivía, y temió aún cuando Juan murió. Herodes hizo muchas de esas cosas que Juan en su predicación le enseñó, pero no basta hacer *muchas* cosas; debemos respetar *todos* los mandamientos. Herodes respetó a Juan hasta que éste le tocó a su Herodías. De esta manera, muchos aman la buena predicación siempre que se mantenga lejos del pecado que ellos aman. Pero es mejor que los pecadores persigan ahora a los ministros por su fidelidad a que los maldigan eternamente por su infidelidad. Los caminos de Dios son inescrutables; pero podemos estar seguros que nunca considerará pérdida al recompensar a sus siervos por lo que soportan o pierden por amor a Él. La muerte no podía llegar como una sorpresa tan grande a este hombre santo; el triunfo del impío duró poco.

Vv. 30—44. Los ministros no deben hacer ni enseñar ninguna otra cosa, sino lo que estén dispuestos a contar a su Señor. —Cristo nota en sus discípulos el miedo de algunos y los trabajos de otros, y da reposo a los que están fatigados, y refugio para los que están aterrorizados. La gente buscó el alimento espiritual en la palabra de Cristo y, entonces, Él cuidó que no carecieran de comida para su cuerpo. —Si Cristo y sus discípulos soportaron cosas viles, con seguridad nosotros podemos. Este milagro demuestra que Cristo vino al mundo no sólo a restaurar sino a preservar y nutrir la vida espiritual; en Él hay suficiente para todos los que acudan. Nadie es enviado vacío por Cristo sino los que van a Él llenos de sí mismos. —Aunque Cristo tenía bastante pan al dar la orden, nos enseña a no desperdiciar nada de la generosidad de Dios, recordando cuántos padecen necesidad. A veces podremos necesitar los pedazos que ahora tiramos.

Vv. 45—56. Frecuentemente la iglesia es como barco en el mar, zarandeada por tormentas y sin consuelo: podemos tener a Cristo *por* nosotros, pero el viento y la marea *en contra*. Es un consuelo para los discípulos de Cristo en medio de una tormenta que su Maestro esté en el monte celestial intercediendo por ellos. No hay dificultades que puedan impedir la manifestación de Cristo a favor de su pueblo, cuando llega el tiempo fijado. Él aquietó sus temores dándoselos a conocer. Nuestros temores se satisfacen pronto si se corrigen nuestros errores, especialmente los errores acerca de Cristo. Si los discípulos tienen a su Maestro con ellos, todo está bien. Por falta de un entendimiento adecuado de las obras anteriores de Cristo, es que vemos sus obras actuales como si nunca las hubiera habido iguales. Si los ministros de Cristo pudieran ahora curar las enfermedades corporales, ¡qué multitudes se arremolinarían en torno a ellos! Triste es pensar cuánto se preocupan muchos por sus cuerpos más que por sus almas.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—13. *Las tradiciones de los ancianos.* 14—23. *Lo que contamina al hombre.* 24—30. *Curación de la mujer cananea.* 31—37. *Cristo restaura el oído y el habla a un hombre.*

Vv. 1—13. Un gran objetivo de la venida de Cristo era poner de lado la ley ceremonial; para dar

lugar a esto, rechaza las ceremonias que los hombres agregan a la ley de Dios. Las manos limpias y el corazón puro que Cristo da a Sus discípulos, y requiere de ellos, son muy diferentes de las formalidades externas y supersticiosas de los fariseos de toda época. —Jesús los reprueba por rechazar el mandamiento de Dios. Queda claro que es deber de los hijos, si los padres son pobres, aliviarlos en la medida que puedan; y si merecen morir los hijos que maldicen a sus padres, mucho más los que los dejan pasar hambre. Pero si un hombre se conformaba a las tradiciones de los fariseos, ellos encontraban una forma de liberarlo del cumplimiento de este deber.

Vv. 14—23. Nuestros malos pensamientos y afectos, palabras y acciones, nos contaminan, y solo eso nos contamina. Como un manantial podrido surte de aguas corrompidas, así es el corazón corrupto que produce razonamientos corruptos, apetitos y pasiones corruptos, y todas las malas obras y acciones que de ellos surgen. El entendimiento espiritual de la ley de Dios, y la conciencia de lo malo del pecado, hará que el hombre busque la gracia del Espíritu Santo para suprimir los malos pensamientos y afectos que obran por dentro.

Vv. 24—30. Cristo nunca despidió a nadie que cayera a sus pies, cosa que una pobre alma temblorosa puede hacer. Como ella era una buena mujer, así era una buena madre. Esto la hizo venir a Cristo. El hecho de decir: Que los hijos se sacien primeros, muestra que había misericordia para los gentiles, y no lejana. Ella habló, no como si tomara a la ligera la misericordia, sino magnificando la abundancia de las curaciones milagrosas hechas a los judíos, las cuales en contraste con una sola curación no era sino migaja. Así, pues, mientras los orgullosos fariseos son abandonados por el bendito Salvador, Él manifiesta su compasión por los pobres pecadores humildes, que miran a Él por el pan de los hijos. Él aún sigue buscando y salvando lo que se había perdido.

Vv. 31—37. Aquí hay una curación de un sordomudo. Los que trajeron a este pobre hombre a Cristo, le rogaron que viera el caso y pusiera en acción su poder. Nuestro Señor usó más actos externos de lo acostumbrado para hacer esta curación. Estas eran solo señales del poder de Cristo para curar al hombre, para exhortar su fe, y la de los que lo traían. Aunque hallamos gran variedad en los casos y modos de aliviar a los que recurrieron a Cristo, todos, sin embargo, tuvieron el alivio que buscaban. Así siguen siendo la gran preocupación de nuestras almas.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—10. *El milagro de la alimentación de los cuatro mil.* 11—21. *Advertencia de Cristo contra los fariseos y los herodianos.* 22—26. *Sanidad de un ciego.* 27—33. *El testimonio de Pedro sobre Cristo.* 34—38. *Cristo debe ser seguido.*

Vv. 1—10. Nuestro Señor Jesús exhortó a los más viles que acudieran a Él en busca de vida y gracia. Cristo conoce y considera nuestro estado de ánimo. La generosidad de Cristo está siempre preparada; para mostrar eso repite este milagro. Sus favores se renuevan, como ocurre con nuestras carencias y necesidades. No debe temer la escasez el que tiene a Cristo para vivir por fe, y debe hacer con acción de gracias.

Vv. 11—21. La incredulidad obstinada tendrá algo que decir aunque sea muy irracional. Cristo rehusó contestar la demanda de ellos. Si no sienten convicción de pecado, nunca se convencerán. ¡Ay, qué razón tenemos para lamentarnos por los que nos rodean, y se destruyen a sí mismos y a los demás con su incredulidad perversa y obcecada, y por su enemistad con el evangelio! Cuando olvidamos las obras de Dios y desconfiamos de Él, debemos reprendernos severamente como Cristo reprende aquí a sus discípulos. ¿Cómo es que tan a menudo nos equivocamos con su significación, desechamos sus advertencias y desconfiamos de su providencia?

Vv. 22—26. He aquí un ciego llevado a Cristo por sus amigos. De ahí se demuestra la fe de los

que lo trajeron. Si los que están espiritualmente ciegos, no oran por sí mismos, de todos modos sus amistades y parientes deben orar por ellos, para que quiera Cristo tocarlos. La sanidad fue obrada en forma paulatina, lo que estaba fuera de lo común en los milagros de nuestro Señor. Cristo demuestra su método común para sanar por su gracia a los que, por naturaleza están espiritualmente ciegos. Primero, su conocimiento es confuso, pero como la luz de la aurora, va en aumento hasta que el día es perfecto y, entonces, ellos ven claramente todas las cosas. Tomar a la ligera los favores de Cristo es renunciar a ellos; y a quienes lo hacen, les dará a conocer el valor de sus beneficios por medio de la necesidad.

Vv. 27—33. Estas cosas están escritas para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Los milagros de nuestro Señor nos aseguran que no fue vencido, sino que fue vencedor. Ahora, los discípulos están convencidos que Jesús es el Cristo; están en condiciones de soportar si saben de sus sufrimientos, los cuales Cristo empieza aquí a dárselos a conocer. —Él ve lo errado en lo que decimos y hacemos, de lo cual nosotros mismos no tenemos conciencia, y sabe de qué espíritu somos, aun cuando nosotros no. La sabiduría del hombre es necesidad si pretende limitar los consejos divinos. Pedro no entendía correctamente la naturaleza del reino de Cristo.

Vv. 34—38. Se da noticia frecuente de la gran aglomeración que había en torno a Cristo para que ayudara en diversos casos. A todos les corresponde saber esto, si esperan que sane sus almas. Ellos no deben ser indulgentes a la comodidad de la carne. Como la felicidad del cielo con Cristo es suficiente para compensar la pérdida de la vida misma por amor a Él, así si se gana todo el mundo por medio del pecado no compensa la destrucción del alma por el pecado. Llega el día en que la causa de Cristo aparecerá tan gloriosa, como ahora algunos la creen poca cosa y despreciable. Pensemos en esa época y veamos todo objeto terrenal como lo veremos en ese gran día.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—13. *La transfiguración.* 14—29. *Expulsión de un espíritu maligno.* 30—40. *Reprensión a los apóstoles.* 41—50. *Se debe preferir el dolor al pecado.*

Vv. 1—13. He aquí una predicción de la proximidad inmediata del reino de Cristo. Un vistazo de ese reino se dio en la transfiguración de Cristo. ¡Bueno es alejarse del mundo y estar a solas con Cristo; qué bueno es estar con Cristo glorificado en el cielo con todos los santos! Pero cuando las cosas nos salen bien, somos dados a no preocuparnos por el prójimo, y en la plenitud de nuestros deleites, olvidamos las muchas necesidades de nuestros hermanos. Dios reconoce a Jesús y lo acepta como su amado Hijo, y está dispuesto a aceptarnos en Él. Por tanto, hemos de reconocerle y aceptarle como nuestro amado Salvador, y debemos rendirnos para que Él nos mande. —Cristo no deja al alma cuando el gozo y los consuelos la dejan. Jesús explica a los discípulos la profecía sobre Elías. Esto se prestaba para mal entender a Juan el Bautista.

Vv. 14—29. El padre del joven sufriende mostró la falta de poder de los discípulos; pero Cristo hace que atribuya su desilusión a la falta de fe. Mucho se promete si creemos. Si tú no puedes creer, es posible que tu duro corazón sea ablandado, curadas tus enfermedades espirituales, y débil como eres, puedes resistir hasta el fin. —Los que se quejan de incredulidad, deben mirar a Cristo pidiendo gracia que les ayuda contra eso, y su gracia será suficiente para ellos. A quién Cristo sana, lo cura eficazmente. Pero Satanás no quiere ser expulsado de quienes han sido sus esclavos por mucho tiempo, y cuando no puede engañar o destruir al pecador, le causa todo el terror que puede. Los discípulos no deben pensar que siempre harán su obra con la misma facilidad; algunos servicios exigen algo más que dolores corrientes.

Vv. 30—40. El tiempo del sufrimiento de Cristo se acercaba. Si hubiera sido entregado en las manos de demonios y ellos hubieran hecho esto, no hubiese sido tan raro; sin embargo, resulta sorprendente que sean hombres quienes traten tan vergonzosamente al Hijo del Hombre, que vino a

redimirlos y salvarlos. Nótese que cuando Cristo hablaba de su muerte siempre hablaba de su resurrección, la cual quitaba de sí el reproche de la muerte y debiera quitar la tristeza a sus discípulos. Muchos siguen siendo ignorantes porque les da vergüenza preguntar. ¡Qué cosa! Aunque el Salvador enseña tan claramente las cosas que corresponden a su amor y gracia, los hombres están tan cegados que no entienden su decir. —Seremos llamados a rendir cuentas de lo que hablamos, y a dar cuenta de nuestras disputas, especialmente sobre quién es más grande. Los más humildes y abnegados se parecen más a Cristo y Él los reconocerá más tiernamente. Esto les enseñó Jesús por medio de una señal: El que reciba a un niño como éste, me recibe a mí. —Muchos han sido como los discípulos, dispuestos a hacer callar a los hombres que lograron predicar el arrepentimiento en el nombre de Cristo a los pecadores, porque no siguen con ellos. Nuestro Señor culpa a los apóstoles recordándoles que quien obra milagros en su nombre no puede dañar a su causa. Si se lleva pecadores al arrepentimiento, a creer en el Salvador, y a llevar vidas sobrias, justas y santas, entonces vemos que el Señor obra por medio del predicador.

Vv. 41—50. Se dice repetidamente sobre el impío que su gusano no muere, como también, el fuego que nunca se apaga. Indudablemente el remordimiento de conciencia y la aguda reflexión en sí mismo son el gusano que nunca muere. Queda por cierto fuera de comparación si es mejor pasar por todo dolor, dificultad y negación de sí mismo aquí, y ser feliz por siempre en el más allá, que disfrutar aquí de todas clase de placer mundanal temporal y ser desgraciado para siempre. Nosotros debemos ser salados con sal, como los sacrificios; nuestros afectos corruptos deben ser sometidos y mortificados por el Espíritu Santo. Los que tienen la sal de la gracia deben demostrar que tienen un principio vivo de gracia en sus corazones, el cual elimina las disposiciones corruptas del alma que ofenden a Dios o a nuestras propias conciencias.

CAPÍTULO X

Versículos 1—12. *Pregunta de los fariseos sobre el divorcio.* 13—16. *El amor de Cristo por los pequeñuelos.* 17—22. *Conversación de Cristo con el joven rico.* 23—31. *El estorbo de las riquezas.* 32—45. *Cristo anuncia sus sufrimientos.* 46—52. *Sanidad de Bartimeo.*

Vv. 1—12. Donde estuviera Jesús le seguían multitudes y Él les enseñaba. Predicar era costumbre constante de Jesús. Aquí señala que la razón por la cual la ley de Moisés permitió el divorcio, era de tal naturaleza que ellos no debían usar ese permiso; era solamente por la dureza de sus corazones. Dios mismo unió a marido y mujer; los preparó para que fueran de consuelo y ayuda mutuo. Lo que Dios unió no debe ser desatado a la ligera. Los que están por desechar a sus esposas piensen qué sería de ellos si Dios los tratara de esa manera.

Vv. 13—16. Algunos padres o niñeras trajeron niños pequeños a Cristo para que Él los tocara como símbolo de su bendición sobre ellos. No parece que necesitaran sanidad corporal ni que fueran capaces de ser enseñados; pero los encargados de cuidarlos, creían que la bendición de Cristo haría bien a sus almas; por tanto, los llevaron a Él. Jesús mandó que los dejaran venir a Él y que nada debía decirse o hacerse para impedirlo. Los niños deben ser guiados al Salvador tan pronto como sean capaces de entender sus palabras. Además, debemos recibir el reino de Dios como niños pequeños; debemos ser afectuosos con Cristo y su gracia, como los niñitos con sus padres, niñeras y maestros.

Vv. 17—22. Este joven rico mostró gran honestidad. Preguntó qué debía hacer ahora para ser feliz para siempre. La mayoría pide bienes para *tenerlos* en este mundo; cualquier bien, Salmo iv, 6; éste pide el bien que hay que *hacer* en este mundo para disfrutar del bien mayor en el otro. Cristo estimula esta pregunta asistiendo su fe y guiando su práctica. —Sin embargo, aquí hay una separación penosa entre Jesús y este joven. Pregunta a Cristo qué debe hacer además de lo que ya hizo para obtener la vida eterna; y Cristo le dice si tiene, como parece sin duda, esa fe firme en la

vida eterna, y si le da elevado valor, ¿está dispuesto a soportar una cruz presente con la expectativa de una corona futura? El joven lamentó no poder ser un seguidor de Cristo en condiciones más fáciles; que no pudiera obtener la vida eterna y retener también sus posesiones mundanales. Se fue triste. Véase Mateo vi, 24: No podéis servir a Dios y Mamón.

Vv. 23—31. Cristo aprovecha esta ocasión para hablar a sus discípulos sobre la dificultad de la salvación de quienes tienen abundancia en este mundo. Los que así buscan ansiosamente la riqueza del mundo, nunca valorarán en justicia a Cristo y su gracia. Además habla de la grandeza de la salvación de los que tienen poco de este mundo y lo dejan por Cristo. La prueba más grande de la constancia de un hombre bueno se produce cuando el amor a Jesús le pide que renuncie al amor a los amigos y a los familiares. Aunque vencedores por Cristo, aun deben esperar sufrir por Él hasta que lleguen al cielo. Aprendamos a contentarnos en una situación mala y a estar alertas contra el amor a las riquezas en una situación buena. Oremos para ser capaces de dejarlo todo si fuere necesario por el servicio de Cristo, y para usar en su servicio todo lo que se nos permita retener.

Vv. 32—45. Cristo sigue adelante con su empresa para la salvación de la humanidad, cosa que fue, es y será el asombro de todos sus discípulos. La honra mundanal tiene un brillo, con el cual pueden haberse deslumbrado muchas veces los ojos de los discípulos mismos de Cristo. Cuidémonos de tener sabiduría y gracia para saber sufrir con Él; y que podamos confiar en que Él proveerá los grados de nuestra gloria. —Cristo les muestra que generalmente se abusa del poder en el mundo. Si Jesús nos concediera todos los deseos, pronto se haría evidente que deseamos fama o poder, y que no queremos beber su copa ni pasar su bautismo; con frecuencia sería una ruina que respondiera nuestras oraciones. Pero nos ama y dará a su pueblo sólo lo que es bueno para ellos.

Vv. 46—52. Bartimeo, que había oído de Jesús y sus milagros, y sabido que iba a pasar por ahí, esperaba recuperar la vista. Al ir a Cristo a pedir ayuda y salud, debemos mirarlo como el Mesías prometido. Los llamados de gracia que Cristo nos hace para que vayamos a Él, animan nuestra esperanza de que si vamos a Él tendremos aquello por lo cual fuimos a Él. Quienes vayan a Jesús deben desechar el ropaje de su propia suficiencia, deben librarse de todo peso, y del pecado que, como ropajes largos, los asedian más fácilmente, Hebreos xii, 1. —Él ruega que sus ojos sean abiertos. Muy deseable es ser capaz de ganar nuestro pan; y donde Dios ha dado a los hombres sus extremidades y sentidos, es vergonzoso que, por necedad y pereza, se hagan efectivamente ciegos y cojos. Sus ojos fueron abiertos. Tu fe te ha hecho salvo: la fe en Cristo como el Hijo de David, y en su compasión y poder; no tus palabras repetidas, sino tu fe; Cristo pone a trabajar tu fe. —Los pecadores sean llamados a imitar al ciego Bartimeo. Jesús pasa por donde se predica el evangelio o circulan las palabras escritas de la verdad, y esta es la oportunidad. No basta con ir a Cristo por salud espiritual, sino que, cuando estemos sanados, debemos continuar siguiéndole, para que podamos honrarle y recibir instrucción de Él. Los que tienen vista espiritual ven en Cristo esa belleza atractiva que los hará correr tras Él.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—11. *Entrada triunfal de Cristo en Jerusalén.* 12—18. *Maldición de la higuera estéril.*
—*Purificación del templo.* 19—26. *Oración en fe.* 27—33. *Los sacerdotes y los ancianos interrogados sobre Juan el Bautista.*

Vv. 1—11. La llegada de Cristo a Jerusalén muestra en forma notable, que Él no temía el poder ni la maldad de sus enemigos. Esto alentaría a sus discípulos que estaban llenos de miedo. Además, no le inquietaban los pensamientos sobre sus sufrimientos que se aproximaban. Sin embargo, todo marcaba su humillación; y estos asuntos nos enseñan a no preocuparnos por alcanzar las cosas de alto rango, sino a condescender a las de bajo nivel. ¡Qué mal le hace a los cristianos darse categorías elevadas, cuando Cristo estuvo tan lejos de reclamarlas! Dieron la bienvenida a su

persona: ¡Bendito el que viene! El que debía venir: tan a menudo prometido; tanto tiempo esperado; viene en el nombre del Señor. Que tenga nuestros mejores afectos; Él es un Salvador bendito, y nos trae bendiciones, y bendito sea el que lo envió. Las alabanzas sean a nuestro Dios que está en los cielos más altos, y por sobre todo es Dios bendito para siempre.

Vv. 12—18. Cristo miró buscando algún fruto, porque el tiempo de cosechar higos, aunque cercano, no había llegado aún, pero no encontró ninguno. Hizo de la higuera un ejemplo, no para los árboles, sino para los hombres de esa generación. Era una figura de la condenación para la iglesia judía, a la cual vino en busca de frutos sin hallar ninguno. —Cristo fue al templo y empezó a reformar los abusos de sus atrios, para señalar que cuando el Redentor viniera a Sion, iba a eliminar la impiedad de Jacob. Los escribas y los principales sacerdotes procuraban, no cómo pudieran hacer su paz con Él, sino cómo destruirlo. Un intento desesperado en que sólo podían temer, porque era pelear contra Dios.

Vv. 19—26. Los discípulos no podían pensar por qué la higuera se marchitó tan pronto, pero todos los que rechazan a Cristo se marchitan: eso representa el estado de la iglesia judía. No debemos descansar en ninguna religión que no nos haga fértiles en buenas obras. A partir de eso, Cristo les enseñó a orar con fe. Puede aplicarse a la fe poderosa con que son dotados todos los cristianos verdaderos y que hace maravillas en las cosas espirituales. Nos justifica, y así elimina montañas de culpa, que nunca se volverán a levantar en juicio contra nosotros. Purifica el corazón y, así, elimina montañas de corrupción, y las allana ante la gracia de Dios. —Una diligencia grande ante el trono de la gracia es orar por el perdón de nuestros pecados; y preocuparse por esto debiera ser nuestro afán diario.

Vv. 27—33. Nuestro Salvador demuestra cuán emparentados estaban su doctrina y su bautismo con los de Juan; tenían el mismo designio y tendencia: traer el evangelio del reino. Estos ancianos no merecían que se les enseñara; porque era claro que no contendían por la verdad sino por la victoria; ni tampoco tuvo que decirselo, porque las obras que Él hizo, decían claramente que tenía autoridad de Dios; puesto que ningún hombre podía hacer los milagros que hacía a menos que Dios estuviera con él.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—12. *La parábola de la viña y los arrendatarios.* 13—17. *Pregunta sobre el tributo.* 18—27. *Tocante a la resurrección.* 28—34. *El gran mandamiento de la ley.* 35—40. *Cristo el Hijo y, sin embargo, el Señor de David.* 41—44. *Elogio de la viuda pobre.*

Vv. 1—12. Cristo mostró en parábolas que dejaría a un lado la iglesia judía. Entristece pensar el maltrato que han hallado los fieles ministros de Dios en todas las épocas, de parte de quienes disfrutaron los privilegios de la iglesia, pero que no dieron el fruto requerido. —Dios envió, finalmente, a su Hijo, su bienamado; y se podría esperar que ellos también respetaran y amaran al amado de su Señor; no obstante, en lugar de honrarle porque era el Hijo y heredero, lo odiaron. Pero la exaltación de Cristo fue obra del Señor; y es su obra exaltarlo en nuestros corazones, y establecer ahí su trono; y si esto se hace, no puede ser sino maravilloso ante nuestros ojos. Las Escrituras y los predicadores fieles, y la venida próxima de Cristo encarnado, nos llaman a rendir la debida alabanza a Dios en nuestra vida. Los pecadores deben cuidarse del espíritu orgulloso y carnal; si injurian o desprecian a los predicadores de Cristo, lo harían así a su Señor si hubieran vivido cuando estuvo en la tierra.

Vv. 13—17. Se pensaría que los enemigos de Cristo desearían conocer su deber, cuando realmente esperaban que, tomara cualquier partido para acusarlo. Nada es más probable para atrapar a los seguidores de Cristo que llevarlos a meterse en los debates de la política mundanal. Jesús evitó la trampa refiriéndose al sometimiento que ellos ya habían efectuado como nación. Muchos

elogiarán las palabras de un sermón, pero sin obedecer sus doctrinas.

Vv. 18—27. El recto conocimiento de la Escritura, como fuente de donde fluye ahora toda la religión revelada, y el fundamento sobre lo cual se construye, es el mejor preservativo contra el error. Cristo desechó la objeción de los saduceos, que eran infieles calumniadores de la religión de aquella época, afirmando la doctrina del estado futuro bajo la luz verdadera. —La relación entre marido y mujer, aunque estipulada en el paraíso terrenal, no se conocerá en el celestial. No es de maravillarse si nos confundimos con errores necios, cuando nos formamos nuestras ideas del mundo de los espíritus por los sucesos en este mundo de los sentidos. Absurdo es pensar que el Dios vivo sea la porción y la felicidad de un hombre si éste está muerto para siempre; por tanto, es seguro que el alma de Abraham existe y actúa aunque separada, temporalmente del cuerpo. Aquellos que niegan la resurrección yerran mucho y se les debe decir eso. Procuremos pasar por este mundo moribundo con la esperanza jubilosa de la dicha eterna, y de la resurrección gloriosa.

Vv. 28—34. A los que desean sinceramente que se les enseñe su deber, Cristo les guiará en juicio y les enseñará su camino. Dice al escriba que el mandamiento más grande, que indudablemente incluye todo, es amar a Dios con todo nuestro corazón. Donde este es el principio rector del alma, allí hay una disposición para todo otro deber. Amar a Dios con todo nuestro corazón nos compromete con todo lo que le complazca. Los sacrificios sólo representaban la expiación de las transgresiones de la ley moral perpetradas por los hombres; no tenían poder excepto al expresar el arrepentimiento y la fe en el prometido Salvador, y en cuanto llevaran a la obediencia moral. Como nosotros no hemos amado así a Dios ni al hombre, sino precisamente a la inversa, somos pecadores condenados; necesitamos arrepentimiento y necesitamos misericordia. Cristo aprobó lo que el escriba dijo y le animó. Se quedó para ulterior consejo, porque este conocimiento de la ley conduce a la convicción de pecado, al arrepentimiento, a descubrir nuestra necesidad de misericordia, y a entender el camino de la justificación por Cristo.

Vv. 35—40. Cuando atendemos lo que declaran las Escrituras, en cuanto a la persona y los oficios de Cristo, seremos guiados a confesarlo como nuestro Señor y Dios; a obedecerle como nuestro Redentor exaltado. Si la gente común oye alegremente estas cosas, mientras los educados y distinguidos se oponen, aquellos son dichosos y estos, deben ser compadecidos. Y como el pecado disfrazado con apariencia de piedad, es doble iniquidad, así su condena será doblemente pesada.

Vv. 41—44. No olvidemos que Jesús todavía observa el arca de las ofrendas. Él sabe cuánto y por qué motivos dan a su causa los hombres. Él mira el corazón, y cuáles son nuestras opiniones al dar limosna; y si lo hacemos como para el Señor o sólo para ser vistos por los hombres. Es tan raro encontrar a alguien que no culpe a esta viuda, que no podemos esperar encontrar a muchos que hagan como ella; no obstante, nuestro Salvador la elogia; por tanto, estamos seguros que ella hizo bien y sabiamente. Los débiles esfuerzos del pobre para honrar a su Salvador, serán elogiados en el día cuando las acciones espléndidas de los incrédulos sean expuestas al desprecio.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—4. *Anuncio de la destrucción del templo.* 5—13. *Discurso profético de Cristo.* 14—23. *La profecía de Cristo.* 24—27. *Declaraciones proféticas.* 28—37. *Exhortación a velar.*

Vv. 1—4. Obsévese en cuán poco valora Cristo la pompa externa, donde no hay verdadera pureza de corazón. Mira con compasión la ruina de almas preciosas, y llora por ellas, pero nosotros no lo hallamos mirando con lástima la ruina de una casa hermosa. Entonces, recordemos cuán necesario es que tengamos una habitación más perdurable en el cielo y estar preparados para ella por la obra del Espíritu Santo, buscada en el uso ferviente de todos los medios de gracia.

Vv. 5—13. Nuestro Señor Jesús, al responder la pregunta de los discípulos, no hace tanto para

satisfacer su curiosidad como para dirigir sus conciencias. Cuando muchos son engañados, debemos por ello ser despertados para examinarnos a nosotros mismos. Los discípulos de Cristo, si no es su propia falta, pueden disfrutar de santa seguridad y paz mental cuando todo a su alrededor está desordenado. Pero ellos deben cuidar de no ser alejados de Cristo y de su deber hacia Él por los sufrimientos con que se encontrarán por amor a Él. Serán odiados por todos los hombres: ¡problema más que suficiente! Pero la obra a la que fueron llamados debe seguir adelante y prosperar. Aunque ellos sean aplastados y derribados, el evangelio no puede serlo. La salvación prometida es más que liberación del mal, es bendición eterna.

Vv. 14—23. Los judíos apresuraron el ritmo de su ruina al rebelarse contra los romanos y perseguir a los cristianos. Aquí tenemos una predicción de la destrucción que les sobrevino unos cuarenta años después de esto; una destrucción y un estrago como no los ha habido en la historia. Las promesas de poder para perseverar y las advertencias contra un alejamiento concuerdan bien unas con otras. Pero mientras más consideremos estas cosas, veremos motivos más abundantes para huir sin demora a refugiarnos en Cristo, y a renunciar a todo objeto terrenal por la salvación de nuestras almas.

Vv. 24—27. Los discípulos habían confundido la destrucción de Jerusalén con el fin del mundo. Cristo corrigió este error y demostró que el día de la venida de Cristo y el día del juicio serán después de aquella tribulación. Aquí anuncia la disolución final del marco y trama presentes del mundo. Además, predice la aparición visible del Señor Jesús que viene en las nubes y la reunión de todos los elegidos con Él.

Vv. 28—37. Tenemos la aplicación del sermón profético. En cuanto a la destrucción de Jerusalén, esperad que venga dentro de muy poco tiempo. En cuanto al fin del mundo, no preguntéis cuando vendrá, porque el día y la hora no lo sabe ningún hombre. Cristo, como Dios, no podía ignorar nada, por que la sabiduría divina que habitaba en nuestro Señor se comunicaba a su alma humana conforme al beneplácito divino. Nuestro deber respecto de las dos es estar alertas y orar. Nuestro Señor Jesús, cuando ascendió a lo alto, dejó algo para que todos sus siervos hagan. Siempre debemos estar vigilantes esperando su regreso. Esto se aplica a la venida de Cristo a nosotros en nuestra muerte y también al juicio general. No sabemos si nuestro Señor vendrá en los días de la juventud, en la edad mediana o en la vejez, pero, tan pronto como nacemos, empezamos a morir y, por tanto, debemos esperar la muerte. Nuestro gran afán debe ser que, cuando venga el Señor, no nos halle confiados, dándonos el gusto en comodidad y pereza, despreocupados de nuestra obra y del deber. A todos les dice: Velad, para que sean hallados en paz, sin mancha e irreprochables.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—11. *Cristo ungido en Betania.* 12—21. *La pascua.*—*Jesús declara que Judas lo traicionará.* 22—31. *Institución de la cena del Señor.* 32—42. *La agonía de Cristo en el huerto.* 43—52. *Traicionado y apresado.* 53—65. *Cristo ante el Sumo Sacerdote.* 66—72. *Pedro niega a Cristo.*

Vv. 1—11. ¿Derramó Cristo Su alma hasta morir por nosotros, y pensaremos que haya algo demasiado precioso para Él? ¿Le damos el unguento precioso de nuestros mejores afectos? Amémosle con todo el corazón aunque es común que el celo y el afecto sean malentendidos y culpados; y recordemos que la caridad para con el pobre no será excusa de ningún acto particular de piedad para con el Señor Jesús. Cristo elogió la piadosa atención de esta mujer para que lo sepan los creyentes de todas las épocas. A quienes honran a Cristo, Él los honrará. La codicia era la lujuria principal de Judas y eso le traicionó para que pecara traicionando a su Maestro; el diablo adaptó su tentación a eso y, de ese modo, lo venció. Véase cuántas tretas engañosas tienen muchos en sus esfuerzos pecaminosos; pero lo que parece progresar en sus planes, al final resultará ser maldición.

Vv. 12—21. Nada podría ser menos resultado de la previsión humana que los sucesos aquí relatados. Pero nuestro Señor sabe todas las cosas sobre nosotros antes que acontezcan. Si lo recibimos, habitará en nuestros corazones. —El Hijo del Hombre va, como está escrito de Él, como cordero al matadero; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado! Si Dios permite los pecados de los hombres, y se glorifica en ellos, no los obliga a pecar; ni es excusa para su culpa, ni aminorará el castigo.

Vv. 22—31. La cena del Señor es alimento para el *alma*, por tanto, basta con muy poco en comparación con lo que es para el *cuerpo* en tanto sirva de señal. Fue instituida por el ejemplo y la práctica de nuestro Maestro para que siguiera vigente hasta su segunda venida. Fue instituida con bendición y acción de gracias para ser un memorial de la muerte de Cristo. Se menciona frecuentemente su preciosa sangre como el precio de nuestra redención. ¡Cuán consolador es esto para los pobres pecadores arrepentidos, que la sangre de Cristo sea derramada por muchos! Si por muchos, ¿por qué no por mí? Fue señal del traspaso de los beneficios adquiridos para nosotros por su muerte. Aplicaos la doctrina de Cristo crucificado a vosotros mismos; que sea carne y bebida para vuestras almas, fortaleciendo y refrescando vuestra vida espiritual. Iba a ser una primicia y un sabor anticipado de la dicha del cielo, y por ello, nos quita el gusto por los placeres y deleites de los sentidos. Todo el que ha saboreado las delicias espirituales, directamente desea las eternas. — Aunque el gran Pastor pasó por sus sufrimientos sin dar un paso en falso, sus seguidores han sido, no obstante, esparcidos a menudos por la pequeña medida de sufrimientos asignados a ellos. ¡Qué dados somos a pensar bien de nosotros mismos y a confiar en nuestros corazones! Fue malo que Pedro le contestara así a su Señor, sin temor ni temblor. Señor, dame gracia para evitar que te niegue.

Vv. 32—42. Los sufrimientos de Cristo empezaron con los más dolorosos, los de su alma. Empezó a entristecerse y a angustiarse; palabras no empleadas en San Mateo, pero muy llenas de sentido. Los terrores de Dios lo combatieron, y Él le permitió contemplarlos. Nunca hubo dolor como su dolor hasta ahora. Él fue hecho maldición por nosotros; las maldiciones de la ley fueron echadas sobre Él como nuestra prenda. Ahora Él saboreó la muerte en toda su amargura. Esto era ese miedo del que habla el apóstol, el miedo natural al dolor y la muerte, ante la cual se sobresalta la naturaleza humana. ¿Podremos alguna vez tener pensamientos favorables o siquiera ligeros sobre el pecado, cuando vemos los penosos sufrimientos que el pecado trajo al Señor Jesús, aunque le fueron reconocidos? ¿Será leve para nuestras almas lo que fue tan pesado para la Suya? ¿Estuvo Cristo en tal agonía por nuestros pecados, y nosotros nunca agonizaremos por ellos? ¡Cómo debiéramos mirar a Aquel que traspasamos, y cómo debiera dolernos! Nos corresponde entristecernos excesivamente por el pecado, porque Él lo estuvo y nunca se rió de eso. —Cristo, como *Hombre* rogó que si era posible pasaran de Él sus sufrimientos. Como *Mediador* se sometió a la voluntad de Dios, diciendo: Mas no lo que yo quiero, sino lo que tú; lo acepto. —Véase cómo vuelve la pecaminosa debilidad de los discípulos de Cristo y los vence. ¡Qué lastres tan pesados son nuestros cuerpos para nuestras almas! Pero cuando veamos el problema en la puerta, debemos prepararnos para ello. Ay, hasta los creyentes suelen mirar de manera turbia los sufrimientos del Redentor, y en lugar de estar listos para morir con Cristo, ni siquiera están preparados para velar con Él durante una hora.

Vv. 43—52. Debido a que Cristo no se manifestó como un príncipe temporal, sino que predicó el arrepentimiento, la reforma y la vida santa, y dirigió los pensamientos, afectos y propósitos de los hombres a otro mundo, por eso, los dirigentes judíos procuraron destruirlo. —Pedro hirió a uno de la partida. Es más fácil pelear por Cristo que morir por Él. Pero hay una gran diferencia entre los discípulos falibles y los hipócritas. Estos últimos llaman Maestro a Cristo, presurosos y sin pensar, y expresan gran afecto por Él, pero lo entregan a sus enemigos. Así aceleran su propia destrucción.

Vv. 53—65. Aquí tenemos la condena de Cristo ante el gran consejo de los judíos. Pedro siguió, pero el lado del fuego del Sumo Sacerdote no era el lugar apropiado, ni sus siervos eran compañía adecuada para Pedro: era una entrada en la tentación. —Se empleó gran diligencia para conseguir testigos falsos contra Jesús aunque el testimonio de ellos no era equivalente a una acusación de delito capital, por mucho que ellos estiraran la ley. Se le preguntó: ¿Eres el Hijo del Bendito? Esto

es, el Hijo de Dios. Él se refiere a su segunda venida para probar que es el Hijo de Dios. —Tenemos en estos ultrajes muchas pruebas de la enemistad del hombre hacia Dios, y del amor gratuito e indecible de Dios por el hombre.

Vv. 66—72. La negación de Cristo por parte de Pedro empezó por mantenerse alejado de Él. Los que se avergüenzan de la santidad están bien avanzados en el camino de negar a Cristo. Quienes piensan que es peligroso andar en compañía de los discípulos de Cristo, porque de ahí pueden ser llevados a *sufrir* por Él, encontrarán mucho más peligroso estar en la compañía de sus enemigos, porque ahí serán llevados a *pecar* contra Él. —Cuando Cristo era admirado y lo seguían, Pedro lo confesó con prontitud; pero no reconoce su relación con Él ahora que está abandonado y despreciado. Pero obsérvese que el arrepentimiento de Pedro fue muy rápido. —El que piensa estar firme, mire que no caiga; y el que ha caído piense en estas cosas, y en sus propias ofensas, y vuelva al Señor con llanto y súplicas, buscando el perdón para ser levantado por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—14. *Cristo ante Pilato.* 15—21. *Cristo es llevado a ser crucificado.* 22—32. *La crucifixión.* 33—41. *La muerte de Cristo.* 42—47. *Su cuerpo es enterrado.*

Vv. 1—14. Ellos ataron a Cristo. Bueno es para nosotros recordar frecuentemente las ataduras del Señor Jesús, como que estamos atados con el que fue atado por nosotros. Al entregar al Rey, en efecto, ellos entregaron el reino de Dios, que por tanto, les fue quitado como por propio consentimiento de ellos, y fue dado a otra nación. —Cristo dio una respuesta directa a Pilato, pero no quiso responder a los testigos porque se sabía que las cosas que alegaron eran falsas, hasta el mismo Pilato estaba convencido que era así. Pilato pensó que podía apelar desde los sacerdotes al pueblo, y que ellos liberarían a Jesús de las manos de los sacerdotes, pero ellos fueron más y más presionados por los sacerdotes, y gritaron: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! Juzguemos a las personas y cosas por sus méritos y la norma de la palabra de Dios, y no por el saber corriente. El pensamiento de que nunca nadie fue tratado tan vergonzosamente, como la única Persona que es perfectamente excelente, santa y sabia que haya aparecido en la tierra, lleva a la mente seria a formarse una firme opinión de la maldad del hombre y la enemistad contra Dios. Aborrezcamos más y más las disposiciones malas que marcaron la conducta de esos perseguidores.

Vv. 15—21. Cristo encontró a la muerte en su aspecto más terrorífico. Fue la muerte de los malhechores más viles. Así, se reúnen la cruz y la vergüenza. Dios había sido deshonrado por el pecado del hombre, Cristo dio satisfacción sometiéndose a la mayor desgracia con que la naturaleza humana podía ser cargada. Era una muerte maldita; así fue marcada por la ley judía, Deuteronomio xxi, 23. Los soldados romanos se burlaron de nuestro Señor Jesús como Rey; como los siervos se habían burlado de Él como Profeta y Salvador en el patio del sumo sacerdote. ¿Será un manto púrpura o escarlata una cuestión de orgullo para un cristiano, si fue cuestión de reproche y vergüenza para Cristo? Él llevó la corona de espinas que nosotros merecíamos, para que nosotros pudiéramos llevar la corona de gloria que Él merece. Nosotros fuimos por el pecado condenados a vergüenza y desprecio eternos. Él fue llevado con los hacedores de iniquidad, aunque Él no pecó. Los sufrimientos del manso y santo Redentor son siempre una fuente de instrucción para el creyente, de la cual no puede agotarse en sus mejores horas. ¿Sufrió Jesús así y yo, vil pecador, me afanaré o me pondré descontento? ¿Consentiré a la ira o emitiré reproches y amenazas debido a los problemas e injurias?

Vv. 22—32. El lugar donde fue crucificado nuestro Señor Jesús, era llamado el lugar de la Calavera; era el lugar corriente para las ejecuciones, porque Él fue en todo aspecto contado entre los transgresores. Cada vez que miremos a Cristo crucificado, debemos recordar el escrito puesto sobre su cabeza: Él es un Rey y nosotros debemos rendirnos para ser sus súbditos, sin duda, como

israelitas. —Crucificaron a dos ladrones con Él, y Él en el medio; con eso pretendían deshonrarlo mucho, pero estaba profetizado que sería contado con los transgresores, porque Él fue hecho pecado por nosotros. —Aun los que pasaban por ahí lo insultaban. Le decían que se bajara de la cruz, y creerían, pero no creyeron aunque les dio la señal más convincente cuando se levantó de la tumba. ¡Con qué fervor buscará salvación el hombre que cree firmemente la verdad, como es dada a conocer por los sufrimientos de Cristo! ¡Con cuánta gratitud recibirá la esperanza naciente del perdón y la vida eterna, adquiridas por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios! ¡Y con qué piadosa tristeza se dolerá por los pecados que crucificaron al Señor de gloria!

Vv. 33—41. Hubo una densa oscuridad sobre la tierra, desde el mediodía hasta las tres de la tarde. Los judíos estaban haciendo lo más que podían para apagar al Sol de Justicia. Las tinieblas significaban la nube bajo la cual estaba el alma humana de Cristo cuando la estaba presentando como ofrenda por el pecado. Él no se quejó de que sus discípulos lo abandonaran, sino de que su Padre lo desamparara. Especialmente en esto fue Él hecho pecado por nosotros. Cuando Pablo iba a ser ofrecido como sacrificio en el servicio de los santos, se gozaba y se regocijaba, Filipenses ii, 17; pero es otra cosa ser ofrecido como sacrificio por el pecado de los pecadores. —En el mismo instante en que Jesús murió, fue rasgado de arriba abajo el velo del templo. Esto expresó terror a los judíos incrédulos, y fue señal de la destrucción de su iglesia y nación. Expresa consuelo para todos los cristianos creyentes, porque significaba abrir un camino nuevo y vivo al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús. —La confianza con que Cristo había tratado francamente a Dios como su Padre, encomendando su alma en sus manos, parece haber afectado mucho al centurión. Los puntos de vista correctos sobre Cristo crucificado reconcilian al creyente con el pensamiento de la muerte; anhela contemplar, amar, y alabar, como se debe, a ese Salvador que fue herido y traspasado para salvarlo de la ira venidera.

Vv. 42—47. Aquí asistimos al entierro de nuestro Señor Jesús. ¡Oh, que nosotros podamos, por gracia, ser plantados en su semejanza! José de Arimatea fue uno que esperaba el reino de Dios. Los que esperan por una cuota de sus privilegios deben confesar la causa de Cristo cuando parece estar aplastada. A este hombre levantó Dios para su servicio. Hubo una providencia especial, que Pilato fuera tan estricto en su investigación para que no hubiera pretensión de decir que Jesús estuviera vivo. —Pilato dio a José permiso para bajar el cuerpo, y hacer lo que le pareciera bien con él. Algunas de las mujeres vieron donde fue puesto Jesús, para poder ir después del día de reposo a unguir el cuerpo muerto porque no tuvieron tiempo de hacerlo antes. Se fijaron especialmente en el sepulcro de Cristo porque Él iba a levantarse de nuevo. Él no abandonará a los que confían en Él, y lo invocan. La muerte, privada de su aguijón, pronto terminará las penas del creyente, como terminó las del Salvador.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—8. *La resurrección de Cristo revelada a las mujeres.* 9—13. *Cristo aparece a María Magdalena y a otros discípulos.* 14—18. *Su comisión para los discípulos.* 19, 20. *La ascensión de Cristo.*

Vv. 1—8. Nicodemo trajo una gran cantidad de especias, pero estas buenas mujeres no creyeron que fueran suficientes. El respeto que otros muestran a Cristo no nos debe impedir que mostremos nuestro respeto. Los que son llevados por el celo santo a buscar con diligencia a Cristo, encontrarán que los tropiezos del camino se desaparecen con rapidez. Cuando nos exponemos a problemas y gastos por amor a Cristo, somos aceptos aunque nuestros esfuerzos no tengan éxito. La vista del ángel podía haberlas animado, con justicia, pero ellas se asustaron. Así, pues, muchas veces lo que debiera ser nuestro consuelo, produce terror debido a nuestro propio error. —Él *fue* crucificado, pero *está* glorificado. Ha resucitado, no está aquí. No está muerto, y vive de nuevo; más adelante, le veréis, pero aquí podéis ver el lugar donde fue puesto. Así, se enviará el consuelo oportuno a los

que lloran al Señor Jesús. Pedro es nombrado en particular: Decid a Pedro; esto lo recibirá muy bien, porque está triste por el pecado. Ver a Cristo es algo muy bien recibido por un verdadero arrepentido, y el penitente verdadero es muy bien recibido cuando quiere ver a Cristo. Los hombres corrieron a toda prisa hacia donde estaban los discípulos; pero los temores inquietantes suelen impedirnos hacer el servicio que podríamos hacer a Cristo y a las almas de los hombres, si la fe y el gozo de la fe fueran firmes.

Vv. 9—13. Mejores noticias no pudieron ser llevadas a los discípulos que lloraban, que contarles de la resurrección de Cristo. Nosotros debiéramos estudiar para consolar a los discípulos dolientes diciéndoles lo que hemos visto de Cristo. Fue una sabia providencia que las pruebas de la resurrección de Cristo fueran dadas gradualmente, y recibidas con cautela, para que la seguridad con que los apóstoles predicaron esta doctrina después, fuera más satisfactoria. Sin embargo, ¡cuán lentos somos para admitir los consuelos que la palabra de Dios tiene! Entonces, mientras Cristo consuela a su pueblo, ve que, a menudo, es necesario reprenderlos y corregirlos por la dureza de corazón que desconfía de su promesa como asimismo que no obedece sus santos preceptos.

Vv. 14—18. Las pruebas de la verdad del evangelio son tan completas que los que no las aceptan, pueden ser justamente reprendidos por su incredulidad. —Nuestro bendito Señor renueva la elección de los once como apóstoles suyos y les encarga la misión de ir a todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura. Sólo el que es *verdadero* cristiano será salvo por medio de Cristo. Simón el mago profesó creer, y fue bautizado, pero se declaró que estaba en los lazos de la iniquidad: léase su historia en Hechos viii, Vv. 13—15. Sin duda esta es una declaración solemne de la fe verdadera que recibe a Cristo en todos sus caracteres y oficios, y para todos los propósitos de la salvación, y produce su buen efecto en el corazón y la vida; no el simple asentimiento, que es fe muerta y no da provecho. —La comisión de los ministros de Cristo se extiende a toda criatura de todo el mundo, y las declaraciones del evangelio contienen no sólo verdades, exhortaciones y preceptos, sino también advertencias temibles. Osérvese con qué poder fueron dotados los apóstoles, para confirmar la doctrina que iban a predicar. Estos fueron milagros para confirmar la verdad del evangelio, y medios para difundirlo en las naciones que no lo habían oído.

Vv. 19, 20. Después que el Señor habló, subió al cielo. Sentarse es una postura de reposo; había terminado su obra; es postura de gobierno: tomó posesión de su reino. Se sentó a la diestra de Dios, lo que denota su soberana dignidad y poder universal. Lo que Dios haga con nosotros, nos dé o nos acepte, es por su Hijo. Ahora Él está glorificado con la gloria que tuvo antes que el mundo fuese. — Los apóstoles fueron y predicaron en todas partes, lejos y cerca. Aunque la doctrina que predicaron era espiritual y celestial, directamente contraria al espíritu y temperamento del mundo; aunque se encontraron con mucha oposición, y fueron absolutamente desprovistos de todos los apoyos y ventajas del mundo, aun así, en unos pocos años, su voz llegó hasta lo último de la tierra. Los ministros de Cristo no necesitan ahora obrar milagros para probar su mensaje; está demostrado que las Escrituras son de origen divino y esto hace que no tengan excusa los que las rechazan o desprecian. Los efectos del evangelio, cuando se predica fielmente y se cree verdaderamente, y cambia los temperamentos y el carácter de la humanidad, son una prueba constante, una prueba milagrosa, de que el evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.

Henry, Matthew

LUCAS

Por lo general se supone que este evangelista fue médico y compañero del apóstol Pablo. El estilo de sus escritos, y su familiaridad con los ritos y usos de los judíos, demuestran fehacientemente que era judío, mientras su conocimiento del griego y su nombre, hablan de su origen gentil. Se menciona por primera vez en Hechos xvi, 10, 11, con Pablo en Troas, desde dónde lo atendió hasta Jerusalén, y estuvo con él en su viaje, y en su encarcelamiento en Roma. Este evangelio parece concebido para superar las muchas narraciones defectuosas y no auténticas en circulación, y para dar un relato genuino e inspirado de la vida, milagros y doctrinas de nuestro Señor, aprendidas de los que oyeron y presenciaron sus sermones y milagros.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *Prefacio.* 5—25. *Zacarías e Elisabet.* 26—38. *Anunciación del nacimiento de Cristo.* 39—56. *Encuentro de María y Elisabet.* 57—66. *Nacimiento de Juan el Bautista.* 67—80. *El cántico de Zacarías.*

Vv. 1—4. Lucas no escribe sobre cosas acerca de las cuales pueden diferir entre sí los cristianos, y tener vacilaciones, sino de las cosas que son y deben ser creídas con toda seguridad. La doctrina de Cristo es en lo que los más sabios y mejores hombres han aventurado sus almas con confianza y satisfacción. Los grandes sucesos de los que dependen nuestras esperanzas, fueron narrados por escrito por los que, desde el comienzo, fueron testigos oculares y ministros de la palabra, y fueron perfeccionados en su entendimiento por medio de la inspiración divina.

Vv. 5—25. El padre y la madre de Juan el Bautista eran pecadores como todos somos y fueron justificados y salvados en la misma forma que los demás, pero fueron eminentes por su piedad e integridad. No tenían hijos, y no podía esperarse que Elisabet los tuviera a su avanzada edad. —Mientras Zacarías quemaba el incienso en el templo, toda la multitud oraba afuera. Todas las oraciones que ofrecemos a Dios son aceptadas y exitosas sólo por la intercesión de Cristo en el templo de Dios en lo alto. No podemos tener la expectativa de poseer un interés allí si no oramos, si no oramos con nuestro espíritu, y si no oramos con fervor. Tampoco podemos esperar que lo mejor de nuestras oraciones sean aceptadas y traigan una respuesta de paz, si no es la mediación de Cristo, que siempre vive haciendo intercesión. —Las oraciones que Zacarías ofrecía frecuentemente recibieron una respuesta de paz. Las oraciones de fe son archivadas en el cielo y no se olvidan. Las oraciones hechas cuando éramos jóvenes y entrábamos al mundo, pueden ser contestadas cuando seamos viejos y estemos saliendo del mundo. Las misericordias son doblemente dulces cuando son dadas como respuestas a la oración. —Zacarías tendrá un hijo a edad avanzada, el cual será instrumento para la conversión de muchas almas a Dios, y para su preparación para recibir el evangelio de Cristo. Se presentará ante Él con coraje, celo, santidad y una mente muerta a los intereses y placeres mundanos. Los desobedientes y los rebeldes serían convertidos a la sabiduría de sus antepasados justos, o más bien, llevados a atender la sabiduría del Justo que iba a venir a ellos.

—Zacarías oyó todo lo que dijo el ángel, pero habló su incredulidad. Dios lo trató *justamente* al dejarlo mudo, porque él había objetado la palabra de Dios. Podemos admirar la paciencia de Dios para con nosotros. Dios lo trató *amablemente*, porque así le impidió hablar más cosas apartadas de la fe y en incredulidad. Así, también, Dios confirmó su fe. Si por las reprensiones a que estamos sometidos por nuestro pecado, somos guiados a dar más crédito a la palabra de Dios, no tenemos razón para quejarnos. Aun los creyentes verdaderos son dados a deshonar a Dios con incredulidad; y sus bocas son cerradas con silencio y confusión, cuando por el contrario, hubieran debido estar alabando a Dios con gozo y gratitud. —En los tratos de la gracia de Dios con nosotros tenemos que observar sus consideraciones bondadosas para con nosotros. Nos ha mirado con compasión y favor y, por tanto, así nos ha tratado.

Vv. 26—38. Aquí tenemos un relato de la madre de nuestro Señor; aunque no debemos orar a ella, de todos modos debemos alabar a Dios por ella. Cristo debía nacer milagrosamente. El discurso del ángel sólo significa: “Salve, tú que eres la escogida y favorecida especial del Altísimo para tener el honor que las madres judías han deseado por tanto tiempo”. —Esta aparición y saludo prodigiosos turbaron a María. El ángel le aseguró entonces que ella había hallado favor con Dios y que sería la madre de un hijo cuyo nombre ella debía llamar Jesús, el Hijo del Altísimo, uno en naturaleza y perfección con el Señor Dios. ¡JESÚS! El nombre que refresca los espíritus desfallecientes de los pecadores humillados; dulce para pronunciar y dulce de oír, Jesús, el Salvador. No conocemos su riqueza y nuestra pobreza, por tanto, no corremos a Él; no nos damos cuenta que estamos perdidos y pereciendo, en consecuencia, Salvador es palabra de poco deleite. Si estuviéramos convencidos de la inmensa masa de culpa que hay en nosotros, y la ira que pende sobre nosotros, lista para caer sobre nosotros, sería nuestro pensamiento continuo: ¿Es mío el Salvador? Para que podamos hallarlo, debemos pisotear todo lo que estorba nuestro camino a Él. La respuesta de María al ángel fue el lenguaje de la fe y humilde admiración, y ella no pidió señal para confirmar su fe. Sin controversia, grande fue el misterio de la santidad, Dios manifestado en carne, 1 Timoteo iii, 16. La naturaleza humana de Cristo debía producirse de esa manera, para que fuera adecuada para Aquel que iba a ser unido con la naturaleza divina. Debemos, como María aquí, guiar nuestros deseos por la palabra de Dios. En todos los conflictos tenemos que recordar que nada es imposible para Dios; y al leer y oír sus promesas, convirtámoslas en oraciones: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.

Vv. 39—56. Muy bueno es que aquellos en cuyas almas ha comenzada la obra de la gracia se comuniquen entre sí. Elisabet estaba consciente, cuando llegó María, de que se acercaba la que iba a ser la madre del gran Redentor. Al mismo tiempo, fue llena del Espíritu Santo, y bajo su influencia declaró que María y ella esperaban hijos que serían altamente bendecidos y felices, y particularmente honrados y queridos para el Dios Altísimo. —María, animada por el discurso de Elisabet, y también bajo la influencia del Espíritu Santo, prorrumpió en gozo, admiración, y gratitud. Se sabía pecadora que necesitaba un Salvador, y que, de lo contrario, no podía regocijarse en Dios más que como interesada en su salvación por medio del Mesías prometido. Los que captan su necesidad de Cristo, y que están deseosos de tener justicia y vida en Él, a esos llena con cosas buenas, con las cosas mejores; y son abundantemente satisfechos con las bendiciones que da. Él satisfará los deseos del pobre en espíritu que anhela bendiciones espirituales, mientras los autosuficientes serán enviados lejos.

Vv. 57—66. En estos versículos tenemos un relato del nacimiento de Juan el Bautista, y del gran gozo de todos los familiares. Se llamaría Juan o “lleno de gracia”, porque introducirá el evangelio de Cristo, en el cual brilla más la gracia de Dios. —Zacarías recuperó el habla. La incredulidad cerró su boca y al creer se la volvió a abrir: cree, por tanto, habla. Cuando Dios abre nuestros labios, las bocas deben mostrar su alabanza; y mejor estar mudo que no usar el habla para alabar a Dios. Se dice que la mano del Señor estaba obrando en Juan. Dios tiene maneras de obrar en los niños, en su infancia, que nosotros no podemos entender. Debemos observar los tratos de Dios y esperar el acontecimiento.

Vv. 67—80. Zacarías pronuncia una profecía acerca del reino y la salvación del Mesías. El

evangelio trae luz consigo: en él alborea el día. En Juan el Bautista empezó a alborear y su luz fue en aumento hasta que el día fue perfecto. El evangelio es *conocimiento*; muestra aquello en lo cual estábamos completamente en tinieblas; es para dar luz a los que se sienten a oscuras, la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. *Revive*; trae luz a los que se sientan en sombra de muerte, como prisioneros condenados en la mazmorra. *Guía*, encamina nuestros pasos por el camino de paz, a ese camino que nos traerá la paz al fin, Romanos iii, 17. Juan dio pruebas de fe firme, afectos fuertes y piadosos y de estar por encima del miedo y del amor al mundo. Así, él maduró para el servicio, pero llevó una vida retirada, hasta que salió a escena, abiertamente, como el precursor del Mesías. Sigamos la paz con todos los hombres, y procuremos la paz con Dios y con nuestras propias conciencias. Si es la voluntad de Dios y vivamos desconocidos para el mundo, aún así busquemos diligentemente crecer firmes en la gracia de Jesucristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El nacimiento de Cristo.* 8—20. *Dado a conocer a los pastores.* 21—24.

Presentación de Cristo en el templo. 25—35. *Simeón profetiza acerca de Jesús.* 36—40. *Ana profetiza sobre Él.* 41—52. *Cristo con los sabios en el templo.*

Vv. 1—7. La plenitud del tiempo estaba ahora por llegar, cuando Dios enviaría a su Hijo, hecho de mujer, y sometido a la ley. Las circunstancias de su nacimiento fueron muy viles. Cristo nació en una posada; vino al mundo a estar aquí por un tiempo, como en una posada, y a enseñarnos a hacer lo mismo. El pecado nos hace como un infante abandonado, indefenso y solitario; y así fue Cristo. Él supo bien cuán poca voluntad hay para que nos alojen, nos vistan, nos alimenten pobremente; cuánto deseamos tener a nuestros hijos ataviados y consentidos; cuán dados son los pobres a envidiar al rico, y cuánto tienden los ricos a desdeñar a los pobres. Pero cuando por fe vemos al Hijo de Dios que es hecho hombre y yace en un pesebre, nuestra vanidad, ambición y envidia son frenadas. No podemos buscar grandes cosas para nosotros mismos o para nuestros hijos teniendo este objeto justo ante de nosotros.

Vv. 8—20. Los ángeles fueron heraldos del recién nacido Salvador, pero fueron enviados solo a unos pastores pobres, humildes, piadosos, trabajadores, que estaban ocupados en su vocación, vigilando sus rebaños. No estamos fuera del camino de las visitas divinas cuando estamos empleados en una vocación honesta y permanecemos con Dios en ello. Que Dios tenga el honor de esta obra; Gloria a Dios en lo alto. La buena voluntad de Dios para con los hombres, manifestada en el envío del Mesías, redundará para su gloria. Otras obras de Dios son para su gloria, pero la redención del mundo es para su gloria en lo alto. La buena voluntad de Dios al enviar al Mesías, trajo paz a este mundo inferior. La paz es puesta aquí para todo lo bueno que fluye a nosotros desde que Cristo asumió nuestra naturaleza. Dicho fiel es éste, avalado por una compañía incontable de ángeles, y bien digno de toda aceptación: Que la buena voluntad de Dios para con los hombres es gloria a Dios en lo alto, y paz en la tierra. —Los pastores no perdieron tiempo; se fueron presurosos al lugar. Se satisficieron y dieron a conocer por todas partes acerca de este niño, que Él era el Salvador, Cristo el Señor. —María observa cuidadosamente y piensa en todas estas cosas, que eran tan buenas para vivificar sus piadosos afectos. Debemos ser librados más de los errores de juicio y práctica si sopesáramos más plenamente estas cosas en nuestros corazones. Aun se proclama en nuestros oídos que *nos es* nacido un Salvador, Cristo el Señor. Esta debe ser buena nueva para todos.

Vv. 21—24. Nuestro Señor Jesús no nació en pecado y no necesitó la mortificación de una naturaleza corrupta o la renovación para santidad, que significaba la circuncisión. Esta ordenanza fue, en su caso, una prenda de su futura obediencia perfecta de toda la ley, en medio de sufrimientos y tentaciones, aun hasta la muerte por nosotros. —Al final de los cuarenta días, María fue al templo

a ofrecer los sacrificios establecidos para su purificación. José presenta también al santo niño Jesús, porque como primogénito, tenía que ser presentado al Señor, y ser redimido conforme a la ley. Presentemos nuestros hijos al Señor que nos los dio, rogándole que los rescate del pecado y la muerte, y los haga santos para Él.

Vv. 25—35. El mismo Espíritu que proveyó para sostener la esperanza de Simeón, proveyó para su gozo. Los que desean ver a Cristo deben ir a su templo. He aquí una confesión de su fe, que el Niño que tiene en sus brazos era el Salvador, la salvación misma, la salvación planificada por Dios. Se despide de este mundo. ¡Cuán pobre le parece este mundo al que tiene a Cristo en sus brazos, y la salvación a la vista! Véase aquí, cuán consoladora es la muerte de un hombre bueno; se va en paz con Dios, en paz con su conciencia, en paz con la muerte. Los que dieron la bienvenida a Cristo, pueden dar la bienvenida a la muerte. —José y María se maravillaban antes las cosas que se decían del Niño. Simeón les muestra igualmente cuánta razón tenían para regocijarse con temblor. Aún se habla contra Jesús, su doctrina y su pueblo; aún se niega y blasfema su verdad y su santidad; su palabra predicada sigue siendo la piedra de toque del carácter de los hombres. Los buenos afectos secretos de las mentes de algunos, serán revelados al abrazar a Cristo; las corrupciones secretas de los demás serán reveladas por su enemistad con Cristo. Los hombres serán juzgados por los pensamientos de sus corazones en relación a Cristo. Él será un Jesús sufriente; su madre sufrirá con Él debido a la cercanía de la relación y el afecto de ella.

Vv. 36—40. Entonces había mucho mal en la Iglesia, sin embargo, Dios no se quedó sin testigo. Ana siempre estaba ahí o, al menos iba al templo. Estaba si siempre en espíritu de oración; se entregaba a la oración y en todas las cosas servía a Dios. Aquellos a quienes Cristo se da a conocer, tienen muchos motivos para dar gracias al Señor. Ella enseñaba a los demás acerca de Él. Que el ejemplo de los venerables santos, Simeón y Ana, den valor a aquellos cuyas cabezas canas, como las de ellos, son corona de gloria, si se encuentran en el camino de la justicia. Los labios que pronto se silenciarán en la tumba, deben dar alabanzas al Redentor. —En todas las cosas convino a Cristo ser hecho semejante a sus hermanos, por tanto, pasó la infancia y la niñez como los otros niños, pero sin pecado y con pruebas evidentes de la naturaleza divina en Él. Por el Espíritu de Dios todas sus facultades desempeñaron los oficios de una manera no vista en nadie más. Otros niños tienen abundante necesidad en sus corazones, lo que se advierte en lo que dicen o hacen, pero Él estaba lleno de sabiduría por el poder del Espíritu Santo; todo lo que dijo e hizo fue dicho y hecho sabiamente, por sobre su edad. Otros niños muestran la corrupción de su naturaleza; nada sino la gracia de Dios estaba sobre Él.

Vv. 41—52. Por el honor de Cristo es que los niños deben asistir al servicio público de adoración. Sus padres no regresaron hasta que se quedaron los siete días de la fiesta. Bueno es quedarse hasta el final de una ordenanza como corresponde a quienes dicen: Bueno es estar aquí. Los que perdieron sus consolaciones en Cristo, y las pruebas de que tenían parte en Él, deben reflexionar dónde, y cuándo y cómo los perdieron y deben regresar. Los que recuperen su pérdida familiaridad con Cristo, deben ir al lugar en que Él ha puesto su nombre; allí pueden esperar encontrarlo. —Ellos lo hallaron en alguna parte del templo, donde los doctores de la ley tenían sus escuelas; estaba sentado allí, oyendo su instrucción, planteando preguntas y respondiendo interrogantes, con tal sabiduría, que quienes lo oían se deleitaban con Él. Las personas jóvenes deben procurar el conocimiento de la verdad divina, asistir al ministerio del evangelio, y hacer tales preguntas a sus ancianos y maestros que tiendan a incrementar su conocimiento. —Los que buscan a Cristo con lloro, lo hallarán con el gozo más grande. ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre debo estar? Debo estar en la casa de mi Padre; en la obra de mi Padre; debo ocuparme en el negocio de mi Padre. He aquí un ejemplo, porque conviene a los hijos de Dios, en conformidad con Cristo, asistir al negocio de su Padre celestial y hacer que todos los demás intereses le cedan el lugar. Aunque era el Hijo de Dios, no obstante, estuvo sometido a sus padres terrenales; entonces, ¿cómo responderán los hijos de los hombres, débiles y necios, que desobedecen a sus padres? —Como sea que rechazamos los dichos de los hombres, porque son oscuros, no debemos pensar así de los dichos de Dios. Lo que al principio es oscuro puede, después, volverse claro y fácil. Los más grandes y más sabios, los más eminentes, pueden aprender de este admirable Niño Divino, que

conocer nuestro lugar y oficio es la grandeza más verdadera del alma; para negarnos las diversiones y placeres que no conciben con nuestro estado y vocación.

CAPÍTULO III

Versículos 1—14. *El ministerio de Juan el Bautista.* 15—20. *Juan el Bautista testifica de Cristo.* 21, 22. *El bautismo de Cristo.* 23—38. *La genealogía de Cristo.*

Vv. 1—14. El alcance y designio del ministerio de Juan eran llevar al pueblo desde sus pecados a su Salvador. Vino a predicar, no una secta ni un partido político, sino una profesión de fe; el signo o ceremonia era el lavamiento con agua. Por las palabras aquí empleadas, Juan predicó la necesidad del arrepentimiento para la remisión de pecados, y que el bautismo de agua era una señal externa de la purificación interna y la renovación del corazón que acompaña, o son los efectos del arrepentimiento verdadero y profesión de arrepentimiento. Aquí en el ministerio de Juan está el cumplimiento de las Escrituras, Isaías xl, 3. Cuando en el corazón se hace camino para el evangelio, abatiendo a los pensamientos altivos y llevándolos a la obediencia de Cristo, allanando el alma y eliminando todo lo que nos estorbe en el camino de Cristo y de su gracia, entonces se efectúan los preparativos para dar la bienvenida a la salvación de Dios. —Aquí hay advertencias y exhortaciones generales que dio Juan. La culpable raza corrupta de la humanidad llegó a ser una generación de víboras; odiaban a Dios y se odiaban unos a otros. No hay manera de huir de la ira venidera, sino por el arrepentimiento, y el cambio de nuestra conducta debe demostrar el cambio de nuestra mentalidad. Si no somos realmente santos, de corazón y de vida, nuestra profesión de religión y relación con Dios y su Iglesia, no nos servirá para nada en absoluto; más penosa será nuestra destrucción si no damos frutos dignos de arrepentimiento. —Juan el Bautista dio instrucciones a varias clases de personas. Los que profesan y prometen arrepentimiento deben demostrarlo por su reforma, según su ocupación y su condición. El evangelio requiere misericordia, no sacrificio; y su objetivo es comprometernos a todos a hacer todo el bien que podamos, y a ser justos con todos los hombres. El mismo principio que lleva a los hombres a renunciar a las ganancias injustas, los lleva a restaurar lo ganado en mala forma. —Juan dice su deber a los soldados. Se debe advertir a los hombres contra las tentaciones de sus empleos. Las respuestas declaran el deber presente de los que preguntaban y, de inmediato, se constituían en una prueba de su sinceridad. Como nadie puede o quiere aceptar la salvación de Cristo sin arrepentimiento verdadero, así se señalan aquí la evidencia y los efectos del arrepentimiento.

Vv. 15—20. Juan el Bautista reconoce que no es el Cristo; pero confirma las expectativas de la gente sobre el tan largamente prometido Mesías. Sólo podía exhortarlos a arrepentirse y asegurar el perdón por el arrepentimiento, pero no podía obrar el arrepentimiento en ellos ni conferirles la remisión. Así nos corresponde hablar elevadamente de Cristo y humildemente de nosotros mismos. Juan no podía hacer más que bautizar con agua, como señal de que debían purificarse y limpiarse, pero Cristo puede y quiere bautizar con el Espíritu Santo; Él puede dar el Espíritu para que limpie y purifique el corazón, no sólo como el agua lava la inmundicia por fuera sino como el fuego limpia la escoria interna y funde el metal para que sea echado en un nuevo molde. —Juan era un predicador *afectuoso*; suplicaba; iba directo al corazón de sus oyentes. Era un predicador *práctico*: los despertaba para cumplir con su deber y los dirigía hacia ellos. Era un predicador *popular*: se dirigía a la gente según la capacidad de ellos. Era un predicador *evangélico*: en todas sus exhortaciones guiaba a la gente a Cristo. Cuando presionamos a la gente con el deber, tenemos que guiarlos a Cristo, por justicia y por fuerza. Fue un predicador *copioso*: no dejaba de declarar todo el consejo de Dios, pero cuando estaba en la mitad de su vida útil, se le puso un repentino final a la predicación de Juan. Siendo Herodes, por sus muchas maldades, reprobado por él, encarceló a Juan. Los que dañan a los siervos fieles de Dios, agregan culpa más grande aun a sus otros pecados.

Vv. 21, 22. Cristo no confesó pecado, como los demás, porque nada tenía que confesar; sino que oró, como los demás, y mantuvo la comunión con su Padre. —Fijaos que las tres palabras del cielo, por las cuales el Padre dio testimonio de su Hijo, fueron pronunciadas mientras oraba o poco después, Lucas ix, 35; Juan xii, 28. —El Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal como paloma, y vino una voz del cielo, desde Dios Padre, desde la magnífica gloria. Así, en el bautismo de Cristo se dio prueba de la Santa Trinidad, de las Tres Personas de la Divinidad.

Vv. 23—38. La lista que da Mateo de los antepasados de Jesús muestra que Cristo era el hijo de Abraham, en quien son bendecidas todas las familias de la tierra, y heredero del trono de David; pero Lucas demuestra que Jesús era la Simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, y remonta su linaje a Adán, empezando con Elí, el padre, no de José, sino de María. Las evidentes diferencias entre ambos evangelistas en las listas de nombres fueron solucionadas por hombres doctos. Pero nuestra salvación no depende de que seamos capaces de resolver estas dificultades, ni la autoridad divina de los evangelios es debilitada por ellas. —La lista de nombres termina así: “que fue el hijo de Adán, el hijo de Dios”, esto es, la prole de Dios por creación. Cristo fue el hijo de Adán e Hijo de Dios, para que fuera el Mediador apropiado entre Dios y los hijos de Adán, y pudiera llevar a los hijos de Adán, por medio de Él, a ser los hijos de Dios. Toda carne, por descender del primer Adán, es como pasto, y se marchita como la flor del campo, pero el que participa del Espíritu Santo de la vida del Segundo Adán, tiene esa dicha eterna que, por el evangelio, nos es predicada.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—13. *La tentación de Cristo.* 14—30. *Cristo en la sinagoga de Nazaret.* 31—44. *Expulsión de un espíritu inmundo y sana al enfermo.*

Vv. 1—13. Al ser llevado al desierto Cristo dio ventaja al tentador; porque estaba solo, nadie estaba con Él para que, por las oraciones y consejos de ellos, hubiera recibido ayuda en la hora de la tentación. Él, que conocía su fuerza, podía dar ventaja a Satanás, pero no nosotros, que conocemos nuestra debilidad. Siendo en todas las cosas semejante a sus hermanos, Jesús, como los otros hijos de Dios, viviría en dependencia de la providencia y la promesa divina. La palabra de Dios es nuestra espada, y la fe en la palabra es nuestro escudo. Dios tiene muchas maneras de proveer a su pueblo y, por tanto, debemos depender de Él en todo tiempo en el camino del deber. —Todas las promesas de Satanás son engañosas; y si se le permite el poder de disponer de los reinos del mundo y la gloria de ellos, los usa como carnada para atrapar hombres para destruir. Debemos rechazar de inmediato, y con aborrecimiento, toda oportunidad de ganancia o avance pecaminoso, como precio ofrecido por nuestra alma; debemos procurar las riquezas, los honores y la dicha sólo en la adoración y el servicio de Dios. Cristo no adora a Satanás; ni tolera que queden vestigios de la adoración al diablo para cuando su Padre le entregue el reino del mundo. —Satanás también tentó a Jesús para que fuera su propio asesino por una confianza incorrecta en la protección de su Padre, de la cual no tenía garantía. —Ningún mal de la Escritura de parte de Satanás o de los hombres abata nuestra estima, o nos haga abandonar su utilidad; sigamos estudiándola, procurando conocerla, y buscando nuestra defensa en ella contra toda clase de ataques. La palabra habite en nosotros en abundancia, porque es nuestra vida. Nuestro Redentor victorioso venció, no sólo por Él, sino también por nosotros. El diablo terminó toda tentación. Cristo lo dejó probar toda su fuerza y lo derrotó. Satanás vio que no tenía sentido atacar a Cristo, que nada tenía en Él donde se agarraran sus dardos de fuego. Si resistimos al diablo, huirá de nosotros. —Aunque se fue, lo hizo temporalmente hasta cuando de nuevo iba a ser suelto sobre Jesús, no como tentador para llevarlo al pecado, y así golpear su cabeza, a lo cual apuntaba ahora y fue totalmente derrotado, sino como perseguidor para llevar a Cristo a sufrir, y así herir su calcañar, que se le dijo que tendría que hacer, y querría hacer, aunque fuera herir su propia cabeza, Génesis iii, 15. Aunque Satanás se vaya por

una temporada, nunca estaremos fuera de su alcance hasta que sea sacado de este presente mundo malo.

Vv. 14—30. Cristo enseñó en las sinagogas, los lugares de adoración pública, donde se reunían a leer, exponer y aplicar la palabra, a orar y alabar. Todos los dones y las gracias del Espíritu estaban sin medida sobre Él y en Él. Por Cristo pueden los pecadores ser librados de las ataduras de la culpa y, por su Espíritu y su gracia, de las ataduras de la corrupción. Él vino por la palabra de su evangelio a traer luz a quienes estaban en tinieblas, y por el poder de su gracia, a dar vista a los que estaban ciegos. Predicó el año agradable del Señor. Los pecadores deben oír la invitación del Señor cuando se proclama la libertad. —El nombre de Cristo era Maravilloso; en nada lo fue más que en la palabra de su gracia, y el poder que iba con ella. Bien podemos maravillarnos que dijera las palabras de gracia a infelices desdichados como la humanidad. Algún prejuicio suele presentar una objeción contra la doctrina de la cruz que humilla; y aunque es la palabra de Dios que incita la enemistad de los hombres, ellos culparán a la conducta o los modales del orador. La doctrina de la soberanía de Dios, su derecho a hacer su voluntad, provoca a los hombres orgullosos. Ellos no procuran su favor a su manera; y se enojan cuando los demás tienen los favores que ellos rechazan. Aún sigue Jesús rechazado por las multitudes que oyen el mismo mensaje de sus palabras. Aunque lo vuelven a crucificar en sus pecados, podemos honrarlo como Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, y procurar mostrar por nuestra obediencia que así lo hacemos.

Vv. 31—44. La predicación de Cristo afectaba mucho a la gente; y un poder que obraba iba con ella a la conciencia de los hombres. Los milagros demostraban que Cristo es el que domina y vence a Satanás, y que sana enfermedades. Donde Cristo da vida nueva, en la recuperación de una enfermedad, debe ser una vida nueva dedicada más que nunca a su servicio, a su gloria. Nuestra ocupación debe ser difundir ampliamente la fama de Cristo en todo lugar, buscarlo por cuenta de los enfermos de cuerpo y mente, y usar nuestra influencia para llevar a Él a los pecadores, para que sus manos puedan ser impuestas sobre ellos para que sean sanados. —Él expulsa los demonios de muchos que estaban poseídos. No fuimos enviados al mundo para vivir para nosotros sólo, sino para glorificar a Dios y hacer el bien a nuestra generación. La gente lo buscaba e iba a Él. Un desierto no es desierto si estamos con Cristo. Él continuará con nosotros, por su palabra y su Espíritu, y extenderá las mismas bendiciones a otras naciones hasta que, por toda la tierra, los siervos y adoradores de Satanás sean llevados a reconocerle como el Cristo, el Hijo de Dios, y hallen redención por medio de su sangre, el perdón de pecados.

CAPÍTULO V

Versículos 1—11. *La pesca milagrosa.*—*Llamamiento de Pedro, Santiago y Juan.* 12—16.

Limpieza de un leproso. 17—26. *Sanidad de un paralítico.* 27—39. *Llamamiento de Leví.*—*La respuesta de Cristo a los fariseos.*

Vv. 1—11. Cuando Cristo terminó de predicar le dijo a Pedro que se dedicara a su ocupación habitual. El tiempo pasado en los ejercicios públicos de la religión durante los días de semana, no deben ser estorbo en cuanto al tiempo, pero pueden ser de gran ayuda en cuanto a la disposición mental respecto de nuestra ocupación secular. Con qué alegría podemos ocuparnos de los deberes de nuestra ocupación cuando hemos estado con Dios y, de ese modo, ¡santificamos el trabajo por la palabra y la oración! Aunque nada habían pescado, Cristo les dijo que volvieran a echar sus redes. No debemos dejar abruptamente nuestra ocupación, porque no tengamos en ella el éxito que deseamos. Probablemente nos vaya bien cuando sigamos la dirección de la palabra de Cristo. —La redada de peces fue un milagro. Todos debemos, como Pedro, reconocernos como pecadores, por tanto, Jesucristo podría apartarse de nosotros con toda justicia. Pero debemos rogarle que *no* se vaya; porque, ¡ay de nosotros si el Salvador se aparta de los pecadores! Más bien roguémosle que

venga y habite en nuestro corazón por fe, para que pueda transformarlo y limpiarlo. Los pescadores abandonaron todo y siguieron a Jesús, cuando prosperó su trabajo. Cuando las riquezas aumentan y somos tentados a poner en ellas nuestro corazón, y dejarlas entonces por Cristo, es digno de gratitud.

Vv. 12—16. Se dice que este hombre estaba cubierto de lepra; tenía esa dolencia en alto grado, lo que representa nuestra contaminación natural con el pecado; estamos llenos de lepra; desde la mollera a la planta de los pies no hay cosa sana en nosotros. La confianza fuerte y la humildad profunda están unidas en las palabras de este leproso. Si cualquier pecador dice, por un sentido profundo de vileza: Yo sé que el Señor puede limpiar, pero ¿mirará a uno como yo? ¿Aplicará su sangre preciosa para mi limpieza y salud? Sí, Él querrá. No hables como si dudaras, sino humildemente refiere la cuestión a Cristo. Estando salvados de la culpa y del poder de nuestros pecados, difundamos por todas partes la fama de Cristo y llevemos a otros a oírle y a ser sanados.

Vv. 17—26. ¡Cuántos hay en nuestras asambleas, donde se predica el evangelio, que no se someten a la palabra, sino que la soslayan! Para ellos es como cuento que se les narra, no un mensaje enviado *a ellos*. —Obsérvese los deberes que nos son enseñados y recomendados por la historia del paralítico. Al apelar a Cristo debemos ser muy insistentes; eso es prueba de fe, y muy agradable a Cristo y prevalece ante Él. Danos, Señor, la misma clase de fe respecto de tu habilidad y voluntad para sanar nuestras almas. Danos el deseo del perdón de pecado más que de bendiciones terrenales o la vida misma. Capacítanos para creer en tu poder de perdonar pecados; entonces nuestras almas se levantarán alegremente e irán donde te agrade.

Vv. 27—39. Fue un prodigio de la gracia de Cristo que llamara a un publicano para que sea su discípulo y seguidor. Fue un prodigio de su gracia que el llamado fuese hecho tan eficazmente. Fue un prodigio de su gracia que viniera a llamar pecadores al arrepentimiento y que les asegure el perdón. Fue un prodigio de su gracia que soportara con tanta paciencia la contradicción de pecadores contra sí mismo y contra sus discípulos. Fue un prodigio de su gracia que fijara los servicios de sus discípulos según su fuerza y posición. El Señor prepara gradualmente a su pueblo para las pruebas asignadas a ellos; debemos imitar su ejemplo al tratar con los débiles en la fe o con el creyente en tentación.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *Los discípulos cortan trigo en el día de reposo.* 6—11. *Se puede hacer obras de misericordia en el día de reposo.* 12—19. *Elección de los apóstoles.* 20—26. *Bendiciones y ayes.* 27—36. *Cristo exhorta a la misericordia,* 37—49. *y a la justicia y sinceridad.*

Vv. 1—5. Cristo justifica a sus discípulos en una obra necesaria para ellos mismos en el día de reposo; era sacar trigo cuando tenían hambre, pero debemos cuidar de no confundir esta libertad equivocándola con un permiso para pecar. Cristo quiere que sepamos y recordemos que este es su día, por tanto, debe dedicarse a su servicio y a su honra.

Vv. 6—11. Cristo no se avergüenza ni teme reconocer los propósitos de su gracia. Sana al pobre aunque sabía que sus enemigos iban a utilizarlo en su contra. Ninguna oposición nos aleje de nuestro deber o de ser útiles. Bien podremos asombrarnos de que los hijos de los hombres sean tan malos.

Vv. 12—19. A menudo pensamos que media hora es mucho tiempo para pasar meditando y orando en secreto, pero Cristo pasaba noches enteras dedicado a estos deberes. Al servir a Dios nuestra mayor preocupación debe ser no perder el tiempo, sino hacer que el final de un buen deber sea el comienzo de otro. —Aquí se nombran los doce apóstoles; nunca hubo hombres tan privilegiados, pero uno de ellos tenía un demonio, y resultó ser traidor. —Los que no tienen cerca

de ellos una predicación fiel, es mejor que viajen una larga distancia, pero que no se queden sin ella. Indudablemente tiene valor ir a gran distancia para oír la palabra de Cristo, y salirse del camino de otras ocupaciones para eso. Vinieron a ser curados por Él y los sanó. Hay gracia plena y virtud sanadora en Cristo, dispuestas a salir de Él, que bastan para todos, y bastan para cada uno. Los hombres consideran que las enfermedades del cuerpo son males más grandes que los del alma; pero la Escritura nos enseña en forma diferente.

Vv. 20—26. Aquí empieza un sermón de Cristo, cuya mayor parte se halla también en Mateo v, a vii. Sin embargo, algunos piensan que este fue predicado en otro tiempo y otro lugar. Todos los creyentes que toman los *preceptos* del evangelio para sí y viven por ellos, pueden tomar las *promesas* del evangelio para sí y vivir sobre la base de ellas. Se pronuncian ayes contra pecadores prósperos dado que son gente miserable, aunque el mundo los envidia. Indudablemente bendecidos son los que Cristo bendice, pero, ¡deben ser horrorosamente miserables quienes caen bajo su ay y su maldición! ¡Qué tremenda ventaja tendrá el santo respecto del pecador en el otro mundo! ¡Y qué diferencia amplia habrá en sus recompensas, por mucho que aquí pueda prosperar el pecador y el santo ser afligido!

Vv. 27—36. Estas son lecciones duras para carne y sangre, pero si estamos bien fundados en la fe del amor de Cristo, esto hará que sus mandamientos nos sean fáciles. Todo el que va a Él para lavarse en su sangre y conocer la grandeza de la misericordia y del amor que hay en Él, puede decir, veraz y sinceramente: Señor, ¿qué quieres que haga? Entonces sea nuestro propósito ser misericordiosos según la misericordia de nuestro Padre celestial para con nosotros.

Vv. 37—49. Cristo usaba a menudo todos estos dichos y era fácil aplicarlos. Debemos ser muy cuidadosos cuando culpamos al prójimo; porque nosotros mismos necesitamos fianza. Si somos de espíritu que da y perdona, cosecharemos el beneficio. Aunque en el otro mundo se paga con medida llena y exacta, no es así en este mundo; no obstante, la Providencia hace lo que ha de estimularnos para hacer el bien. —Los que siguen a la gente para hacer el mal, van por el camino ancho que lleva a la perdición. El árbol se conoce por sus frutos; que la palabra de Cristo sea injertada de tal modo en nuestros corazones que podamos ser fructíferos en toda buena palabra y obra. Lo que la boca habla comúnmente concuerda con lo que abunda en el corazón. —Hacen un trabajo seguro para sus almas y para la eternidad, y siguen el rumbo que les será de beneficio en el tiempo de prueba, sólo los que piensan, hablan, y actúan conforme a las palabras de Cristo. Quienes se esfuerzan en la religión, hallan su esperanza en Cristo que es la Roca de los siglos, y nadie puede poner otro fundamento. En la muerte y en el juicio ellos están a salvo si son sostenidos por el poder de Cristo, por medio de la fe para salvación, y nunca perecerán.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—10. *Sanidad del siervo del centurión.* 11—18. *Resurrección del hijo de la viuda.* 19—35. *Pregunta de Juan el Bautista sobre Jesús.* 36—50. *Cristo es ungido en la casa del fariseo.*—*La parábola de los deudores.*

Vv. 1—10. Los siervos deben pensar en encariñarse con sus amos. Los amos deben cuidar particularmente a sus siervos cuando se enferman. Aún podemos, por la oración fiel y ferviente, recurrir a Cristo, y debemos hacerlo así cuando hay enfermedad en nuestra familia. Edificar lugares para la adoración religiosa es buena obra, y un ejemplo de amor a Dios y su pueblo. Nuestro Señor Jesús se agradó con la fe del centurión; nunca deja de responder las expectativas de la fe que honra su poder y amor. La cura fue prontamente obrada y perfecta.

Vv. 11—18. Cuando el Señor vio a la viuda pobre siguiendo a su hijo a la tumba, tuvo compasión de ella. Véase aquí el poder de Cristo sobre la muerte misma. El evangelio llama a toda

la gente, en particular a los jóvenes: Levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo. Cuando Cristo le dio vida, se vio porque el joven se sentó. ¿Tenemos la gracia de Cristo? Mostrémosla. — Empezó a hablar: cada vez que Cristo da vida espiritual, abre los labios en oración y alabanza. Cuando las almas muertas son levantadas a la vida espiritual por el poder divino del evangelio, debemos glorificar a Dios, y considerarlo como una visita de gracia a su pueblo. Procuremos tener un interés tal en nuestro Salvador compasivo, que podamos esperar con gozo la época en que la voz del Redentor llamará a todos los que están en los sepulcros. Que seamos llamados a la resurrección de vida, no a la de condenación.

Vv. 19—35. A sus milagros en el reino de la naturaleza, Cristo agrega este en el reino de la gracia. Se predica el evangelio a los pobres. Señala claramente la naturaleza espiritual del reino de Cristo, como el heraldo que envió a preparar su camino lo hiciera al predicar el arrepentimiento y el cambio de corazón y de vida. —Aquí se recalca con justicia la responsabilidad de quienes no fueron atraídos por el ministerio de Juan el Bautista o del mismo Jesucristo. Se burlaron de los métodos que Dios adoptó para hacerles el bien. Esta es la ruina de multitudes: no son serios en los intereses de sus almas. Pensemos en el modo de mostrarnos como hijos de la sabiduría atendiendo a las instrucciones de la Palabra de Dios y venerando los misterios y la buena nueva que los infieles y los fariseos ridiculizan y blasfeman.

Vv. 36—50. Nadie puede percibir verdaderamente cuán precioso es Cristo, y la gloria del evangelio, salvo el quebrantado de corazón. Aunque lo sientan, éstos no pueden expresar suficiente aborrecimiento de sí por el pecado, ni admiración por Su misericordia, pero el autosuficiente se disgustará porque el evangelio anima a los pecadores arrepentidos. El fariseo limita sus pensamientos al mal carácter anterior de la mujer, en vez de regocijarse por las señales de su arrepentimiento. Sin perdón gratuito ninguno de nosotros puede escapar de la ira venidera; nuestro bondadoso Salvador lo compró con su sangre para darlo gratuitamente a todo aquel que cree en Él. —Cristo, por una parábola, obligó a Simón a reconocer que la gran pecadora que fue esta mujer, debía demostrar amor más grande por Él cuando le fueron perdonados sus pecados. Aprended aquí que el pecado es una deuda y que todos sois pecadores y deudores del Dios Todopoderoso. Algunos pecadores son deudores mayores, pero sea nuestra deuda más o menos grande, es más de lo que somos capaces de pagar. Dios está presto a perdonar, y habiendo adquirido su Hijo el perdón para los que creen en su evangelio lo promete, y su Espíritu sella a los pecadores arrepentidos, y les da consuelo. Mantengámonos lejos del espíritu orgulloso del fariseo y dependamos sencillamente solo de Cristo y regocijémonos en Él, y así, estemos preparados para obedecerle con más celo y recomendarlo con más fuerza a nuestro alrededor. Mientras más expresemos nuestro dolor por el pecado y nuestro amor a Cristo, más clara será la prueba que tenemos del perdón de nuestros pecados. ¡Qué cambio maravilloso efectúa la gracia en el corazón y la vida de un pecador y en su estado ante Dios, por la completa remisión de todos sus pecados por la fe en el Señor Jesús!

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—3. *El ministerio de Cristo.* 4—21. *La parábola del sembrador.* 22—40. *Cristo calma la tempestad y exulsa demonios.* 41—56. *Resurrección de la hija de Jairo.*

Vv. 1—3. Aquí se nos dice que Cristo hizo de la enseñanza del evangelio la actividad constante de su vida. Las noticias del reino de Dios son buenas noticias, y es lo que Cristo vino a traer. — Algunas mujeres lo asistían y le ministraban de su sustancia. Esto muestra la baja condición a la cual se humilló el Salvador, que necesitaba de la bondad de ellas, y su gran humildad para aceptarlas. Siendo rico se hizo pobre por nosotros.

Vv. 4—21. En la parábola del sembrador hay muchas reglas y excelentes advertencias muy necesarias para oír la palabra, y aplicarla. Bienaventurados somos, y por siempre endeudados con la

libre gracia, si lo que para otros es sólo un cuento que los divierte, es una verdad clara para nosotros por la cual se nos enseña y gobierna. Debemos cuidarnos de las cosas que nos impidan recibir provecho de la palabra que oímos; cuidarnos, no sea que oigamos con negligencia y ligereza; no sea que alberguemos prejuicios contra la palabra que oímos; y cuidar nuestros espíritus después que hayamos oído la palabra, no sea que perdamos lo que ganamos. Los dones que tenemos nos serán o no continuados según los usemos para la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos. Tampoco basta sostener la verdad con injusticia; debemos desear tener en alto la palabra de vida, y que resplandezca iluminando todo nuestro entorno. Se da gran ánimo a los que son oidores fieles de la palabra y hacedores de la obra. Cristo los reconocerá como sus familiares.

Vv. 22—40. Los que se hacen a la mar cuando está calma, a la palabra de Cristo, deben, no obstante, prepararse para una tormenta y para gran peligro en medio de la tormenta. No hay alivio para las almas sometidas al sentido de culpa, y al temor de la ira, si no acuden a Cristo, le llaman Señor, y le dicen: Estoy acabado si no me socorres. Cuando terminan nuestros peligros, nos corresponde reconocer la vergüenza de nuestros temores, y dar a Cristo la gloria por nuestra liberación. —Podemos aprender mucho en este relato respecto del mundo de los espíritus malignos infernales, porque aunque no obren exactamente de la misma manera ahora que entonces, todos debemos resguardarnos contra ellos. Los espíritus malignos son muy numerosos. Tienen enemistad contra el hombre y contra todas sus consolaciones. Los que se someten al gobierno de Cristo son dulcemente guiados con lazos de amor; los que se someten al gobierno del diablo son obligados con furor. ¡Ah, qué consuelo es para el creyente que todas las potestades de las tinieblas estén sometidas al dominio del Señor Jesús! Milagro de misericordia es si los poseídos por Satanás no son llevados a la destrucción y ruina eternas. —Cristo no se quedará con quienes lo toman a la ligera; puede ser que no regrese más a ellos, mientras otros le esperan felices de recibirlo.

Vv. 41—56. No nos quejemos de la gente, ni de una multitud, ni de lo urgente si estamos en el camino de nuestro deber y haciendo el bien, pero de lo contrario, todo hombre sabio se mantendrá lo más alejado que pueda de tales cosas. Más de una pobre alma sanada, socorrida y salvada por Cristo se halla oculta entre la gente y nadie la nota. Esta mujer vino temblando, pero su fe la salvó. Puede que haya temblor donde aún hay fe salvadora. —Observa las consoladoras palabras de Cristo para Jairo: No temas, tan sólo cree, y tu hija será salva. No era menos duro no llorar la pérdida de una hija única que no temer la continuación de ese dolor; pero en la fe perfecta no hay temor; mientras más temor, menos creemos. La mano de la gracia de Cristo va con el llamado de su palabra para hacerla eficaz. —Cristo mandó darle solamente carne. Como bebés recién nacidos así desean alimento espiritual los recién resucitados del pecado, para crecer.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—9. *Envío de los apóstoles.* 10—17. *La multitud milagrosamente alimentada.* 18—27. *La confesión de Pedro.—Exhortación a la abnegación.* 28—36. *La transfiguración.* 37—42. *Expulsión de un espíritu inmundo.* 43—50. *Cristo frena la ambición de sus discípulos.* 51—56. *Reprensión por el celo errado de ellos.* 57—62. *Renunciar a todo por Cristo.*

Vv. 1—9. Cristo envió a sus doce discípulos, a los que entonces ya eran capaces de enseñar al prójimo lo que habían recibido del Señor. No deben estar ansiosos de esperar la estima de la gente por la apariencia externa. Deben ir como están. —El Señor Jesús es la fuente de poder y autoridad a quien deben someterse todas las criaturas de una u otra manera; y si Él va con la palabra de sus ministros en poder, para librar pecadores de la esclavitud de Satanás, pueden tener la seguridad de que Él se ocupará de sus necesidades. Cuando la verdad y el amor van unidos, y aun así la gente rechaza y desprecia el mensaje de Dios, deja sin excusa a los hombres y se vuelve testimonio contra ellos. —La conciencia culpable de Herodes estaba lista para concluir que Jesús fue levantado de los

mueritos. Deseaba ver a Jesús, y ¿por qué no fue y lo vio? Probablemente por pensar que estaba por debajo de Él o porque no deseaba tener más reprensiones por su pecado. Al postergarlo se endureció su corazón y cuando vio a Jesús, estaba tan prejuiciado contra Él como los demás, Lucas xxiii, 11.

Vv. 10—17. La gente siguió a Jesús y aunque era inoportuno el momento, les dio lo que necesitaban. Él les habló del reino de Dios. Sanó a los que necesitaban salud. Con cinco panes y dos peces Cristo alimentó a cinco mil hombres. Él cuida que nada bueno falte a los que le temen y le sirven fielmente. Cuando recibimos consuelo por medio de criaturas, debemos reconocer que lo recibimos de Dios, y que somos indignos de recibirlo; que todo, y todo el consuelo que tengamos en ello, lo debemos a la mediación de Cristo por quien ha sido quitada la maldición. La bendición de Cristo hará que poco sirva de mucho. Él satisface a toda alma hambrienta, la satisface abundantemente con la abundancia de su casa. —Se recogieron las sobras: en la casa de nuestro Padre hay pan suficiente y para guardar. No estamos limitados ni escasos en Cristo.

Vv. 18—27. Consuelo indecible es que nuestro Señor Jesús sea el Ungido de Dios; esto significa que fue designado para ser el Mesías y que está calificado para ello. Jesús habla de sus sufrimientos y muerte. Tan lejos como deben estar sus discípulos de pensar en evitarle sus sufrimientos, así deben prepararse para sufrir ellos mismos. A menudo nos topamos con cruces en el camino del deber; y aunque no debemos echárnoslas sobre la cabeza, cuando están puestas para nosotros, debemos tomarlas y llevarlas como Cristo. Algo es bueno o malo para nosotros según sea bueno o malo para nuestras almas. El cuerpo no puede estar feliz si el alma estará infeliz en el otro mundo, pero el alma puede estar feliz aunque el cuerpo esté sumamente afligido y oprimido en este mundo. Nunca debemos avergonzarnos de Cristo y su evangelio.

Vv. 28—36. La transfiguración de Cristo fue una muestra de la gloria con que vendrá a juzgar al mundo; y fue un llamado a sus discípulos para sufrir por Él. La oración es un deber transfigurador, transformador que hace brillar el rostro. Nuestro Señor Jesús, en su transfiguración, estaba dispuesto a hablar de su muerte y de sus sufrimientos. En las glorias más grandes en la tierra recordemos que en este mundo no tenemos ciudad permanente. —¡Cuánta necesidad tenemos de orar a Dios pidiendo la gracia vivificadora! Aunque los discípulos podrían ser los testigos de esta señal del cielo, después de un momento fueron despertados para dar un relato completo de lo que pasó. No saben lo que dicen los que hablan de hacer tabernáculos en la tierra para los santos glorificados en el cielo.

Vv. 37—42. ¡Cuán deplorable es el caso de este niño! Estaba bajo el poder de un espíritu maligno. Las enfermedades de esa naturaleza son más aterradoras que las que surgen de simples causas naturales. ¡Cuánta maldad hace Satanás cuando toma posesión de una persona! Pero bienaventurados son los que tienen acceso a Cristo! Él puede hacer por nosotros lo que no pueden los discípulos. Una palabra de Cristo sanó al niño y cuando nuestros hijos se recobran de la enfermedad consuela recibirlos como sanados por la mano de Cristo.

Vv. 43—50. Esta predicción de los sufrimientos de Cristo era bastante clara, pero los discípulos no la entendieron, porque no concordaba con sus ideas. Un pequeñuelo es el símbolo por el cual Cristo nos enseña la sencillez y la humildad. ¿Qué honor más grande puede obtener un hombre en este mundo que el de ser recibido por los hombres como mensajero de Dios y Cristo, y qué Dios y Cristo se reconozcan recibidos y bienvenidos en él? —Si alguna sociedad de cristianos de este mundo tuvo motivos para hacer callar a los que no son de su propia comunión, lo tuvieron los doce discípulos en ese tiempo; pero Cristo les advirtió que no volvieran a hacerlo. Aunque no siguen con nosotros, pueden ser hallados seguidores fieles de Cristo y ser aceptados por Él.

Vv. 51—56. Los discípulos no consideraban que la conducta de los samaritanos fuera, más bien efecto de prejuicio y fanatismo nacional que de enemistad contra la palabra y la adoración de Dios; aunque se negaron a recibir a Cristo y a sus discípulos, no los maltrataron ni injuriaron, así que el caso era completamente diferente del de Ocozías y Elías. Tampoco se dieron cuenta que la dispensación del evangelio iba a ser marcada por milagros de misericordia. Pero, por sobre todo, ignoraban los motivos dominantes en sus propios corazones, que eran el orgullo y la ambición

carnal. Nuestro Señor les advirtió al respecto. Nos resulta fácil decir: ¡Vengan, vean nuestro celo por el Señor!, y pensar que somos muy fieles en su causa, cuando estamos siguiendo nuestros propios objetivos y hasta haciendo mal y no bien al prójimo.

Vv. 57—62. Aquí hay uno que se presenta para seguir a Cristo, pero parece haberse apresurado y precipitado sin calcular el costo. Si queremos seguir a Cristo, debemos dejar de lado los pensamientos de grandes cosas del mundo. No tratemos de hacer profesión de cristianismo cuando andamos en busca de ventajas mundanales. —Tenemos otro que parece resuelto a seguir a Cristo, pero pide una corta postergación. Cristo le dio primero a este hombre el llamamiento; le dijo: Sígueme. La religión nos enseña a ser benignos y misericordiosos, a mostrar piedad en casa y respetar a nuestros padres, pero no debemos convertirlos en disculpa para descuidar nuestros deberes con Dios. —Aquí hay otro dispuesto a seguir a Cristo, pero pide tiempo para hablar con sus amigos al respecto, poner orden en sus asuntos domésticos, y dar órdenes al respecto. Parecía tener más preocupaciones del mundo en su corazón de lo que debiera, y estaba dispuesto a acceder a la tentación que lo alejaría de su propósito de seguir a Cristo. Nadie puede hacer algo en debida forma si está atendiendo a otras cosas. Los que entran en la obra de Dios deben estar dispuestos a seguir o de nada servirán. *Mirar atrás* conduce a *retractarse*, y echarse atrás es la perdición. Sólo el que persevera hasta el fin será salvo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—16. *Setenta discípulos enviados.* 17—24. *La bendición de los discípulos de Cristo.* 25—37. *El buen samaritano.* 38—42. *Jesús en la casa de Marta y María.*

Vv. 1—16. Cristo envió a los setenta discípulos, en parejas, para que se fortalecieran y se estimularan mutuamente. El ministerio del evangelio pide a los hombres que reciban a Cristo como Príncipe y Salvador; y seguramente Él irá en el poder de su Espíritu a todos los lugares donde manda a sus siervos fieles; pero la condena de los que reciben en vano la gracia de Dios será temible. Los que desprecian a los fieles ministros de Cristo, los que piensan mal de ellos y se burlan de ellos, serán reconocidos como los que despreciaron a Dios y Cristo.

Vv. 17—24. Todas nuestras victorias sobre Satanás son logradas por el poder derivado de Jesucristo, que debe tener toda la alabanza. Cuidémonos del orgullo espiritual que ha causado la destrucción de tantos. Nuestro Señor se regocijó en la perspectiva de la salvación de muchas almas. Era apropiado que se tomara nota detallada de esa hora de gozo; hubo muy pocas, porque era varón de dolores: en *esa hora* en que vio caer a Satanás y oyó del buen resultado de sus ministros, en esa hora se regocijó. Siempre ha resistido al orgulloso y ha dado gracia al humilde. Mientras más claramente dependamos de la enseñanza, ayuda y bendición del Hijo de Dios, más conocidos seremos del Padre y del Hijo; más bendecidos seremos al ver la gloria, y oír las palabras del Salvador divino; y más útiles seremos para el progreso de su causa.

Vv. 25—37. Si hablamos en forma descuidada de la vida eterna y del camino a ella, tomamos en vano el nombre de Dios. Nadie ama a Dios ni a su prójimo con una medida de puro amor espiritual, si no participa de la gracia de la conversión. El orgulloso corazón humano se resiste mucho contra tales convicciones. —Cristo da el ejemplo de un pobre judío en apuros, socorrido por un buen samaritano. Este pobre cayó en manos de ladrones que lo dejaron herido y casi moribundo. Los que debieron ser sus amigos lo pasaron por alto, y fue atendido por un extranjero, un samaritano, de la nación que los judíos más despreciaban y detestaban, con quienes no querían tratos. Es lamentable observar cuánto domina el egoísmo en todos los rangos; cuántas excusas dan los hombres para ahorrarse problemas o gastos en ayudar al prójimo. El verdadero cristiano tiene escrita en su corazón la ley del amor. El Espíritu de Cristo habita en él; la imagen de Cristo se renueva en su alma. La parábola es una bella explicación de la ley de amar al prójimo como a uno mismo, sin

acepción de nación, partido ni otra distinción. También establece la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador con los miserables pecadores. Nosotros éramos como este viajero pobre y en apuros. Satanás, nuestro enemigo, nos robó y nos hirió: tal es el mal que nos hace el pecado. El bendito Jesús se compadeció de nosotros. El creyente considera que Jesús le amó y dio su vida por él cuando éramos enemigos y rebeldes; y habiéndole mostrado misericordia, le exhorta que vaya y haga lo mismo. Es nuestro deber, en nuestro trabajo y según nuestra capacidad, socorrer, ayudar y aliviar a todos los que estén en apuros y necesitados.

Vv. 38—42. Un buen sermón no es peor por ser predicado en una casa; y las visitas de nuestros amigos deben ser de tal modo administradas como para hacer que busquen el bien de sus almas. Sentarse a los pies de Cristo significa disposición pronta para recibir su palabra, y sumisión a su dirección. Marta estaba preocupada de atender a Cristo y a los que venían con Él. Aquí había respeto hacia nuestro Señor Jesús en la atención correcta de sus quehaceres domésticos, pero había algo de culpa. Ella estaba muy dedicada a servir: abundancia, variedad, y exactitud. La actividad mundanal es una trampa para nosotros cuando nos impide servir a Dios y obtener lo bueno para nuestras almas. ¡Cuánto tiempo se desperdicia innecesariamente y, a menudo, se acumulan gastos para atender a quienes profesan el evangelio! —Aunque Marta era culpable en esta ocasión, era, no obstante, creyente verdadera y su conducta general no descuidaba la cosa necesaria. El favor de Dios es necesario para nuestra dicha: la salvación de Cristo es necesaria para nuestra seguridad. Donde se atienda esto, todas las demás cosas tomarán su correcto lugar. Cristo declaró: María ha elegido la buena cosa. Porque una cosa es necesaria, y esta cosa hizo ella, rendirse a la dirección de Cristo. Las cosas de esta vida nos serán quitadas por completo cuando nosotros seamos quitados de ella, pero nada nos separará del amor de Cristo y de tener parte en ese amor. Los hombres y los demonios *no pueden* quitárnoslo, y Dios y Cristo *no lo harán*. Preocupémonos con más diligencia de la única cosa necesaria.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—4. *Enseña a orar a sus discípulos.* 5—13. *Cristo exhorta a ser fervientes en la oración.* 14—26. *Cristo expulsa un demonio.—La blasfemia de un fariseo.* 27, 28. *La verdadera felicidad.* 29—36. *Cristo reprende a los judíos.* 37—54. *A los fariseos.*

Vv. 1—4. “Señor, enséñanos a orar”, es una buena oración, y muy necesaria, porque Jesucristo es el único que puede enseñarnos a orar por su palabra y su Espíritu. Señor, enséñame a orar; Señor, estímame y vivifícame para el deber; Señor, dirígeme sobre qué orar; enséñame qué debo decir. Cristo les enseñó una oración, en forma muy parecida a la que había dado antes en su sermón del monte. Hay algunas palabras diferentes en el Padrenuestro en Mateo, y en Lucas, pero no son de gran importancia. En nuestros pedidos por el prójimo y por nosotros mismos, vamos a nuestro Padre celestial, confiando en su poder y bondad.

Vv. 5—13. Cristo alienta el fervor y la constancia en la oración. Debemos ir por lo que necesitamos, como hace el hombre acude a su vecino o amigo, que es bueno con él. Vamos por pan; porque es lo necesario. Si Dios no responde rápidamente nuestras oraciones, lo hará a su debido tiempo, si seguimos orando. —Fijaos acerca de qué orar: debemos pedir el Espíritu Santo, no sólo por necesario para orar bien, sino porque todas las bendiciones espirituales están incluidas en ello. Porque por el poder del Espíritu Santo se nos lleva a conocer a Dios y al arrepentimiento, a creer en Cristo y a amarlo; así somos consolados en este mundo, y destinados para la felicidad en el próximo. Nuestro Padre celestial está listo para otorgar todas estas bendiciones a cada uno que se las pida, más que un padre o madre terrenal está dispuesto a dar comida a un niño hambriento. Esta es la ventaja de la oración de fe: que aquieta y fija el corazón en Dios.

Vv. 14—26. La expulsión de demonios que hizo Cristo fue realmente la destrucción del poder

de ellos. El corazón de todo pecador inconverso es el palacio del diablo, donde éste habita y donde manda. Hay una especie de paz en el corazón del alma inconversa que el diablo custodia como hombre fuerte armado. El pecador se siente seguro, no tiene dudas de la bondad de su estado, ni temor alguno de los juicios venideros. Pero obsérvese el cambio maravilloso efectuado en la conversión. La conversión del alma a Dios es la victoria de Cristo sobre el diablo y su poder en esa alma, restaurando el alma a su libertad y recuperando su interés en ella y su poder sobre ella. Todos los dones del cuerpo y de la mente son ahora empleados para Cristo. —Esta es la condición del hipócrita. La casa es barrida de los pecados corrientes por una confesión forzada, como la del faraón; por una contrición fingida como la de Acab; o por una reforma parcial como la de Herodes. La casa está barrida, pero no lavada; el corazón no está santificado. El barrido saca solamente el polvo suelto mientras el pecado que acosa al pecador está indemne. La casa está adornada con gracias y dones corrientes. No está provista de ninguna gracia verdadera; todo es pintura y barniz, nada duradero ni real. Nunca fue entregada a Cristo ni habitada por el Espíritu. Cuidémonos de no descansar en lo que pueda tener un hombre y así quedarnos sin alcanzar el cielo. Los espíritus malignos entran sin dificultad; son recibidos y viven allí; allí trabajan; allí mandan. Pidamos todos con fervor ser librados de tan horrendo estado.

Vv. 27, 28. Mientras los escribas y los fariseos despreciaban y blasfemaban los discursos de nuestro Señor Jesús, esta buena mujer los admiraba, al igual que la sabiduría y el poder con que hablaba. Cristo condujo a la mujer a una consideración más elevada. Aunque es gran privilegio oír la palabra de Dios, sólo son bendecidos de verdad los bendecidos del Señor, que la oyen, la mantienen en su memoria y la obedecen como su camino y su ley.

Vv. 29—36. Cristo promete dar una señal más, la señal del profeta Jonás; se explica en Mateo qué significa la resurrección de Cristo; y les advirtió que debían sacar provecho de dicha señal. Pero aunque el mismo Cristo fuese el predicador estable de una congregación cualquiera, y obrara milagros diariamente entre ellos, aún así, a menos que su gracia humille los corazones, ellos no se beneficiarían de su palabra. No deseemos más pruebas ni una enseñanza más completa que lo que place al Señor permitirnos. Debemos orar sin cesar que nuestros corazones y entendimientos sean abiertos, que podamos aprovechar la luz que disfrutamos. Cuidémonos especialmente de que la luz que está en nosotros no sea tinieblas, porque si nuestros principios directrices son malos, nuestro juicio y conducta serán malos.

Vv. 37—54. Todos debemos mirar en nuestros corazones, para que sean purificados y creados de nuevo; mientras atendemos a las grandes cosas de la ley y del evangelio, no debemos descuidar las cosas pequeñas señaladas por Dios. Cuando alguien acecha para cazarnos en algo que decimos, oh Señor, danos tu prudencia y tu paciencia, y desbarata sus malos propósitos. Provéenos de tal mansedumbre y paciencia que podamos gloriarnos en las reprensiones, por amor a Cristo, y que su Espíritu Santo repose sobre nosotros.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—12. *Cristo reprende a los intérpretes de la ley.* 13—21. *Advertencia contra la avaricia.—La parábola del rico.* 22—40. *Condenación de las preocupaciones mundanas.* 41—53. *Llamado a velar.* 54—59. *Llamado a reconciliarse con Dios.*

Vv. 1—12. Una firme creencia en la doctrina de la providencia universal de Dios y su magnitud debiera bastarnos cuando estamos en peligros, y estimularnos a confiar en Dios en el camino del deber. La providencia se fija en las criaturas más bajas, hasta de los gorriones, y en consecuencia en las preocupaciones menores de los discípulos de Cristo. Quienes ahora confiesen a Cristo serán reconocidos por Él en el día grande, ante los ángeles de Dios. Para disuadirnos de negar a Cristo, y desertar de sus verdades y caminos, aquí se nos asegura que los que niegan a Cristo, aunque puedan

así salvar la vida misma, y aunque puedan ganar un reino, serán los grandes perdedores al final; porque Cristo no los conocerá, no los reconocerá, ni les mostrará favor. Pero que ningún descarriado penitente y tembloroso dude que obtendrá el perdón. Esto es muy diferente de la enemistad franca que es blasfemia contra el Espíritu Santo, la cual no será perdonada jamás porque de ella nunca habrá arrepentimiento.

Vv. 13—21. El reino de Cristo es espiritual, y no es de este mundo. El cristianismo no se mete en política; obliga a todos a obrar con justicia, pero el poder mundano no se fundamenta en la gracia. No estimula las expectativas de ventajas mundanas por medio de la religión. La recompensa de los discípulos de Cristo son de otra naturaleza. —La avaricia es un pecado del cual tenemos que estar constantemente precavidos, porque la dicha y el consuelo no dependen de la riqueza de este mundo. Las cosas del mundo no satisfacen los deseos del alma. Aquí hay una parábola que muestra la necedad de los mundanos carnales mientras viven, y su miseria cuando mueren. El carácter descrito es exactamente el de un hombre mundano prudente que no tiene gratitud hacia la providencia de Dios, ni un pensamiento recto sobre la incertidumbre de los asuntos humanos, el valor de su alma o la importancia de la eternidad. ¡Cuántos, aún entre cristianos profesos, señalan a personajes semejantes como modelos para imitar y personas con las cuales sería bueno relacionarse! Erramos si pensamos que los pensamientos se pueden ocultar, y que los pensamientos son libres. Cuando vio una gran cosecha en su terreno, en lugar de dar gracias a Dios por ella, o de regocijarse por tener mayor capacidad para hacer el bien, se aflige. ¿Qué haré ahora? ¿Qué hago ahora? El mendigo más pobre del país no podría haber dicho algo con mayor ansiedad. Mientras más tengan los hombres, más confusión tienen. Fue necio no pensar en usar de otro modo la riqueza, sino en darse gustos carnales y satisfacer los apetitos sensuales, sin pensar en hacer el bien a los demás. Los mundanos carnales son necios; y llega el día en que Dios los llamará por nombre propio, y ellos se llamarán así. La muerte de tales personas es miserable en sí y terrible para ellos. Pedirán tu alma. Él detesta separarse de sus bienes, pero Dios lo requerirá, requerirá una rendición de cuentas, lo requerirá como de alma culpable, para ser castigada sin demora. Necedad de la mayoría de los hombres es preocuparse y perseguir lo que es sólo para el cuerpo y para el tiempo, y no para el alma y para la eternidad.

Vv. 22—40. Cristo insiste mucho en que esta cautela no dé lugar a preocupaciones confusas e inquietantes, Mateo vi, 25–34. Los argumentos aquí usados son para animarnos a echar sobre Dios nuestra preocupación, que es la manera correcta de obtener tranquilidad. Como en nuestra estatura, así en nuestra condición es sabio aceptarla como es. Una búsqueda angustiada y ansiosa de las cosas de este mundo, aún de las necesarias, no va con los discípulos de Cristo. Los temores no deben dominar cuando nos asustamos con pensamientos de un mal venidero, y nos disponemos a preocupaciones innecesarias sobre cómo evitarlo. Si valoramos la belleza de la santidad, no codiciaremos los lujos de la vida. Entonces, examinemos si pertenecemos a esta manada pequeña. —Cristo es nuestro Maestro, y nosotros Sus siervos; no sólo siervos que trabajan, sino siervos que esperan. Debemos ser como hombres que esperan a su señor, que se sientan a esperar mientras él sigue afuera, preparados para recibirlo. En esto alude Cristo a su ascensión al cielo, su venida para reunir junto a Él su pueblo por la muerte, y segunda venida a juzgar al mundo. No tenemos certeza de la hora de su venida; por tanto, debemos estar siempre preparados. Si los hombres cuidan diligentes sus casas, seamos nosotros igualmente sabios con nuestras almas. Por tanto, estad vosotros preparados también; velando como lo haría el buen padre de familia si supiera a qué hora viene el ladrón.

Vv. 41—53. Todos tienen que tomar en serio lo que Cristo dice en su palabra e indagar al respecto. Nadie es dejado en tanta ignorancia como para no saber que muchas cosas que hace, y desprecia son buenas; por tanto, nadie tiene excusa en su pecado. —Introducir la dispensación del evangelio puede producir desolación. No es que sea la tendencia de la religión de Cristo, que es pura, pacífica y amable; pero su efecto es ser contraria al orgullo y la lujuria del hombre. —Habrá una amplia difusión del evangelio, pero antes Cristo tiene un bautismo con el cual ser bautizado, muy diferente del de agua y bautismo del Espíritu Santo. Debe soportar los sufrimientos y la muerte. No estaba en su plan de predicar el evangelio más ampliamente hasta haber pasado este

bautismo. Nosotros debiéramos ser celosos para dar a conocer la verdad, porque aunque se susciten divisiones y la propia familia del hombre sea su enemiga, aún así, los pecadores se convertirán y Dios será glorificado.

Vv. 54—59. Cristo quiere que la gente sea tan sabia en cuanto a los intereses de su alma como con los asuntos exteriores. Que se apresuren a tener paz con Dios antes que sea demasiado tarde. Si un hombre halla que Dios está contra él por sus pecados, invoque a Dios en Cristo que reconcilia el mundo consigo mismo. Mientras estemos vivos estamos en el camino y ahora es nuestra oportunidad.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—5. *Cristo exhorta al arrepentimiento a partir del caso de los galileos y otros.* 6—9. *Parábola de la higuera estéril.* 10—17. *Sanidad de la mujer enferma.* 18—22. *La parábola de la semilla de mostaza, y la levadura.* 23—30. *Exhortación para entrar por la puerta angosta.* 31—35. *Cristo reprende a Herodes y al pueblo de Jerusalén.*

Vv. 1—5. Le cuentan a Cristo la muerte de unos galileos. Esta historia trágica se relata brevemente aquí y no la mencionan los historiadores. Al responder, Cristo habla de otro hecho que era como este, otro caso de gente afectada por una muerte repentina. Las torres, que se construyen para seguridad, suelen ser la destrucción de los hombres. Les advierte que no culpen a los grandes sufrientes como debieran ser tenidos como grandes pecadores. Como ningún puesto ni empleo puede asegurarnos en contra del golpe de la muerte, debemos considerar las súbitas partidas de los demás como advertencia para nosotros. En estos relatos, Cristo fundamenta un llamado al arrepentimiento. El mismo Jesús que nos pide arrepentimiento, porque el reino del cielo está a la puerta, nos pide que nos arrepintamos, porque de lo contrario, pereceremos.

Vv. 6—9. La parábola de la higuera estéril tiene el propósito de reforzar la advertencia recién dada: la higuera estéril, a menos que dé fruto, será cortada. Esta parábola se refiere, en primer lugar, a la nación y al pueblo judío. Pero, sin duda, es para despertar a todos los que disfrutaban los medios de gracia, y los privilegios de la iglesia visible. Cuando Dios haya soportado por mucho tiempo, podemos esperar que nos tolere un poco más, pero no podemos tener la esperanza de que siempre soportará.

Vv. 10—17. Nuestro Señor Jesús asistía al servicio público de adoración los días de reposo. Aun las enfermedades corporales, a menos que sean muy graves, no deben impedirnos ir al servicio público de adoración los días de reposo. Esta mujer vino para ser enseñada por Cristo y para recibir bien para su alma, y entonces Él alivió su enfermedad corporal. Cuando las almas torcidas se enderezan, lo demuestran glorificando a Dios. —Cristo sabía que este príncipe tenía una verdadera enemistad contra Él y su evangelio, y que sólo lo ocultaba con un celo fingido por el día de reposo; realmente él no deseaba que fueran sanados en ningún día; pero si Jesús dice la palabra, y da su poder sanador, los pecadores son puestos en libertad. Esta liberación suele obrarse en el día del Señor; y cualquiera sea la labor que ponga a los hombres en el camino de la bendición, concuerda con el objetivo de ese día.

Vv. 18—22. Aquí tenemos el progreso del evangelio anunciado en dos parábolas, como en Mateo xiii. El reino del Mesías es el reino de Dios. Que la gracia crezca en nuestros corazones; que nuestra fe y amor crezcan abundantemente para dar prueba indudable de su realidad. Que el ejemplo de los santos de Dios sea de bendición entre quienes viven; y que su gracia fluya de corazón a corazón, hasta que el pequeño se vuelva miles.

Vv. 23—30. Nuestro Salvador vino a guiar la conciencia de los hombres, no a satisfacer su curiosidad. No preguntes ¿cuántos serán salvados? sino ¿seré salvo? No preguntes ¿qué será de tal y

tal persona? sino ¿qué haré yo y qué será de mí? Esfuérzate para entrar por la puerta estrecha. Esto se manda a cada uno de nosotros: Esfuérzate. Todo el que será salvado debe entrar por la puerta angosta, debe emprender un cambio de todo el hombre. Los que entren por ella, deben esforzarse por entrar. He aquí consideraciones vivificantes para reforzar esta exhortación. ¡Oh, seamos todos despertados por ellas! Ellos contestan la pregunta, ¿son pocos lo que se salvan? Pero que nadie se desprecie a sí mismo o a los demás, porque hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros. Si llegamos al cielo, encontraremos a muchos allá a quienes no pensamos encontrar, y echaremos de menos a muchos que esperábamos hallar.

Vv. 31—35. Cristo al tratar de zorro a Herodes le dio su carácter verdadero. Los hombres más grandes eran responsables de rendir cuenta a Dios, por tanto, le correspondía llamar a este rey orgulloso por su nombre propio, pero no es ejemplo para nosotros. Sé, dijo nuestro Señor, que yo debo morir dentro de muy poco tiempo; cuando muera, seré perfeccionado, habré completado mi tarea. Bueno es que miremos el tiempo que tenemos ante nosotros como muy corto, para que eso nos estimule para hacer la obra del día en su día. —La maldad de las personas y de los lugares que más que otros profesan la religión y relación con Dios, desagrada y contrista especialmente al Señor Jesús. El juicio del gran día convencerá a los incrédulos, pero aprendamos agradecidamente a acoger bien, y beneficiarnos, de todos los que vienen en el nombre del Señor a llamarnos para participar de su gran salvación.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—6. *Cristo sana a un hombre en el día de reposo.* 7—14. *Enseña humildad.* 15—24. *Parábola del gran banquete.* 25—35. *La necesidad de consideración y abnegación.*

Vv. 1—6. Este fariseo, como otros, parece haber tenido mala intención para recibir a Jesús en su casa, pero a nuestro Señor no le impide sanar un hombre aunque sabía que suscitaría una murmuración por hacerlo en el día de reposo. Requiere cuidado entender la relación apropiada entre la piedad y la caridad al observar el día de reposo, y la distinción entre obras de necesidad real y hábitos de darse el gusto a uno mismo. La sabiduría de lo alto enseña la paciente perseverancia en hacer el bien.

Vv. 7—14. Aun en las acciones corrientes de la vida Cristo marca lo que hacemos, no sólo en nuestras asambleas religiosas sino en nuestras mesas. Vemos en muchos casos que el orgullo de un hombre le rebajará y que antes de la honra está la humildad. Nuestro Salvador nos enseña aquí que las obras de caridad son mejores que las obras hechas para ser vistos. Pero nuestro Señor no significó que una generosidad orgullosa e incrédula deba ser recompensada, pero su precepto de hacer el bien al pobre y al afligido debe obedecerse por amor a Él.

Vv. 15—24. En esta parábola fijese en la gracia y misericordia gratuita de Dios que brilla en el evangelio de Cristo, lo cual será comida y banquete para el alma del hombre que conoce sus propias necesidades y miserias. Todos encontraron un pretexto para rechazar la invitación. Esto reprueba a la nación judía por rechazar el ofrecimiento de la gracia de Cristo. También muestra la renuencia que hay para unirse al llamado del evangelio. La ingratitud de quienes toman con liviandad la oferta del evangelio, y el desprecio que hacen del Dios del cielo, le provocan con justicia. Los apóstoles tenían que volverse a los gentiles, cuando los judíos rechazaran la oferta; y con ellos se llenó la Iglesia. La provisión hecha para almas preciosas en el evangelio de Cristo, no fue hecha en vano; porque si algunos lo rechazan, otros aceptan agradecidos la oferta. Los muy pobres y bajos del mundo serán tan bien acogidos por Cristo como los ricos y grandes; y, muchas veces, el evangelio tiene mayor éxito entre los que laboran bajo desventajas mundanales y con enfermedades corporales. La casa de Cristo se llenará al final; será así cuando se complete el número de los elegidos.

Vv. 25—35. Aunque los discípulos de Cristo no son todos crucificados, sin embargo, todos llevan su cruz y deben llevarla en el camino del deber. Jesús le invita a contar con eso y, luego, a considerarlo. Nuestro Salvador explica esto con dos símiles: el primero que muestra que debemos considerar los gastos de nuestra religión; el segundo, que debemos considerar los peligros de esta. Sentaos y calculad el costo; considerad lo que costará la mortificación del pecado, de las lujurias más apreciadas. El pecador más orgulloso y atrevido no puede resistir a Dios, porque ¿quién conoce la fuerza de su ira? Nos interesa buscar la paz con Él, y no tenemos que enviar a preguntar las condiciones de la paz, porque nos son ofrecidas y nos son muy provechosas. El discípulo de Cristo será puesto a prueba en alguna forma. Sin vacilar, procuremos ser discípulos, y seamos cuidadosos para no relajarnos en nuestra profesión, ni asustarnos ante la cruz; que podamos ser la buena sal de la tierra, para sazonar a quienes nos rodean con el sabor de Cristo.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—10. *Parábolas de la oveja y de la pieza de plata perdidas.* 11—16. *El hijo pródigo,— su maldad y angustia.* 17—24. *Arrepentimiento y perdón.* 25—32. *El hermano mayor ofendido.*

Vv. 1—10. La parábola de la oveja perdida es muy aplicable a la gran obra de la redención del hombre. La oveja perdida representa al pecador apartado de Dios y expuesto a ruina segura si no es llevado de vuelta a Él, aunque no desee regresar. Cristo es ferviente para llevar a casa a los pecadores. —En la parábola de la pieza de plata perdida, lo que está perdido es una pieza de pequeño valor, comparada con el resto. Pero la mujer busca diligentemente hasta encontrarla. Esto representa los variados medios y métodos que usa Dios para llevar las almas perdidas a casa, a sí mismo, y el gozo del Salvador por el regreso de ellos a Él. ¡Cuán cuidadosos debemos ser entonces con nuestro arrepentimiento, que sea para salvación!

Vv. 11—16. La parábola del hijo pródigo muestra la naturaleza del arrepentimiento y la prontitud del Señor para acoger bien y bendecir a todos los que vuelven a Él. Expone plenamente las riquezas de la gracia del evangelio; y ha sido y será, mientras dure el mundo, de utilidad indecible para los pobres pecadores, para guiarlos y alentarlos a arrepentirse y a regresar a Dios. —Malo es, y es el peor comienzo, cuando los hombres consideran los dones de Dios como deuda. La gran necedad de los pecadores, y lo que los arruina, es estar contentos con recibir sus cosas buenas durante su vida. Nuestros primeros padres se destruyeron, a sí mismos y a toda la raza, por la necia ambición de ser independientes, y esto está en el fondo de la persistencia de los pecadores en su pecado. —Todos podemos discernir algunos rasgos de nuestro propio carácter en el del hijo pródigo. Un estado pecaminoso es un estado de separación y alejamiento de Dios. Un estado pecaminoso es un estado de derroche: los pecadores voluntarios emplean mal sus pensamientos y los poderes de su alma, gastan mal su tiempo y todas las oportunidades. Un estado pecaminoso es un estado de necesidad. Los pecadores carecen de las cosas necesarias para su alma; no tienen comida ni ropa para ellos, ni ninguna provisión para el más allá. Un estado pecaminoso es un vil estado de esclavitud. El negocio de los siervos del demonio es hacer provisión para la carne, cumplir sus lujurias y eso no es mejor que alimentar los cerdos. Un estado pecaminoso es un estado de descontento constante. La riqueza del mundo y los placeres de los sentidos ni siquiera satisfacen nuestros cuerpos, pero ¡qué son en comparación con el valor de las almas! Un estado pecaminoso es un estado que no puede buscar alivio de ninguna criatura. En vano lloramos al mundo y a la carne; tienen lo que envenena el alma, pero nada tienen que la alimente y nutra. Un estado pecaminoso es un estado de muerte. El pecador está muerto en delitos y pecados, desprovisto de vida espiritual. Un estado pecaminoso es un estado perdido. Las almas que están separadas de Dios, si su misericordia no lo evita, pronto estarán perdidas para siempre. El desgraciado estado del hijo pródigo sólo es una pálida sombra de la horrorosa ruina del hombre por el pecado, ¡pero cuán pocos son sensibles a su propio estado y carácter!

Vv. 17—24. Habiendo visto el hijo pródigo en su abyecto estado de miseria, tenemos que considerar en seguida su recuperación. Esto empieza cuando vuelve en sí. Ese es un punto de retorno en la conversión del pecador. El Señor abre sus ojos y le convence de pecado; entonces, se ve a sí mismo, y a todo objeto bajo una luz diferente de la de antes. Así, el pecador convicto percibe que el siervo más pobre de Dios es más dichoso que él. Mirar a Dios como Padre, y nuestro Padre, será muy útil para nuestro arrepentimiento y regreso a Él. El hijo pródigo se levantó y no se detuvo hasta que llegó a su casa. Así, el pecador arrepentido deja resueltamente la atadura de Satanás y sus lujurias, y regresa a Dios por medio de la oración, a pesar de sus temores y desalientos. El Señor lo sale a encontrar con muestras inesperadas de su amor perdonador. Nuevamente, la recepción del pecador humillado es como la del pródigo. Es vestido con el manto de la justicia del Redentor, hecho partícipe del Espíritu de adopción, preparado por la paz de conciencia y la gracia del evangelio para andar en los caminos de la piedad, y festejado con consolaciones divinas. Los principios de la gracia y la santidad obran en él, para hacer y para querer.

Vv. 25—32. En la última parte de esta parábola tenemos el carácter de los fariseos, aunque no de ellos solos. Establece la bondad del Señor y la soberbia con que se recibe su bondad de gracia. Los judíos, en general, mostraron el mismo espíritu hacia los gentiles convertidos; y cantidades de ellos en toda época objetan el evangelio y a sus predicadores sobre la misma base. ¡Cómo será ese temperamento que incita al hombre a despreciar y aborrecer a aquellos por quienes derramó su preciosa sangre el Salvador, éstos que son objetos de la elección del Padre, y templos del Espíritu Santo! Esto brota del orgullo, la preferencia del sí mismo y la ignorancia propia del corazón del hombre. —La misericordia y la gracia de nuestro Dios en Cristo brillan casi con tanto fulgor en su tierna y gentil tolerancia para con los santos beligerantes como para recibir a los pecadores pródigos que se arrepienten. Dicha indecible de todos los hijos de Dios, que se mantienen cerca de la casa de su Padre, es que estén, y estarán siempre con Él. Dicha será para los que acepten agradecidos la invitación de Cristo.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—12. *La parábola del mayordomo injusto.* 13—18. *Cristo reprende la hipocresía de los fariseos codiciosos.* 19—31. *El rico y Lázaro.*

Vv. 1—12. Cualquier cosa que tengamos, su propiedad es de Dios; nosotros sólo tenemos su uso conforme a lo que manda nuestro gran Señor, y para su honra. Este mayordomo despilfarró los bienes de su señor. Todos somos responsables de la misma acusación; no sacamos el provecho debido de lo que Dios nos ha encargado. El mayordomo no puede negarlo; debe rendir cuentas e irse. Esto puede enseñarnos que la muerte vendrá y nos privará de las oportunidades que tenemos ahora. El mayordomo ganará amigos de los deudores e inquilinos de su señor, eliminando una parte considerable de la deuda de ellos con su señor. El señor al cual se alude en esta parábola no elogió el fraude, sino la política del mayordomo. Sólo se destaca en este aspecto. Los hombres mundanos, al elegir sus objetivos son necios, pero en su actividad y perseverancia, son a menudo más sabios que los creyentes. El mayordomo injusto no se nos pone como ejemplo de engaño a su amo, ni para justificar la deshonestidad, sino para señalar el cuidado que ponen los hombres mundanos. Bueno sería que los hijos de la luz aprendieran sabiduría de los hombres del mundo, y siguieran con igual diligencia su mejor objetivo. —Las riquezas verdaderas significan bendiciones espirituales; y si un hombre gasta en sí mismo o acumula lo que Dios le ha confiado, en cuanto a las cosas externas, ¿qué prueba puede tener de que es heredero de Dios por medio de Cristo? Las riquezas de este mundo son engañosas e inciertas. Convenzámonos que son ricos verdaderamente, y muy ricos, los que son ricos en fe, y ricos para con Dios, ricos en Cristo, en las promesas; entonces acumulemos nuestro tesoro en el cielo y esperemos nuestra porción de allá.

Vv. 13—18. Nuestro Señor agrega a esta parábola una advertencia solemne: Ustedes no pueden servir a Dios y al mundo, porque así de divididos son los dos intereses. Cuando nuestro Señor habló así, los fariseos codiciosos recibieron con desprecio sus instrucciones, pero Él les advirtió que lo que ellos contendían si fuera la ley, era una lucha sobre su significado: esto muestra nuestro Señor en un ejemplo referido al divorcio. Hay muchos abogados pertinaces codiciosos que favorecen la forma de piedad y que son los enemigos más enconados de su poder, y tratan de poner a los demás en contra de la verdad.

Vv. 19—31. Aquí las cosas espirituales están representadas por una descripción del estado diferente de lo bueno y lo malo en este mundo y el otro. No se nos dice que el rico obtuvo su fortuna por fraude u opresión, pero Cristo muestra que un hombre puede tener una gran cantidad de riqueza, pompa y placer de este mundo, pero perecer para siempre bajo la ira y la maldición de Dios. El pecado de este rico era que sólo proveía para sí. Aquí hay un santo varón, en las profundidades de la adversidad y angustia que será dichoso para siempre en el más allá. A menudo la suerte de algunos de los santos y siervos más amados de Dios es la de ser afligido grandemente en este mundo. No se nos dice que el rico le infligiera daño alguno, pero no hallamos que se hubiera interesado por él. —Aquí está la diferente condición de este pobre santo, y este rico impío, en y después de la muerte. El rico en el infierno levantó la vista estando en los tormentos. No es probable que haya conversaciones entre los santos glorificados y los pecadores condenados, pero este diálogo muestra la miseria y desesperanza, y los deseos infructuosos a los cuales entran los espíritus condenados. Viene el día en que los que hoy odian y desprecian al pueblo de Dios, recibirían alegremente la bondad de ellos, pero el condenado en el infierno no tendrá el más mínimo alivio de su tormento. —Los pecadores son llamados ahora a recapacitar, pero no lo hacen, no quieren hacerlo y hallan maneras de evitarlo. Como la gente mala tiene cosas buenas sólo en esta vida, y en la muerte son para siempre separados de todo bien, así la gente santa tiene cosas malas sólo en esta vida, y en la muerte son para siempre separados de ellas. Bendito sea Dios que en este mundo no hay un abismo insondable entre el estado natural y la gracia; podemos pasar del pecado a Dios, pero si morimos en nuestros pecados, no hay salida. —El rico tenía cinco hermanos y hubiera querido detenerlos en su rumbo pecaminoso; que ellos llegaran a ese lugar de tormento empeoraría su desgracia, él había ayudado a mostrarles el camino a ese lugar. ¡Cuántos desearían ahora retractarse o deshacer lo que escribieron o hicieron! —Quienes quisieran que el ruego del rico a Abraham justificara orar a los santos ya muertos, llegan así tan lejos en busca de pruebas, cuando el error del pecador condenado es todo lo que pueden hallar como ejemplo. Seguro que no hay estímulo para seguir el ejemplo cuando todas sus peticiones fueron hechas en vano. —Un mensajero desde los muertos no podría decir más que lo dicho en las Escrituras. La misma fuerza de la corrupción que irrumpe a través de las convicciones de la palabra escrita, triunfaría sobre un testigo de los muertos. Busquemos la ley y el testimonio, Isaías viii, 19, 20, porque esa es la palabra cierta de la profecía, sobre la cual podemos tener más certeza, 2 Pedro i, 19. Las circunstancias de cada época muestran que los terrores y los argumentos no pueden dar el verdadero arrepentimiento sin la gracia especial de Dios que renueva el corazón del pecador.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—10. *Evitar las ofensas.*—*Orar por el aumento de la fe.*—*Enseñanza sobre la humildad.* 11—19. *Diez leprosos, limpiados.* 20—37. *El reino de Cristo.*

Vv. 1—10. No hay disculpa para los que cometen una ofensa, ni aminorará el castigo el hecho de que tiene que haber ofensas. La fe en la misericordia de Dios que perdona nos capacitará para superar las dificultades más grandes que haya para perdonar a nuestros hermanos. Como para Dios nada es imposible, así todas las cosas son posibles para el que puede creer. Nuestro Señor mostró a sus discípulos la necesidad de tener una profunda humildad. El Señor tiene derecho sobre toda

criatura como ningún hombre puede tenerla sobre otro; Él no puede estar endeudado con ellos por sus servicios, ni ellos merecen ninguna recompensa suya.

Vv. 11—19. La conciencia de ser leprosos espirituales debiera hacernos muy humildes cada vez que nos acercamos a Cristo. Basta que nos sometamos a la compasión de Cristo, porque no fallan. Podemos esperar que Dios nos satisfaga con misericordia cuando seamos hallados en el camino de la obediencia. Sólo uno de los sanados volvió a dar las gracias. Nos corresponde, como a él, ser muy humilde en la acción de gracias y en las oraciones. Cristo destacó al que así se distinguió: era un samaritano. Los otros sólo obtuvieron la cura externa, solo éste tuvo la bendición espiritual.

Vv. 20—37. El reino de Dios estaba entre los judíos o, más bien, en algunos. Era un reino espiritual, establecido en el corazón por el poder de la gracia divina. Fijaos cómo había sido anteriormente con los pecadores, y en qué estado los hallaban los juicios de Dios, de los cuales habían sido advertidos. Aquí se muestra qué sorpresa temible será esta destrucción para el seguro y sensual. Así será en el día en que se revele el Hijo del Hombre. Cuando Cristo vino a destruir a la nación judía por medio de los ejércitos romanos, esa nación fue hallada en tal estado de falsa seguridad como el aquí mencionado. En forma similar, cuando Jesucristo venga a juzgar al mundo, los pecadores serán hallados totalmente descuidados, porque, en forma semejante, los pecadores de toda época van con seguridad por sus malos caminos, sin recordar su final ulterior. Dondequiera que se hallen los impíos, marcados para la ruina eterna, serán alcanzados por los juicios de Dios.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—8. *La parábola de la viuda inoportuna.* 9—14. *El fariseo y el publicano.* 15—17.

Niños llevados a Cristo. 18—30. *El rico estorbado por sus riquezas.* 31—34. *Cristo anuncia su muerte.* 35—43. *Un ciego recibe la vista.*

Vv. 1—8. Todo el pueblo de Dios es pueblo de oración. Aquí se enseña la fervorosa constancia para orar pidiendo misericordias espirituales. El fervor de la viuda prevaleció con el juez injusto: ella podía temer que se volviera más en contra suya; pero nuestra oración ferviente agrada a nuestro Dios. Aun hasta el fin habrá base para la misma queja de debilidad de la fe.

Vv. 9—14. Esta parábola era para convencer a algunos que confiaban en sí mismos como justos y despreciaban al prójimo. Dios ve con qué disposición y propósito vamos a Él en las santas ordenanzas. Lo que dijo el fariseo demuestra que él tenía confianza en sí mismo de ser justo. Podemos suponer que estaba exento de pecados groseros y escandalosos. Todo eso era muy bueno y encomiable. Miserable es la condición de quienes no alcanzan la justicia de ese fariseo, aunque él no fue aceptado, y ¿por qué no? Iba a orar al templo, pero estaba lleno de sí mismo y de su propia bondad; no pensaba que valía la pena pedir el favor y la gracia de Dios. Cuidémonos de presentar oraciones orgullosas al Señor y de despreciar al prójimo. —La oración del publicano estaba llena de humildad y de arrepentimiento por el pecado, y deseo de Dios. Su oración fue breve, pero con un objetivo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Bendito sea Dios, que tenemos registrada esta oración corta como oración contestada; y que tenemos la seguridad que aquel que la dijo volvió justificado a casa; así será con nosotros si oramos como él por medio de Jesucristo. Se reconoció pecador por naturaleza y costumbre, culpable ante Dios. No dependía de nada sino de la misericordia de Dios, sólo en ella confiaba. Gloria de Dios es resistir al soberbio y dar gracia al humilde. La justificación es de Dios en Cristo; por tanto, el que se condena a sí mismo, no el que se justifica a sí mismo, es justificado ante Dios.

Vv. 15—17. Nadie es demasiado pequeño, demasiado joven para ser llevado a Cristo, Él sabe mostrar bondad a los incapaces de hacerle un servicio. La idea de Cristo es que los pequeños sean llevados a Él. La promesa es para nosotros y para nuestra descendencia; por tanto, Él los recibirá

bien con nosotros. Debemos recibir su reino como niños, no comprarlo, y debemos considerarlo un regalo de nuestro Padre.

Vv. 18—30. Muchos tienen muchas cosas encomiables en sí, pero perecen por falta de una cosa; este rico no podía aceptar las condiciones de Cristo que lo separarían de su patrimonio. Muchos que detestan dejar a Cristo, sin embargo, lo dejan. Después de larga lucha con sus convicciones y sus corrupciones, ganan sus corrupciones. Se lamentan mucho de no poder servir a ambos, pero si deben dejar a uno, dejarán a su Dios, no a su ganancia mundanal. La obediencia de que se jactan resulta ser puro espectáculo; el amor al mundo está, de una u otra forma, en la raíz de esto. —Los hombres son dados a hablar demasiado de lo que dejaron y perdieron, de lo que hicieron y sufrieron por Cristo, como hizo Pedro. Más bien, debemos avergonzarnos que haya alguna dificultad para hacerlo.

Vv. 31—34. El Espíritu de Cristo en los profetas del Antiguo Testamento, testificaba de antemano de sus sufrimientos, y de la gloria que seguiría, 1 Pedro i, 11. Los prejuicios de los discípulos eran tan fuertes que no entendían literalmente estas cosas. Estaban tan concentrados en las profecías que hablaban de la gloria de Cristo, que olvidaron las que hablaban de sus sufrimientos. La gente comete errores porque leen su Biblia parcialmente, y sólo gustan de las cosas lindas. Somos tan reacios a aprender las lecciones de los sufrimientos, la crucifixión y resurrección de Cristo como lo eran los discípulos a los que les dijo sobre estos hechos; y, por la misma razón; el amor propio y el deseo de objetos mundanos nos cierran el entendimiento.

Vv. 35—43. Este pobre ciego estaba al costado del camino mendigando. No sólo era ciego, sino pobre, digno símbolo de la humanidad que Cristo vino a sanar y salvar. La oración de fe guiada por las alentadoras promesas de Cristo, y basada en ellas, no son en vano. La gracia de Cristo debe reconocerse con gratitud para la gloria de Dios. Es para la gloria de Dios si seguimos a Jesús, como lo harán aquellos cuyos ojos sean abiertos. Debemos alabar a Dios por sus misericordias con el prójimo, y por las nuestras. Si deseamos entender con justicia estas cosas, debemos ir a Cristo, como el ciego, rogando fervorosamente que nos abra los ojos, y nos muestre claramente la excelencia de sus preceptos y el valor de su salvación.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—10. *La conversión de Zaqueo.* 11—27. *La parábola del noble y sus siervos.* 28—40. *Cristo entra en Jerusalén.* 41—48. *Cristo llora sobre Jerusalén.*

Vv. 1—10. Los que, como Zaqueo, desean sinceramente ver a Cristo, vencerán cualquier obstáculo y se esforzarán para verlo. —Cristo ofrece visita a la casa de Zaqueo. Donde Cristo va, abre el corazón y lo inclina a recibirlo. El que quiere conocer a Cristo, será conocido de Él. Aquellos a quienes Cristo llama, deben humillarse y descender. Bien podemos recibir con gozo al que trae todo lo bueno consigo. Zaqueo públicamente dio pruebas de haber llegado a ser un verdadero convertido. No busca ser justificado por sus obras como el fariseo, pero por sus buenas obras demostrará la sinceridad de su fe y el arrepentimiento por la gracia de Dios. —Zaqueo es considerado feliz, ahora que se volvió del pecado a Dios. Ahora que es salvo de sus pecados, de su culpa, del poder de ellos, son suyos todos los beneficios de la salvación. Cristo ha venido a su casa, y donde Cristo va, lleva consigo la salvación. Vino a este mundo perdido a buscarlo y salvarlo. Su objetivo era salvar, donde no había salvación en ningún otro. Él busca a los que no lo buscan y ni preguntan por Él.

Vv. 11—27. Esta parábola es como la de los talentos, Mateo xxv. A los que son llamados a Cristo, les provee los dones necesarios para su actividad; y espera servicio de aquellos a los que da poder. La manifestación del Espíritu es dada a todo hombre para que la aproveche, 1 Corintios xii, 7. Como cada uno ha recibido el don, que lo ministre, 1 Pedro iv, 10. El relato requerido recuerda el

de la parábola de los talentos; y señala el castigo de los enemigos jurados de Cristo, y el de los falsos profesantes. La diferencia principal está en que la mina dada a cada uno parece apuntar a la dádiva del evangelio, que es la misma para todos los que lo oyen; pero los talentos repartidos en más y en menos, parecen indicar que Dios da diferentes capacidades y ventajas a los hombres, por las cuales puedan mejorar de manera diferente este don único del evangelio.

Vv. 28—40. Cristo tiene dominio sobre todas las criaturas y puede usarlas como le plazca. Tiene los corazones de todos los hombres bajo su ojo y en su mano. Los triunfos de Cristo, y las jubilosas alabanzas de sus discípulos, afligen a los orgullosos fariseos que son enemigos suyos y de su reino. Como Cristo desprecia el desdén de los soberbios, acepta las alabanzas del humilde. Los fariseos quisieron silenciar las alabanzas a Cristo, pero no pueden puesto que Dios puede levantar hijos para Abraham aun de las piedras, y volver el corazón de piedra hacia Él, para sacar alabanza de las bocas de los niños. ¡Cómo van a ser los sentimientos de los hombres cuando el Señor regrese en gloria a juzgar el mundo!

Vv. 41—48. ¿Quién puede contemplar al santo Jesús mirando anticipadamente las miserias que aguardaban a sus asesinos, llorando por la ciudad donde se iba a derramar su sangre preciosa, y no ver que la imagen de Dios en el creyente consiste en gran medida en buena voluntad y compasión? Por cierto no pueden ser buenos los que toman las doctrinas de la verdad en forma tal que se endurecen hacia su prójimo pecador. Cada uno recuerde que, pese a que Jesús lloró por Jerusalén, va a ejecutar una venganza espantosa en ella. Aunque no se goce en la muerte del pecador, con toda seguridad hará que se concreten sus amenazas temibles en los que rechazaron su salvación. El Hijo de Dios no lloró con lágrimas vanas y sin causa, por un asunto liviano ni por sí mismo. Él conoce el valor de las almas, el peso de la culpa y cuánto oprime y hunde a la humanidad. Venga entonces Él y limpie nuestros corazones por Su Espíritu, de todo eso que lo contamina. Que los pecadores en todo lugar presten atención a las palabras de verdad y salvación.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—8. *Los sacerdotes y los escribas cuestionan la autoridad de Cristo.* 9—19. *La parábola de la viña y el propietario.* 20—26. *Sobre dar tributo.* 27—38. *Acerca de la resurrección.* 39—47. *Los escribas, silenciados.*

Vv. 1—8. A menudo, los hombres pretenden examinar las pruebas de la revelación y de la verdad del evangelio, cuando sólo andan buscando excusas para su propia incredulidad y desobediencia. Cristo responde a estos sacerdotes y escribas con una sencilla pregunta sobre el bautismo de Juan, que la gente corriente podía responder. Todos sabían que era del cielo, nada en este tenía una tendencia terrenal. A los que entierran el conocimiento que tienen, se les niega con justicia un conocimiento superior. Fue justo que Cristo rehusara dar cuenta de su autoridad a los que sabían que el bautismo de Juan era del cielo, pero no creían en él ni reconocían lo que sabían.

Vv. 9—19. Cristo dijo esta parábola contra los que resolvieron no reconocer su autoridad, aunque era tan completa la prueba de ella. ¡Cuántos se parecen a los judíos que asesinaron a los profetas y crucificaron a Cristo, en su enemistad contra Dios y la aversión a su servicio, porque desean vivir descontroladamente en conformidad con sus concupiscencias! Que todos los favorecidos con la palabra de Dios, la miren para usar provechosamente sus ventajas. Espantosa será la condena de quienes rechazan al Hijo y de quienes profesan reverenciarle, pero no dan los frutos a su debido tiempo. —Aunque no podían sino reconocer tal pecado, el castigo era justo, aunque ellos no pudieron tolerar escucharlo. La necesidad de los pecadores es que perseveran en los caminos pecaminosos aunque teman la destrucción al final de esos caminos.

Vv. 20—26. Los que son muy astutos en sus designios contra Cristo y su evangelio no pueden

ocultarlo. No dio respuesta directa, pero los reprendió por ofrecer imponerse sobre Él; y no pudieron hallar nada con que incitar al gobernador o al pueblo en su contra. La sabiduría que es de lo alto dirigirá a todos los que enseñan verdaderamente el camino de Dios para que eviten las trampas tendidas contra ellos por los hombres impíos; y enseñarán nuestro deber a Dios, a nuestros gobernantes y a todos los hombres tan claramente que los opositores no tendrán nada malo que decir de nosotros.

Vv. 27—38. Corriente es que los que conciben el sabotaje de la verdad de Dios, la carguen con dificultades. Nos equivocamos y dañamos la verdad de Cristo cuando formamos nuestras ideas del mundo de los espíritus por el mundo de los sentidos. Hay más mundos que el mundo visible actual y el mundo invisible futuro; que todos comparen este mundo y ese mundo y den preferencia, en sus pensamientos e intereses, al que los merezca. —Los creyentes tendrán la resurrección de los muertos; esa es la resurrección bendita. No podemos expresar ni concebir cuál será el estado dichoso de los habitantes de ese mundo, 1 Corintios ii, 9. Quienes entran en el gozo de su Señor, están totalmente arrobados con eso; cuando sea perfecta la santidad, no habrá ocasión para las provisiones contra el pecado. Cuando Dios se dice Dios de los patriarcas, quiere decir que fue el Dios absolutamente suficiente para ellos, Génesis xvii, 1; el excelente galardón de ellos. Génesis xv, 1. Él nunca hizo eso por ellos en este mundo, lo cual respondía a la plena magnitud de su esfuerzo; por tanto, debe haber otra vida en que Él hará eso por ellos, que cumplirá completamente la promesa.

Vv. 39—47. Los escribas elogiaron la respuesta de Cristo a los saduceos sobre la resurrección, pero fueron silenciados por una pregunta sobre el Mesías. Cristo, como Dios, era el Señor de David, pero Cristo, como hombre, era Hijo de David. —Los escribas recibieron el juicio más severo por engañar a las viudas pobres y por abusar de la religión, en particular de la oración, que usaban como pretexto para ejecutar planes impíos y mundanos. La piedad fingida es doble pecado. Entonces, roguemos a Dios que nos impida el orgullo, la ambición, la codicia, y toda cosa mala; y que nos enseñe a buscar ese honor que sólo viene de Él.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—4. *Cristo elogia a una viuda pobre.* 5—28. *Su profecía.* 29—38. *Cristo exhorta a estar alertas.*

Vv. 1—4. De la ofrenda de esta viuda pobre aprendamos que lo que damos en justicia para ayuda del pobre, y para el sostenimiento del culto a Dios, se da a Dios; y que nuestro Salvador ve con agrado lo que tenemos en nuestros corazones cuando damos para ayuda de sus miembros o para su servicio. ¡Bendito Señor! El más pobre de tus siervos tiene dos centavos, ellos tienen un alma y un cuerpo; convéncenos y capacítanos para ofrecerte ambos a Ti; ¡cuán dichosos seremos si los aceptas!

Vv. 5—19. Los cercanos a Cristo preguntan con mucha curiosidad cuándo será la gran desolación. Responde clara y completamente en la medida que era necesario para enseñarles su deber; porque todo conocimiento es deseable en la medida que sea para poner por obra. Aunque los juicios espirituales son los más corrientes de los tiempos del evangelio, Dios también hace uso de los juicios temporales. Cristo les dice qué cosas duras van a sufrir por amor de su nombre y les exhorta a soportar sus pruebas, y seguir con su obra, a pesar de la oposición que encontrarán. — Dios estará con vosotros, y os reconocerá y os asistirá. Esto se cumplió notablemente después del derramamiento del Espíritu Santo, por el cual Cristo dio sabiduría y elocuencia a sus discípulos. Aunque seamos perdedores *por* Cristo no seremos ni podemos ser perdedores *para* Él al fin. Nuestro deber e interés en todo tiempo, especialmente en los peligros de prueba, es garantizar la seguridad de nuestras almas. Mantenemos la posesión de nuestras almas por la paciencia cristiana y

dejamos fuera todas aquellas impresiones que nos harían perder el carácter.

Vv. 20—28. Podemos ver ante nosotros una profecía muy parecida a las del Antiguo Testamento que, juntas con su gran objeto, abarcan o dan un vistazo a un objeto más cercano de importancia para la Iglesia. Habiendo dado una idea de los tiempos de los siguientes treinta y ocho años, Cristo muestra que todas esas cosas terminarán en la destrucción de Jerusalén y la completa dispersión de la nación judía; lo cual será tipo y figura de la segunda venida de Cristo. —Los judíos dispersos a nuestro alrededor predicán la verdad del cristianismo y demuestran que las palabras de Jesús no pasarán aunque el cielo y la tierra pasarán. También nos recuerdan que oremos por los tiempos en que la verdadera Jerusalén y la espiritual no serán ya más pisoteadas por los gentiles, y cuando judíos y gentiles sean vueltos al Señor. —Cuando Cristo vino a destruir a los judíos, vino a redimir a los cristianos que eran perseguidos y oprimidos por ellos; y entonces tuvieron reposo las iglesias. Cuando venga a juzgar al mundo, redimirá de sus tribulaciones a todos los suyos. Tan completamente cayeron los juicios divinos sobre los judíos que su ciudad es puesta como ejemplo ante nosotros para mostrar que los pecados no pasarán sin castigo; y que los terrores del Señor y todas sus amenazas contra los pecadores que no se han arrepentido se llevarán a cabo, así como su palabra sobre Jerusalén fue verdad y grande su ira contra ella.

Vv. 29—38. Cristo dice a sus discípulos que observen las señales de los tiempos para que juzguen por ellos. Les encarga que consideren cercana la ruina de la nación judía. Sin embargo, esta raza y familia de Abraham no será desarraigada; sobrevivirá como nación y será hallada según fue profetizado, cuando sea revelado el Hijo del Hombre. —Les advierte contra estar confiados en su sensualidad. Este mandamiento es dado a todos los discípulos de Cristo. Cuidaos de no ser abrumados por las tentaciones ni traicionados por vuestras propias corrupciones. No podemos estar a salvo si estamos carnalmente seguros. Nuestro peligro es que nos sobrevenga el día de la muerte y el juicio cuando no estemos preparados. No sea que cuando seamos llamados a encontrarnos con nuestro Señor, lo que debiera estar más cerca de nuestros corazones sea lo que esté más lejos de nuestros pensamientos. Pues así será para la mayoría de los hombres que habitan la tierra y que únicamente piensan las cosas terrenales y no tienen comunicación con el cielo. Será terror y destrucción para ellos. —Aquí véase la que debiera ser nuestra mira para ser tenidos por dignos de escapar de todas esas cosas; para que cuando los juicios de Dios estén por todos lados, nosotros no estemos en la calamidad común, o que no sea para nosotros lo que es para los demás. ¿Se pregunta cómo puede ser hallado digno de comparecer ante Cristo en aquel día? Los que nunca han buscado a Cristo, que ahora vayan a Él; los que nunca se han humillado por sus pecados, que empiecen ahora; los que ya han empezado, que sigan y se conserven humildes. Por tanto, vela y ora siempre. Sé alerta contra el pecado; alerta en todo deber, y aprovecha al máximo toda oportunidad de hacer el bien. Ora siempre: serán tenidos por dignos de vivir una vida de alabanza en el otro mundo los que viven una vida de oración en este mundo. Empecemos, empleemos y concluyamos cada día atendiendo a la palabra de Cristo, obedeciendo sus preceptos, y siguiendo su ejemplo, para que cuando Él llegue nosotros seamos hallados velando.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—6. *La traición de Judas.* 7—18. *La pascua.* 19, 20. *Institución de la cena del Señor.* 21—38. *Cristo amonesta a los discípulos.* 39—46. *La agonía de Cristo en el huerto.* 47—53. *Cristo traicionado.* 54—62. *La caída de Pedro.* 63—71. *Cristo reconoce ser el Hijo de Dios.*

Vv. 1—6. Cristo conocía a todos los hombres y tuvo fines sabios y santos al aceptar que Judas fuera un discípulo. Aquí se nos dice cómo aquel que conocía tan bien a Cristo, llegó a traicionarlo: Satanás entró en Judas. Cuesta mucho decir si hacen más daño al reino de Cristo el poder de sus enemigos declarados o la traición de falsos amigos, pero sin éstos, los enemigos no podrían hacer

tanto mal como el que hacen.

Vv. 7—18. Cristo guardó las ordenanzas de la ley, particularmente la de la pascua para enseñarnos a observar las instituciones del evangelio y, más que nada, la de la cena del Señor. Los que andan por la palabra de Cristo no tienen que temer desilusiones. Según las instrucciones que les dio, todos los discípulos se prepararon para la pascua. —Jesús expresa su alegría por celebrar esta pascua. La deseaba, aunque sabía que luego vendrían sus sufrimientos, porque tenía como objetivo la gloria de su Padre y la redención del hombre. Se despide de todas las pascuas significando que terminan las ordenanzas de la ley ceremonial, de la cual la pascua era una de las primeras y la principal. El tipo fue dejado de lado, porque ahora en el reino de Dios había llegado la sustancia.

Vv. 19, 20. La cena del Señor es una señal o conmemoración de Cristo que ya vino, que nos liberó muriendo por nosotros; su muerte se pone ante nosotros de manera especial en esta ordenanza, por la que la recordamos. Aquí el partimiento del pan nos recuerda el quebranto del cuerpo de Cristo en sacrificio por nosotros. Nada puede ser mejor alimento y más satisfactorio para el alma que la doctrina de la expiación del pecado hecha por Cristo y la seguridad de tener parte en esa expiación. Por tanto, hacemos esto en memoria de lo que Él hizo por nosotros cuando murió por nosotros; y como recordatorio de lo que hacemos, al unirnos a Él en el pacto eterno. El derramamiento de la sangre de Cristo, por lo cual se hace la expiación, se representa por el vino en la copa.

Vv. 21—38. ¡Qué inconveniente para el carácter del seguidor de Jesús es la ambición mundana de ser el más grande, sabiendo que Cristo asumió la forma de siervo y se humilló hasta la muerte de cruz! En el camino a la dicha eterna tenemos que esperar ser atacados y zarandeados por Satanás. Si no puede destruirnos, tratará de hacernos desdichados o de angustiarnos. Nada precede con mayor certeza a la caída de un seguidor confeso de Cristo, que la confianza en sí mismo, con desconsideración por las advertencias y desprecio del peligro. A menos que velemos y oremos siempre podemos ser arrastrados en el curso del día a aquellos pecados contra los cuales estábamos más decididos en la mañana. Si los creyentes fueran dejados a sí mismos, caerían, pero son mantenidos por el poder de Dios, y la oración de Cristo. —Nuestro Señor les anuncia la aproximación de un cambio muy grande de circunstancias. Los discípulos no deben esperar que sus amigos sean amables con ellos como antes. Por tanto, el que tenga dinero, que lo lleve consigo porque puede necesitarlo. Ahora deben esperar que sus enemigos sean más feroces que antes y necesitarán armas. En esa época los apóstoles entendieron que Cristo quería decir armas reales, pero Él sólo hablaba de las armas de la guerra espiritual. La espada del Espíritu es la espada con que deben armarse los discípulos de Cristo.

Vv. 39—46. Cada descripción que dan los evangelistas de la disposición mental con que nuestro Señor enfrenta este conflicto, prueba la terrible naturaleza del ataque, y el perfecto conocimiento anticipado de sus terrores que poseía el manso y humilde Jesús. Aquí hay tres cosas que no están en los otros evangelistas: —1. *Cuando Cristo agoniza se presenta un ángel del cielo que le fortalece.* Parte de su humillación fue tener que ser fortalecido por un espíritu ministrador. —2. *Estando en agonía oró más fervorosamente.* La oración, aunque nunca es inoportuna, es especialmente oportuna cuando agonizamos. —3. *En esta agonía su sudor fue como grandes gotas de sangre que caían.* Esto muestra el sufrimiento de su alma. Debemos orar también para ser capacitados para resistir hasta derramar nuestra sangre en la lucha contra el pecado, si alguna vez se nos llama a eso. —¡La próxima vez que en tu imaginación te detengas a deleitarte en algún pecado favorito, piensa en sus efectos como los que ves aquí! Mira sus terribles efectos en el huerto de Getsemaní y desea profundamente odiar y abandonar a ese enemigo, con la ayuda de Dios, y rescatar pecadores por los cuales el Redentor oró, agonizó y sangró.

Vv. 47—53. Nada puede ser mayor afrenta o dolor para el Señor Jesús que ser traicionado por los que profesan ser sus seguidores, y dicen que le aman. Muchos ejemplos hay de Cristo traicionado por quienes, bajo la apariencia de piedad, luchan contra su poder. Aquí Jesús dio un ejemplo ilustre de su regla de hacer el bien a los que nos odian, como después lo dio sobre orar por quienes nos tratan desdeñosamente. La naturaleza corrompida envuelve nuestra conducta hasta el

extremo; debemos buscar la dirección del Señor antes de actuar en circunstancias difíciles. Cristo estuvo dispuesto a esperar sus triunfos hasta que su guerra estuviera consumada, y así debemos hacer nosotros también. La hora y el poder de las tinieblas fueron cortos, y siempre será así con los triunfos de los impíos.

Vv. 54—62. La caída de Pedro fue negar que conocía a Cristo y que era su discípulo; lo negó debido a la angustia y el peligro. El que una vez dice una mentira es tentado fuertemente a persistir: el comienzo de ese pecado, como en las luchas, es como dejar correr el agua. El Señor se vuelve y mira a Pedro: —1. Fue una mirada *acusadora*. Jesús se volvió y lo miró como diciendo, Pedro, ¿no me conoces? —2. Fue una mirada de *reproche*. Pensemos con que aspecto de reprensión nos mira Cristo, con justicia, cuando pecamos. —3. Fue una mirada de *amonestación*. ¡Tú que eras el más dispuesto a confesarme como Hijo de Dios, y prometiste solemnemente no negarme jamás! —4. Fue una mirada *compasiva*. Pedro, ¡cuán caído y deshecho estás si no te ayudo! —5. Fue una mirada de *mando* <D, vé y reflexiona. —6. Fue una mirada *significante*. Significaba la transmisión de gracia al corazón de Pedro para capacitarlo, para que se arrepintiera. La gracia de Dios obra en la palabra de Dios y por ella, la trae a la mente y la hace llegar a la conciencia, y así da al alma el feliz regreso. Cristo miró a los principales sacerdotes, pero no los impresionó como a Pedro. No fue la sola mirada de Cristo lo que restauró a Pedro, sino su gracia divina en ella.

Vv. 63—71. Los que condenaron a Jesús por blasfemo eran los más viles blasfemos. Los refirió a su segunda venida como prueba completa de que era el Cristo, para confusión de ellos, puesto que no reconocerían la prueba que los dejaría convictos. Se reconoce Hijo de Dios aunque sabe que debía sufrir por ello. Ellos basaron en esto su condena. Cegados sus ojos, se precipitaron. Meditemos en esta asombrosa transacción y consideremos a Aquel que soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—5. *Cristo ante Pilato*. 6—12. *Cristo ante Herodes*. 13—25. *Barrabás preferido a Cristo*. 26—31. *Cristo habla de la destrucción de Jerusalén*. 32—43. *La crucifixión*.—*El malhechor arrepentido*. 44—49. *La muerte de Cristo*. 50—56. *El entierro de Cristo*.

Vv. 1—5. Pilato tenía bien clara la diferencia entre sus fuerzas armadas y los seguidores de nuestro Señor. Pero, en lugar de ablandarse por la declaración de inocencia dada por Pilato, y de considerar si no estaban echándose encima la culpa de sangre inocente, los judíos se enojaron más. El Señor lleva sus designios a un glorioso final, aun por medio de los que siguen las invenciones de su propio corazón. Así, todos los partidos se unieron, como para probar la inocencia de Jesús, que era el sacrificio expiatorio por nuestros pecados.

Vv. 6—12. Herodes había oído muchas cosas de Jesús en Galilea y, por curiosidad, anhelaba verlo. El mendigo más pobre que haya pedido un milagro para el alivio de su necesidad, nunca fue rechazado; pero este príncipe orgulloso, que pedía un milagro sólo para satisfacer su curiosidad, es rechazado. Podría haber visto a Cristo y sus prodigios en Galilea y no quiso; por tanto, se dice con justicia: Ahora que desea verlas, no las verá. Herodes mandó a Cristo de vuelta a Pilato: las amistades de los hombres impíos se forman a menudo de la unión en la maldad. En poco estaban de acuerdo, salvo en la enemistad contra Dios, y el desprecio por Cristo.

Vv. 13—25. El temor al hombre mete a muchos en la trampa de hacer algo injusto aún contra su conciencia para no meterse en problemas. Pilato declara inocente a Jesús y tiene la intención de dejarlo libre, pero, para complacer al pueblo, lo castiga como a malhechor. Si no halló falta en Él, ¿por qué castigarlo? Pilato se rindió a la larga; no tuvo el valor de ir contra una corriente tan fuerte. Dejó a Jesús librado a la voluntad de ellos para ser crucificado.

Vv. 26—31. Aquí tenemos al bendito Jesús, el Cordero de Dios, llevado como cordero al matadero, al sacrificio. Aunque muchos le reprocharon e insultaron, algunos lo compadecieron, pero la muerte de Cristo fue su victoria y triunfo sobre sus enemigos: fue nuestra liberación, la compra de la vida eterna para nosotros. Por tanto, no lloremos por Él sino por nuestros propios pecados, y los pecados de nuestros hijos, que causaron su muerte; y lloremos por temor a las miserias que nos acarreamos si tomamos su amor a la ligera, y rechazamos su gracia. Si Dios lo dejó librado a sufrimientos como estos, porque era sacrificio por el pecado, ¿qué hará con los pecadores mismos que se hicieron árbol seco, generación corrupta y mala y buena para nada! Los amargos sufrimientos de nuestro Señor Jesús deben hacernos estar sobrecogidos ante la justicia de Dios. Los mejores santos, comparados con Cristo, son árboles secos; si Él sufrió, ¿por qué ellos tendrían la expectativa de no sufrir? ¡Cómo será, entonces, la condenación de los pecadores! Hasta los sufrimientos de Cristo predicán terror a los transgresores obstinados.

Vv. 32—43. Tan pronto como Cristo fue clavado en la cruz, oró por los que lo crucificaron. Él murió para comprarnos y conseguírnos la gran cosa que es el perdón de pecados. Por esto oró. — Jesús fue crucificado entre dos ladrones; en ellos se muestran los diferentes efectos que la cruz de Cristo tiene sobre los hijos de los hombres por la predicación del evangelio. Un malhechor se endureció hasta el fin. Ninguna aflicción cambiará de por sí un corazón endurecido. El otro se ablandó al fin: fue sacado como tizón de la hoguera y fue hecho monumento a la misericordia divina. Esto no estimula a nadie a postergar el arrepentimiento hasta el lecho de muerte, o esperar hallar entonces misericordia. Ciertamente es que el arrepentimiento *verdadero* nunca es *demasiado tarde*, pero es tan cierto que el arrepentimiento *tardío* rara vez es *verdadero*. Nadie puede estar seguro de tener tiempo para arrepentirse en la muerte, pero nadie puede tener la seguridad de tener las ventajas que tuvo este ladrón penitente. — Veremos que este caso es único si observamos los efectos nada comunes de la gracia de Dios en este hombre. Él reprochó al otro por reírse de Cristo. Reconoció que merecía lo que le hacían. Creyó que Jesús sufría injustamente. Observe su fe en esta oración. Cristo estaba sumido en lo hondo de la desgracia, sufriendo como un engañador sin ser librado por su Padre. Hizo esta profesión antes que mostrara los prodigios, que dieron honra a los sufrimientos de Cristo, y asombraron al centurión. Creyó en una vida venidera, y deseó ser feliz en esa vida; no como el otro ladrón, que solo quería ser salvado de la cruz. Véase su humildad en esta oración. Todo lo que pide es, Señor, acuérdate de mí, dejando enteramente en manos de Jesús el cómo recordarlo. Así fue humillado en el arrepentimiento verdadero, y dio todos los frutos del arrepentimiento que permitieron sus circunstancias. — Cristo en la cruz muestra como Cristo en el trono. Aunque estaba en la lucha y agonía más grandes, aun así, tuvo piedad de un pobre penitente. Por este acto de gracia tenemos que comprender que Jesucristo murió para abrir el cielo a todos los creyentes penitentes y obedientes. Es un solo caso en la Escritura; debe enseñarnos a no desesperar de nada, y que nadie debiera desesperar; pero, para que no se cometa abuso se pone en contraste con el estado espantoso del otro ladrón que se endureció en la incredulidad, aunque tenía tan cerca al Salvador crucificado. Téngase la seguridad de que, en general, los hombres mueren como viven.

Vv. 44—49. Aquí tenemos la muerte de Cristo magnificada por los prodigios que la acompañaron, y su muerte explicada por las palabras con que expiró su alma. Estaba dispuesto a ofrendarse. Procuremos glorificar a Dios por el arrepentimiento verdadero y la conversión; protestando contra los que crucificaron al Salvador; por una vida santa, justa y sobria; y empleando nuestros talentos al servicio de aquel que murió y resucitó por nosotros.

Vv. 50—56. Aunque no se jacten de una profesión de fe externa hay muchos que como José de Arimatea, cuando se presenta la ocasión están más dispuestos que otros que hacen mucho ruido, a efectuar un servicio verdadero. — Cristo fue sepultado con prisa, porque se acercaba el día de reposo. Llorar no debe estorbar al sembrar. Aunque estaban llorando la muerte de su Señor aun así, debían prepararse para mantener santo el día de reposo. Cuando se acerca el día de reposo debe haber preparativos. Nuestros asuntos mundanos deben ser ordenados en forma tal que no nos impidan hacer la obra del día de reposo; y nuestros afectos santos deben ser tan estimulados que nos guíen a cumplirla. Cualquiera sea la obra que emprendamos, o como sean afectados nuestros corazones, no fallemos en prepararnos para el santo día de reposo y mantenerlo santo, porque es el

día del Señor.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—12. *La resurrección de Cristo.* 13—27. *Se aparece a dos discípulos en el camino a Emaús.* 28—35. *Se da a conocer a ellos.* 36—49. *Cristo se aparece a otros discípulos.* 50—53. *Su ascensión.*

Vv. 1—12. Véase el afecto y el respeto que las mujeres demostraron hacia Cristo, después que murió y fue sepultado. Obsérvese la sorpresa cuando hallaron removida la piedra y vacía la tumba. Los cristianos suelen quedar confundidos con lo que debiera consolarlos y animarlos. Esperaban hallar a su Maestro en su sudario, en vez de ángeles en ropajes refulgentes. Los ángeles les aseguraron que había resucitado de entre los muertos; ha resucitado por su poder. Estos ángeles del cielo no traen un evangelio nuevo, pero recuerdan a las mujeres las palabras de Cristo, y les enseñan a aplicarlas. —Podemos maravillarnos de estos discípulos, que creían que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías verdadero, a los que tan a menudo les había dicho que debía morir y resucitar, y luego entrar en su gloria, y que en más de una ocasión le habían visto resucitar muertos, pudieran tardar tanto en creer en su resurrección por su poder. Todos nuestros errores en la religión surgen de ignorar u olvidar las palabras que Cristo ha dicho. —Ahora Pedro corre al sepulcro, él que tan recientemente había huido de su Maestro. Estaba asombrado. Hay muchas cosas que nos causan estupefacción y confusión, y que serían claras y provechosas si entendiésemos correctamente las palabras de Cristo.

Vv. 13—27. Esta aparición de Jesús a los dos discípulos que iban a Emaús, sucedió el mismo día en que resucitó de entre los muertos. Muy bien corresponde a los discípulos de Cristo hablar de su muerte y resurrección, cuando están juntos; de este modo pueden beneficiarse del conocimiento mutuo, refrescarse mutuamente la memoria y estimularse unos a otros sus afectos devotos. Dónde haya sólo dos que estén ocupados en este tipo de obra, Él vendrá a ellos y será el tercero. Los que buscan a Cristo lo hallarán: Él se manifestará a los que preguntan por Él; y dará conocimiento a los que usan las ayudas que tienen para el conocimiento. —No importa cómo fue, pero ocurre que ellos no lo conocieron; Él lo ordenó así para que ellos pudieran conversar más libremente con Él. Los discípulos de Cristo suelen entristecerse y apenarse aunque tienen razón para regocijarse, pero por la debilidad de su fe, no pueden tomar el consuelo ofrecido. Aunque Cristo entró a su estado de exaltación, todavía nota la tristeza de sus discípulos y se aflige de sus aflicciones. —Son forasteros en Jerusalén los que no saben de la muerte y de los padecimientos de Jesús. Los que tienen el conocimiento de Cristo crucificado, deben tratar de difundir ese saber. Nuestro Señor Jesús les reprochó la debilidad de su fe en las Escrituras del Antiguo Testamento. Si supiéramos más de los consejos divinos según han sido dados a conocer en las Escrituras, no estaríamos sujetos a las confusiones en que a menudo nos enredamos. Les muestra que los padecimientos de Cristo eran, realmente, el camino designado a su gloria, pero la cruz de Cristo era aquello en que ellos no se podían reconciliar por sí mismos. Empezando por Moisés, el primer escritor inspirado del Antiguo Testamento, Jesús les expone cosas acerca de sí mismo. Hay muchos pasajes en todas las Escrituras con referencia a Cristo, y es muy provechoso reunirlos. No nos adentramos en ningún texto sin encontrar algo referido a Cristo, una profecía, una promesa, una oración, un tipo u otra cosa. El hilo de oro de la gracia del evangelio recorre toda la trama del Antiguo Testamento. Cristo es el mejor expositor de la Escritura y, aun después de su resurrección, condujo a la gente a conocer el misterio acerca de sí mismo; no por el planteamiento de nociones nuevas, sino mostrándoles cómo se cumplió la Escritura, y volviéndolos al estudio ferviente de ellas.

Vv. 28—35. Si deseamos tener a Cristo habitando en nosotros, debemos ser honestos con Él. Los que han experimentado el placer y el provecho de la comunión con Él, sólo pueden desear más

de su compañía. Tomó el pan, lo bendijo y lo partió, y lo dio a ellos. Esto hizo con la autoridad y afecto acostumbrado, en la misma forma, quizás con las mismas palabras. Aquí nos enseña a desear una bendición para cada comida. Véase cómo Cristo, por su Espíritu y su gracia, se da a conocer a las almas de su pueblo. Les abre las Escrituras. Se reúne con ellos en su mesa, en la ordenanza de la cena del Señor; se da a conocer a ellos al partir el pan, pero la obra se completa abriéndoles los ojos del entendimiento; tenemos breves visiones de Cristo en este mundo, pero cuando entremos al cielo lo veremos para siempre. —Ellos habían encontrado poderosa la predicación, aunque no reconocieron al predicador. Las Escrituras que hablan de Cristo harán arder los corazones de sus verdaderos discípulos. Probablemente nos haga el mayor bien lo que nos afecta con el amor de Jesús al morir por nosotros. Es deber de aquellos a quienes se ha mostrado, dar a conocer al prójimo lo que Él ha hecho por sus almas. De gran uso para los discípulos de Cristo es comparar sus experiencias y contárselas unos a otros.

Vv. 36—49. Jesús se apareció de manera milagrosa, asegurando a los discípulos su paz, aunque ellos lo habían olvidado tan recientemente, y prometiéndoles paz espiritual con cada bendición. Muchos pensamientos conflictivos que inquietan nuestra mente, proceden de errores sobre Cristo. Todos los pensamientos conflictivos que surgen en nuestros corazones en cualquier momento son conocidos por el Señor Jesús, y le desagradan. Habló con ellos sobre su incredulidad irracional. Nada ha pasado, sino lo anunciado por los profetas, y lo necesario para la salvación de los pecadores. Ahora, se debe enseñar a todos los hombres la naturaleza y la necesidad del arrepentimiento para el perdón de sus pecados. Se debe procurar estas bendiciones por fe en el nombre de Jesús. Cristo por su Espíritu obra en las mentes de los hombres. Hasta los hombres buenos necesitan que se les abra el entendimiento, pero para que piensen bien de Cristo, nada se necesita más que se les haga entender las Escrituras.

Vv. 50—53. Cristo ascendió desde Betania, cerca del Monte de los Olivos. Ahí estaba el huerto donde empezaron sus sufrimientos; ahí estuvo en su agonía. Los que van al cielo deben ascender desde la casa de los sufrimientos y los dolores. Los discípulos no lo vieron salir de la tumba; su resurrección pudo probarse viéndolo vivo después: pero lo vieron ascender al cielo; de lo contrario, no hubiesen tenido pruebas de su ascensión. —Levantó las manos y los bendijo. No se fue descontento, sino con amor, dejando una bendición tras Él. Como resucitó, así ascendía, por su poder. —Ellos le adoraron. Esta nueva muestra de la gloria de Cristo sacó de ellos nuevos reconocimientos. Volvieron a Jerusalén con gran gozo. La gloria de Cristo es el gozo de todos los creyentes verdaderos, ya en este mundo. Mientras esperamos las promesas de Dios, debemos salir a recibirlas con alabanzas. Nada prepara mejor la mente para recibir al Espíritu Santo. Los temores son acallados, las penas endulzadas y aliviadas, y se conservan las esperanzas. Esta es la base de la confianza del cristiano ante el trono de la gracia; sí, el trono del Padre es el trono de la gracia para nosotros, porque también es el trono de nuestro Mediador, Jesucristo. Descansemos en sus promesas e invoquémoslas. Atendamos a sus ordenanzas, alabemos y bendigamos a Dios por sus misericordias, pongamos nuestros afectos en las cosas de arriba, y esperemos la venida del Redentor para completar nuestra felicidad. Amén. Sí, Señor Jesús, ven pronto.

Henry, Matthew

JUAN

El apóstol y evangelista Juan parece haber sido el más joven de los doce. Fue especialmente favorecido con la consideración y confianza de nuestro Señor, al punto que se lo nombra como el discípulo al que amaba Jesús. Estaba sinceramente ligado a su Maestro. Ejerció su ministerio en Jerusalén con mucho éxito, y sobrevivió a la destrucción de esa ciudad, según la predicción de Cristo, capítulo xxi, 22. La historia narra que después de la muerte de la madre de Cristo, Juan vivió principalmente en Éfeso. Hacia el final del reinado de Domiciano fue deportado a la isla de Patmos, donde escribió su Apocalipsis. Al instalarse Nerva, fue puesto en libertad y regresó a Éfeso, donde se cree que escribió su evangelio y las epístolas, alrededor del 97 d. C., y murió poco después. —El objetivo de este evangelio parece ser la transmisión al mundo cristiano de nociones justas de la naturaleza, el oficio y el carácter verdadero del Maestro Divino, que vino a instruir y a redimir a la humanidad. Con este propósito, Juan fue guiado a elegir, para su narración, los pasajes de la vida de nuestro Salvador que muestran más claramente su autoridad y su poder divino; y aquellos discursos en que habló más claramente de su naturaleza, y del poder de su muerte como expiación por los pecados del mundo. Omitiendo o mencionando brevemente, los sucesos registrados por los otros evangelistas, Juan da testimonio de que sus relatos son verdaderos, y deja lugar para las declaraciones doctrinarias ya mencionadas, y para detalles omitidos en otros evangelios, muchos de los cuales tienen enorme importancia.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *La divinidad de Cristo.* 6—14. *Su naturaleza divina y humana.* 15—18. *El testimonio de Cristo por Juan el Bautista.* 19—28. *El testimonio público de Juan sobre Cristo.* 29—36. *Otros testimonios de Juan sobre Cristo.* 37—42. *Andrés y otro discípulo siguen a Jesús.* 43—51. *Llamamiento de Felipe y Natanael.*

Vv. 1—5. La razón más simple del por qué se llama Verbo al Hijo de Dios, parece ser, que como nuestras palabras explican nuestras ideas a los demás, así fue enviado el Hijo de Dios para revelar el pensamiento de Su Padre al mundo. —Lo que dice el evangelista acerca de Cristo prueba que Él es Dios. Afirma su existencia en el comienzo; su coexistencia con el Padre. El Verbo estaba con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y no como instrumento. Sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho, desde el ángel más elevado hasta el gusano más bajo. Esto muestra cuán bien calificado estaba para la obra de nuestra redención y salvación. La luz de la razón, y la vida de los sentidos, deriva de Él, y depende de Él. Este Verbo eterno, esta Luz verdadera resplandece, pero las tinieblas no la comprendieron. Oremos sin cesar que nuestros ojos sean abiertos para contemplar esta Luz, para que andemos en ella; y así seamos hechos sabios para salvación por fe en Jesucristo.

Vv. 6—14. Juan el Bautista vino a dar testimonio de Jesús. Nada revela con mayor plenitud las tinieblas de la mente de los hombres que cuando apareció la Luz y hubo necesidad de un testigo para llamar la atención a ella. Cristo era la Luz verdadera; esa gran Luz que merece ser llamada así.

Por su Espíritu y gracia ilumina a todos los que están iluminados para salvación; y los que no están iluminados por Él, perecen en las tinieblas. Cristo estuvo en el mundo cuando asumió nuestra naturaleza y habitó entre nosotros. El Hijo del Altísimo estuvo aquí en este mundo inferior. Estuvo *en* el mundo, pero no era *del* mundo. Vino a salvar a un mundo perdido, porque era un mundo de Su propia hechura. Sin embargo, el mundo no le conoció. Cuando venga como Juez, el mundo le conocerá. Muchos dicen que son de Cristo, aunque no lo reciben porque no dejan sus pecados ni permiten que Él reine sobre ellos. —Todos los hijos de Dios son nacidos de nuevo. Este nuevo nacimiento es por medio de la palabra de Dios, 1 Pedro i, 23, y por el Espíritu de Dios en cuanto a Autor. Por su presencia divina Cristo siempre estuvo en el mundo, pero, ahora que iba a llegar el cumplimiento del tiempo, Él fue, de otra manera, Dios manifestado en la carne. Obsérvese, no obstante, los rayos de su gloria divina que perforaron este velo de carne. Aunque tuvo en la forma de siervo, en cuanto a las circunstancias externas, respecto de la gracia su forma fue la del Hijo de Dios cuya gloria divina se revela en la santidad de su doctrina y en sus milagros. Fue lleno de gracia, completamente aceptable a su Padre, por tanto, apto para interceder por nosotros; y lleno de verdad, plenamente consciente de las cosas que iba a revelar.

Vv. 15—18. Cronológicamente y en la entrada en su obra, Cristo vino después de Juan, pero en toda otra forma fue antes que él. La expresión muestra claramente que Jesús tenía existencia antes de aparecer en la tierra como hombre. En Él habita toda plenitud, de quien solo los pecadores caídos tienen, y recibirán por fe, todo lo que los hace sabios, fuertes, santos, útiles y dichosos. Todo lo que recibimos por Cristo se resume en esta sola palabra: gracia; recibimos: “gracia sobre gracia” un don tan grande, tan rico, tan inapreciable; la buena voluntad de Dios para con nosotros, y la buena obra de Dios en nosotros. La ley de Dios es santa, justa y buena; y debemos hacer el uso apropiado de ella. Pero no podemos derivar de ella el perdón, la justicia o la fuerza. Nos enseña a adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador, pero no puede tomar el lugar de esa doctrina. Como ninguna misericordia procede de Dios para los pecadores sino por medio de Jesucristo, ningún hombre puede ir al Padre sino por Él; nadie puede conocer a Dios salvo que Él lo dé a conocer en el Hijo unigénito y amado.

Vv. 19—28. Juan niega ser el Cristo esperado. Vino en el espíritu y el poder de Elías, pero no era la persona de Elías. Juan no era *aquel* Profeta del cual Moisés habló, que el Señor levantaría de sus hermanos como para Él. No era el profeta que ellos esperaban los rescataría de los romanos. Se presentó de tal manera que podría haberlos despertado y estimulado para que lo escucharan. Bautizó a la gente con agua como profesión de arrepentimiento y como señal externa de las bendiciones espirituales que les conferiría el Mesías, que estaba en medio de ellos, aunque ellos no le conocieron, Aquel al cual él era indigno de dar el servicio más vil.

Vv. 29—36. Juan vio a Jesús que venía a él, y lo señaló como el Cordero de Dios. El cordero pascual, en el derramamiento y rociamiento de su sangre, el asar y comer su carne y todas las demás circunstancias de la ordenanza, representaban la salvación de los pecadores por fe en Cristo. Los corderos sacrificados cada mañana y cada tarde pueden referirse sólo a Cristo muerto como sacrificio para redimirnos para Dios por su sangre. Juan vino como predicador de arrepentimiento, aunque dijo a sus seguidores que tenían que buscar el perdón de sus pecados sólo en Jesús y en su muerte. Concuera con la gloria de Dios perdonar a todos los que dependen del sacrificio expiatorio de Cristo. Él quita el pecado del mundo; adquiere perdón para todos los que se arrepienten y creen el evangelio. Esto alienta nuestra fe; si Cristo quita el pecado del mundo entonces, ¿por qué no *mi* pecado? Él llevó el pecado *por* nosotros y, así, lo quita *de* nosotros. Dios pudiera haber quitado el pecado quitando al pecador, como quitó el pecado del viejo mundo, pero he aquí una manera de quitar pecado salvando al pecador, haciendo pecado a su Hijo, esto es, haciéndole ofrenda por el pecado por nosotros. Véase a Jesús quitando el pecado y que eso nos haga odiar el pecado y decidirmos en su contra. No nos aferremos de eso que el Cordero de Dios vino a quitar. —Para confirmar su testimonio de Cristo, Juan declara su aparición a su bautismo, cosa que el mismo Dios atestiguó. Vio y tomó nota de que es el Hijo de Dios. Este es el fin y el objetivo del testimonio de Juan: que Jesús era el Mesías prometido. Juan aprovechó toda oportunidad que se le ofreció para

guiar la gente a Cristo.

Vv. 37—42. El argumento más fuerte y dominante de un alma vivificada para seguir a Cristo es que Él es el único que quita el pecado. Cualquiera sea la comunión que haya entre nuestras almas y Cristo, Él es quien empieza la conversación. Preguntó, ¿qué buscáis? La pregunta que les hace Jesús es la que debiéramos hacernos todos cuando empezamos a seguirle, ¿qué queremos y qué deseamos? Al seguir a Cristo, ¿buscamos el favor de Dios y la vida eterna? Los invita a acudir sin demora. Ahora es el tiempo aceptable, 2 Corintios vi, 2. Bueno es para nosotros estar donde esté Cristo, dondequiera que sea. —Debemos trabajar por el bienestar espiritual de nuestros parientes, y procurar llevarlos a Él. Los que van a Cristo deben ir con la resolución fija de ser firmes y constantes en Él, como piedra, sólida y firme; y es por su gracia que son así.

Vv. 43—51. Véase la naturaleza del cristianismo verdadero: seguir a Jesús; dedicarnos a Él y seguir sus pisadas. Fijaos en la objeción que hizo Natanael. Todos los que desean aprovechar la palabra de Dios deben cuidarse de los prejuicios contra lugares o denominaciones de los hombres. Deben examinarse por sí mismos y, a veces, hallarán el bien donde no lo buscaron. Mucha gente se mantiene fuera de los caminos de la religión por los prejuicios irracionales que conciben. La mejor manera de eliminar las falsas nociones de la religión es juzgarla. —No había engaño en Natanael. Su profesión no era hipócrita. No era un simulador ni deshonesto; era un carácter sano, un hombre realmente recto y piadoso. Cristo sabe, sin duda, lo que son los hombres. ¿Nos conoce? Deseemos conocerle. Procuremos y oremos para ser un verdadero israelita en quien no hay engaño, cristianos verdaderamente aprobados por el mismo Cristo. Algunas cosas débiles, imperfectas y pecaminosas se encuentran en todos, pero la hipocresía no corresponde al carácter del creyente. Jesús dio testimonio de lo que pasó cuando Natanael estaba debajo de la higuera. Probablemente, entonces, estaban orando con fervor, buscando dirección acerca de la Esperanza y el Consuelo de Israel, donde ningún ojo humano lo viera. Esto le demostró que nuestro Señor conocía los secretos de su corazón. —Por medio de Cristo tenemos comunión con los santos ángeles y nos beneficiamos de ellos; y se reconcilian y unen las cosas del cielo y las cosas de la tierra.

CAPÍTULO II

Versículos 1—11. *El milagro en Caná.* 12—22. *Cristo expulsa del templo a los compradores y los vendedores.* 23—25. *Muchos creen en Cristo.*

Vv. 1—11. Es muy deseable que cuando haya un matrimonio Cristo lo reconozca y lo bendiga. Los que quieren tener a Cristo consigo en su matrimonio deben invitarlo por medio de la oración y Él vendrá. Mientras estamos en este mundo nos hallamos, a veces, en aprietos aun cuando creemos estar en abundancia. Había una necesidad en la fiesta de bodas. Los que son dados a preocuparse por las cosas del mundo deben esperar problemas y contar con el desencanto. Cuando hablamos a Cristo debemos exponer con humildad nuestro caso ante Él y, luego, encomendarnos a Él para que haga como le plazca. —No hubo falta de respeto en la respuesta de Cristo a su madre. Usó la misma palabra cuando le habló con afecto desde la cruz, pero es testimonio presente contra la idolatría de las épocas posteriores que rinde honores indebidos a su madre. —Su hora llega cuando no sabemos qué hacer. La tardanza de la misericordia no es una negación de las oraciones. Los que esperan los favores de Cristo deben obedecer sus órdenes con prontitud. El camino del deber es el camino a la misericordia, y no hay que objetar los métodos de Cristo. —El primero de los milagros de Moisés fue convertir agua en sangre, Exodo vii, 20; el principio de los milagros de Cristo fue convertir agua en vino, lo cual puede recordarnos la diferencia que hay entre la ley de Moisés y el evangelio de Cristo. Él demuestra que beneficia con consuelos de la creación a todos los creyentes verdaderos y que a ellos los convierte en verdadero consuelo. Las obras de Cristo son todas para bien. ¿Ha convertido tu agua en vino, te dio conocimiento y gracia? Es para aprovecharlo; por tanto, saca

ahora y úsalo. Era el mejor vino. Las obras de Cristo se recomiendan por sí mismas aun ante quienes no conocen a su Autor. Lo que es producido por milagro siempre ha sido lo mejor de su clase. Aunque con esto Cristo permite el uso correcto del vino, no anula en lo más mínimo su advertencia de que nuestros corazones, en ningún momento, se carguen con glotonería ni embriaguez, Lucas xxi, 34. Aunque no tenemos que ser melindrosos para festejar con nuestras amistades en ocasiones apropiadas, de todos modos, toda reunión social debe realizarse de tal modo que podamos invitar a reunirse con nosotros al Redentor, si ahora estuviera en la tierra; toda liviandad, lujuria y exceso le ofenden.

Vv. 12—22. La primera obra pública en que hallamos a Cristo es expulsar del templo a los cambistas que los codiciosos sacerdotes y dirigentes apoyaban para que convirtieran en mercado sus atrios. Los que ahora hacen de la casa de Dios un mercado, son los que tienen sus mentes llenas con el interés por los negocios del mundo cuando asisten a los ejercicios religiosos, o los que desempeñan oficios divinos por amor a una ganancia. —Habiendo purificado el templo, Cristo dio una señal a los que le pidieron que probara su autoridad para actuar: Anuncia su muerte por la maldad de los judíos. Destruid este templo. Yo os permitiré destruirlo. Anuncia su resurrección por su propio poder: En tres días lo levantaré. Cristo volvió a la vida por su poder. Los hombres se equivocan cuando entienden literalmente cuando las Escrituras hablan figuradamente. Cuando Jesús resucitó de entre los muertos, sus discípulos recordaron que había dicho esto. Mucho ayuda a nuestro entendimiento de la palabra divina que observemos el cumplimiento de las Escrituras.

Vv. 23—25. Nuestro Señor conocía a todos los hombres, su naturaleza, sus disposiciones, sus afectos y sus intenciones, de una manera que nosotros no conocemos a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Conoce a sus astutos enemigos, y todos sus proyectos secretos; a sus amigos falsos y su verdadero carácter. Él sabe quienes son verdaderamente suyos, conoce su rectitud, y conoce sus debilidades. Sabemos lo que los hombres hacen; Cristo sabe lo que hay en ellos, Él prueba el corazón. Cuidado con una fe muerta o una profesión de fe formal: No hay que confiar en los profesantes carnales y vacíos, y aunque los hombres se impongan a otros o a sí mismos, no pueden imponerse al Dios que escudriña el corazón.

CAPÍTULO III

Versículos 1—21. *Conversación de Cristo con Nicodemo.* 22—36. *El bautismo de Juan y el de Cristo.—Testimonio de Juan.*

Vv. 1—8. Nicodemo temía, o se avergonzaba de ser visto con Cristo, por tanto, acudió de noche. Cuando la religión está fuera de moda, hay muchos Nicodemos, pero aunque vino de noche, Jesús lo recibió, y por ello nos enseña a animar los buenos comienzos, aunque sean débiles. Aunque esta vez vino de noche, después reconoció públicamente a Cristo. No habló con Cristo de asuntos de estado, aunque era un gobernante, sino de los intereses de su propia alma y de su salvación, hablando al respecto de una sola vez. —Nuestro Salvador habla de la necesidad y naturaleza de la regeneración o nuevo nacimiento y, de inmediato llevó a Nicodemo a la fuente de santidad del corazón. El nacimiento es el comienzo de la vida; nacer de nuevo es empezar a vivir de nuevo, como los que han vivido muy equivocados o con poco sentido. Debemos tener una nueva naturaleza, nuevos principios, nuevos afectos, nuevas miras. Por nuestro primer nacimiento somos corruptos, formados en el pecado; por tanto, debemos ser hechos nuevas criaturas. No podía haberse elegido una expresión más fuerte para significar un cambio de estado y de carácter grande y muy notable. Debemos ser enteramente diferentes de lo que fuimos antes, como aquello que empieza a ser en cualquier momento, no es, y no puede ser lo mismo que era antes. Este nuevo nacimiento es *del* cielo, capítulo i, 13, y tiende *al* cielo. Es un cambio grande hecho en el corazón del pecador por el poder del Espíritu Santo. Significa que algo es hecho en nosotros y a favor de nosotros que no

podemos hacer por nosotros mismos. Algo obra por lo que empieza una vida que durará por siempre. De otra manera no podemos esperar un beneficio de Cristo; es necesario para nuestra felicidad aquí y en el más allá. —Nicodemo entendió mal lo que dijo Cristo, como si no hubiera otra manera de regenerar y moldear de nuevo un alma inmortal que volver a dar un marco al cuerpo. Sin embargo, reconoció su ignorancia, lo que muestra el deseo de ser mejor informado. Entonces, el Señor Jesús explica más. Muestra al Autor de este bendito cambio. No es obra de nuestra sabiduría o poder propio, sino del poder del bendito Espíritu. Somos formados en iniquidad, lo que hace necesario que nuestra naturaleza sea cambiada. No tenemos que maravillarnos de esto, porque cuando consideramos la santidad de Dios, la depravación de nuestra naturaleza, y la dicha puesta ante nosotros, no tenemos que pensar que es raro que se ponga tanto énfasis sobre esto. —La obra regeneradora del Espíritu Santo se compara con el agua. También es probable que Cristo se haya referido a la ordenanza del bautismo. No se trata que sean salvos todos aquellos bautizados, y sólo ellos; pero sin el nuevo nacimiento obrado por el Espíritu, y significado por el bautismo, nadie será súbdito del reino del cielo. —La misma palabra significa viento y Espíritu. El viento sopla de donde quiere hacia nosotros; Dios lo dirige. El Espíritu envía sus influencias donde, y cuando, y a quien, y en qué medida y grado le plazca. Aunque las causas estén ocultas, los efectos son evidentes, cuando el alma es llevada a lamentarse por el pecado y a respirar según Cristo.

Vv. 9—13. La exposición hecha por Cristo de la doctrina y la necesidad de la regeneración pareciera no haber quedado clara para Nicodemo. Así, las cosas del Espíritu de Dios son necesidad para el hombre natural. Muchos piensan que no puede ser probado lo que no pueden creer. —El discurso de Cristo sobre las verdades del evangelio, versículos 11—13, muestra la necesidad de aquellos que hacen que estas cosas sean extrañas para ellos; y nos recomienda que las investiguemos. Jesucristo es capaz en toda forma de revelarnos la voluntad de Dios; porque descendió del cielo, y aún está en el cielo. Aquí tenemos una nota de las dos naturalezas distintas de Cristo en una persona, de modo que es el Hijo del Hombre, aunque está *en* el cielo. Dios es “EL QUE ES” y el cielo es la habitación de su santidad. Este conocimiento debe venir de lo alto y solo puede ser recibido por fe.

Vv. 14—18. Jesucristo vino a salvarnos sanándonos, como los hijos de Israel, picados por serpientes ardientes fueron curados y vivieron al mirar a la serpiente de bronce, Números xxi, 6—9. Obsérvese en esto la naturaleza mortal y destructora del pecado. Pregúntese a conciencias vivificadas, pregúntese a pecadores condenados, quienes dirán que, por encantadoras que sean las seducciones del pecado, al final muere como serpiente. Véase el remedio poderoso contra esta enfermedad fatal. Cristo nos es propuesto claramente en el evangelio. Aquel a quien ofendimos es nuestra Paz, y la manera de solicitar la curación es creer. Si alguien hasta ahora toma livianamente la enfermedad del pecado o el método de curación de Cristo, y no recibe a Cristo en las condiciones que Él pone, su ruina pende sobre su cabeza. Él dijo: Mirad y sed salvos, mirad y vivid; alzad los ojos de la fe a Cristo crucificado. Mientras no tengamos la gracia para hacer esto, no seremos curados, sino seguiremos heridos por los agujones de Satanás, y en estado moribundo. —Jesucristo vino a salvarnos perdonándonos, para que no muriéramos por la sentencia de la ley. He aquí el evangelio, la verdadera, la buena nueva. He aquí al amor de Dios al dar a su Hijo por el mundo. Tanto amó Dios al mundo, tan verdaderamente, tan ricamente. ¡Mirad y maravillaos, que el gran Dios ame a un mundo tan indigno! —Aquí, también, está el gran deber del evangelio: creer en Jesucristo. Habiéndolo dado Dios para que fuera nuestro Profeta, Sacerdote y Rey, nosotros debemos darnos para ser gobernados y enseñados, y salvados por Él. He aquí el gran beneficio del evangelio, que quienquiera que crea en Cristo no perecerá mas tendrá vida eterna. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, y de ese modo, lo salvaba. No podía ser salvado sino por medio de Él; en ningún otro hay salvación. —De todo esto se muestra la dicha del creyente verdadero: el que cree en Cristo no es condenado. Aunque ha sido un gran pecador, no se le trata según lo que merecen sus pecados.

Vv. 18—21. ¡Cuán grande es el pecado de los incrédulos! Dios envió a Uno que era el más

amado por Él, para salvarnos; ¿y no será el más amado para nosotros? ¡Cuán grande es la miseria de los incrédulos! Ya han sido condenados, lo que habla de una condenación *cierta*; una condenación *presente*. La ira de Dios ahora se desata sobre ellos; y los condenan sus propios corazones. También hay una condenación basada *en su culpa anterior*; ellos están expuestos a la ley por todos sus pecados; porque no están interesados por fe en el perdón del evangelio. La incredulidad es un pecado contra el remedio. Brota de la enemistad del corazón del hombre hacia Dios, del amor al pecado en alguna forma. Léase también la condenación de los que no quieren conocer a Cristo. Las obras pecadoras son las obras de las tinieblas. El mundo impío se mantiene tan lejos de esta luz como puede, no sea que sus obras sean reprobadas. Cristo es odiado porque aman el pecado. Si no odiaran el conocimiento de la salvación, no se quedarían contentos en la ignorancia condenadora. —Por otro lado, los corazones renovados dan la bienvenida a la luz. Un hombre bueno actúa verdadera y sinceramente en todo lo que hace. Desea saber cuál es la voluntad de Dios, y hacerla, aunque sea contra su propio interés mundanal. Ha tenido lugar un cambio en todo su carácter y conducta. El amor a Dios es derramado en su corazón por el Espíritu Santo, y llega a ser el principio rector de sus acciones. En la medida que siga bajo una carga de culpa no perdonada, solo puede tener un temor servil a Dios, pero cuando sus dudas se disipan, cuando ve la base justa sobre la cual se edifica su perdón, lo asume como si fuera propio, y se une con Dios por un amor sin fingimiento. Nuestras obras son buenas cuando la voluntad de Dios es la regla de ellas, y la gloria de Dios, su finalidad; cuando se hacen en su poder y por amor a Él; a Él, y no a los hombres. —La regeneración, o el nuevo nacimiento, es un tema al cual el mundo tiene aversión; sin embargo, es el gran ganancia en comparación con la cual todo lo demás no es sino fruslería. ¿Qué significa que tengamos comida para comer con abundancia, y una variedad de ropa para ponernos, si no hemos nacido de nuevo? ¿Si después de unas cuantas mañanas y tardes pasadas en alegría irracional, placer carnal y desorden, morimos en nuestros pecados y yacemos en el dolor? ¿De que vale que seamos capaces de desempeñar nuestra parte en la vida, en todo otro aspecto, si al final oímos de parte del Juez Supremo: “Apartaos de mí, no os conozco, obradores de maldad?”

Vv. 22—36. Juan se satisfizo por completo con el lugar y la obra asignada, pero Jesús vino a una obra más importante. Él también sabía que Jesús crecería en honor e influencia, porque de Su reino y la paz no habría fin, mientras a él lo seguirían cada vez menos. Juan sabía que Jesús vino del cielo como el Hijo de Dios, mientras él era un hombre mortal y pecador, que sólo podía hablar de las cosas más sencillas de la religión. Las palabras de Jesús eran la palabra de Dios; Él tenía el Espíritu, no según medida como los profetas, sino en toda su plenitud. La vida eterna puede tenerse sólo por fe en Él, y así puede obtenerse; pero no pueden participar de la salvación todos los que no creen en el Hijo de Dios, sino que la ira de Dios está sobre ellos para siempre.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—3. *La partida de Cristo hacia Galilea.* 4—26. *Su conversación con la mujer samaritana.* 27—42. *Los efectos de la conversación de Cristo con la mujer de Samaria.* 43—54. *Cristo sana al hijo del noble.*

Vv. 1—3. Jesús se dedicó más a predicar, que era más excelente, que a bautizar, 1 Corintios i, 17. Honrará a sus discípulos empleándolos para bautizar. Nos enseña que el beneficio de los sacramentos no depende de la mano que los administra.

Vv. 4—26. Había mucho odio entre samaritanos y judíos. El camino de Cristo desde Judea a Galilea pasaba por Samaria. No debemos meternos en lugares de tentación, sino cuando debemos y, entonces, no debemos permanecer en ellos, sino apresurarnos a pasar por ellos. —Aquí tenemos a nuestro Señor Jesús sujeto a la fatiga normal de los viajeros. Así vemos que era verdadero hombre. El trabajo agotador vino con el pecado; por tanto, Cristo, habiéndose hecho maldición por nosotros,

estuvo sujeto a ella. Además, era pobre y realizó todos sus viajes a pie. Cansado, pues, se sentó en el pozo; no tenía un cojín donde descansar. *De este modo* se sentó, como se sienta alguien cansado de viajar. Con toda seguridad debemos someternos rápidamente a ser como el Hijo de Dios en cosas como esas. —Cristo pidió agua a la mujer. Ella se sorprendió porque Él no demostró la ira de su nación contra los samaritanos. Los hombres moderados de todas partes son los hombres que asombran. Cristo aprovechó la ocasión para enseñarle cosas divinas: Convirtió a esta mujer demostrándole su ignorancia y pecaminosidad y su necesidad de un Salvador. Se alude al Espíritu con el agua viva. Con esta comparación se había prometido la bendición del Mesías en el Antiguo Testamento. Las gracias del Espíritu y sus consolaciones satisfacen el alma sedienta que conoce su propia naturaleza y necesidad. —Lo que Jesús dijo figuradamente, ella lo entendió literalmente. Cristo señala que el agua del pozo de Jacob daba una satisfacción de breve duración. No importa cuáles sean las aguas de consolación que bebamos, volveremos a tener sed. Pero a quien participa del Espíritu de gracia, y del consuelo del evangelio, nunca le faltará lo que dará abundante satisfacción a su alma. Los corazones carnales no miran más alto que las metas carnales. Dame, dijo ella, no para que yo tenga la vida eterna, propuesta por Cristo, sino para que no tenga que venir más aquí a buscar agua. —La mente carnal es muy ingeniosa para cambiar las convicciones e impedir que apremien, pero ¡nuestro Señor Jesús dirige muy certeramente la convicción de pecado a la conciencia de ella! La reprendió severamente por su presente estado de vida. —La mujer reconoció que Cristo era profeta. El poder de su palabra para escudriñar el corazón y convencer de cosas secretas a la conciencia es prueba de autoridad divina. —Pensar que desaparecen las cosas por las que luchamos debiera enfriar nuestras contiendas. El objeto de adoración seguirá siendo el mismo, Dios, como Padre, pero se pondrá fin a todas las diferencias sobre el lugar de adoración. La razón nos enseña a considerar la decencia y la conveniencia en los lugares de nuestro servicio de adoración, pero la religión no da preferencia a un lugar respecto de otro en cuanto a la santidad y la aprobación de Dios. —Los judíos tenían, por cierto, la razón. Quienes han obtenido cierto conocimiento de Dios por las Escrituras, saben *a quién* adoran. La palabra de salvación era de los judíos. Llegó a otras naciones a través de ellos. Cristo prefirió, con justicia, la adoración judía antes que la samaritana, pero aquí habla de lo anterior como algo que pronto se terminará. Dios estaba por ser revelado como el Padre de todos los creyentes de toda nación. El espíritu o alma del hombre, influido por el Espíritu Santo, debe adorar a Dios y tener comunión con Él. Los afectos espirituales, como se demuestran en las oraciones, súplicas y acciones de gracia fervorosas, constituyen la adoración de un corazón recto, en el cual Dios se deleita y es glorificado. —La mujer estaba dispuesta a dejar la cuestión sin decidir hasta la venida del Mesías, pero Cristo le dijo: Yo soy, el que habla contigo. Ella era una samaritana extranjera y hostil; el sólo hablar con ella era considerado como desprestigio para nuestro Señor Jesús. Sin embargo, nuestro Señor se reveló a esta mujer con más plenitud de lo que había hecho con cualquiera de sus discípulos. Ningún pecado *pasado* puede impedir que seamos aceptados por Él, si nos humillamos ante Él, creyendo en Él como el Cristo, el Salvador del mundo.

Vv. 27—42. Los discípulos se asombraron de que Cristo conversara con una samaritana, aunque sabían que era por una buena razón y para un propósito bueno. Así, pues, cuando aparecen dificultades en detalles en la palabra y en la providencia de Dios, es bueno que nos satisfagamos con que todo lo que Jesucristo dice y hace está bien. —Dos cosas afectaron a la mujer. La magnitud de su conocimiento. Cristo conoce todos los pensamientos, palabras y acciones de todos los hijos de los hombres. El poder de su palabra. Le habló con poder de sus pecados secretos. Ella se aferró de esa parte del discurso de Cristo, muchos pensarían que ella se podía mostrar reacia a repetir, pero el conocimiento de Cristo, al cual somos guiados por la convicción de pecado, es muy probable que sea sano y salvador. —Ellos fueron a Él: los que deseen conocer a Cristo deben hallarlo donde Él registre su nombre. Nuestro Maestro nos ha dejado un ejemplo para que aprendamos a hacer la voluntad de Dios como Él la hizo; con diligencia como los que hacen su actividad de ella; con deleite y placer en ella. Cristo compara su obra con la siega. La siega está determinada y se cuida antes que llegue; así fue el evangelio. El tiempo de cosechar es tiempo de mucho trabajo; entonces, todos deben estar en las labores. El tiempo de la siega es corto y la obra de la cosecha debe hacerse

entonces, o no se hará; así, pues, el tiempo del evangelio es una temporada que no puede recuperarse si se pasó. A veces Dios usa instrumentos muy débiles e improbables para empezar y seguir la buena obra. Nuestro Salvador difunde conocimiento en todo un pueblo enseñándole a una pobre mujer. Benditos son los que no se ofenden con Cristo. Desean verdaderamente aprender más aquellos a quienes Dios enseña. Mucho agrega a la alabanza de nuestro amor por Cristo y su palabra si vence prejuicios. —La fe de ellos creció. En cuanto a esto: ellos creyeron que Él era el Salvador no sólo de los judíos, sino del mundo. Con esa certeza sabemos que el Cristo es verdaderamente Aquel, y sobre esa base, porque nosotros mismos le hemos oído.

Vv. 43—54. El padre era un oficial del rey, pero el hijo estaba enfermo. Los honores y los títulos no son garantía contra la enfermedad y la muerte. Los hombres más grandes deben ir a Dios, deben volverse mendigos. El noble no se detuvo en su petición hasta que prevaleció, pero primeramente, descubrió la debilidad de su fe en el poder de Cristo. Cuesta convencernos de que la distancia de tiempo y lugar no obstaculizan el conocimiento, la misericordia ni el poder de nuestro Señor Jesús. —Cristo dio una respuesta de paz. Si Cristo dice que el alma viva, vivirá. El padre siguió su camino lo que demostró la sinceridad de su fe. Satisfecho, no se apresuró a volver a casa esa noche; regresó como quien está en paz con su conciencia. Sus sirvientes le salieron al encuentro con la noticia de la recuperación de su hijo. La buena nueva saldrá al encuentro de los que esperan en la palabra de Dios. Confirma nuestra fe que comparemos diligentemente las obras de Jesús con su palabra. Y llevar la curación a la familia le trajo la salvación. Así, pues, experimentar el poder de una palabra de Cristo puede establecer la autoridad de Cristo en el alma. Toda la familia creyó igualmente. El milagro hizo que quisieran a Jesús para ellos. El conocimiento de Cristo aún se difunde por las familias, y los hombres hallan salud y salvación para sus almas.

CAPÍTULO V

Versículos 1—9. *La curación en el estanque de Betesda.* 10—16. *El descontento de los judíos.* 17—23. *Cristo reprueba a los judíos.* 24—27. *El sermón de Cristo.*

Vv. 1—9. Por naturaleza todos somos impotentes en materias espirituales, ciegos, cojos y marchitos; pero la provisión plena para nuestra curación está hecha, si atendemos a ella. Un ángel bajaba y revolvía el agua, que curaba cualquier enfermedad, pero se beneficiaba sólo aquel que era el primero en entrar al agua. Esto nos enseña a ser cuidadosos para que no dejemos escapar una ocasión que no puede regresar. —El hombre había perdido el uso de sus extremidades hacía treinta y ocho años. ¿Nos quejaremos de una noche fatigosa, nosotros que, tal vez por muchos años, apenas hemos sabido lo que es estar enfermo por un día, cuando muchos otros, mejores que nosotros, apenas han sabido qué es estar bien un día? —Cristo apartó a éste de los demás. Los que llevan mucho tiempo afligidos, pueden consolarse con que Dios lleva la cuenta del tiempo transcurrido. Nótese que este hombre habla de la falta de amabilidad de los que lo rodean, sin reflejar enojo. Así como debemos ser agradecidos, también debemos ser pacientes. Nuestro Señor Jesús lo sana, aunque él no lo pidió ni lo pensó. Levántate y anda. La orden de Dios: Vuelve y vive; Hazte un nuevo corazón, no presupone en nosotros más poder sin la gracia de Dios, su gracia que distingue, de lo que esta orden supuso poder en el hombre incapacitado: fue por el poder de Cristo y Él debe tener toda la gloria. ¡Qué sorpresa gozosa para el pobre inválido hallarse repentinamente tan bien, tan fuerte, tan capaz de ayudarse a sí mismo! La prueba de la sanidad espiritual es que nos levantamos y caminamos. Si Cristo ha sanado nuestras dolencias espirituales, vamos donde nos mande y llevemos lo que Él nos imponga, y andemos delante de Él.

Vv. 10—16. Los aliviados del castigo del pecado corren el peligro de volver a pecar cuando se terminan el terror y la restricción, a menos que la gracia divina seque la fuente de su pecado. La miseria desde la cual son hechos íntegros los creyentes, nos advierte que no pequemos más,

habiendo sentido el aguijón del pecado. Esta es la voz de cada providencia: Vete y no peques más. Cristo vio que era necesario dar esta advertencia, porque es frecuente que la gente prometa *mucho* cuando está enferma; y cuando están recién sanados, cumplen sólo *algo*, pero después de un tiempo, olvidan *todo*. Cristo habla de la ira verdadera, la cual supera la comparación con las muchas horas, sí, con las semanas y años de dolor que tienen que sufrir algunos hombres impíos, como consecuencia de sus indulgencias ilícitas, y si tales aflicciones son severas, ¡cuán temible será el castigo eterno del impío!

Vv. 17—23. El poder divino del milagro demuestra que Jesús es el Hijo de Dios, y Él declara que obra con su Padre, y como para Él, según le parece bien. Los antiguos enemigos de Cristo le entendieron y se pusieron aún más violentos, acusándolo no sólo de quebrantar el día de reposo, sino de blasfemar al llamar Padre a Dios, e igualarse con Dios. Sin embargo, todas las cosas estaban encomendadas al Hijo, ahora y en el juicio final, intencionalmente para que todos los hombres honren al Hijo, como honran al Padre; y todo aquel que no honre *de este modo* al Hijo, piense o pretenda lo que sea, no honra al Padre que lo envió.

Vv. 24—29. Nuestro Señor declara su autoridad y carácter como Mesías. Iba a llegar el tiempo en que los muertos oírían su voz como Hijo de Dios y vivirían. Nuestro Señor se refiere a que, por el poder de su Espíritu, primero levanta a una vida nueva a los que estaban muertos en pecado y, luego, levanta a los muertos desde sus sepulcros. El oficio de Juez de todos los hombres puede ser ejercido sólo por Quien tenga todo el conocimiento y el poder omnipotente. Creamos nosotros su testimonio: así, nuestra fe y esperanza serán en Dios y no entraremos en condenación. Que su voz llegue a los corazones de los que están muertos en pecado, para que puedan hacer las obras del arrepentimiento, y prepararse para el día solemne.

Vv. 30—38. Nuestro Señor regresa a su declaración del completo acuerdo entre el Padre y el Hijo, y se declara Hijo de Dios. Tenía un testimonio superior al de Juan; sus obras daban testimonio de todo lo que decía. Pero la palabra divina no tenía lugar permanente en sus corazones, porque ellos se negaban a creer en Él, a quien el Padre había enviado, según sus antiguas promesas. La voz de Dios, acompañada por el poder del Espíritu Santo, hecha eficaz para la conversión de los pecadores, aún proclama que éste es el Hijo amado en quien se complace el Padre. Pero no hay lugar para que la palabra de Dios permanezca en ellos cuando los corazones de los hombres están llenos de orgullo, ambición y amor al mundo.

Vv. 39—44. Los judíos consideraban que la vida eterna les era revelada en sus Escrituras, y que la tenían porque tenían la palabra de Dios en sus manos. Jesús les insta a escudriñar esas Escrituras con más diligencia y atención. “Escudriñáis las Escrituras” y hacéis bien en hacerlo. Indudablemente escudriñaban las Escrituras, pero con un enfoque en su propia gloria. Es posible que los hombres sean muy estudiosos de la letra de las Escrituras, pero estén ajenos a su poder. O “Escudriñad las Escrituras” y así se *les* habló de la naturaleza de la *aplicación*. Vosotros profesáis recibir y creer las Escrituras, dejad que os juzguen, lo que se *nos* dice precaviendo o mandando a todos los cristianos a escudriñar las Escrituras. No sólo leerlas y oírlas sino escudriñarlas, lo cual denota diligencia para examinarlas y estudiarlas. —Debemos escudriñar las Escrituras en busca del cielo como nuestro gran objetivo: Porque en ellas os parece que tenéis vida eterna. Debemos escudriñar las Escrituras en busca de Cristo, como el Camino nuevo y vivo, que conduce a este objetivo. Cristo agrega a este testimonio las reprensiones a la incredulidad e iniquidad de ellos; el rechazo de su persona y su doctrina. Además, les reprueba su falta de amor a Dios. Pero con Jesucristo hay vida para las pobres almas. Muchos que hacen una gran profesión de religión muestran, no obstante, que les falta el amor de Dios por su rechazo de Cristo y el desprecio a sus mandamientos. El amor de Dios en nosotros, el amor que es principio vivo y activo en el corazón, es lo que Dios aceptará. Ellos desdeñaron y valoraron en poco a Cristo *porque* se admiraban y se supervaloraban a sí mismos. ¡Cómo pueden creer los que hacen su ídolo del elogio y aplauso de los hombres! Cuando Cristo y sus seguidores son hombres admirados, ¡cómo pueden creer aquellos cuya suprema ambición es dar un buen espectáculo carnal!

Vv. 45—47. Muchos de los que confían en alguna forma de doctrina o partido, no penetran más que los judíos en las de Moisés, el verdadero significado de las doctrinas, o de los puntos de vista de las personas cuyos nombres llevan. Escudriñemos las Escrituras y oremos sobre ellas, como intento de hallar vida eterna; observemos cómo Cristo es el gran tema de ellas y acudamos diariamente a Él en busca de la vida que otorga.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—14. *Cinco mil alimentados milagrosamente.* 15—21. *Jesús camina sobre el mar.* 22—27. *Indica la comida espiritual.* 28—65. *Su sermón a la multitud.* 66—71. *Muchos de los discípulos se regresan.*

Vv. 1—14. Juan narra el milagro de alimentar a la multitud para referirse al sermón que sigue. Obsérvese el efecto de este milagro sobre la gente. Hasta los judíos comunes esperaban que el Mesías viniera al mundo y fuese un gran Profeta. Los fariseos los despreciaban por no conocer la ley, pero ellos sabían más de Aquél que es el fin de la ley. Sin embargo, los hombres pueden admitir que Cristo es ese Profeta y aún hacer oídos sordos.

Vv. 15—21. Aquí estaban los discípulos de Cristo en el camino del deber, y Cristo ora por ellos; no obstante, están afligidos. Puede haber peligros y aflicciones de este tiempo presente donde hay interés en Cristo. Las nubes y las tinieblas suelen rodear a los hijos de la luz y del día. —Ven a Jesús caminando sobre el mar. Aun cuando se acercan el consuelo y la liberación suelen entenderlo tan mal que se convierten en ocasión para temer. Nada es más fuerte para convencer a pecadores que la palabra: “Yo soy Jesús, al que persigues”; nada más fuerte para consolar a los santos que esto: “Yo soy Jesús al que amas”. Si hemos recibido a Cristo Jesús, el Señor, aunque la noche sea oscura y el viento fuerte, aún así, podemos consolarnos que estaremos en la orilla antes que pase mucho tiempo.

Vv. 22—27. En vez de responder a la pregunta de cómo llegó allí, Jesús los reprende por preguntar. La mayor seriedad debiera emplearse para buscar la salvación en el uso de los medios señalados, pero debe buscarse solamente como don del Hijo del hombre. Al que el Padre ha sellado, le prueba que es Dios. Él declara que el Hijo del hombre es el Hijo del Dios con poder.

Vv. 28—35. El ejercicio constante de la fe en Cristo es la parte más importante y difícil de la obediencia exigida de nosotros, en cuanto a pecadores que buscan salvación. Cuando somos capacitados por su gracia para llevar una vida de fe en el Hijo de Dios, siguen los temperamentos santos y pueden hacerse servicios aceptables. —Dios, su propio Padre, que dio ese alimento del cielo a sus antepasados para sustentar su vida natural, ahora les dio el Pan *verdadero* para la salvación de sus almas. —Ir a Jesús y creer en Él significa lo mismo. Cristo muestra que Él es el Pan verdadero; es para el alma lo que el pan es para el cuerpo, nutre y sustenta la vida espiritual. Es el Pan de Dios. El pan que da el Padre, es el que ha hecho para alimento de nuestras almas. El pan nutre sólo por los poderes del cuerpo vivo, pero Cristo mismo es el Pan vivo y nutre por su propio poder. La doctrina de Cristo crucificado es ahora tan fortalecedora y consoladora para el creyente como siempre lo ha sido. —Él es el Pan que vino del cielo. Denota la divinidad de la persona de Cristo y su autoridad; además, el origen divino de todo lo bueno que nos viene por medio de Él. Digamos, con inteligencia y fervor, Señor, danos siempre este Pan.

Vv. 36—46. El descubrimiento de la culpa, peligro y remedio para ellos, por medio de la enseñanza del Espíritu Santo, hace que los hombres se dispongan y alegren de ir, y rindan todo lo que impide ir a Él en busca de salvación. La voluntad del Padre es que ninguno de los que fueron dados al Hijo, sea rechazado o perdido por Él. Nadie irá hasta que la gracia divina lo subyugue y, en parte, cambie su corazón; por tanto, nadie que acuda será echado fuera. El evangelio no halla a

nadie dispuesto a ser salvado en la forma santa y humillante que aquí se da a conocer, pero Dios atrae con su palabra y el Espíritu Santo; y el deber del hombre es oír y aprender; es decir, recibir la gracia ofrecida y asentir a la promesa. —Nadie ha visto al Padre sino su amado Hijo; y los judíos deben esperar ser enseñados por su poder interior ejercido sobre su mente, y por su palabra y los ministros que les mande.

Vv. 47—51. La ventaja del maná era poca, sólo servía para esta vida; pero el Pan de vida es tan excelente que el hombre que se alimenta de él, nunca morirá. Este pan es la naturaleza humana de Cristo que tomó para presentar al Padre como sacrificio por los pecados del mundo; para adquirir todas las cosas correspondientes a la vida y la piedad, para que se arrepientan y crean en Él los pecadores de toda nación.

Vv. 52—59. La carne y la sangre del Hijo del hombre denotan al Redentor en su naturaleza humana; Cristo, y Él crucificado, y la redención obrada por Él, con todos los beneficios preciosos de la redención: el perdón de pecado, la aceptación de Dios, el camino al trono de la gracia, las promesas del pacto, y la vida eterna. Se les llama carne y sangre de Cristo, porque fueron comprados debido a que su cuerpo fue partido y su sangre, derramada. Además, porque son comida y bebida para nuestra alma. Comer esta carne y beber esta sangre significa creer en Cristo. Participamos de Cristo y sus beneficios por fe. El alma que conoce correctamente su estado y su necesidad, encuentra en el Redentor, en Dios manifestado en carne, todas las cosas que pueden calmar la conciencia y fomentar la santidad verdadera. Meditar en la cruz de Cristo da vida a nuestro arrepentimiento, amor y gratitud. Vivimos por Él así como nuestros cuerpos viven por la comida. Vivimos por Él como las extremidades dependen de la cabeza, las ramas de la raíz: porque Él vive nosotros también viviremos.

Vv. 60—65. La naturaleza humana de Cristo no había estado antes en el cielo, pero, siendo Dios y hombre, se dice verazmente que esa maravillosa Persona descendió del cielo. El reino del Mesías no era de este mundo; ellos tenían que entender por fe lo que dijo de un vivir espiritual en Él y en su plenitud. Como sin el alma del hombre la carne no vale, así mismo sin el Espíritu de Dios que vivifica, todas las formas de religión son muertas y nulas. El que hizo esta provisión para nuestras almas es el único que puede enseñarnos estas cosas y atraernos a Cristo para que vivamos por fe en Él. Acudamos a Cristo, agradecidos que se haya declarado que todo aquel que quiera ir a Él será recibido.

Vv. 66—71. Cuando admitimos en nuestra mente duros pensamientos acerca de las palabras y obras de Jesús, entramos en la tentación de modo que, si el Señor no lo evitara en su misericordia, terminaríamos retrocediendo. El corazón corrupto y malo del hombre hace que lo que es materia del mayor consuelo sea una ocasión de ofensa. Nuestro Señor había prometido vida eterna a Sus seguidores en el sermón anterior; los discípulos se adhirieron a esa palabra sencilla y resolvieron aferrarse a Él, cuando los demás se adhirieron a las palabras duras y lo abandonaron. —La doctrina de Cristo es la palabra de vida eterna, por tanto, debemos vivir y morir por ella. Si abandonamos a Cristo, abandonamos nuestras propias misericordias. —Ellos creyeron que este Jesús era el Mesías prometido a sus padres, el Hijo del Dios vivo. Cuando estamos tentados a descarriarnos, bueno es que recordemos los principios antiguos y nos mantengamos en ellos. Recordemos siempre la pregunta de nuestro Señor: ¿Nos alejaremos y abandonaremos a nuestro Redentor? ¿A quién podemos acudir? Él solo puede dar salvación por el perdón de pecados. Esto solo da confianza, consuelo y gozo y hace que el temor y el abatimiento huyan. Gana la única dicha firme en este mundo y abre el camino a la dicha del próximo.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—13. *Cristo va a la fiesta de los tabernáculos.* 14—39. *Su sermón en la fiesta.* 40—53.

El pueblo discute acerca de Cristo.

Vv. 1—13. Los hermanos o parientes de Jesús se disgustaron cuando se dieron cuenta que no tenían posibilidades de lograr ventajas mundanales con Él. Los hombres impíos se ponen, a veces, a aconsejar a los ocupados en la obra de Dios, pero sólo aconsejan lo que parezca probable para fomentar ventajas en este mundo. —La gente discrepó acerca de su doctrina y de sus milagros, mientras los que le favorecían no se atrevieron a reconocer abiertamente sus sentimientos. Los que consideran que los predicadores del evangelio son estafadores, dicen lo que piensan, mientras muchos que los favorecen, temen que les reprochen por reconocer que los consideran buenos.

Vv. 14—24. Todo ministro fiel puede adoptar humildemente las palabras de Cristo. Su doctrina no es de su propia invención, pero es de la palabra de Dios por medio de la enseñanza de su Espíritu. Y en medio de las disputas que perturban al mundo, si un hombre de cualquier nación procura hacer la voluntad de Dios, sabrá si la doctrina es de Dios o si los hombres hablan de sí mismos. Sólo los que odian la verdad serán entregados a errores que les serán fatales. — Ciertamente restaurar la salud al afligido concuerda con el propósito del día de reposo, al igual que administrar un ritual externo. Jesús les dijo que decidieran sobre su conducta según la importancia espiritual de la ley divina. No debemos juzgar a nadie por su aspecto externo, sino por su valor y por los dones y la gracia del Espíritu de Dios en él.

Vv. 25—30. Cristo proclamó en voz alta que estaban equivocados en lo que pensaban sobre su origen. Fue enviado por Dios, quien se demostró fiel a sus promesas. Esta declaración, de que ellos no conocían a Dios, con su pretensión de tener un conocimiento peculiar, provocó a los oyentes; y procuraron detenerlo, pero Dios puede atar las manos de los hombres aunque no convierta sus corazones.

Vv. 31—36. Los sermones de Jesús convencieron a muchos de que Él era el Mesías, pero no tenían el valor de reconocerlo. Consuelo para los que están *en* este mundo, pero que no son *de* este mundo, y por tanto, son odiados y están cansados de él, es que no estarán para siempre en el mundo, ni por mucho tiempo más. Bueno es que nuestros días sean pocos por ser malos. Los días de vida y de gracia no duran mucho; y cuando los pecadores estén en desgracia, se alegrarán de la ayuda que ahora desprecian. Los hombres discuten sobre sus palabras, pero cuando se produzca todo se explicará.

Vv. 37—39. En el último día de la fiesta de los tabernáculos los judíos sacaban agua y la derramaban ante el Señor. Se supone que Cristo alude a eso. Si cualquiera desea ser feliz verdaderamente para siempre, que venga a Cristo y sométase a Él. La sed significa el fuerte deseo de bendiciones espirituales, que ninguna otra cosa puede satisfacer; así, pues, las influencias santificadoras y consoladoras del Espíritu Santo están representadas por las aguas, a las cuales Jesús invita que vayan y beban. El consuelo fluye abundante y constante como un río; fuerte como un torrente para derribar la oposición de las dudas y los temores. Hay en Cristo una plenitud de gracia sobre gracia. El Espíritu que habita y obra en los creyentes es como fuente de agua viva, corriente de la cual fluyen arroyos abundantes, que refrescan y limpian como el agua. No esperemos los dones milagrosos del Espíritu Santo, pero podemos solicitar sus influencias más corrientes y más valiosas. Estos arroyos han fluido desde nuestro Redentor glorificado hasta esta fecha, y hasta los rincones más remotos de la tierra. Deseemos darlos a conocer al prójimo.

Vv. 40—53. La maldad de los enemigos de Cristo siempre es irracional y, a veces, no se puede contar con que sea refrenada. Nunca un hombre habló con su sabiduría, poder, y gracia, esa claridad convincente y dulzura, con que hablaba Cristo. ¡Ay, muchos de los que estuvieron por un tiempo refrenados y que hablaron bien de la palabra de Jesús, perdieron rápidamente sus convicciones y siguieron en sus pecados! La gente es neciamente motivada en materias de peso eterno por motivos externos, estando dispuestos hasta ser condenados por amor a la moda. Como la sabiduría de Dios escoge frecuentemente cosas que los hombres desprecian, así la necedad de los hombres desprecia corrientemente a quienes Dios ha elegido. El Señor saca adelante a sus discípulos tímidos y débiles,

y a veces los usa para derrotar los designios de sus enemigos.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—11. *Los fariseos y la adúltera.* 12—59. *La conversación de Cristo con los fariseos.*

Vv. 1—11. Cristo no halló defecto en la ley ni excusó la culpa de la mujer prisionera; tampoco tomó en cuenta el pretendido celo de los fariseos. Se condenan a sí mismos los que juzgan a los demás y, sin embargo, hacen lo mismo. Todos los que de alguna manera son llamados a culpar las faltas del prójimo, están especialmente preocupados de mirarse a sí mismos y mantenerse puros. En este asunto Cristo asistió a la gran obra por la cual vino al mundo, la cual era, llevar pecadores al arrepentimiento, no para destruir, sino para salvar. Él apuntaba a llevar al arrepentimiento no sólo al acusado demostrándole su misericordia, sino también a los acusadores demostrándoles sus pecados; ellos pensaron tenderle una trampa; Él procuró convencerlos y convertirlos. —Él rehusó inmiscuirse en el oficio de juez. Muchos delitos merecen un castigo más severo que el recibido, pero no debemos dejar nuestra propia obra para asumir aquella a la cual no hemos sido llamados. Cuando Cristo la mandó irse, fue con esta precaución: Vete y no peques más. Los que ayudan a salvar la vida de un delincuente deben ayudar a salvar el alma con el mismo cuidado. —Son verdaderamente felices aquellos a quienes Cristo no condena. El favor de Cristo para nosotros al perdonar los pecados pasados debe prevalecer en nosotros: Vete, y no peques más.

Vv. 12—16. Cristo es la Luz del mundo. Dios es luz, y Cristo es la imagen del Dios invisible. Un sol ilumina a todo el mundo; así lo hace un solo Cristo y no se necesita más. ¡Qué mazmorra oscura sería el mundo sin el sol! Así sería sin Jesús por el cual vino la luz al mundo. —Quienes siguen a Cristo no andarán en tinieblas. No serán dejados sin las verdades necesarias para impedir el error destructor, y sin las instrucciones en el camino del deber, necesarias para guardarlos del pecado condenador.

Vv. 17—20. Si conociéramos mejor a Cristo conoceríamos mejor al Padre. Se vuelven vanos en sus imaginaciones acerca de Dios los que no aprenden de Cristo. Los que no conocen su gloria ni su gracia, no conocen al Padre que le envió. El tiempo de nuestra partida de este mundo depende de Dios. Nuestros enemigos no pueden apresurarlo más, ni nuestros amigos, demorarlo respecto del tiempo designado por el Padre. Todo creyente verdadero puede mirar arriba y decir con placer: Mis tiempos están en tu mano, y mejor en ellas que en las mías. Para todos los propósitos de Dios hay un tiempo.

Vv. 21—29. Los que viven en incredulidad están acabados para siempre si mueren en la incredulidad. Los judíos pertenecían a este mundo malo actual, pero Jesús era de naturaleza divina y celestial, de modo que su doctrina, su reino y sus bendiciones no se adaptarían al gusto de ellos. Pero la maldición de la ley es quitada para todos los que se someten a la gracia del evangelio. Nada, sino la doctrina de la gracia de Cristo, será un argumento suficientemente poderoso para hacernos volver del pecado a Dios; y ese Espíritu es dado, y esa doctrina está dada, para obrar sólo en quienes creen en Cristo. Algunos dicen: ¿Quién es este Jesús? Ellos le reconocen como un profeta, maestro excelente, y aun como algo más que una criatura, pero no pueden reconocerle, por sobre todo, como Dios bendito por los siglos. ¿No bastará eso? Aquí responde Jesús la pregunta: ¿Es esto para honrarle como Padre? ¿Reconoce que Jesús es la Luz del mundo y la Vida de los hombres, uno con el Padre? Todos sabrán por su conversión o en su condenación que Él siempre habló e hizo lo que agradaba al Padre, aun cuando reclamaba para sí los honores más excelsos.

Vv. 30—36. Un poder tal acompañaba las palabras de nuestro Señor que muchos se convencieron y profesaron creer en Él. Él los estimuló para que escucharan sus enseñanzas, a confiar en sus promesas, y obedecer sus mandamientos a pesar de todas las tentaciones al mal. Iban

a ser verdaderamente sus discípulos haciendo eso, y aprenderían por la enseñanza de su palabra y su Espíritu, donde están la esperanza y la fuerza de ellos. —Cristo habló de libertad espiritual, pero los corazones carnales no sienten otros pesares aparte de los que molestan al cuerpo y perturban sus asuntos mundanos. Si se les habla de su libertad y propiedad, del despilfarro perpetrado en sus tierras o del daño infligido a sus casas, entenderán muy bien, pero si se les habla de la esclavitud del pecado, de la cautividad con Satanás y de la libertad por Cristo, del mal hecho a sus preciosas almas, y el riesgo de su bienestar eterno, entonces usted lleva cosas raras a sus oídos. Jesús les recordó claramente que el hombre que practica cualquier pecado es, efectivamente, un esclavo de pecado, como era el caso de la mayoría de ellos. Cristo nos ofrece libertad en el evangelio; tiene poder para darla, y aquellos a quienes Cristo hace libres, realmente lo son. Sin embargo, a menudo vemos a las personas que debaten sobre libertades de toda clase mientras son esclavos de alguna lujuria pecaminosa.

Vv. 37—40. Nuestro Señor resiste el orgullo y la vana confianza de estos judíos, mostrándoles que su descendencia desde Abraham no aprovecha a los de espíritu contrario a Él. Donde la palabra de Dios no tiene lugar, no debe esperarse nada bueno; ahí se da lugar a toda iniquidad. —Un enfermo que regresa de ver al médico y no toma ningún remedio ni come, ha perdido la esperanza de recuperarse. La verdad sana y nutre los corazones de quienes la reciben. La verdad enseñada por los filósofos no tiene este poder ni este efecto, sino sólo la verdad de Dios. Quienes reclaman los privilegios de Abraham, deben hacer las obras de Abraham; deben ser extranjeros y peregrinos en este mundo; mantener la adoración de Dios en su familia y andar siempre delante de Dios.

Vv. 41—47. Satanás dispone a los hombres a excesos por los cuales se asesinan a sí mismos y al prójimo, mientras lo que pone en la mente tiende a destruir las almas de los hombres. Él es el gran promotor de toda clase de falsedad. Es mentiroso, todas sus tentaciones las efectúa llamando bueno a lo malo y malo a lo bueno, y prometiendo libertad en el pecar. Él es el autor de todas las mentiras; a él se parecen y evocan los mentirosos, con quienes tendrá su porción para siempre, como todos los mentirosos. Las lujurias especiales del diablo son la maldad espiritual, las lujurias de la mente, y los razonamientos corruptos, la soberbia y la envidia, la ira y la malicia, la enemistad para con lo bueno, y estimular al prójimo al mal. Aquí la verdad es la voluntad revelada de Dios para salvación de los hombres por Jesucristo, la verdad que ahora estaba predicando Cristo y a la cual se opusieron los judíos.

Vv. 48—53. Obsérvese el desprecio de Cristo por los aplausos de los hombres. Los que están muertos para los elogios de los hombres pueden tolerar el desprecio de ellos. Dios procura el honor de todos los que no buscan lo suyo propio. —En estos versículos tenemos la doctrina de la dicha eterna de los creyentes. Tenemos el *carácter* del creyente; éste es el que guarda las palabras del Señor Jesús. El *privilegio* del creyente es que no verá para siempre la muerte de ninguna manera. Aunque ahora no pueden evitar ver la muerte y, también saborearla, sin embargo, dentro de poco tiempo estarán donde para siempre no habrá más muerte, Exodo xiv, 13.

Vv. 54—59. Cristo y todos los suyos, dependen de Dios en cuanto al honor. Los hombres pueden ser capaces de debatir sobre Dios aunque no le conozcan. Se pone juntos a los que no conocen a Dios con los que no obedecen el evangelio de Cristo, 2 Tesalonisenses i, 8. Todos los que conocen rectamente algo de Cristo desean fervorosamente saber más de Él. Los que discernen el alborear de la luz del Sol de Justicia, desean ver su levante. —“YO SOY antes que Abraham”. Esto habla de Abraham como una criatura y de nuestro Señor como el Creador; por tanto, bien puede Él engrandecerse más que Abraham. YO SOY es el nombre de Dios, Exodo iii, 14; habla de su existencia de Sí mismo y por sí mismo; Él es el Primero y el Último, siempre el mismo, Apocalipsis i, 8. Así, pues, no sólo era antes que Abraham, sino antes que todos los mundos, Proverbios viii, 23; capítulo i, 1. Como Mediador fue el Mesías ungido mucho antes de Abraham; el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, Apocalipsis xiii, 8. El Señor Jesús fue hecho Sabiduría, Justicia, Santificación y Redención de Dios para Adán y Abel, y para todos los que antes de Abraham vivieron y murieron por fe en Él. —Los judíos estaban por lapidar a Jesús por blasfemar, pero Él se retiró; por su poder milagroso pasó ileso a través de ellos. Profesemos constantemente lo que

sabemos y creemos acerca de Dios; y si somos herederos de la fe de Abraham, nos regocijaremos esperando el día en que el Salvador se aparecerá en gloria para confusión de sus enemigos, y para completar la salvación de todos los que creen en Él.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—7. *Cristo da vista a un ciego de nacimiento.* 8—12. *El relato del ciego.* 13—17. *Los fariseos interrogan al hombre que había sido ciego.* 18—23. *Le preguntan de Él.* 24—34. *Lo expulsan.* 35—38. *Las palabras de Cristo al hombre que había sido ciego.* 39—41. *Reprende a los fariseos.*

Vv. 1—7. Cristo curó a muchos que eran ciegos por enfermedad o accidente; aquí sana a uno que nació ciego. Así mostró su poder para socorrer en los casos más desesperados, y la obra de su gracia en las almas de los pecadores, que da vista a los que son ciegos por naturaleza. Este pobre hombre no podía ver a Cristo, pero Cristo lo vio a Él. Y si sabemos o captamos algo de Cristo se debe a que primeramente fuimos conocidos por Él. Cristo habla de calamidades extraordinarias, que no siempre tienen que considerarse como castigos especiales del pecado; a veces, son para la gloria de Dios y para manifestar sus obras. —Nuestra vida es nuestro día en el que nos corresponde hacer el trabajo del día. Debemos estar ocupados y no desperdiciar el tiempo del día; el tiempo de reposo será cuando nuestro día esté terminado, porque no es sino un día. El acercamiento de la muerte debiera estimularnos para aprovechar todas las oportunidades de hacer y recibir el bien. Debemos hacer rápidamente el bien que tengamos oportunidad de hacer. Y aquel que nunca hace una buena obra hasta que no hay nada que objetar contra ella, dejará más de una buena obra sin hacer, Eclesiastés xi, 4. —Cristo magnificó su poder al hacer que un ciego viera, haciendo lo que uno pensaría como más probable para engeguecer a uno que ve. La razón humana no puede juzgar los métodos del Señor que usa medios e instrumentos que los hombres desprecian. Los que serán sanados por Cristo deben ser gobernados por Él. Regresó desde el estanque maravillándose y maravillado; se fue viendo. Esto representa los beneficios de prestar atención a las ordenanzas señaladas por Cristo; las almas llegan débiles y se van fortalecidas; llegan dudando y se van satisfechas; llegan de duelo y se van jubilosas; llegan ciegas y se van viendo.

Vv. 8—12. Se sabe que aquellos cuyos ojos son abiertos y sus corazones limpiados por la gracia, son las mismas personas, pero de carácter completamente diferente, y viven como monumentos de la gloria del Redentor y recomiendan su gracia a todos los que desean la misma preciosa salvación. Bueno es fijarse en el camino y el método de las obras de Dios y se verán más maravillosas. Aplíquese esto espiritualmente. En la obra de gracia obrada en el alma vemos el cambio, pero no vemos la mano que lo efectúa: el camino del Espíritu es como el del viento, del cual uno oye el sonido, pero no puede decir de dónde viene ni adónde va.

Vv. 13—17. Cristo no sólo obró milagros en el día de reposo, pero su modo hizo que se ofendieran los judíos, porque pareció no ceder ante los escribas ni los fariseos. El celo de ellos por los puros ritos consumió los asuntos importantes de la religión; por tanto, Cristo no quiso darles cabida. Además, se permiten las obras de necesidad y de misericordia y el reposo sabático debe guardarse para la obra del día de reposo. ¡Cuántos ojos cegados han sido abiertos predicando el evangelio en el día del Señor! ¡Cuántas almas impotentes son curadas en ese día! Muchos juicios impíos y despiadados vienen de los hombres que agregan sus propias fantasías a los designios de Dios. ¡Qué perfecto en sabiduría y santidad es nuestro Redentor, cuando sus enemigos no pudieron hallar nada en su contra, sino la acusación de violar el día de reposo, tan a menudo refutada! Seamos capaces de silenciar la ignorancia de los hombres necios haciendo el bien.

Vv. 18—23. Los fariseos esperaron vanamente refutar este notable milagro. Esperaban a un

Mesías, pero no toleraban pensar que este Jesús fuera Aquel, porque sus preceptos eran del todo contrarios a las tradiciones de ellos, y porque tenían la expectativa de un Mesías con pompa y esplendor externo. El temor del hombre pondrá lazo, Proverbios xxix, 25, y, a menudo, hace que la gente niegue y desconozca a Cristo, sus verdades y caminos, y actúe contra sus conciencias. El indocto y pobre, que son de corazón simple, extraen prestamente inferencias apropiadas de las pruebas de la luz del evangelio, pero aquellos cuyos deseos son de otro camino, aunque estén siempre aprendiendo, nunca llegan al conocimiento de la verdad.

Vv. 24—34. Como las misericordias de Cristo son de valor supremo para quienes perciben sus necesidades, eran ciegos y ahora ven; así, los afectos más poderosos y duraderos por Cristo surgen de conocerle verdaderamente. —Aunque no podemos decir cuándo, cómo y por cuales pasos se obró el cambio bendito de la obra de gracia en el alma, aun así, podemos tener el consuelo, si por gracia podemos decir: Yo era ciego, pero ahora veo. Yo llevaba una vida mundana sensual pero ahora, gracias a Dios, es lo contrario, Efesios v, 8. Indudablemente prodigiosa es la incredulidad de los que disfrutaban los medios de conocimiento y convicción. Todos los que han sentido el poder y la gracia del Señor Jesús, se maravillan ante la disposición voluntaria de otros que le rechazan. Este les discute con fuerza que no sólo Jesús no era pecador, sino que era de Dios. Que cada uno de nosotros podamos saber por esto si somos o no de Dios: ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos por Dios? ¿Qué hacemos por nuestra alma? ¿Qué hacemos más que otros?

Vv. 35—38. Cristo reconoce a quienes le reconocen a Él, su verdad y sus caminos. Se nota en particular a los que sufren en la causa de Cristo y del testimonio de una buena conciencia. Nuestro Señor Jesús se revela por gracia al hombre. Ahora éste fue hecho sensato; qué misericordia inexpresable fue ser curado de su ceguera, para que pudiera ver al Hijo de Dios. Nadie sino Dios debe ser adorado; así que, al adorar a Jesús, le reconoció como Dios. Le adorarán todos los que creen en Él.

Vv. 39—41. Cristo vino al mundo a dar vista a los espiritualmente ciegos. Además, para que los que ven sean cegados; para que los que tienen un elevado concepto de su propia sabiduría, sean sellados en su ignorancia. La predicación de la cruz era considerada locura por quienes no conocieron a Dios por la sabiduría carnal. Nada fortifica los corazones corruptos de los hombres contra las convicciones de la palabra más que la elevada opinión que los otros tienen de ellos; como si todo lo que los hombres aplauden, debiera ser aceptado por Dios. —Cristo los silenció, pero persiste el pecado del vanidoso y del que confía en sí mismo; ellos rechazan el evangelio de la gracia, por tanto, la culpa de su pecado sigue sin ser perdonada, y el poder de su pecado sigue intacto.

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *La parábola del buen pastor.* 6—9. *Cristo, la Puerta.* 10—18. *Cristo, el Buen Pastor.* 19—21. *La opinión de los judíos sobre Jesús.* 22—30. *Su sermón en la fiesta de la dedicación.* 31—38. *Los judíos intentan lapidar a Jesús.* 39—42. *Salida de Jerusalén.*

Vv. 1—5. He aquí una parábola o símil tomado de las costumbres del Oriente para el manejo de las ovejas. Los hombres, como criaturas que dependen de su Creador, son llamados ovejas de su prado. La Iglesia de Dios en el mundo es como un redil de ovejas, expuesto a los engañadores y los perseguidores. El gran Pastor de las ovejas conoce a todas las suyas, las cuida por su providencia, las guía por su Espíritu y su palabra, y va delante de ellas, como los pastores orientales iban delante de sus ovejas para ponerlas en el camino tras sus pasos. Los ministros deben servir a las ovejas en sus preocupaciones espirituales. El Espíritu de Cristo les pondrá por delante una puerta abierta. Las ovejas de Cristo obedecerán a su Pastor y serán cautelosas y tímidas con los extraños que las

quieran sacar de la fe en Él y llevarlas a las fantasías sobre Él.

Vv. 6—9. Muchos que oyen la palabra de Cristo no la entienden porque no quieren, pero nosotros hallaremos que un pasaje explica a otro al otro, y el Espíritu bendito da a conocer al bendito Jesús. —Cristo es la Puerta, ¿y qué mayor seguridad tiene la Iglesia de Dios que el Señor Jesús esté entre ella y todos sus enemigos? Él es una puerta abierta para pasar y comunicar. He aquí instrucciones claras sobre cómo entrar al redil; debemos entrar por Jesucristo en cuanto es la Puerta. Por fe en Él como el gran Mediador entre Dios y el hombre. Además, tenemos promesas preciosas para los que obedecen esta instrucción. Cristo da todo el cuidado a su Iglesia, y a cada creyente, que un buen pastor da a su rebaño; y Él espera que la Iglesia, y cada creyente, le atienda y se mantenga en su pastura.

Vv. 10—18. Cristo es el Buen Pastor; muchos no eran ladrones, pero fueron negligentes con su deber, y el rebaño fue muy dañado por su descuido. Los malos principios son la raíz de las malas costumbres. —El Señor Jesús sabe a quienes ha escogido y está seguro de ellos; también ellos saben en quien confiaron y están seguros de Él. —Véase aquí la gracia de Cristo: puesto que nadie podría quitarle la vida, Él la entrega, por sí, para nuestra redención. Él se ofrendó para ser el *Salvador*: He aquí, Yo vengo. La necesidad de nuestro caso lo pedía, y Él se ofreció para el *Sacrificio*. Fue el que ofrenda y ofrenda, de modo que la entrega de su vida fue la ofrenda de sí mismo. De eso queda en claro que Él murió en el lugar y como sustituto de los hombres para lograr que ellos fueran librados del castigo del pecado, para obtener el perdón del pecado para ellos; y para que su muerte adquiriera ese perdón. Nuestro Señor no entregó su vida por su doctrina, sino por sus ovejas.

Vv. 19—21. Satanás destruye a muchos quitándoles el interés por la palabra y las ordenanzas. Los hombres no toleran que se rían de ellos por su alimento necesario, pero toleran que se rían de ellos por lo que es mucho más necesario. Si nuestro celo y fervor en la causa de Cristo, especialmente en la bendita obra de llevar sus ovejas a su redil, nos acarrea mala fama, no la escuchemos, pero recordemos que así reprocharon a nuestro Maestro antes que a nosotros.

Vv. 22—30. Todos los que tienen algo que decir a Cristo, pueden encontrarlo en el templo. Cristo nos hará creer; nosotros nos hacemos dudar. Los judíos entendieron su significado, pero no pudieron dar forma a sus palabras como acusación completa en su contra. Él describió la disposición de gracia y el estado de dicha de sus ovejas; ellas oyeron y creyeron su palabra, le siguieron como sus fieles discípulos, y ninguna de ellas perecerá, porque el Hijo y el Padre eran uno. Así, pues, pudo defender a sus ovejas contra todos sus enemigos, lo cual prueba que pretendió tener poder y perfección divinos iguales al Padre.

Vv. 31—38. Las obras de poder y misericordia de Cristo le proclaman ser. Dios bendijo sobre todo por los siglos, para que todos sepan y crean que Él es en el Padre, y el Padre en Él. A quien el Padre envía, santifica. El santo Dios recompensará y, por tanto, empleará sólo a quienes Él haga santos. El Padre era en el Hijo, de modo que por el poder divino, Aquél obró sus milagros; el Hijo era en el Padre, de modo que conocía toda su mente. Nosotros no podemos hallar esto a la perfección buscándolo, pero debemos conocer y creer estas declaraciones de Cristo.

Vv. 39—42. No prosperará ningún arma forjada contra nuestro Señor Jesús. No escapó porque tuviera temor de sufrir, sino porque su hora no había llegado. Aquél que sabía librarse a sí mismo, sabe librar de sus tentaciones a los santos, y hacerles un camino para que escapen. Los perseguidores pueden echar a Cristo y su evangelio de la ciudad o país de ellos pero no pueden echarlos del mundo. Cuando por fe en nuestros corazones conocemos a Cristo, encontramos que es verdad todo lo que la Escritura dice de Él.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—6. *La enfermedad de Lázaro.* 7—10. *Cristo regresa a Judea.* 11—16. *La muerte de Lázaro.* 17—32. *Cristo arriba a Betania.* 33—46. *Resucita a Lázaro.* 47—53. *Los fariseos se confabulan contra Jesús.* 54—57. *Los judíos lo buscan.*

Vv. 1—6. Estar enfermos no es nada nuevo para quienes Cristo ama; las dolencias corporales corrigen la corrupción y prueban las gracias del pueblo de Dios. Él no vino a resguardar a su pueblo de estas aflicciones, sino a salvarlos de sus pecados, y de la ira venidera; sin embargo, nos corresponde apelar a Él por cuenta de nuestros amigos y parientes cuando están enfermos y afligidos. Que esto nos reconcilie con el lado más oscuro de la Providencia, que todo es para la gloria de Dios: así son enfermedad, pérdida, desilusión; y debemos satisfacernos si Dios es glorificado. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Favorecidas grandemente son las familias en que abundan el amor y la paz, pero son felices hasta lo sumo aquellas a las que Jesús ama, y por las que es amado. Ay, que este raras veces sea el caso de cada persona, aun en familias pequeñas. —Dios tiene intenciones buenas aun cuando parece demorar. Cuando tarda la obra de liberación temporal o espiritual, pública o personal, se debe a que espera el momento oportuno.

Vv. 7—10. Cristo nunca pone en peligro a su pueblo si no va con ellos. Somos dados a pensar que somos celosos por el Señor cuando, en realidad, somos celosos sólo por nuestra riqueza, crédito, comodidad y seguridad; por tanto, necesitamos probar nuestros principios. Nuestro día será prolongado hasta que nuestra obra esté hecha y finalizado nuestro testimonio. El hombre tiene consuelo y satisfacción mientras va en el camino de su deber, según lo estipule la palabra de Dios, y esté determinado por la providencia de Dios. Donde quiera que Cristo fue, anduvo en el día, y así nosotros si seguimos sus pasos. Si un hombre anda en el camino de su corazón, conforme al rumbo de este mundo, si considera más sus razonamientos carnales que la voluntad y la gloria de Dios, cae en tentaciones y trampas. Tropieza porque no hay luz en él, porque la luz *en nosotros* es a nuestras acciones morales como la luz *alrededor de nosotros* es a nuestras acciones naturales.

Vv. 11—16. Puesto que estamos seguros de resucitar al final, ¿por qué la esperanza que cree en la resurrección a la vida eterna, no nos facilita el sacarnos el cuerpo y morir, como si fuera sacarse la ropa e irse a dormir? Cuando muere el cristiano verdadero no hace sino dormir; descansa de las labores del día pasado. Sí, de aquí que la muerte sea mejor que dormir, porque dormir es sólo un descanso breve, pero la muerte es el fin de todas las preocupaciones y esfuerzos terrenales. Los discípulos pensaban que ahora no era necesario que Cristo fuera donde Lázaro y se expusiera Él junto con ellos. Así, a menudo, esperamos que la buena obra que somos llamados a hacer, sea hecha por alguna otra mano si hay riesgos en hacerla. Pero cuando Cristo resucitó a Lázaro de entre los muertos, muchos fueron llevados a creer en Él; y se hizo mucho para perfeccionar la fe de los que creyeron. Vayamos *a Él*; la muerte no puede separarnos del amor de Cristo ni ponernos fuera del alcance de su llamado. —Como Tomás, los cristianos deben animarse unos a otros en tiempos difíciles. La muerte del Señor Jesús debe darnos la disposición de morir cuando Dios nos llame.

Vv. 17—32. Aquí había una casa donde estaba el temor de Dios y sobre la cual reposaba su bendición, pero fue hecha casa de duelo. La gracia evita el duelo en el corazón, pero no el de la casa. —Cuando Dios, por su gracia y providencia, viene a nosotros por caminos de misericordia y consuelo, como Marta, debemos salir por fe, esperanza y oración a encontrarlo. Cuando Marta salió a encontrar a Jesús, María se quedó tranquila en casa; anteriormente este temperamento fue ventajoso para ella, cuando la puso a los pies de Cristo para oír su palabra, pero en el día de la aflicción, el mismo temperamento la dispuso a la melancolía. Sabiduría nuestra es velar contra la tentación y usar las ventajas de nuestro temperamento natural. —Cuando no sabemos qué pedir o esperar en particular, encomendémonos a Dios; dejémosle hacer lo que le plazca. Para aumentar las expectativas de Marta, nuestro Señor declara que es la Resurrección y la Vida. Es la resurrección en todo sentido: fuente, sustancia, primicia, y causa de la resurrección. El alma redimida vive feliz después de la muerte y, después de la resurrección, el cuerpo y el alma son resguardados de todo mal para siempre. —Cuando leamos u oigamos la palabra de Cristo sobre las grandes cosas del otro mundo, debemos preguntarnos ¿creemos esta verdad? Las cruces y los consuelos de esta época no

nos impresionarían tan profundamente como lo hacen, si creyéramos como debemos las cosas de la eternidad. —Cuando Cristo, nuestro Maestro, viene, nos llama. Él viene en su palabra y ordenanza, y nos llama a ellas, nos llama por ellas, y nos llama a sí mismo. Los que, en un día de paz, se ponen a los pies de Cristo para que les enseñe, pueden, con consuelo, echarse a sus pies para hallar su favor en un día de inquietud.

Vv. 33—46. La tierna simpatía de Cristo por estos amigos afligidos se manifestó por la angustia de su Espíritu. Él es afligido en todas las aflicciones de los creyentes. Su preocupación por ellos lo demuestra su bondadosa pregunta por los restos de su amigo fallecido. Él actúa en la forma y a la manera de los hijos de los hombres, al ser hallado a semejanza de hombre. Eso lo demostró por sus lágrimas. Era varón de dolores y experimentado en quebranto. Las lágrimas de compasión se parecen a las de Cristo, pero éste nunca aprobó esa sensibilidad de la cual se enorgullecen tantos de los que lloran por simples relatos de problemas, pero se endurecen ante el ay de verdad. Nos da el ejemplo al apartarse de las escenas de hilaridad frívola, para que consolemos al afligido. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades. —Es un buen paso para levantar un alma a la vida espiritual, cuando se quita la piedra, cuando se eliminan y superan los prejuicios, dando lugar para que la palabra entre al corazón. Si recibimos la palabra de Cristo, y confiamos en su poder y fidelidad, veremos la gloria de Dios y nos alegraremos al verla. Nuestro Señor Jesús nos enseña, con su ejemplo, a llamar Padre a Dios en la oración y a acercarnos a Él como hijos al padre, con reverencia humilde, pero con santa osadía. Habló directamente a Dios con los ojos alzados y en voz alta, para que ellos se convencieran que el Padre le había enviado al mundo como su Hijo amado. —Él podía resucitar a Lázaro por el ejercicio silencioso de su poder y voluntad, y la obra invisible del Espíritu de vida, pero lo hizo en voz alta. Era un tipo del llamado del evangelio por el cual se sacan las almas muertas de la tumba del pecado: tipo del sonido de la trompeta del arcángel del último día, con que serán despertados todos los que duermen en el polvo, y serán convocados a comparecer ante el gran tribunal. La tumba del pecado y este mundo no son lugar para aquellos que Cristo revivió; ellos deben salir. Lázaro fue revivido completamente y regresó, no sólo a la vida, sino a la salud. El pecador no puede revivir su propia alma, pero tiene que usar los medios de gracia; el creyente no puede santificarse a sí mismo, pero tiene que dejar de lado todo peso y estorbo. No podemos convertir a nuestros parientes y amistades, pero debemos instruirlos, precaverlos e invitarlos.

Vv. 47—53. Difícilmente haya un descubrimiento más claro de la locura del corazón del hombre y de su enemistad enconada contra Dios que lo aquí registrado. Las palabras de la profecía en la boca no son prueba clara de un principio de gracia en el corazón. Por el pecado tomamos el rumbo más eficaz para echarnos encima la calamidad, de la cual procuramos escapar, como hacen quienes creen que fomentan su propio interés mundano oponiéndose al reino de Cristo. Lo que el impío teme le vendrá. La conversión de las almas es la reunión de ellas con Cristo como su rey y refugio; Él murió para efectuar esto. Al morir las compró para sí mismo, y adquirió el don del Espíritu Santo para ellas: Su amor al morir por los creyentes debe unirlos estrechamente.

Vv. 54—57. Debemos renovar nuestro arrepentimiento antes de la pascua del evangelio. Así, por una purificación voluntaria y por ejercicios religiosos, muchos, más devotos que su prójimo, pasan un tiempo en Jerusalén antes de la pascua. Cuando esperamos reunirnos con Dios debemos prepararnos con solemnidad. Ningún artificio del hombre puede alterar los propósitos de Dios, y aunque los hipócritas se diviertan con formas y disputas, y los hombres mundanos procuren sus propios planes, Jesús sigue ordenando todas las cosas para su gloria y para la salvación de su pueblo.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *María unge a Cristo.* 12—19. *Entra a Jerusalén.* 20—26. *Unos griegos quieren ver a Jesús.* 27—33. *Una voz desde el cielo da testimonio de Cristo.* 34—36. *Su sermón para el pueblo.* 37—43. *Incredulidad de los judíos.* 44—50, *El discurso de Cristo para ellos.*

Vv. 1—11. Cristo había reprendido a Marta anteriormente porque se afanaba con mucho servicio, pero ella no dejó de servir, como algunos que, con belicosidad, se van al otro extremo cuando son hallados en falta por exagerar una cosa; ella siguió sirviendo, pero dentro del alcance de las palabras de la gracia de Cristo. —María dio una señal de amor a Cristo, que le había dado verdaderas señales de su amor por ella y su familia. El Ungido de Dios será nuestro Ungido. Como Dios derramó el óleo de alegría sobre Él, por más que a sus compañeros, así nosotros derramemos el unguento de nuestros mejores afectos sobre Él. —El pecado necio es embellecido con un pretexto creíble por Judas. No debemos pensar que los que no hacen el servicio a nuestra manera no lo hacen de manera aceptable. El amor al dinero que reina es robo de corazón. La gracia de Cristo hace comentarios bondadosos de las palabras y acciones piadosos, sacando lo mejor de lo que está mal, y el máximo de lo bueno. Se debe aprovechar las oportunidades; y primero y con mayor vigor las que probablemente sean las más breves. —Confabularse para impedir el efecto ulterior del milagro, matando a Lázaro, es tanta iniquidad, malicia y necedad que no se puede entender, salvo por la enemistad enconada del corazón humano contra Dios. Ellos resolvieron que debía morir el hombre que el Señor había resucitado. El éxito del evangelio suele enojar tanto a los impíos que hablan y actúan como si esperaran triunfar sobre el mismo Todopoderoso.

Vv. 12—19. La entrada triunfal de Cristo en Jerusalén la registran todos los evangelistas. —Los discípulos no entienden muchas cosas excelentes de la palabra y de la providencia de Dios, en la primera instancia de su conocimiento de las cosas de Dios. El entendimiento recto de la naturaleza espiritual del reino de Cristo impide que apliquemos mal las Escrituras que hablan al respecto.

Vv. 20—26. El gran deseo de nuestra alma será ver a Jesús al participar en las santas ordenanzas, en particular de la pascua del evangelio; verlo como nuestro, teniendo comunión con Él y derivando gracia de Él. —El llamado a los gentiles magnificó al Redentor. Una semilla de trigo no produce a menos que sea sepultada. Así Cristo podría haber poseído solo su gloria celestial sin volverse hombre. O, después de haber asumido la naturaleza humana, podría haber entrado solo al cielo, por su justicia perfecta, sin sufrimientos ni muerte, pero entonces, ningún pecador de la raza humana hubiera podido ser salvo. La salvación de nuestras almas hasta ahora y de aquí en adelante hasta el fin del tiempo, se debe a la muerte de esa simiente de trigo. Busquemos si Cristo es en nosotros la esperanza de gloria; roguémosle que nos haga indiferentes a los afanes triviales de esta vida, para que sirvamos al Señor Jesús con mente dispuesta, y para seguir su santo ejemplo.

Vv. 27—33. El pecado de nuestras almas fue la angustia del alma de Cristo cuando emprendió nuestra redención y salvación, haciendo de su alma la ofrenda por el pecado. Cristo estaba dispuesto a sufrir, pero oró pidiendo que se le salvara de sufrir. La oración pidiendo ser librado de la tribulación puede concordar bien con la paciencia que hay tras ellos, y con el sometimiento a la voluntad de Dios en ellos. Nuestro Señor Jesús decidió satisfacer la honra de Dios injuriado, y lo hizo humillándose a sí mismo. La voz del Padre desde el cielo, que lo había declarado su amado Hijo, en su bautismo y en la transfiguración, se oyó proclamando que había glorificado su nombre que lo volvería a glorificar. —Reconciliando el mundo a Dios por el mérito de su muerte, Cristo rompió el poder de la muerte, y echó fuera a Satanás como destructor. Llevando el mundo a Dios por la doctrina de su cruz, Cristo rompió el poder del pecado y echó fuera a Satanás como engañador. El alma que estaba distanciada de Cristo es llevada a amarle y confiar en Él. Ahora Jesús se iba al cielo, y llevaría allá los corazones de los hombres. Hay poder en la muerte de Cristo para atraer las almas a Él. Hemos oído del evangelio lo que enaltece la libre gracia, y también hemos oído lo que llama al deber; debemos aceptar ambos de todo corazón sin separarlos.

Vv. 34—36. La gente sacó nociones falsas de las Escrituras porque pasaron por alto las profecías que hablan de los sufrimientos y la muerte de Cristo. Nuestro Señor les advirtió que la luz

no seguiría con ellos por mucho tiempo más, y les exhortó a caminar en ella antes que la oscuridad los alcanzara. Los que quieren andar en la luz deben creer en ella y seguir las instrucciones de Cristo. Pero los que no tienen fe, no pueden contemplar lo que se presenta en Jesús, levantado en la cruz, y son ajenos a su influencia, como lo da a conocer el Espíritu Santo; hallan miles de objeciones para excusar su incredulidad.

Vv. 37—43. Obsérvese el método de conversión aquí implicado. Los pecadores son llevados a ver la realidad de las cosas divinas y a tener un cierto conocimiento de ellas; para que se conviertan y se vuelvan verdaderamente del pecado a Cristo, como su Dicha y Porción. Dios los sanará, los justificará y santificará; perdonará sus pecados, que son como heridas sangrantes y mortificará sus corrupciones, que son como enfermedades que acechan. —Véase aquí el poder del mundo para amortiguar la convicción de pecado teniendo en cuenta el aplauso o la censura de los hombres. El amor al elogio de los hombres, como subproducto de lo bueno, hará hipócrita al hombre cuando la religión está de moda y por ella se obtiene mérito; el amor al elogio de los hombres, como principio vil de lo malo, hará un apóstata del hombre cuando la religión caiga en desgracia y se pierda el mérito por ella.

Vv. 44—50. Nuestro Señor proclamó públicamente que todo aquel que creyera en Él, como su discípulo verdadero, no creería sólo en Él, sino en el Padre que le envió. Contemplando en Jesús la gloria del Padre, aprendemos a obedecer, amar y confiar en Él. Mirando diariamente a Aquel que vino como Luz al mundo, somos liberados crecientemente de las tinieblas de la ignorancia, del error, del pecado y la miseria; aprendemos que el mandamiento de Dios nuestro Salvador es vida eterna, aunque la misma palabra sellará la condenación de todos los que la desprecian o la rechazan.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—17. *Cristo lava los pies de los discípulos.* 18—30. *Anuncio de la traición de Judas.* 31—38. *Cristo manda a los discípulos que se amen unos a otros.*

Vv. 1—17. Nuestro Señor Jesús tiene un pueblo en el mundo que es suyo; los compró y pagó caro por ellos, y los puso aparte para sí; ellos se rinden a Él como pueblo peculiar. A los que Cristo ama, los ama hasta lo sumo. Nada puede separar del amor de Cristo al creyente verdadero. —No sabemos cuando llegará nuestra hora, por eso, lo que tenemos que hacer como preparativo constante para ella, nunca debe quedar sin hacer. No podemos saber qué camino de acceso a los corazones de los hombres tiene el diablo, pero algunos pecados son tan excesivamente pecaminosos, y es tan poca la tentación a ellos de parte del mundo y la carne, que es evidente que vienen directamente de parte de Satanás. —Jesús lavó los pies de los discípulos para enseñarnos a pensar que nada nos rebaja si podemos fomentar la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos. Debemos dirigirnos al deber y dejar de lado todo lo que impida lo que tenemos que hacer. Cristo lavó los pies de los discípulos para representarles el valor del lavado espiritual, y la limpieza del alma de las contaminaciones del pecado. —Nuestro Señor Jesús hace muchas cosas cuyo significado ni sus discípulos saben en el presente, pero lo sabrán después. Al final vemos qué era lo bueno de los hechos que parecían peores. No es humildad, sino incredulidad rechazar la oferta del evangelio como si fueran demasiado ricos para que sea para nosotros o noticia demasiado buena para ser cierta. —Todos los que son espiritualmente lavados por Cristo tienen parte en Él, y solamente ellos. A todos los que Cristo reconoce y salva, los justifica y santifica. Pedro se somete más de lo requerido; ruega ser lavado por Cristo. ¡Cuán ferviente es por la gracia purificadora del Señor Jesús, y el efecto total de ella, hasta en sus manos y cabeza! Los que desean verdaderamente ser santificados, desean ser santificados por completo, y que sea purificado todo el hombre, en todas sus partes y poderes. El creyente verdadero es así lavado cuando recibe a Cristo para su salvación. Entonces, véase cuál debe ser el afán diario de quienes, por gracia, están en un estado justificado, esto es, lavar sus pies;

limpiar la culpa diaria, y estar alertas contra toda cosa contaminante. Esto debe hacernos sumamente cautos. Desde el perdón de ayer debemos ser fortalecidos contra la tentación de este día. Cuando se descubren hipócritas, no debe ser sorpresa ni causa de tropiezo para nosotros. —Fijaos en la lección que enseña aquí Cristo. Los deberes son mutuos; debemos aceptar ayuda de nuestros hermanos y debemos darles ayuda. Cuando vemos que nuestro Maestro sirve, no podemos sino ver cuán inconveniente es dominar para nosotros. —Y el mismo amor que llevó a Cristo a rescatar y reconciliar a sus discípulos, cuando eran enemigos, aún influye sobre Él.

Vv. 18—30. Nuestro Señor había hablado, a menudo, de sus sufrimientos y muerte, sin esa turbación de espíritu como la que ahora devela cuando habla de Judas. Los pecados de los cristianos son la tristeza de Cristo. —No tenemos que limitar nuestra atención a Judas. La profecía de su traición puede aplicarse a todos los que participan de las misericordias de Dios, y las reciben con ingratitud. Véase al infiel que sólo mira las Escrituras con el deseo de quitarles su autoridad y destruir su influencia; al hipócrita que profesa creer las Escrituras, pero no se gobierna por ellas; y al apóstata que se aleja de Cristo por una nadería. Así, pues, la humanidad, sustentada por la providencia de Dios, luego de comer pan con Él, ¡alza contra Él su calcañar! Judas salió como uno cansado de Jesús y de sus apóstoles. Aquellos cuyas obras son malas aman las tinieblas más que la luz.

Vv. 31—35. Cristo había sido glorificado en muchos milagros que obró, pero habla de ser glorificado, ahora, en sus sufrimientos, como si eso fuera más que todas sus otras glorias en su estado de humillación. Así fue hecha satisfacción por el mal hecho a Dios por el pecado del hombre. No podemos seguir ahora a nuestro Señor a su dicha celestial, pero si creemos verdaderamente en Él, lo seguiremos en el más allá; mientras tanto, debemos esperar su tiempo y hacer su obra. — Antes que Cristo dejara a los discípulos, les daría un nuevo mandamiento. Ellos tenían que amarse unos a otros por amor a Cristo y, conforme a su ejemplo, buscar lo que beneficie al prójimo, y fomente la causa del evangelio, como un solo cuerpo animado por una sola alma. Este mandamiento aún parece *nuevo* para muchos profesantes. En general, los hombres notan cualquiera otra palabra de Cristo antes que estas. Por esto se revela, si los seguidores de Cristo no se demuestran amor unos a otros, dan causa para sospechar de su sinceridad.

Vv. 36—38. Pedro pasó por alto lo que Cristo dijo sobre el amor fraternal, pero habló de aquello sobre lo cual Cristo los mantuvo ignorantes. Común es tener más celo por saber cosas secretas, que corresponden sólo a Dios, que por cosas reveladas que nos corresponden a nosotros y a nuestros hijos; tener más deseo de satisfacer nuestra curiosidad que dirigir nuestra conciencia; saber qué se hace en el cielo más de lo que debemos hacer para llegar allá. ¡Qué pronto se deja de hablar sobre lo que es claro y edificante, mientras se sigue el debate dudoso como lucha interminable de palabras! Somos dados a tomar mal que nos digan que no podemos hacer esto o aquello, aunque sin Cristo nada podemos hacer. Cristo nos conoce mejor que nosotros mismos, y tiene muchas maneras de descubrir a los que ama, y esconder el orgullo para ellos. Dediquémonos a mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, a amarnos fervientemente unos a otros con corazón puro, y a andar humildemente con nuestro Dios.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—11. *Cristo consuela a sus discípulos.* 12—17. *Más consuelo para sus discípulos.* 18—31. *Sigue consolando a sus discípulos.*

Vv. 1—11. Aquí hay tres palabras sobre las cuales puede ponerse todo el énfasis: La palabra *turbe*. No os deprimáis ni os angustiéis. La palabra *corazón*. Que su corazón esté guardado con toda confianza en Dios. La palabra *vuestro*. Por más que el prójimo esté abrumado por las penas de esta

época actual, *vosotros* no estéis así. Los discípulos de Cristo deben mantener su mente en paz, más que el prójimo, cuando todo lo demás está turbado. He aquí el remedio contra este trastorno de la mente, “Creed”. Creyendo en Cristo como Mediador entre Dios y el hombre, recibimos consuelo. Se habla de la dicha del cielo como estar en la casa del padre. Hay muchas mansiones, porque hay muchos hijos para ser llevados a la gloria. Las mansiones son viviendas que duran. Cristo será el Consumador de aquello, de lo cual es el Autor o Iniciador; si tiene preparado el lugar para nosotros, nos preparará para eso. —Cristo es el Camino al Padre que los pecadores tienen en su persona como Dios manifestado en carne, en su sacrificio expiatorio, y como nuestro Abogado. Él es la Verdad, que cumple todas las profecías del Salvador; creyendo eso los pecadores van por Él, el Camino. Él es la Vida, por su Espíritu vivificador reciben vida los muertos en pecado. Nadie que no sea vivificado por Él, la Vida, y enseñado por Él, la Verdad, puede acercarse a Dios como Padre por Él, el Camino. Por Cristo, el Camino, nuestras oraciones van a Dios y sus bendiciones vienen a nosotros; este es el Camino que lleva al reposo, el buen Camino antiguo. Él es la Resurrección y la Vida. Todo el que ve a Cristo por fe, ve al Padre en Él. A la luz de la doctrina de Cristo vieron a Dios como Padre de las luces y, en los milagros de Cristo vieron a Dios como el Dios del poder. La santidad de Dios brilló en la pureza inmaculada de la vida de Cristo. Tenemos que creer la revelación de Dios al hombre en Cristo; porque las obras del Redentor muestran su gloria, y a Dios en Él.

Vv. 12—17. Cualquier cosa que pidamos en el nombre de Cristo, que sea para nuestro bien y adecuada para nuestro estado, nos la dará. Pedir en el nombre de Cristo es invocar sus méritos y su intercesión, y depender de estos argumentos. El don del Espíritu es un fruto de la mediación de Cristo, comprado por su mérito y recibido por su intercesión. La palabra aquí empleada significa abogado, consejero, monitor y consolador. Él permanece con los discípulos hasta el fin del tiempo; sus dones y gracias alientan sus corazones. Las expresiones usadas, aquí y en otros pasajes, denotan una persona, y el oficio mismo incluye todas las perfecciones divinas. —El don del Espíritu Santo es dado a los discípulos de Cristo, y no al mundo. Este es el favor que Dios da a sus elegidos: como fuente de santidad y dicha, el Espíritu Santo permanecerá con cada creyente para siempre.

Vv. 18—24. Cristo promete que seguirá cuidando a sus discípulos. No os dejaré huérfanos o sin padre, porque, aunque os dejo, de todos modos os dejo este consuelo: Vendré a vosotros. Vendré prontamente a vosotros en mi resurrección. Vendré diariamente a vosotros en mi Espíritu; en las señales de su amor y en las visitas de su gracia. Por cierto vendré al fin del tiempo. Sólo los que ven a Cristo con los ojos de la fe, lo verán para siempre: el mundo no lo ve más hasta su segunda venida, pero sus discípulos tienen comunión con Él en su ausencia. Estos misterios serán plenamente conocidos en el cielo. Es un acto ulterior de gracia que ellos lo sepan y tengan este consuelo. —Teniendo los mandamientos de Cristo debemos obedecerlos. Y al tenerlos sobre nuestra cabeza, debemos guardarlos en nuestro corazón y en nuestra vida. La prueba más segura de nuestro amor a Cristo es la obediencia a las leyes de Cristo. Hay señales espirituales de Cristo y su amor dadas a todos los creyentes. Cuando el amor sincero a Cristo está en el corazón, habrá obediencia. El amor será un principio que manda y constriñe; y donde hay amor, el deber se desprende de un principio de gratitud. Dios no sólo amará a los creyentes obedientes, pero se complacerá en amarlos, reposará en amor a ellos. Estará con ellos como en su casa. Estos privilegios están limitados a los que tiene la fe que obra por amor, y cuyo amor a Jesús los lleva a obedecer sus mandamientos. Los tales son partícipes de la gracia del Espíritu Santo que los crea de nuevo.

Vv. 25—27. Si deseamos saber estas cosas para nuestro bien, tenemos que orar por ellas y depender de la enseñanza del Espíritu Santo; así serán traídas a nuestra memoria las palabras de Jesús, y muchas dificultades serán aclaradas, hasta las que no son claras para otros. El Espíritu de gracia es dado a todos los santos para que les haga recordar, y debemos encomendarle, por fe y orando, que mantenga lo que oigamos y sepamos. La paz es dada para todo bien, y Cristo nos ha guiado a todo lo que es real y verdaderamente bueno, a todo lo bueno prometido: la paz mental a partir de nuestra justificación ante Dios. Cristo llama su paz a esto, porque Él mismo es nuestra paz. La paz de Dios difiere ampliamente de la de los fariseos o hipócritas, como se demuestra por sus

efectos santos y humillantes.

Vv. 28—31. Cristo eleva las expectativas de sus discípulos a algo que está más allá de lo que pensaban que era su mayor dicha. Ahora su tiempo era poco, por tanto, les habló largamente. Cuando lleguemos a enfermarnos, y a morirnos, podemos ser incapaces de hablar mucho a quienes nos rodeen: el consejo bueno que tengamos que dar, démoslo mientras estamos sanos. Fíjese en la perspectiva de un conflicto inminente que tenía Cristo, no sólo con los hombres, sino con las potestades de las tinieblas. Satanás tiene algo en nosotros con que nos deja perplejos, porque todos pecamos, pero cuando quiere perturbar a Cristo, nada pecaminoso halla que le sirva. La mejor prueba de nuestro amor al Padre es que hagamos como Él nos manda. Regocijémonos en las victorias del Salvador sobre Satanás, el príncipe de este mundo. Copiemos el ejemplo de su amor y obediencia.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—8. *Cristo la Vid verdadera.* 9—17. *Su amor por sus discípulos.* 18—25. *Anuncio de odio y persecución.* 26, 27. *Promesa del Consolador.*

Vv. 1—8. Jesucristo es la Vid, la Vid verdadera. La unión de la naturaleza divina con la humana, y la plenitud del Espíritu que hay en Él, recuerdan la raíz de la vida que fructifica por la humedad de la buena tierra. Los creyentes son los pámpanos de esta Vid. La raíz no se ve y nuestra vida está escondida con Cristo; la raíz sustenta al árbol, le difunde la savia, y en Cristo están todos los sustentos y provisiones. Los pámpanos de la vid son muchos, pero al unificarse en la raíz no son sino una sola vid; de este modo, todos los cristianos verdaderos, aunque disten entre sí en cuanto a lugar y opinión, se unen en Cristo. Los creyentes, como los pámpanos de la vid, son débiles e incapaces de permanecer, sino como nacieron. —El Padre es el Dueño de la vid. Nunca hubo un dueño tan sabio, tan cuidadoso con su viña como Dios por su Iglesia que, por eso, debe prosperar. Debemos ser fructíferos. Esperamos uvas de una vid, y del cristiano esperamos un temperamento, una disposición y una vida cristiana. Debemos honrar a Dios y hacer el bien, esto es, llevar fruto. Los estériles son cortados. Hasta las ramas fructíferas necesitan poda, porque, en el mejor de los casos, tenemos ideas, pasiones y humores que requieren ser quitados, cosa que Cristo ha prometido hacer por su palabra, Espíritu y providencia. Si se usan medios drásticos para avanzar la santificación de los creyentes, ellos estarán agradecidos por ellos. La palabra de Cristo se da a todos los creyentes; y hay en esa palabra una virtud que limpia al obrar la gracia y deshacer la corrupción. Mientras más fruto demos, más abundaremos en lo que es bueno, y más glorificado será nuestro Señor. —Para fructificar debemos permanecer en Cristo, debemos estar unidos a Él por la fe. El gran interés de todos los discípulos de Cristo es mantener constante la dependencia de Cristo y la comunión con Él. Los cristianos verdaderos hallan, por experiencia, que toda interrupción del ejercicio de su fe hace que mengüen los afectos santos, revivan sus corrupciones y languidezcan sus consolaciones. Los que no permanecen en Cristo, aunque florezcan por un tiempo en la profesión externa, llegan, no obstante, a nada. El fuego es el lugar más adecuado para las ramas marchitas; no son buenas para otra cosa. Procuremos vivir más simplemente de la plenitud de Cristo, y crecer más fructíferos en todo buen decir y hacer, para que sea pleno nuestro gozo en Él y en su salvación.

Vv. 9—17. Aquellos a quienes Dios ama como Padre pueden despreciar el odio de todo el mundo. Como el Padre amó a Cristo que fue digno hasta lo sumo, así amó a sus discípulos, que eran indignos. Todos los que aman al Salvador deben perseverar en su amor por Él, y aprovechar todas las ocasiones para demostrarlo. El gozo del hipócrita dura sólo un momento, pero el gozo de los que permanecen en Cristo es una fiesta continua. Tienen que demostrar su amor por Él obedeciendo sus mandamientos. Si el mismo poder que primero derramó el amor de Cristo en nuestros corazones, no nos mantuviera en ese amor, no permaneceríamos en ese amor por mucho tiempo. —El amor de

Cristo por nosotros debe llevarnos a amarnos mutuamente. Él habla como si estuviera por encargar muchas cosas, pero nombra sólo a esta: abarca muchos deberes.

Vv. 18—25. ¡Qué poco piensan muchas personas que al oponerse a la doctrina de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey, se muestran ignorantes del único Dios vivo y verdadero, al cual profesan adorar! El nombre en el cual son bautizados los discípulos de Cristo es aquel por el cual vivirán y morirán. Consuelo es para los grandes dolientes si sufren por amor al nombre de Cristo. La ignorancia del mundo es la causa verdadera de su odio por los discípulos de Jesús. Mientras más claros y plenos sean los descubrimientos de la gracia y verdad de Cristo, más grande es nuestro pecado si no le amamos ni creemos en Él.

Vv. 26, 27. El Espíritu bendito mantendrá la causa de Cristo en el mundo, a pesar de la resistencia que encuentra. Los creyentes enseñados y exhortados por sus influencias deben dar testimonio de Cristo y su salvación.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—6. *Anuncio de persecución.* 7—15. *La promesa del Espíritu Santo, y su oficio.* 16—22. *Partida y regreso de Cristo.* 23—27. *Exhortación a orar.* 28—33. *Las revelaciones de Cristo sobre sí mismo.*

Vv. 1—6. Nuestro Señor Jesús al dar a sus discípulos la noticia de tribulaciones se propuso que el terror no fuera una sorpresa para ellos. Puede que los enemigos reales, que están al servicio de Dios, finjan celo por éste, lo que no aminora el pecado de los perseguidores; las villanías nunca cambian por adosarles el nombre de Dios. Como Jesús en sus sufrimientos, asimismo sus seguidores en los suyos deben mirar al cumplimiento de la Escritura. No se los dijo antes, porque estaba con ellos para enseñarles, guiarlos y consolarlos; entonces ellos no necesitaban esta promesa de la presencia del Espíritu Santo. —Nos silencia preguntarnos ¿de dónde vienen los problemas? Nos satisfará preguntarnos, ¿adónde van? Porque sabemos que obran para bien. Falta y necedad comunes de los cristianos tristes es mirar sólo el lado oscuro de la nube haciendo oídos sordos a la voz de gozo y júbilo. Lo que llenó de pena los corazones de los discípulos era un afecto demasiado grande por esta vida presente. Nada obstaculiza más nuestro gozo en Dios que el amor al mundo, y la tristeza del mundo que viene con aquel.

Vv. 7—15. La partida de Cristo era necesaria para la venida del Consolador. Enviar el Espíritu iba a ser el fruto de la muerte de Cristo, que fue su partida. Su presencia corporal podía estar solamente en un lugar a la vez, pero su Espíritu está en todas partes, en todos los lugares, en todos los tiempos, dondequiera que dos o tres estén reunidos en su nombre. —Véase en esto el oficio del Espíritu, primero *reprobar*, o convencer de pecado. La obra de convicción de pecado es obra del Espíritu, que puede hacerla eficazmente, y nadie sino Él solamente. El Espíritu Santo adopta el método de condenar el pecado primero, y luego consolar. El Espíritu convencerá al mundo *de pecado*; simplemente no se limitará a decírselo. El Espíritu convence de que el pecado es un hecho; de la falta del pecado; de la necedad del pecado; de la inmundicia del pecado, que por eso llegamos a ser aborrecidos por Dios; de la fuente del pecado: la naturaleza corrupta; y, por último, del fruto del pecado cuyo fin es la muerte. El Espíritu Santo demuestra que todo el mundo es culpable ante Dios. Él convence al mundo *de justicia*; que Jesús de Nazaret fue Cristo, el justo; además, de la justicia de Cristo que nos es imputada para justificación y salvación. Él les muestra de dónde se obtiene y cómo pueden ser aceptados por justos según el criterio de Dios. La ascensión de Cristo prueba que el rescate fue aceptado y consumada la justicia por medio de la cual los creyentes iban a ser justificados. *De juicio* porque el príncipe de este mundo es juzgado. Todo estará bien cuando sea roto el poder del que hizo todo el mal. Como Satanás es vencido por Cristo, esto nos da confianza,

porque ningún otro poder puede resistir ante Él. Y del día del juicio. —La venida del Espíritu iba a ser una ventaja indecible para los discípulos. El Espíritu Santo es nuestro Guía, no sólo para mostrarnos el camino, sino para ir con nosotros con ayudas e influencias continuas. Ser guiados a una verdad es más que conocerla apenas; no es tener su noción tan sólo en nuestra cabeza, sino su deleite, su sabor y su poder en nuestros corazones. Él enseñará toda la verdad sin retener nada que sea provechoso, porque mostrará cosas venideras. Todos los dones y las gracias del Espíritu, toda la predicación, y todos los escritos de los apóstoles bajo la influencia del Espíritu, todas las lenguas y milagros, eran para glorificar a Cristo. Corresponde a cada uno preguntarse si el Espíritu Santo ha empezado la buena obra en su corazón. Sin la revelación clara de nuestra culpa y peligro nunca entenderíamos el valor de la salvación de Cristo, pero cuando se nos da a conocer correctamente, empezamos a entender el valor del Redentor. Tendríamos visiones más plenas del Redentor y afectos más vivos por Él si oráramos más por el Espíritu Santo y dependiésemos más de Él.

Vv. 16—22. Bueno es considerar cuán cerca de su final están nuestras temporadas de gracia para que seamos estimulados a tener provecho de ellas, porque el dolor de los discípulos serán pronto convertido en gozo, como los de la madre cuando ve a su recién nacido bebé. El Espíritu Santo será el Consolador de ellos y ni los hombres ni los demonios, ni los sufrimientos en la vida y en la muerte, les quitarán para siempre su gozo. Los creyentes tienen gozo o pena según su visión de Cristo y las señales de su presencia. Viene un dolor al impío que nada puede aminorar; el creyente es heredero del gozo que nadie puede quitar. ¿Dónde está ahora el gozo de los asesinos de nuestro Señor y el dolor de sus amigos?

Vv. 23—27. Pedirle al Padre muestra la percepción de las necesidades espirituales, y el deseo de bendiciones espirituales con el convencimiento de que deben obtenerse sólo de Dios. Pedir en el nombre de Cristo es reconocer nuestra indignidad para recibir favores de Dios, y demuestra nuestra total dependencia de Cristo como Jehová justicia nuestra. —Nuestro Señor había hablado hasta aquí con frases cortas y de peso o con parábolas, cuya magnitud no captaban plenamente los discípulos, pero después de su resurrección tenía pensado enseñarles claramente cosas referidas al Padre y del camino a Él, por medio de su intercesión. La frecuencia con que nuestro Señor pone en vigencia la ofrenda de peticiones en su nombre, señala que el gran fin de la mediación de Cristo es imprimir en nosotros el profundo sentido de nuestra pecaminosidad y del mérito y poder de su muerte, por lo cual tenemos acceso a Dios. Recordemos siempre que es lo mismo dirigirnos al Padre en el nombre de Cristo que dirigirnos al Hijo en cuanto Dios que habita en la naturaleza humana, y reconcilia al mundo consigo, puesto que Padre e Hijo son uno.

Vv. 28—33. He aquí una clara afirmación de la venida de Cristo desde el Padre y de su regreso a Él. En su venida el Redentor fue Dios manifiesto en carne, y en su Partida fue recibido en gloria. Los discípulos aprovecharon el conocimiento diciendo eso; también, en fe: “ahora estamos seguros”. ¡Sí! No conocían su propia debilidad. —La naturaleza divina no desertó de la naturaleza humana, pero la sostuvo y dio consuelo y valor a los sufrimientos de Cristo. Mientras tengamos la presencia favorable de Dios estamos felices y debemos estar tranquilos, aunque todo el mundo nos abandone. —La paz en Cristo es la única paz verdadera, los creyentes la tienen en Él solamente. A través de Él tenemos paz con Dios y, así en Él tenemos paz en nuestra mente. Debemos animarnos porque Cristo ha vencido al mundo ante nosotros, pero mientras pensemos que resistimos, cuidemos de no caer. No sabemos cómo debemos actuar y entramos en tentación: estemos alertas y orando sin cesar para que no seamos dejados solos.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—5. *Oración de Cristo por sí mismo.* 6—10. *Oración por sus discípulos.* 11—26. *Su oración.*

Vv. 1—5. Nuestro Señor oró como hombre y como Mediador de su pueblo, aunque habló con majestad y autoridad, como uno e igual con el Padre. La vida eterna no podía ser dada a los creyentes a menos que Cristo, su fiador, glorificara al Padre y fuera glorificado por Él. Este es el camino del pecador a la vida eterna y cuando este conocimiento sea perfeccionado, se disfrutarán plenamente la santidad y la felicidad. La santidad y la felicidad de los redimidos son, en especial, la gloria de Cristo y de su Padre, que fue el gozo puesto delante de Él, por el cual soportó la cruz y despreció la vergüenza; esta gloria era el fin del pesar de su alma y al obtenerla se satisfizo completamente. Así somos enseñados que es necesario que glorifiquemos a Dios como prueba de nuestro interés en Cristo, por quien la vida eterna es la libre dádiva de Dios.

Vv. 6—10. Cristo ora por los que son suyos. Tú me los diste, como ovejas al pastor, para ser cuidados; como un paciente es llevado al médico, para ser curado; como niños al tutor, para ser enseñados: de este modo Él entregará su carga. Para nosotros es una gran satisfacción, en nuestra confianza en Cristo, que sea de Dios Él, todo lo que Él es y tiene, y todo lo que dijo e hizo, todo lo está haciendo y hará. Cristo ofreció esta oración por su pueblo solo en cuanto a creyentes; no por el mundo en general. Aunque nadie que desee ir al Padre y sea consciente de que es indigno de ir en su propio nombre, tiene que desanimarse por la declaración del Salvador, porque es capaz y está dispuesto para salvar hasta lo sumo a todos los que vayan a Dios por Él. Las convicciones y los deseos fervorosos son señal esperanzadora de una obra ya efectuada en el hombre; empiezan a demostrar que ha sido elegido para salvación a través de la santificación del Espíritu y la creencia de la verdad. —Ellos son tuyos, y los tuyos son los míos. Esto dice que Padre e Hijo son uno. Todo lo mío es tuyo. El Hijo no considera a nadie como suyo que no sea dedicado al servicio del Padre.

Vv. 11—16. Cristo no ora que ellos sean ricos y grandes en el mundo, sino que sean resguardados del pecado, fortalecidos para su deber, y llevados a salvo al cielo. La prosperidad del alma es la mejor prosperidad óptima. Rogó a su santo Padre que los cuidara por su poder y para su gloria, para que ellos se unieran en afecto y trabajo aun conforme a la unión de Padre e Hijo. —No oró que sus discípulos sean quitados del mundo, para que pudieran escapar de la ira de los hombres, porque tenían una gran obra que hacer para la gloria de Dios, y para beneficio de la humanidad. Él oró que el Padre los resguardara del mal, de ser corrompidos por el mundo, los remanentes de pecado en sus corazones, y del poder y astucia de Satanás. Así, pues, ellos pasarían por el mundo como cruzando territorio enemigo, como Él había hecho. Ellos no son dejados aquí para procurar los mismo objetivos que los hombres que les rodean, sino para glorificar a Dios y servir a su generación. El Espíritu de Dios en los cristianos verdaderos se opone al espíritu del mundo.

Vv. 17—19. Cristo oró en seguida por los discípulos para que no sólo fueran resguardados del mal, sino fueran hechos buenos. La oración de Jesús por todos los suyos es que sean hechos santos. Hasta los discípulos deben orar pidiendo la gracia santificadora. —El medio de dar esta gracia es “por tu verdad, tu palabra es la verdad”. *Santificalos*, apártalos para ti mismo y para tu servicio. Recíbelos en el oficio; que tu mano vaya con ellos. —Jesús se consagró por entero a su tarea, y a todas las partes de ella, especialmente al ofrendarse inmaculado a Dios por el Espíritu eterno. La real santidad de todos los cristianos verdaderos es el fruto de la muerte de Cristo, por la cual fue adquirido el don del Espíritu Santo; Él se dio por su Iglesia para santificarla. Si nuestros puntos de vista no tienen este efecto en nosotros, no son verdad divina, o no los recibimos por una fe activa y viva, sino como simples nociones.

Vv. 20—23. Nuestro Señor oró especialmente que todos los creyentes fueran como un cuerpo bajo una cabeza, animado por una sola alma, por su unión con Cristo y el Padre en Él, por medio del Espíritu Santo que habita en ellos. Mientras más discutan sobre asuntos menores, más arrojan dudas sobre el cristianismo. Propongámonos mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, rogando que todos los creyentes se unan más y más en un propósito y un criterio. Así convenceríamos al mundo de la verdad y de la excelencia de nuestra religión y encontraríamos una comunión más dulce con Dios y sus santos.

Vv. 24—26. Cristo, como Uno con el Padre, ora por cuenta de todos los que le habían sido

dados y que, en su debido momento, creerían en Él, para que sean llevados al cielo; y que ahí toda la compañía de los redimidos pueda contemplar su gloria como Amigo y Hermano amado, y en ello hallar la dicha. Había declarado, y declararía después, el nombre o el carácter de Dios, por su doctrina y su Espíritu, que siendo uno con Él, también pueda permanecer con ellos el amor del Padre por Él. Así, estando unidos con Él por un Espíritu, sean llenos con la plenitud de Dios y disfruten la bendición de la cual no podemos formarnos una idea correcta en nuestro estado actual.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—12. *Cristo detenido en un huerto.* 13—27. *Cristo ante Anás y Caifás.* 28—40. *Cristo ante Pilato.*

Vv. 1—12. El pecado empezó en el huerto de Edén, allí se pronunció la maldición, allí se prometió el Redentor; y en un huerto esa Simiente prometida entró en conflicto con la serpiente antigua. Cristo fue sepultado también en un huerto. Entonces, cuando paseemos por nuestros huertos, meditemos en los sufrimientos de Cristo en un huerto. —Nuestro Señor Jesús, sabiendo todas las cosas que le sobrevendrían, se adelantó y preguntó, ¿a quién buscáis? Cuando el pueblo quiso obligarlo a llevar una corona, Él se retiró, capítulo vi, 15, pero cuando vinieron a obligarlo a llevar la cruz, Él se ofreció, porque vino a este mundo a sufrir, y fue al otro mundo a reinar. Él demostró claramente lo que podría haber hecho cuando los derribó; pudiera haberlos dejado muertos, pero no lo hizo así. Debe de haber sido el efecto del poder divino que los oficiales y los soldados dejaran que los discípulos se fueran tranquilamente después de la resistencia que ofrecieron. —Cristo nos da el ejemplo de mansedumbre en los sufrimientos y la pauta del sometimiento a la voluntad de Dios en toda cosa que nos concierna. —Es solo *la copa*, cosa de poca monta. Es la copa que *nos es dada*; los sufrimientos son dádivas. Nos es dada por *el Padre* que tiene la autoridad de padre y no nos hace mal; el afecto de un padre, y no tiene intención de herirnos. Del ejemplo de nuestro Salvador debemos aprender a recibir nuestras aflicciones más ligeras y preguntarnos si debemos resistir la voluntad de nuestro Padre o desconfiar de su amor. —Estamos atados con la cuerda de nuestras iniquidades, con el yugo de nuestras transgresiones. Cristo, hecho ofrenda del pecado por nosotros, para librarnos de esas ataduras, se sometió a ser atado por nosotros. Debemos nuestra libertad a sus ataduras: así el Hijo nos hace libres.

Vv. 13—27. Simón Pedro niega a su Maestro. Los detalles han sido comentados en los otros evangelios. El comienzo del pecado es como dejar correr el agua. El pecado de mentir es un pecado fértil: una mentira necesita otra para apoyarse, y esa, otra. Si el llamado a exponernos a un peligro es claro, podemos esperar que Dios nos dé poder para honrarle; si no es así, podemos temer que Dios permitirá que seamos avergonzados. Ellos nada dijeron acerca de los milagros de Jesús, por los cuales había hecho tanto bien, y que probaban su doctrina. De esa manera, los enemigos de Cristo, aunque pelean contra la verdad, cierran voluntariamente sus ojos ante ella. Él apela a los que le oyen. La doctrina de Cristo puede apelar con seguridad a todos los que la conocen, y los que juzgan según verdad dan testimonio de ella. Nunca debe ser apasionado nuestro resentimiento por las injurias. Él razonó con el hombre que le injurió y nosotros también podemos.

Vv. 28—32. Era injusto mandar a la muerte a uno que había hecho tanto bien, por tanto, los judíos estaban dispuestos a salvarse de reproche. Muchos temen más el escándalo que el pecado de algo malo. Cristo había dicho que sería entregado a los gentiles y que ellos lo matarían; aquí vemos que eso se cumplió. Había dicho que sería crucificado, levantado. Si los judíos lo hubieran juzgado conforme a su ley, le hubieran lapidado; la crucifixión nunca fue usada por los judíos. Aunque no se nos haya revelado, está determinado en lo que a nosotros concierne, de qué muerte moriremos: esto debiera librarnos de la inquietud relativa a ese asunto. Señor, que sea cuándo y cómo hayas designado.

Vv. 33—40. ¿Eres el Rey de los judíos, ese Rey de los judíos que ha sido esperado tanto tiempo? Mesías, el Príncipe, ¿eres tú? ¿Te llamas así y deseas que así se piense de ti? Cristo respondió esta pregunta con otra, no por evadirla, sino para que Pilato considerara lo que hizo. Él nunca se tomó ningún poder terrenal; nunca hubo principios ni costumbres traicioneras atribuidas a Él. —Cristo da cuenta de la naturaleza de su reino. Su naturaleza no es de este mundo; es un reino dentro de los hombres, instalado en sus conciencias y corazones; sus riquezas son espirituales, su poder es espiritual, y su gloria es interior. Sus sustentos no son mundanos; sus armas son espirituales; no necesita ni usa fuerza para mantenerse y avanzar, ni se opone a ningún reino, sino al del pecado y Satanás. Su objetivo y designio no son mundanos. Cuando Cristo dijo: Yo soy la Verdad, dijo efectivamente Yo soy Rey. Él vence por la evidencia de la verdad que convence; Él reina por el poder autoritativo de la verdad. Los súbditos de este reino son los que son de la verdad. —Pilato hizo una buena pregunta cuando dijo, ¿qué es la verdad? Cuando escudriñamos las Escrituras y atendemos al ministerio de la palabra, debe ser con esa interrogante, ¿qué es la verdad? Y con esta oración: Guíame a tu verdad; a toda la verdad. Sin embargo, muchos de los que formulan esta pregunta no tienen paciencia para perseverar en la búsqueda de la verdad ni tienen la humildad suficiente para recibirla. —De esta solemne declaración de la inocencia de Cristo surge que, aunque el Señor Jesús fue tratado como el peor de los malhechores, nunca mereció ese trato. Pero eso muestra el objetivo de su muerte: que Él murió como Sacrificio por nuestros pecados. Pilato quería complacer a ambos bandos y era gobernado más por la sabiduría mundana que por las reglas de la justicia. —El pecado es un ladrón, pero es neciamente escogido por muchos en vez de Cristo, que verdaderamente nos enriquece. Propongámonos avergonzar a nuestros acusadores, como lo hizo Cristo, y cuidémonos de volver a crucificar a Cristo.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—18. *Cristo, condenado y crucificado.* 19—30. *Cristo en la cruz.* 31—37. *Su costado es atravesado.* 38—42. *El entierro de Jesús.*

Vv. 1—18. A Pilato no se le ocurrió con qué santa consideración estos sufrimientos de Cristo iban a ser materia de reflexión y conversación entre los mejores y más grandes hombres. Nuestro Señor Jesús salió adelante dispuesto a exponerse a su burla. Bueno para todos los que tienen fe es contemplar a Jesucristo en sus sufrimientos. Contéplalo y ámalo; sigue mirando a Jesús. Su odio estimuló sus esfuerzos en su contra, y ¿nuestro amor por Él no estimulará nuestros esfuerzos en favor de Él y su reino? —Parece que Pilato pensó que Jesús podía ser una persona superior al promedio. Hasta la conciencia natural hace que los hombres se asusten de ser hallados peleando contra Dios. —Como nuestro Señor sufrió por los pecados de judíos y gentiles, fue una parte especial del consejo de la sabiduría divina que los judíos primero propusieran su muerte y los gentiles la ejecutaran efectivamente. Si Cristo no hubiera sido rechazado por los hombres, nosotros hubiéramos sido rechazados para siempre por Dios. —Ahora era entregado el Hijo del hombre en manos de hombres malos e irracionales. Fue llevado en nuestro lugar, para que escapásemos. Fue clavado a la cruz como Sacrificio atado al altar. La Escritura se cumplió: No murió en el altar entre los sacrificios, sino entre delincuentes sacrificados a la justicia pública. Ahora, hagamos una pausa y miremos con fe a Jesús. ¿Hemos tenido alguna vez una tristeza como la suya? ¡Vedlo sangrando, vedlo muriendo, vedlo y amadlo! ¡Amadlo y vivid para Él!

Vv. 19—30. He aquí algunas circunstancias notables de la muerte de Jesús narradas en forma más completa que antes. Pilato no satisfizo a los principales sacerdotes permitiendo que se cambiara el letrero; lo que indudablemente se refería a un poder secreto de Dios en su corazón, para que esta declaración del carácter y autoridad de nuestro Señor continuase. Muchas cosas hechas por los soldados romanos fueron cumplimiento de profecías del Antiguo Testamento. Todas las cosas allí

escritas se cumplirán. —Cristo proveyó tiernamente para su madre cuando moría. A veces, cuando Dios nos quita un consuelo, levanta otro para nosotros donde no lo buscamos. El ejemplo de Cristo enseña a los hombres a honrar a sus padres en la vida y en la muerte; a proveer para sus necesidades, y a fomentar su bienestar por todos los medios a su alcance. —Nótense especialmente la palabra de moribundo con que Jesús entregó su espíritu: Consumado es; esto es, los consejos del Padre en cuanto a sus sufrimientos estaban ahora cumplidos. Consumado es: se cumplieron todos los tipos y las profecías del Antiguo Testamento que apuntaban a los sufrimientos del Mesías. Consumado es: la ley ceremonial es derogada; ahora vino la sustancia y todas las sombras se disipan. Consumado es: se puso fin a la transgresión y se ha introducido la justicia eterna. Sus sufrimientos estaban ahora terminados, tantos los de su alma como los de su cuerpo. Consumado es: la obra de la redención y salvación del hombre está ahora completada. Su vida no le fue quitada por la fuerza; libremente entregada.

Vv. 31—37. Se probó si Jesús estaba muerto. Murió en menos tiempo que el empleado por las personas crucificadas. Eso muestra que había puesto su vida. La lanza rompió las fuentes mismas de la vida: ningún cuerpo humano hubiera podido sobrevivir esa herida, pero el haber sido atestiguado solemnemente demuestra que hubo algo peculiar en eso. La sangre y el agua que brotaron representaban esos dos grandes beneficios de los cuales participan todos los creyentes a través de Cristo: justificación y santificación: sangre para la expiación, agua para la purificación. Ambos brotaron del costado traspasado de nuestro Redentor. A Cristo crucificado debemos el mérito de nuestra justificación, y el Espíritu y la gracia para nuestra santificación. Que esto silencie los temores de los cristianos débiles y aliente sus esperanzas; del costado atravesado de Jesús salieron agua y sangre, ambas para justificarlos y santificarlos. —La Escritura se cumplió al no permitir Pilato que le quebraran las piernas, Salmo xxxiv, 20. Había un tipo de esto en el cordero pascual, Éxodo xii, 46. Miremos siempre a Aquel que traspasamos con nuestros pecados, ignorantes y desconsiderados, sí, a veces contra las convicciones y las misericordias; y que derramó agua y sangre de su costado herido para que nosotros fuésemos justificados y santificados en su nombre.

Vv. 38—42. José de Arimatea era discípulo secreto de Cristo. Los discípulos debieran reconocerse francamente como tales, pero, algunos que han sido temerosos en pruebas menores, han sido valientes en las más grandes. Cuando Dios tiene obra que hacer, puede hallar a los que son aptos para ella. El embalsamamiento fue hecho por Nicodemo, amigo secreto de Cristo, aunque no un seguidor constante. Esa gracia que primero es como caña cascada, puede, más adelante, recordar un cedro firme. He aquí a estos dos ricos que mostraron el valor que daban a la persona y doctrina de Cristo y que no fue disminuido por el oprobio de la cruz. Debemos cumplir nuestro deber conforme a lo que sean el día y la oportunidad presente, dejando a Dios que cumpla sus promesas a su manera y a su debido tiempo. Se había determinado que la sepultura de Jesús fuera con los impíos, como ocurría con los que sufrían como delincuentes, pero con los ricos fue en su muerte, conforme a lo profetizado, Isaías liii, 9; era muy improbable que estas dos circunstancias se juntaran en la misma persona. Fue sepultado en un sepulcro nuevo; por tanto, no se podía decir que no era Él, sino otro quien resucitó. También aquí se nos enseña que no seamos melindrosos con referencia al lugar de nuestra sepultación. El fue enterrado en el sepulcro que estaba más a mano. —Aquí está el Sol de Justicia oculto por un tiempo, para volver a salir con mayor gloria y, entonces, no volver a ponerse.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—10. *El sepulcro vacío.* 11—18. *Cristo aparece a María.* 19—25. *Aparece a los discípulos.* 26—29. *Incredulidad de Tomás.* 30, 31. *Conclusión.*

Vv. 1—10. Si Cristo hubiera dado su vida en rescate sin volver a tomarla, no se hubiera

manifestado que su ofrenda había sido aceptada como satisfacción. —Fue una gran prueba para María que el cuerpo hubiera desaparecido. Los creyentes débiles suelen hacer materia de lamento precisamente aquello que es fundamento justo de esperanza, y materia de gozo. Está bien que los más honrados que otros con los privilegios de los discípulos sean más activos en los deberes de los discípulos: más dispuestos a aceptar dolores y correr riesgos en una buena obra. Debemos hacer lo mejor que podamos sin envidiar a quienes puedan hacer aun mejor, ni despreciar a los que hacen lo mejor que pueden aunque se queden atrás. —El discípulo a quien Jesús amaba de manera especial y que, por tanto, amaba de manera especial a Jesús, llegó primero. El amor de Cristo nos hará abundar en todo deber más que en cualquier otra cosa. El que se quedó atrás fue Pedro, que había negado a Cristo. El sentido de culpa nos obstaculiza en el servicio de Dios. —Todavía los discípulos no sabían la Escritura; no consideraban ni aplicaban lo que conocían de la Escritura: que Cristo debía resucitar de entre los muertos.

Vv. 11—18. Probablemente busquemos y encontremos cuando buscamos con afecto y buscamos con lágrimas. Sin embargo, muchos creyentes se quejan de las nubes y tinieblas bajo las cuales se hallan, que son métodos de la gracia para humillar sus almas, mortificar sus pecados y hacerles querido a Cristo. No basta con ver ángeles y sus sonrisas, sin ver a Jesús y la sonrisa de Dios en Él. Nadie, sino quien las ha saboreado, sabe las penas de un alma abandonada, que tuvo las consoladoras pruebas del amor de Dios en Cristo, y esperanzas del cielo, pero que, ahora, las perdió y anda en tinieblas; ¿quién puede soportar ese espíritu herido? —Al manifestarse a quienes le buscan, Cristo sobrepasa a menudo sus expectativas. Véase como el corazón de María anhelaba encontrar a Jesús. El modo de Cristo para darse a conocer a su pueblo es su palabra que, aplicada a sus almas les habla en particular. Podría leerse: ¿Es mi Maestro? Véase con cuánto placer quienes aman a Jesús hablan de su autoridad sobre ellos. Él le impide esperar que su presencia corporal continúe, Él no estaba más en el mundo; ella debe mirar más arriba y más allá del estado presente de las cosas. —Nótese la relación con Dios por la unión con Cristo. Al participar nosotros de la naturaleza divina, el Padre de Cristo es nuestro Padre; y, al participar Él de la naturaleza humana, nuestro Dios es su Dios. La ascensión de Cristo al cielo para interceder por nosotros allí es como un consuelo inexplicable. Que ellos no piensen que esta tierra será su hogar y reposo; sus ojos y sus miras y sus deseos anhelosos deben estar en otro mundo y aun hasta en sus corazones: yo asciendo, por tanto, debo procurar las cosas que están en lo alto. Y que los que conocen la palabra de Cristo se propongan que otros obtengan el beneficio de su conocimiento.

Vv. 19—25. Este era el primer día de la semana y, después, este día es mencionado a menudo por los escritores sagrados, porque fue evidentemente apartado como el día de reposo cristiano en memoria de la resurrección de Cristo. Los discípulos habían cerrado las puertas por miedo a los judíos; y cuando no tenían esa expectativa, el mismo Jesús vino y se paró en el medio de ellos, habiendo abierto las puertas en forma milagrosa aunque silenciosa. Consuelo para los discípulos de Cristo es que ninguna puerta puede dejar fuera la presencia de Cristo, cuando sus asambleas pueden realizarse sólo en privado. Cuando Él manifiesta su amor por los creyentes por medio de las consolaciones de su Espíritu, les asegura que debido a que Él vive, también ellos vivirán. Ver a Cristo alegrará el corazón del discípulo en cualquier momento, y mientras más veamos a Cristo, más nos regocijaremos. —Él dijo: Recibid el Espíritu Santo, demostrando así que su vida espiritual, y su habilidad para hacer la obra, derivará y dependerá de Él. Toda palabra de Cristo que sea recibida por fe en el corazón, viene acompañada de ese sople divino; y sin Él no hay luz ni vida. Nada se ve, conoce, discierne ni siente de Dios sino por medio de éste. —Cristo mandó, después de esto, a los apóstoles a que anunciaran el único método por el cual será perdonado el pecado. Este poder no existía en absoluto en los apóstoles en cuanto poder para dar juicio, sino sólo como poder para declarar el carácter de aquellos a quienes Dios aceptará o rechazará en el día del juicio. Ellos han sentado claramente las características por medio de las cuales puede discernirse a un hijo de Dios y ser distinguido de un falso profesante y, conforme a lo que ellos hayan declarado, cada caso será decidido en el día del juicio. —Cuando nos reunimos en el nombre de Cristo, especialmente en su día santo, Él se encontrará con nosotros y nos hablará de paz. Los discípulos de Cristo deben

emprender la edificación de su santísima fe de unos a otros, repitiendo a los que estuvieron ausentes lo que oyeron, y dando a conocer lo que han experimentado. Tomás limitó al Santo de Israel, cuando quería ser convencido por su propio método, y no de otra manera. Podría haber sido dejado, con justicia, en su incredulidad, luego de rechazar tan abundantes pruebas. Los temores y las penas de los discípulos suelen ser prolongadas para castigar su negligencia.

Vv. 26—29. Desde el principio quedó establecido que uno de siete días debería ser religiosamente observado. Y que en el reino del Mesías el primer día de la semana sería ese día solemne, fue señalado en que en ese día Cristo se reunió con sus discípulos en asamblea religiosa. El cumplimiento religioso de ese día nos ha llegado a través de toda era de la Iglesia. —No hay en nuestra lengua una palabra de incredulidad ni pensamiento en nuestra mente que no sean conocidos por el Señor Jesús; y le plació acomodarse aun a Tomás en vez de dejarlo en su incredulidad. Debemos soportar así al débil, Romanos xv, 1, 2. Esta advertencia es dada a todos. Si somos infieles, estamos sin Cristo, desdichados, sin esperanzas y sin gozo. —Tomás se avergonzó de su incredulidad y clamó: ¡Señor mío, y Dios mío! —Los creyentes sanos y sinceros serán aceptados de gracia por el Señor Jesús aunque sean lentos y débiles. Deber de los que oyen y leen el evangelio es creer y aceptar la doctrina de Cristo y el testimonio acerca de Él, 1 Juan v, 11.

Vv. 30, 31. Hubo otras señales y pruebas de la resurrección de nuestro Señor, pero estas se han escrito para que todos crean que Jesús era el Mesías prometido, el Salvador de pecadores y el Hijo de Dios; para que, por esta fe, reciban la vida eterna, por su misericordia, verdad y poder. Creamos que Jesús es el Cristo, y creyendo, tengamos vida en su nombre.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—14. *Cristo se aparece a sus discípulos.* 15—19. *Su conversación con Pedro.* 20—24. *La declaración de Cristo acerca de Juan.* 25. *Conclusión.*

Vv. 1—14. Cristo se da a conocer a su pueblo habitualmente en sus ordenanzas pero, a veces, por su Espíritu los visita cuando están ocupados en sus actividades. Bueno es que los discípulos de Cristo estén juntos en la conversación y en las actividades corrientes. Aún no había llegado la hora para que entraran en acción. Contribuirían para sustentarse a sí mismos a fin de no ser carga para nadie. —El tiempo de Cristo para darse a conocer a su pueblo es el momento en que ellos están más perdidos. Él conoce las necesidades temporales de su pueblo y les ha prometido no sólo gracia suficiente, sino alimento conveniente. La providencia divina se extiende a las cosas más minuciosas, y felices son los que reconocen a Dios en todos sus caminos. Los humildes, diligentes y pacientes, serán coronados aunque sus labores sean terribles; a veces, viven para ver que sus asuntos toman un giro favorable después de muchas luchas. Nada se pierde con obedecer las órdenes de Cristo; es tirar la red al lado derecho del bote. Jesús se manifiesta a su pueblo haciendo por ellos lo que nadie más puede hacer, y lo que ellos no esperaban. Él cuidará que a los que dejaron todo por Él, no les falte ningún bien. Y los favores tardíos deben traer a la memoria los favores previos, para que no se olvide el pan comido. —Aquel a quien Jesús amaba fue el primero en decir: Es el Señor. Juan se había aferrado más estrechamente a su Maestro en sus sufrimientos y lo conoció mucho antes. Pedro era el más celoso, y alcanzó primero a Cristo. ¡Con qué variedad dispensa Dios las dádivas y cuánta diferencia puede haber entre uno y otro creyente en su modo de honrar a Cristo, pero todos son aceptados por Él! Otros se quedan en el bote, arrastran la red y traen la pesca a la playa, y no debemos culpar de mundanas a esas personas, porque ellos, en sus puestos, están sirviendo verdaderamente a Cristo, como los demás. —El Señor Jesús tenía provisión lista para ellos. No tenemos que curiosear inquiriendo de dónde provino, pero consolémonos con el cuidado de Cristo por sus discípulos. Aunque había tantos peces y tan grandes, no perdieron ninguno ni dañaron su red. La red del evangelio ha capturado a multitudes, pero es tan fuerte como

siempre para llevar almas a Dios.

Vv. 15—19. Nuestro Señor se dirigió a Pedro por su nombre original, como si hubiera dejado el de Pedro cuando lo negó. Ahora contestó: Tú sabes que te amo, pero sin declarar que ama a Jesús más que los otros. No debemos sorprendernos con que nuestra sinceridad sea cuestionada cuando nosotros mismos hemos hecho lo que la vuelve dudosa. Todo recuerdo de pecados pasados, aun de pecados perdonados, renueva la tristeza del penitente verdadero. Consciente de su sinceridad, Pedro apeló solemnemente a Cristo, que conoce todas las cosas, hasta los secretos de su corazón. Bueno es que nuestras caídas y errores nos vuelvan más humildes y alertas. La sinceridad de nuestro amor a Dios debe ser puesta a prueba. Y nos conviene rogar con oración perseverante y ferviente al Dios que escudriña los corazones, que nos examine y nos pruebe a ver si somos capaces de resistir esta prueba. Nadie que no ame al buen Pastor más que a toda ventaja u objeto terrenal, puede ser apto para apacentar las ovejas y los corderos de Cristo. —El gran interés de todo hombre bueno, cualquiera sea la muerte de que muera, es glorificar a Dios en ella, porque ¿cuál es nuestro objetivo principal sino este: morir por el Señor cuando lo pida?

Vv. 20—24. Los sufrimientos, los dolores, y la muerte parecen formidables aun al cristiano experimentado; pero, en la esperanza de glorificar a Dios, de dejar un mundo pecador, y estar presente con su Señor, aquel se vuelve presto a obedecer el llamado del Redentor y seguirle hacia la gloria a través de la muerte. —La voluntad de Cristo es que sus discípulos se ocupen de su deber sin andar curioseando hechos futuros, sea acerca de sí o del prójimo. Somos buenos para ponernos ansiosos por muchas cosas que nada tienen que ver con nosotros. Los asuntos de otras personas nada son para que nos entrometamos; debemos trabajar tranquilamente y ocuparnos de nuestros asuntos. Se hacen muchas preguntas curiosas sobre los consejos de Dios, y el estado del mundo invisible, a las cuales podemos responder, ¿qué a nosotros? Si atendemos el deber de seguir a Cristo, no hallaremos corazón ni tiempo para meternos en lo que no nos corresponde. —¡Cuán poco se puede confiar en las tradiciones orales! Que la Escritura se interprete y se explique a sí misma; porque en gran medida, es evidencia y prueba en sí misma, porque es luz. Nótese la facilidad de enmendar errores, como aquellos, por la propia palabra de Cristo. El lenguaje de la Escritura es el canal más seguro para la verdad de la Escritura: las palabras que enseña el Espíritu Santo, 1 Corintios ii, 13. Los que no concuerdan en los mismos términos del arte, y su aplicación, pueden, no obstante, estar de acuerdo en los mismos términos de la Escritura, y amarse unos a otros.

V. 25. Se escribió sólo una pequeña parte de los actos de Jesús; pero bendigamos a Dios por todo lo que está en las Escrituras y agradezcamos que haya tanto en tan poco espacio. Suficiente quedó escrito para dirigir nuestra fe, y regir nuestra práctica; más, hubiera sido innecesario. —Mucho de lo escrito es pasado por alto, mucho se olvida, y mucho es hecho cuestión de controversias dudosas. Sin embargo, podemos esperar el gozo que recibiremos en el cielo del conocimiento más completo de todo lo que Jesús hizo y dijo, y de la conducta de su providencia y gracia en sus tratos con cada uno de nosotros. Sea esta nuestra felicidad. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre, capítulo xx, 31.

Henry, Matthew

HECHOS

Este libro une los evangelios con las epístolas. Contiene muchos detalles sobre los apóstoles Pedro y Pablo, y de la Iglesia cristiana desde la ascensión de nuestro Señor hasta la llegada de San Pablo a Roma, período de unos treinta años. San Lucas es el autor de este libro; estuvo presente en muchos de los sucesos relatados y atendió a Pablo en Roma. Pero el relato no entrega una historia completa de la Iglesia durante el período a que se refiere, ni siquiera de la vida de San Pablo. Se ha considerado que el objetivo de este libro es: 1. Relatar la forma en que fueron comunicados los dones del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, y los milagros realizados por los apóstoles para confirmar la verdad del cristianismo, porque muestran que se cumplieron realmente las declaraciones de Cristo. 2. Probar la pretensión de los gentiles de haber sido admitidos en la Iglesia de Cristo. Gran parte del contenido de este libro demuestra eso. Una gran parte de los Hechos lo ocupan los discursos o sermones de diversas personas, cuyos lenguajes y maneras difieren, y todos los cuales se verá que son conforme a las personas que los dieron, y las ocasiones en que fueron pronunciados. Parece que la mayoría de estos discursos son sólo la sustancia de lo que fue dicho en el momento. Sin embargo, se relacionan enteramente a Jesús como el Cristo, el Mesías ungido.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *Pruebas de la resurrección de Cristo.* 6—11. *La ascensión de Cristo.* 12—14. *Los apóstoles se reúnen orando.* 15—26. *Matías es elegido en lugar de Judas.*

Vv. 1—5. Nuestro Señor dijo a los discípulos la obra que tenían que hacer. Los apóstoles se reunieron en Jerusalén, habiéndoles mandado Cristo que no se fueran de ahí pero esperasen el derramamiento del Espíritu Santo. Esto sería un bautismo por el Espíritu Santo, que les daría poder para hacer milagros e iba a iluminar y a santificar sus almas. Esto confirma la promesa divina y nos anima para depender de ella, porque la oímos de Cristo y en Él todas las promesas de Dios son sí y amén.

Vv. 6—11. Se apresuraron para preguntar lo que su Maestro nunca les mandó ni les animó a buscar. Nuestro Señor sabía que su ascensión y la enseñanza del Espíritu Santo pronto pondrían fin a esas expectativas y, por tanto, sólo los reprendió; pero esto es una advertencia para su Iglesia de todos los tiempos: cuidarse de desear conocimientos prohibidos. Había dado instrucciones a sus discípulos para que cumplieran su deber, tanto antes de su muerte y desde su resurrección, y este conocimiento basta para el cristiano. Basta que Él se haya propuesto dar a los creyentes una fuerza igual a sus pruebas y servicios; que, bajo el poder del Espíritu Santo, sean de una u otra manera testigos de Cristo en la tierra, mientras en el cielo Él cuida con perfecta sabiduría, verdad y amor de sus intereses. —Cuando nos quedamos mirando y ocupados en nimiedades, que el pensar en la segunda venida de nuestro Maestro nos estimule y despierte: cuando nos quedemos mirando y temblando, que nos consuelen y animen. Que nuestra expectativa así sea constante y jubilosa, poniendo diligencia en ser hallados irreprochables por Él.

Vv. 12—14. Dios puede hallar lugares de refugio para su pueblo. Ellos suplicaron. Todo el pueblo de Dios es pueblo de oración. Ahora era el momento de los problemas y peligros para los discípulos de Cristo; pero si alguien está afligido, ore; eso acallará sus preocupaciones y temores. Ahora tenían una gran obra que hacer y, antes que la empezaran, oraron fervientemente a Dios pidiendo su presencia. Esperando el derramamiento del Espíritu y abundando en oración. Los que están orando son los que están en mejor situación para recibir bendiciones espirituales. Cristo había prometido enviar pronto al Espíritu Santo; esa promesa no tenía que eliminar la oración, sino vivificarla y alentarla. Un grupo pequeño unido en amor, de conducta ejemplar, ferviente para orar, y sabiamente celoso para el progreso de la causa de Cristo, probablemente crezca con rapidez.

Vv. 15—26. La gran cosa de la que los apóstoles debían atestiguar ante el mundo era la resurrección de Cristo, porque era la gran prueba de que Él es el Mesías, y el fundamento de nuestra esperanza en Él. Los apóstoles fueron ordenados, no para asumir dignidades y poderes mundanales, sino para predicar a Cristo y el poder de su resurrección. —Se efectuó una apelación a Dios: “Tú, Señor, que conoces los corazones de todos”, cosa que nosotros no, y es mejor que ellos conozcan el suyo. Es adecuado que Dios escoja a sus siervos y, en la medida que Él, por las disposiciones de su providencia o los dones del Espíritu, muestra a quien ha escogido, o qué ha escogido para nosotros, debemos adecuarnos a su voluntad. Reconozcamos su mano en la determinación de cada cosa que nos sobrevenga, especialmente en alguna comisión que nos sea encargada.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *El descenso del Espíritu Santo en el día de Pentecostés.* 5—13. *Los apóstoles hablan en diferentes lenguas.* 14—36. *El sermón de Pedro a los judíos.* 37—41. *Tres mil almas convertidas.* 42—47. *La piedad y el afecto de los discípulos.*

Vv. 1—4. No podemos olvidar con cuánta frecuencia, aunque su Maestro estaba con ellos, hubo discusiones entre los discípulos sobre cuál sería el más grande, pero ahora todas esas discordias habían terminado. Habían orado juntos más que antes. Si deseamos que el Espíritu sea derramado sobre nosotros desde lo alto, tengamos unanimidad. Pese a las diferencias de sentimientos e intereses, como las había entre esos discípulos, pongámonos de acuerdo para amarnos unos a otros, porque donde los hermanos habitan juntos en unidad, ahí manda el Señor su bendición. —Un viento recio llegó con mucha fuerza. Esto era para significar las influencias y la obra poderosa del Espíritu de Dios en las mentes de los hombres, y por medio de ellos, en el mundo. De esta manera, las convicciones del Espíritu dan lugar a sus consolaciones; y las ráfagas recias de ese viento bendito preparan el alma para sus céfiros suaves y amables. Hubo una apariencia de algo como llamas de fuego, que iluminó a cada uno de ellos, según lo que Juan el Bautista decía de Cristo: Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. El Espíritu, como fuego, derrite el corazón, quema la escoria, y enciende afectos piadosos y devotos en el alma, en la cual, como el fuego del altar, se ofrecen los sacrificios espirituales. —Fueron llenos del Espíritu Santo más que antes. Fueron llenos de las gracias del Espíritu, y más que antes, puestos bajo su influencia santificadora; más separados de este mundo, y más familiarizados con el otro. Fueron llenos más con las consolaciones del Espíritu, se regocijaron más que antes en el amor de Cristo y la esperanza del cielo: en eso fueron sorbidos todos sus temores y sus penas. Fueron llenos de los dones del Espíritu Santo; tuvieron poderes milagrosos para el avance del evangelio. Hablaron, no de pensamientos o meditaciones previos, sino como el Espíritu les daba que hablasen.

Vv. 5—13. La diferencia de lenguas que surgió en Babel ha estorbado mucho la difusión del conocimiento y de la religión. Los instrumentos que el Señor empleó primero para difundir la religión cristiana, no podrían haber progresado sin este don, lo cual probó que su autoridad era de Dios.

Vv. 14—21. El sermón de Pedro muestra que estaba completamente recuperado de su caída y cabalmente restaurado al favor divino; porque el que había negado a Cristo, ahora lo confesaba osadamente. Su relato del derramamiento milagroso del Espíritu Santo estaba concebido para estimular a sus oyentes a que abrazaran la fe de Cristo y se unieran a su Iglesia. Fue cumplimiento de la Escritura y fruto de la resurrección y ascensión de Cristo, y prueba de ambos. Aunque Pedro estaba lleno del Espíritu Santo y hablaba en lenguas conforme el Espíritu le daba que hablase, no pensó en dejar de lado las Escrituras. Los sabios de Cristo nunca aprenden más que su Biblia; y el Espíritu es dado, no para suprimir las Escrituras, sino para capacitarnos para entenderlas, aprobarlas y obedecerlas. Con toda seguridad nadie escapará a la condenación del gran día salvo los que invocan el nombre del Señor, en y por medio de su Hijo Jesucristo, como el Salvador de pecadores, y el Juez de toda la humanidad.

Vv. 22—36. A partir de este don del Espíritu Santo, Pedro les predica a Jesús: y he aquí la historia de Cristo. Hay aquí un relato de su muerte y sus sufrimientos, que ellos presenciaron unas pocas semanas antes. Su muerte es considerada como acto de Dios y de maravillosa gracia y sabiduría. De manera que la justicia divina debe ser satisfecha, Dios y el hombre reunidos de nuevo, y Cristo mismo glorificado, conforme al consejo eterno que no puede ser modificado. En cuanto al acto de la gente; fue un acto de pecado y necedad horrendos en ellos. La resurrección de Cristo suprime el reproche de su muerte; Pedro habla mucho de esto. Cristo era el Santo de Dios, santificado y puesto aparte para su servicio en la obra de redención. Su muerte y sufrimiento deben ser la entrada a una vida bendecida para siempre jamás, no sólo para Él sino para todos los suyos. Este hecho tuvo lugar según estaba profetizado y los apóstoles fueron testigos. —La resurrección no se apoyó sobre esto solo; Cristo había derramado dones milagrosos e influencias divinas sobre sus discípulos, y ellos fueron testimonio de sus efectos. Mediante el Salvador se dan a conocer los caminos de la vida y se nos exhorta a esperar la presencia de Dios y su favor para siempre. Todo esto surge de la creencia segura que Jesús es el Señor y el Salvador ungido.

Vv. 37—41. Desde la primera entrega del mensaje divino se vio que en él había poder divino; miles fueron llevados a la obediencia de la fe. Pero ni las palabras de Pedro ni el milagro presenciado pudieron producir tales efectos si no se hubiera dado el Espíritu Santo. Cuando los ojos de los pecadores son abiertos, no pueden sino sentir remordimiento de corazón por el pecado, no pueden menos que sentir una inquietud interior. El apóstol les exhorta a arrepentirse de sus pecados y confesar abiertamente su fe en Jesús como el Mesías, y ser bautizados en su nombre. Así, pues, profesando su fe en Él, iban a recibir la remisión de sus pecados, y a participar de los dones y gracias del Espíritu Santo. —Separarse de la gente impía es la única manera de salvarnos de ellos. Los que se arrepienten de sus pecados y se entregan a Jesucristo, deben probar su sinceridad desembarazándose de los impíos. Debemos salvarnos de ellos, lo cual supone evitarlos con horror y santo temor. Por gracia de Dios tres mil personas aceptaron la invitación del evangelio. No puede haber duda que el don del Espíritu Santo, que todos recibieron, y del cual ningún creyente verdadero ha sido jamás exceptuado, era ese Espíritu de adopción, esa gracia que convierte, guía y santifica, la cual se da a todos los miembros de la familia de nuestro Padre celestial. El arrepentimiento y la remisión de pecados aún se predicán a los principales de los pecadores en el nombre del Redentor; el Espíritu Santo aún sella la bendición en el corazón del creyente; aun las promesas alentadoras son para nosotros y para nuestros hijos; y aún se ofrecen las bendiciones a todos los que están lejos.

Vv. 42—47. En estos versículos tenemos la historia de la iglesia verdaderamente primitiva, de sus primeros tiempos; su estado de verdadera infancia, pero, como aquel, su estado de mayor inocencia. Se mantuvieron cerca de las ordenanzas santas y abundaron en piedad y devoción; porque el cristianismo, una vez que se admite en su poder, dispone el alma a la comunión con Dios en todas esas formas establecidas para que nos encontremos con Él, y en que ha prometido reunirse con nosotros. —La grandeza del suceso los elevó por sobre del mundo, y el Espíritu Santo los llenó con tal amor que hizo que cada uno fuera para otro como para sí mismo, y, de este modo, hizo que todas las cosas fueran en común, sin destruir la propiedad, sino suprimiendo el egoísmo y

provocando el amor. Dios que los movió a ello, sabía que ellos iban a ser rápidamente echados de sus posesiones en Judea. El Señor, de día en día, inclinaba más los corazones a abrazar el evangelio; no simples profesantes, sino los que eran realmente llevados a un estado de aceptación ante Dios, siendo partícipes de la gracia regeneradora. Los que Dios ha designado para la salvación eterna, serán eficazmente llevados a Cristo hasta que la tierra sea llena del conocimiento de su gloria.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *Un cojo sanado por Pedro y Juan.* 12—26. *El discurso de Pedro a los judíos.*

Vv. 1—11. Los apóstoles y los primeros creyentes asistían al servicio de adoración en el templo a la hora de la oración. Parece que Pedro y Juan fueron llevados por dirección divina a obrar un milagro en un hombre de más de cuarenta años, inválido de nacimiento. En el nombre de Jesús de Nazaret, Pedro le manda levantarse y caminar. Así, si intentamos con buen propósito la sanidad de las almas de los hombres, debemos ir en el nombre y el poder de Jesucristo, llamando a los pecadores incapacitados que se levanten y anden en el camino de la santidad por fe en Él. ¡Qué dulce para nuestra alma es pensar que el nombre de Jesucristo de Nazaret puede hacernos íntegros, respecto de todas las facultades paralizadas de nuestra naturaleza caída! ¡Con cuánto gozo y arrobamiento santo andaremos por los atrios santos cuando Dios Espíritu nos haga entrar en ellos por su poder!

Vv. 12—18. Nótese la diferencia en el modo de hacer los milagros. Nuestro Señor siempre habla como teniendo poder omnipotente, sin vacilar jamás para recibir la honra más grande que le fue conferida por sus milagros divinos. Pero los apóstoles referían todo al Señor y se negaban a recibir honra, salvo como sus instrumentos sin méritos. Esto muestra que Jesús era uno con el Padre, e igual con Él; mientras los apóstoles sabían que eran hombres débiles y pecadores, dependientes en todo de Jesús, cuyo poder era el que curaba. Los hombres útiles deben ser muy humildes. No a nosotros, oh Señor, no a nosotros, sino a tu nombre gloria. Toda corona debe ser puesta a los pies de Cristo. —El apóstol muestra a los judíos la enormidad de su delito, pero sin querer enojarlos ni desesperarlos. Con toda seguridad los que rechazan, rehusan o niegan a Cristo lo hacen por ignorancia, pero eso no se puede presentar como excusa en ningún caso.

Vv. 19—21. La absoluta necesidad del arrepentimiento debe cargarse solemnemente en la conciencia de todos los que desean que sus pecados sean borrados y que puedan tener parte en el refrigerio que nada puede dar, sino el sentido del amor perdonador de Cristo. Bienaventurados los que han sentido esto. No era necesario que el Espíritu Santo diera a conocer los tiempos y las sazones de esta dispensación. Estos temas aún quedan oscuros, pero cuando los pecadores tengan convicción de sus pecados, clamarán perdón al Señor; y al penitente convertido y creyente le llegarán tiempos de refrigerio de la presencia del Señor. En un estado de tribulación y prueba el glorioso Redentor estará fuera de la vista, porque debemos vivir por fe en Él.

Vv. 22—26. He aquí un discurso fuerte para advertir a los judíos las consecuencias terribles de su incredulidad, con las mismas palabras de Moisés, su profeta preferido, dado el celo fingido de quienes estaban listos para rechazar el cristianismo y tratar de destruirlo. Cristo vino al mundo a traer una bendición consigo y envió a su Espíritu para que fuera la gran bendición. Cristo vino a bendecirnos convirtiéndonos de nuestras iniquidades y salvándonos de nuestros pecados. Por naturaleza nosotros nos aferramos al pecado; el designio de la gracia divina es hacernos volver de eso para que no sólo podamos abandonarlo, sino odiarlo. Que nadie piense que puede ser feliz continuando en pecado cuando Dios declara que la bendición está en apartarse de toda la iniquidad. Que nadie piense que entiende o cree el evangelio si sólo busca liberación del castigo del pecado, pero no espera felicidad al ser liberado del pecado mismo. Nadie espere ser apartado de su pecado a no ser que crea en Cristo el Hijo de Dios, y lo reciba como sabiduría, justicia, santificación y

redención.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—4. *Pedro y Juan encarcelados.* 5—14. *Los apóstoles testifican de Cristo con denuedo.* 15—22. *Pedro y Juan rehúsan callarse.* 23—31. *Los creyentes se unen en oración y alabanza.* 32—37. *La caridad santa de los cristianos.*

Vv. 1—4. Los apóstoles predicaron la resurrección de los muertos por medio de Jesús. Incluye toda la dicha del estado futuro; ellos predicaron esto a través de Jesucristo, porque sólo por medio de Él se puede obtener. Miserable es el caso de aquellos para quienes es un dolor la gloria del reino de Cristo, porque dado que la gloria de ese reino es eterna, el dolor de ellos también será eterno. —Los siervos inofensivos y útiles de Cristo, como los apóstoles, suelen verse afligidos por su trabajo de fe y obra de amor, cuando los impíos han escapado. Hasta la fecha no faltan los casos en que la lectura de las Escrituras, la oración en grupo y la conversación sobre temas religiosos encuentran ceños fruncidos y restricciones, pero, si obedecemos los preceptos de Cristo, Él nos sostendrá.

Vv. 5—14. Estando lleno del Espíritu Santo, Pedro deseaba que todos entendieran que el milagro había sido obrado en el nombre y el poder de Jesús de Nazaret, el Mesías, al que ellos habían crucificado; y esto confirmaba el testimonio de su resurrección de entre los muertos, lo cual probaba que era el Mesías. Estos dirigentes debían ser salvados por ese Jesús al que habían crucificado o perecer por siempre. El nombre de Jesús es dado a los hombres de toda edad y nación, porque los creyentes son salvos de la ira venidera solo por Él. Sin embargo, cuando la codicia, el orgullo o cualquier pasión corrupta reina por dentro, los hombres cierran sus ojos y cierran sus corazones, con enemistad contra la luz, considerando ignorantes e indoctos a todos los que desean no saber nada si no es Cristo crucificado. Los seguidores de Cristo actuarán en esa forma para que todos los que hablen con ellos, sepan que han estado con Jesús. Esto los hace santos, celestiales, espirituales y jubilosos, y los eleva por encima de este mundo.

Vv. 15—22. Todo el interés de los gobernantes es que la doctrina de Cristo no se difunda entre el pueblo, aunque no pueden decir que sea falsa o peligrosa o de alguna mala tendencia; y se avergüenzan de reconocer la razón verdadera: que testifica contra su hipocresía, iniquidad y tiranía. Quienes saben valorar con justicia las promesas de Cristo, saben despreciar, con justicia, las amenazas del mundo. Los apóstoles miran preocupados las almas que perecen y saben que no pueden huir de la ruina eterna sino por Jesucristo; por tanto, son fieles al advertir y mostrar el camino recto. —Nadie disfrutará paz mental ni actuará rectamente hasta que haya aprendido a guiar su conducta por la norma de la verdad, y no por las opiniones y fantasías vacilantes de los hombres. Cuidaos especialmente del vano intento de servir a dos amos, a Dios y al mundo; el final será que no puede servir fielmente a ninguno.

Vv. 23—31. Los seguidores de Cristo andan en mejor forma cuando van en compañía, siempre y cuando la compañía sea la de otros como ellos. Estimula a los siervos de Dios tanto al hacer obra como al sufrir el trabajo, saber que sirven al Dios que hizo todas las cosas y, por tanto, dispone todos los sucesos; y que las Escrituras deben cumplirse. Jesús fue ungido para ser Salvador; por tanto, estaba determinado que fuera sacrificio expiatorio por el pecado. Pero el pecado no es el mal menor para que Dios saque bien de él. —En las épocas amenazantes nuestro interés no debe ser tanto evitar los problemas como poder seguir adelante con júbilo y valor en nuestra obra y deber. Ellos no oran, Señor déjanos alejarnos de nuestra tarea ahora que se ha vuelto peligrosa, sino: Señor, danos tu gracia para seguir adelante con constancia en nuestra obra, y no temer el rostro del hombre. Aquellos que desean ayuda y exhortación divina, pueden depender de que las tienen, y deben salir y seguir adelante en el poder del Señor Dios. —Él dio una señal de aceptar sus

oraciones. El lugar tembló para que la fe de ellos se estabilizara y no fuera vacilante. Dios les dio mayor grado de su Espíritu y todos ellos fueron llenos con el Espíritu Santo más que nunca; por ello no sólo fueron estimulados, sino capacitados para hablar con denuedo la palabra de Dios. Cuando hallan que el Señor Dios les ayuda por su Espíritu, saben que no serán confundidos, Isaías 1, 7.

Vv. 32—37. Los discípulos se amaban unos a otros. Esto era el bendito fruto del precepto de la muerte de Cristo para sus discípulos, y su oración por ellos cuando estaba a punto de morir. Así fue entonces y así será otra vez, cuando el Espíritu sea derramado sobre nosotros desde lo alto. La doctrina predicada era la resurrección de Cristo; un hecho cumplido que, cuando se explica debidamente, es el resumen de todos los deberes, privilegios y consuelos de los cristianos. Había frutos evidentes de la gracia de Cristo en todo lo que decían y hacían. —Estaban muertos para este mundo. Esto era una prueba grande de la gracia de Dios en ellos. No se apoderaban de la propiedad ajena, sino que eran indiferentes a ella. No lo llamaban propio, porque con afecto habían dejado todo por Cristo, y esperaban ser despojados de todo para aferrarse a Él. No asombra, pues, que fueran de un solo corazón y un alma, cuando se desprendieron de esa manera de la riqueza de este mundo. En efecto, tenían todo en común, de modo que no había entre ellos ningún necesitado, y cuidaban de la provisión para ellos. El dinero era puesto a los pies de los apóstoles. Se debe ejercer gran cuidado en la distribución de la caridad pública para dar a los necesitados, puesto que no son capaces de procurarse el sostén para sí mismos; se debe proveer a los que están reducidos a la necesidad por hacer el bien, y por el testimonio de una buena conciencia. He aquí uno mencionado en particular, notable por esta caridad generosa: era Bernabé. Como quien es nombrado para ser un predicador del evangelio, él se desembarazó y soltó de los asuntos de esta vida. Cuando prevalecen tales disposiciones, y se las ejerce conforme a las circunstancias de los tiempos, el testimonio tendrá un poder muy grande sobre el prójimo.

CAPÍTULO V

Versículos 1—11. *La muerte de Ananías y Safira.* 12—16. *El poder que acompañaba a la prédica del evangelio.* 17—25. *Los apóstoles son encarcelados pero un ángel los pone en libertad.* 26—33. *Los apóstoles testifican de Cristo ante el concilio.* 34—42. *El consejo de Gamaliel.—El concilio deja que los apóstoles se vayan.*

Vv. 1—11. El pecado de Ananías y Safira era que ambicionaban que se pensara que ellos eran discípulos eminentes, cuando no eran discípulos verdaderos. Los hipócritas pueden negarse a sí mismos, pueden dejar sus ventajas mundanas en un caso si tienen la perspectiva de encontrar beneficios en otra cosa. Ambicionaban la riqueza del mundo y desconfiaban de Dios y su providencia. Pensaban que podían servir a Dios y a mamón. Pensaban engañar a los apóstoles. El Espíritu de Dios en Pedro vio el principio de incredulidad que reinaba en el corazón de Ananías. Cualquiera haya sido la sugerencia de Satanás, éste no podría haber llenado su corazón con esta maldad si Ananías no hubiera consentido. La falsedad fue un intento de engañar al Espíritu de verdad que hablaba y actuaba tan manifiestamente por medio de los apóstoles. El delito de Ananías no fue que retuviera parte del precio del terreno; podría haberse quedado con todo si así gustaba; su delito fue tratar de imponerse sobre los apóstoles con una mentira espantosa con el deseo de ser visto, unido a la codicia. Si pensamos que podemos engañar a Dios, engañaremos fatalmente nuestra propia alma. ¡Qué triste es ver las relaciones que debieran estimularse mutuamente a las buenas obras, como se endurecen mutuamente en lo que es malo! Este castigo fue, en realidad, una misericordia para muchísimas personas. Haría que se examinaran estrictamente a sí mismas, con oración y terror de la hipocresía, codicia y vanagloria, y debiera seguir haciéndolo así. Impediría el aumento de los falsos profesantes. Aprendamos de esto cuán odiosa es la falsedad para el Dios de la verdad, y no sólo a evitar la mentira directa, sino todas las ventajas obtenidas de usar expresiones

dudosas, y doble significado en nuestra habla.

Vv. 12—16. La separación de los hipócritas por medio de juicios discriminatorios, debe hacer que los sinceros se aferren más estrechamente unos a otros y al ministerio del evangelio. Todo lo que tienda a la pureza y reputación de la Iglesia, fomenta su crecimiento, pero aquel poder solo, que obraba tales milagros por medio de los apóstoles, es el que puede rescatar pecadores del poder del pecado y Satanás, y agregar nuevos creyentes a la compañía de sus adoradores. Cristo obra por medio de todos sus siervos fieles y todo el que recurra a Él, será sanado.

Vv. 17—25. No hay cárcel tan oscura ni tan segura, que Dios no pueda visitar a su gente en ella y, si le place, sacarlos de ahí. La recuperación de las enfermedades, la liberación de los problemas son concedidas, no para que disfrutemos las consolaciones de la vida, sino para que Dios sea honrado con los servicios de nuestra vida. No es propio que los predicadores del evangelio de Cristo se escondan en los rincones cuando tienen oportunidad de predicar a una gran congregación. Deben predicar a los más viles, cuyas almas son tan preciosas para Cristo como las almas de los más nobles. Habladle a todos, porque todos están incluidos. Hablad como los que deciden defender, vivir y morir por algo. Decid todas las palabras de esta vida celestial divina, comparada con la cual no merece el nombre de vida esta actual vida terrenal. Las palabras de vida que el Espíritu Santo pone en vuestra boca. Las palabras del evangelio son palabras de vida; palabras por las cuales podemos ser salvados. —¡Qué desdichados son los que se sienten angustiados por el éxito del evangelio! ¡No pueden dejar de ver que la palabra y el poder del Señor están contra ellos, y temblando por las consecuencias, de todos modos, siguen adelante!

Vv. 26—33. Muchos hacen osadamente algo malo, pero, después no toleran oír de eso o que se les acuse de ello. No podemos esperar ser redimidos y sanados por Cristo si no nos entregamos para ser mandados por Él. La fe acepta al Salvador en todos sus oficios, porque Él vino, no a salvarnos *en* nuestros pecados sino a salvarnos *de* nuestros pecados. Si Cristo hubiera sido enaltecido para dar dominio a Israel, los principales sacerdotes le hubieran dado la bienvenida. Sin embargo, el arrepentimiento y la remisión de pecados son bendiciones que ellos no valoraron ni vieron que las necesitaban; por tanto, no reconocieron su doctrina en absoluto. —Donde se obra el arrepentimiento, sin falta se otorga remisión. —Nadie se libra de la culpa y del castigo del pecado, sino los que son liberados del poder y dominio del pecado; los que se apartan del pecado y se vuelven en su contra. Cristo da arrepentimiento por su Espíritu que obra por la palabra para despertar la conciencia, para obrar pesadumbre por el pecado y un cambio eficaz del corazón y la vida. Dar el Espíritu Santo es una prueba evidente de que la voluntad de Dios es que Cristo sea obedecido. Con toda seguridad destruirá a los que no quieren que Él reine sobre ellos.

Vv. 34—42. El Señor aún tiene todos los corazones en su mano y, a veces, dirige la prudencia del sabio mundano para frenar a los perseguidores. El sentido común nos dice que seamos cautos puesto que la experiencia y la observación indican que ha sido muy breve el éxito de los fraudes en materia de religión. El reproche por Cristo es la preferencia verdadera, porque hace que nos conformemos a su pauta y sirvamos su interés. —Ellos se regocijaron en eso. Si sufrimos el mal por hacer el bien, siempre y cuando lo suframos bien, como debemos, tenemos que regocijarnos en esa gracia que nos capacitó para hacerlo así. Los apóstoles no se predicaban a sí mismos, sino a Cristo. Esta era la predicación que más ofendía a los sacerdotes. Predicar a Cristo debe ser la actividad constante de los ministros del evangelio: a Cristo crucificado; a Cristo glorificado; nada fuera de esto, sino lo que se refiera a esto. Cualquiera sea nuestra situación o rango en la vida, debemos procurar haberle conocido y glorificar su nombre.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—7. *El nombramiento de los diáconos.* 8—15. *Esteban es acusado falsamente de*

blasfemia.

Vv. 1—7. Hasta ahora los discípulos habían sido unánimes; a menudo esto se había notado para honra de ellos, pero ahora que se estaban multiplicando, empezaron los reclamos. La palabra de Dios era suficiente para cautivar todos los pensamientos, los intereses y el tiempo de los apóstoles. Las personas elegidas para servir las mesas deben estar debidamente calificadas. Deben estar llenas con dones y gracias del Espíritu Santo, necesarios para administrar rectamente este cometido; hombres veraces que odien la codicia. —Todos los que están al servicio de la Iglesia, deben ser encomendados a la gracia divina por las oraciones de la iglesia. Ellos los bendijeron en el nombre del Señor. La palabra y la gracia de Dios se magnifican grandemente cuando trabajan en las personas que parecen menos probables para eso.

Vv. 8—15. Cuando no pudieron contestar los argumentos de Esteban como polemista, lo juzgaron como delincuente y trajeron testigos falsos contra él. Casi es un milagro de la providencia que no haya sido asesinado en el mundo un mayor número de personas religiosas por medio de perjurios y pretextos legales, cuando tantos miles las odian y no tienen conciencia de jurar en falso. La sabiduría y la santidad hacen que brille el rostro de un hombre, aunque no garantiza a los hombres que no serán maltratados. ¡Qué diremos del hombre, un ser racional, pero que aún así, intenta sostener un sistema religioso por medio de testimonios falsos y asesinatos! Y esto se ha hecho en innumerables casos. La culpa no reside tanto en el entendimiento como en el corazón de la criatura caída, que es engañoso sobre todas las cosas y perverso. Pero el siervo del Señor, que tiene la conciencia limpia, una esperanza jubilosa y los consuelos divinos, puede sonreír en medio del peligro y la muerte.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—50. *La defensa de Esteban.* 51—53. *Esteban reprocha a los judíos por la muerte de Cristo.* 54—60. *El martirio de Esteban.*

Vv. 1—16. Esteban fue acusado de blasfemar contra Dios y de apóstata de la iglesia; en consecuencia, demuestra que es hijo de Abraham y se valora a sí mismo como tal. Los pasos lentos con que avanzaba hacia su cumplimiento la promesa hecha a Abraham muestran claramente que tenía un significado espiritual y que la tierra aludida era la celestial. —Dios reconoció a José en sus tribulaciones, y estuvo con él por el poder de Su Espíritu, dándole consuelo en su mente, y dándole favor ante los ojos de las personas con que se relacionaba. Esteban recuerda a los judíos su pequeño comienzo como un freno para su orgullo por las glorias de esa nación. También les recuerda la maldad de los patriarcas de sus tribus, al tener envidia de su hermano José; el mismo espíritu aún obraba en ellos acerca de Cristo y sus ministros. —La fe de los patriarcas, al desear ser enterrados en la tierra de Canaán, demuestra claramente que ellos tenían consideración por la patria celestial. Bueno es recurrir a la primera manifestación de costumbres o sentimientos, cuando se han pervertido. Si deseamos conocer la naturaleza y los efectos de la fe justificadora, debemos estudiar el carácter del padre de los fieles. Su llamamiento muestra el poder y la gratuidad de la gracia divina, y la naturaleza de la conversión. Aquí también vemos que las formas y distinciones externas son como nada comparadas con la separación del mundo y la consagración a Dios.

Vv. 17—29. No nos desanimemos por la lentitud con que se cumplen las promesas de Dios. Los tiempos de sufrimientos son a menudo tiempos de crecimiento para la Iglesia. Cuando el momento de ellos es el más oscuro y más profunda su angustia, Dios está preparando la liberación de su pueblo. Moisés era muy agradable, “fue agradable a Dios”; es la belleza de la santidad que tiene gran precio ante los ojos de Dios. Fue preservado maravillosamente en su infancia; porque Dios

cuida en forma especial a los que ha destinado para un servicio especial; y si así protegió al niño Moisés, ¿no asegurará mucho más los intereses de su santo niño Jesús, contra los enemigos que se reúnen en su contra? —Ellos persiguieron a Esteban por argumentar en defensa de Cristo y su evangelio: en su contra levantaron a Moisés y su ley. Podrían entender, si no cerraran voluntariamente sus ojos a la luz, que Dios los libraría por medio de este Jesús de una esclavitud peor que la de Egipto. Aunque los hombres prolongan sus miserias, el Señor cuidará, no obstante, de sus siervos y concretará sus designios de misericordia.

Vv. 30—41. Los hombres se engañan si piensan que Dios no puede hacer lo que ve que es bueno en alguna parte; puede llevar al desierto a su pueblo, y ahí hablarles de consuelo. Se apareció a Moisés en una llama de fuego, pero el arbusto no se consumía, lo cual representaba al estado de Israel en Egipto, donde, aunque estaban en el fuego de la aflicción, no fueron consumidos. También puede mirarse como tipo de la ascensión de la naturaleza humana por Cristo, y de la unión de la naturaleza divina y humana. —La muerte de Abraham, Isaac y Jacob no puede romper la relación del pacto entre Dios y ellos. Nuestro Salvador prueba, por esto, el estado futuro, Mateo xxii, 31. Abraham ha muerto, pero Dios aún es *su* Dios, por tanto, Abraham aún vive. Ahora bien, esta es la vida y la inmortalidad que es sacada a la luz por el evangelio. —Esteban muestra aquí que Moisés fue tipo eminente de Cristo, como libertador de Israel. Dios se compadece de los problemas de su Iglesia y de los gemidos de su pueblo perseguido; y la liberación de ellos brota de su compasión. Esa liberación es tipo de lo que hizo Cristo cuando bajó desde el cielo por nosotros, los hombres, y para nuestra salvación. Este Jesús, al que ahora rechazaron como sus padres rechazaron a Moisés, es el mismo que Dios levantó para ser Príncipe y Salvador. Nada resta de la justa honra de Moisés al decir que él solo fue un instrumento y que es infinitamente opacado por Jesús. —Al afirmar que Jesús debía cambiar las costumbres de la ley ceremonial, Esteban distaba tanto de blasfemar contra Moisés que, en realidad, le honraba demostrando cómo se cumplió la profecía de Moisés, que era tan clara. Dios, que les dio esas costumbres mediante su siervo Moisés, podía sin duda cambiar la costumbre por medio de su Hijo Jesús. Pero Israel desechó a Moisés y deseaba volver a la esclavitud; de esta manera, en general los hombres no obedecerán a Jesús porque aman este presente mundo malo y se regocijan en sus obras e inventos.

Vv. 42—50. Esteban reprochó a los judíos la idolatría de sus padres a la que Dios los entregó como castigo por haberlo abandonado antes. No fue una deshonra, sino honra para Dios que el tabernáculo cediera paso al templo; ahora es así, que el templo terrenal dé paso al espiritual; y así será cuando, al fin, el templo espiritual ceda el paso al eterno. Todo el mundo es el templo de Dios, donde está presente en todas partes, y lo llena con su gloria; entonces, ¿qué necesidad tiene de un templo donde manifestarse? Estas cosas muestran su eterno poder y deidad. Pero como el cielo es su trono y la tierra es estrado de sus pies, ninguno de nuestros servicios benefician al que hizo todas las cosas. Después de la naturaleza humana de Cristo, el corazón quebrantado y espiritual es el templo más valioso para Él.

Vv. 51—53. Parece que Esteban iba a proseguir demostrando que el templo y el servicio del templo debían llegar a su fin, y que ceder el paso a la adoración del Padre en espíritu y en verdad sería para gloria de ambos, pero se dio cuenta de que ellos no lo soportarían. Por tanto, se calló, y por el Espíritu de sabiduría, valor y poder, reprendió fuertemente a sus perseguidores. Cuando argumentos y verdades claras provocan a los opositores del evangelio, se les debe mostrar su culpa y peligro. Ellos, como sus padres, eran obcecados y soberbios. En nuestros corazones pecaminosos hay lo que siempre resiste al Espíritu Santo, una carne cuyo deseo es contra el Espíritu, y batalla contra sus movimientos; pero, en el corazón de los elegidos de Dios esa resistencia es vencida cuando llega la plenitud del tiempo. Ahora el evangelio era ofrecido, no por ángeles, sino por el Espíritu Santo, pero ellos no lo abrazaron porque estaban resueltos a no cumplir con Dios, ya fuera en su ley o en su evangelio. La culpa de ellos les clavó el corazón, y buscaron alivio asesinando a quien los reprendía, en lugar de llorar y pedir misericordia.

Vv. 54—60. Nada es tan consolador para los santos moribundos, o tan animador para los santos que sufren, que ver a Jesús a la diestra de Dios: bendito sea Dios, por fe podemos verlo ahí. Esteban

ofreció dos oraciones breves en sus momentos de agonía. Nuestro Señor Jesús es Dios, al cual tenemos que buscar, y en quien tenemos que confiar y consolarnos, viviendo y muriendo. Si esto ha sido nuestro cuidado mientras vivimos, será nuestro consuelo cuando muramos. —Aquí hay una oración por sus perseguidores. Aunque el pecado fue muy grande, si a ellos les pesaba en el corazón, Dios no los pondría en la cuenta de ellos. —Esteban murió tan apremiado como nunca murió hombre alguno, pero al morir, se dice que durmió; él se dedicó a la tarea de morir con tanta compostura como si se hubiera ido a dormir. Despertará de nuevo en la mañana de la resurrección para ser recibido en la presencia del Señor, donde hay plenitud de gozo, y para compartir los placeres que están a su diestra para siempre.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—4. *Saulo persigue a la Iglesia.* 5—13. *El éxito de Felipe en Samaria.—Simón el mago es bautizado* 14—25. *La hipocresía de Simón es detectada.* 26—40. *Felipe y el etíope.*

Vv. 1—4. Aunque la persecución no debe apartarnos de nuestra obra, puede, no obstante, enviarnos a trabajar en otra parte. Donde sea llevado el creyente estable, lleva consigo el conocimiento del evangelio y da a conocer lo precioso de Cristo en todo lugar. Donde el simple deseo de hacer el bien influya sobre el corazón, será imposible impedir que el hombre no use todas las oportunidades para servir.

Vv. 5—13. En cuanto el evangelio prevalece, son desalojados los espíritus malignos, en particular los espíritus inmundos. Estos son todas las inclinaciones a las lujurias de la carne que batallan contra el alma. Aquí se nombran los trastornos que más cuesta curar siguiendo el curso de la naturaleza y los que mejor expresan la enfermedad del pecado. —Orgullo, ambición y deseos de grandeza siempre han causado abundante mal al mundo y a la iglesia. —La gente decía de Simón, este hombre tiene gran poder de Dios. Véase en esto en qué manera ignorante e irreflexiva yerra la gente, pero ¡cuán grande es el poder de la gracia divina, por la cual son llevados a Cristo que es la Verdad misma! La gente no sólo oía lo que decía Felipe; fueron plenamente convencidos de que era de Dios, y no de los hombres, y se dejaron ser dirigidos por eso. Hasta los hombres malos, y éstos con corazones que aún andan en pos de la codicia, pueden ir ante Dios como va su pueblo, y por un tiempo, continuar con ellos. Muchos que se asombran ante las pruebas de las verdades divinas, nunca experimentaron el poder de ellas. El evangelio predicado puede efectuar una operación común en un alma donde nunca produjo santidad interior. No todos los que profesan creer el evangelio son convertidos para salvación.

Vv. 14—25. El Espíritu Santo aún no se había derramado sobre ninguno de esos convertidos, con los poderes extraordinarios transmitidos por el derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés. Nosotros podemos cobrar ánimo de este ejemplo, orando a Dios que dé las gracias renovadoras del Espíritu Santo a todos aquellos por cuyo bienestar espiritual estamos interesados, porque ellas incluyen todas las bendiciones. Ningún hombre puede dar el Espíritu Santo imponiendo sus manos, pero debemos usar los mejores esfuerzos para instruir a aquellos por quienes oramos. —Simón el mago ambicionaba tener el honor de un apóstol, pero no le interesaba en absoluto tener el espíritu y la disposición del cristiano. Deseaba más tener honor para sí que hacer el bien al prójimo. Pedro le enrostra su delito. Estimaba la riqueza de este mundo como si correspondieran con las cosas que se relacionan con la otra vida, y deseaba comprar el perdón de pecado, el don del Espíritu Santo y la vida eterna. Este era un error condenatorio de tal magnitud que de ninguna manera armoniza con un estado de gracia. Nuestros corazones son lo que son ante los ojos de Dios, que no puede ser engañado, y si no pueden ser justos ante sus ojos, nuestra religión es vana y de nada nos sirve. El corazón orgulloso y codicioso no puede ser justo ante Dios. Puede que un hombre siga bajo el poder del pecado aunque se revista de una forma de santidad.

Cuando seas tentado con dinero para hacer el mal, ve cuán percedero es el dinero y desprécialo. No pienses que el cristianismo es un oficio del cual vivir en este mundo. —Hay mucha maldad en el pensamiento del corazón, nociones falsas, afectos corruptos, y malos proyectos de los cuales uno debe arrepentirse o estamos acabados. Pero al arrepentirnos serán perdonados. Aquí se duda de la sinceridad del arrepentimiento de Simón, no de su perdón, si su arrepentimiento fue sincero. Concédenos, Señor, una clase de fe diferente de la que hizo sólo asombrarse a Simón, sin santificar su corazón. Haz que aborrezcamos todo pensamiento de hacer que la religión sirva los propósitos del orgullo o la ambición. Guárdanos contra ese veneno sutil del orgullo espiritual que busca gloria para sí mismo aun por la humildad. Haz que sólo procuremos la honra que viene de Dios.

Vv. 26—40. Felipe recibió instrucciones de ir al desierto. A veces, Dios abre una puerta de oportunidad a sus ministros en los lugares menos probables. Debemos pensar en hacer el bien a los que llegan a ser compañía cuando viajamos. No debemos ser tan tímidos con los extraños, como algunos afectan serlo. En cuanto a éstos, de los cuales nada sabemos, sabemos esto: tienen almas. Sabiduría de los hombres de negocios es redimir el tiempo para los deberes santos; llenar cada minuto con algo que resultará ser una buena cuenta que rendir. —Al leer la palabra de Dios debemos hacer frecuentes pausas para preguntar de quién y de qué hablan los escritores sagrados, pero nuestros pensamientos deben ocuparse especialmente en el Redentor. El etíope fue convencido, por las enseñanzas del Espíritu Santo, del cumplimiento exacto de la Escritura; se le hizo comprender la naturaleza del reino del Mesías y su salvación, y deseó ser contado entre los discípulos de Cristo. Los que buscan la verdad y dedican tiempo para escudriñar las Escrituras, estarán seguros de cosechar ventajas. La aceptación del etíope debe entenderse como que expresa una confianza simple en Cristo para salvación, y una devoción sin límites a Él. No nos basta obtener fe, como el etíope, por medio del estudio diligente de las Santas Escrituras, y la enseñanza del Espíritu de Dios; no nos demos por satisfechos hasta que tengamos establecidos en nuestros corazones sus principios. Tan pronto como el etíope fue bautizado, el Espíritu de Dios llevó a Felipe, y no lo volvió a ver. Pero esto ayudó a confirmar su fe. Cuando el que busca la salvación llega a familiarizarse con Jesús y su evangelio, irá por su camino regocijándose, y desempeñará su puesto en la sociedad, cumpliendo sus deberes, por otros motivos y de otra manera que hasta entonces. Aunque estemos bautizados con agua en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo, no es suficiente sin el bautismo del Espíritu Santo. Señor, concede esto a cada uno de nosotros; entonces iremos por nuestro camino regocijándonos.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—9. *La conversión de Saulo.* 10—22. *Saulo convertido, predica a Cristo.* 23—31. *Saulo es perseguido en Damasco y se va a Jerusalén.* 32—35. *Curación de Eneas.* 36—43. *Resurrección de Dorcas.*

Vv. 1—9. Tan mal informado estaba Saulo que pensaba que debía hacer todo lo que pudiera contra el nombre de Cristo, y que con eso le hacía un servicio a Dios; parecía que en esto estaba en su elemento. No perdamos la esperanza de la gracia renovadora para la conversión de los peores pecadores, ni dejemos que ellos pierdan la esperanza en la misericordia de Dios que perdona el pecado más grande. Es señal del favor divino impedirnos, por medio de la obra interior de su gracia o por los sucesos exteriores de su providencia continuar o ejecutar objetivos pecaminosos. Saulo vio al Justo, capítulo xxii, 14, y capítulo xxvi, 13. ¡Qué cerca de nosotros está el mundo invisible! Si Dios sólo corre el velo, los objetos se presentan a la vista, comparados con los cuales, lo que más se admira en la tierra, resulta vil y despreciable. Saulo se sometió sin reservas, deseoso de saber lo que quería el Señor Jesús que él hiciera. Las revelaciones de Cristo a las pobres almas son humillantes; las abaten profundamente con pobres pensamientos sobre sí mismas. —Saulo no comió durante tres

días, y agradó a Dios dejarlo sin alivio durante ese tiempo. Ahora sus pecados fueron puestos en orden ante él; estaba en tinieblas sobre su propio estado espiritual, y herido en el espíritu por el pecado. Cuando el pecador es llevado a una percepción adecuada de su estado y conducta, se arroja totalmente a la misericordia del Salvador, preguntando qué quiere que haga. Dios dirige al pecador humillado, y aunque suele no llevar a los transgresores al gozo y la paz de creer sin dolor ni intranquilidad de conciencia, bajo los cuales el alma es profundamente comprometida con las cosas eternas, de todos modos son bienaventurados los que siembran con lágrimas, porque cosecharán con gozo.

Vv. 10—22. Una buena obra fue comenzada en Saulo cuando fue llevado a los pies de Cristo con estas palabras: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Nunca Cristo dejó a nadie que llegara a ese punto. Contémplese al fariseo orgulloso, el opresor despiadado, el blasfemo atrevido, ¡orando! Aun ahora ocurre lo mismo con el infiel orgulloso o el pecador abandonado. ¡Qué nuevas felices son aquellas para todos los que entienden la naturaleza y el poder de la oración, de una oración como la que presenta el pecador humillado rogando las bendiciones de la salvación gratuita! Ahora empezó a orar de una manera diferente de lo que hacía antes, cuando decía sus oraciones, pero ahora las oraba. La gracia regeneradora pone a orar a la gente; más fácil es que halle a un hombre vivo que no respira que a un cristiano vivo que no ora. Pero hasta los discípulos eminentes como Ananías vacilan, a veces, ante las órdenes de su Señor. Sin embargo, es la gloria del Señor superar nuestras bajas expectativas y mostrar que son vasos de su misericordia los que consideramos objetos de su venganza. —La enseñanza del Espíritu Santo elimina del entendimiento las escamas de ignorancia y orgullo; entonces, el pecador llega a ser una nueva criatura y se dedica a recomendar al Salvador ungido, el Hijo de Dios, a sus compañeros de antes.

Vv. 23—31. Cuando entramos en el camino de Dios debemos esperar pruebas; pero el Señor sabe librar al santo y también dará, junto con la prueba, la salida. Aunque la conversión de Saulo fue y es prueba de la verdad del cristianismo, aún así, no podía, por sí misma, convertir un alma enemistada con la verdad; porque nada puede producir fe verdadera sino ese poder que crea de nuevo el corazón. —Los creyentes son dados a sospechar demasiado de aquellos en contra de los cuales tienen prejuicios. El mundo está lleno de engaño y es necesario ser cauto, pero debemos ejercer caridad, 1 Corintios xiii, 5. El Señor esclarece el carácter de los creyentes verdaderos, los une a su pueblo, y a menudo, les da oportunidad de dar testimonio de su verdad, ante quienes fueron testigos de su odio. Ahora Cristo se apareció a Saulo y le mandó que saliera rápidamente de Jerusalén, porque debía ser enviado a los gentiles: véase el capítulo xxii 21. Los testigos de Cristo no pueden ser muertos mientras no hayan terminado sus testimonios. —Las persecuciones fueron soportadas. Los profesantes del evangelio anduvieron rectamente y gozaron de mucho consuelo de parte del Espíritu Santo en la esperanza y la paz del evangelio, y otros fueron ganados para ellos. Vivieron del consuelo del Espíritu Santo no sólo en los días de trastorno y aflicción, sino en los días de reposo y prosperidad. Es más probable que caminen gozosamente los que caminan con cautela.

Vv. 32—35. Los cristianos son santos o pueblo santo; no sólo los eminentes como San Pedro y San Pablo, sino todo sincero profesante de la fe de Cristo. Cristo eligió a pacientes con enfermedades incurables según el curso natural, para mostrar cuán desesperada es la situación de la humanidad caída. Cuando éramos completamente débiles, como este pobre hombre, Él mandó su palabra para sanarnos. Pedro no pretende sanar por poder propio, pero dirige a Eneas a que mire a Cristo en busca de ayuda. Nadie diga que por cuanto es Cristo el que por el poder de su gracia, obra todas nuestras obras en nosotros, no tenemos obra que hacer, ni deber que cumplir; porque, aunque Jesucristo te haga íntegro, tú debes levantarte, y usar el poder que Él te da.

Vv. 36—43. Muchos de los que están llenos de buenas palabras están vacíos y estériles de buenas obras; pero Tabita era una gran hechura, no una gran conversadora. Los cristianos que no tienen propiedad para dar como caridad pueden, aún, ser capaces de hacer obras de caridad, trabajando con sus manos o yendo con sus pies para el bien del prójimo. Son ciertamente mejor elogiados aquellos cuyas obras los elogian, sea que las palabras de los demás lo hagan o no. Sin duda son ingratos los que no reconocen el bien que se les hace mostrando la bondad hecha a ellos.

Mientras vivimos de la plenitud de Cristo para nuestra plena salvación, debemos desear estar llenos de buenas obras para gloria de su nombre y para beneficio de sus santos. Caracteres como Dorcas son útiles donde moren, porque muestran la excelencia de la palabra de verdad por medio de sus vidas. ¡Qué viles son, entonces, las preocupaciones de tantas mujeres que no buscan distinción, sino en el ornamento externo, y desperdician sus vidas en la frívola búsqueda de vestidos y vanidades! —El poder se unió a la palabra y Dorcas volvió a la vida. Así es en la resurrección de las almas muertas a la vida espiritual: la primera señal de vida es abrir los ojos de la mente. Aquí vemos que el Señor puede compensar toda pérdida; que Él gobierna cada hecho para el bien de quienes confían en Él, y para gloria de su nombre.

CAPÍTULO X

Versículos 1—8. *Cornelio recibe orden de mandar a buscar a Pedro.* 9—18. *La visión de Pedro.* 19—33. *Va a casa de Cornelio.* 34—43. *Su sermón a Cornelio.* 44—48. *Derramamiento de dones del Espíritu Santo.*

Vv. 1—8. Hasta ahora nadie había sido bautizado en la Iglesia cristiana salvo judíos, samaritanos y los prosélitos que habían sido circuncidados, y observaban la ley ceremonial; pero, ahora, los gentiles eran llamados a participar de todos los privilegios del pueblo de Dios sin tener que hacerse judíos primero. —La religión pura y sin contaminación se halla, a veces, donde menos la esperamos. Dondequiera que el temor de Dios reine en el corazón, se manifestará en obras de caridad y de la piedad sin que una sea excusa de la otra. Era indudable que Cornelio tenía fe verdadera en la palabra de Dios, en la medida que la entendía, aunque aún no tenía una fe clara en Cristo. Esta fue la obra del Espíritu de Dios, por la mediación de Jesús, aun antes que Cornelio lo conociera, como ocurre con todos nosotros, que antes estábamos muertos en pecado, cuando somos vivificados. Por medio de Cristo también fueron aceptadas sus oraciones y limosnas que, de otro modo, hubieran sido rechazadas. Cornelio fue obediente, sin debate ni demora, a la visión celestial. No perdamos tiempo en los asuntos de nuestras almas.

Vv. 9—18. Los prejuicios de Pedro contra los gentiles le hubieran impedido ir a casa de Cornelio si el Señor no lo hubiera preparado para este servicio. Decir a un judío que Dios había ordenado que esos animales fueran reconocidos como limpios, cuando hasta ahora eran considerados inmundos, era decir efectivamente que la ley de Moisés estaba terminada. Pronto se dio a conocer a Pedro su significado. Dios sabe qué servicios tenemos por delante y sabe prepararnos, y nosotros entenderemos el significado de lo que nos ha enseñado, cuando hallemos la ocasión para usarlo.

Vv. 19—33. Cuando vemos claramente nuestro llamado a un servicio, no debemos confundirnos con dudas y escrúpulos que surjan de prejuicios o de ideas anteriores. Cornelio había reunido a sus amigos para que participaran con él de la sabiduría celestial que esperaba de Pedro. No codiciemos comer a solas nuestros bocados espirituales. Debemos considerarlos como dados y recibidos en señal de bondad y respeto para con nuestros parientes y amistades para invitarlos a unirse con nosotros en los ejercicios religiosos. Cornelio declara la orden que Dios le dio de mandar a buscar a Pedro. Estamos en lo correcto en nuestros objetivos al asistir a un ministerio del evangelio, cuando lo hacemos con reverencia por la cita divina, que nos pide que hagamos uso de esa ordenanza. ¡Con qué poca frecuencia se pide a los ministros que hablen a estos grupos, por pequeños que sean, de los que puede decirse que están todos presentes, a la vista de Dios, para oír todas las cosas que Dios manda! Sin embargo, estos estaban listos para oír lo que Dios mandó decir a Pedro.

Vv. 34—43. La aceptación no puede obtenerse sobre otro fundamento que no sea el del pacto de misericordia por la expiación hecha por Cristo, pero dondequiera que se halle la religión verdadera,

Dios la aceptará sin consideración de denominaciones o sectas. El temor de Dios y las obras de justicia son la sustancia de la religión verdadera, los efectos de la gracia especial. Aunque estos no son la causa de la aceptación del hombre, sin embargo, la indican; y, les falte lo que les faltare en conocimiento o fe, les será dado en el momento debido por Aquel que la empezó. —Ellos conocían en general la palabra, esto es, el evangelio que Dios envió a los hijos de Israel. La intención de esta palabra era que Dios publicara por su intermedio la buena nueva de la paz por Jesucristo. Ellos conocían los diversos hechos relacionados al evangelio. Conocían el bautismo de arrepentimiento que Juan predicó. Sepan ellos que este Jesucristo, por quien se hace la paz entre Dios y el hombre, es Señor de todo; no sólo sobre todo, Dios bendito por los siglos, sino como Mediador. Toda potestad en el cielo y en la tierra es puesta en su mano, y todo juicio le fue encargado. Dios irá con los que Él unja; estará con aquellos a quienes haya dado su Espíritu. —Entonces, Pedro declara la resurrección de Cristo de entre los muertos, y sus pruebas. La fe se refiere a un testimonio, y la fe cristiana está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, sobre el testimonio dado por ellos. —Véase lo que debe creerse acerca de él: que todos son responsables de rendir cuentas a Cristo, en cuanto es nuestro Juez; así cada uno debe procurar su favor y tenerlo como nuestro Amigo. Si creemos en Él, todos seremos justificados por Él como Justicia nuestra. La remisión de pecados pone el fundamento para todos los demás favores y bendiciones, sacando del camino todo lo que obstaculice su concesión. Si el pecado es perdonado, todo está bien y terminará bien para siempre.

Vv. 44—48. El Espíritu Santo cayó sobre otros después que fueron bautizados, para confirmarlos en la fe, pero sobre estos gentiles descendió antes que fueran bautizados para demostrar que Dios no se limita a señales externas. El Espíritu Santo descendió sobre los que ni siquiera estaban circuncidados ni bautizados; el Espíritu es el que vivifica, la carne de nada aprovecha. Ellos magnificaron a Dios, y hablaron de Cristo y de los beneficios de la redención. Cualquiera sea el don con que estemos dotados, debemos honrar a Dios con él. Los judíos creyentes que estaban presentes quedaron atónitos de que el don del Espíritu Santo fuera derramado también sobre los gentiles. Debido a nociones erróneas de las cosas nos creamos dificultades acerca de los métodos de la providencia y la gracia divina. —Como fueron innegablemente bautizados con el Espíritu Santo, Pedro concluyó que no había que rehusarles el bautismo de agua, y la ordenanza fue administrada. El argumento es concluyente: ¿podemos negar la señal a los que han recibido las cosas significadas por la señal? Los que familiarizados con Cristo no pueden sino desear más. Aun los que han recibido al Espíritu Santo deben ver su necesidad de aprender diariamente más de la verdad.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—18. *La defensa de Pedro.* 19—24. *El éxito del evangelio en Antioquía.* 25—30. *A los discípulos se les llama cristianos.*—*Socorro enviado a Judea.*

Vv. 1—18. El estado imperfecto de la naturaleza humana se manifiesta con mucha fuerza, cuando personas santas se molestan aun al oír que se ha recibido la palabra de Dios, porque no se prestó atención a su método. Somos muy dados a desesperar de hacer el bien a los que, al probarlos, muestran que tienen deseos de ser enseñados. Causa de la ruina y daño de la iglesia es excluir de ella, y del beneficio de los medios de gracia, a los que no son como nosotros en todo. Pedro contó todo lo pasado. En todo momento debemos soportar las debilidades de nuestros hermanos y, en lugar de ofendernos o de contestar tibiamente, debemos explicar los motivos y mostrar la naturaleza de nuestros procedimientos. —Ciertamente es correcta la predicación con la que se da el Espíritu Santo. Aunque los hombres son muy celosos de sus propios reglamentos, deben cuidarse de no resistir a Dios; y quienes aman al Señor le glorificarán cuando se aseguren que ha otorgado

arrepentimiento para vida a todos sus congéneres pecadores. El arrepentimiento es don de Dios; no sólo lo acepta su libre gracia; su gracia omnipotente obra en nosotros, la gracia quita el corazón de piedra y nos da uno de carne. El sacrificio de Dios es un espíritu quebrantado.

Vv. 19—24. Los primeros predicadores del evangelio en Antioquía fueron dispersados desde Jerusalén por la persecución; de ese modo lo que pretendía dañar la Iglesia, se hizo que obrara para su bien. La ira del hombre se convierte en alabanza a Dios. —¿Qué deben predicar los ministros de Cristo sino a Cristo? ¿A Cristo, y crucificado? ¿A Cristo, y glorificado? La predicación de ellos fue acompañada de poder divino. La mano del Señor estaba con ellos para llevar a los corazones y a las conciencias de los hombres lo que sólo se podía decir al oído externo. Ellos creyeron, fueron convencidos de la verdad del evangelio. Se convirtieron desde una manera de vivir carnal e indolente a una vida santa, espiritual y celestial. Se convirtieron de adorar a Dios para ser vistos y por formalismo a adorarle en Espíritu y en verdad. Se convirtieron al Señor Jesús que llegó a ser todo en todo para ellos. Esta fue la obra de conversión realizada en ellos y la que debe efectuarse en cada uno de nosotros. Fue fruto de su fe; todos los que creen sinceramente, se convertirán al Señor. Cuando se predica al Señor Jesús con claridad, y conforme a las Escrituras, Él dará éxito; y cuando los pecadores son de esta manera llevados al Señor, los hombres realmente buenos, que están llenos de fe y del Espíritu Santo, admirarán y se regocijarán en la gracia de Dios concedida a ellos. Bernabé estaba lleno de fe; lleno de la gracia de la fe, y lleno de los frutos de la fe que obra por amor.

Vv. 25—30. Hasta ahora los seguidores de Cristo eran llamados discípulos, esto es, aprendices, estudiantes, pero desde esa época fueron llamados cristianos. El significado apropiado de este nombre es seguidor de Cristo; denota a uno que, con pensamiento serio, abraza la religión de Cristo, cree sus promesas, y hace que su principal tarea sea formar su vida por los preceptos y el ejemplo de Cristo. De aquí, pues, que es claro que hay multitudes que adoptan el nombre de cristianos, a las cuales no les corresponde correctamente, porque el nombre sin la realidad sólo añade a nuestra culpa. Mientras la sola profesión de fe no otorga provecho ni deleite, la posesión de ella da la promesa para la vida presente y la venidera. Concede, Señor, que los cristianos se olviden de otros nombres y distinciones y se amen unos a otros como deben hacer los seguidores de Cristo. Los cristianos verdaderos sentirán compasión por sus hermanos que pasan por aflicciones. Así se lleva fruto para la alabanza y la gloria de Dios. Si toda la humanidad fuera verdaderamente cristiana, ¡con cuánto júbilo se ayudarían unos a otros! Toda la tierra sería como una gran familia, esforzándose cada miembro por cumplir su deber y ser bondadoso.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—5. *Martirio de Santiago, y encarcelamiento de Pedro.* 6—11. *Pedro librado de la cárcel por un ángel.* 12—19. *Pedro se va.—La furia de Herodes.* 20—25. *La muerte de Herodes.*

Vv. 1—5. Santiago era uno de los hijos de Zebedeo, a quien Cristo dijo que bebería de la copa que Él iba a beber, y que sería bautizado con el bautismo con que Él sería bautizado, Mateo xx, 23. Ahora se cumplieron bien en él las palabras de Cristo: si sufrimos con Cristo, reinaremos con Él. — Herodes hizo encarcelar a Pedro: el camino de la persecución es cuesta abajo, como el de los otros pecados; cuando los hombres están en él no pueden detenerse con facilidad. Se hacen presa fácil de Satanás los que se ocupan en complacer a los hombres. Así terminó Santiago su carrera, pero Pedro, estando destinado a nuevos servicios, estaba a salvo aunque ahora pareciera señalado para un cercano sacrificio. —A los que vivimos en una generación fría que no ora, nos cuesta mucho formarnos una idea del fervor de los santos hombres de antaño. Pero si el Señor trajera a la Iglesia una persecución horrorosa, como la de Herodes, los fieles en Cristo aprenderían lo que es orar con

toda el alma.

Vv. 6—11. La conciencia tranquila, la esperanza viva y la consolación del Espíritu Santo, pueden mantener en paz a los hombres ante la perspectiva total de la muerte; aun a las mismas personas que estuvieron muy confundidas con los terrores de ella. Cuando las cosas son llevadas al último extremo, llega el tiempo de Dios para ayudar. Pedro tenía la seguridad que el Señor pondría fin a esta prueba en la manera que diera más gloria a Dios. —Los que son librados del encarcelamiento espiritual deben seguir a su Libertador, como los israelitas cuando salieron de la casa de esclavitud. No sabían adónde iban, pero sabían a quien seguían. Cuando Dios obra la salvación de su pueblo se superan todos los obstáculos de su camino, hasta las puertas de hierro se abrirán por sí solas. Esta liberación de Pedro representa nuestra liberación por medio de Cristo, quien no sólo proclama libertad a los cautivos, sino los saca de la prisión. Pedro captó cuán grandes cosas había hecho Dios por él cuando recuperó su conciencia. De esta manera, las almas libradas de la esclavitud espiritual, no se dan cuenta al comienzo de lo que Dios ha obrado en ellas; muchos que tienen la verdad de la gracia necesitan pruebas de ella. Cuando viene el Consolador, enviado por el Padre, les hará saber, tarde o temprano, qué cambio bendito se ha obrado.

Vv. 12—19. La providencia de Dios da lugar para el empleo de nuestra prudencia, aunque Él haya emprendido la ejecución y perfección de lo que comenzó. Estos cristianos siguieron orando por Pedro, porque eran verdaderamente fervorosos. De esta manera, los hombres deben orar siempre sin desmayar. En la medida que se nos mantenga a la espera de una misericordia, debemos seguir orando por ella. A veces, lo que deseamos con más fervor, es lo que menos creemos. La ley cristiana de negarse y sufrir por Cristo no deroga la ley natural de cuidar nuestra seguridad por medios lícitos. En las épocas de peligro público, todos los creyentes tienen como refugio a Dios, que es tan secreto que el mundo no puede encontrarlos. Además, los mismos instrumentos de la persecución están expuestos a peligro; la ira de Dios pende sobre todos los que se dedican a esta aborrecible obra. La ira de los perseguidores suele ventilarse sobre todo lo que hallan en su camino.

Vv. 20—25. Muchos príncipes paganos reclamaron y recibieron honores divinos, pero la impiedad de Herodes, que conocía la palabra y la adoración del Dios vivo, fue mucho más horrible cuando aceptó honras idólatras sin reprender la blasfemia. Los hombres como Herodes que se hinchan con orgullo y vanidad, están madurando rápidamente para la venganza a la que están destinados. Dios es muy celoso de su honra y será glorificado *en aquellos por* quienes no es glorificado. Nótese qué cuerpos viles andamos trayendo con nosotros; tienen en ellos la semilla de su disolución por la cual pronto serán destruidos, basta que Dios tan sólo diga la palabra. —Aprendamos sabiduría de la gente de Tiro y Sidón, porque hemos ofendido al Señor con nuestros pecados. Dependemos de Él para vivir, respirar y para todas las cosas; ciertamente nos corresponde humillarnos ante Él, para que, por medio del Mediador designado que siempre está listo para ser nuestro Amigo, podamos ser reconciliados con Él, no sea que la ira nos caiga con todo su rigor.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—3. *Misión de Pablo y Bernabé.* 4—13. *Elimas, el hechicero.* 14—41. *Discurso de Pablo en Antioquía.* 42—52. *Predica a los gentiles y es perseguido por los judíos.*

Vv. 1—3. ¡Qué equipo tenemos aquí! Vemos en estos nombres que el Señor levanta instrumentos para su obra de diversos lugares y estados sociales; el celo por su gloria induce a los hombres a renunciar a relaciones y perspectivas halagadoras para fomentar su causa. Los ministros de Cristo están capacitados y dispuestos para su servicio por su Espíritu, y se les retira de otros intereses que les estorban. Los ministros de Cristo deben dedicarse a la obra de Cristo y, bajo la dirección del Espíritu, actuar para la gloria de Dios Padre. Son separados para emprender trabajos con dolor y no

para asumir rangos. —Buscaron la bendición para Pablo y Bernabé en su presente empresa, para que fuesen llenos con el Espíritu Santo en su obra. No importa qué medios se usen o que reglas se observen, solo el Espíritu Santo puede equipar a los ministros para su importante obra, y llamarlos a ella.

Vv. 4—13. Satanás está especialmente ocupado con los grandes hombres y los hombres que están en el poder para impedir que sean religiosos, porque su ejemplo influye a muchos. —Aquí por primera vez Saulo es llamado Pablo, y nunca más Saulo. Cuando era hebreo su nombre era Saulo; como ciudadano de Roma su nombre era Pablo. Bajo la influencia directa del Espíritu Santo, dio a Elimas su carácter verdadero, pero no en forma apasionada. La plenitud del engaño y la maldad reunidas pueden hacer, sin duda, que un hombre sea hijo del diablo. Quienes son enemigos de la doctrina de Jesús son enemigos de toda justicia, porque en ella se cumple toda justicia. Los caminos del Señor Jesús son los únicos caminos rectos al cielo y a la dicha. Hay muchos que no sólo se descarrían de estos caminos, sino que también ponen al prójimo en contra de esos caminos. Ellos están frecuentemente tan endurecidos que no cesarán de hacer el mal. El procónsul quedó asombrado por la fuerza de la doctrina en su propio corazón y conciencia, y por el poder de Dios con que fue confirmada. La doctrina de Cristo deja atónito; y mientras más sabemos de ella, más razón veremos para maravillarnos de ella. —Los que ponen su mano en el arado y miran hacia atrás, no son aptos para el reino de Dios. Quienes no están preparados para enfrentar oposición y soportar dificultades, no son aptos para la obra del ministerio.

Vv. 14—31. Cuando nos reunimos para adorar a Dios debemos hacerlo no sólo con oración y alabanza, sino para leer y oír la palabra de Dios. No basta con la sola lectura de las Escrituras en las asambleas públicas; ellas deben ser expuestas y se debe exhortar a la gente con ellas. Esto es ayudar a que la gente haga lo necesario para sacar provecho de la palabra, para aplicarla a sí mismos. —En este sermón se toca todo cuanto debiera convencer de la mejor manera a los judíos para recibir y abrazar a Cristo como el Mesías prometido. Toda opinión, no importa cuán breve o débil sea, sobre los tratos del Señor con su Iglesia, nos recuerda su misericordia y paciencia, y la ingratitud y perversidad del hombre. —Pablo va desde David al Hijo de David, y demuestra que este Jesús es su Simiente prometida; el Salvador que hace por ellos, sus peores enemigos, lo que no podían hacer los jueces de antes, para salvarlos de sus pecados. Cuando los apóstoles predicaban a Cristo como el Salvador, distaban mucho de ocultar su muerte, tanto que siempre predicaban a Cristo crucificado. —Nuestra completa separación del pecado la representa el que somos sepultados con Cristo. Pero Él resucitó de entre los muertos y no vio corrupción: esta era la gran verdad que había que predicar.

Vv. 32—37. La resurrección de Cristo era la gran prueba de que es el Hijo de Dios. No era posible que fuera retenido por la muerte, porque era el Hijo de Dios, y por tanto, tenía la vida en sí mismo, la cual no podía entregar sin el propósito de volverla a tomar. La seguridad de las misericordias de David es la vida eterna, de la cual era señal segura la resurrección; y las bendiciones de la redención en Cristo son una primicia cierta aun en este mundo. David fue una gran bendición para la época en que vivió. No nacemos para nosotros mismos, pero alrededor nuestro vive gente, a quienes debemos tener presentes para servir. Pero aquí radica la diferencia: Cristo iba a servir a todas las generaciones. Miremos a Aquel que es declarado ser Hijo de Dios por su resurrección de entre los muertos para que, por fe en Él, podamos andar con Dios, y servir a nuestra generación según su voluntad; y cuando llegue la muerte, durmamos en Él con la esperanza gozosa de una bendita resurrección.

Vv. 38—41. Todos los que oyen el evangelio de Cristo sepan estas dos cosas: —1. Que a través de este Hombre, que murió y resucitó, se os predica el perdón de pecado. Vuestros pecados, aunque muchos y grandes, pueden ser perdonados, y pueden serlo sin perjuicio de la honra de Dios. —2. Por Cristo solo, y por nadie más, son justificados de todas las cosas los que creen en Él; justificados de toda la culpa y mancha del pecado de lo cual no pudieron ser justificados por la ley de Moisés. El gran interés de los pecadores convictos es ser justificados, ser exonerados de toda su culpa y aceptados como justos ante los ojos de Dios, porque si algo queda a cargo del pecador, estará acabado. Por Jesucristo podemos obtener la justificación completa; porque por Él fue hecha la

completa expiación por el pecado. Somos justificados no sólo por Él como nuestro Juez, sino por Él como Jehová Justicia nuestra. Lo que la ley no podía hacer por nosotros, por cuanto era débil, lo hace el evangelio de Cristo. Esta es la bendición más necesaria que trae todas las demás. —Las amenazas son advertencias; lo que se nos dice que les sobrevendrá a los pecadores impenitentes, está concebido para despertarnos a estar alertas, no sea que caiga sobre nosotros. Destruye a muchos que desprecian la religión. Quienes no se maravillen y sean salvos, se asombrarán y perecerán.

Vv. 42—52. Los judíos se oponían a la doctrina que predicaban los apóstoles y, cuando no pudieron hallar qué objetar, blasfemaron a Cristo y su evangelio. Corrientemente los que empiezan por contradecir, terminan por blasfemar. Cuando los adversarios de la causa de Cristo son osados, sus abogados deben ser aun más atrevidos. Mientras muchos no se juzgan dignos de la vida eterna, otros que parecen menos probables, desean oír más de la buena nueva de la salvación. —Esto es conforme a lo que fue anunciado en el Antiguo Testamento. ¡Qué luz, qué poder, qué tesoro trae consigo este evangelio! ¡Cuán excelentes son sus verdades, sus preceptos, sus promesas! Vinieron a Cristo aquellos a quienes trajo el Padre, y a quienes el Espíritu hizo el llamamiento eficaz, Romanos viii, 30. Todos los que estaban ordenados para la vida eterna, todos los que estaban preocupados por su estado eterno y querían asegurarse la vida eterna, todos ellos creyeron en Cristo, en quien Dios había guardado la vida, y es el único Camino a ella; y fue la gracia de Dios que la obró en ellos. — Bueno es ver que mujeres devotas nobles; mientras menos tengan que hacer en el mundo, más deben hacer por sus propias almas, y las almas del prójimo, pero entristece que ellas traten de mostrar odio a Cristo bajo el matiz de la devoción a Dios. Mientras más nos deleitemos con las consolaciones y exhortaciones que hallamos en el poder de la santidad, y mientras más llenos estén nuestros corazones con ellos, mejor preparados estamos para enfrentar las dificultades de la profesión de santidad.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—7. *Pablo y Bernabé en Iconio.* 8—18. *Un paralítico sanado en Listra.*—*La gente quiere hacer sacrificios para Pablo y Bernabé.* 19—28. *Pablo apedreado en Listra.*—*Nueva visita a las iglesias.*

Vv. 1—7. Los apóstoles hablaban con tanta sencillez, con tanta demostración y pruebas del Espíritu y con tal poder; tan cálidamente y con tanto interés por las almas de los hombres, que quienes les escuchaban no podían decir sino que Dios estaba de verdad con ellos. Pero el éxito no debía atribuirse a su estilo de predicar, sino al Espíritu de Dios que usaba ese medio. La perseverancia para hacer el bien en medio de peligros y dificultades es una bendita muestra de gracia. Dondequiera que sean llevados los siervos de Dios, deben tratar de decir la verdad. Cuando iban en el nombre y el poder de Cristo, Él no dejaba de dar testimonio de la palabra de su gracia. Nos asegura que es la palabra de Dios y que podemos jugar nuestras almas por ella. Los gentiles y los judíos estaban enemistados unos con otros, pero unidos contra los cristianos. Si los enemigos de la Iglesia se unen para destruirla, ¿no se unirán sus amigos para preservarla? Dios tiene un refugio para su pueblo en caso de tormenta: Él es y será su refugio. En las épocas de persecución los creyentes pueden tener motivos para irse de un lugar aunque no dejen la obra de su Maestro.

Vv. 8—18. Todas las cosas son posibles para el que cree. Cuando tenemos fe, don tan precioso de Dios, seremos librados de la falta de defensa espiritual en que nacimos, y del dominio de los hábitos pecaminosos desde que se formaron; seremos capacitados para ponernos de pie y andar jubilosos en los caminos del Señor. —Cuando Cristo, el Hijo de Dios, se manifestó en semejanza de hombres, e hizo muchos milagros, los hombres distaban tanto de hacerle sacrificio, que lo hicieron sacrificio a Él para la soberbia y maldad de ellos. Sin embargo, Pablo y Bernabé fueron tratados

como dioses por haber hecho un milagro. El mismo poder del dios de este mundo, que cierra la mente carnal contra la verdad, hace que sean fácilmente admitidos los yerros y las equivocaciones. —No leemos que hayan rasgado sus vestiduras cuando el pueblo habló de lapidarlos, sino cuando hablaron de adorarles; ellos no pudieron tolerarlo, estando más preocupados por la honra de Dios que por la propia. La verdad de Dios no necesita los servicios de la falsedad del hombre. Los siervos de Dios pueden obtener fácilmente honras indebidas si ceden a los errores y vicios de los hombres, pero deben aborrecer y detestar ese respeto más que a todo reproche. —Cuando los apóstoles predicaron a los judíos que odiaban la idolatría, sólo tuvieron que predicar la gracia de Dios en Cristo, pero cuando tuvieron que predicarle a los gentiles, debieron corregir los errores de la religión natural. Compárese la conducta y la declaración de ellos con opiniones de quienes piensan falsamente que la adoración de Dios, bajo cualquier nombre o de cualquier manera, es igualmente aceptable para el Señor Todopoderoso. —Los argumentos de mayor fuerza, los discursos más fervientes y afectuosos, hasta con milagros, apenas bastan para resguardar a los hombres de absurdos y abominaciones; mucho menos pueden, sin la gracia especial, volver los corazones de los pecadores a Dios y a la santidad.

Vv. 19—28. Nótese cuán incansable era la furia de los judíos contra el evangelio de Cristo. La gente apedreó a Pablo en un tumulto popular. Tan fuerte es la inclinación del corazón corrupto y carnal, que con suma dificultad los hombres se retienen del mal, por una parte, así como con gran facilidad son persuadidos a hacer el mal por la otra. Si Pablo hubiera sido Mercurio, hubiera podido ser adorado, pero si es ministro fiel de Cristo, será apedreado y echado de la ciudad. Así, pues, los hombres que se someten fácilmente a fuertes ilusiones, detestan recibir la verdad con amor. — Todos los que son convertidos tienen que ser confirmados en la fe; todos los que son plantados tienen que criar raíces. La obra de los ministros es establecer a los santos y despertar a los pecadores. La gracia de Dios, y nada menos, establece eficazmente las almas de los discípulos. Es cierto que podemos contar con mucha tribulación, pero es estimulante que no estamos perdidos ni pereceremos en ella. —La Persona a cuyo poder y gracia están encomendados los convertidos y las iglesias recién establecidas, era claramente el Señor Jesús, “en quien todos creyeron”. Fue un acto de adoración. —Todo el elogio de lo poco bueno que hacemos en cualquier momento, debe atribuirse a Dios, porque Él es quien no sólo obra en nosotros el querer como el hacer, sino también obra con nosotros para que alcance el éxito. Todos los que aman al Señor Jesús se regocijarán al oír que ha abierto de par en par la puerta de la fe a los que eran ajenos a Él y a su salvación. Como los apóstoles, habitemos con los que conocen y aman al Señor.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—6. *La disputa suscitada por los maestros judaizantes.* 7—21. *El concilio de Jerusalén.* 22—35. *La carta del concilio.* 36—41. *Pablo y Bernabé se separan.*

Vv. 1—6. Unos de Judea enseñaban a los gentiles convertidos de Antioquía que no podían ser salvos a menos que observaran toda la ley ceremonial, tal como fue dada por Moisés; de este modo, procuraban destruir la libertad cristiana. Tenemos una extraña tendencia a pensar que quienes no hacen como nosotros, hacen todo mal. Su doctrina era muy desalentadora. Los hombres sabios y buenos desean evitar las contiendas y los debates hasta donde puedan, pero cuando los falsos maestros se oponen a las principales verdades del evangelio o traen doctrinas nocivas, no debemos dejar de resistirles.

Vv. 7—21. De las palabras “purificando por la fe sus corazones” y del sermón de San Pedro, entendemos que no se pueden separar la justificación por la fe, y la santificación por el Espíritu Santo y que ambas son don de Dios. Tenemos mucha razón para bendecir a Dios porque oímos el evangelio. Tengamos esa fe que aprueba el gran Escudriñador de los corazones, y certifica el sello

del Espíritu Santo. Entonces, serán purificados de la culpa del pecado nuestros corazones y nuestras conciencias, y seremos liberados de las cargas que algunos tratan de echar encima de los discípulos de Cristo. —Pablo y Bernabé demostraron por hechos comprobados, que Dios reconoció la predicación del puro evangelio a los gentiles sin la ley de Moisés; por tanto, imponerles esa ley era deshacer lo que Dios había hecho. La opinión de Santiago era que los convertidos gentiles no debían ser molestados por los ritos judíos, pero debían abstenerse de carnes ofrendadas a los ídolos, para mostrar su odio por la idolatría. Además, que se les debía advertir contra la fornicación, que no era aborrecida por los gentiles como debía ser, y que hasta formaba parte de algunos de sus rituales. Se les aconsejó abstenerse de comer animales ahogados, y de comer sangre; esto era prohibido por la ley de Moisés y, también aquí, por reverencia a la sangre de los sacrificios, que siendo entonces ofrecida, iba a insultar innecesariamente a los convertidos judíos y a perjudicar más aun a los judíos inconversos. Pero como hace mucho que cesó el motivo, nosotros somos libres en esto, como en materias semejantes. Los convertidos sean precavidos para que eviten toda apariencia de los males que antes practicaban o a los que probablemente sean tentados; y adviértaseles que usen la libertad cristiana con moderación y prudencia.

Vv. 22—35. Teniendo la garantía de declararse dirigidos por el poder inmediato del Espíritu Santo, los apóstoles y los discípulos tuvieron la seguridad de que parecía bien a Dios Espíritu Santo, y a ellos, no imponer, a los convertidos, sea por propia cuenta o por las circunstancias presentes otra carga que las cosas necesarias mencionadas. —Fue un consuelo oír que ya no les serían impuestas las ordenanzas carnales, que confundían sus conciencias, sin poder purificarlas ni pacificarlas; y fueron acallados los que perturbaban sus mentes, de modo que fue restaurada la paz de la iglesia, y se suprimió lo que era amenaza de división. Todo esto fue consuelo por el cual bendijeron a Dios. —Había muchos más en Antioquía. Donde muchos trabajan en la palabra y la doctrina, puede aún haber oportunidad para nosotros: el celo y la utilidad del prójimo debe estimularnos, no adormecernos.

Vv. 36—41. Aquí tenemos una pelea en privado de dos ministros, nada menos que Pablo y Bernabé, pero hecha para terminar bien. Bernabé deseaba que su sobrino Juan Marcos fuera con ellos. Debemos sospechar que somos parciales, y cuidarnos de ello, cuando ponemos primero a nuestros parientes. Pablo no pensaba que era digno del honor ni apto para el servicio, quien se había separado de ellos sin que lo supieran o sin el consentimiento de ellos: vea capítulo xiii, 13. Ninguno cedía, por tanto, no hubo remedio sino separarse. Vemos que los mejores hombres no son sino hombres, sujetos a pasiones como nosotros. Quizá hubo faltas de ambos lados como es habitual en tales contiendas. Sólo el ejemplo de Cristo es inmaculado. Pero no tenemos que pensar que es raro que haya diferencias aun entre los hombres buenos y sabios. Será así mientras estemos en este estado imperfecto; nunca seremos todos unánimes hasta que lleguemos al cielo. ¡Sin embargo, cuánta maldad hacen en el mundo, y en la iglesia, los remanentes de orgullo y pasión que se hallan aun en los mejores hombres! Muchos de los que habitaban en Antioquía, que poco y nada habían sabido de la devoción y piedad de Pablo y Bernabé, supieron de su disputa y separación; así nos ocurrirá si cedemos a la discordia. Los creyentes deben orar constantemente que nunca sean guiados a dañar la causa que realmente desean servir por los vestigios del temperamento impío. Pablo habla con estima y afecto de Bernabé y Marcos, en sus epístolas escritas después de este suceso. Todos los que profesan tu nombre, oh amante Salvador, sean completamente reconciliados por ese amor derivado de ti, que no se deja provocar con facilidad y que olvida pronto y entierra las injurias.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—5. *Pablo lleva a Timoteo para que sea su asistente.* 6—15. *Pablo pasa a Macedonia. —La conversión de Lidia.* 16—24. *Expulsado un espíritu inmundo.—Pablo y Silas son azotados y encarcelados.* 25—34. *La conversión del carcelero de Filipos.* 35—40. *Pablo y Silas son*

liberados.

Vv. 1—5. La Iglesia bien puede esperar mucho servicio de ministros jóvenes que tengan el mismo espíritu que Timoteo. Sin embargo, cuando los hombres no se sujetan en nada ni se obligan a nada, parece que faltaran los principales elementos del carácter cristiano; y hay mucha razón para creer que no enseñarán con éxito las doctrinas y los preceptos del evangelio. Siendo el designio del decreto dejar de lado la ley ceremonial, y sus ordenanzas en la carne, los creyentes fueron confirmados en la fe cristiana porque estableció una forma espiritual de servir a Dios, adecuada para la naturaleza de Dios y del hombre. Así, la Iglesia crecía diariamente en número.

Vv. 6—15. El itinerario de los ministros y su labor en la dispensación de los medios de gracia están sometidos particularmente a la conducción y dirección divina. Debemos seguir la providencia y cualquier cosa que procuremos hacer, si no nos permite, debemos someternos y creer que es para mejor. —La gente necesita mucha ayuda para sus almas y es su deber buscarla e invitar de entre los ministros a los que puedan ayudarles. Los llamados de Dios deben cumplirse con presteza. —Los adoradores de Dios deben tener, si es posible, una asamblea solemne en el día de reposo. Si no tenemos sinagoga debemos agradecer los lugares más privados y recurrir a ellos sin abandonar las reuniones según sean nuestras oportunidades. —Entre los oyentes de Pablo había una mujer de nombre Lidia. Tenía un trabajo honesto que el historiador registra para elogio de ella. Aunque tenía que desempeñar ese trabajo, hallaba tiempo para aprovechar las ventajas para su alma. No nos disculpará de los deberes religiosos decir, tenemos un negocio que administrar, porque ¿no tenemos también un Dios que servir, y almas que cuidar? La religión no nos saca *de* nuestros negocios en el mundo, pero nos dirige *en* ellos. El orgullo, el prejuicio y el pecado dejan fuera las verdades de Dios hasta que su gracia les hace camino en el entendimiento y los afectos; solo el Señor te puede abrir el corazón para que recibas y creas su palabra. Debemos creer en Jesucristo; no hay acceso a Dios como Padre sino por el Hijo como Mediador.

Vv. 16—24. Aunque es el padre de las mentiras Satanás, declara las verdades más importantes cuando por ellas puede servir sus propósitos. Mucha maldad hacen a los siervos verdaderos de Cristo los impíos y falsos predicadores del evangelio, que son confundidos con aquellos por los observadores indiferentes. Quienes hacen el bien sacando del pecado a los hombres, pueden esperar ser insultados como alborotadores de la ciudad. Mientras enseñen a los hombres a temer a Dios, a creer en Cristo, a abandonar el pecado y llevar vidas santas, serán acusados de enseñar malas costumbres.

Vv. 25—34. No son pocos ni pequeños los consuelos de Dios para sus siervos que sufren. ¡Cuánto más felices son los cristianos verdaderos que sus prósperos enemigos! Desde lo profundo y desde las tinieblas debemos clamar a Dios. No hay lugar, no hay tiempo que sean malos para orar si el corazón va a ser elevado a Dios. Ningún problema, por penoso que sea, debe impedirnos alabar. Se demuestra que el cristianismo es de Dios en que nos obliga a ser rectos con nuestra vida. — Pablo gritó fuerte para que el carcelero escuchara, y hacerle obedecer, diciendo: No te hagas daño. Todas las advertencias de la palabra de Dios contra el pecado y todas sus apariencias, y todas sus aproximaciones, tienen esta tendencia. Hombre, mujer, no te hagas daño; no te hieras, porque nadie más puede herirte; no peques, porque nada puede herirte sino eso. Aun con referencia al cuerpo se nos advierte contra los pecados que lo dañan. La gracia que convierte cambia el lenguaje de la gente al de la buena gente y de los buenos ministros. —¡Qué grave es la pregunta del carcelero! Su salvación se convierte en su gran interés; lo que yace más cerca de su corazón es lo que antes distaba más de sus pensamientos. Está preocupado por su alma preciosa. Los que están enteramente convencidos de su pecado y verdaderamente interesados en su salvación, se entregarán a Cristo. Aquí está el resumen de todo el evangelio, el pacto de gracia en pocas palabras: Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa. —El Señor bendijo tanto la palabra que el carcelero fue de inmediato ablandado y humillado. Los trató con bondad y compasión, y al profesar fe en Cristo fue bautizado en ese nombre, con su familia. El Espíritu de gracia obró una fe tan fuerte en ellos, que dispuso toda duda ulterior; y Pablo y Silas supieron por el Espíritu, que Dios había hecho una obra en

ellos. Cuando los pecadores así se convierten, amarán y honrarán a los que antes despreciaban y odiaban, y procurarán aminorar los sufrimientos que antes deseaban acrecentar. Cuando los frutos de la fe empiezan a aparecer, los terrores serán sustituidos por la confianza y el gozo en Dios.

Vv. 35—40. Aunque Pablo estaba dispuesto a sufrir por la causa de Cristo, y sin ningún deseo de vengarse, prefirió no partir llevando la acusación equivocada de haber merecido un castigo, por tanto, pidió ser despedido de manera honorable. No fue una mera cuestión de honor en que el apóstol insistió, sino de justicia, y no para él tanto como para su causa. Cuando se da la disculpa apropiada, los cristianos nunca deben expresar enojo personal ni insistir estrictamente en las reparaciones personales. El Señor los hará más que vencedores en todo conflicto; en lugar de ser aplastados por sus sufrimientos, ellos se volverán consoladores de sus hermanos.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—9. *Pablo en Tesalónica.* 10—15. *La noble conducta de los bereanos.* 16—21. *Pablo en Atenas.* 22—31. *Predica ahí.* 32—34. *La conducta burlona de los atenienses.*

Vv. 1—9. La tendencia y el ámbito de la predicación y argumentos de Pablo eran probar que Jesús es el Cristo. Él debía sufrir por nosotros, porque no puede adquirir de otro modo la redención *por* nosotros, y debía resucitar, porque de otro modo no puede aplicarnos la redención *a* nosotros. Tenemos que predicar de Jesús que Él es el Cristo; por tanto, podemos esperar ser salvados por Él y estamos ligados a ser mandados por Él. Los judíos incrédulos estaban enojados, porque los apóstoles predicaban a los gentiles y éstos podían ser salvos. ¡Qué raro es que los hombres envidien de otros el privilegio que ellos mismos no aceptan! Tampoco debieran perturbarse los gobernantes ni el pueblo por el aumento de los cristianos verdaderos, aunque los espíritus alborotadores harán de la religión un pretexto para las malas intenciones. De los tales tenemos que cuidarnos, porque de ellos debemos distanciarnos para demostrar el deseo de actuar rectamente en la sociedad, mientras reclamamos nuestro derecho de adorar a Dios según nuestra conciencia.

Vv. 10—15. Los judíos de Berea se aplicaron seriamente al estudio de la palabra predicada a ellos. No sólo oían predicar a Pablo el día de reposo; diariamente escudriñaban las Escrituras, y comparaban lo que leían con los hechos que les eran relatados. La doctrina de Cristo no teme la investigación; los abogados de su causa no desean más que la gente examine completa y equitativamente si las cosas son o no así. Son verdaderamente nobles, y probablemente lo sean más y más, los que hacen de las Escrituras su regla, y las consultan regularmente. Ojalá todos los oyentes del evangelio lleguen a ser como los de Berea, recibiendo la palabra con agilidad mental e investigando diariamente las Escrituras, si las cosas que se les son predicadas, son así.

Vv. 16—21. En aquel entonces Atenas era famosa por su refinada erudición, su filosofía y las bellas artes; pero nadie es más infantil y supersticioso, más impío o más crédulo que algunas personas, consideradas eminentes por su saber y habilidad. Estaba totalmente entregada a la idolatría. —El abogado celoso de la causa de Cristo está dispuesto a alegar en su favor en toda clase de compañía, según se ofrezca la ocasión. La mayoría de estos hombres doctos no se fijaron en Pablo, pero algunos, cuyos principios eran los que más directamente contrariaban al cristianismo, hicieron comentarios sobre él. El apóstol siempre trataba dos puntos que, indudablemente, son las doctrinas principales del cristianismo: Cristo y el estado futuro. Cristo, nuestro camino y el cielo, nuestro destino final. Ellos consideraron esto como muy diferente del conocimiento enseñado y profesado en Atenas por muchos siglos; desearon saber más al respecto, pero sólo porque era novedoso y raro. Lo llevaron al lugar donde estaban los jueces que indagaban en estas materias. Preguntaron sobre la doctrina de Pablo, no porque fuera buena, sino porque era nueva. Los grandes conversadores siempre son curiosos. Los que así pasan el tiempo en nada más, tienen una cuenta

muy desagradable que rendir por el tiempo que de esa forma desperdiciaron. El tiempo es precioso y tenemos que emplearlo bien porque la eternidad depende de ello, pero mucho se despilfarra en conversaciones que no aprovechan.

Vv. 22—31. Aquí tenemos un sermón para los paganos que adoraban dioses falsos y estaban en el mundo sin el Dios verdadero; y para ellos el alcance de este discurso era diferente del que el apóstol predicaba a los judíos. En este último caso, su tarea era guiar a sus oyentes por profecías y milagros al conocimiento del Redentor y la fe en Él; en el anterior, era llevarlos a conocer al Creador por las obras comunes de la providencia, y que le adoraran. —El apóstol se refirió a un altar que había visto, el cual tenía la inscripción: “Al Dios no conocido”. Este hecho está atestiguado por muchos escritores. Después de multiplicar al máximo a sus ídolos, algunas personas de Atenas pensaron que había otro dios, del cual nada sabían. ¿Y ahora no hay muchos que se dicen cristianos que son celosos en sus devociones, aunque el gran objeto de su adoración es para ellos un Dios no conocido? —Nótese las cosas gloriosas que dice Pablo aquí de ese Dios al que servía, y deseaba que ellos sirvieran. El Señor había tolerado por mucho tiempo la idolatría, pero ahora estaban llegando a su fin los tiempos de esta ignorancia, y por sus siervos ahora manda a todos los hombres de todas partes que se arrepientan de su idolatría. Toda la secta de los hombres doctos debió sentirse sumamente afectada por el discurso del apóstol, que tendía a demostrar el vacío o la falsedad de sus doctrinas.

Vv. 32—34. El apóstol fue tratado con más civismo externo en Atenas que en otras partes, pero nadie despreció más su doctrina o la trató con más indiferencia. El tema que más merece la atención, entre todos, es al que menos se atiende. Los que se burlan, tendrán que sufrir las consecuencias, porque la palabra nunca volverá vacía. Se hallará que algunos se aferran al Señor y escuchan a sus siervos fieles. —Considerar el juicio venidero, y a Cristo como nuestro Juez, debiera instar a todos a arrepentirse del pecado y volverse a Él. Cualquiera sea el tema tratado, todos los discursos deben llevar a Él, y mostrar su autoridad: nuestra salvación y resurrección vienen de y por Él.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—6. *Pablo en Corinto, con Aquila y Priscila.* 7—11. *Sigue predicando en Corinto.* 12—17. *Pablo ante Galión.* 18—23. *Visita Jerusalén.* 24—28. *Apolos enseña en Efeso y Acaya.*

Vv. 1—6. Aunque tenía derecho a ser sustentado por las iglesias que plantó, y por las personas a quienes predicaba, Pablo trabajaba en su oficio. Nadie debe mirar con desprecio el oficio honesto, por el cual un hombre puede obtener su pan. Aunque les daban fortuna o conocimientos, los judíos tenían por costumbre hacer que sus hijos aprendieran un oficio. Pablo tuvo cuidado de evitar prejuicios, hasta los más irracionales. El amor de Cristo es el vínculo perfecto de los santos; y la comunión de los santos entre sí, endulza el trabajo, el desprecio y hasta la persecución. —La mayoría de los judíos persistieron en contradecir el evangelio de Cristo y blasfemaron. Ellos mismos no creían y hacían todo lo que podían para impedir que otros creyeran. Pablo los dejó aquí. No renunció a su obra, porque aunque Israel no fuera reunido, Cristo y su evangelio son gloriosos. Los judíos no pueden quejarse, porque tuvieron la primera oferta. Cuando alguien se resiste al evangelio, debemos volvernos a otras personas. El pesar porque muchos persistan en la incredulidad no debe impedir la gratitud por la conversión de algunos a Cristo.

Vv. 7—11. El Señor conoce a los que son Suyos, sí, y a quienes lo serán, porque por su obra en ellos es que llegan a ser suyos. No nos desesperemos acerca de algún lugar, porque Cristo tenía a muchos aun en la malvada Corinto. Reunirá su rebaño escogido desde los lugares donde estén esparcidos. Así animado, el apóstol continuó en Corinto y creció una iglesia numerosa y floreciente.

Vv. 12—17. Pablo estaba por demostrar que él no enseñaba a los hombres que adorar a Dios era contrario a la ley, pero el juez no permitió que los judíos se quejaran ante él de lo que no estaba dentro de su oficio. Era correcto que Galión dejara a los judíos librados a sí mismos en materias relacionadas con su religión, pero no debió permitir que persiguieran a otros bajo ese pretexto. Pero era malo que hablara con ligereza de una ley y religión que podría haber sabido que eran de Dios, y con las cuales debiera haberse familiarizado. En qué manera tiene que adorarse a Dios, si Jesús es el Mesías, y si el evangelio es revelación divina, no son cuestiones de palabras y de nombres; son cuestiones de tremenda importancia. Galión habla como si se jactara de su ignorancia de las Escrituras, como si la ley de Dios no fuera digna de que él la tomara en cuenta. —Galión no se interesó en ninguna de esas cosas. Si no se interesaba en las afrentas a los hombres malos, eso era encomiable, pero si no se interesaba en los abusos cometidos con los hombres buenos, su indiferencia era exagerada. Los que ven y oyen los sufrimientos del pueblo de Dios, y no sienten nada por ellos o no se interesan en ellos, o no los compadecen ni oran por ellos, son del mismo espíritu que Galión, que no se interesaba por ninguna de esas cosas.

Vv. 18—23. Mientras Pablo hallaba que su trabajo no era en vano, seguía laborando. Nuestros tiempos están en la mano de Dios; nosotros proponemos, pero Él dispone; por tanto, debemos prometer en sujeción a la voluntad de Dios; no sólo si la providencia lo permite, sino si Dios no dirige nuestros movimientos de otro modo. —Un refrigerio muy grato para el ministro fiel es tener la compañía de sus hermanos por un tiempo. —Los discípulos están cercados por la enfermedad; los ministros deben hacer lo que puedan por fortalecerlos, dirigiéndolos a Cristo que es la Fuerza de ellos. Procuremos fervorosamente en nuestros diversos puestos, el procurar el avance de la causa de Cristo, haciendo los planes que nos parezcan los más apropiados, pero confiando en que el Señor hará que se concreten según le parezca bien.

Vv. 24—28. Apolos enseñaba el evangelio de Cristo hasta donde el ministerio de Juan lo había dejado, y no más allá. No podemos dejar de pensar que sabía de la muerte y resurrección de Cristo, pero no estaba informado acerca de su misterio. Aunque no tenía los dones milagrosos del Espíritu, como los apóstoles, usaba los dones que tenía. La dispensación del Espíritu, cualquiera sea su medida, es dada a cada hombre para provecho entero. Era un predicador vivaz y afectuoso, de espíritu ferviente. Estaba lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de almas preciosas. Aquí había un hombre de Dios completo, cabalmente dotado para la obra. —Aquila y Priscila animaron su ministerio y lo asistieron. No despreciaron a Apolos ni lo valoraron en poco ante otros, pero consideraron las desventajas bajo las cuales trabajaba. Habiendo ellos mismos obtenido conocimiento de las verdades del evangelio por su larga relación con Pablo, le dijeron lo que sabían. Los estudiantes jóvenes pueden ganar mucho conversando con cristianos viejos. —Los que creen por medio de la gracia siguen necesitando ayuda. En la medida que estén en este mundo habrá vestigios de incredulidad y algo que falta en su fe para ser perfeccionada y para completar el trabajo de la fe. —Si los judíos se hubieran convencido que Jesús es el Cristo, hasta su propia ley les hubiera enseñado a oírle. El trabajo de los ministros es predicar a Cristo. No sólo predicar la verdad, sino probarla y defenderla, con mansedumbre, aunque con poder.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—7. *Pablo instruye a los discípulos de Juan en Éfeso.* 8—12. *Enseña ahí.* 13—20. *Los exorcistas judíos caen en desgracia.* 21—31. *El tumulto en Éfeso.* 32—41. *El tumulto apaciguado.*

Vv. 1—7. Pablo halló en Éfeso a algunas personas religiosas que consideraban a Jesús como el Mesías. No habían sido llevados a esperar los poderes milagrosos del Espíritu Santo, ni les habían informado que el evangelio era, especialmente, la ministración del Espíritu. Sin embargo, parecían

dispuestos para recibir bien esa noticia. Pablo les demuestra que Juan nunca pretendió que los que bautizaba, se quedaran hasta ahí, pero, les decía que debían creer en Aquel que vendría después de Él, esto es, en Cristo Jesús. Ellos aceptaron, agradecidos, esa revelación y fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. —El Espíritu Santo descendió a ellos de modo sorprendente y sobrecogedor: hablaron en lenguas y profetizaron, como hacían los apóstoles y los primeros convertidos gentiles. Aunque ahora no esperamos poderes milagrosos, todos los que profesan ser discípulos de Cristo deben ser llamados a que examinen si han recibido el sello del Espíritu Santo con sus influencias santificadoras, para la sinceridad de su fe. Muchos no parecen haber escuchado que hay un Espíritu Santo, y muchos consideran que es una ilusión todo lo que se dice de su gracia y sus consolaciones. De los tales puede preguntarse con propiedad: “¿En qué, pues, fuisteis bautizados?” Porque, evidentemente, desconocen el significado de este signo externo del que dependen tanto.

Vv. 8—12. Cuando las discusiones y las persuasiones sólo endurecen a los hombres en la incredulidad y la blasfemia, debemos separarnos, nosotros y otros, de esa impía compañía. Agradó a Dios confirmar la enseñanza de estos santos varones de antaño para que si sus oyentes no les creían a ellos, pudieran creer por sus obras.

Vv. 13—20. Era corriente, en especial entre los judíos, que las personas trataran de expulsar espíritus malignos. Si resistimos al diablo por fe en Cristo, él huirá de nosotros, pero si pensamos en resistirle usando el nombre de Cristo, o sus obras como conjuro o encantamiento, Satanás nos vencerá. Donde haya verdadera contrición del pecado, habrá una libre confesión de pecado a Dios en toda oración; y confesión a la persona que hayamos ofendido, cuando el caso así lo requiera. Si la palabra de Dios ha prevalecido entre nosotros, con toda seguridad que muchos libros licenciosos, infieles y malos serán quemados por sus dueños. ¿Estos convertidos de Éfeso no se levantarán en juicio contra los profesantes que trafican con tales obras por amor a una ganancia o que se permiten tener tales libros? Si deseamos ser honestos en la gran obra de la salvación, debemos renunciar a toda empresa y deseo que estorbe el efecto del evangelio en la mente o que afloje su dominio en el corazón.

Vv. 21—31. La gente que venía desde lejos a rendir culto en el templo de Éfeso, compraba pequeños santuarios de plata o modelos del templo, para llevárselos a casa. Nótese aquí cómo los artesanos se aprovechan de la superstición de la gente, y sirven sus propósitos mundanos con ello. Los hombres son celosos de aquello por lo cual obtienen sus riquezas, y muchos se ponen en contra del evangelio de Cristo porque saca a los hombres de todas las malas artes, por mucha que sea la ganancia que obtengan con ellas. Hay personas que defienden lo que es más groseramente absurdo, irracional y falso con que sólo tenga de su lado el interés mundano, como en este caso en que aquellos eran dioses hechos con sus propias manos. Toda la ciudad estaba llena de confusión, que es el efecto común y natural del celo por la religión falsa. —El celo por el honor de Cristo, y el amor por los hermanos, exhorta a los creyentes celosos a correr peligros. A menudo surgen amigos de entre aquellos que son ajenos a la verdadera religión, pero que han visto la conducta honesta y coherente de los cristianos.

Vv. 32—41. Los judíos pasaron adelante en este tumulto. Los que así se preocupan de distinguirse de los siervos de Cristo ahora, temiendo ser confundidos con ellos, tendrán su correspondiente condena en el gran día. Uno que tenía autoridad acalló, por fin, el barullo. Muy buena regla en todo tiempo, tanto para los asuntos públicos como privados, es no apresurarse a actuar, sino tomarse tiempo para pensar y mantener siempre controladas nuestras pasiones. Debemos conservar la serenidad y no hacer nada con aspereza, ni precipitación de lo que tengamos que arrepentirnos después. Los métodos habituales de la ley siempre deben detener los tumultos populares, cosa que será así en las naciones bien gobernadas. La mayoría de la gente se maravilla ante los juicios de los hombres más que del juicio de Dios. ¡Qué bueno sería si acalláramos de este modo nuestras pasiones y apetitos desordenados, considerando la cuenta que debemos rendir dentro de poco al Juez de cielo y tierra! Nótese cómo mantiene la paz pública la providencia suprema de Dios, por un poder inexplicable sobre los espíritus de los hombres. Así se mantiene al mundo con

cierto orden y se frena a los hombres para que no se coman unos a otros. Apenas miramos a nuestro alrededor sin ver hombres que se comportan como Demetrio y los artífices. Contender con bestias salvajes es tan seguro como con los hombres enfurecidos por el celo partidario y la codicia desencantada, que piensan que todos los argumentos quedan sin respuesta, cuando han mostrado que ellos se enriquecen por medio de las prácticas a las cuales surgió oposición. Cualquiera sea el bando que este espíritu adopte en las disputas religiosas, o cualquiera sea el nombre que tome, es tan mundano que debe ser repudiado por todos los que guardan la verdad y la piedad. No desfallezcamos: el Señor de lo alto es más poderoso que el ruido de muchas aguas; Él puede aquietar la furia de la gente.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—6. *Los viajes de Pablo.* 7—12. *Eutico es restaurado a la vida.* 13—16. *Pablo viaja a través de Jerusalén.* 17—27. *El sermón de Pablo a los ancianos de Éfeso.* 28—38. *La despedida de ellos.*

Vv. 1—6. Los tumultos o la resistencia pueden constreñir al cristiano para irse de su lugar de trabajo o cambiar su propósito, pero su obra y su placer serán los mismos dondequiera que vaya. Pablo pensó que valía la pena emplear cinco días para ir a Troas, aunque tuvo que estar siete días, pero sabía, y así debiéramos nosotros, redimir aun el tiempo de viaje haciendo que se volviera en algo provechoso.

Vv. 7—12. Aunque los discípulos leían, y meditaban, oraban y cantaban a solas, y así mantenían su comunión con Dios, de todos modos se reunían para adorar a Dios y así mantener la comunión de unos con otros. Se reunían en el primer día de la semana, el día del Señor. Debe ser observado religiosamente por todos los discípulos de Cristo. Al partir el pan se conmemora no sólo el cuerpo de Cristo partido por nosotros, para ser sacrificio por nuestros pecados; representa al cuerpo de Cristo partido para nosotros como alimento y fiesta para nuestras almas. En los primeros tiempos se acostumbraba a recibir la cena del Señor cada día del Señor, celebrando así la memoria de la muerte de Cristo. —Pablo predicó en esta asamblea. La predicación del evangelio debe ir unida a los sacramentos. Ellos estaban dispuestos a oír, él vio que era así, y alargó su sermón hasta la medianoche. —Dormirse cuando se escucha la palabra es mala señal, señal de poca estima de la palabra de Dios. Debemos hacer lo que podamos para no dormirnos; no dormirnos sino lograr que nuestro corazón sea afectado por la palabra que oímos de forma que echemos lejos el sueño. La enfermedad requiere ternura, pero el desprecio merece severidad. Interrumpió la predicación del apóstol, pero para confirmar su predicación. —Eutico fue devuelto a la vida. Como no sabían cuando tendrían nuevamente la compañía de Pablo, la aprovecharon lo mejor que pudieron y reconocieron que perder una noche de sueño era bueno para tal propósito. ¡Con cuánta rareza se pierden horas de reposo con el propósito de la devoción, pero con cuánta frecuencia se hace por la mera diversión o jolgorio pecaminoso! ¡Tanto cuesta que la vida espiritual florezca en el corazón del hombre y tan natural es que allí florezcan las costumbres carnales!

Vv. 13—16. Pablo se apresuró a partir hacia Jerusalén, pero trató de hacer el bien en el camino, cuando iba de lugar en lugar, como debe hacer todo hombre bueno. Muy a menudo debemos contrariar nuestra voluntad y la de nuestros amigos al hacer la obra de Dios; no debemos perder tiempo con ellos cuando el deber nos llama a otro lado.

Vv. 17—27. Los ancianos sabían que Pablo no era hombre interesado en sí mismo ni manipulador. Los que sirven al Señor en algún oficio en forma aceptable y provechosa para el prójimo, deben hacerlo con humildad. Él era un predicador *simple*, uno que decía el mensaje para que se entendiera. Él era un predicador *poderoso*, predicaba el evangelio como testimonio a ellos si

lo recibían, pero como testimonio *contra* ellos si lo rechazaban. Era un predicador de *provecho*, que tenía la mira de informar sus juicios y reformar sus corazones y vidas. Era un predicador *sufrido*, muy esforzado en su obra. Era un predicador *fiel*, que no se reservaba los reproches cuando eran necesarios, ni dejaba de predicar la cruz. Era un predicador verdaderamente *cristiano evangélico*, no predicaba de temas o nociones dudosas, ni de los asuntos de estado o el gobierno civil; predicaba la fe y el arrepentimiento. No puede darse un mejor resumen de estas cosas sin las cuales no hay salvación: el arrepentimiento para con Dios, y la fe en nuestro Señor Jesucristo, con sus frutos y efectos. Ningún pecador puede escapar sin ellos, y nadie quedará fuera de la vida eterna con estos. Que no se piense que Pablo se fue de Asia por miedo a la persecución; él estaba esperando problemas, pero resolvió seguir adelante bien seguro de que era por mandato divino. Gracias a Dios que no sabemos las cosas que nos sucederán durante el año, la semana, o el día que ha empezado. Para el hijo de Dios basta con saber que su fuerza será igual a su día. No sabe ni quiere saber qué le traerá el día por delante. Las influencias poderosas del Espíritu Santo enlazan al cristiano verdadero con su deber. Aunque espere persecución y aflicción, el amor de Cristo le constriñe a seguir. Ninguna de estas cosas sacó a Pablo de su tarea; no le privaron de su consuelo. La actividad de nuestra vida es proveer para una muerte gozosa. —Creyendo que esta era la última vez que le verían, él apela de su integridad. Les había predicado todo el consejo de Dios. Al predicarles puramente el evangelio, se los había predicado, así, completo; él hizo fielmente su obra ya fuera que los hombres lo soportaran o lo rechazaran.

Vv. 28—38. Si el Espíritu Santo ha hecho ministros supervisores del rebaño, esto es, pastores, ellos deben ser leales a su cometido. Que consideren el interés de su Maestro por el rebaño encargado a su cuidado: es la Iglesia que Él compró con su sangre. La sangre era la suya en cuanto Hombre; tan íntima es la unión de la naturaleza divina y la humana que aquí es llamada sangre de Dios, porque era la sangre de Aquel que es Dios. Eso le confiere tal valor y dignidad como para rescatar a los creyentes de todo mal y adquirir todo lo bueno. Pablo habló de sus almas con afecto y preocupación. —Estaban muy preocupados por lo que sería de ellos. Pablo los guía a mirar a Dios con fe, y los encomienda a la palabra de la gracia de Dios, no sólo como fundamento de su esperanza y su fuente de gozo, sino como la regla de su andar. Los cristianos más maduros son capaces de crecer y hallarán que la palabra de gracia ayuda a su crecimiento. Como los que no están santificados no pueden ser huéspedes bienvenidos para el santo Dios, así el cielo no será cielo para ellos, pero está asegurado para todos los que nazcan de nuevo, y en quienes se ha renovado la imagen de Dios, puesto que el poder omnipotente y la verdad eterna así lo hacen. Él se pone a sí mismo como ejemplo para ellos de no preocuparse por las cosas de este mundo actual; hallarán que esto les ayudara para un paso cómodo a través de él. Podría parecer un dicho duro; por lo que Pablo agrega un dicho de su Maestro, que desea que siempre recuerden: “Más bienaventurado es dar que recibir”, parece que eran palabras usadas a menudo con sus discípulos. La opinión de los hijos de este mundo es contraria a esto; ellos temen dar a menos que esperen recibir. La ganancia clara es para ellos la cosa más bendita que pueda haber; pero Cristo nos dice qué es más bienaventurado, más excelente. Nos hace más como Dios, que da a todos y recibe de nadie; y al Señor Jesús que andaba haciendo el bien. Que también esté en nosotros el sentir que había en Cristo Jesús. — Cuando los amigos se separan es bueno que se separen orando. Los que exhortan y oran, los unos por los otros, pueden tener muchas temporadas de llanto y separaciones dolorosas, pero se reunirán ante el trono de Dios para nunca más separarse. Para todos fue consuelo que la presencia de Cristo fuera con él y se quedara con ellos.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—7. *El viaje de Pablo a Jerusalén.* 8—18. *Pablo en Cesarea. La profecía de Agabo.*—*Pablo en Jerusalén.* 19—26. *Convencido para cumplir con las ceremonias.* 27—40. *Peligrando*

a causa de los judíos, es rescatado por los romanos.

Vv. 1—7. Debemos reconocer la providencia cuando nos salen bien las cosas. Dondequiera que fuera Pablo, preguntaba cuántos discípulos había ahí y los buscaba. Previendo sus problemas, por amor a él, y preocupación por la iglesia, ellos pensaron, equivocadamente, que sería más para la gloria de Dios que siguiera libre, pero su celo para disuadirlo volvió más ilustre su santa resolución. El nos ha enseñado con el ejemplo y por la regla, a orar sin cesar. El último adiós de ellos fue endulzado con oración.

Vv. 8—18. Pablo había sido expresamente advertido de sus problemas para que, cuando llegaran, no fueran sorpresa ni terror para él. Debemos darle el mismo uso a la noticia general que se nos da de que debemos entrar al reino de Dios a través de mucha tribulación. El llanto de ellos empezó a debilitar y desanimar la resolución de ellos. ¿No nos dijo nuestro Maestro que tomemos nuestra cruz? Para él fue un problema que ellos lo presionaran con tanta insistencia para hacer aquello con que no podía satisfacerlos sin dañar su propia conciencia. Cuando vemos que se acercan problemas no sólo nos corresponde decir, *debe* cumplirse la voluntad del Señor, y no hay más remedio, sino *que* se cumpla la voluntad del Señor, porque su voluntad es su sabiduría y Él hace todo conforme a su consejo. Debe apaciguar nuestro pesar que *se cumple* la voluntad del Señor cuando llega un problema; debe silenciar nuestros temores cuando lo vemos venir que *se cumplirá* la voluntad del Señor, y debemos decir: Amén, que *se cumpla*. —Honroso es ser un discípulo viejo de Jesucristo, haber sido capacitado por la gracia de Dios para seguir por largo tiempo en el curso del deber, constante en la fe, creciendo más y más experimentado a una buena vejez. Uno debiera optar por habitar con estos discípulos viejos, porque la multitud de sus años enseñará sabiduría. — Muchos hermanos de Jerusalén recibieron alegremente a Pablo. Pensamos que, quizá si lo tuviéramos con nosotros, lo recibiríamos con gozo, pero no lo haríamos si, teniendo su doctrina, no la recibimos con gozo.

Vv. 19—26. Pablo atribuye todo su éxito a Dios y a Dios da la alabanza. Dios le había honrado más que a ninguno de los apóstoles, aunque ellos no lo envidiaban, pero por el contrario, glorificaban al Señor. Ellos no podían hacer más que exhortar a Pablo para que siguiera alegremente en su obra. Santiago y los ancianos de la iglesia de Jerusalén, le pidieron a Pablo que satisficiera a los judíos creyentes con el cumplimiento de algún requisito de la ley ceremonial. Ellos pensaron que era prudente que se conformara hasta ese punto. Fue una gran debilidad querer tanto la sombra cuando había llegado la sustancia. —La religión que Pablo predicaba no tendía a destruir la ley, sino a cumplirla. Él predicaba a Cristo, el fin de la ley por la justicia, el arrepentimiento y la fe, con que tenemos que usar mucho la ley. La debilidad y la maldad del corazón humano aparecen fuertemente cuando consideramos cuántos, siendo discípulos de Cristo, no tuvieron debida consideración hacia el ministro más eminente que haya vivido jamás. La excelencia de su carácter ni el éxito con que Dios bendijo sus labores no pudieron ganarle la estima y el afecto de ellos, que veían que él no rendía el mismo respeto que ellos a las observancias ceremoniales. ¡Cuán cuidadosos debemos ser con los prejuicios! Los apóstoles no estuvieron libres de culpa en todo lo que hicieron, y sería difícil defender a Pablo de la acusación de ceder demasiado en esta materia. Vano es tratar de conseguir el favor de los zelotes o fanáticos de un partido. Este cumplimiento de Pablo no sirvió, por lo mismo con que esperaba apaciguar a los judíos, los provocó y lo metió en problemas, pero el Dios omnisciente pasó por alto el consejo de ellos y el cumplimiento de Pablo, para servir un propósito mejor de lo que se pensaba. Era vano tratar de complacer a los hombres que no se agradarían con nada sino la destrucción del cristianismo. Es más probable que la integridad y la rectitud nos preserven más que los cumplimientos mentirosos. Esto debiera advertirnos para no presionar a los hombres para que hagan lo contrario a su propio juicio por complacernos.

Vv. 27—40. En el templo, donde Pablo debiera haber estado protegido por ser lugar seguro, fue violentamente atacado. Lo acusaron falsamente de mala doctrina y de mala costumbre contra las ceremonias mosaicas. No era nada nuevo para quienes tienen intenciones honestas y actúan conforme a la regla, que les acusen de cosas que no conocen y en las que nunca pensaron. Común

es para el sabio y bueno que la gente mala le acuse de aquello con que creyeron agradarlos. —Dios suele hacer que protejan a su pueblo los que no los quieren, sino sólo se compadecen de los que sufren y se preocupan por la paz pública. Véase aquí con qué nociones falsas y equivocadas de la gente buena y de los buenos ministros se van muchos. Pero Dios interviene oportunamente para asegurar a sus siervos contra los hombres malos e irracionales; y les da oportunidades para que hablen defendiendo el Redentor y difundiendo ampliamente su glorioso evangelio.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—11. *Pablo relata su conversión.* 12—21. *Pablo es dirigido a predicar a los gentiles.* 22—30. *La furia de los judíos.—Pablo alega que es ciudadano romano.*

Vv. 1—11. El apóstol se dirigió a la multitud enfurecida con su estilo acostumbrado de respeto y buena voluntad. Pablo relata con mucho detalle la historia de su vida anterior, comenta que su conversión fue por completo un acto de Dios. Los pecadores condenados son ennegrecidos por el poder de las tinieblas, y es ceguera perdurable, como la de los judíos incrédulos. Los pecadores en convicción de pecado son ennegrecidos, como Pablo, no por las tinieblas sino por la luz. Por un tiempo son llevados a pérdida dentro de sí mismos, pero es para que su ser sea iluminado. El simple relato de los tratos del Señor con nosotros, llevándonos de la oposición a profesar y fomentar su evangelio, si se hace con un espíritu y modo correcto, suele impresionar más que los discursos elaborados, aunque no equivalga a una prueba plena de la verdad, como se demuestra en el cambio obrado en el apóstol.

Vv. 12—21. El apóstol pasa a relatar cómo fue confirmado en el cambio que había hecho. Habiendo escogido el Señor al pecador, para que conozca su voluntad, es humillado, iluminado y llevado al conocimiento de Cristo y su bendito evangelio. Aquí se llama a Cristo el Justo, porque es Jesucristo el Justo. A los que escoge Dios para que conozcan su voluntad, deben mirar a Jesús, porque por Él nos ha dado Dios a conocer su buena voluntad. —El gran privilegio del evangelio, sellado en nosotros por el bautismo, es el perdón de pecados. Bautizaos y lavaos vuestros pecados, esto es, recibid el consuelo del perdón de vuestros pecados en y por medio de Jesucristo, recibid su justicia para ese fin, y recibid poder contra el pecado, para mortificación de vuestras corrupciones. Bautizaos, pero no os apoyéis en el signo, sino aseguraos de la cosa significada, de la eliminación de la inmundicia del pecado. El gran deber del evangelio, al cual estamos ligados por nuestro bautismo es buscar el perdón de nuestros pecados en el nombre de Cristo dependiendo de Él y de su justicia. —Dios asigna a sus trabajadores su día y lugar y es apropiado que ellos desempeñen su designación, aunque sea contraria a su voluntad. La providencia nos administra mejor que nosotros mismos; debemos encomendarnos a la dirección de Dios. Si Cristo manda a alguien, su Espíritu va con él y le concede que vea el fruto de sus labores, pero nada puede reconciliar el corazón del hombre con el evangelio fuera de la gracia especial de Dios.

Vv. 22—30. Los judíos oyeron el relato que Pablo hizo de su conversión, pero la mención de que era enviado a los gentiles era tan contraria a todos sus prejuicios nacionales que no quisieron oír más. La frenética conducta de ellos asombró al oficial romano, que supuso que Pablo debió perpetrar algún delito inmenso. —Pablo alegó su privilegio de ciudadano romano que le eximía de todos los juicios y castigos que pudieran forzarlo a confesarse culpable. Su manera de hablar demuestra claramente cuánta seguridad santa y serenidad mental disfrutaba. —Como Pablo era judío en circunstancias adversas, el oficial romano le interrogó cómo había obtenido tan valiosa distinción, pero el apóstol le dijo que había nacido libre. Valoremos la libertad en la cual nacen todos los hijos de Dios, que ninguna suma de dinero, por grande que sea, puede comprar para los que siguen sin ser regenerados. Esto puso fin de inmediato a su problema. De esta manera, a muchos se les impide hacer cosas malas por temor al hombre, cuando no se los impediría el temor

de Dios. El apóstol pregunta, sencillamente, ¿es lícito? Sabía que el Dios al cual servía le sostendría en todos los sufrimientos por amor de su nombre, pero si no era lícito, la religión del apóstol le dirigía a evitarlo si era posible. Él nunca se retrajo de una cruz que su Maestro divino le pusiera en su camino hacia delante; y nunca dio un paso fuera de ese camino por tomar una.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—5. *La defensa de Pablo ante el concilio de los judíos.* 6—11. *La defensa de Pablo.— Recibe la garantía divina de que irá a Roma.* 12—24. *Los judíos conspiran para matar a Pablo.—Lisias lo manda a Cesarea.* 25—35. *La carta de Lisias a Félix.*

Vv. 1—5. Véase aquí el carácter de un hombre honesto. Pone a Dios delante de sí y vive como delante de su vista. Toma conciencia de lo que dice y hace, se resguarda de lo malo conforme a lo mejor de su discernimiento, y se aferra a lo bueno. Es consciente de todas sus palabras y de su conducta. Los que viven así delante de Dios pueden, como Pablo, tener confianza en Dios y en el hombre. Aunque la respuesta de Pablo contenía un justo reproche y un anuncio, parece haber estado demasiado enojado por el trato que recibió al darla. A los grandes hombres se les puede hablar de sus faltas, y se puede efectuar quejas públicas de una manera apropiada, pero la ley de Dios requiere respeto por los que están en autoridad.

Vv. 6—11. Los fariseos estaban en lo correcto acerca de la fe de la iglesia judía. Los saduceos no eran amigos de la Escritura ni de la revelación divina; ellos negaban el estado futuro; no tenían la esperanza de la dicha eterna, ni temor de la miseria eterna. Cuando Pablo fue cuestionado por ser cristiano, pudo decir verazmente que había sido cuestionado por la esperanza de la resurrección de los muertos. En él fue justificable, por esta confesión de su opinión sobre este punto debatido, hacer que los fariseos cesaran de perseguirlo y llevarlos a que le protegieron de esta violencia ilícita. ¡Con cuánta facilidad puede Dios defender su propia causa! Aunque los judíos parecían estar perfectamente de acuerdo en su conspiración contra la religión, sin embargo, estaban influidos por motivos muy diferentes. No hay amistad verdadera entre los malos, y en un momento y con gran facilidad Dios puede tornar su unión en enemistad declarada. Las consolaciones divinas sostuvieron a Pablo en la mayor paz; el capitán jefe lo rescató de las manos de los hombres crueles, pero no pudo decir por qué. No debemos temer a quien esté en contra de nosotros si el Señor está con nosotros. La voluntad de Cristo es que sus siervos que son fieles siempre estén jubilosos. Podía pensar que nunca más vería a Roma, pero Dios le dice que hasta en eso él será satisfecho, puesto que desea ir allá sólo por la honra de Cristo y para hacer el bien.

Vv. 12—24. Los falsos principios religiosos adoptados por los hombres carnales nos instan a tal maldad, de la que difícilmente se supusiera que la naturaleza humana fuese capaz. Pero el Señor desbarata prontamente los planes de iniquidad mejor concertados. Pablo sabía que la providencia divina actúa por medios razonables y prudentes y que, si él descuidaba el uso de los medios en su poder, no podía esperar que la providencia de Dios obrara por cuenta suya. El que no se ayude a sí mismo conforme a sus medios y poder, no tiene razón ni revelación para asegurarse de que recibirá ayuda de Dios. Creyendo en el Señor seremos resguardados de toda mala obra, nosotros y los nuestros, y seremos guardados para su reino. Padre celestial, danos esta fe preciosa por tu Espíritu Santo por amor a Cristo.

Vv. 25—35. Dios tiene instrumentos para toda obra. Las habilidades naturales y las virtudes morales del pagano han sido frecuentemente empleadas para proteger a sus siervos perseguidos. Hasta los hombres del mundo pueden discernir entre la conducta consciente de los creyentes rectos y el celo de los falsos profesantes, aunque rechacen o no entiendan sus principios doctrinales. Todos los corazones están en la mano de Dios, y son bendecidos quienes ponen su confianza en Él y le

encomiendan sus caminos.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—9. *El discurso de Tértulo contra Pablo.* 10—21. *La defensa de Pablo ante Félix.* 22—27. *Félix tiembla ante el razonamiento de Pablo.*

Vv. 1—9. Aquí vemos la desdicha de los grandes hombres, y es una gran desgracia que le alaben sus servicios más allá de toda medida, sin que nunca se le hable fielmente de sus faltas; por eso, se endurecen y animan en el mal, como Félix. A los profetas de Dios se les acusó de ser los perturbadores de la tierra, y a nuestro Señor Jesucristo, de pervertir a la nación; las mismas acusaciones fueron formuladas contra Pablo. Las malas pasiones egoístas de los hombres les impelen adelante y las gracias y el poder del habla han sido usados frecuentemente para dirigir mal y prejuiciar a los hombres contra la verdad. ¡Cuán diferentes serán los caracteres de Félix y Pablo en el día del juicio, según son representados en el discurso de Tértulo! Que los cristianos no valoren el aplauso y ni se turben por los reproches de los hombres impíos, que presentan casi como dioses a los más viles de la raza humana, y como pestes y promotores de sedición a los excelentes de la tierra.

Vv. 10—21. Pablo da un justo relato de sí mismo que lo exonera de delito e igualmente muestra la verdadera razón de la violencia contra él. No seamos sacados de un camino bueno porque tenga mala fama. Al adorar a Dios muy consolador es considerarle como el Dios de nuestros padres, sin establecer ninguna otra regla de fe o conducta que no sean las Escrituras. Esto muestra aquí que habrá una resurrección para el juicio final. Los profetas y sus doctrinas tenían que probarse por sus frutos. —La mira de Pablo era tener una conciencia desprovista de ofensa. Su interés y finalidad era abstenerse de muchas cosas y abundar en todos los momentos en los ejercicios de la religión con Dios y con el hombre. Si nos culpan de ser más celosos en las cosas de Dios que nuestro prójimo, ¿qué contestamos? ¿Nos encogemos ante la acusación? ¡Cuántos hay en el mundo que prefieren ser acusados de cualquier debilidad, sí, hasta de maldad, y no de un sentimiento de amor, fervoroso y anhelante por el Señor Jesucristo, y de consagración a su servicio! ¿Pueden los tales pensar que los confesará cuando venga en su gloria y ante los ángeles de Dios? Si hay una visión placentera para el Dios de nuestra salvación, y una visión ante la cual se regocijan los ángeles, es contemplar a un seguidor devoto del Señor, aquí en la tierra, que reconoce que es culpable, si fuese crimen, de amar con todo su corazón, alma, mente y fuerza al Señor que murió por él. No se puede quedar callado al ver que se desprecia la palabra de Dios o escucha que se profana su nombre. Este se arriesgará, antes bien, al ridículo y al odio del mundo, antes que causar enojo a ese ser bondadoso cuyo amor es mejor que la vida.

Vv. 22—27. El apóstol razona acerca de la naturaleza y las obligaciones de la justicia, la templanza y del juicio venidero, demostrando así al juez opresor y a su amante disoluta la necesidad que tenían ellos del arrepentimiento, el perdón y la gracia del evangelio. La justicia en relación a nuestra conducta en la vida, particularmente con referencia al prójimo; la templanza, al estado y gobierno de nuestras almas con relación a Dios. El que no se ejercita en estas no tiene ni la forma ni el poder de la piedad y debe ser abrumado con la ira divina en el día de la manifestación de Dios. —La perspectiva del juicio venidero es suficiente para hacer que tiemble el corazón más recio. Félix tembló, pero eso fue todo. Muchos de los que se asombran con la palabra de Dios, no son cambiados por ella. Muchos temen las consecuencias del pecado pero continúan amándolo y practicándolo. Las demoras son peligrosas en los asuntos de nuestras almas. Félix postergó este asunto para un momento más propicio, pero no hallamos que haya llegado nunca el momento más conveniente. Considérese que es ahora el tiempo aceptable: escucha hoy la voz del Señor. Él tuvo apuro para dejar de oír la verdad. ¡Había un asunto más urgente para él que reformar su conducta o

más importante que la salvación de su alma! Los pecadores empiezan, a menudo, como un hombre que despierta de su sueño por un ruido fuerte pero pronto vuelve a hundirse en su sopor habitual. No os dejéis engañar por las apariencias *ocasionales* en nosotros mismos o en el prójimo. Por sobre todo no juguemos con la palabra de Dios. ¿Esperamos que se ablanden nuestros corazones al ir avanzando en la vida o que disminuya la influencia del mundo? ¿No corremos en este momento el peligro de perdernos para siempre? Ahora es el día de salvación; mañana puede ser demasiado tarde.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—12. *Pablo ante Festo.*—*Apela al César.* 13—27. *Festo consulta con Agripa acerca de Pablo.*

Vv. 1—12. Véase cuán incansable es la maldad. Los perseguidores consideran que es un favor especial que su maldad sea satisfecha. Predicar a Cristo, el fin de la ley, no era ofensa contra la ley. —En los tiempos de sufrimiento se prueba la prudencia y la paciencia del pueblo del Señor; ellos necesitan sabiduría. Corresponde a quienes son inocentes insistir en su inocencia. Pablo estaba dispuesto a obedecer los reglamentos de la ley y dejar que siguieran su curso. Si merecía la muerte, aceptaría el castigo, pero si ninguna de las cosas de que se le acusaba resultaba verdadera, nadie podía entregarlo a ellos, con justicia. Pablo no es liberado ni condenado. Este es un caso de los pasos lentos que da la providencia por los cuales solemos ser avergonzados de nuestras esperanzas y de nuestros temores, y se nos mantiene esperando en Dios.

Vv. 13—27. Agripa tenía el gobierno de Galilea. ¡Cuántos juicios injustos y apresurados condena la máxima romana!, versículo 16. Este pagano guiado sólo por la luz de la naturaleza, siguió exactamente la ley y las costumbres, pero ¡cuántos son los cristianos que no siguen las reglas de la verdad, la justicia y la caridad al juzgar a sus hermanos! Las cuestiones sobre la adoración de Dios, el camino de la salvación y las verdades del evangelio, pueden parecer dudosa y sin interés a los hombres mundanos y a los políticos. Véase con cuánta ligereza este romano habla de Cristo, y de la gran polémica entre judíos y cristianos. Pero se acerca el día en que Festo y todo el mundo verán que todos los intereses del imperio romano eran sólo fruslerías sin consecuencia comparados con esta cuestión de la resurrección de Cristo. Quienes tuvieron medios de instrucción y los despreciaron, serán horrorosamente convencidos de su pecado y necedad. —He aquí una noble asamblea reunida para oír las verdades del evangelio, aunque ellos sólo querían satisfacer su curiosidad asistiendo a la defensa de un prisionero. Aun ahora hay muchos que van a los lugares donde se oye la palabra de Dios con “gran pompa” y demasiado a menudo sin mejor motivo que la curiosidad. Aunque ahora los ministros no son prisioneros que deban defender sus vidas, aun así hay muchos que pretenden juzgarlos, deseosos de hacerlos ofensores por una palabra, antes que aprender de ellos la verdad y la voluntad de Dios para la salvación de sus almas. La pompa de esta comparecencia fue apagada por la gloria real del pobre prisionero en el estrado. ¡Qué era el honor del fino aspecto de ellos comparado con el de la sabiduría, y la gracia y la santidad de Pablo, su valor y su constancia para sufrir por Cristo! No es poca misericordia que Dios aclare como la luz nuestra justicia, y como el mediodía nuestro trato justo; sin que haya nada cierto cargado en nuestra contra. Dios hace que hasta los enemigos de su pueblo les hagan el bien.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—11. *La defensa de Pablo ante Agripa.* 12—23. *Su conversión y predicación a los gentiles.* 24—32. *Festo y Agripa convencidos de la inocencia de Pablo.*

Vv. 1—11. El cristianismo nos enseña a dar razón de la esperanza que hay en nosotros y, también, a honrar a quien se debe rendir honores, sin halagos ni temor al hombre. Agripa era bien versado en las Escrituras del Antiguo Testamento, por tanto, podía juzgar mejor en la polémica de que Jesús es el Mesías. Ciertamente los ministros pueden esperar, cuando predicán la fe de Cristo, que se les oiga con paciencia. Pablo confiesa que él aún adhería a todo lo bueno en que fue primeramente educado y preparado. Véase aquí cuál *era* su religión. Era un moralista, un hombre virtuoso, y no había aprendido las artes de los astutos fariseos codiciosos; a él no se podía acusar de ningún vicio franco ni de profano. Era firme en la fe. Siempre había tenido santa consideración por la antigua promesa hecha por Dios a los padres, y edificado su esperanza sobre ella. El apóstol sabía muy bien que todo eso no lo justificaba ante Dios, pero sabía que era para su reputación entre los judíos, y un argumento de que no era la clase de hombre que ellos decían que era. Aunque contaba esto como pérdida para ganar a Cristo, aún así, lo menciona cuando sirve para honrar a Cristo. —Véase aquí cuál *es* la religión de Pablo; él no tiene el celo por la ley ceremonial que tuvo en su juventud; los sacrificios y las ofrendas designadas por ella, están terminadas por el gran Sacrificio que ellas tipificaban. No hace mención de los lavados ceremoniales y piensa que el sacerdocio levítico terminó por el sacerdocio de Cristo, pero en cuanto a los principales fundamentos de su religión, sigue tan celoso como siempre. Cristo y el cielo son las dos grandes doctrinas del evangelio; que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. Estos son el tema de la promesa hecha a los antepasados. El servicio del templo o el curso continuo de los deberes religiosos, día y noche, era mantenido como profesión de fe en la promesa de la vida eterna, y como expectativa de ella. La perspectiva de la vida eterna debe comprometernos a ser diligentes y constantes en todos los ejercicios religiosos. No obstante, los saduceos odiaban a Pablo por predicar la resurrección; y los otros judíos se unieron a ellos porque él testificaba que Jesús había resucitado y que era el prometido Redentor de Israel. Muchas cosas se piensan que están más allá de la creencia, sólo porque pasan por alto la naturaleza y las perfecciones infinitas de quien las reveló, cumplió o prometió. —Pablo reconoce que mientras fue fariseo, era un enemigo enconado del cristianismo. Este era su carácter y estilo de vida al comienzo de su tiempo; y había toda clase de cosas que obstaculizaban que él fuese cristiano. Quienes han sido más estrictos en su conducta antes de la conversión, después verán que hay muchos motivos para humillarse aún por cosas que entonces pensaban que debían hacerse.

Vv. 12—23. Pablo fue hecho cristiano por el poder divino; por una revelación de Cristo a él y en él, cuando estaba en el apogeo de su carrera de pecado. Fue hecho ministro por autoridad divina: el mismo Jesús que le apareció en esa luz gloriosa, le mandó predicar el evangelio a los gentiles. El mundo que está en tinieblas debe ser iluminado; deben ser llevados a conocer las cosas que corresponden a su paz eterna los que aún las ignoran. El mundo que yace en la iniquidad debe ser santificado y reformado; no basta con que a ellos se les haya abierto los ojos, ellos deben tener renovados sus corazones; no basta con ser vueltos desde la oscuridad a la luz; deben volverse del poder de Satanás a Dios. Todos los que son convertidos del pecado a Dios, no sólo son perdonados; tienen la concesión de una rica herencia. El perdón de pecados da lugar a esto. Nadie que no sea santo puede ser feliz; y para ser santos en el cielo debemos primero ser santos en la tierra. Somos hechos santos y salvados por fe en Cristo; por la cual confiamos en Cristo como Jehová Justicia nuestra, y nos entregamos a Él como Jehová nuestro Rey; por esto recibimos la remisión de pecados, el don del Espíritu Santo, y la vida eterna. —La cruz de Cristo era una piedra de tropiezo para los judíos, y ellos estaban furiosos porque Pablo predicaba el cumplimiento de las predicciones del Antiguo Testamento. Cristo debe ser el primero que resucitara de entre los muertos; la Cabeza o el Principal. Además, los profetas anunciaron que los gentiles serían llevados a conocer a Dios por medio del Mesías; ¿y en qué podían desagradarse los judíos de esto, con justicia? Así, pues, el convertido verdadero puede dar razón de su esperanza y una buena cuenta del cambio manifiesto en él. Pero por andar por ahí y llamar a los hombres a arrepentirse y ser convertidos de esta manera,

muchísimas personas han sido culpadas y perseguidas.

Vv. 24—32. Nos corresponde, en todas las ocasiones, decir palabras de verdad y sobriedad y, entonces, no tendremos que turbarnos por las censuras injustas de los hombres. Los seguidores activos y esforzados del evangelio han sido frecuentemente despreciados por soñadores o locos, por creer tales doctrinas y tales hechos maravillosos; y por atestiguar que la misma fe y diligencia, y una experiencia como la de ellos, es necesaria para todos los hombres, cualesquiera sea su rango, para su salvación. Pero los apóstoles y los profetas, y el mismo Hijo de Dios, fueron expuestos a esta acusación; nadie tiene que conmovirse por eso cuando la gracia divina los han hechos sabios para salvación. Agripa vio que había mucha razón para el cristianismo. Su entendimiento y su juicio fueron convencidos momentáneamente, pero su corazón no fue cambiado. Su conducta y temperamento eran muy diferentes de la humildad y espiritualidad del evangelio. Muchos de los que están *casi* persuadidos de ser religiosos, no están *completamente* persuadidos; están sometidos a fuertes convicciones de su deber y de la excelencia de los caminos de Dios, aunque no procuran sus convicciones. —Pablo instaba que era interés de cada uno llegar a ser un cristiano verdadero: que hay gracia suficiente en Cristo para todos. Expresa su pleno convencimiento de la verdad del evangelio, la necesidad absoluta de fe en Cristo para salvación. La salvación de la esclavitud es lo que el evangelio de Cristo ofrece a los gentiles; a un mundo perdido. Sin embargo, es con mucha dificultad que se puede convencer a cualquier persona de que necesita la obra de gracia en su corazón, como necesaria para la conversión de los gentiles. Tengamos cuidado de la vacilación fatal de nuestra propia conducta; y acordémonos de cuánto dista el estar *casi* persuadido de ser cristiano, de serlo *por completo* como es todo creyente verdadero.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—11. *Viaje de Pablo a Roma.* 12—20. *Pablo y sus compañeros amenazados por una tempestad.* 21—29. *Recibe una garantía divina de seguridad.* 30—38. *Pablo exhorta a los que están con él.* 39—44. *El naufragio.*

Vv. 1—11. El consejo de Dios determinó, antes que lo determinara el consejo de Festo, que Pablo debía ir a Roma, porque Dios tenía allá obra para que él hiciera. Aquí se estipula el rumbo que siguieron y los lugares que tocaron. Con esto Dios estimula a los que sufren por Él a que confíen en Él; porque Él puede poner en los corazones de quienes menos se espera que se hagan sus amigos. —Los marineros deben aprovechar al máximo el viento, y de igual modo, todos nosotros en nuestro paso por el océano de este mundo. Cuando los vientos son contrarios debemos seguir adelante tan bien como podamos. —Muchos de los que no retroceden por las providencias negativas, no salen adelante por las providencias favorables. Muchos son los cristianos verdaderos que se lamentan de las preocupaciones de sus almas, que tienen mucho que hacer para mantenerse en su posición. — Todo puerto bueno no es puerto seguro. Muchos de los que muestran respeto a los buenos ministros, no siguen sus consejos. Sin embargo, el suceso convencerá a los pecadores de la vanidad de sus esperanzas y de la necedad de su conducta.

Vv. 12—20. Los que se lanzan al océano de este mundo, con un buen viento, no saben con qué tormentas pueden encontrarse, y por tanto, no deben dar por sentado que hayan logrado su propósito. No nos hagamos la expectativa de estar completamente a salvo, sino hasta que entremos al cielo. Ellos no vieron sol ni estrellas por muchos días. Así, a veces, la tristeza es el estado del pueblo de Dios en cuanto a sus asuntos espirituales: andan en tinieblas y no tienen luz. —Véase aquí qué es la riqueza del mundo: aunque codiciada como bendición, puede que llegue el momento en que sea una carga; no sólo demasiado pesada para llevarla a salvo, sino suficientemente pesada para hundir al que la tenga. Los hijos de este mundo pueden ser dispendiosos con los bienes para salvar su vida, pero son tacaños con sus bienes para las obras de piedad y caridad, y para sufrir por

Cristo. Todo hombre preferiría hacer que zozobren sus bienes antes que su vida, pero muchos prefieren más bien que zozobre la fe y la buena conciencia antes que sus bienes. El medio que usaron los marineros no resultó, pero cuando los pecadores renuncian a toda esperanza de salvarse a sí mismos, están preparados para entender la palabra de Dios y para confiar en su misericordia por medio de Jesucristo.

Vv. 21—29. Ellos no escucharon al apóstol cuando les advirtió del peligro; sin embargo, si reconocen su necedad y se arrepienten de ella, él les habla consuelo y alivio en medio del peligro. La mayoría de la gente se mete en problemas porque no saben cuando están bien; se dañan y se pierden por apuntar a la enmienda de su condición, a menudo en contra del consejo. —Obsérvese la solemne confesión que hizo Pablo de su relación con Dios. Ninguna tormenta ni tempestad puede obstaculizar el favor de Dios hacia su pueblo dado que es ayuda siempre cercana. Es consuelo para los siervos fieles de Dios en dificultades que sus vidas serán prolongadas en la medida que el Señor tenga una obra para que ellos hagan. Si Pablo se hubiera comprometido innecesariamente en mala compañía, hubiera sido justamente lanzado con ellos, pero al llamarlo Dios, aquellos son preservados con él. Ellos te son dados; no hay mayor satisfacción para un hombre bueno que saber que es una bendición pública. Él los consuela con los consuelos con que él mismo fue consolado. Dios siempre es fiel, por tanto, estén siempre contentos todos los que dependen de sus promesas. Como decir y hacer no son dos cosas para Dios, tampoco creer y disfrutar deben serlo para nosotros. La esperanza es el ancla del alma, segura y firme, que entra hasta dentro del velo. Que los que están en tinieblas espirituales se sostengan firme de esto y no piensen en zarpar de nuevo, sino en permanecer en Cristo y esperar que alborée el día y las sombras huyan.

Vv. 30—38. Dios que determinó el fin, que ellos sean salvados, determinó el medio, que fueran salvados por la ayuda de estos marineros. El deber es nuestro, los sucesos son de Dios; no confiamos en Dios, pero le tentamos cuando decimos que nos ponemos bajo su protección, si no usamos los medios apropiados para nuestra seguridad, como los que están a nuestro alcance. — ¡Pero cuán egoístas son en general los hombres que, a menudo están listos para procurar su propia seguridad por la destrucción del prójimo! Dichosos quienes tienen en su compañía a uno como Pablo, que no sólo tiene relación con el Cielo, sino que era espíritu vivificante para quienes le rodeaban. La tristeza según el mundo produce muerte, mientras el gozo en Dios es vida y paz, en las angustias y peligros más grandes. —El consuelo de las promesas de Dios puede ser nuestro sólo si dependemos con fe de Él para que cumpla su palabra en nosotros; la salvación que Él revela hay que esperarla en el uso de los medios que Él determina. Si Dios nos ha escogido para salvación, también ha determinado que la obtengamos por el arrepentimiento, la fe, la oración y la obediencia perseverante; presunción fatal es esperarla en alguna otra manera. Estímulo para la gente es encomendarse a Cristo como su Salvador cuando quienes invitan, muestran claramente que así lo hacen ellos mismos.

Vv. 39—44. El barco que había capeado la tormenta en el mar abierto, donde había espacio, se rompe en pedazos cuando está amarrado. Así, está perdido el corazón que fija en el mundo sus afectos, y se aferra a éste. Las tentaciones de Satanás lo golpean y se acaba, pero hay esperanza en tanto se mantenga por encima del mundo, aunque zarandeado con afanes y tumultos. Ellos tenían la costa a la vista, pero zozobraron en el puerto; así se nos enseña que nunca nos sintamos seguros. — Aunque hay grandes dificultades en el camino de la salvación prometida, se producirá sin falta. Sucederá no importa cuántas sean las pruebas y peligros, porque en el debido momento todos los creyentes llegarán a salvo al cielo. Señor Jesús, tú nos aseguraste que ninguno de los tuyos perecerá. Tú los llevarás a todos a salvo a la playa celestial. ¡Y cuán placentero será ese desembarco! Tú los presentarás a tu Padre, y darás a tu Espíritu Santo la plena posesión de ellos para siempre.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—10. *Pablo es bien recibido en Malta.* 11—16. *Llega a Roma.* 17—22. *Su conferencia con los judíos.* 23—31. *Pablo predica a los judíos y permanece en Roma como prisionero.*

Vv. 1—10. Dios puede hacer que los extraños sean amigos; amigos en la angustia. Quienes son despreciados por sus maneras acogedoras suelen ser más amistosos que los más educados; y la conducta de los paganos, o de las personas calificadas de bárbaros, condena a muchos en las naciones civilizadas, que profesan ser cristianas. —La gente pensó que Pablo era un asesino, y que la víbora fue enviada por la justicia divina para que fuera la vengadora de la sangre. Sabían que hay un Dios que gobierna el mundo, de modo que las cosas no acontecen por casualidad, no, ni el suceso más mínimo, sino que todo es por dirección divina; y que el mal persigue a los pecadores; que hay buenas obras que Dios recompensará, y malas obras que castigará. Además, que el asesinato es un delito horrible y que no pasará mucho tiempo sin que sea castigado. Pero pensaban que todos los malos eran castigados en esta vida. Aunque algunos son hechos ejemplos en este mundo para probar que hay un Dios y una providencia, aún muchos son dejados sin castigar para probar que hay un juicio venidero. También pensaban que era gente mala todos los que eran notablemente afligidos en esta vida. La revelación divina pone este asunto bajo la luz verdadera. Los hombres buenos suelen ser sumamente afligidos en esta vida para la prueba y el aumento de su fe y paciencia. —Fijaos en la liberación de Pablo ante el peligro. Y, así, en el poder de la gracia de Cristo, los creyentes se sacuden las tentaciones de Satanás con santa resolución. Cuando despreciamos las censuras y los reproches de los hombres, y los miramos con santo desprecio, teniendo el testimonio de nuestras conciencias, entonces, como Pablo, sacudimos a la víbora tirándola al fuego. No nos hace daño excepto si por ello nos mantenemos fuera de nuestro deber. Con eso Dios hace notable a Pablo para esa gente y, de ese modo, abrió el camino para la recepción del evangelio. El Señor levanta amigos para su pueblo en todo lugar donde los lleve, y los hace bendición para los afligidos.

Vv. 11—16. Los acontecimientos corrientes de los viajes raramente son dignos de ser narrados, pero merece mención particular el consuelo de la comunión con los santos, y la bondad mostrada por los amigos. Los cristianos de Roma estaban tan lejos de avergonzarse por Pablo, o de tener miedo de reconocerlo porque él era un prisionero, que tuvieron más cuidado en mostrarle respeto. Tuvo mucho consuelo con esto. Y, si nuestros amigos son buenos con nosotros, Dios lo ha puesto en sus corazones y debemos dar a Él la gloria. Cuando vemos, aún en el extranjero, a los que llevan el nombre de Cristo, temen a Dios y le sirven, debemos elevar nuestros corazones al cielo en acción de gracias. ¡Cuántos hombres grandes han hecho su entrada en Roma, coronados y llevados en triunfo, siendo realmente plagas para el mundo! Pero he aquí a un hombre bueno que hace su entrada en Roma encadenado como pobre cautivo, siendo para el mundo una bendición más grande que cualquier otro humano. ¿No basta esto para dejar de pavonearnos por el favor mundano? —Esto puede animar a los prisioneros de Dios, porque Él puede darles favor ante los ojos de los que los llevan presos. Cuando Dios no libra pronto a su pueblo de la esclavitud, de todos modos se las hace ligera o los calma mientras están sometidos a ella, y tienen razón para estar agradecidos.

Vv. 17—22. Fue para honra de Pablo que los que examinaron su caso, lo exoneraran. En su apelación no procuró acusar a su nación, sino sólo aclarar su condición. —El cristianismo verdadero establece lo que es de interés común para toda la humanidad, y no se edifica sobre las opiniones estrechas ni sobre intereses privados. No apunta a ningún beneficio o ventaja mundana, pero todas sus ganancias son espirituales y eternas. La suerte de la santa religión de Cristo es, y siempre ha sido, que hablen en contra de ella. Obsérvese en toda ciudad y pueblo donde se enaltezca a Cristo como el único Salvador de la humanidad, y donde la gente es llamada a seguirlo a la vida nueva, y nótese que aún son tratados de secta, de partido, y se reprocha a los que se entregan a Cristo. Y este es el trato que recibirán con seguridad, mientras haya un hombre impío sobre la tierra.

Vv. 23—31. Pablo persuadió a los judíos acerca de Jesús. Algunos fueron trabajados por la palabra y otros, endurecidos; algunos recibieron la luz, y otros cerraron sus ojos contra ella. Este ha sido siempre el efecto del evangelio. Pablo se separó de ellos observando que el Espíritu Santo

había descrito bien el estado de ellos. Todos los que oyen el evangelio, sin obedecerlo, tiemblen ante su sino, porque, ¿quién los sanará si Dios no? —Los judíos razonaron mucho entre ellos, después. Muchos de los que tienen un gran razonamiento no razonan correctamente. Hallan defectuosas las opiniones de unos y otros, pero no se rinden a la verdad. Ni tampoco los convencerá el razonamiento de los hombres, si la gracia de Dios no les abre el entendimiento. Mientras nos dolemos por los desdeñosos, debemos regocijarnos que la salvación de Dios sea enviada a otros que la recibirán; si somos de ese grupo, debemos estar agradecidos de Aquel que nos ha hecho diferir. El apóstol se adhirió a su principio de no conocer ni predicar otra cosa sino a Cristo, y éste crucificado. Cuando los cristianos son tentados por su ocupación principal, deben retrotraerse con esta pregunta, ¿qué tiene que ver esto con el Señor Jesús? ¿Qué tendencia hay en eso que nos lleve a Él y nos mantenga caminando en Él? El apóstol no se predicaba a sí mismo, sino a Cristo y no se avergonzaba del evangelio de Cristo. —Aunque a Pablo lo pusieron en una condición muy estrecha para ser útil, no se sintió perturbado por ella. Aunque no era una puerta ancha la que se le abrió a él, sin embargo, no toleró que nadie la cerrara; y para muchos era una puerta eficaz, de modo que hubo santos hasta en la casa de Nerón, Filipenses iv, 22. También de Filipenses i, 13, aprendemos cómo Dios pasa por alto la prisión de Pablo para el avance del evangelio. Y no sólo los residentes de Roma, sino toda la iglesia de Cristo, hasta el día presente, y en el rincón más remoto del planeta, tienen mucha razón para bendecir a Dios porque él fuera detenido como prisionero durante el período más maduro de su vida cristiana. Fue desde su prisión, probablemente encadenado mano a mano con el soldado que lo custodiaba, que el apóstol escribió las epístolas a los Efesios, Filipenses, Colosenses, y Hebreos; estas epístolas muestran, quizá más que cualesquiera otras, el amor cristiano con que rebosaba su corazón, y la experiencia cristiana con que estaba llena su alma. —El creyente de la época actual puede tener menos triunfo y menos gozo celestial que el apóstol, pero todo seguidor del mismo Salvador está igualmente seguro de estar a salvo y en paz al final. Procuremos vivir más y más en el amor del Salvador; trabajar para glorificarle con toda acción de nuestra vida; y con toda seguridad por su poder, estaremos entre los que ahora vencen a sus enemigos; y por su gracia gratuita y misericordia, en el más allá estaremos en la compañía bendita que se sentará con Él en su trono, así como Él venció y está sentado en el trono de su Padre, a la diestra de Dios para siempre jamás.

Henry, Matthew

ROMANOS

El alcance o la intención del apóstol al escribir a los Romanos parece haber sido contestar al incrédulo y enseñar al judío creyente; confirmar al cristiano y convertir al gentil idólatra; y mostrar al convertido gentil como igual al judío en cuanto a su condición religiosa, y a su rango en el favor divino. Estos diversos designios se tratan oponiéndose al judío infiel o incrédulo, o discutiendo con él en favor del cristiano o del creyente gentil. Establece claramente que la manera en que Dios acepta al pecador, o lo justifica ante sus ojos, es sólo por gracia por medio de la fe en la justicia de Cristo, sin acepción de naciones. Esta doctrina es aclarada a partir de las objeciones planteadas por los cristianos judaizantes que favorecían las condiciones de la aceptación con Dios por medio de una mezcla de la ley y el evangelio, excluyendo a los gentiles de toda participación en las bendiciones de la salvación efectuada por el Mesías. En la conclusión, pone aún más en vigencia la santidad por medio de exhortaciones prácticas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *Misión del apóstol.* 8—15. *Ora por los santos de Roma, y dice que desea verlos.* 16, 17. *El camino del evangelio de la justificación por la fe es para judíos y gentiles.* 18—32. *Exposición de los pecados de los gentiles.*

Vv. 1—7. La doctrina sobre la cual escribe el apóstol Pablo establece el cumplimiento de las promesas hechas por medio de los profetas. Habla del Hijo de Dios, Jesús el Salvador, el Mesías prometido, que vino de David en cuanto a su naturaleza humana, pero que fue declarado Hijo de Dios por el poder divino que lo resucitó de entre los muertos. La confesión cristiana no consiste en el conocimiento conceptual o el sólo asentimiento intelectual, y mucho menos, discusiones perversas, sino en la obediencia. Sólo los llamados eficazmente por Jesucristo son los llevados a la obediencia de la fe. —Aquí se expone: —1. El privilegio de los cristianos amados por Dios y miembros de ese cuerpo que es amado. —2. El deber de los cristianos: ser santos, de aquí en adelante son llamados, llamados a ser santos. El apóstol saluda a éstos deseándoles gracia que santifique sus almas y paz que consuele sus corazones, las que brotan de la misericordia libre de Dios, el Padre reconciliado de todos los creyentes, que viene a ellos a través del Señor Jesucristo.

Vv. 8—15. Debemos demostrar amor por nuestros amigos no sólo orando por ellos, sino alabando a Dios por ellos. Como en nuestros propósitos, y en nuestros deseos debemos acordarnos de decir, Si el Señor quiere, Santiago iv, 15. Nuestras jornadas son o no prosperadas conforme a la voluntad de Dios. Debemos impartir prontamente a otros lo que Dios nos ha entregado, regocijándonos al impartir gozo a los demás, especialmente complaciéndonos en tener comunión con los que creen las mismas cosas que nosotros. Si somos redimidos por la sangre, y convertidos por la gracia del Señor Jesús, somos completamente suyos y, por amor a Él, estamos endeudados con todos los hombres para hacer todo el bien que podamos. Tales servicios son nuestro deber.

Vv. 16, 17. El apóstol expresa en estos versículos el propósito de toda la epístola, en la cual plantea una acusación de pecaminosidad contra toda carne; declara que el único método de liberación de la condena es la fe en la misericordia de Dios por medio de Jesucristo y, luego, edifica sobre ello la pureza del corazón, la obediencia agradecida, y los deseos fervientes de crecer en todos esas gracias y temperamentos cristianos que nada, sino la fe viva en Cristo, puede producir. —Dios es un Dios justo y santo, y nosotros somos pecadores culpables. Es necesario que tengamos una justicia para comparecer ante Él; tal justicia existe, fue traída por el Mesías, y dada a conocer en el evangelio: el método de aceptación por gracia a pesar de la culpa de nuestros pecados. Es la justicia de Cristo, que es Dios, la que proviene de una satisfacción de valor infinito. La fe es todo en todo, en el comienzo y en la continuación de la vida cristiana. No es de la fe a las obras como si la fe nos pusiera en un estado justificado y, luego, las obras nos mantuvieran allí, pero siempre es de fe en fe: es la fe que sigue adelante ganándole la victoria a la incredulidad.

Vv. 18—25. El apóstol empieza a mostrar que toda la humanidad necesita la salvación del evangelio, porque nadie puede obtener el favor de Dios o escapar de su ira por medio de sus propias obras. Porque ningún hombre puede alegar que ha cumplido todas sus obligaciones para con Dios y su prójimo, ni tampoco puede decir verazmente que ha actuado plenamente sobre la base de la luz que se le ha otorgado. La pecaminosidad del hombre es entendida como iniquidad contra las leyes de la primera tabla, e injusticia contra las de la segunda. La causa de esa pecaminosidad es detener con injusticia la verdad. Todos hacen más o menos lo que saben que es malo y omiten lo que saben que es bueno, de modo que nadie se puede permitir alegar ignorancia. El poder invisible de nuestro Creador y la Deidad están tan claramente manifestados en las obras que ha hecho de modo que hasta los idólatras y los gentiles malos se quedan sin excusa. Siguieron neciamente la idolatría y las criaturas racionales cambiaron la adoración del Creador glorioso por animales, reptiles e imágenes sin sentido. Se apartaron de Dios hasta perder todo vestigio de la verdadera religión, si no lo hubiera impedido la revelación del evangelio. Porque los hechos son innegables, cualesquiera sean los pretextos planteados en cuanto a la suficiencia de la razón humana para descubrir la verdad divina y la obligación moral o para gobernar bien la conducta. Estos muestran simplemente que los hombres deshonraron a Dios con las idolatrías y supersticiones más absurdas y que se degradaron a sí mismos con los afectos más viles y las obras más abominables.

Vv. 26—32. La verdad de nuestro Señor se muestra en la depravación horrenda del pagano: “que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz”. La verdad no era del gusto de ellos. Todos sabemos cuán pronto se confabula el hombre contra la prueba más evidente para razonar evitándose creer lo que le disgusta. El hombre no puede ser llevado a una esclavitud más grande que la de ser entregado a sus propias lujurias. Como a los gentiles no les gustó tener a Dios en su conocimiento, cometieron delitos totalmente contrarios a la razón y a su propio bienestar. La naturaleza del hombre, sea pagano o cristiano, aún es la misma; y las acusaciones del apóstol se aplican más o menos al estado y al carácter de los hombres de todas las épocas, hasta que sean llevados a someterse por completo a la fe de Cristo, y sean renovados por el poder divino. Nunca hubo todavía un hombre que no tuviera razón para lamentarse de sus fuertes corrupciones y de su secreto disgusto por la voluntad de Dios. Por tanto, este capítulo es un llamado a examinarse a uno mismo, cuya finalidad debe ser la profunda convicción de pecado y de la necesidad de ser liberado del estado de condenación.

CAPÍTULO II

Versículos 1—16. *Los judíos no podían ser justificados por la ley de Moisés más que los gentiles por la ley de la naturaleza.* 17—29. *Los pecados de los judíos refutan toda la vana confianza en sus privilegios externos.*

Vv. 1—16. Los judíos se creían pueblo santo, merecedores de sus privilegios por derecho propio, aunque eran ingratos, rebeldes e injustos, pero se les debe recordar a todos los que así actúan, en toda nación, época y clase, que el juicio de Dios será conforme al verdadero carácter de ellos. El caso es tan claro, que podemos apelar a los pensamientos propios del pecador. En todo pecado voluntario hay desprecio de la bondad de Dios. Aunque las ramificaciones de la desobediencia del hombre son muy variadas, todas brotan de la misma raíz. Sin embargo, en el arrepentimiento verdadero debe haber odio por la pecaminosidad anterior dado el cambio obrado en el estado de la mente que la dispone a elegir lo bueno y rechazar lo malo. También muestra un sentido de infelicidad interior. Tal es el gran cambio producido en el arrepentimiento, es la conversión, y es necesario para todo ser humano. La ruina de los pecadores es que caminan tras un corazón duro e impenitente. Sus obras pecaminosas se expresan con las fuertes palabras “atesoras para ti mismo ira”. —Nótese la exigencia total de la ley en la descripción del hombre justo. Exige que los motivos sean puros, y rechaza todas las acciones motivadas por la ambición o por fines terrenales. En la descripción del injusto, se presenta el espíritu contencioso como el principio de todo mal. La voluntad humana está enemistada con Dios. Hasta los gentiles, que no tenían la ley escrita, tenían por dentro lo que les dirigía en cuanto a lo que debían hacer por la luz de la naturaleza. La conciencia es un testigo que, tarde o temprano, dará testimonio. Al obedecer o desobedecer estas leyes naturales y sus dictados, las conciencias de ellos los exoneran o los condenan. Nada causa más terror a los pecadores, y más consuelo a los santos, que Cristo sea el Juez. Los servicios secretos serán recompensados, los pecados secretos serán castigados entonces y sacados a la luz.

Vv. 17—24. El apóstol dirige su discurso a los judíos y muestra de cuáles pecados eran culpables a pesar de sus confesiones y vanas pretensiones. La raíz y la suma de toda religión es gloriarse en Dios creyendo, humilde y agradecidamente. Pero la jactancia orgullosa que se vanagloria en Dios, y en la profesión externa de su nombre, es la raíz y la suma de toda hipocresía. El orgullo espiritual es la más peligrosa de todas las clases de orgullo. Un gran mal de los pecados de los profesante es el deshonor contra Dios y la religión, porque no viven conforme a lo que profesan. Muchos que descansan en una forma muerta de piedad, son los que desprecian a su prójimo más ignorante, aunque ellos mismos confían en una forma de conocimiento igualmente desprovista de vida y poder, mientras algunos que se glorían en el evangelio, llevan vidas impías que deshonoran a Dios y hacen que su nombre sea blasfemado.

Vv. 25—29. No pueden aprovechar las formas, las ordenanzas o las nociones sin la gracia regeneradora, que siempre lleva a buscar un interés en la justicia de Dios por la fe. Porque no es más cristiano ahora, de lo que era el judío de antaño, aquel que sólo lo es en lo exterior: tampoco es bautismo el exterior, en la carne. El cristiano verdadero es aquel que por dentro es un creyente verdadero con fe obediente. El bautismo verdadero es el del corazón, por el lavado de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo que trae un marco espiritual a la mente y una voluntad de seguir la verdad en sus caminos santos. Oremos que seamos hechos cristianos de verdad, no por fuera, sino por dentro; en el corazón y el espíritu, no en la letra; bautizados no tan sólo con agua sino con el Espíritu Santo; y que nuestra alabanza sea no de los hombres, sino de Dios.

CAPÍTULO III

Versículos 1—8. *Objeciones contestadas.* 9—18. *Toda la humanidad es pecadora.* 19, 20. *Judíos y gentiles no pueden ser justificados por sus obras.* 21—31. *La justificación es por la libre gracia de Dios, por fe en la justicia de Cristo, pero la ley no se deroga.*

Vv. 1—8. La ley no podía salvar *en* el pecado ni *de* los pecados, pero daba ventajas a los judíos para obtener la salvación. Las ordenanzas establecidas, la educación en el conocimiento del Dios

verdadero y su servicio, y muchos favores hechos a los hijos de Abraham, eran todos medios de gracia y verdaderamente fueron utilizados para la conversión de muchos. Pero, las Escrituras les fueron especialmente encargadas a ellos. El goce de la palabra y de las ordenanzas de Dios es la principal felicidad de un pueblo, pero las promesas Dios las hace sólo a los creyentes, por tanto, la incredulidad de algunos o de muchos prefesantes no puede inutilizar la efectividad de esta fidelidad. Él cumplirá las promesas a su pueblo y ejecutará sus amenazas de venganza a los incrédulos. —El juicio de Dios sobre el mundo deberá silenciar para siempre todas las dudas y especulaciones sobre su justicia. La maldad y la obstinada incredulidad de los judíos demuestra la necesidad que tiene el hombre de la justicia de Dios por la fe, y de su justicia para castigar el pecado. Hagamos males para que nos vengan bienes, es algo más frecuente en el corazón que en la boca de los pecadores; porque pocos se justificarán a sí mismos en sus malos caminos. El creyente sabe que el deber es de él, y los acontecimientos son de Dios; y que él no debe cometer ningún pecado ni decir ninguna mentira con la esperanza, ni con la seguridad, de que Dios se glorifique. Si alguien habla y actúa así, su condenación es justa.

Vv. 9—18. Aquí se señala nuevamente que toda la humanidad está debajo de la culpa del pecado como una carga, y está bajo el gobierno y el dominio del pecado, esclavizada por él, para obrar iniquidad. Varios pasajes de las Escrituras del Antiguo Testamento dejan muy claro esto, porque describen el estado depravado y corrupto de todos los hombres, hasta que la gracia los refrena o los cambia. Por grandes que sean nuestras ventajas, estos textos describen a multitudes de los que se dicen cristianos. Sus principios y su conducta prueban que no hay temor de Dios delante de sus ojos. Y donde no hay temor de Dios no se puede esperar nada bueno.

Vv. 19, 20. Vano es buscar la justificación por las obras de la ley. Todos deben declararse culpables. La culpa ante Dios es palabra temible, pero ningún hombre puede ser justificado por una ley que lo condena por violarla. La corrupción de nuestra naturaleza siempre impedirá toda justificación por nuestras propias obras.

Vv. 21—26. ¿Debe el hombre culpable permanecer sometido a la ira para siempre? ¿Está la herida abierta para siempre? No, bendito sea Dios, hay otro camino abierto para nosotros. Es la justicia de Dios; la justicia en la ordenación, en la provisión y en la aceptación. Es por esa fe que tiene Jesucristo por su objeto; el Salvador ungido, que eso significa el nombre Jesucristo. La fe justificadora respeta a Cristo como Salvador en sus tres oficios ungidos: Profeta, Sacerdote y Rey; esa fe confía en Él, le acepta y se aferra de Él; en todo eso los judíos y los gentiles son, por igual, bienvenidos a Dios por medio de Cristo. No hay diferencia, su justicia está sobre todo aquel que cree; no sólo se les ofrece, sino se les pone a ellos como una corona, como una túnica. Es libre gracia, pura misericordia; nada hay en nosotros que merezca tales favores. Nos llega gratuitamente, pero Cristo la compró y pagó el precio. La fe tiene consideración especial por la sangre de Cristo, como la que hizo la expiación. —Dios declara su justicia en todo esto. Queda claro que odia el pecado, cuando nada inferior a la sangre de Cristo hace satisfacción por el pecado. Cobrar la deuda al pecador no estaría en conformidad con su justicia, puesto que el Fiador la pagó y Él aceptó ese pago a toda satisfacción.

Vv. 27—31. Dios ejecutará la gran obra de la justificación y salvación de pecadores desde el primero al último, para acallar nuestra jactancia. Ahora, si fuésemos salvados por nuestras obras, no se excluiría la jactancia, pero el camino de la justificación por la fe excluye por siempre toda jactancia. Sin embargo, los creyentes no son dejados con autorización para transgredir la ley; la fe es una ley, es una gracia que obra dondequiera obre en verdad. Por fe, que en esta materia no es un acto de obediencia o una buena obra, sino la formación de una relación entre Cristo y el pecador, que considera adecuado que el creyente sea perdonado y justificado por amor del Salvador, y que el incrédulo, que no está unido o relacionado de este modo con Él, permanezca sometido a condenación. La ley todavía es útil para convencernos de lo que es pasado, y para dirigirnos hacia el futuro. Aunque no podemos ser salvos por ella como un pacto, sin embargo la reconocemos y nos sometemos a ella, como regla en la mano del Mediador.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—12. *La doctrina de la justificación ejemplificada con el caso de Abraham.* 13—22. *Recibió la promesa por medio de la justicia de la fe.* 23—25. *Nosotros somos justificados por la misma vía de creer.*

Vv. 1—12. Para enfrentar los puntos de vista de los judíos, el apóstol se refiere primero al ejemplo de Abraham, en quien se gloriaban los judíos como su antepasado de mayor renombre. Por exaltado que fuese en diversos aspectos, no tenía nada de qué jactarse en la presencia de Dios, siendo salvo por gracia por medio de la fe, como los demás. Sin destacar los años que pasaron antes de su llamado y los momentos en que falló su obediencia, y aun su fe, la Escritura estableció expresamente que: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” Génesis xv, 6. —Se observa a partir de este ejemplo que si un hombre pudiera obrar toda medida exigida por la ley, la recompensa sería considerada deuda, que evidentemente no fue el caso de Abraham, puesto que la fe le fue contada por justicia. Cuando los creyentes son justificados por la fe, “les es contado por justicia”, pero la fe de ellos no los justifica como parte, pequeña o grande, de la justicia propia, sino como medio designado de unirlos a Aquel que escogió el nombre por el cual debe llamarse: “Jehová Justicia nuestra”. —La gente perdonada es la única gente bendecida. —Claramente surge de la Escritura que Abraham fue justificado varios años antes de su circuncisión. Por tanto, es evidente que este rito no era necesario para la justificación. Era una señal de la corrupción original de la naturaleza humana. Y era una señal y un sello exterior concebido no solo para ser la confirmación de las promesas que Dios le había dado a él y a su descendencia, y de la obligación de ellos de ser del Señor, sino para asegurarle de igual modo que ya era un verdadero partícipe de la justicia de la fe. Abraham es, de este modo, el antepasado espiritual de todos los creyentes que anduvieron según el ejemplo de su obediencia de fe. El sello del Espíritu Santo en nuestra santificación, al hacernos nuevas criaturas, es la evidencia interior de la justicia de la fe.

Vv. 13—22. La promesa fue hecha a Abraham mucho antes de la ley. Señala a Cristo y se refiere a la promesa, Génesis xii, 3: “y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. La ley producía ira al indicar que todo transgresor queda expuesto al descontento divino. —Como Dios tenía la intención de dar a los hombres un título de las bendiciones prometidas, así designó que fuera por la fe, para que sea totalmente por gracia, para asegurársela a todos los que eran de la misma fe preciosa de Abraham, fueran judíos o gentiles de todas las épocas. La justificación y la salvación de los pecadores, el tomar para sí a los gentiles que no habían sido pueblo, fue un llamamiento de gracia de las cosas que no son como si fueran, y esto de dar ser a las cosas que no eran, prueba el poder omnipotente de Dios. —Se muestra la naturaleza y el poder de la fe de Abraham. Creyó el testimonio de Dios y esperó el cumplimiento de su promesa, con una firme esperanza cuando el caso parecía sin esperanzas. Es debilidad de la fe lo que hace que el hombre se agobie por las dificultades del camino hacia una promesa. Abraham no la consideró como tema que admitiera discusión ni debate. La incredulidad se halla en el fondo de todas nuestras dudas de las promesas de Dios. El poder de la fe se demuestra en su victoria sobre los temores. Dios honra la fe y la gran fe honra a Dios. —Le fue contada por justicia. La fe es una gracia que, entre todas las demás, da gloria a Dios. La fe es, claramente, el instrumento por el cual recibimos la justicia de Dios, la redención que es en Cristo; y aquello que es el instrumento por el cual la tomamos o recibimos, no puede ser la cosa misma, ni puede ser así tomado y recibido el don. La fe de Abraham no lo justificó por mérito o valor propio, sino al darle una participación en Cristo.

Vv. 23—25. La historia de Abraham y de su justificación quedó escrita para enseñar a los hombres de todas las épocas posteriores, especialmente a los que, entonces, se les daría a conocer el evangelio. Es claro que no somos justificados por el mérito de nuestras propias obras, sino por la fe en Jesucristo y su justicia; que es la verdad que se enfatiza en este capítulo y el anterior como la gran fuente y fundamento de todo consuelo. Cristo obró meritoriamente nuestra justificación y salvación por su muerte y pasión, pero el poder y la perfección de esas, con respecto a nosotros,

depende de su resurrección. Por su muerte pagó nuestra deuda, en su resurrección recibió nuestra absolución, Isaías liii, 8. Cuando Él fue absuelto, nosotros en Él y junto con Él recibimos el descargo de la culpa y del castigo de todos nuestros pecados. Este último versículo es una reseña o un resumen de todo el evangelio.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *Los felices efectos de la justificación por la fe en la justicia de Cristo.* 6—11. *Somos reconciliados por su sangre.* 12—14. *La caída de Adán llevó a toda la humanidad al pecado y la muerte.* 15—19. *La gracia de Dios por la justicia de Cristo tiene más poder para traer salvación de lo que tuvo el pecado de Adán para traer la desgracia.* 20, 21. *Cómo sobreabundó la gracia.*

Vv. 1—5. Un cambio bendito ocurre en el estado del pecador cuando llega a ser un creyente verdadero, haya sido lo que fuera. Siendo justificado por la fe tiene paz con Dios. El Dios santo y justo no puede estar en paz con un pecador mientras esté bajo la culpa del pecado. La justificación elimina la culpa y, así, abre el camino para la paz. Esta es por medio de nuestro Señor Jesucristo; por medio de Él como gran Pacificador, el Mediador entre Dios y el hombre. —El feliz estado de los santos es el estado de gracia. Somos llevados a esta gracia. Eso enseña que no nacemos en este estado. No podríamos llegar a ese estado por nosotros mismos, sino que somos llevados a él como ofensores perdonados. Allí estamos firmes, postura que denota perseverancia; estamos firmes y seguros, sostenidos por el poder de Dios; estamos ahí como hombres que mantienen su terreno, sin ser derribados por el poder del enemigo. Y los que tienen la esperanza de la gloria de Dios en el mundo venidero, tienen suficiente para regocijarse en el de ahora. —La tribulación produce paciencia, no en sí misma ni de por sí, pero la poderosa gracia de Dios obra en la tribulación y con ella. Los que sufren con paciencia tienen la mayoría de las consolaciones divinas que abundan cuando abundan las aflicciones. Obra una experiencia necesaria para nosotros. —Esta esperanza no desilusiona, porque está sellada con el Espíritu Santo como Espíritu de amor. Derramar el amor de Dios en los corazones de todos los santos es obra de gracia del Espíritu bendito. El recto sentido del amor de Dios por nosotros no nos avergonzará en nuestra esperanza ni por nuestros sufrimientos por Él.

Vv. 6—11. Cristo murió por los pecadores; no sólo por los que eran inútiles sino por los que eran culpables y aborrecibles; por éstos cuya destrucción eterna sería para la gloria de la justicia de Dios. Cristo murió por salvarnos, no *en* nuestros pecados, sino *de* nuestros pecados y, *aún* éramos pecadores cuando Él murió por nosotros. Sí, la mente carnal no sólo es enemiga de Dios, sino la enemistad misma, capítulo viii, 7; Colosenses i, 21. Pero Dios determinó librar del pecado y obrar un cambio grande. Mientras continúe el estado pecaminoso, Dios aborrece al pecador y el pecador aborrece a Dios, Zacarías xi, 8. Es un misterio que Cristo muriera por los tales; no se conoce otro ejemplo de amor, para que bien pueda dedicar la eternidad en adorar y maravillarse de Él. — Además, ¿qué idea tenía el apóstol cuando supone el caso de uno que muere por un justo? Y eso que sólo lo puso como algo que podría ser. ¿No era que al pasar este sufrimiento, la persona que se quería beneficiar, pudiese ser librada? Pero ¿de qué son librados los creyentes en Cristo por su muerte? No de la muerte corporal, porque todos deben soportarla. El mal, del cual podía efectuarse la liberación sólo de esta manera asombrosa, debe haber sido mucho más terrible que la muerte natural. No hay mal al que pueda aplicarse el argumento, salvo el que el apóstol asevera concretamente, el *pecado* y la *ira*, el castigo del pecado determinado por la justicia infalible de Dios. —Y si, por la gracia divina, así fueron llevados a arrepentirse y a creer en Cristo, y así eran justificados por el precio de su sangre derramada y por fe en esa expiación, mucho más por medio del que murió por ellos y resucitó, serán librados de caer en el poder del pecado y de Satanás, o de

alejarse definitivamente de él. El Señor viviente de todos concretará el propósito de su amor al morir salvando hasta el último de todos los creyentes verdaderos. —Teniendo tal señal de salvación en el amor de Dios por medio de Cristo, el apóstol declara que los creyentes no sólo se regocijan en la esperanza del cielo, y hasta en sus tribulaciones por amor de Cristo, sino que también se glorían en Dios como el Amigo seguro y Porción absolutamente suficiente de ellos, por medio de Cristo únicamente.

Vv. 12—14. La intención de lo que sigue es clara. Es la exaltación de nuestro punto de vista acerca de las bendiciones que Cristo nos ha procurado, comparándolas con el mal que siguió a la caída de nuestro primer padre; y mostrando que estas bendiciones no sólo se extienden para eliminar estos males, sino mucho más allá. Adán peca, su naturaleza se vuelve culpable y corrupta y así pasa a sus hijos. Así todos pecamos en él. La muerte es por el pecado, porque la muerte es la paga del pecado. Entonces entró toda esa miseria que es la suerte debida al pecado: la muerte temporal, espiritual, y eterna. Si Adán no hubiera pecado no hubiera muerto, pero la sentencia de muerte fue dictada como sobre un criminal; pasó a todos los hombres como una enfermedad infecciosa de la que nadie escapa. Como prueba de nuestra unión con Adán, y de nuestra parte en aquella primera transgresión, observa que el pecado prevaleció en el mundo por mucho tiempo antes que se diera la ley de Moisés. La muerte reinó ese largo tiempo, no sólo sobre los adultos que pecaban voluntariamente, sino también sobre multitud de infantes, cosa que muestra que ellos habían caído bajo la condena en Adán, y que el pecado de Adán se extendió a toda su posteridad. Era una figura o tipo del que iba a venir como Garantía del nuevo pacto para todos los que estén emparentados con Él.

Vv. 15—19. Por medio de la ofensa de un solo hombre, toda la humanidad queda expuesta a la condena eterna. Pero la gracia y la misericordia de Dios y el don libre de la justicia y salvación son por medio de Jesucristo como hombre: sin embargo, el Señor del cielo ha llevado a la multitud de creyentes a un estado más seguro y enaltecido que aquel desde el cual cayeron en Adán. Este don libre no los volvió a poner en estado de prueba; los fijó en un estado de justificación, como hubiera sido puesto Adán si hubiera resistido. Hay una semejanza asombrosa pese a las diferencias. Como por el pecado de uno prevalecieron el pecado y la muerte para condenación de todos los hombres, así por la justicia de uno prevaleció la gracia para justificación de todos los relacionados con Cristo por la fe. Por medio de la gracia de Dios ha abundado para muchos el don de gracia por medio de Cristo; sin embargo, las multitudes optan por seguir bajo el dominio del pecado y la muerte en vez de pedir las bendiciones del reino de la gracia. Pero Cristo no echará afuera a nadie que esté dispuesto a ir a Él.

Vv. 20, 21. Por Cristo y su justicia tenemos más privilegios, y más grandes que los que perdimos por la ofensa de Adán. La ley moral mostraba que eran pecaminosos muchos pensamientos, temperamentos, palabras y acciones, de modo que así se multiplicaban las transgresiones. No fue que se hiciera abundar más el pecado, sino dejando al descubierto su pecaminosidad, como al dejar que entre una luz más clara a una habitación, deja al descubierto el polvo y la suciedad que había ahí desde antes, pero que no se veían. El pecado de Adán, y el efecto de la corrupción en nosotros, son la abundancia de aquella ofensa que se volvió evidente al entrar la ley. Los terrores de la ley endulzan más aun los consuelos del evangelio. Así, pues, Dios Espíritu Santo nos entregó, por medio del bendito apóstol, una verdad más importante, llena de consuelo, apta para nuestra necesidad de pecadores. Por más cosas que alguien pueda tener por encima de otro, cada hombre es un pecador contra Dios, está condenado por la ley y necesita perdón. No puede hacerse de una mezcla de pecado y santidad esa justicia que es para justificar. No puede haber derecho a la recompensa eterna sin la justicia pura e inmaculada: esperémosla ni más ni menos que de la justicia de Cristo.

CAPÍTULO VI

Versículos 1, 2. *Los creyentes deben morir al pecado, y vivir para Dios.* 3—10. *Esto es una demanda de su bautismo cristiano y de su unión con Cristo.* 11—15. *Vivos para Dios.* 16—20. *Libertados del dominio del pecado.* 21—23. *El fin del pecado es muerte, el de la vida eterna, la santidad.*

Vv. 1, 2. El apóstol es muy completo al enfatizar la necesidad de la santidad. No la elimina al exponer la libre gracia del evangelio, antes bien muestra que la conexión entre justificación y santidad es inseparable. Sea aborrecido el pensamiento de seguir en pecado para que abunde la gracia. Los creyentes verdaderos están muertos al pecado, por tanto, no deben seguirlo. Nadie puede estar vivo y muerto al mismo tiempo. Necio es quien, deseando estar muerto al pecado, piensa que puede vivir en él.

Vv. 3—10. El bautismo enseña la necesidad de morir al pecado y ser como haber sido sepultado de toda empresa impía e inicua, y resucitar para andar con Dios en una vida nueva. Los profesantes impíos pueden tener la señal externa de una muerte al pecado y de un nuevo nacimiento a la justicia, pero nunca han pasado de la familia de Satanás a la de Dios. —La naturaleza corrupta, llamada hombre viejo, porque derivó de Adán nuestro primer padre, en todo creyente verdadero está crucificada con Cristo por la gracia derivada de la cruz. Está debilitada y en estado moribundo, aunque todavía lucha por la vida, y hasta por la victoria. Pero todo el cuerpo de pecado, sea lo que sea que no concuerde con la santa ley de Dios, debe ser desechado para que el creyente no sea más esclavo del pecado, sino que viva para Dios y halle dicha en su servicio.

Vv. 11—15. Aquí se estipulan los motivos más fuertes contra el pecado, y para poner en vigencia la obediencia. Siendo liberado del reinado del pecado, hecho vivo para Dios, y teniendo la perspectiva de la vida eterna, corresponde a los creyentes interesarse mucho por hacer progresos a ella, pero como las lujurias impías no han sido totalmente desarraigadas en esta vida, la preocupación del cristiano debe ser la de resistir sus indicaciones, luchando con fervor para que, por medio de la gracia divina, no prevalezcan en este estado mortal. Aliente al cristiano verdadero el pensamiento de que este estado pronto terminará, en cuanto a la seducción de las lujurias que, tan a menudo, le dejan confundido y le inquietan. Presentemos todos nuestros poderes como armas o instrumentos a Dios, listos para la guerra y para la obra de justicia a su servicio. —Hay poder para nosotros en el pacto de gracia. El pecado no tendrá dominio. Las promesas de Dios para nosotros son más poderosas y eficaces para mortificar el pecado que nuestras promesas a Dios. El pecado puede luchar en un creyente real y crearle una gran cantidad de trastornos, pero no le dominará; puede que lo angustie, pero no lo dominará. ¿Alguno se aprovecha de esta doctrina estimulante para permitirse la práctica de cualquier pecado? Lejos estén pensamientos tan abominables, tan contrarios a las perfecciones de Dios, y al designio de su evangelio, tan opuestos al ser sometido a la gracia. ¿Qué motivo más fuerte contra el pecado que el amor de Cristo? ¿Pecaremos contra tanta bondad y contra una gracia semejante?

Vv. 16—20. Todo hombre es el siervo del amo a cuyos mandamientos se rinde, sean las disposiciones pecaminosas de su corazón en acciones que llevan a la muerte, o la nueva obediencia espiritual implantada por la regeneración. Ahora se regocija el apóstol porque ellos obedecieron de todo corazón el evangelio en el cual fueron puestos como en un molde. Así como el mismo metal se hace vaso nuevo cuando es fundido y se vuelve a echar en otro molde, así el creyente ha llegado a ser nueva criatura. Hay una gran diferencia en la libertad de mente y de espíritu, tan opuesta al estado de esclavitud, que tiene el cristiano verdadero al servicio de su justo Señor, a quien puede considerar su Padre, y por la adopción de la gracia, considerarse hijo y heredero de Aquel. El dominio del pecado consiste en ser esclavos voluntarios; no en ser arrasados por un poder odiado, mientras se lucha por la victoria. Los que ahora son los siervos de Dios fueron una vez los esclavos del pecado.

Vv. 21—23. El placer y el provecho del pecado no merecen ser llamados fruto. Los pecadores no están más que arando iniquidad, sembrando vanidad y cosechando lo mismo. La vergüenza vino

al mundo con el pecado y aún sigue siendo su efecto seguro. El fin del pecado es la muerte. Aunque el camino parezca placentero e invitador, de todos modos al final habrá amargura. —El creyente es puesto en libertad de esta condenación, cuando es hecho libre del pecado. Si el fruto es para santidad, si hay un principio activo de gracia verdadera y en crecimiento, el final será la vida eterna, ¡un final muy feliz! Aunque el camino es cuesta arriba, aunque es estrecho, espinoso y tentador, no obstante, la vida eterna en su final está asegurada. La dádiva de Dios es la vida eterna. Y este don es por medio de Jesucristo nuestro Señor. Cristo la compró, la preparó, nos prepara para ella, nos preserva para ella; Él es el todo en todo de nuestra salvación.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *Los creyentes están unidos con Cristo para llevar fruto para Dios.* 7—13. *El uso y la excelencia de la ley.* 14—25. *Los conflictos espirituales entre la corrupción y la gracia en el creyente.*

Vv. 1—6. Mientras el hombre continúe bajo el pacto de la ley, y procure justificarse por su obediencia, sigue siendo en alguna forma esclavo del pecado. Nada sino el Espíritu de vida en Cristo Jesús, puede liberar al pecador de la ley del pecado y la muerte. Los creyentes son liberados del poder de la ley, que los condena por los pecados cometidos por ellos, y son librados del poder de la ley que incita y provoca al pecado que habita en ellos. Entienda esto, no de la ley como regla, sino como pacto de obras. —En profesión y privilegio estamos bajo un pacto de gracia, y no bajo un pacto de obras; bajo el evangelio de Cristo, no bajo la ley de Moisés. La diferencia se plantea con el símil o figura de estar casado con un segundo marido. El segundo matrimonio es con Cristo. Por la muerte somos liberados de la obligación a la ley en cuanto al pacto, como la esposa lo es de sus votos para el primer marido. En nuestro creer poderosa y eficazmente estamos muertos para la ley, y no tenemos más relación con ella que el siervo muerto, liberado de su amo, la tiene con el yugo de su amo. El día en que creímos es el día en que somos unidos al Señor Jesús. Entramos en una vida de dependencia de Él y de deber para con Él. Las buenas obras son por la unión con Cristo; como el fruto de la vid es el producto de estar en unión con sus raíces, no hay fruto para Dios hasta que estemos unidos con Cristo. La ley, y los esfuerzos más grandes de uno bajo la ley, aun en la carne, bajo el poder de principios corruptos, no pueden enderezar el corazón en cuanto al amor de Dios, ni derrotar las lujurias mundanas, o dar verdad y sinceridad en las partes internas, ni nada que venga por el poder especialmente santificador del Espíritu Santo. Sólo la obediencia formal de la letra externa de cualquier precepto puede ser cumplida por nosotros sin la gracia renovadora del nuevo pacto, que crea de nuevo.

Vv. 7—13. No hay manera de llegar al conocimiento del pecado, que es necesario para el arrepentimiento y, por tanto, para la paz y el perdón, sino tratando nuestros corazones y vidas con la ley. En su propio caso el apóstol no hubiera conocido la pecaminosidad de sus pensamientos, motivos y acciones sino por la ley. Esa norma perfecta mostró cuán malo era su corazón y su vida, probando que sus pecados eran más numerosos de lo que había pensado antes, pero no contenía ninguna cláusula de misericordia o gracia para su alivio. —Ignora la naturaleza humana y la perversidad de su propio corazón aquel que no advierte en sí mismo la facilidad para imaginar que hay algo deseable en lo que está fuera de su alcance. Podemos captar esto en nuestros hijos, aunque el amor propio nos enceguezca al respecto en nosotros mismos. Mientras más humilde y espiritual sea un cristiano, más verá que el apóstol describe al creyente verdadero, desde sus primeras convicciones de pecado hasta su mayor progreso en la gracia, durante este presente estado imperfecto. San Pablo fue una vez fariseo, ignorante de la espiritualidad de la ley, que tenía cierto carácter correcto sin conocer su depravación interior. Cuando el mandamiento llegó a su conciencia por la convicción del Espíritu Santo, y vio lo que exigía, halló que su mente pecaminosa se

levantaba en contra. Al mismo tiempo sintió la maldad del pecado, su propio estado pecaminoso, y que era incapaz de cumplir la ley y que era como un criminal condenado. —Sin embargo, aunque el principio del mal en el corazón humano produce malas motivaciones, y más aun tomando ocasión por el mandamiento; de todos modos la ley es santa, y el mandamiento, santo, justo y bueno. No es favorable al pecado lo que lo busca en el corazón y lo descubre y reprueba en su accionar interior. Nada es tan bueno que una naturaleza corrupta y viciosa no pervierta. El mismo calor que ablanda la cera endurece al barro. El alimento o el remedio, cuando se toman mal, pueden causar la muerte, aunque su naturaleza es nutrir o sanar. La ley puede causar la muerte por medio de la depravación del hombre, pero el pecado es el veneno que produce la muerte. No la ley, sino el pecado descubierto por la ley fue hecho muerte para el apóstol. La naturaleza destructora del pecado, la pecaminosidad del corazón humano son claramente señalados aquí.

Vv. 14—17. Comparado con la santa regla de conducta de la ley de Dios, el apóstol se halló tan lejos de la perfección que le pareció que era carnal; como un hombre que está vendido contra su voluntad a un amo odiado, del cual no puede ser liberado. El cristiano verdadero sirve involuntariamente a ese amo odiado, pero no puede sacudirse la cadena humillante hasta que lo rescata su Amigo poderoso y la gracia de lo alto. El mal remanente de su corazón es un estorbo real y humillante para que sirva a Dios como lo hacen los ángeles y los espíritus de los justos perfeccionados. Este fuerte lenguaje fue el resultado del gran avance en santidad de San Pablo, y de la profundidad de la humillación de sí mismo y el odio por el pecado. Si no entendemos este lenguaje se debe a que estamos tan detrás de él en santidad, en el conocimiento de la espiritualidad de la ley de Dios y del mal de nuestros propios corazones y del odio del mal moral. Muchos creyentes han adoptado el lenguaje del apóstol, demostrando que es apto para sus profundos sentimientos de aborrecimiento del pecado y humillación de sí mismos. —El apóstol se expande en cuanto al conflicto que mantenía diariamente con los vestigios de su depravación original. Fue tentado frecuentemente en temperamento, palabras o actos que él no aprobaba o no permitía en su juicio y en afecto renovado. Distinguiendo su yo verdadero, su parte espiritual, del yo o carne, en que habita el pecado, y observando que las acciones malas eran hechas, no por él, sino por el pecado que habita en él, el apóstol no quiso decir que los hombres no sean responsables de rendir cuentas de sus pecados, sino que enseña el mal de sus pecados demostrando que todos lo están haciendo contra su razón y su conciencia. El pecado que habita en un hombre no resulta ser quien le manda o le domina; si un hombre vive en una ciudad o en un país, aún puede no reinar ahí.

Vv. 18—22. Mientras más puro y santo sea el corazón, será más sensible al pecado que permanece en él. El creyente ve más de la belleza de la santidad y la excelencia de la ley. Sus deseos fervientes de obedecer aumentan a medida que crece en la gracia. Pero no hace todo el bien al cual se inclina plenamente su voluntad; el pecado siempre brota en él a través de los vestigios de corrupción, y a menudo, hace el mal aunque contra la decidida determinación de su voluntad. —Las presiones del pecado interior apenaban al apóstol. Si por la lucha de la carne contra el Espíritu, quiso decir que él no podía hacer ni cumplir como sugería el Espíritu, así también, por la eficaz oposición del Espíritu, no podía hacer aquello a lo cual la carne lo impelía. ¡Qué diferente es este caso del de los que se sienten cómodos con las seducciones internas de la carne que les impulsan al mal! ¡Estos, contra la luz y la advertencia de su conciencia, siguen adelante, hasta en la práctica externa, haciendo el mal, y de ese modo, con premeditación, siguen en el camino a la perdición! Porque cuando el creyente está bajo la gracia, y su voluntad está en el camino de la santidad, se deleita sinceramente en la ley de Dios y en la santidad que exige, conforme a su hombre interior; el nuevo hombre en él, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Vv. 23—25. Este pasaje no representa al apóstol como uno que anduviera en pos de la carne, sino como uno que se disponía de todo corazón no andar así. Si hay quienes abusan de este pasaje, como también de las demás Escrituras, para su propia destrucción, los cristianos serios encuentran, no obstante, causa para bendecir a Dios por haber provisto así para su sostenimiento y el consuelo. No tenemos que ver defectos en la Escritura, porque los cegados por sus propias lujurias abusen de ellas, ni tampoco de ninguna interpretación justa y bien respaldada de ellas. Ningún hombre que no

esté metido en este conflicto puede entender claramente el significado de estas palabras, ni juzgar rectamente acerca de este conflicto doloroso que llevó al apóstol a lamentarse de sí mismo como miserable, constreñido a hacer lo que aborrecía. —No podía librarse a sí mismo y esto le hacía agradecer más fervorosamente a Dios el camino de salvación revelado por medio de Jesucristo, que le prometió la liberación final de este enemigo. Así, pues, entonces, dice él, yo mismo, con mi mente, mi juicio consciente, mis afectos y propósitos de hombre regenerado por gracia divina, sirvo y obedezco la ley de Dios; pero con la carne, la naturaleza carnal, los vestigios de la depravación, sirvo a la ley del pecado, que batalla contra la ley de mi mente. No es que la sirva como para vivir bajo ella o permitirle, sino que es incapaz de librarse a sí mismo de ella, aun en su mejor estado, y necesitando buscar ayuda y liberación fuera de sí mismo. Evidente es que agradece a Dios por Cristo, como nuestro libertador, como nuestra expiación y justicia en Él mismo, y no debido a ninguna santidad obrada en nosotros. No conocía una salvación así, y rechazó todo derecho a ella. Está dispuesto a actuar en todos los puntos conforme a la ley, en su mente y conciencia, pero se lo impedía el pecado que lo habitaba, y nunca alcanzó la perfección que la ley requiere. ¿En qué puede consistir la liberación para un hombre siempre pecador, sino la libre gracia de Dios según es ofrecida en Cristo Jesús? El poder de la gracia divina y del Espíritu Santo podrían desarraigar el pecado de nuestros corazones aun en esta vida, si la sabiduría divina lo hubiese adecuado. Pero se sufre, para que los cristianos sientan y entiendan constante y completamente el estado miserable del cual los salva la gracia divina; para que puedan ser resguardados de confiar en sí mismos; y que siempre puedan sacar todo su consuelo y esperanza de la rica y libre gracia de Dios en Cristo.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—9. *La libertad de los creyentes respecto de la condenación.* 10—17. *Sus privilegios por ser los hijos de Dios.* 18—25. *Sus esperanzas ante las tribulaciones.* 26, 27. *La ayuda del Espíritu Santo en la oración.* 28—31. *Su interés en el amor de Dios.* 32—39. *Triunfo final por medio de Cristo.*

Vv. 1—9. Los creyentes pueden ser castigados por el Señor, pero no serán condenados con el mundo. Por su unión con Cristo por medio de la fe, están seguros. ¿Cuál es el principio de su andar: la carne o el Espíritu, la naturaleza vieja o la nueva, la corrupción o la gracia? ¿Para cuál de estos hacemos provisión, por cuál somos gobernados? La voluntad sin renovar es incapaz de obedecer por completo ningún mandamiento. La ley, además de los deberes externos, requiere obediencia interna. Dios muestra su aborrecimiento del pecado por los sufrimientos de su Hijo en la carne, para que la persona del creyente fuera perdonada y justificada. Así, se satisfizo la justicia divina y se abrió el camino de la salvación para el pecador. El Espíritu escribe la ley del amor en el corazón, y aunque la justicia de la ley no sea cumplida *por* nosotros, de todos modos, bendito sea Dios, se cumple *en* nosotros; en todos los creyentes hay quienes responden a la intención de la ley. —El favor de Dios, el bienestar del alma, los intereses de la eternidad, son las cosas del Espíritu que importan a quienes son según el Espíritu. ¿Por cuál camino se mueven con más deleite nuestros pensamientos? ¿Por cuál camino van nuestros planes e ingenios? ¿Somos más sabios para el mundo o para nuestras almas? Los que viven en el placer están muertos, 1 Timoteo v, 6. El alma santificada es un alma viva, y esa vida es paz. La mente carnal no es sólo enemiga de Dios, sino la enemistad misma. El *hombre* carnal puede, por el poder de la gracia divina, ser sometido a la ley de Dios, pero la *mente* carnal, nunca; esta debe ser quebrantada y expulsada. —Podemos conocer nuestro estado y carácter verdadero cuando nos preguntamos si tenemos o no el Espíritu de Dios y de Cristo, versículo 9. Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu. Tener el Espíritu de Cristo significa haber cambiado el designio en cierto grado al sentir que había en Cristo Jesús, y eso tiene que notarse en una vida y una conversación que corresponda a sus preceptos y a su ejemplo.

Vv. 10—17. Si el Espíritu está en nosotros, Cristo está en nosotros. Él habita en el corazón por fe. La gracia en el alma es su nueva naturaleza; el alma está viva para Dios y ha comenzado su santa felicidad que durará para siempre. La justicia imputada de Cristo asegura al alma, la mejor parte, de la muerte. De esto vemos cuán grande es nuestro deber de andar, no en busca de la carne, sino en pos del Espíritu. Si alguien vive habitualmente conforme a las lujurias corruptas, ciertamente perecerá en sus pecados, profese lo que profese. ¿Y puede una vida mundana presente, digna por un momento, ser comparada con el premio noble de nuestro supremo llamamiento? Entonces, por el Espíritu esforcémonos más y más en mortificar la carne. —La regeneración por el Espíritu Santo trae al alma una vida nueva y divina, aunque su estado sea débil. Los hijos de Dios tienen al Espíritu para que obre en ellos la disposición de hijos; no tienen el espíritu de servidumbre, bajo el cual estaba la Iglesia del Antiguo Testamento, por la oscuridad de esa dispensación. El Espíritu de adopción no estaba, entonces, plenamente derramado. Y, se refiere al espíritu de servidumbre, al cual estaban sujetos muchos santos en su conversión. —Muchos se jactan de tener paz en sí mismos, a quienes Dios no les ha dado paz; pero los santificados, tienen el Espíritu de Dios que da testimonio a sus espíritus que les da paz a su alma. —Aunque ahora podemos parecer perdedores *por* Cristo, al final no seremos, no podemos ser, perdedores *para* Él.

Vv. 18—25. Los sufrimientos de los santos golpean, pero no más hondo que las cosas del tiempo, sólo duran el tiempo actual, son aflicciones leves y sólo pasajeras. ¡Cuán diferentes son la sentencia de la *palabra* y el sentimiento del *mundo* respecto de los sufrimientos de este tiempo presente! Indudablemente toda la creación espera con ansiosa expectativa el período en que se manifiesten los hijos de Dios en la gloria preparada para ellos. Hay impureza, deformidad y enfermedad que sobrevinieron a la criatura por la caída del hombre. Hay enemistad de una criatura contra otra. Son utilizadas, más bien se abusa de ellas, por el hombre como instrumentos de pecado. Sin embargo, este estado deplorable de la creación está “con esperanza”. Dios lo librará de estar así mantenida en esclavitud por la depravación del hombre. Las miserias de la raza humana, por medio de la maldad propia de cada uno y de unos con otros, declaran que el mundo no siempre continúa como está. —Que nosotros hayamos recibido las primicias del Espíritu, vivifica nuestros deseos, anima nuestras esperanzas y eleva nuestra expectativa. El pecado fue y es la causa culpable de todo el sufrimiento que existe en la creación de Dios. El pecado trajo los ayes de la tierra; enciende las llamas del infierno. En cuanto al hombre, ninguna lágrima ha sido derramada, ningún lamento se ha emitido, ninguna punzada se ha sentido, en cuerpo o mente, que no haya procedido del pecado. Esto no es todo: hay que considerar que el pecado afecta la gloria de Dios. ¡Con cuánta temeridad, temible, mira el grueso de la humanidad a esto! —Los creyentes han sido llevados a un estado de seguridad, pero su consuelo consiste más bien en esperanza que en deleite. No pueden ser sacados de esta esperanza por la expectativa vana de hallar satisfacción en las cosas del tiempo y de los sentidos. Necesitamos paciencia, nuestro camino es áspero y largo, pero el que ha de venir, vendrá aunque parezca que tarda.

Vv. 26, 27. Aunque las dolencias de los cristianos son muchas y grandes, de modo que serían vencidos si fueran dejados a sí mismos, el Espíritu Santo los sostiene. El Espíritu, como Espíritu iluminador, nos enseña por qué cosa orar; como Espíritu santificador obra y estimula las gracias para orar; como Espíritu consolador, acalla nuestros temores y nos ayuda a superar todas las desilusiones. El Espíritu Santo es la fuente de todos los deseos que tengamos de Dios, los cuales son, a menudo, más de lo que pueden expresar las palabras. El Espíritu que escudriña los corazones puede captar la mente y la voluntad del espíritu, la mente renovada, y abogar por su causa. El Espíritu intercede ante Dios y el enemigo no vence.

Vv. 28—31. Lo bueno para los santos es lo que hace buena su alma. Toda providencia tiende al bien espiritual de los que aman a Dios: apartándolos del pecado, acercándolos a Dios, quitándolos del mundo y equipándolos para el cielo. Cuando los santos actúan fuera de su carácter, serán corregidos para volverlos a donde deben estar. Aquí está el orden de las causas de nuestra salvación, una cadena de oro que no puede ser rota. —1. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”. Todo eso que Dios concibió

como la finalidad de la gloria y felicidad, lo decretó como el camino de la gracia y la santidad. Toda la raza humana merecía la destrucción, pero por razones imperfectamente conocidas para nosotros, Dios determinó recuperar a algunos por la regeneración y el poder de su gracia. El predestinó, o decretó antes, que ellos fueran conformados a la imagen de su Hijo. En esta vida ellos son renovados en parte y andan en sus huellas. —2. “Y a los que predestinó, a éstos también llamó”. Es un llamamiento eficaz, desde el yo y desde la tierra a Dios y a Cristo y al cielo, como nuestro fin; desde el pecado y la vanidad a la gracia y la santidad como nuestro camino. Este es el llamado del evangelio. El amor de Dios, que reina en los corazones de quienes, una vez fueron Sus enemigos, prueba que ellos fueron llamados conforme a su propósito. —3. “Y a los que llamó, a éstos también justificó”. Nadie es así justificado, sino los llamados eficazmente. Los que resisten el evangelio, permanecen sujetos a la culpa y la ira. —4. “Y a los que justificó, a éstos también glorificó”. Siendo roto el poder de la corrupción en el llamamiento eficaz, y eliminada la culpa del pecado en la justificación, nada puede interponerse entre esa alma y la gloria. Esto estimula nuestra fe y esperanza, porque como Dios, su camino, su obra, es perfecta. —El apóstol habla como alguien asombrado y absorto de admiración, maravillándose por la altura y la profundidad, y el largo y la anchura del amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento. Mientras más sabemos de otras cosas, menos nos maravillamos, pero mientras más profundamente somos guiados en los misterios del evangelio, más afectados somos por ellos. Mientras Dios esté por nosotros, y nosotros seamos mantenidos en su amor, podemos desafiar con santa osadía a todas las potestades de las tinieblas.

Vv. 32—39. Todas las cosas del cielo y la tierra, cualesquiera sean, no son tan grandes como para exhibir el libre amor de Dios como la dádiva de su coigual Hijo, como expiación por el pecado del hombre en la cruz; y todo lo demás sigue a la unión con Él y el interés en Él. “Todas las cosas”, todo eso que pueda ser causa o medio de cualquier bien real para el cristiano fiel. El que ha preparado una corona y un reino para nosotros, nos dará lo que necesitamos en el camino para alcanzarla. —Los hombres pueden justificarse a sí mismos aunque las acusaciones contra ellos estén plenamente vigentes; pero si Dios justifica, eso responde a todo. Así somos asegurados por Cristo. Él pagó nuestra deuda por el mérito de su muerte. Sí, más que eso, Él ha resucitado. Esta es la prueba convincente de que la justicia divina fue satisfecha. De manera que tenemos un Amigo a la diestra de Dios; toda potestad le ha sido dada a Él, que está allí, e intercede. ¡Creyente!; ¡dice tu alma dentro de ti, ¡oh, que Él fuera mío! Y ¡oh, que yo fuera de Él! ¡que yo pudiese complacerle y vivir para Él! Entonces, no juegues tu espíritu ni confundas tus pensamientos en dudas estériles e interminables, sino como estás convencido de impiedad, cree en aquel que justifica al impío. Estás condenado, pero Cristo ha muerto y resucitado. Huye a Él en esa calidad. —Habiendo Dios manifestado su amor al dar a su propio Hijo por nosotros, ¿podemos pensar que haya algo que pueda apartar o eliminar ese amor? Los problemas no causan ni muestran ninguna disminución de su amor. No importa de qué sean separados los creyentes, queda suficiente. Nadie puede quitar a Cristo del creyente; nadie puede quitar al creyente de Cristo, y eso basta. Todos los otros riesgos nada significan. ¡Sí, pobres pecadores! Aunque abunden con posesiones de este mundo, ¡qué cosas tan vanas son! Puedes decir de cualquiera de ellas, ¿quién nos separará? Puede que hasta te saquen las habitaciones preciosas, las amistades y la fortuna. Puede que vivas hasta para ver y esperar tu partida. Al final, debes separarte, porque debes morir. Entonces, adiós a todo lo que este mundo considera de supremo valor. ¿Qué te ha quedado, pobre alma, que no tienes a Cristo, sino aquello de lo cual te separaras gustoso, sin poder hacerlo: ¡la culpa condenadora de todos tus pecados!? Pero el alma que está en Cristo, cuando le quitan las demás cosas, se aferra a Cristo y estas separaciones no le pesan. Sí, cuando llega la muerte, eso rompe todas las demás uniones, hasta la del alma con el cuerpo, lleva el alma del creyente a la unión más íntima con su amado Señor Jesús, y al gozo pleno de Él para siempre.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. *La preocupación del apóstol porque sus compatriotas eran extranjeros para el evangelio.* 6—13. *Las promesas valen para la simiente espiritual de Abraham.* 14—24. *Respuesta a las objeciones contra la conducta soberana de Dios al ejercer misericordia y justicia.* 25—29. *Esta soberanía está en los tratos de Dios con judíos y gentiles.* 30—33. *La deficiencia de los judíos se debe a que buscan su justificación por las obras de la ley, no por la fe.*

Vv. 1—5. Estando a punto de tratar el rechazo de los judíos y el llamamiento a los gentiles, y de mostrar que todo concuerda con el electivo amor soberano de Dios el apóstol expresa con fuerza su afecto por su pueblo. Apela solemnemente a Cristo; su conciencia, iluminada y dirigida por el Espíritu Santo da testimonio de su sinceridad. Se sometería a ser anatema, a ser condenado, crucificado, y, aun, estar en el horror y angustia más profundos si pudiera rescatar a su nación de la destrucción venidera por su obstinada incredulidad. Ser insensible al estado eterno de nuestro prójimo es contrario al amor requerido por la ley y por la misericordia del evangelio. Ellos habían profesado hace mucho tiempo ser adoradores de Jehová. La ley y el pacto nacional, fundamentado en ella, eran suyos. La adoración del templo era un tipo de la salvación por el Mesías y del medio de comunión con Dios. Todas las promesas referidas a Cristo y su salvación les fueron dadas. No solo está sobre todo como Mediador; es el Dios bendito por los siglos.

Vv. 6—13. El rechazo de los judíos por la dispensación del evangelio no quebrantó la promesa de Dios a los patriarcas. Las promesas y las advertencias se cumplirán. La gracia no corre por la sangre; ni los beneficios salvíficos se hallan siempre en los privilegios externos de la iglesia. No sólo fueron elegidos algunos de la simiente de Abraham, y otros no, sino que Dios obró conforme al consejo de su voluntad. Dios profetizó de Esaú y Jacob, nacidos en pecado, hijos de la ira por naturaleza, como los demás. Si eran dejados a sí mismos hubieran continuado en pecado durante toda la vida, pero, por razones santas y sabias, que no nos son dadas a conocer, Él se propuso cambiar el corazón de Jacob y dejar a Esaú en su maldad. Este caso de Esaú y Jacob ilumina la conducta divina con la raza caída del hombre. Toda la Escritura muestra la diferencia entre el cristiano confeso y el creyente real. Los privilegios externos son concedidos a muchos que no son los hijos de Dios. Sin embargo, hay un estímulo completo para el uso diligente de los medios de gracia que Dios ha determinado.

Vv. 14—24. Cualquier cosa que Dios haga debe ser justa. De ahí que el feliz pueblo santo de Dios sea diferente de los demás. La sola gracia de Dios les hace ser diferentes. Él actúa como benefactor en esta gracia eficaz y previsor que distingue, porque su gracia es sólo suya. Nadie la ha merecido, de modo que los que son salvos deben agradecer únicamente a Dios; y aquellos que perecen, deben sólo culparse a sí mismos, Oseas xiii, 9. Dios no está obligado más allá de lo que le parezca bien obligarse según su pacto y promesa, que es su voluntad revelada. Esta es que recibirá y no echará fuera a los que vienen a Cristo; pero la elección de almas, para que vayan, es un favor anticipado y distintivo para los que Él quiere. —¿Por qué encuentra faltas aún? Esta no es objeción que la criatura pueda hacer a su Creador, el hombre contra Dios. La verdad, como pasa con Jesús, anonada al hombre, poniéndolo como menos que nada, y establece a Dios como el soberano Señor de todo. ¿Quién eres tú, tan necio, tan débil, tan incapaz de juzgar los consejos divinos? Nos corresponde someternos a Él, no objetarlo. ¿Los hombres no permitirían al infinito Dios el mismo derecho soberano para manejar los asuntos de la creación, como el alfarero ejerce su derecho a disponer de su barro, cuando del mismo montón de barro hacer un vaso para un uso más honroso, y otro para uso más vil? Dios no puede hacer injusticia por más que así le parezca a los hombres. Dios hará evidente que odia el pecado. Además, formó vasos llenos con misericordia. La santificación es la preparación del alma para la gloria. Esta es obra de Dios. Los pecadores se preparan para el infierno, pero Dios es quien prepara a los santos para el cielo; y a todos los que Dios destina para el cielo *en el más allá*, a éstos prepara *ahora*. —¿Queremos saber quiénes son estos vasos de misericordia? A los que Dios llamó, y éstos no sólo son de los judíos sino de los gentiles. Ciertamente que no puede haber injusticia en ninguna de estas dispensaciones divinas; no la hay en

Dios que ejerce su benignidad, paciencia y tolerancia para con los pecadores sujetos a culpa creciente, antes de traerles su destrucción total. La falta está en el mismo pecador encallecido. En cuanto a todos los que aman y temen a Dios, por más que esas verdades parezcan más allá del alcance de su entendimiento, aun así guardan silencio ante Él. Es el Señor solo quien nos hace diferentes; debemos adorar su misericordia perdonadora y su gracia que crea de nuevo, y poner diligencia para asegurar nuestra vocación y elección.

Vv. 25—29. El rechazo de los judíos y la incorporación de los gentiles estaban profetizados en el Antiguo Testamento. Esto ayuda mucho a esclarecer una verdad, a observar cómo se cumple en ella la Escritura. Prodigio de la potestad y misericordia divinas es que haya algunos salvos: porque aun los dejados para ser simiente hubiesen perecido con los demás, si Dios los hubiera tratado conforme a sus pecados. Esta gran verdad nos la enseña esta Escritura. Se debe temer que, aun en el vasto número de cristianos profesantes, sólo un remanente será salvo.

Vv. 30—33. Los gentiles no conocían su culpa y miseria, por tanto, no se tomaban la molestia de procurarse remedio. Pero alcanzaron la justicia por fe. No por volverse prosélitos de la religión judía, ni por someterse a la ley ceremonial, sino abrazando a Cristo, creyendo en Él, y sujetándose al evangelio. Los judíos hablaban mucho de justificación y santidad, y parecía que deseaban mucho ser los favoritos de Dios. Buscaron, pero no de la manera correcta, no de la manera que hace humilde, no de la manera establecida. No por fe, no por abrazar a Cristo, sin depender de Cristo ni sujetarse al evangelio. Esperaban la justificación obedeciendo los preceptos y las ceremonias de la ley de Moisés. Los judíos incrédulos tuvieron una justa oferta de justicia, vida y salvación, hecha a ellos en las condiciones del evangelio, cosa que no les gustó y no aceptaron. ¿Hemos procurado saber cómo podemos ser justificados ante Dios, procurando esa bendición en la forma aquí señalada, por fe en Cristo, como Jehová Justicia nuestra? Entonces, no seremos avergonzados en ese día terrible, cuando todos los refugios de mentiras sean arrasados, y la ira divina innunde todo escondite salvo aquel que Dios ha preparado en su Hijo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *El deseo fervoroso del apóstol por la salvación de los judíos.* 5—11. *La diferencia entre la justicia de la ley y la justicia de la fe.* 12—17. *Los gentiles están al mismo nivel de los judíos en justificación y salvación.* 18—21. *Los judíos podían saberlo por las profecías del Antiguo Testamento.*

Vv. 1—4. Los judíos edificaron sobre un fundamento falso y no quisieron ir a Cristo para recibir la salvación gratuita por fe, y son muchos los que en cada época hacen lo mismo en diversas formas. La severidad de la ley demostró a los hombres su necesidad de salvación por gracia por medio de la fe. Las ceremonias eran una sombra de Cristo que cumple la justicia y carga con la maldición de la ley. Así que aun bajo la ley, todos los que fueron justificados ante Dios, obtuvieron esa bendición por la fe, por la cual fueron hechos partícipes de la perfecta justicia del Redentor prometido. La ley no es destruida ni frustrada la intención del Legislador, pero habiendo dado la muerte de Cristo la satisfacción plena por nuestra violación de la ley, se alcanza la finalidad. Esto es, Cristo cumplió toda la ley, por tanto, quien cree en Él, es contado justo ante Dios como si él mismo hubiese cumplido toda la ley. Los pecadores nunca se diluyen en vanas fantasías de su propia justicia si conocieron la justicia de Dios como Rey o su rectitud como Salvador.

Vv. 5—11. El pecador condenado por sí mismo no tiene que confundirse con la manera en que puede hallarse esta justicia. Cuando hablamos de mirar a Cristo, recibirlo y alimentarnos de Él, no queremos decir a Cristo en el cielo ni Cristo en lo profundo, sino Cristo en la promesa, Cristo ofrecido en la palabra. La justificación por fe en Cristo es una doctrina sencilla. Se expone ante la

mente y el corazón de cada persona, dejándola así sin disculpa por la incredulidad. Si un hombre ha confesado su fe en Jesús como Señor y Salvador de los pecadores perdidos, y realmente cree en su corazón que Dios le levantó desde los muertos, para mostrar que había aceptado la expiación, debe ser salvado por la justicia de Cristo, imputada a él por medio de la fe. Pero ninguna fe justifica lo que no es poderoso para santificar al corazón y reglamentar todos sus afectos por el amor de Cristo. Debemos consagrar y rendir nuestras almas y nuestros cuerpos a Dios: nuestras almas al creer con el corazón, y nuestros cuerpos al confesar con la boca. El creyente nunca tendrá causa para arrepentirse de su confianza total en el Señor Jesús. Ningún pecador será nunca avergonzado de tal fe ante Dios; y debiera gloriarse de ella ante los hombres.

Vv. 12—17. No hay un Dios para los judíos que sea más bueno, y otro para los gentiles que sea menos bueno; el Señor es el Padre de todos los hombres. La promesa es la misma para todos los que invocan el nombre del Señor Jesús como Hijo de Dios, como Dios manifestado en carne. Todos los creyentes de esta clase invocan al Señor Jesús y nadie más lo hará tan humilde o sinceramente, pero ¿cómo podría invocar al Señor Jesús, el Salvador divino, alguien que no ha oído de Él? ¿Cuál es la vida del cristiano, sino una vida de oración? Eso demuestra que sentimos nuestra dependencia de Él y que estamos listos para rendirnos a Él, y tenemos la expectativa confiada acerca de todo lo nuestro de parte de Él. —Era necesario que el evangelio fuera predicado a los gentiles. Alguien debe mostrarles lo que tienen que creer. ¡Qué recibimiento debiera tener el evangelio entre aquellos a quienes les es predicado! El evangelio es dado no sólo para ser conocido y creído, sino para ser obedecido. No es un sistema de nociones, sino una regla de conducta. El comienzo, el desarrollo y el poder de la fe vienen por oír, pero sólo el oír la palabra, porque la palabra de Dios fortalecerá la fe.

Vv. 18—21. ¿No sabían los judíos que los gentiles iban a ser llamados? Ellos podrían haberlo sabido por Moisés e Isaías. Isaías habla claramente de la gracia y el favor de Dios que avanza para ser recibido por los gentiles. ¿No fue este nuestro caso? ¿No empezó Dios con amor, y se nos dio a conocer cuando nosotros no preguntábamos por Él? La paciencia de Dios para con los pecadores provocadores es maravillosa. El tiempo de la paciencia de Dios es llamado un día, liviano como un día y apto para el trabajo y los negocios; pero limitado como el día, y hay una noche que le pone fin. La paciencia de Dios empeora la desobediencia del hombre, y la vuelve más pecaminosa. Podemos maravillarnos ante la misericordia de Dios, de que su bondad no sea vencida por la maldad del hombre; podemos maravillarnos ante la iniquidad del hombre, que su maldad no sea vencida por la bondad de Dios. Es cuestión de gozo pensar que Dios ha enviado el mensaje de gracia a tantísimos millones por la amplia difusión de su evangelio.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—10. *El rechazo de los judíos no es universal.* 11—21. *Dios pasó por alto la incredulidad de ellos al hacer a los gentiles partícipes de los privilegios del evangelio.* 22—32. *Los gentiles son advertidos contra el orgullo y la incredulidad.* 33—36. *Una solemne glorificación de la sabiduría, la bondad y la justicia de Dios.*

Vv. 1—10. Hubo un remanente escogido de judíos creyentes que tuvo justicia y vida por fe en Jesucristo. Estos fueron preservados conforme a la elección de gracia. Si entonces esta elección era de gracia, no podía ser por obras, sean hechas o previstas. Toda disposición verdaderamente buena en una criatura caída debe ser efecto, por tanto, no puede ser causa, de la gracia de Dios otorgada a ella. La salvación de principio a fin debe ser de gracia o de deuda. Estas cosas se contradicen entre sí, tanto que no pueden fundirse. Dios glorifica su gracia cambiando los corazones y los temperamentos de los rebeldes. ¡Entonces, cómo debieran admirarlo y alabarlo! —La nación judía estaba como en un profundo sueño sin conocer su peligro ni interesarse al respecto; no tienen

conciencia de necesitar al Salvador o de estar al borde de su destrucción eterna. Habiendo predicho por el Espíritu los sufrimientos de Cristo infligidos por su pueblo, David predice los terribles juicios de Dios contra ellos por eso, Salmo lxxix. Esto nos enseña a entender otras oraciones de David contra sus enemigos; estas son profecías de los juicios de Dios, no expresiones de su propia ira. Las maldiciones divinas obran por largo tiempo y tenemos nuestros ojos ensombrecidos si nos inclinamos ante la mentalidad mundana.

Vv. 11—21. El evangelio es la riqueza más grande en todo lugar donde esté. Por tanto, así como el justo rechazo de los judíos incrédulos fue la ocasión para que una multitud tan inmensa de gentiles se reconciliara con Dios, y tuviera paz con Él, la futura recepción de los judíos en la Iglesia significará un cambio tal que se parecerá a la resurrección general de los muertos en pecado a una vida de justicia. —Abraham era la raíz de la Iglesia. Los judíos eran ramas de este árbol hasta que, como nación, rechazaron al Mesías; después de eso, su relación con Abraham y Dios fue cortada. Los gentiles fueron injertados en este árbol en lugar de ellos, siendo admitidos en la Iglesia de Dios. Hubo multitudes hechas herederos de la fe, de la santidad y de la bendición de Abraham. El estado natural de cada uno de nosotros es ser silvestre por naturaleza. La conversión es como el injerto de las ramas silvestres en el buen olivo. El olivo silvestre se solía injertar en el fructífero cuando éste empezaba a decaer, entonces no sólo llevó fruto, sino hizo revivir y florecer al olivo decadente. Los gentiles, de pura gracia, fueron injertados para compartir las ventajas. Por tanto, debían cuidarse de confiar en sí mismos y de toda clase de orgullo y ambición; no fuera a ser que teniendo sólo una fe muerta y una profesión de fe vacía, se volvieran contra Dios y abandonaran sus privilegios. Si permanecemos es absolutamente por la fe; somos culpables e incapaces en nosotros mismos y tenemos que ser humildes, estar alertas, temer engañarnos con el yo, o de ser vencido por la tentación. No sólo tenemos que ser primero justificados por fe, pero debemos mantenernos hasta el final en el estado justificado sólo por fe, aunque por una fe que no está sola sino que obra por amor a Dios y el hombre.

Vv. 22—32. Los juicios espirituales son los más dolorosos de todos los juicios; de estos habla aquí el apóstol. La restauración de los judíos, en el curso de los acontecimientos, es mucho menos improbable que el llamamiento a los gentiles para ser los hijos de Abraham; y aunque ahora otros posean estos privilegios, no impedirá que sean admitidos de nuevo. Por rechazar el evangelio y por indignarse por la predicación a los gentiles, los judíos se volvieron enemigos de Dios; aunque aún son favorecidos por amor de sus padres piadosos. Aunque en la actualidad son enemigos del evangelio, por su odio a los gentiles, cuando llegue el tiempo de Dios, eso no existirá más, y el amor de Dios por sus padres será recordado. —La gracia verdadera no procura limitar el favor de Dios. Los que hallan misericordia deben esforzarse para que por su misericordia otros también puedan alcanzar misericordia. No se trata de una restauración en que los judíos vuelvan a tener su sacerdocio, el templo y las ceremonias nuevamente; a todo esto se puso fin; pero van a ser llevados a creer en Cristo, el Mesías verdadero, al cual crucificaron; van a ser llevados a la iglesia cristiana y se volverá un solo redil con los gentiles, sometidos a Cristo el gran Pastor. Las cautividades de Israel, su dispersión, y el hecho de ser excluidos de la iglesia son emblemas de los correctivos para los creyentes por hacer lo malo; el cuidado continuo del Señor para su pueblo, y la misericordia final y la bendita restauración concebida para ellos, muestra la paciencia y el amor de Dios.

Vv. 33—36. El apóstol Pablo conocía los misterios del reino de Dios tan bien como ningún otro hombre; sin embargo, se reconoce impotente; desesperando por llegar al fondo, se sienta humildemente en el borde y adora lo profundo. Los que más saben en este estado imperfecto, sienten más su debilidad. No es sólo la profundidad de los consejos divinos sino las riquezas, la abundancia de lo que es precioso y de valor. Los consejos divinos son completos; no sólo tienen profundidad y altura, sino anchura y longitud, Efesios iii, 18, y eso sobrepasa a todo conocimiento. Hay vasta distancia y desproporción entre Dios y el hombre, entre el Creador y la criatura, que por siempre nos impide conocer sus caminos. ¿Qué hombre le enseñará a Dios cómo gobernar al mundo? El apóstol adora la soberanía de los consejos divinos. Todas las cosas de cielo y tierra, especialmente las que se relacionan con nuestra salvación, que corresponden a nuestra paz, son

todas *de* Él por la creación, *por medio* de Él por la providencia, para que al final sean *para* Él. *De* Dios como Manantial y Fuente de todo; *por medio* de Cristo, *para* Dios como fin. Estas incluyen todas las relaciones de Dios con sus criaturas; si todos somos de Él, y por Él, todos seremos de Él y para Él. Todo lo que comienza, que su fin sea la gloria de Dios; adorémosle especialmente cuando hablamos de los consejos y acciones divinas. Los santos del cielo nunca discuten; siempre alaban.

CAPÍTULO XII

Versículos 1, 2. *Los creyentes deben consagrarse a Dios.* 3—8. *Ser humildes, y usar fielmente sus dones espirituales en sus respectivos puestos.* 9—16. *Exhortaciones a diversos deberes.* 17—21. *Y a una conducta pacífica con todos los hombres, con tolerancia y benevolencia.*

Vv. 1, 2. Habiendo terminado el apóstol la parte de su carta en que argumenta y prueba diversas doctrinas que son aplicadas prácticamente, aquí plantea deberes importantes a partir de los principios del evangelio. Él ruega a los romanos, como hermanos en Cristo, que por las misericordias de Dios presenten sus cuerpos en sacrificio vivo a Él. Este es un poderoso llamado. Recibimos diariamente del Señor los frutos de su misericordia. Presentémonos; todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo lo que hacemos, porque después de todo, ¿qué tanto es en comparación con las grandes riquezas que recibimos? Es aceptable a Dios: un culto racional, por el cual somos capaces y estamos preparados para dar razón, y lo entendemos. La conversión y la santificación son la renovación de la mente; cambio, no de la sustancia, sino de las cualidades del alma. El progreso en la santificación, morir más y más al pecado, y vivir más y más para la justicia, es llevar a cabo esta obra renovadora, hasta que es perfeccionada en la gloria. El gran enemigo de esta renovación es conformarse a este mundo. Cuidaos de formaros planes para la felicidad, como si estuviera en las cosas de este mundo, que pronto pasan. No caigáis en las costumbres de los que andan en las lujurias de la carne, y se preocupan de las cosas terrenales. La obra del Espíritu Santo empieza, primero, en el entendimiento y se efectúa en la voluntad, los afectos y la conversación, hasta que hay un cambio de todo el hombre a la semejanza de Dios, en el conocimiento, la justicia y la santidad de la verdad. Así, pues, ser piadoso es presentarnos a Dios.

Vv. 3—8. El orgullo es un pecado que está en nosotros por naturaleza; necesitamos que se nos advierta y que seamos armados en su contra. Todos los santos constituyen un cuerpo en Cristo que es la Cabeza del cuerpo, y el centro común de su unidad. En el cuerpo espiritual hay algunos que son aptos para una clase de obra y don llamados a ella; otros, para otra clase de obra. Tenemos que hacer todo el bien que podamos, unos a otros, y para provecho del cuerpo. Si pensáramos debidamente en los poderes que tenemos, y cuán lejos estamos de aprovecharlos apropiadamente, eso nos humillaría. Pero, como no debemos estar orgullosos de nuestros talentos, debemos cuidarnos, no sea que so pretexto de la humildad y la abnegación, seamos perezosos en entregarnos para beneficio de los demás. No debemos decir, no soy nada, así que me quedaré quieto y no haré nada; sino no soy nada por mí mismo y, por tanto, me daré hasta lo sumo en el poder de la gracia de Cristo. Sean cuales fueren nuestros dones o situaciones, tratemos de ocuparnos humilde, diligente, alegre y con sencillez, sin buscar nuestro propio mérito o provecho, sino el bien de muchos en este mundo y el venidero.

Vv. 9—16. El amor mutuo que los cristianos se profesan debe ser sincero, libre de engaño, y de adulaciones mezquinas y mentirosas. En dependencia de la gracia divina, ellos deben detestar y tenerle pavor a todo mal, y deben amar y deleitarse en todo lo que sea bueno y útil. No sólo debemos hacer lo bueno; tenemos que aferrarnos al bien. Todo nuestro deber mutuo está resumido en esta palabra: amor. Esto significa el amor de los padres por sus hijos, que es más tierno y natural que cualquier otro; es espontáneo y sin ataduras. Amar con celo a Dios y al hombre por el evangelio dará diligencia al cristiano sabio en todos sus negocios mundanos para alcanzar una destreza

superior. —Dios debe ser servido con el espíritu, bajo las influencias del Espíritu Santo. Él es honrado con nuestra esperanza y confianza en Él, especialmente cuando nos regocijamos en esa esperanza. Se le sirve no sólo haciendo su obra, sino sentándonos tranquilos y en silencio cuando nos llama a sufrir. La paciencia por amor a Dios es la piedad verdadera. Los que se regocijan en la esperanza probablemente sean pacientes cuando están atribulados. No debemos ser fríos ni cansarnos en el deber de la oración. —No sólo debe haber benignidad para los amigos y los hermanos; los cristianos no deben albergar ira contra los enemigos. Solo es amor falso el que se queda en las palabras bonitas cuando nuestros hermanos necesitan provisiones reales y nosotros podemos proveerles. Hay que estar preparados para recibir a los que hacen el bien: según haya ocasión, debemos dar la bienvenida a los forasteros. —Benedicid, y no maldigáis. Presupone la buena voluntad completa no bendecirlos cuando oramos para maldecirlos en otros momentos, sino bendecirlos siempre sin maldecirlos en absoluto. El amor cristiano verdadero nos hará participar en las penas y alegrías de unos y otros. Trabaja lo más que pueda para concordar en las mismas verdades espirituales; y cuando no lo logres, concuerda en afecto. Mira con santo desprecio la pompa y dignidad mundanas. No te preocupes por ellas, no te enamores de ellas. Confórmate con el lugar en que Dios te ha puesto en su providencia, cualquiera sea. Nada es más bajo que nosotros sino el pecado. Nunca encontraremos en nuestros corazones la condescendencia para con el prójimo mientras alberguemos vanidad personal; por tanto, esta debe ser mortificada.

Vv. 17—21. Desde que los hombres se hicieron enemigos de Dios, han estado muy dispuestos a ser enemigos entre sí. Los que abrazan la religión deben esperar encontrarse con enemigos en un mundo cuyas sonrisas rara vez concuerdan con las de Cristo. No paguéis a nadie mal por mal. Esa es una recompensa brutal, apta sólo para los animales que no tienen consciencia de ningún ser superior, o de ninguna existencia después de esta. Y no sólo hagáis, sino estudiad y cuidaos para hacer lo que es amistoso y encomiable, y que hace que la religión resulte recomendable a todos aquellos con los que converséis. —Estudia las cosas que traen la paz; si es posible, sin ofender a Dios ni herir la conciencia. No os venguéis vosotros mismos. Esta es una lección difícil para la naturaleza corrupta; por tanto, se da el remedio para eso. Dejad lugar a la ira. Cuando la pasión del hombre está en su auge, y el torrente es fuerte, déjelo pasar no sea que sea enfurecido más aún contra nosotros. La línea de nuestro deber está claramente marcada y si nuestros enemigos no son derretidos por la benignidad perseverante, no tenemos que buscar la venganza; ellos serán consumidos por la fiera ira de ese Dios al que pertenece la venganza. —El último versículo sugiere lo que es fácilmente entendido por el mundo: que en toda discordia y contienda son vencidos los que se vengán, y son vencedores los que perdonan. No te dejes aplastar por el mal. Aprende a derrotar las malas intenciones en tu contra, ya sea para cambiarlas o para preservar tu paz. El que tiene esta regla en su espíritu, es mejor que el poderoso. Se puede preguntar a los hijos de Dios si para ellos no es más dulce, que todo bien terrenal, que Dios los capacite por su Espíritu de manera que sea éste su sentir y su actuar.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—7. *El deber de someterse a los gobernantes.* 8—10. *Exhortaciones al amor mutuo.* 11—14. *A la templanza y la sobriedad.*

Vv. 1—7. La gracia del evangelio nos enseña sumisión y silencio cuando el orgullo y la mente carnal sólo ven motivos para murmurar y estar descontentos. Sean quienes sean las personas que ejercen autoridad sobre nosotros, debemos someternos y obedecer el justo poder que tienen. En el transcurso general de los asuntos humanos, los reyes no son terror para los súbditos honestos, tranquilos y buenos, sino para los malhechores. Tal es el poder del pecado y de la corrupción que muchos son refrenados de delinquir sólo por el miedo al castigo. Tú tienes el beneficio del

gobierno, por tanto, haz lo que puedas por conservarlo, y nada para perturbarlo. Esto es una orden para que los individuos se comporten con tranquilidad y paz donde Dios los haya puesto, 1 Timoteo ii, 1, 2. Los cristianos no deben usar trucos ni fraudes. Todo contrabando, tráfico de mercaderías de contrabando, la retención o evasión de los impuestos, constituyen una rebelión contra el mandamiento expreso de Dios. De esta manera, se roba a los vecinos honestos, que tendrán que pagar más, y se fomentan los delitos de los contrabandistas y otros que se les asocian. Duele que algunos profesantes del evangelio estimulen tales costumbres deshonestas. Conviene que todos los cristianos aprendan y practiquen la lección que aquí se enseña, para que los santos de la tierra sean siempre hallados como los tranquilos y pacíficos de la tierra, no importa cómo sean los demás.

Vv. 8—10. Los cristianos deben evitar los gastos inútiles y tener cuidado de no contraer deudas que no puedan pagar. También deben alejarse de toda especulación aventurera y de los compromisos precipitados, y de todo lo que puedan exponerlos al peligro de no dar a cada uno lo que le es debido. No debáis nada a nadie. Dad a cada uno lo que le corresponda. No gastéis en vosotros lo que debe al prójimo. Sin embargo, muchos de los que son muy sensibles a los problemas, piensan poco del pecado de endeudarse. —El amor al prójimo incluye todos los deberes de la segunda tabla (de los mandamientos). Los últimos cinco mandamientos se resumen en esta ley real: Amarás a tu prójimo como a ti mismo; con la misma sinceridad con que te amas a ti, aunque no en la misma medida y grado. El que ama a su prójimo como a sí mismo, deseará el bienestar de su prójimo. Sobre este se edifica la regla de oro: hacer como queremos que nos hagan. El amor es un principio activo de obediencia de toda la ley. No sólo evitemos el daño a las personas, las conexiones, la propiedad y el carácter de los hombres, pero no hagamos ninguna clase ni grado de mal a nadie, y ocupémonos de ser útiles en cada situación de la vida.

Vv. 11—14. Aquí se enseñan cuatro cosas, como una lista del trabajo diario del cristiano. Cuando despertarse: ahora; y despertarse del sueño de la seguridad carnal, la pereza y la negligencia; despertarse del sueño de la muerte espiritual, y del sueño de la muerte espiritual. Considera el tiempo: un tiempo ocupado, un tiempo peligroso. Además, la salvación está cerca, a la mano. Ocupémonos de nuestro camino y hagamos nuestra paz, que estamos más cerca del final de nuestro viaje. —Además, preparémonos. La noche casi ha pasado, el día está a la mano; por tanto, es tiempo de vestirnos. Obsérvese qué debemos quitarnos: la ropa usada en la noche. Desechad las obras pecaminosas de las tinieblas. Obsérvese qué debemos ponernos, cómo vestir nuestras almas. Vestíos la armadura de la luz. El cristiano debe reconocerse desnudo si no está armado. Las gracias del Espíritu son esta armadura, para asegurar al alma contra las tentaciones de Satanás y los ataques del presente mundo malo. Vestíos de Cristo: eso lo incluye todo. Vestíos de la justicia de Dios para la justificación. Vestíos el Espíritu y la gracia de Cristo para santificación. Debéis vestiros del Señor Jesucristo como Señor que os gobierna, como Jesús que os salva; y en ambos casos, como Cristo ungido y nombrado por el Padre para la obra de reinar y salvar. —Cómo caminar. Cuando estamos de pie y listos, no tenemos que sentarnos tranquilamente, sino salir afuera: andemos. El cristianismo nos enseña a andar para complacer a Dios que nos ve siempre. Anda honestamente, como de día evitando las obras de las tinieblas. Donde hay tumultos y ebriedad suele haber libertinaje y lascivia, discordia y envidia. Salomón las juntó a todas, Proverbios xxiii, 29–35. Fíjate en la provisión que harás. Nuestro mayor cuidado debe ser por nuestras almas: ¿pero debemos no cuidar nuestros cuerpos? Sí, pero hay dos cosas prohibidas. Confundirnos con afán ansioso y perturbador, y darnos el gusto de los deseos ilícitos. Las necesidades naturales deben ser suplidas, pero hay que controlar y negarse los malos apetitos. Nuestro deber es pedir carne para nuestras necesidades, se nos enseña a orar pidiendo el pan cotidiano, pero pedir carne para nuestras lujurias es provocar a Dios, Salmo lxxviii, 18.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—13. *Se advierte a los convertidos judíos que no juzguen; y a los creyentes gentiles, que no se desprecien unos a otros.* 14—23. *Se exhorta a los gentiles que cuiden de ofender cuando usan cosas indiferentes.*

Vv. 1—13. Las diferencias de opinión prevalecían hasta entre los seguidores inmediatos de Cristo y sus discípulos. San Pablo no intentó terminarlas. El asentimiento forzoso de cualquier doctrina o la conformidad con los ritos externos sin estar convencido, es hipócrita e infructuoso. Los intentos de producir la unanimidad absoluta de los cristianos serán inútiles. Que la comunión cristiana no sea perturbada por discordias verbales. Bueno será que nos preguntemos, cuando estamos tentados a desdeñar y culpar a nuestros hermanos, ¿no los ha reconocido Dios? y si Él lo ha hecho, ¿me atrevo yo a desconocerlos? —Que el cristiano que usa su libertad no desprecie a su hermano débil por ignorante y supersticioso. Que el creyente escrupuloso no busque defectos en su hermano, porque Dios le aceptó, sin considerar las distinciones de las carnes. Usurpamos el lugar de Dios cuando nos ponemos a juzgar así los pensamientos e intenciones del prójimo, los cuales están fuera de nuestra vista. Muy parecido era el caso acerca de guardar los días. Los que sabían que todas estas cosas fueron terminadas por la venida de Cristo, no se fijaban en las festividades de los judíos. —Pero no basta con que nuestras conciencias consientan a lo que hacemos; es necesario que sea certificado por la palabra de Dios. Cuidate de actuar contra tu conciencia cuando duda. Somos buenos para hacer de nuestras opiniones la norma de verdad, para considerar ciertas las cosas que para otros son dudosas. De esta manera, a menudo los cristianos se desprecian o se condenan mutuamente por asuntos dudosos de poca importancia. El reconocimiento agradecido de Dios, Autor y Dador de todas nuestras misericordias, las santifica y las endulza.

Vv. 7—13. Aunque algunos son débiles y otros son fuertes, todos deben, no obstante, estar de acuerdo en no vivir para sí mismos. Nadie que haya dado su nombre a Cristo tiene permiso para ser egoísta; eso es contrario al cristianismo verdadero. La actividad de nuestras vidas no es complacernos a nosotros mismos, sino complacer a Dios. Cristianismo verdadero es el que hace a Cristo el todo en todo. Aunque los cristianos sean de diferentes fuerzas, capacidades y costumbres en cuestiones menores, aún así, todos son del Señor; todos miran a Cristo, le sirven y buscan ser aprobados por Él. Él es el Señor de los que están vivos y los manda, a los que están muertos, los revive y los levanta. Los cristianos no deben juzgarse ni despreciarse unos a otros, porque tanto el uno como el otro deben rendir cuentas dentro de poco. Una consideración creyente del juicio del gran día, debiera silenciar los juicios apresurados. Que cada hombre escudriñe su corazón y su vida; aquel que es estricto para juzgarse y humillarse, no es apto para juzgar y despreciar a su hermano. Debemos cuidarnos de decir y hacer cosas que puedan hacer que otros tropiecen o caigan. Lo uno significa un grado menor de ofensa, lo otro uno mayor, los cuales pueden ser ocasión de pena o de culpa para nuestro hermano.

Vv. 14—18. Cristo trata bondadosamente a los que tienen la gracia verdadera aunque sean débiles en ella. Considérese la intención de la muerte de Cristo: además, de llevar un alma al pecado amenaza destruir esa alma. Cristo se negó por nuestros hermanos, al morir por ellos, y ¿nosotros no nos negaremos por ellos, al resguardarlos de toda indulgencia? —No podemos impedir que las lenguas desenfundadas hablen mal, pero no debemos darles la ocasión. Debemos negarnos en muchos casos, de lo que es lícito, cuando nuestro quehacer pueda dañar nuestra buena fama. Nuestro bien suele venir de que hablan mal de nosotros, porque usamos las cosas lícitas de manera egoísta y nada caritativa. Como valoramos la reputación de lo bueno que profesamos y practicamos, busquemos aquello de lo cual no pueda hablarse mal. Justicia, paz y gozo son palabras de enorme significado. En cuanto a Dios, nuestro gran interés es presentarnos ante Él justificados por la muerte de Cristo, santificados por el Espíritu de su gracia, porque el justo Señor ama la justicia. En cuanto a nuestros hermanos, es vivir en paz, y amor, y caridad con ellos: siguiendo la paz con todos los hombres. En cuanto a nosotros mismos, es el gozo en el Espíritu Santo; ese gozo espiritual obrado por el bendito Espíritu en los corazones de los creyentes, que respeta a Dios como su Padre reconciliado, y al cielo como su hogar esperado. Respecto a cumplir nuestros deberes para con

Cristo, Él solo puede hacerlos aceptables. Son más agradables a Dios los que más se complacen en Él; y abundan en paz y gozo del Espíritu Santo. Son aprobados por los hombres sabios y buenos; y la opinión de los demás no tiene que tomarse en cuenta.

Vv. 19—23. Muchos que desean la paz y hablan de ella en voz alta, no siguen las cosas que hacen la paz. Mansedumbre, humildad, abnegación y amor, hacen la paz. No podemos edificar uno sobre otro mientras peleamos y contendemos. Muchos destruyen la obra de Dios en sí mismos por la comida y la bebida; nada destruye más el alma de un hombre que halagar y complacer la carne, y satisfacer su lujuria; así otros son perjudicados, por una ofensa voluntariamente cometida. Las cosas lícitas pueden volverse ilícitas si se hacen ofendiendo al hermano. Esto comprende todas las cosas indiferentes por las cuales un hermano sea llevado a pecar, o a meterse en problemas; o que hacen que se debiliten sus gracias, sus consuelos o sus resoluciones. ¿Tienes fe? Esa se refiere al conocimiento y claridad en cuanto a nuestra libertad cristiana. Disfruta la comodidad que da, pero no perturbes a los demás por el mal uso de ella. Tampoco podemos actuar contra una conciencia que está con dudas. ¡Qué excelentes son las bendiciones del reino de Cristo, que no consiste de ritos y ceremonias externas, sino de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo! ¡Qué preferible es el servicio de Dios respecto de todos los demás servicios! Al servir a Dios no somos llamados a vivir y a morir por nosotros mismos, sino por Cristo, al cual pertenecemos y al cual debemos servir.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—7. *Instrucciones sobre cómo comportarse con el débil.* 8—13. *Todos se reciben unos a otros como hermanos.* 14—21. *La escritura y la predicación del apóstol.* 22—29. *Sus viajes propuestos.* 30—33. *Les pide oraciones.*

Vv. 1—7. La libertad cristiana se permitió, no para nuestro placer, sino para la gloria de Dios y para bien del prójimo. Debemos agradar a nuestro prójimo por el bien de su alma; no para servir su malvada voluntad, ni contentarlo de manera pecaminosa; si así buscamos agradar a los hombres, no somos siervos de Cristo. Toda la vida de Cristo fue una vida de negación y no agradarse a sí mismo. El que más se conforma a Cristo es el cristiano más avanzado. Considerando su pureza y santidad inmaculadas, nada podía ser más contrario a Él, que ser hecho pecado y maldición por nosotros, y que cayeran sobre Él los reproches de Dios: el justo por el injusto. Él llevó la culpa del pecado, y la maldición de éste; nosotros sólo somos llamados a soportar un poco del problema. Él llevó los pecados impertinentes del impío; nosotros sólo somos llamados a soportar las fallas del débil. ¿Y no debiéramos ser humildes, abnegados y dispuestos para considerarnos los unos a otros que somos miembros unos de otros? —Las Escrituras se escribieron para que nosotros las usemos y nos beneficiemos, tanto como para aquellos a los que se dieron primeramente. —Los más poderosos en las Escrituras son los más doctos. El consuelo que surge de la palabra de Dios es lo más seguro, dulce y grandioso para anclar la esperanza. El Espíritu como Consolador es las arras de nuestra herencia. Esta unanimidad debe estar de acuerdo con el precepto de Cristo, conforme a su patrón y ejemplo. Es dádiva de Dios, y dádiva preciosa es, por la cual debemos buscarle fervorosamente. Nuestro Maestro divino invita a sus discípulos y los alienta mostrándose a ellos manso y humilde de espíritu. La misma disposición debe caracterizar la conducta de sus siervos, especialmente la del fuerte para con el débil. —El gran fin de todos nuestros actos debe ser que Dios sea glorificado; nada fomenta esto más que el amor y la bondad mutuo de los que profesan la religión. Quienes concuerdan en Cristo, bien pueden concordar entre ellos.

Vv. 8—13. Cristo cumplió las profecías y las promesas relacionadas con los judíos y los convertidos gentiles no tienen excusa para despreciarlas. Los gentiles, al ser puestos en la Iglesia, son compañeros de paciencia y tribulación. —Deben alabar a Dios. El llamado a todas las naciones para que alaben al Señor, indica que ellos tendrán conocimiento de Él. Nunca buscaremos a Cristo

mientras no confiemos en Él. Todo el plan de redención está adaptado para que nos reconciliemos unos con otros, y con nuestro bondadoso Dios, de modo que podamos alcanzar la esperanza permanente de la vida eterna por medio del poder santificador y consolador del Espíritu Santo. Nuestro propio poder nunca lograría esto; por tanto, donde esté esta esperanza, y abunde, es el Espíritu bendito quien debe tener toda la gloria. “Todo gozo y paz”; toda clase de verdadero gozo y paz para quitar las dudas y los temores por la obra poderosa del Espíritu Santo.

Vv. 14—21. El apóstol estaba convencido que los cristianos romanos estaban llenos con un espíritu bueno y afectuoso, y de conocimiento. Les había escrito para recordarles sus deberes y sus peligros, porque Dios le había nombrado ministro de Cristo para los gentiles. Pablo les predicó; pero lo que los convirtió en sacrificios para Dios fue su santificación; no la obra de Pablo, sino la obra del Espíritu Santo: las cosas impías nunca pueden ser gratas para el santo Dios. La conversión de las almas pertenece a Dios; por tanto, es la materia de que se gloria Pablo; no de las cosas de la carne. Pero aunque era un gran predicador, no podía hacer obediente a ninguna alma, más allá de lo que el Espíritu Santo acompañara sus labores. Procuró principalmente el bien de los que estaban en tinieblas. Sea cual fuere el bien que hagamos, es Cristo quien lo hace por nosotros.

Vv. 22—29. El apóstol buscaba las cosas de Cristo más que su propia voluntad, y no podía dejar su obra de plantar iglesias para ir a Roma. Conciérne a todos hacer primero lo que sea más necesario. No debemos tomar a mal si nuestros amigos prefieren una obra que agrada a Dios antes que las visitas y los cumplidos que pueden complacernos a nosotros. —De todos los cristianos se espera justamente que promuevan toda buena obra, especialmente la bendita obra de la conversión de almas. La sociedad cristiana es un cielo en la tierra, una primicia de nuestra reunión con Cristo en el gran día, pero es parcial comparada con nuestra comunión con Cristo, porque sólo ella satisfará al alma. —El apóstol iba a Jerusalén como mensajero de la caridad. Dios ama al dador alegre. — Todo lo que pasa entre los cristianos debe ser prueba y ejemplo de la unión que tienen en Jesucristo. Los gentiles recibieron el evangelio de salvación por los judíos; por tanto, estaban obligados a ministrarles lo que era necesario para el cuerpo. Respecto de lo que esperaba de ellos habla dubitativamente aunque habla confiado acerca de lo que esperaba de Dios. ¡Qué delicioso y ventajoso es tener el evangelio con la plenitud de sus bendiciones! ¡Qué efectos maravillosos y felices produce cuando se acompaña con el poder del Espíritu!

Vv. 30—33. Aprendamos a valorar la oración ferviente y eficaz del justo. ¡Cuánto cuidado debemos tener, para no abandonar nuestro interés en el amor y las oraciones del pueblo suplicante de Dios! Si hemos experimentado el amor del Espíritu, no nos faltemos en este oficio de bondad para con el prójimo. —Los que prevalecen en oración, deben esforzarse en oración. Los que piden las oraciones de otras personas, no deben descuidar sus oraciones. Aunque conoce perfectamente nuestro estado y nuestras necesidades, Cristo quiere saberlo de nosotros. Como debemos buscar a Dios para que refrene la mala voluntad de nuestros enemigos, así también debemos hacerlo para preservar y aumentar la buena voluntad de nuestros amigos. Todo nuestro gozo depende de la voluntad de Dios. Seamos fervientes en las oraciones con otros y por otros, para que, por amor a Cristo, y por el amor del Espíritu Santo, puedan venir grandes bendiciones a las almas de los cristianos y a las labores de los ministros.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—16. *El apóstol encomienda a Febe a la iglesia de Roma, y saluda a varios amigos de allá.* 17—20. *Advierte a la iglesia contra los que hacen divisiones.* 21—24. *Los saludos cristianos.* 25—27. *La epístola concluye dando la gloria a Dios.*

Vv. 1—17. Pablo encomienda a Febe a los cristianos de Roma. Corresponde a los cristianos

ayudarse unos a otros en sus asuntos, especialmente a los forasteros; no sabemos qué ayuda podremos necesitar nosotros mismos. Pablo pide ayuda para una que ha sido útil para muchos; el que riega también será regado. —Aunque el cuidado de todas las iglesias estaba con él a diario, podía recordar a muchas personas y enviar saludos a cada una, con sus caracteres particulares y expresar interés por ellos. —Para que nadie se sienta herido, como si Pablo se hubiera olvidado de ellos, manda sus recuerdos al resto, como hermanos y santos, aunque no los nombra. Agrega, al final, un saludo general para todos ellos en el nombre de las iglesias de Cristo.

Vv. 17—20. ¡Cuán fervientes, cuán afectuosas son estas exhortaciones! Lo que se parta de la sana doctrina de las Escrituras es algo que abre la puerta a la división y a las ofensas. Si se abandona la verdad, no durarán mucho la paz y la unidad. Muchos que llaman Maestro, Señor, a Cristo, distan mucho de servirle, porque sirven sus intereses mundanos, sensuales y carnales. Corrompen la cabeza engañando al corazón; pervierten los juicios porque se enredan en los afectos. Tenemos gran necesidad de cuidar nuestros corazones con toda diligencia. La política corriente de los seductores es imponerse sobre los que están ablandados por sus convicciones. El temperamento dócil es bueno cuando está bien guiado, de lo contrario puede ser llevado a descarriarse. Sed tan sabios como para no ser engañados, pero tan sencillos como para no engañar. —La bendición de Dios que espera el apóstol es la victoria sobre Satanás. Esto incluye todos los designios y estrategias de Satanás contra las almas, para contaminarlas, perturbarlas y destruirlas; todos sus intentos son para obstaculizarnos la paz del cielo aquí, y la posesión del cielo en el más allá. Cuando parezca que Satanás prevalece, y que estamos listos para darlo todo por perdido, entonces intervendrá el Dios de paz por nosotros. Por tanto, resistid con fe y paciencia un poco más. Si la gracia de Cristo está con nosotros, ¿quién puede vencernos?

Vv. 21—24. El apóstol agrega recuerdos afectuosos de personas que están con él, conocidos por los cristianos de Roma. Gran consuelo es ver la santidad y el servicio de nuestros parientes. No son llamados muchos nobles, ni muchos poderosos, pero algunos los son. Es lícito que los creyentes desempeñen oficios civiles y sería deseable que todos los oficios de los países cristianos, y de la Iglesia, fueran encargados a cristianos prudentes y firmes.

Vv. 25—27. Lo que confirma las almas es la clara predicación de Jesucristo. Nuestra redención y salvación hecha por el Señor Jesucristo, incuestionablemente es el gran misterio de la piedad. Sin embargo, bendito sea Dios, que tanto de este misterio sea claro como para llevarnos al cielo, si no rechazamos voluntariamente una salvación tan grande. La vida y la inmortalidad son sacadas a la luz por el evangelio, y el Sol de Justicia se levanta sobre el mundo. Las Escrituras de los profetas, lo que dejaron por escrito, no sólo es claro en sí, sino que por ellas se da a conocer este misterio a todas las naciones. Cristo es salvación para todas las naciones. El evangelio es revelado, no para conversarlo ni para debatirlo, sino para someterse a él. La obediencia de fe es la obediencia dada a la palabra de la fe, y que viene por la gracia de la fe. —Toda la gloria que el hombre caído dé a Dios, para ser aceptado por Él, debe ser por medio del Señor Jesús, porque en Él solo pueden ser agradables para Dios nuestras personas y nuestras obras. Debemos mencionar esta justicia, como suya solamente, de Aquel que es el Mediador de todas nuestras oraciones, porque Él es y será, por la eternidad, el Mediador de todas nuestras alabanzas. Recordando que somos llamados a la obediencia de fe, y que todo grado de sabiduría es del único sabio Dios, debemos rendir a Él, por palabra y obra, la gloria por medio de Jesucristo; para que, así esté la gracia de nuestro Señor Jesucristo con nosotros para siempre.

Henry, Matthew

PRIMERA DE CORINTIOS

La iglesia de Corinto tenía algunos judíos, pero más gentiles, y el apóstol tuvo que luchar con la superstición de unos y la conducta pecaminosa de otros. La paz de esta iglesia era perturbada por falsos maestros que saboteaban la influencia del apóstol. Resultaron dos bandos: uno que defendían celosamente las ceremonias judías, el otro que se permitía excesos contrarios al evangelio, a los cuales eran llevados, especialmente, por la lujuria y los pecados que los rodeaban. Esta epístola se escribió para reprender la conducta desordenada, de lo cual se había informado al apóstol, y para aconsejar acerca de algunos puntos sobre los que los corintios solicitaron su juicio. De modo que, el alcance era doble. —1. Aplicar remedios apropiados a los desórdenes y abusos que prevalecían entre ellos. —2. Dar respuesta satisfactoria a todos los puntos sobre los cuales se deseaba su consejo. El discurso es muy notable por la mansedumbre cristiana, si bien es firme, con que escribe el apóstol, y por ir desde las verdades generales directamente a oponerse a los errores y mala conducta de los corintios. Expone la verdad y la voluntad de Dios acerca de diversas materias con gran fuerza argumentativa y animado estilo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—9. *Saludo y agradecimiento.* 10—16. *Exhortación al amor fraternal, y reprensión por las divisiones.* 17—25. *La doctrina del Salvador crucificado, que promueve la gloria de Dios,* 26—31. *y humilla a la criatura ante Él.*

Vv. 1—9. Todos los cristianos son dedicados y consagrados a Cristo por el bautismo, y tienen la obligación estricta de ser santos, porque en la Iglesia *verdadera* de Dios están todos los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, y que le invocan como el Dios manifestado en carne, para todas las bendiciones de la salvación; los cuales le reconocen y obedecen como Señor de ellos, y Señor de todo; no incluye a otras personas. El cristiano se distingue del profano y del ateo, porque no osa vivir sin oración; y se puede distinguir de los judíos y paganos en que invoca el nombre de Cristo. —Nótese con cuánta frecuencia repite el apóstol en estos versículos las palabras, nuestro Señor Jesucristo. Temía no mencionarlo con bastante honra y frecuencia. El apóstol da su saludo habitual a todos los que invocan a Cristo, deseando de Dios, para ellos, la misericordia que perdona, la gracia que santifica, y la paz que consuela, a través de Jesucristo. —Los pecadores no pueden tener paz de Dios, ni nada de Él, sino por medio de Cristo. —Da gracias por la conversión de ellos a la fe de Cristo; esa gracia les fue dada por Jesucristo. Ellos habían sido enriquecidos por Él con todos los dones espirituales. Habla de palabras y conocimiento. Donde Dios ha dado estos dos dones, ha dado gran poder para el servicio. Estos eran dones del Espíritu Santo, por los cuales, Dios daba testimonio de los apóstoles. —Los que esperan la venida de nuestro Señor Jesucristo, serán sostenidos por Él hasta el final; éstos serán sin culpa en el día de Cristo, hechos así por la rica y libre gracia. ¡Qué gloriosas son las esperanzas de tal privilegio: estar resguardados por el poder de Cristo del poder de nuestras corrupciones y de las tentaciones de Satanás!

Vv. 10—16. Sed unánimes en las grandes cosas de la religión; donde no hay unidad de sentimiento, que haya al menos unión del afecto. El acuerdo en las cosas grandes debiera hacer menguar las divisiones sobre las menores. Habrá unión perfecta en el cielo y, mientras más nos acerquemos a ella en la tierra, más cerca llegaremos de la perfección. —Pablo y Apolos eran ambos fieles ministros de Jesucristo, y ayudantes de su fe y gozo; pero los que estaban dispuestos a ser beligerantes, se dividieron en bandos. Tan sujetas están las mejores cosas a corromperse, que el evangelio y sus instituciones son hechos motores de discordia y contención. Satanás siempre se ha propuesto estimular la discordia entre los cristianos, como uno de sus principales ingenios contra el evangelio. —El apóstol le dejó a los otros ministros el bautismo, mientras que él predicaba el evangelio, como obra más útil.

Vv. 17—25. Pablo había sido criado en el saber judío; pero la clara predicación de Jesús crucificado era más poderosa que toda la oratoria y filosofía del mundo pagano. Esta es la suma y la sustancia del evangelio. Cristo crucificado es el fundamento de todas nuestras esperanzas, la fuente de todo nuestro gozo. Nosotros vivimos por su muerte. La predicación de la salvación de los pecadores perdidos por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios, si se explica y aplica fielmente, parece locura para los que van por el camino de la destrucción. El sensual, el codicioso, el ambicioso, el orgulloso, por igual, ven que el evangelio se opone a sus empresas preferidas. Pero los que reciben el evangelio, y son iluminados por el Espíritu de Dios, ven más de la sabiduría y el poder de Dios en la doctrina de Cristo crucificado, que en todas sus otras obras. —Dios dejó a una gran parte de la humanidad librada a seguir los dictados de la razón jactanciosa del hombre, y el hecho ha demostrado que la sabiduría humana es necedad, e incapaz de encontrar o retener el conocimiento de Dios como Creador. Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Por la locura de la predicación, no por lo que justamente podría llamarse predicación loca, sino que la cosa predicada era locura para los hombres sabios según el mundo. El evangelio siempre fue, y será, necedad para todos los que van por el camino de la destrucción. El mensaje de Cristo, entregado con sencillez, ha sido siempre una piedra de toque por la cual los hombres pueden saber por qué camino viajan. Pero la despreciada doctrina de la salvación por fe en el Salvador crucificado, Dios en naturaleza humana que compra a la Iglesia con su sangre, para salvar a multitudes, a todos los que creen, de la ignorancia, el engaño y el vicio, ha sido bendecida en toda época. Los instrumentos más débiles que Dios usa, son más fuertes en sus efectos que los hombres más fuertes. No se trata que haya necedad o debilidad en Dios, sino que lo que los hombres consideran tales, superan toda su admirada sabiduría y poder.

Vv. 26—31. Dios no eligió filósofos, oradores, estadistas ni hombres ricos, poderosos e interesados en el mundo para publicar el evangelio de gracia y paz. Juzga mejor cuáles hombres y qué medidas sirven los propósitos de su gloria. —Aunque no son muchos los nobles habitualmente llamados por la gracia divina, ha habido algunos de ellos en toda época, que no se han avergonzado del evangelio de Cristo; porque las personas de todo rango necesitan la gracia que perdona. A menudo, el cristiano humilde, aunque pobre según el mundo, tiene más conocimiento verdadero del evangelio que los que han hecho del estudio de la letra de la Escritura el objeto de sus vidas, pero que la estudian como testigos de hombres más que como palabra de Dios. Hasta los niños pequeños logran tal conocimiento de la verdad divina como para silenciar a los infieles. La razón es que Dios les enseña; la intención es que ninguna carne se gloríe en su presencia. Esa distinción, la única en la cual podrían gloriarse no es de ellos mismos. Fue por la opción soberana y la gracia regeneradora de Dios que ellos estaban en Jesucristo por fe. Él nos es hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención: todo lo que necesitamos o podemos desear. Nos es hecho sabiduría para que por su palabra y su Espíritu, y de su plenitud y tesoros de sabiduría y conocimiento, podamos recibir todo lo que nos hará sabios para salvación, y aptos para todo servicio al que seamos llamados. Somos culpables, destinados al justo castigo; pero, es hecho justicia, nuestra gran expiación y sacrificio. Somos depravados y corruptos; Él es hecho santificación, la fuente de nuestra vida espiritual: de Él, la Cabeza, es dada a su cuerpo por su Espíritu Santo. Estamos esclavizados, y nos es hecho redención, nuestro Salvador y Libertador. Donde Cristo sea hecho

justicia para un alma, también es hecho santificación. Nunca absuelve de la culpa del pecado sin liberar de su poder; es hecho justicia y santificación, para que, al final, sea hecho redención completa; pueda liberar al alma del ser de pecado, y librar el cuerpo de las cadenas del sepulcro. Esto es para que toda carne, conforme a la profecía de Jeremías, capítulo ix, 23, pueda gloriarse en el favor especial, en la gracia absolutamente suficiente, y la preciosa salvación de Jehová.

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *La manera sencilla en que el apóstol predica a Cristo crucificado.* 6—9. *La sabiduría contenida en esta doctrina.* 10—16. *No puede conocerse debidamente sino por el Espíritu Santo.*

Vv. 1—5. En su Persona, oficios y sufrimientos, Cristo es la suma y la sustancia del evangelio, y debe ser el gran tema de la predicación de un ministro del evangelio, pero no tanto como para dejar fuera otras partes de la verdad y de la voluntad revelada de Dios. Pablo predicaba todo el consejo de Dios. —Pocos saben el temor y el temblor de los ministros fieles por el profundo sentido de su propia debilidad. Ellos saben cuán insuficientes son, y temen por sí mismos. Cuando nada sino Cristo crucificado es predicado con claridad, el éxito debe ser enteramente del poder divino que acompaña a la palabra, y de esta manera, los hombres son llevados a creer, a la salvación de sus almas.

Vv. 6—9. Los que reciben la doctrina de Cristo como divina, y habiendo sido iluminados por el Espíritu Santo, han mirado bien en ella, no sólo ven la clara historia de Cristo, y a éste crucificado, sino los profundos y admirables designios de la sabiduría divina. Es el misterio hecho manifiesto a los santos, Colosenses i, 26, aunque anteriormente escondido del mundo pagano; sólo se le mostró en tipos oscuros y profecías distantes, pero ahora es revelado y dado a conocer por el Espíritu de Dios. —Jesucristo es el Señor de gloria, título demasiado grande para toda criatura. Hay muchas cosas que la gente no haría si conociera la sabiduría de Dios en la gran obra de la redención. Hay cosas que Dios ha preparado para los que le aman, y le esperan, cosas que los sentidos no pueden descubrir, que ninguna enseñanza puede transmitir a nuestros oídos, ni pueden aún entrar a nuestros corazones. Debemos tomarlas como están en las Escrituras, como quiso Dios revelárnoslas.

Vv. 10—16. Dios nos ha revelado sabiduría verdadera por su Espíritu. Esta es una prueba de la autoridad divina de las Sagradas Escrituras, 2 Pedro i, 21.

21. Véase, como prueba de la divinidad del Espíritu Santo, que conoce todas las cosas y escudriña todas las cosas, aun las cosas profundas de Dios. Nadie puede saber las cosas de Dios, sino su Espíritu Santo, que es uno con el Padre y el Hijo, y que da a conocer los misterios divinos a su Iglesia. Este es un testimonio muy claro de la verdadera divinidad y de la personalidad del Espíritu Santo. —Los apóstoles no fueron guiados por principios mundanos. Recibieron del Espíritu de Dios la revelación de estas cosas, y del mismo Espíritu recibieron su impresión salvadora. Estas cosas son las que declararon con un lenguaje claro y sencillo, enseñado por el Espíritu Santo, totalmente diferente de la afectada oratoria o palabras seductoras de la humana sabiduría. El hombre natural, el hombre sabio del mundo, no recibe las cosas del Espíritu de Dios. La soberbia del razonamiento carnal es tan opuesta a la espiritualidad como la sensualidad más baja. La mente santa discierne las bellezas verdaderas de la santidad, pero no pierde el poder de discernir y juzgar las cosas comunes y naturales. El hombre carnal es extraño a los principios, goces y actos de la vida divina. Sólo el hombre espiritual es una persona a quien Dios da el conocimiento de su voluntad. ¡Qué poco han conocido la mente de Dios por el poder natural! El Espíritu capacitó a los apóstoles para dar a conocer su mente. La mente de Cristo y la mente de Dios en Cristo nos son dadas a conocer plenamente en las Sagradas Escrituras. El gran privilegio de los cristianos es que tienen la

mente de Cristo, revelada a ellos por su Espíritu. Ellos experimentan su poder santificador en sus corazones y dan buen fruto en sus vidas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Los corintios son reprendidos por sus discusiones.* 5—9. *Los siervos verdaderos de Cristo nada pueden hacer sin Él.* 10—15. *Es el único fundamento, y cada uno debe cuidar lo que edifica sobre Él.* 16, 17. *Las iglesias de Cristo deben mantenerse puras y ser humildes.* 18—23. *No deben gloriarse en los hombres porque los ministros y todas las demás cosas son suyas por medio de Cristo.*

Vv. 1—4. Las verdades más claras del evangelio, en cuanto a la pecaminosidad del hombre y la misericordia de Dios, el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo, expresadas en el lenguaje más sencillo, le vienen mejor a la gente que los misterios más profundos. Los hombres pueden tener mucho conocimiento doctrinal, pero ser sólo principiantes en la vida de fe y experiencia. —Las discusiones y la peleas sobre la religión son tristes pruebas de carnalidad. La verdadera religión hace pacíficos a los hombres, no belicosos. Hay que lamentar que muchos que debieran andar como cristianos, vivan y actúen demasiado como los otros hombres. Muchos profesantes y predicadores también, muestran que son carnales aún por discordias vanagloriosas, la ansiedad por entrar en debate, y la facilidad para despreciar a otros y hablar mal de ellos.

Vv. 5—9. Los ministros por los cuales discutían los corintios, eran sólo instrumentos usados por Dios. No debemos poner a los ministros en el lugar de Dios. El que planta y el que riega son uno, empleados por un Maestro, encargados de la misma revelación, ocupados en una obra y dedicados a una intención. Tienen sus dones diferentes del solo y mismo Espíritu, para los mismos propósitos; y deben ejecutar de todo corazón la misma intención. A los que trabajan más duro, les irá mejor. Los que sean más fieles, tendrán la recompensa mayor. Obran con Dios, para promover los propósitos de su gloria, y la salvación de almas preciosas; y Aquel que conoce su obra se ocupará de que no laboren en vano. Son empleados en su viña y en su casa y Él se ocupará cuidadosamente de ellos.

Vv. 10—15. El apóstol era un perito constructor pero la gracia de Dios lo hizo así. El orgullo espiritual es abominable; es usar los favores más grandes de Dios para alimentar nuestra vanidad, y hacer ídolos de nosotros mismos. Pero que todo hombre se cuide: puede haber mala edificación sobre un fundamento bueno. Nada debe ponerse encima sino lo que el fundamento soporte, y que sea de una pieza con él. No nos atrevamos a unir una vida meramente humana o carnal con la fe divina, la corrupción del pecado con la confesión del cristianismo. Cristo es la Roca de los tiempos, firme, eterno e inmutable; capaz de soportar, de todas maneras, todo el peso que Dios mismo o el pecador puedan poner encima de Él; tampoco hay salvación en ningún otro. Quite la doctrina de Su expiación y no hay fundamento para nuestras esperanzas. Hay dos clases de los que se apoyan en este fundamento. Algunos se aferran a nada sino a la verdad como es en Jesús, y no predicán otra cosa. Otros edifican sobre el buen fundamento lo que no pasará el examen cuando llegue el día de la prueba. Podemos equivocarnos con nosotros mismos y con los demás, pero viene el día en que se mostrarán nuestras acciones bajo la luz verdadera, sin encubrimientos ni disfraces. Los que difundan la religión verdadera y pura en todas sus ramas y cuya obra permanezca en el gran día, recibirán recompensa, ¡cuánto más grande! ¡Cuánto más excederán a sus deserciones! Hay otros cuyas corruptas opiniones y doctrinas y vanas invenciones y prácticas en el culto a Dios serán reveladas, desechadas y rechazadas en aquel día. Esto claramente se dice de un fuego figurado, no uno real, porque ¿qué fuego real puede consumir ritos o doctrinas religiosas? Es para probar las obras de cada hombre, los de Pablo y los de Apolos, y las de otros. Consideremos la tendencia de nuestras empresas, comparémoslas con la palabra de Dios, y juzguemos nosotros mismos para que no seamos juzgados por el Señor.

Vv. 16, 17. De otras partes de la epístola surge que los falsos maestros de los corintios enseñaban doctrinas impías. Tal enseñanza tendía a corromper, a contaminar, y a destruir el edificio que debe mantenerse puro y santo para Dios. Los que difunden principios relajados, que hacen impía a la Iglesia de Dios, se acarrearán destrucción a sí mismos. Cristo habita por su Espíritu en todos los creyentes verdaderos. Los cristianos son santos por profesión de fe y deben ser puros y limpios de corazón y de conversación. Se engaña al que se considera templo del Espíritu Santo, pero no se preocupa por la santidad personal o la paz y la pureza de la Iglesia.

Vv. 18—23. Tener una opinión elevada de nuestra propia sabiduría no es sino halagarnos y el halago de uno mismo es el paso que sigue al de engañarse uno mismo. La sabiduría que estiman los hombres mundanos es necedad para Dios. ¡Con cuánta justicia Él desprecia y con cuánta facilidad puede Él confundirlo e impedir su progreso! Los pensamientos de los hombres más sabios del mundo tienen vanidad, debilidad y necedad en ellos. Todo esto debe enseñarnos a ser humildes y ponernos en disposición para ser enseñados por Dios, como para que las pretensiones de la sabiduría y pericia humanas no nos descarríen de las claras verdades reveladas por Cristo. La humanidad es muy buena para oponerse al designio de las misericordias de Dios. —Obsérvese las riquezas espirituales del creyente verdadero: “Todas son tuyas” hasta los ministros y las ordenanzas. Sí, el mundo mismo es tuyo. Los santos tienen tanto de éste como la sabiduría infinita estime conveniente para ellos, y lo tienen con la bendición divina. La vida es tuya, para que tengas tiempo y oportunidad de prepararte para la vida del cielo; y la muerte es tuya para que puedas ir a poseerlo. Es el buen mensajero que te saca del pecado y de la pena y te guía a la casa de tu Padre. Las cosas presentes son tuyas para sustentarte en el camino; las cosas venideras son tuyas para deleitarte por siempre al final de tu viaje. Si pertenecemos a Cristo, y somos leales a Él, todo lo bueno nos pertenece y es seguro para nosotros. Los creyentes son los súbditos de su reino. Él es el Señor de nosotros, debemos reconocer su dominio y someternos alegremente a su mandato. Dios en Cristo, reconciliando a sí mismos al mundo pecador, y derramando las riquezas de su gracia sobre un mundo reconciliado, es la suma y la sustancia del evangelio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *El carácter verdadero de los ministros del evangelio.* 7—13. *Precauciones contra despreciar al apóstol.* 14—21. *Reclama la consideración de ellos como su padre espiritual en Cristo, y muestra su preocupación por ellos.*

Vv. 1—6. Los apóstoles sólo eran siervos de Cristo, pero no tenían que ser menospreciados. Se les había encargado una gran misión, y por esa razón, tenían un oficio honroso. Pablo tenía una justa preocupación por su reputación, pero sabía que aquel que apunta principalmente a complacer a los hombres, no resultará ser un siervo fiel de Cristo. Es un consuelo que los hombres no sean nuestros jueces definitivos. No es hacer un buen juicio de nosotros mismos, ni justificarnos lo que finalmente nos dará seguridad y felicidad. Nuestro propio juicio sobre nuestra fidelidad no es más confiable que nuestras propias obras para nuestra justificación. —Viene el día en que los pecados secretos de los hombres serán sacados a la luz del día, y los secretos de sus corazones quedarán al descubierto. Entonces, todo creyente calumniado será justificado, y todo siervo fiel será aprobado y recompensado. La palabra de Dios es la mejor regla por la cual juzgar a los hombres. No debemos envanecernos unos contra otros si recordamos que todos somos instrumentos empleados por Dios y dotados por Él con talentos variados.

Vv. 7—13. No tenemos razón para ser orgullosos; todo lo que tenemos o somos o hacemos, que sea bueno, se debe a la gracia rica y libre de Dios. Un pecador arrebatado de la destrucción por la sola gracia soberana, debe ser muy absurdo e incoherente si se enorgullece de las dádivas libres de Dios. San Pablo explica sus propias circunstancias, versículo 9. Se alude a los espectáculos crueles

de los juegos romanos, donde se forzaba a los hombres a cortarse en pedazos unos a otros, para divertir a la gente; y donde el triunfador no escapaba vivo, aunque debía destruir a su adversario, porque era conservado sólo para otro combate más, y, hasta que fuera muerto. Pensar que hay muchos ojos puestos sobre los creyentes, cuando luchan con dificultades o tentaciones, debe estimular el valor y la paciencia. “Somos débiles, pero somos fuertes”. Todos los cristianos no son expuestos por igual. Algunos sufren tribulaciones más grandes que otros. —El apóstol entra a detallar sus sufrimientos. ¡Y cuán gloriosas son la caridad y la devoción que los hacen pasar por todas estas aflicciones! Sufrieron en sus personas y caracteres como los peores y más viles de los hombres, como la inmundicia misma del mundo, que debía ser barrida; sí, como el desecho de todas las cosas, la escoria de todas las cosas. Todo aquel que desee ser fiel a Jesucristo debe prepararse para la pobreza y el desprecio. Sea lo que sea lo que sufran los discípulos de Cristo de parte de los hombres, deben seguir el ejemplo y cumplir los preceptos y la voluntad de su Señor. Deben estar contentos con Él y por Él, por ser sometidos a desprecios y abusos. Mucho mejor es ser rechazado, despreciado y soportar abusos, como fue San Pablo, que tener la buena opinión y el favor del mundo. Aunque seamos desechados del mundo por viles, aun así, seamos preciosos para Dios, reunidos con su propia mano y puestos en su trono.

Vv. 14—21. Al reprender el pecado debemos distinguir entre los pecadores y sus pecados. Los reproches que se hacen con bondad y afecto, pueden reformar. Aunque el apóstol hablaba con autoridad de padre, prefería rogarles con amor. Como los ministros, tienen que dar el ejemplo, los otros deben seguirlo mientras sigan a Cristo en fe y práctica. Los cristianos pueden errar y diferir en sus puntos de vista, pero Cristo y la verdad cristiana son los mismos ayer, hoy y por siempre. — Dondequiera que el evangelio sea eficaz, no sólo va de palabra, sino también con poder, por el Espíritu Santo, reviviendo pecadores muertos, librando a las personas de la esclavitud del pecado y de Satanás, renovándolos por dentro y por fuera, y consolando, fortaleciendo y confirmando a los santos, lo que no puede hacerse con palabras persuasivas de los hombres, sino por el poder de Dios. Y es una condición feliz que un espíritu de amor y mansedumbre lleve la vara, pero manteniendo una justa autoridad.

CAPÍTULO V

Versículos 1—8. *El apóstol culpa a los corintios de complicidad con una persona incestuosa, 9—13. y da órdenes en cuanto a la conducta hacia los culpables de delitos escandalosos.*

Vv. 1—8. El apóstol nota un abuso flagrante, ante el cual los corintios hacían la vista gorda. El espíritu festivo y la falsa noción de la libertad cristiana parecen haber salvado al hechor de la censura. Sin duda es penoso que a veces, los que profesan el evangelio cometan delitos de los cuales se avergonzarían hasta los paganos. El orgullo espiritual y las falsas doctrinas tienden a introducir y a diseminar tales escándalos. ¡Cuán temibles son los efectos del pecado! El diablo reina donde Cristo no reina. El hombre está en el reino y bajo el poder de Satanás cuando no está en Cristo. —El mal ejemplo de un hombre influyente es muy dañino: se disemina por todas partes. Los principios y ejemplos corruptos dañan a toda la iglesia si no se corrigen. Los creyentes deben tener nuevos corazones y llevar vidas nuevas. La conversación corriente de ellos y sus obras religiosas deben ser santas. Tan lejos está el sacrificio de Cristo, nuestra Pascua, por nosotros de hacer innecesaria la santidad personal y la pública, que da poderosas razones y motivos para ella. Sin santidad no podemos vivir por fe en Él, ni unirnos a sus ordenanzas con consuelo y provecho.

Vv. 9—13. Los cristianos tienen que evitar la familiaridad con los que desprestigian el nombre cristiano. Los tales son compañía apta para sus hermanos de pecado, y en esa compañía deben ser dejados, cada vez que sea posible hacerlo. ¡Ay, que haya muchos llamados cristianos cuya conversación es más peligrosa que la de los paganos!

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Advertencias contra acudir a la ley de los tribunales paganos.* 9—11. *Pecados que excluyen del reino de Dios si se vive y muere en ellos.* 12—20. *Nuestros cuerpos, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo, no deben ser contaminados.*

Vv. 1—8. Los cristianos no deben contender unos contra otros, porque son hermanos. Eso evitaría muchos juicios legales, y terminaría con muchas peleas y disputas, si se atendiera debidamente. En los asuntos que nos perjudican mucho a nosotros o a nuestra familia, podríamos recurrir a los medios legales para hacer justicia, pero los cristianos deben tener una actitud perdonadora. Juzgad vosotros los asuntos en disputa antes de ir a las cortes por ellos. Son fruslerías y pueden arreglarse fácilmente si uno vence primero su propio espíritu. Soportad y tolerad y los hombres de más sencillos entre vosotros pueden terminar la disputa. Da vergüenza que entre los cristianos, peleas de poca monta crezcan de tal manera, que los hermanos no puedan resolverlas. La paz mental del hombre y la tranquilidad de su prójimo valen más que la victoria. Los juicios legales no pueden tener cabida entre hermanos a menos que haya faltas en ellos.

Vv. 9—11. Se advierte a los corintios de muchos males grandes, de los cuales habían sido culpables anteriormente. Hay mucha fuerza en estas preguntas cuando consideramos que se dirigen a un pueblo envanecido con la ilusión de ser superior a los demás en sabiduría y conocimiento. Toda injusticia es pecado; todo pecado reinante, sí, todo pecado actual, cometido con intención, y del cual no se ha arrepentido, excluye del reino del cielo. No os engaños. Los hombres se inclinan mucho a halagarse a sí mismos con que pueden vivir en pecado, pero morir en Cristo e irse al cielo. Sin embargo, no podemos esperar que sembrando en la carne cosechemos vida eterna. —Se les recuerda el cambio hecho en ellos por el evangelio y la gracia de Dios. La sangre de Cristo y el lavamiento de la regeneración pueden quitar toda culpa. Nuestra justificación se debe a los sufrimientos y los méritos de Cristo; nuestra santificación a la obra del Espíritu Santo, pero ambas van juntas. Todos los que son hechos justos a ojos de Dios, son hechos santos por la gracia de Dios.

Vv. 12—20. Algunos de los corintios parecen haber estado prontos para decir: “Todas las cosas me son lícitas”. Pablo se opone a este peligroso engaño. Hay una libertad con que Cristo nos ha hecho libres, en la cual debemos afirmarnos, pero con toda seguridad, el cristiano no debe ponerse nunca bajo el poder de un apetito carnal cualquiera. El cuerpo es para el Señor; debe ser instrumento de justicia para santidad, por tanto, no debe ser instrumento de pecado. Honra para el cuerpo es que Jesucristo fuera levantado de entre los muertos; y será honra para nuestros cuerpos que sean resucitados. La esperanza de la resurrección en gloria debe guardar a los cristianos de deshonorar sus cuerpos con lujurias carnales. —Si el alma se une a Cristo por fe, todo el hombre es hecho miembro de su cuerpo espiritual. Otros vicios pueden derrotarse con *lucha*; pero contra el que aquí se nos advierte, sólo es con *huida*. Enormes multitudes son cortadas por estos vicios en sus formas y consecuencias variadas. Sus efectos no sólo caen directamente sobre el cuerpo, sino con frecuencia en la mente. Nuestros cuerpos fueron redimidos de la merecida condenación y de la mísera esclavitud por el sacrificio expiatorio de Cristo. Tenemos que ser limpios, como vasos dignos para el uso de nuestro Maestro. Estando unidos a Cristo como un solo espíritu, y comprados a precio de indecible valor, el creyente debe considerarse como totalmente del Señor, por los lazos más fuertes. Que glorificar a Dios sea nuestra actividad hasta el último día y hora de nuestra vida, con nuestros cuerpos y con nuestros espíritus, que son de Él.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—9. *El apóstol responde varias preguntas sobre el matrimonio.* 10—16. *Los cristianos*

casados no deben tratar de separarse de su cónyuge inconverso. 17—24. Las personas, en cualquier estado permanente, deben quedar en ese estado. 25—35. Era muy deseable, dados los días peligrosos, que la gente se desligara de este mundo. 36—40. Se debe emplear gran prudencia en el matrimonio; debe ser únicamente en el Señor.

Vv. 1—9. El apóstol dice a los corintios que es bueno que los cristianos se queden solteros, en esa circunstancia. Sin embargo, dice que el matrimonio, y las consolaciones de ese estado, han sido establecidos por la sabiduría divina. Aunque nadie puede transgredir la ley de Dios, aun esa regla perfecta deja a los hombres en libertad de servirle en la manera más apropiada a sus poderes y circunstancias, de las cuales los demás no suelen ser buenos jueces.

Vv. 10—16. Marido y mujer no deben separarse por ninguna otra causa que la permitida por Cristo. En aquella época el divorcio era muy corriente entre judíos y gentiles, con pretextos muy livianos. El matrimonio es una institución divina y es un compromiso de por vida por designio de Dios. Estamos obligados, en cuanto nos concierna, a vivir en paz con todos los hombres, Romanos xii, 18, por tanto, a promover la paz y el consuelo de nuestros parientes más cercanos, aunque sean incrédulos. Debe ser tarea y preocupación de los casados darse uno al otro la mayor comodidad y felicidad. ¿Debe el cristiano abandonar a su cónyuge cuando hay oportunidad para dar la prueba más grande de amor? Quédate y trabaja de todo corazón por la conversión de tu pareja. El Señor nos ha llamado a la paz en todo estado y relación; y todo debe hacerse para fomentar la armonía en cuanto la verdad y la santidad lo permitan.

Vv. 17—24. Las reglas del cristianismo alcanzan a toda condición; el hombre puede vivir en todo estado haciendo que ese estado tenga prestigio. Deber de todo cristiano es contentarse con su suerte, y conducirse en su rango y lugar como corresponde al cristiano. Nuestro consuelo y felicidad dependen de lo que somos para Cristo, no de lo que somos en el mundo. Ningún hombre debe pensar en hacer de su fe o religión un argumento para transgredir obligaciones civiles o naturales. Debe quedar contento y callado en la condición en que haya sido puesto por la providencia divina.

Vv. 25—35. Considerando la angustia de esos tiempos, el quedar soltero era lo mejor. Sin embargo, el apóstol no condena el matrimonio. ¡Cuánto se oponen al apóstol Pablo quienes prohíben a muchos casarse y los enredan con votos para permanecer solteros, sea que deban o no hacerlo así! —Exhorta a todos los cristianos a la santa indiferencia respecto del mundo. En cuanto a las relaciones: no deben poner sus corazones en los beneficios de su estado. En cuanto a las aflicciones: no deben caer en la tristeza según el mundo porque el corazón puede estar gozoso aunque esté en aflicción. En cuanto a los placeres del mundo: aquí no está su reposo. En cuanto a la ocupación mundana: los que prosperan en el comercio y aumentan su riqueza, deben tener sus posesiones como si no las tuvieran. En cuanto a todas las preocupaciones mundanales: deben mantener el mundo fuera de sus corazones para que no abusen de este cuando lo tengan en sus manos. Todas las cosas mundanas son puro espectáculo: nada sólido. Todo se irá rápidamente. La sabia preocupación por los intereses del mundo es un deber, pero completamente preocupado, estar ansiosos hasta la confusión, es pecado. —Con esta máxima el apóstol resuelve el caso si es o no aconsejable casarse. El mejor estado en la vida para el hombre es aquel que es mejor para su alma, y que le mantenga más a resguardo de los afanes y trampas del mundo. Reflexionemos en las ventajas y las trampas de nuestro propio estado en la vida para que podamos mejorar unas y escapar, en lo posible, de todo daño de parte de las otras. Sean cuales sean las preocupaciones que nos presionen, dejemos tiempo siempre para las cosas del Señor.

Vv. 36—40. Se piensa que el apóstol aconseja aquí sobre la entrega de las hijas al matrimonio. El significado general de este punto de vista es claro. Los hijos deben procurar y seguir las instrucciones de sus padres acerca del matrimonio. Los padres deben consultar los deseos de sus hijos, sin pensar que tienen poder para hacer con ellos y mandarlos como les plazca, pero sin razón. —Todo termina con consejo para las viudas. Los segundos matrimonios no son ilícitos, siempre que se tenga presente el casarse en el Señor. Al elegir relaciones y cambio de estados, siempre debemos

guiarnos por el temor de Dios y las leyes de Dios, actuando con dependencia de la providencia de Dios. El cambio de estado sólo debe hacerse luego de cuidadosa consideración, y sobre la base probable que será de provecho para nuestras preocupaciones espirituales.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *El peligro de despreciar mucho el conocimiento.* 7—13. *Lo malo de ofender a los hermanos débiles.*

Vv. 1—6. No hay prueba de ignorancia más corriente que el orgullo de ser sabio. Mucho puede saberse aunque nada se sabe con buen propósito. Los que piensan que saben todo, y se ponen vanidosos por eso, son los que menos probablemente hagan buen uso de su saber. Satanás daña a algunos tentándolos a enorgullecerse de poderes mentales, mientras a otros, los seduce con la sensualidad. El conocimiento que hincha a su poseedor y lo vuelve confiado es tan peligroso como el orgullo de la justicia propia, aunque lo que sepa pueda ser correcto. Sin afecto santo, todo conocimiento humano nada vale. —Los paganos tenían dioses de alto y bajo nivel; muchos dioses, muchos señores; así los llamaban, pero ninguno era de verdad. Los cristianos saben. Un Dios hizo todo y tiene poder sobre todo. El único Dios, el Padre, significa a la Deidad como el único objeto de toda adoración religiosa; y el Señor Jesucristo denota a la persona de Emanuel, Dios manifestado en carne, Uno con el Padre y con nosotros; el Mediador nombrado, y Señor de todo; por medio del cual vamos al Padre, y por medio del cual el Padre nos manda todas las bendiciones por el poder y la obra del Espíritu Santo. Al rehusar toda adoración a los muchos que son llamados dioses y señores, y a los santos y ángeles, probemos si realmente vamos a Dios por fe en Cristo.

Vv. 7—13. Comer una clase de alimentos, y abstenerse de otro, no tiene nada en sí como mérito de una persona ante Dios, pero el apóstol advierte el peligro de poner una piedra de tropiezo en el camino del débil; no sea que se atrevan a comer de lo ofrendado al ídolo, no como comida corriente, sino como sacrificio y, por ello, ser culpables de idolatría. El que tiene el Espíritu de Cristo en sí, amará a los que Cristo amó tanto que murió por ellos. El daño hecho a los cristianos se hace a Cristo; pero por sobre todo, el hacerlos sentirse culpables; herir sus conciencias es herirlo a Él. Debemos tener mucho cuidado de hacer algo que pueda producir tropiezo a otras personas, aunque eso sea en sí inocente. Si no debemos poner en peligro las almas ajenas, ¡cuánto más debemos cuidar no destruir la propia! Que los cristianos se cuiden de acercarse al abismo del mal, o a su apariencia, aunque muchos hagan esto en asuntos públicos, por lo cual quizá se defiendan. Los hombres no pueden pecar contra sus hermanos sin ofender a Cristo y poner en peligro sus propias almas.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—14. *El apóstol muestra su autoridad, y afirma su derecho a ser sustentado.* 15—23. *Desecha esta parte de su libertad cristiana por el bien de los demás.* 24—27. *Hizo todo con cuidado y diligencia, en vista de la corona incorruptible.*

Vv. 1—14. No es nada novedoso que a un ministro se le responda en forma nada amable a cambio de su buena voluntad hacia la gente, y por realizar un servicio diligente y exitoso entre ellos. Tenía derecho a casarse como los demás apóstoles, y a reclamar de las iglesias lo que fuera necesario para su esposa e hijos si los hubiera tenido, sin tener que trabajar con sus propias manos para obtenerlos.

A los que procuran hacer el bien a nuestras almas, hay que proveerles su alimentación. Pero renunció a su derecho para no impedir su éxito por el hecho de reclamarlo. Deber de la gente es mantener a su ministro. Pueden declinar su derecho, como hizo Pablo, pero transgreden un precepto de Cristo los que niegan o retienen el debido sostén.

Vv. 15—23. Gloria del ministro es negarse a sí mismo para servir a Cristo y salvar almas. Pero cuando el ministro renuncia a su derecho por amor del evangelio, hace más de lo que demandan su oficio y su cargo. Al predicar gratuitamente el evangelio, el apóstol demuestra que su acción está basada en principios de celo y amor y, de esa manera disfruta de mucho consuelo y esperanza en su alma. —Aunque consideraba la ley ceremonial como yugo quitado por Cristo, se sometía a ella de todos modos para trabajar entre los judíos, eliminar sus prejuicios, lograr que ellos oyeran el evangelio y ganarlos para Cristo. Aunque no transgredía las leyes de Cristo por complacer al hombre, sin embargo, él se acomodaba a todos los hombres, mientras pudiera hacerlo lícitamente, para ganar a algunos. Hacer el bien era la preocupación y actividad de su vida, y para alcanzar ese objetivo, no reclamaba sus privilegios. Debemos estar alertas contra los extremos, y confiarnos en cualquier cosa, salvo confiar solo en Cristo. No debemos permitir errores o faltas que hieran a los demás o perjudiquen el evangelio.

Vv. 24—27. El apóstol se compara con los corredores y los combatientes de los juegos ístmicos, bien conocidos por los corintios. Pero en la carrera cristiana todos pueden correr para ganar. Por tanto, este es el mayor aliento para perseverar en esta carrera con toda nuestra fuerza. Los que corrían en esos juegos, se mantenían con una dieta magra. Se acostumbraban a las dificultades. Se ejercitaban. Los que procuran los intereses de sus almas, deben pelear con fuerza contra las lujurias carnales. No se debe tolerar que mande el cuerpo. El apóstol enfatiza este consejo a los corintios. Expone ante sí mismo y ante ellos el peligro de rendirse a los deseos carnales, cediendo al cuerpo y a sus lujurias y apetitos. El santo temor de sí mismo era necesario para mantener fiel a un apóstol, ¡cuánto más se necesita para nuestra preservación! Aprendamos de aquí la humildad y la cautela, y a vigilar contra los peligros que nos rodean mientras estemos en el cuerpo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *Los grandes privilegios de los israelitas, sin embargo, son arrojados al desierto.* 6—14. *Precauciones contra todos los idólatras y otras costumbres pecaminosas.* 15—22. *La participación en la idolatría no puede coexistir con la comunión con Cristo.* 23—33. *Todo lo que hacemos tiene que ser para la gloria de Dios y sin ofender la conciencia del prójimo.*

Vv. 1—5. El apóstol expone ante los corintios el ejemplo de la nación judía de antaño para disuadirlos de la comunión con los idólatras y de la seguridad en algún camino pecaminoso. Por milagro cruzaron el Mar Rojo, donde fue ahogado el ejército egipcio que los perseguía. Para ellos éste fue un bautismo típico. El maná del que se alimentaban, era un tipo de Cristo crucificado, el Pan que bajó del cielo, y los que de él comen vivirán para siempre. Cristo es la Roca sobre la cual se edifica la Iglesia cristiana; y de los arroyos que de ahí surgen, beben y se refrescan todos los creyentes. Esto tipifica las influencias sagradas del Espíritu Santo, dado a los creyentes por medio de Cristo. Pero que nadie presuma de sus grandes privilegios o de su profesión de la verdad: ellas no aseguran la felicidad celestial.

Vv. 6—14. Los deseos carnales se fortalecen con la indulgencia, por tanto, deben refrenarse en su primera aparición. Temamos los pecados de Israel, si queremos evitar sus plagas. Es justo temer que los que así tientan a Cristo sean dejados por Él en poder de la serpiente antigua. Murmurar contra las disposiciones y los mandamientos de Dios, es una provocación extrema. Nada en la Escritura ha sido escrito en vano, siendo sabiduría y deber nuestros, aprender de ella. Otros han

caído, así que nosotros podemos caer. El seguro cristiano contra el pecado es desconfiar de sí mismo. Dios no ha prometido impedir que caigamos si no nos cuidamos a nosotros mismos. Se agrega una palabra de consuelo a esta palabra de cautela. Los demás tienen cargas similares y tentaciones parecidas: nosotros también podemos soportar lo que ellos soportan y salir adelante. Dios es sabio y fiel, y hará que nuestras cargas sean según nuestra fuerza. Él sabe lo que podemos soportar. Dará una vía de escape; librará de la prueba misma o, por lo menos, de la maldad de esta. Tenemos un estímulo pleno para huir del pecado, y ser fieles a Dios. No podemos caer por la tentación, si nos aferramos a Él con fuerza. Sea que el mundo sonría o se enoje, es un enemigo; pero los creyentes serán fortalecidos para vencerlo, con todos sus terrores y seducciones. El temor del Señor en sus corazones será el mejor medio de seguridad.

Vv. 15—22. Unirse a la cena del Señor, ¿no muestra una profesión de fe en Cristo crucificado, y de agradecida adoración por su salvación? A los cristianos los unía esta ordenanza y la fe profesada por ella, como los granos de trigo en un pan, o como los miembros del cuerpo humano, viendo que todos están unidos a Cristo y tiene comunión con Él y unos con otros. Esto lo confirman la adoración y las costumbres judaicas del sacrificio. El apóstol aplica esto a comer con los ídólatras. Comer el alimento como parte de un sacrificio pagano era adorar al ídolo al cual se ofrecía, y confraternizar o tener comunión con éste; el que come la cena del Señor es contado como partícipe del sacrificio cristiano, o como los que comían de los sacrificios judíos participaban de lo ofrendado en su altar. Era negar el cristianismo, porque la comunión con Cristo y la comunión con los demonios no puede realizarse a la misma vez. Si los cristianos se aventuran a ciertos lugares y se unen a los sacrificios ofrecidos a la concupiscencia de la carne, a la concupiscencia de los ojos y a la vanagloria de la vida, provocan a Dios.

Vv. 23—33. Había casos en que los cristianos podían comer, sin pecar, lo ofrecido a los ídolos, como cuando el sacerdote, a quien se le había entregado, vendía la carne en el mercado como alimento corriente. Sin embargo, el cristiano no debe considerar sólo lo que es lícito, sino lo que es conveniente y edificar a los demás. El cristianismo no prohíbe en absoluto los oficios corrientes de la benignidad, ni permite la conducta descortés con nadie, por más que ellos difieran de nosotros en sentimientos y costumbres religiosos. Pero esto no se aplica a las festividades religiosas, a la participación en el culto idólatra. Según este consejo del apóstol, los cristianos deben cuidar que no usen su libertad para perjudicar al prójimo o para su propio reproche. Al comer y al beber, y en todo lo que hagamos debemos apuntar a la gloria de Dios, a complacerle y honrarle. Este es el gran fin de toda religión, y nos sirve de dirección cuando no hay reglas expresas. Un espíritu piadoso, pacífico y benevolente desarmará a los más grandes enemigos.

CAPÍTULO XI

Versículo 1. *Luego de una exhortación a seguirle, el apóstol, 2—16. corrige algunos abusos, 17—22. y discusiones, divisiones y desorden en las celebraciones de la cena del Señor. 23—26. Les recuerda la naturaleza y el designio de su institución, 27—34. y les instruye sobre cómo participar en ella de la manera correcta.*

V. 1. El primer versículo de este capítulo parece apropiado para concluir el capítulo anterior. El apóstol no sólo predica la doctrina que ellos debían creer, pero llevó tal clase de vida como la que ellos debieran vivir. Dado que Cristo es nuestro ejemplo perfecto, las acciones y la conducta de los hombres, acerca de las Escrituras, debieran seguirse sólo en la medida que sean como las de Él.

Vv. 2—16. Aquí empiezan los detalles acerca de las asambleas públicas, capítulo xiv. Algunos abusos se habían introducido en la abundancia de dones espirituales concedidos a los corintios, pero como Cristo hizo la voluntad de Dios cuyo honra procuró, así el cristiano debe confesar su sumisión

a Cristo, haciendo su voluntad y procurando su gloria. Nosotros debemos, aun en nuestra vestimenta y hábitos, evitar toda cosa que pueda deshonrar a Cristo. —La mujer fue sometida al hombre porque fue creada como su ayuda y consuelo. Ella nada debe hacer en las asambleas cristianas que parezca una pretensión de ser su igual. Ella debe tener una “potestad” sobre su cabeza esto es, un velo, debido a los ángeles. La presencia de ellos debe resguardar a los cristianos de todo lo que es malo mientras adoren a Dios. Sin embargo, el hombre y la mujer fueron hechos uno para el otro. Iban a ser de consolación y bendición mutua, no una la esclava y el otro el tirano. Dios ha establecido las cosas, en el reino de la providencia y en el de la gracia, de modo que la autoridad y el sometimiento de cada parte sean para ayuda y provecho mutuo. Era costumbre en las iglesias que las mujeres se presentaran veladas en las asambleas públicas, y así ingresaran a la adoración en público; y estaba bien que debieran hacerlo así. La religión cristiana sanciona las costumbres nacionales dondequiera que estas no sean contrarias a los grandes principios de la verdad y la santidad; las peculiaridades afectadas no reciben consentimiento de nada en la Biblia.

Vv. 17—22. El apóstol reprende los desórdenes en la celebración de la cena del Señor. Las ordenanzas de Cristo, si no nos hacen mejor, tenderán a empeorarnos. Si el uso de ellas no enmienda, endurecerá. Al reunirse, ellos cayeron en divisiones y partidismos. Los cristianos pueden separarse de la comunión de unos con otros, pero aún ser caritativos unos con otros; se puede continuar en la misma comunión, pero sin ser caritativos. Esto último es división, más que lo primero. —Hay una comida descuidada e irregular de la cena del Señor que se suma a la culpa. Parece que muchos corintios ricos actuaron muy mal en la mesa del Señor, o en las fiestas de amor, que tenían lugar al mismo tiempo que la cena del Señor. El rico despreciaba al pobre, comía y bebía de las provisiones que traían, antes de permitir la participación del pobre; así, algunos quedaban sin nada, mientras que otros tenían más que suficiente. Lo que hubiera debido ser un vínculo de amor y afecto mutuo fue hecho instrumento de discordia y desunión. Debemos ser cuidadosos para que nada de nuestra conducta en la mesa del Señor parezca tomar a la ligera esa institución sagrada. La cena del Señor no es, ahora, hecha ocasión para la glotonería o el festejo, pero ¿no suele convertirse en un apoyo para la soberbia de la justicia propia o un manto para la hipocresía? No descansemos en las formas externas de la adoración, pero examinemos nuestros corazones.

Vv. 23—34. El apóstol describe la ordenanza sagrada, de la cual tenía conocimiento por revelación de Cristo. En cuanto a los signos visibles, estos son el pan y el vino. Lo que se come se llama pan, aunque al mismo tiempo se dice que es el cuerpo del Señor, mostrando claramente que el apóstol no quería significar que el pan fuese cambiado en carne. San Mateo nos dice que nuestro Señor les invitó a todos a beber de la copa, capítulo xxvi, 27, como si hubiera previsto, con esta expresión, que un creyente fuese privado de la copa. Las cosas significadas por estos signos externos, son el cuerpo y la sangre de Cristo, su cuerpo partido, su sangre derramada, junto con todos los beneficios que fluyen de su muerte y sacrificio. —Las acciones de nuestro Señor fueron, al tomar el pan y la copa, dar gracias, partir el pan y dar el uno y la otra. Las acciones de los comulgantes fueron, tomar el pan y comer, tomar la copa y beber, haciendo ambas cosas en memoria de Cristo. Pero los actos externos no son el todo ni la parte principal de lo que debe hacerse en esta santa ordenanza. Los que participan de ella tienen que tomarlo a Él como su Señor y su Vida, rendirse a Él y vivir para Él. —En ella tenemos un relato de las finalidades de esta ordenanza. Tiene que hacerse en memoria de Cristo, para mantener fresca en nuestras mentes su muerte por nosotros, y también, para recordar a Cristo que intercede por nosotros a la diestra de Dios en virtud de su muerte. No es tan sólo en memoria de Cristo, de lo que Él hizo y sufrió, sino para celebrar su gracia en nuestra redención. Declaramos que su muerte es nuestra vida, la fuente de todos nuestros consuelos y esperanzas. Nos gloriamos en tal declaración; mostramos su muerte y la reclamamos como nuestro sacrificio y nuestro rescate aceptado. La cena del Señor no es una ordenanza que se observe sólo por un tiempo, pero debe ser perpetua. —El apóstol expone a los corintios el peligro de recibirla con un estado mental inapropiado o conservando el pacto con el pecado y la muerte mientras se profesa renovar y confirmar el pacto con Dios. Sin duda, ellos incurren en gran culpa y así se vuelven materia obligada de juicios espirituales. Pero los creyentes

temerosos no deben descorazonarse de asistir a esta santa ordenanza. El Espíritu Santo nunca hubiera hecho que esta Escritura se hubiese puesto por escrito para disuadir de su deber a los cristianos serios, aunque el diablo la ha usado a menudo. El apóstol estaba dirigiéndose a los cristianos y les advierte que estén alerta ante los juicios temporales con que Dios corrige a sus siervos que le ofenden. En medio de la ira, Dios se acuerda de la misericordia: muchas veces castiga a los que ama. Mejor es soportar problemas en este mundo que ser miserable para siempre. —El apóstol señala el deber de los que van a la mesa del Señor. El examen de uno mismo es necesario para participar correctamente en esta ordenanza sagrada. Si nos examináramos cabalmente para condenar y enderezar lo que hallemos malo, podríamos detener los juicios divinos. —El apóstol termina todo con una advertencia contra las irregularidades en la mesa del Señor, de las cuales eran culpables los corintios. Cuidemos todos de esto para que ellos no se unan a la adoración de Dios como para provocarle y acarrearle venganza sobre sí.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *Se muestra la variedad y el uso de los dones espirituales.* 12—26. *Cada miembro en el cuerpo humano tiene su lugar y uso.* 27—30. *Esto se aplica a la Iglesia de Cristo.* 31. *Hay algo más excelente que los dones espirituales.*

Vv. 1—11. Los dones espirituales eran poderes extraordinarios otorgados en las primeras épocas para convencer a los incrédulos, y para difundir el evangelio. Los dones y las gracias difieren ampliamente. Ambos son dados generosamente por Dios, pero donde se da la gracia es para la salvación de los que la reciben. Los dones son para el provecho y salvación del prójimo; y puede haber grandes dones donde no hay gracia. Los dones extraordinarios del Espíritu Santo fueron ejercidos principalmente en las asambleas públicas, donde parece que los corintios hacían exhibición de ellos, al faltarles el espíritu de piedad y del amor cristiano. —Mientras eran paganos no habían sido influidos por el Espíritu de Cristo. Nadie puede llamar Señor a Cristo por fe, si esa fe no es obra del Espíritu Santo. Nadie puede creer en su corazón o probar por un milagro, que Jesús era Cristo, si no es por el Espíritu Santo. Hay diversidad de dones y diversidad de operaciones, pero todos proceden de un solo Dios, un solo Señor, un solo Espíritu; esto es, del Padre, Hijo y Espíritu Santo, origen de todas las bendiciones espirituales. Ningún hombre los tiene simplemente para sí mismo. Mientras más los use en beneficio de los demás, más favorecerán su propia cuenta. Los dones mencionados parecen significar entendimiento exacto y expresión de las doctrinas de la religión cristiana; el conocimiento de los misterios, y la destreza para exhortar y aconsejar. Además, el don de sanar a los enfermos, hacer milagros, y explicar la Escritura por un don peculiar del Espíritu, y la habilidad para hablar e interpretar lenguajes. Si tenemos algún conocimiento de la verdad, o algún poder para darla a conocer, debemos dar toda la gloria a Dios. Mientras más grandes sean los dones, más expuesto a tentaciones está el poseedor, y más grande es la medida de gracia necesaria para mantenerlo humilde y espiritual; y éste se hallará con más experiencias dolorosas y dispensaciones humillantes. Poca causa tenemos para gloriarnos en algún don concedido a nosotros, o para despreciar a los que no los tienen.

Vv. 12—26. Cristo y su Iglesia forman un cuerpo, como Cabeza y miembros. Los cristianos se vuelven miembros de este cuerpo por el bautismo. El rito externo es de institución divina; es signo del nuevo nacimiento y, por tanto, es llamado lavamiento de la regeneración, Tito iii, 5. Pero es por el Espíritu, sólo por la renovación del Espíritu Santo, que somos hechos miembros del cuerpo de Cristo. Por la comunión con Cristo en la cena del Señor, somos fortalecidos, no por beber el vino, sino por beber un mismo Espíritu. —Cada miembro tiene su forma, lugar y uso. El de menos honra es parte del cuerpo. Debe haber diversidad de miembros en el cuerpo. Así, los miembros de Cristo tienen diferentes poderes y distintas posiciones. Debemos cumplir los deberes de nuestro propio

cargo sin quejarnos ni pelear con los demás. Todos los miembros del cuerpo son útiles y necesarios unos para otros. Tampoco hay un miembro del cuerpo de Cristo que no deba ni pueda ser de provecho a sus co-miembros. Como en el cuerpo natural del hombre, los miembros deben estar estrechamente unidos por los lazos más fuertes del amor; el bien del todo debe ser el objetivo de todos. Todos los cristianos dependen unos de otros; cada uno tiene que esperar y recibir la ayuda de los demás. Entonces, tengamos más del espíritu de unidad en nuestra religión.

Vv. 27—31. El desprecio, el odio, la envidia y la discordia son muy antinaturales en los cristianos. Es como si los miembros del mismo cuerpo no se interesaran unos por otros o se pelearan entre sí. Así, se condenan el espíritu orgulloso y belicoso que prevalecía en cuanto a los dones espirituales. —Se mencionan los ministerios y dones, o favores, dispensados por el Espíritu Santo. Los ministros principales; las personas capacitadas para interpretar las Escrituras; los que trabajaban en palabra y doctrina; los que tenían poder para sanar enfermedades; los que socorrían a los enfermos y débiles; los que administraban el dinero dado por la Iglesia para caridad, y administraban los asuntos de la iglesia; y los que podían hablar diversas lenguas. Lo que está en el rango inferior y último de esta lista es el poder para hablar lenguas; ¡cuán vano es que un hombre haga eso sólo para divertirse o enaltecerse! Nótese la distribución de estos dones, no a todos por igual, versículos 29, 30, cosa que hubiera hecho igual a toda la Iglesia; como si el cuerpo fuera todo oído, o todo ojo. El Espíritu distribuye a cada uno como le place. Debemos estar contentos aunque seamos inferiores y menos que los demás. No debemos despreciar a los demás si tenemos dones más grandes. ¡Qué bendecida sería la Iglesia cristiana si todos sus miembros cumplieran su deber! En lugar de codiciar los puestos más altos, o los dones más espléndidos, dejemos que Dios nombre sus instrumentos, y aquellos en los que obre por su providencia. Recordemos, en el más allá no serán aprobados los que procuran los puestos altos, sino los que sean más fieles a la tarea que se les encomendó, y los más diligentes en la obra de su Maestro.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—3. *La necesidad y la ventaja de la gracia del amor.* 4—7. *Su excelencia está representada por sus propiedades y efectos,* 8—13. *y por su permanencia y superioridad.*

Vv. 1—3. El camino excelente insinuado al cerrar el capítulo anterior no es lo que se entiende por caridad en el uso corriente de la palabra, dar limosna, sino el amor en su significado más pleno; el amor verdadero a Dios y al hombre. Sin este, los dones más gloriosos no nos sirven para nada, no son estimables a ojos de Dios. La cabeza clara y el entendimiento profundo no tienen valor sin un corazón benévolo y caritativo. Puede haber una mano abierta y generosa donde no hay un corazón benévolo y caritativo. Hacer el bien al prójimo no nos hará nada si no es hecho por amor a Dios y buena voluntad para los hombres. No nos aprovecha de nada si diéramos todo lo que tenemos mientras retengamos el corazón de Dios. Ni siquiera los sufrimientos más dolorosos. ¡Cuánto se engañan los que buscan aceptación y recompensa por sus buenas obras siendo tan mezquinos y defectuosos como son corruptos y egoístas!

Vv. 4—7. Algunos de los efectos del amor se estipulan aquí para que sepamos si tenemos esta gracia; y si no la tenemos, no descansen hasta tenerla. Este amor es una prueba clara de la regeneración y es la piedra de toque de nuestra fe profesada en Cristo. —Se quiere mostrar a los corintios con esta bella descripción de la naturaleza y los efectos del amor que, en muchos aspectos, su conducta era un claro contraste con aquel. El amor es el enemigo enconado del egoísmo; no desea ni procura su propia alabanza u honra o provecho o placer. No se trata de que el amor destruya toda consideración de nosotros mismos, ni de que el hombre caritativo deba descuidarse a sí mismo y todos sus intereses. El amor nunca busca lo suyo a expensas del prójimo o descuidando a los demás. Hasta prefiere el bienestar del prójimo antes que su ventaja personal. —¡De qué

naturaleza buena y amable es el amor cristiano! ¡Cuán excelente parecería el cristianismo al mundo si los que lo profesan estuvieran más sometidos a este principio divino, y prestaran debida atención al mandamiento en que su bendito Autor pone el énfasis principal! Preguntémosnos si este amor divino habita en nuestros corazones. Este principio ¿nos ha llevado a conducirnos como corresponde con todos los hombres? ¿Estamos dispuestos a dejar de lado los objetivos y finalidades egoístas? He aquí un llamado a estar alertas, diligentes y orando.

Vv. 8—13. El amor es preferible a los dones en que se enorgullecían los corintios. Por su permanencia. Es una gracia que dura como la eternidad. El estado presente es un estado infantil, el futuro es el de adulto. Tal es la diferencia entre la tierra y el cielo. ¡Qué puntos de vista estrechos, qué nociones confusas de las cosas tienen los niños, cuando se los compara con los adultos! Así pensaremos de nuestros dones más valorados en este mundo, cuando lleguemos al cielo. —Todas las cosas son oscuras y confusas ahora, comparadas con lo que serán después. Ellas sólo se pueden ver como por el reflejo de un espejo, o como descripción de una adivinanza; pero en el más allá nuestro conocimiento será libre de toda oscuridad y error. Es la luz del cielo únicamente la que eliminará todas las nubes y tinieblas que nos ocultan la faz de Dios. —Para resumir, la excelencia del amor es preferible no sólo a los dones, sino a las otras gracias, la fe y la esperanza. La fe se fija en la revelación divina, y ahí se asienta, confiando en el Redentor Divino. La esperanza se aferra a la dicha futura, y la espera, pero, en el cielo, la fe será absorbida por la realidad, y la esperanza por la dicha. No hay lugar para creer y tener esperanza cuando vemos y disfrutamos. Pero allá, el amor será perfeccionado. Allá amaremos perfectamente a Dios. Allá nos amaremos perfectamente unos a otros. ¡Bendito estado! ¡Cuánto supera a lo mejor de aquí abajo! Dios es amor, 1 Juan iv, 8, 16. Donde Dios se ve como es, y cara a cara, ahí está el amor en su mayor altura; solamente ahí será perfeccionado.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—5. *La profecía es preferible al don de lenguas.* 6—14. *La falta de provecho de hablar lenguajes desconocidos.* 15—25. *Exhortaciones a adorar con entendimiento.* 26—33. *Desórdenes por el vano despliegue de dones, 34—40. y de las mujeres que hablan en la iglesia.*

Vv. 1—5. Profetizar, esto es, exponer la Escritura, se compara con hablar en lenguas. Esta atrae la atención más que la clara interpretación de las Escrituras; gratifica más al orgullo, pero fomenta menos los propósitos del amor cristiano; no hará el bien por igual a las almas de los hombres. Lo que no puede entenderse, no puede edificar. Ninguna ventaja puede recibirse de los discursos más excelentes si se entregan en una lengua tal que los oyentes no pueden hablar ni entender. Toda capacidad o posesión adquiere valor proporcionalmente a su utilidad. Hasta el ferviente afecto espiritual debe ser gobernado por el ejercicio del entendimiento, de lo contrario los hombres avergonzarán las verdades que profesan promover.

Vv. 6—14. Ni siquiera un apóstol podría edificar, a menos que hablara de tal manera que le entendieran sus oyentes. Decir palabras que no tienen significado para quienes las escuchan, no es sino hablar al aire. No puede responder a la finalidad del habla decir lo que no tiene significado; en este caso, el que habla y los que oyen son extranjeros entre sí. Todos los servicios religiosos deben realizarse en las asambleas cristianas de manera que todos puedan participar en ellos y sacar provecho. El lenguaje simple y claro de entender es el más apropiado para la adoración en público, y para otros ejercicios religiosos. Todo seguidor verdadero de Cristo deseará más bien hacer el bien al prójimo que hacerse fama de saber o de hablar bien.

Vv. 15—25. No se puede asentir a las oraciones que no se entienden. Un ministro que sea verdaderamente cristiano procurará mucho más hacer el bien espiritual a las almas de los hombres

que obtener el aplauso más grandioso para sí. Esto muestra que es siervo de Cristo. —Los niños tienden a impresionarse con la novedad, pero no actuemos como ellos. Los cristianos deben ser como niños, desprovistos de mala intención y malicia, pero no deben ser iletrados en la palabra de justicia, sino sólo en las artes de la maldad. —Es prueba de que un pueblo ha sido abandonado por Dios cuando Él lo entrega al gobierno de los que le enseñan a adorar en otra lengua. No pueden recibir beneficio con tal enseñanza. Sin embargo, así actuaban los predicadores que daban sus instrucciones en lengua desconocida. ¿No haría que el cristianismo luciera ridículo para un pagano si oyera que los ministros oran o predicaban en un lenguaje que ni él ni la asamblea entienden? Pero si los que ministran interpretan claramente la Escritura o predicaban las grandes verdades y reglas del evangelio, el pagano o la persona indocta pueden llegar a convertirse al cristianismo. Su conciencia puede ser tocada, los secretos de su corazón pueden serle revelados, y así, puede ser llevado a confesar su culpa y reconocer que Dios estaba presente en la asamblea. La verdad de las Escrituras, clara y debidamente enseñada, tiene un poder maravilloso para despertar la conciencia y tocar el corazón.

Vv. 26—33. Los ejercicios religiosos en las asambleas públicas deben tener este punto de vista: Que todo se haga para edificar. En cuanto a hablar en lengua desconocida, si hubiera presente alguien que pudiera interpretar, pueden ejercerse de una sola vez dos dones milagrosos, y por ellos la iglesia es edificada, y al mismo tiempo es confirmada la fe de los que oyen. En cuanto a profetizar, deben hablar dos o tres en una reunión, y uno después del otro, no todos al mismo tiempo. El hombre inspirado por el Espíritu de Dios observará el orden y la decencia para comunicar sus revelaciones. Dios nunca enseña a los hombres que descuiden sus deberes o que actúen en ninguna forma inconveniente a su edad o su cargo.

Vv. 34—40. Cuando el apóstol exhorta a las mujeres cristianas a que busquen información sobre temas religiosos de sus esposos en casa, muestra que las familias de creyentes deben reunirse para fomentar el conocimiento espiritual. —El Espíritu de Cristo nunca se contradice, y si sus revelaciones son contrarias a las del apóstol, no proceden del mismo Espíritu. La manera de mantener la paz, la verdad y el orden en la iglesia es procurar lo bueno para ella, soportar lo que no dañe su bienestar y conservar la buena conducta, el orden y la decencia.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—11. *El apóstol demuestra la resurrección de Cristo de entre los muertos.* 12—19.

Contesta a los que niegan la resurrección del cuerpo. 20—34. *La resurrección de los creyentes para la vida eterna.* 35—50. *Contesta las objeciones.* 51—54. *El misterio del cambio que ocurrirá en los que estén vivos en la segunda venida de Cristo.* 55—58. *El triunfo del creyente sobre la muerte y la tumba.—Una exhortación a la diligencia.*

Vv. 1—11. La palabra resurrección señala, habitualmente, nuestra existencia más allá de la tumba. No se halla un rasgo de la doctrina del apóstol en todas las enseñanzas de los filósofos. La doctrina de la muerte y resurrección de Cristo es el fundamento del cristianismo. Si se quita, se hundan de inmediato todas nuestras esperanzas de eternidad. Por sostener con firmeza esta verdad los cristianos soportan el día de la tribulación, y se mantienen fieles a Dios. Creemos en vano, a menos que nos mantengamos en la fe del evangelio. Esta verdad es confirmada por las profecías del Antiguo Testamento; muchos vieron a Cristo después que resucitó. Este apóstol fue altamente favorecido, pero siempre tuvo una baja opinión de sí, y la expresaba. Cuando los pecadores son hechos santos por la gracia divina, Dios hace que el recuerdo de los pecados anteriores los haga humildes, diligentes y fieles. Atribuye a la gracia divina todo lo que era valioso en él. Aunque no ignoran lo que el Señor ha hecho por ellos, en ellos y por medio de ellos, cuando miran toda su conducta y sus obligaciones, los creyentes verdaderos son guiados a sentir que nadie es tan indigno

como ellos. Todos los cristianos verdaderos creen que Jesucristo, y éste crucificado, y resucitado de entre los muertos, es la suma y la sustancia del cristianismo. Todos los apóstoles concuerdan en este testimonio; por esta fe vivieron y en esta fe murieron.

Vv. 12—19. Habiendo mostrado que Cristo fue resucitado, el apóstol contesta a los que dicen que no habrá resurrección. No habría justificación ni salvación si Cristo no hubiera resucitado. Si Cristo estuviera aún entre los muertos, ¿no debería la fe en Cristo ser vana e inútil? La prueba de la resurrección del cuerpo es la resurrección de nuestro Señor. Aun los que murieron en la fe hubieran perecido en sus pecados si Cristo no hubiera resucitado. Todos los que creen en Cristo tienen esperanza en Él, como Redentor; esperanza de redención y salvación por Él, pero si no hubiera resurrección, o recompensa futura, la esperanza de ellos en Él sería sólo para esta vida. Tendrían que estar en peor condición que el resto de la humanidad, especialmente en la época y las circunstancias en que escribió el apóstol, porque en aquel entonces, los cristianos eran odiados y perseguidos por todos los hombres. Pero no es así; ellos, de todos los hombres, disfrutaban bendiciones firmes en medio de todas sus dificultades y pruebas, aun en los tiempos de la persecución más fuerte.

Vv. 20—34. A todos los que por fe se unen a Cristo, por su resurrección se les asegura la propia. Como por el pecado del primer Adán todos los hombres se hicieron mortales, porque todos obtuvieron su misma naturaleza pecaminosa, así, por medio de la resurrección de Cristo todos los que son hechos partícipes del Espíritu, y de la naturaleza espiritual, reviviremos y viviremos por siempre. —Habrá un orden en la resurrección. El mismo Cristo fue la primicia; en su venida resucitará su pueblo redimido antes que los otros; al final, también los impíos serán resucitados. Entonces, será el fin del estado presente de cosas. Si queremos triunfar en esa solemne e importante ocasión, debemos someternos ahora a su reinado, aceptar su salvación, y vivir para su gloria. Entonces, nos regocijaremos al completarse su empresa, para que Dios reciba toda la gloria de nuestra salvación, para que le sirvamos por siempre, y disfrutemos de su favor. —¿Qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? Quizá aquí se use el bautismo como una figura de aflicciones, sufrimientos y martirio, como en Mateo xx, 22, 23. ¿Qué es, o qué será, de quienes sufrieron muchos daños graves y hasta perdieron su vida por esta doctrina de la resurrección, si los muertos en ninguna manera resucitan? —Cualquiera sea el significado, indudablemente los corintios entendían el argumento del apóstol. Para nosotros es evidente que el cristianismo sería una confesión necia, si no nos propusiera esperanzas más allá de esta vida, al menos en tiempos de peligro, como en los primeros tiempos, y a menudo desde entonces. —Es lícito y adecuado que los cristianos se propongan ventajas para sí mismos por su fidelidad a Dios; y dar nuestro fruto para santidad, y nuestro fin sea la vida eterna. Pero no debemos vivir como bestias, porque no morimos como ellas. Debe ser la ignorancia sobre Dios lo que lleva a que alguien no crea en la resurrección y la vida futura. Los que reconocen un Dios y una providencia, y observan cuán injustas son las cosas en la vida actual, cuán a menudo le va muy mal a los mejores hombres, no pueden dudar de un estado ulterior en que todo será enderezado. No nos juntemos con los impíos, pero advirtamos a todos los que nos rodeen, especialmente a los niños y jóvenes, que los eviten como a la peste. Despertemos a la justicia, y no pequemos.

Vv. 35—50. —1. ¿Cómo resucitarán los muertos, esto es, por qué medios? ¿Cómo pueden resucitar? —2. En cuanto a los cuerpos que resucitarán, ¿tendrán la misma forma, estatura, miembros y cualidades? La primera objeción es de quienes se oponen a la doctrina, la segunda de los curiosos. La respuesta para la *primera* es: será efectuada por el poder divino; ese poder que todos ven obrar algo parecido, año tras año, en la muerte y el revivir del trigo. Necio es cuestionar al omnipotente poder de Dios para resucitar a los muertos, cuando lo vemos diariamente vivificando y reviviendo cosas que están muertas. A la *segunda* pregunta: el grano emprende un tremendo cambio, y así será con los muertos, cuando sean levantados y vivan otra vez. La semilla muere, aunque una parte de ella brota a vida nueva, pero no podemos entender cómo es esto. Las obras de la creación y de la providencia nos enseñan diariamente a ser humildes, y a admirar la sabiduría y la bondad del Creador. Hay una gran variedad entre otros cuerpos como la hay entre las plantas. Hay

una variedad de gloria entre los cuerpos celestiales. Los cuerpos de los muertos, cuando sean levantados, serán adecuados para el estado celestial; y habrá una variedad de gloria entre ellos. — Enterrar a los muertos es como entregar la semilla a la tierra para que brote de ella otra vez. Nada es más aborrecible que un cuerpo muerto. Pero en la resurrección, los creyentes tendrán cuerpos preparados para estar unidos para siempre a espíritus hechos perfectos. Todas las cosas son posibles para Dios. Él es el Autor y la Fuente de la vida espiritual y de la santidad para todo su pueblo, por la provisión de su Espíritu Santo para el alma; también vivificará y cambiará el cuerpo por obra de su Espíritu. Los muertos en Cristo no serán sólo resucitados sino resucitarán cambiados gloriosamente. Los cuerpos de los santos serán cambiados cuando resuciten. Entonces, serán cuerpos gloriosos y espirituales, aptos para el mundo y el estado celestiales, donde vivirán para siempre jamás. El cuerpo humano en su forma presente y con sus necesidades y debilidades, no puede entrar en el reino de Dios, ni disfrutar de él. Entonces, no sembremos para la carne, de la cual sólo podemos cosechar corrupción. El cuerpo sigue al estado del alma. Por tanto, el que descuida la vida del alma, expulsa a su bien presente; el que rehúsa vivir para Dios, despilfarra todo lo que tiene.

Vv. 51—58. No todos los santos morirán, pero todos serán cambiados. Muchas verdades del evangelio que estaban ocultas en misterios son dadas a conocer. La muerte nunca aparecerá en las regiones a las cuales nuestro Señor llevará a sus santos resucitados. Por tanto, procuremos la plena seguridad de la fe y la esperanza para que, en medio del dolor, y en la perspectiva de la muerte, podamos pensar con calma en los horrores de la tumba, seguros de que nuestros cuerpos dormirán ahí, y mientras tanto, nuestras almas estarán presentes con el Redentor. —El pecado da a la muerte todo su poder nocivo. El aguijón de la muerte es el pecado, pero Cristo, al morir quitó este aguijón; Él hizo expiación por el pecado; Él obtuvo la remisión del pecado. La fuerza del pecado es la ley. Nadie puede responder a sus exigencias, soportar su maldición o terminar sus transgresiones. De ahí, el terror y la angustia. De ahí que la muerte sea terrible para el incrédulo y el impenitente. La muerte puede sorprender al creyente, pero no puede retenerlo en su poder. ¡Cuántos manantiales de gozo para los santos, y de gratitud a Dios, son abiertas por la muerte y la resurrección, los sufrimientos y las conquistas del Redentor! —En el versículo 58 tenemos una exhortación a que los creyentes sean constantes, firmes en la fe de ese evangelio que predicó el apóstol y que ellos recibieron. Además, a permanecer inmovibles en su esperanza y expectativa de este gran privilegio de resucitar incorruptible e inmortal. Para abundar en la obra del Señor, haciendo siempre el servicio del Señor y obedeciendo los mandamientos del Señor. Que Cristo nos dé la fe, y aumente nuestra fe, para que nosotros no sólo estemos a salvo, sino gozosos y triunfantes.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—9. *Colecta para los pobres de Jerusalén.* 10—12. *Timoteo y Apolos, recomendados.* 13—18. *Exhortación a estar vigilantes en la fe y el amor.* 19—24. *Saludos cristianos.*

Vv. 1—9. Los buenos ejemplos de otros cristianos e iglesias deben estimularnos. Bueno es almacenar para buenos usos. Los que son ricos en este mundo deben ser ricos en buenas obras, 1 Timoteo vi, 17, 18. La mano diligente no se enriquecerá sin la bendición divina, Proverbios x, 4, 22. ¿Qué más adecuado para estimularnos a la caridad con el pueblo e hijos de Dios que mirar todo lo que tenemos como dádiva suya? Las obras de misericordia son frutos reales del amor verdadero a Dios, y por tanto son servicios apropiados para el día del Señor. Los ministros hacen la actividad que les corresponde cuando promueven, o ayudan, las obras de caridad. —El corazón de un ministro cristiano debe estar orientado hacia la gente entre quienes haya trabajado mucho tiempo, y con éxito. Debemos hacernos todos nuestros propósitos con sumisión a la providencia divina, Santiago, iv, 15. Los adversarios y la oposición no quiebran los espíritus de los ministros fieles y exitosos, pero enardecen su celo y les inspiran un nuevo valor. El ministro fiel se descorazona más

con la dureza de los corazones de sus oyentes y el extravío de los profesantes que con los atentados de los enemigos.

Vv. 10—12. Timoteo vino a hacer la obra del Señor. Por tanto, afligir su espíritu es contristar al Espíritu Santo; despreciarlo es despreciar a Aquel que lo envió. Los que trabajan en la obra del Señor deben ser tratados con ternura y respeto. Los ministros fieles no tendrán celo unos de otros. Corresponde a los ministros del evangelio demostrar interés por la reputación y la utilidad de unos y otros.

Vv. 13—18. El cristiano siempre corre peligro, por tanto, siempre debe estar alerta. Debe estar firme en la fe del evangelio sin abandonarla, ni renunciar jamás a ella. Por esta sola fe será capaz de resistir en la hora de la tentación. Los cristianos deben cuidar que la caridad no sólo reine en sus corazones, sino brille en sus vidas. Hay una gran diferencia entre la firmeza cristiana y el activismo febril. El apóstol da instrucciones particulares para algunos que sirven la causa de Cristo entre ellos. Los que sirven a los santos, los que desean el honor de las iglesias, y quitar los reproches de ellas, tienen que ser muy considerados y amados. Deben reconocer voluntariamente el valor de los tales y de todos los que trabajaron con el apóstol o le ayudaron.

Vv. 19—24. El cristianismo no destruye en absoluto el civismo. La religión debe fomentar un temperamento cortés y amable hacia todos. Dan una falsa idea de la religión, y le causan reproche, los que encuentran ánimo en ella para ser irritables y tercos. Los saludos cristianos no son simples cumplidos vacíos, sino expresiones reales de buena voluntad para el prójimo, y los encomiendan a la gracia y a la bendición divinas. Toda familia cristiana debe ser como una iglesia cristiana. Dondequiera que se reúnan dos o tres en el nombre de Cristo, y Él esté entre ellos, ahí hay una iglesia. —Aquí hay una advertencia solemne: muchas personas que tienen muy a menudo el nombre de Cristo en sus bocas, no tienen un amor verdadero por Él en sus corazones. No le ama de verdad quien no ame sus leyes ni obedezca sus mandamientos. Muchos son cristianos de nombre, porque no aman a Cristo Jesús, el Señor, con sinceridad. Los tales están separados del pueblo de Dios y del favor de Dios. Los que no aman al Señor Jesucristo deben perecer sin remedio. No descansemos en ninguna profesión religiosa donde no hay el amor de Cristo, los sinceros deseos por su salvación, la gratitud por sus misericordias, y la obediencia a sus mandamientos. —La gracia de nuestro Señor Jesucristo tiene en ella todo lo que es bueno para el tiempo y la eternidad. Desear que nuestros amigos puedan tener esta gracia consigo, es desearles el sumo bien. Esto debemos desear a todos nuestros amigos y hermanos en Cristo. No podemos desearles nada más grande, y no debemos desearle nada menos. El cristianismo verdadero hace que deseemos las bendiciones de ambos mundos para los que amamos; esto significa desearles que la gracia de Cristo esté con ellos. El apóstol había tratado claramente con los corintios, y les habló de sus faltas con justa severidad, pero se despide con amor y con una solemne profesión de su amor por ellos por amor a Cristo. Que nuestro amor sea con todos los que están en Cristo Jesús. Probemos si todas las cosas nos parecen sin valor cuando las comparamos con Cristo y su justicia. ¿Nos permitimos algún pecado conocido o la negligencia de un deber conocido? Con tales preguntas, fielmente hechas, podemos juzgar el estado de nuestras almas.

SEGUNDA DE CORINTIOS

Probablemente la Segunda Epístola a los Corintios haya sido escrita como un año después de la primera. Sus contenidos están íntimamente relacionados con los de la primera epístola. Se comenta particularmente la manera con que fue recibida la carta que San Pablo escribiera con anterioridad; esta fue tal que llenó su corazón de gratitud a Dios, que le capacitó para desempeñar tan plenamente su deber para con ellos. Muchos habían dado señales de arrepentimiento y enmendado su conducta, pero otros aún seguían a sus falsos maestros; y, como el apóstol retrasaba su visita, por no desear tratarlos con severidad, le acusaron de liviandad y cambio de conducta; además, de orgullo, vanagloria y severidad, y hablaban de él con desprecio. En esta epístola hallamos el mismo afecto ardiente por los discípulos de Corinto que en la anterior, el mismo celo por el honor del evangelio, y la misma osadía para la repreensión cristiana. Los primeros seis capítulos son principalmente prácticos; el resto se refiere más al estado de la iglesia corintia, pero contienen muchas reglas de aplicación general.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *El apóstol bendice a Dios por el consuelo en las aflicciones y la liberación de ellas.* 12—14. *Declara su propia integridad y la de sus compañeros de labor.* 15—24. *Da razones de no ir a ellos.*

Vv. 1—11. Se nos exhorta a ir directamente al trono de la gracia para obtener misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro en tiempo de necesidad. El Señor es capaz de dar paz a la conciencia turbada y de calmar las pasiones rugientes del alma. Estas bendiciones son dadas por Él como Padre de su familia redimida. Nuestro Salvador es quien dice: No se turbe vuestro corazón. — Toda consolación viene de Dios y nuestras consolaciones más dulces están en Él. Da paz a las almas otorgando remisión gratuita de pecados, y las consuela por la influencia vivificante del Espíritu Santo, y por las ricas misericordias de su gracia. Él es capaz de vendar el corazón roto, de sanar las heridas más dolorosas, y de dar esperanza y gozo en las aflicciones más pesadas. Los favores que Dios nos otorga no son sólo para alegrarnos, sino también para que podamos ser útiles al prójimo. Él envía consuelos suficientes para sostener a los que simplemente confían en Él y le sirven. Si fuéramos llevados tan bajo como para desesperar hasta de vivir, aun entonces podemos confiar en Dios para el tiempo venidero. Nuestro deber es no sólo ayudarnos unos a otros con oración, sino en la alabanza y la acción de gracias y, por ellas, dar retorno adecuado a los beneficios recibidos. De esta manera, las pruebas y las misericordias terminarán bien para nosotros y el prójimo.

Vv. 12—14. Aunque como pecador el apóstol sólo podía regocijarse y gloriarse en Cristo Jesús, como creyente podía regocijarse y gloriarse en ser realmente lo que confesaba. La conciencia atestigua acerca del curso y tenor constantes de la vida. Por eso, podemos juzgarnos y no por este o aquel acto aislado. Nuestra conversación será bien ordenada, cuando vivamos y actuemos bajo el principio de la gracia en el corazón. Teniendo esto, podemos dejar nuestros caracteres en las manos del Señor, pero usando los medios apropiados para aclararlos, cuando el mérito del evangelio o nuestra utilidad, así lo exija.

Vv. 15—24. El apóstol se defiende del cargo de liviandad e inconstancia al no ir a Corinto. Los hombres buenos deben tener cuidado de mantener su reputación de sinceridad y constancia; ellos *no*

deben resolver, sino basados en la reflexión cuidadosa; y ellos *no cambiarán* a menos que haya razones de peso. —Nada puede volver más ciertas las promesas de Dios: que sean dadas por medio de Cristo nos asegura que son sus promesas; como las maravillas que Dios obró en la vida, la resurrección, y la ascensión de Su Hijo, confirman la fe. El Espíritu Santo afirma a los cristianos en la fe del evangelio: el despertar del Espíritu es una primicia de la vida eterna: los consuelos del Espíritu son una primicia del gozo eterno. —El apóstol deseaba ahorrarse la culpa que se temía sería inevitable si hubiera ido a Corinto antes de saber qué efecto produjo su carta anterior. Nuestra fuerza y habilidad se deben a la fe; y nuestro consuelo y gozo deben fluir de la fe. Los temperamentos santos y los frutos de la gracia que asisten a la fe, aseguran contra el engaño en una materia tan importante.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Razones del apóstol para no ir a Corinto.* 5—11. *Instrucciones sobre la restauración del ofensor arrepentido.* 12—17. *Un relato de sus labores y éxitos en la difusión del evangelio de Cristo.*

Vv. 1—4. El apóstol deseaba tener una alegre reunión con ellos, y les había escrito confiando que ellos hicieran lo que fuera para su beneficio y consuelo y que, por tanto, ellos se alegrarían al eliminar toda causa de inquietud para él. Siempre causaremos dolor sin quererlo, aun cuando así lo requiera el deber.

Vv. 5—11. El apóstol deseaba que ellos recibieran nuevamente en su comunión a la persona que había hecho mal, porque tenía conciencia de su falta y estaba muy afligido por el castigo. Hasta la tristeza por el pecado no debe impedir otros deberes ni llevar a la desesperación. No sólo había peligro que Satanás sacara ventaja tentando al penitente a pensar mal de Dios y de la religión, y así llevarlo a la desesperación, y pensara contra las iglesias y los ministros de Cristo, dando una mala imagen de los cristianos por no perdonar. De este modo causaría divisiones e impediría el éxito del ministerio. En esto, como en otras cosas, la sabiduría debe usarse para que el ministerio no sea culpado por permitir, por un lado el pecado, y por el otro, por exagerada severidad contra los pecadores. Satanás tiene muchos planes para engañar y sabe usar para mal nuestros errores.

Vv. 12—17. Los triunfos del creyente son todos en Cristo. A Él sea la alabanza y la gloria de todos mientras el éxito del evangelio es una buena razón para el gozo y júbilo del cristiano. En los triunfos antiguos se usaban mucho perfume y olores gratos; De esta manera, el nombre y la salvación de Jesús, como unguento derramado, era un olor grato, difundido en todo lugar. Para algunos el evangelio es olor de muerte para muerte. Ellos lo rechazan para su ruina. Para otros, el evangelio es un olor de vida para vida: como los vivificó al principio, cuando estaban muertos en delitos y pecados, así les da más vida, y los lleva a la vida eterna. —Obsérvese las impresiones sobrecogedoras que este asunto hizo en el apóstol y que debiera también hacer en nosotros. La obra es grande, y no tenemos fuerza de nosotros mismos en absoluto; toda nuestra suficiencia viene de Dios. Pero lo que hacemos en religión, a menos que sea hecho con sinceridad, como ante Dios, no es de Dios, no viene de Él y no llegará a Él. Velemos cuidadosamente en este aspecto; y busquemos el testimonio de nuestra conciencia, sometidos a la enseñanza del Espíritu Santo, para que con sinceridad hablemos así en Cristo y de Cristo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *La preferencia del evangelio respecto a la ley dada por Moisés.* 12—18. *La predicación del apóstol era adecuada para la excelencia y evidencia del evangelio por medio del poder del Espíritu Santo.*

Vv. 1—11. Hasta la apariencia de elogiarse a sí mismo y de buscar el aplauso humano resulta doloroso para la mente espiritual y humilde. Nada es más delicioso para los ministros fieles, o más digno de elogio para ellos, que el éxito de su ministerio demostrado en el espíritu y las vidas de aquellos entre quienes trabaja. —La ley de Cristo fue escrita en sus corazones, y el amor de Cristo fue derramado en ellos ampliamente. No fue escrita en tablas de piedras, como la ley de Dios dada a Moisés, sino sobre las tablas de carne del corazón (no carnales, porque la carnalidad connota sensualidad), Ezequiel xxxvi, 26. Sus corazones fueron humillados y ablandados para recibir esta impresión por el poder regenerador del Espíritu Santo. Atribuye toda la gloria a Dios. Recuérdese, que toda nuestra dependencia es del Señor, así toda la gloria le pertenece solo a Él. —La letra mata: la letra de la ley es la ministración de muerte; y si nos apoyamos en la pura letra del evangelio, no seremos mejores por hacerlo así: pero el Espíritu Santo da vida espiritual y vida eterna. —La dispensación del Antiguo Testamento era ministración de muerte, pero la del Nuevo Testamento, de vida. La ley dio a conocer el pecado, y la ira y maldición de Dios; nos muestra a Dios por sobre nosotros, y un Dios en contra de nosotros; pero el evangelio da a conocer la gracia y a Emanuel Dios con nosotros. En ello se revela la justicia de Dios por fe; y esto nos muestra que el justo vivirá por la fe; esto hace conocer la gracia y la misericordia de Dios por medio de Jesucristo para obtener el perdón de pecados y la vida eterna. El evangelio excede tanto a la ley en gloria que eclipsa la gloria de la dispensación legal. Pero aun el Nuevo Testamento será una letra que mata si se muestra como sólo un sistema o forma, y sin dependencia de Dios Espíritu Santo para dar poder vivificador.

Vv. 12—18. Es deber de los ministros del evangelio usar gran sencillez o claridad para hablar. Los creyentes del Antiguo Testamento tuvieron sólo vistazos nebulosos y pasajeros del glorioso Salvador, y los incrédulos no vieron más allá de la institución externa. Pero los grandes preceptos del evangelio, creer, amar, obedecer, son verdades estipuladas tan claramente como es posible. Toda la doctrina de Cristo crucificado es expuesta tan sencillamente como el lenguaje humano puede hacerlo. —Los que vivieron bajo la ley, tenían un velo sobre sus corazones. Este velo es quitado por las doctrinas de la Biblia acerca de Cristo. Cuando una persona se convierte a Dios, entonces es quitado el velo de la ignorancia. La condición de los que disfrutan y creen el evangelio es feliz, porque el corazón es puesto en libertad para correr por los caminos de los mandamientos de Dios. Ellos tienen luz, y con la cara descubierta contemplan la gloria del Señor. Los cristianos deben apreciar y realzar estos privilegios. No debemos descansar sin conocer el poder transformador del evangelio, por la obra del Espíritu, que nos lleva a buscar ser como el carácter y la tendencia del glorioso evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y a la unión con Él. Contemplamos a Cristo como en el cristal de su palabra, y como el reflejo de un espejo hace que brille el rostro, así también brillan los rostros de los cristianos.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *Los apóstoles trabajaron con mucha diligencia, sinceridad y fidelidad.* 8—12. *Sus sufrimientos por el evangelio fueron grandes, pero con rico sustento.* 13—18. *Las perspectivas de la gloria eterna impiden que los creyentes desfallezcan bajo las aflicciones.*

Vv. 1—7. Los mejores hombres desmayarán si no recibieran misericordia de Dios. Podemos confiar en esa misericordia que nos ha socorrido sacándonos y llevándonos adelante, hasta ahora, para que nos ayude hasta el fin. Los apóstoles no tenían intenciones malas ni bajas recubiertas con pretensiones superficialmente equitativas y buenas. No trataron que el ministerio de ellos sirviera

para un turno. La sinceridad o la rectitud guardará la opinión favorable de los hombres buenos y sabios. Cristo por su evangelio hace una revelación gloriosa a la mente de los hombres, pero el designio del diablo es mantener a los hombres en la ignorancia; cuando no puede mantener fuera del mundo la luz del evangelio de Cristo, no se ahorra esfuerzos para mantener a los hombres fuera del evangelio o ponerlos en contra. —El rechazo del evangelio aquí se atribuye a la ceguera voluntaria y a la maldad del corazón humano. El yo no era el tema ni el fin de la predicación de los apóstoles; ellos predicaban a Cristo como Jesús, el Salvador y Libertador, que salva hasta lo sumo a todos los que vayan a Dios por su intermedio. Los ministros son siervos de las almas de los hombres; deben evitar volverse siervos de los humores o lujurias de los hombres. —Es agradable contemplar el sol en el firmamento, pero es más agradable y provechoso que el evangelio brille en el corazón. Como la luz fue al principio de la primera creación, así, también, en la nueva creación, la luz del Espíritu es su primera obra en el alma. El tesoro de luz y gracia del evangelio está puesto en vasos de barro. Los ministros del evangelio están sometidos a las mismas pasiones y debilidades que los demás hombres. Dios podría haber enviado a los ángeles para dar a conocer la doctrina gloriosa del evangelio o podría haber enviado a los hijos de los hombres más admirados para enseñar a las naciones, pero escogió vasos más humildes, más débiles, para que su poder sea altamente glorificado al sostenerlos, y en el bendito cambio obrado por el ministerio de ellos.

Vv. 8—12. Los apóstoles sufrieron enormemente, pero hallaron un sustento maravilloso. Los creyentes pueden ser abandonados por sus amigos y ser perseguidos por los enemigos, pero su Dios nunca los dejará ni los desampará. Puede que haya temores internos y luchas externas, pero no somos destruidos. El apóstol habla de sus sufrimientos, como la contrapartida de los sufrimientos de Cristo, para que la gente pueda ver el poder de la resurrección de Cristo y de la gracia en el Jesús vivo y por medio de Él. Comparados con ellos, los demás cristianos estuvieron en circunstancias prósperas, en aquel tiempo.

Vv. 13—18. La gracia de la fe es un remedio eficaz contra el desaliento en tiempos de prueba. Ellos sabían que Cristo había resucitado y que su resurrección era arras y garantía de la de ellos. La esperanza de esta resurrección animará en el día de sufrimiento y nos pondrá por encima del temor a la muerte. Además, sus sufrimientos fueron para el provecho de la Iglesia y para la gloria de Dios. Los sufrimientos de los ministros de Cristo, y su predicación y conversación, son para el bien de la Iglesia y para la gloria de Dios. La perspectiva de la vida y la dicha eternas eran su fortaleza y consuelo. Lo que el sentido estaba dispuesto a considerar pesado y largo, doloroso y tedioso, la fe lo percibe leve y corto y sólo momentáneo. El peso de todas las aflicciones temporales era leve en sí, mientras la gloria venidera era una sustancia de peso y duración más allá de toda descripción. Si el apóstol pudo llamar leves y momentáneas a sus pruebas pesadas, largas y continuas, ¡qué triviales deben de ser nuestras dificultades! La fe capacita para efectuar el recto juicio de las cosas. Hay cosas invisibles y cosas que se ven, y entre ellas hay esta vasta diferencia: las cosas invisibles son eternas, las cosas visibles son temporales o sólo pasajeras. Entonces, no miremos las cosas que se ven; dejemos de buscar las ventajas mundanales o de temer los trastornos presentes. Pongamos diligencia en hacer segura nuestra futura felicidad.

CAPÍTULO V

Versículos 1—8. *La esperanza y el deseo del apóstol de la gloria celestial.* 9—15. *Esto estimulaba a la diligencia. La razón de estar afectado con celo por los corintios.* 16—21. *La necesidad de la regeneración, de la reconciliación con Dios por medio de Cristo.*

Vv. 1—8. El creyente no sólo está bien seguro por la fe de que hay otra vida dichosa, después de esta; tiene buena esperanza, por la gracia, del cielo como habitación, un lugar de reposo, un escondite. En la casa de nuestro Padre muchas moradas hay, cuyo arquitecto y hacedor es Dios. La

dicha del estado futuro es lo que Dios ha preparado para los que le aman: habitaciones eternas, no como los tabernáculos terrenales, las pobres chozas de barro en que ahora moran nuestras almas; que se pudren y deterioran, cuyos cimientos están en el polvo. El cuerpo de carne es una carga pesada, las calamidades de la vida son una carga pesada, pero los creyentes gimen cargados con un cuerpo de pecado, y debido a las muchas corrupciones remanentes que rugen dentro de ellos. La muerte nos desvestirá del ropaje de carne, y de todas las bendiciones de la vida y acabará todos nuestros problemas de aquí abajo. Pero las almas fieles serán vestidas con ropajes de alabanza, con mantos de justicia y gloria. —Las gracias y las consolaciones presentes del Espíritu son primicias de la gracia y el consuelo eterno. Aunque Dios está aquí con nosotros, por su Espíritu, y en sus ordenanzas, aún no estamos con Él como esperamos estar. La fe es para este mundo, y la vista es para el otro mundo. Nuestro deber es, y será nuestra preocupación, andar por fe hasta que vivamos por vista. Esto muestra claramente la dicha que disfrutarán las almas de los creyentes cuando se ausenten del cuerpo, y donde Jesús da a conocer su gloriosa presencia. —Estamos unidos al cuerpo y al Señor; cada uno reclama una parte de nosotros, pero, ¡cuánto más poderosamente clama el Señor por tener el alma del creyente íntimamente unida con Él! Tú eres una de las almas que yo he amado y escogido; uno de los que me han sido dados. ¡Qué es la muerte como objeto de temor, si se compara con estar ausentes del Señor!

Vv. 9—15. El apóstol se anima a sí mismo y a los demás a cumplir su deber. Las esperanzas bien cimentadas del cielo no animarán a la pereza ni a la confianza pecaminosa. Todos deben considerar el juicio venidero, al que se llama El terror del Señor. Sabiendo cuán terrible es la venganza que el Señor ejecutará en los hacedores de iniquidad, el apóstol y sus hermanos usan todo argumento y persuasión para llevar a los hombres a creer en el Señor Jesús, y para actuar como sus discípulos. Su celo y diligencia eran para la gloria de Dios y para el bien de la Iglesia. El amor de Cristo por nosotros tendrá un efecto similar en nosotros si es debidamente considerado y rectamente juzgado. Todos estaban perdidos y deshechos, muertos y destruidos, esclavos del pecado, sin poder para liberarse y tendrían que haber seguido así, miserables para siempre, si Cristo no hubiera muerto. No debemos hacer de nosotros la finalidad de nuestra vida y acciones, sino a Cristo. La vida del cristiano debe ser dedicada a Cristo. ¡Ay, cuántos muestran la nulidad de la fe y del amor que profesan viviendo para sí mismos y para el mundo!

Vv. 16—21. El hombre renovado actúa sobre la base de principios nuevos, por reglas nuevas, con finalidades nuevas y con compañía nueva. El creyente es creado de nuevo; su corazón no es sólo enderezado; le es dado un corazón nuevo. Es hechura de Dios, creado en Cristo Jesús para buenas obras. Aunque es el mismo como hombre, ha cambiado su carácter y conducta. Estas palabras deben significar más que una reforma superficial. El hombre que antes no veía belleza en el Salvador para desearlo, ahora le ama por sobre todas las cosas. —El corazón del que no está regenerado está lleno de enemistad contra Dios, y Dios está justamente ofendido con él. Pero puede haber reconciliación. Nuestro Dios ofendido nos ha reconciliado consigo por Jesucristo. —Por la inspiración de Dios fueron escritas las Escrituras, que son la palabra de reconciliación; mostrando que había sido hecha la paz por la cruz, y cómo podemos interesarnos en ella. Aunque no puede perder por la guerra ni ganar por la paz, aun así Dios ruega a los pecadores que echen a un lado su enemistad, y acepten la salvación que Él ofrece. Cristo no conoció pecado. Fue hecho pecado; no pecador, sino pecado, una ofrenda por el pecado, un sacrificio por el pecado. El objetivo y la intención de todo esto era que nosotros pudiésemos ser hechos justicia de Dios en Él, pudiésemos ser justificados gratuitamente por la gracia de Dios por medio de la redención que es en Cristo Jesús. ¿Puede alguien perder, trabajar o sufrir demasiado por el que dio a su Hijo amado para que fuera el sacrificio por los pecados de ellos, para que ellos fuesen hechos la justicia de Dios en Él?

CAPÍTULO VI

Versículos 1—10. *El apóstol, con otros, se demuestran como ministros fieles de Cristo por su vida y conducta irreprochables.* 11—18. *Por afecto a ellos.—Y por una seria preocupación, que ellos no tengan comunión con incrédulos e idólatras.*

Vv. 1—10. El evangelio es una palabra de gracia que suena en nuestros oídos. El día del evangelio es un día de salvación, el medio de gracia es el medio de salvación, el ofrecimiento del evangelio es la oferta de la salvación, y la época presente es el tiempo apropiado para aceptar tales ofrecimientos. El mañana no es nuestro: no sabemos qué será mañana ni dónde estaremos. Ahora disfrutamos un día de gracia; entonces, seamos cuidadosos para no rechazarlo. Los ministros del evangelio deben considerarse como siervos de Dios y actuar en todo en la forma conveniente a ese carácter. El apóstol lo hizo así, por mucha paciencia en las aflicciones, actuando sobre la base de buenos principios, y con el debido carácter y conducta. Los creyentes de este mundo necesitan la gracia de Dios para armarse contra las tentaciones y para soportar la buena opinión de los hombres sin enorgullecerse; y para sufrir con paciencia sus reproches. Ellos nada tienen en sí mismos, pero poseen todas las cosas en Cristo. —De tales diferencias está hecha la vida del cristiano, y a través de tal variedad de condiciones e informes, va nuestro camino al cielo; debemos tener cuidado para presentarnos a Dios aprobados en todas las cosas. El evangelio mejora la condición de hasta el más mísero cuando es predicado fielmente y recibido por completo. Ellos ahorran lo que antes gastaban alocadamente, y emplean con diligencia su tiempo en propósitos útiles. Ellos ahorran y ganan por la religión y, de este modo, son enriquecidos, para el mundo venidero y para este, cuando se les compara con su estado pecador disipado de antes que recibieran el evangelio.

Vv. 11—18. Malo es que los creyentes se junten con los malos y profanos. La palabra incrédulo se aplica a todos los desposeídos de la fe verdadera. Los pastores verdaderos advertirán a sus amados hijos del evangelio a no unirse en yugo desigual. Los efectos fatales de rechazar los preceptos de las Escrituras acerca de los matrimonios se notan claramente. En lugar de ayuda idónea, la unión trae una trampa. Los que tienen la cruz de estar unidos desigualmente, sin que sea su falta voluntaria, pueden esperar consuelo bajo ella, pero cuando los creyentes establecen estas uniones, contrarias a las expresas advertencias de la palabra de Dios, deben esperar mucha angustia. —La cautela se extiende también a la conversación corriente. No debemos entablar amistad ni familiaridad con hombres malos e incrédulos. Aunque no podemos evitar por completo ver y oír, y estar con los tales, nunca debemos, no obstante, elegirlos como amigos. No debemos corrompernos juntándonos con quienes se contaminan a sí mismos con pecado. Salid de en medio de los hacedores de iniquidad, y apartaos de sus placeres y empresas vanas y pecaminosas; de toda conformidad a las corrupciones de este mundo presente. Si es un privilegio envidiado ser hijo o hija de un príncipe terrenal, ¿quién puede expresar la dignidad y la felicidad de ser hijos e hijas del Todopoderoso?

CAPÍTULO VII

Versículos 1—4. *Una exhortación a la santidad, y toda la Iglesia llamada a tener afecto por el apóstol.* 5—11. *Se regocijaba en que ellos se entristecieran para arrepentimiento,* 12—16. *y en el consuelo que ellos y Tito tuvieron juntos.*

Vv. 1—4. Las promesas de Dios son razones fuertes para que nosotros busquemos la santidad; debemos limpiarnos de toda inmundicia de carne y espíritu. Si esperamos en Dios como Padre nuestro, debemos procurar ser santos como Él es santo, y perfectos como nuestro Padre celestial. Su sola gracia, por la influencia de Su Espíritu, puede purificar, pero la santidad debe ser el objetivo de nuestras oraciones constantes. —Si se considera despreciables a los ministros del evangelio, se corre el peligro de despreciar también el mismo evangelio; y aunque los ministros no deben halagar

a nadie, sin embargo, deben ser amables con todos. Los ministros pueden buscar estima y favor cuando pueden exhortar a la gente con la seguridad de no haber corrompido a ningún hombre con falsas doctrinas ni discursos engañosos; de no haber defraudado a nadie; ni procurado promover sus propios intereses en menoscabo de alguien. Era el afecto por ellos lo que hizo hablar tan libremente al apóstol y gloriarse de ellos, en todas partes y en todas las ocasiones.

Vv. 5—11. Había luchas externas o contiendas continuas con judíos y gentiles, y resistencia de parte de éstos; y había temores por dentro, y gran preocupación por los que habían abrazado la fe cristiana. Pero Dios consuela a los que están abatidos. Debemos mirar a Dios, por encima y más allá de todos los medios e instrumentos, porque Él es el Autor de todo consuelo y bien que disfrutamos. La tristeza según la voluntad de Dios, que es para la gloria de Dios, y la obra del Espíritu de Dios, vuelve al corazón, humilde, contrito, sumiso, dispuesto a mortificar todo pecado, y a caminar en la vida nueva. Este arrepentimiento está relacionado con la fe salvadora en Cristo y con un interés en su expiación. Hay una gran diferencia entre esta tristeza de buena clase y la tristeza del mundo. — Se mencionan los felices frutos del arrepentimiento verdadero. Donde el corazón está cambiado, serán cambiadas la vida y las acciones. Produjo indignación con el pecado, consigo mismo, con el tentador y sus instrumentos. Produjo temor para velar y un cauto temor del pecado. Produjo deseo de ser reconciliados con Dios. Produjo celo por el deber y contra el pecado. Produjo venganza contra el pecado y contra la propia necedad de ellos, mediante esfuerzos por satisfacer los daños ocasionados. La humildad profunda antes Dios, el odio de todo pecado, con fe en Cristo, el nuevo corazón y la vida nueva, constituyen el arrepentimiento para salvación. Que el Señor lo conceda a cada uno de nosotros.

Vv. 12—16. El apóstol no se decepcionó por ellos, lo que dijo a Tito, y pudo declarar, con gozo, la confianza que tenía en ellos para el tiempo venidero. Véase aquí los deberes del pastor y de su rebaño; estos deben aliviar los problemas del oficio pastoral, por medio del respeto y la obediencia; el primero debe dar una respuesta adecuada por medio del cuidado hacia ellos, y con su preocupación por ellos y su aprecio por el rebaño con testimonios de satisfacción, gozo y ternura.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *El apóstol les recuerda la ofrenda para los santos pobres.* 7—9. *Hace cumplir esto por las donaciones de ellos, y por el amor y la gracia de Cristo.* 10—15. *Por la voluntad que habían mostrado para esta buena obra.* 16—24. *Les encomienda a Tito.*

Vv. 1—6. La gracia de Dios debe reconocerse como raíz y fuente de todo bien en nosotros, o hecho por nosotros, en todo momento. Gran gracia y favor de Dios es que seamos útiles para el prójimo y el progreso de cualquier obra buena. Elogia la caridad de los macedonios. Lejos de necesitar que Pablo los exhortara, le rogaron que recibiera la dádiva que le enviaron. —Cualquiera sea la cosa que usemos o dispongamos para Dios, tan sólo es darle lo que es suyo. Todo lo que demos para fines caritativos no será aceptado por Dios, ni será para ventaja nuestra, a menos que, primero, nos demos nosotros mismos al Señor. Atribuyendo a la gracia de Dios todas las obras realmente buenas, no sólo le damos la gloria a quien corresponde, sino también, mostramos a los hombres dónde está su fuerza. El gozo espiritual abundante ensancha los corazones de los hombres en el trabajo y la obra de amor. ¡Qué diferente es esto de la conducta de quienes no se unirán a ninguna buena obra a menos que se les exija!

Vv. 7—9. La fe es la raíz; y sin fe es imposible agradar a Dios, Hebreos xi, 6, de modo que los que abundan en fe, abundarán también en otras gracias y buenas obras. Esto obrará y se notará por el amor. Los grandes habladores no siempre son los mejores hacedores; pero los corintios fueron diligentes en el hacer, así como en el saber y en el hablar bien. El apóstol les desea que, a todas

estas cosas buenas, también agreguen esta gracia: abundar en caridad para los pobres. —Los mejores argumentos de los deberes cristianos se extraen de la gracia y del amor de Cristo. Aunque era rico, siendo Dios, igual en poder y gloria con el Padre, no sólo se hizo hombre por nosotros; también se hizo pobre. Al fin, se despojó a sí mismos, como si se vaciara, para rescatar las almas de ellos por su sacrificio en la cruz. ¡Bendito Señor, de qué riquezas te rebajaste, por nosotros, a qué pobreza! ¡Y a qué riquezas nos elevaste por medio de tu pobreza! Nuestra dicha es estar totalmente a tus órdenes.

Vv. 10—15. Los buenos propósitos son como los brotes y los capullos, agradables de ver y dan esperanzas de buen fruto, pero se pierden y nada significan sin buenas obras. Los buenos comienzos están bien; pero perdemos el beneficio si no hay perseverancia. Cuando los hombres se proponen lo bueno, y se esfuerzan, conforme a su habilidad a hacerlo, Dios no los rechazará por lo que no puedan hacer. Sin embargo, esta Escritura no justifica a quienes piensan que basta con tener buenas intenciones, o que los buenos propósitos y la sola confesión de una mente dispuesta son suficientes para salvar. —La providencia da más de las cosas buenas de este mundo a unos que a otros, para que los que tienen abundancia puedan suplir al prójimo lo que le falta. La voluntad de Dios es que haya una cierta medida de igualdad por medio de nuestra mutua provisión; no que haya una igualdad tal que destruya la propiedad, porque, en ese caso, no se podría ejercer la caridad. Todos deben considerar que les concierne aliviar a los desposeídos. Esto se muestra en la recogida y la entrega del maná en el desierto, Éxodo xvi, 18. Los que tienen más de este mundo, no tienen más que alimento y vestido; y los que tienen poco de este mundo, rara vez se hallan completamente desprovistos de esas cosas.

Vv. 16—24. El apóstol elogia a los hermanos enviados a reunir la ofrenda de amor de ellos, para que se supiera quiénes eran, y con cuánta seguridad se podía confiar en ellos. Deber de todos los cristianos es actuar con prudencia para evitar, en lo que podamos, toda sospecha injusta. En primer lugar, es necesario actuar rectamente ante Dios, pero las cosas honestas ante los hombres también deben recibir atención. El carácter puro y la conciencia limpia son un requisito para ser útiles. Ellos dieron gloria a Cristo como instrumentos y obtuvieron honra de Cristo por ser contados como fieles, y ser empleados en su servicio. La buena opinión que el prójimo tenga de nosotros, debiera ser un argumento para que nosotros hagamos el bien.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. La razón de enviar a Tito a buscar las ofrendas. 6—15. Los corintios tienen que ser generosos y alegres.—El apóstol agradece a Dios por su don inefable.

Vv. 1—5. Cuando queremos que los demás hagan el bien, debemos actuar prudente y tiernamente con ellos, y darles tiempo. Los cristianos deben considerar lo que es para el pretigio de la fe que profesan, y deben esforzarse por adornar en todas las cosas la doctrina de Dios, su Salvador. El deber de ministrar a los santos es tan claro que puede parecer que no es necesario exhortar a los cristianos al respecto; sin embargo, el amor propio contiene con tanto poder contra el amor de Cristo, que suele ser necesario estimular sus mentes por medio del recuerdo.

Vv. 6—15. El dinero donado con caridad puede parecer tirado a la basura para la mente carnal, pero cuando se da sobre la base de los principios apropiados, es semilla sembrada de la cual puede esperarse un valioso incremento. Hay que dar con cuidado. Las obras de caridad, como todas las demás buenas obras, deben hacerse de manera reflexiva e intencionada. La debida reflexión sobre nuestras circunstancias, y la de aquellos a quienes vamos a socorrer, orientará nuestras dádivas al servicio de la caridad. La ayuda debe darse con generosidad, sea más o menos, no con renuencia, sino con alegría. Mientras algunos desparraman y aun así crecen, otros retienen más de lo que se ve

y eso lleva a la pobreza. Si tuviésemos más fe y amor desperdiciaríamos menos en nosotros mismos, y sembraríamos más con la esperanza de un crecimiento abundante. —¿Puede un hombre perder haciendo aquello con que Dios se agrada? Él puede hacer que toda la gracia abunde para con nosotros, y que abunde en nosotros; puede dar un gran crecimiento de las buenas cosas espirituales y de las temporales. Puede hacer que tengamos suficiente en todas las cosas y que nos contentemos con lo que tenemos. Dios no sólo nos da bastante para nosotros mismos, sino además para que podamos suplir con ello las necesidades del prójimo, y esto debe ser como semilla para sembrar. Debemos mostrar la realidad de nuestra sujeción al evangelio por las obras de caridad. Esto será para mérito de nuestra confesión y para la alabanza y la gloria de Dios. Propongámonos imitar el ejemplo de Cristo, sin cansarnos de hacer el bien, y considerando que es más bienaventurado dar que recibir. —Bendito sea Dios por el don inefable de su gracia, por la cual capacita e inclina a algunos de su pueblo a dar a los demás, y a otros a estar agradecidos por ello; y bendito sea para toda la eternidad su glorioso nombre por Jesucristo, el don de valor inapreciable de su amor, por medio del cual estas y todas las otras cosas, que pertenecen a la vida y la piedad, nos son dadas gratuitamente, más allá de toda expresión, medida o límite.

CAPÍTULO X

Versículos 1—6. *El apóstol establece su autoridad con mansedumbre y humildad.* 7—11. *Razona con los corintios.* 12—18. *Busca la gloria de Dios, y ser aprobado por Él.*

Vv. 1—6. Mientras otros tenían en menos al apóstol, y hablaban de él con escarnio, él pensaba y hablaba humildemente de sí. Debemos estar conscientes de nuestros males y pensar humildemente de nosotros, aunque los hombres nos lo reprochen. —La obra del ministerio es una guerra espiritual contra los enemigos espirituales y con objetivos espirituales. El poder exterior no es el método del evangelio, sino las persuasiones sólidas, por el poder de la verdad y la mansedumbre de la sabiduría. La conciencia es responsable de rendir cuentas sólo a Dios; y a la gente se la debe convencer sobre Dios y su deber, sin forzarlos. De este modo, son muy poderosas las armas de nuestra milicia; la evidencia de la verdad es convincente. ¡Qué oposición se hace contra el evangelio, por parte de los poderes del pecado y de Satanás en los corazones de los hombres! Pero véase la victoria que obtiene la palabra de Dios. Los medios señalados, por débiles que puedan parecerles a algunos, serán poderosos por medio de Dios. La predicación de la cruz hecha por hombres de fe y oración siempre ha resultado fatal para la idolatría, la impiedad y la maldad.

Vv. 7—11. Pablo era vil y despreciable a ojos de algunos, en cuanto a su apariencia externa, pero esta era una regla falsa para juzgar. No debemos pensar que nadie, salvo nosotros, pertenece a Cristo. No miremos las cosas por su apariencia externa, como si la falta de tales cosas demostrara que un hombre no es un cristiano real, o un ministro fiel y capaz del humilde Salvador.

Vv. 12—18. Si nos comparáramos con quienes nos superan, eso sería un buen método para mantenernos humildes. El apóstol se establece una buena regla de conducta, a saber, no jactarse de cosas sin su medida, que fue la medida que Dios le asignó a él. No hay fuente de error más fructífera que juzgar a las personas y las opiniones por nuestros propios prejuicios. ¡Qué común es que las personas juzguen su propio carácter religioso por las opiniones y las máximas del mundo que los rodea! ¡Pero qué diferente es la regla de la palabra de Dios! De todo el halago, el peor es el halago de sí mismo. Por tanto, en vez de alabarnos a nosotros mismos, debemos esforzarnos por ser aprobados por Dios. En una palabra, gloriémonos en el Señor nuestra salvación, y en todas las demás cosas sólo como pruebas de su amor, o como medios de fomentar Su gloria. En lugar de alabarnos nosotros mismos, o de buscar la alabanza de los hombres, deseemos sólo la honra que procede de Dios.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—4. *El apóstol da sus razones para hablar recomendándose a sí mismo. 5—15.*

Muestra que ha predicado gratuitamente el evangelio. 16—21. Explica lo que iba a agregar en defensa de su carácter. 22—33. Rinde cuenta de sus trabajos, preocupaciones, sufrimientos, peligros y liberaciones.

Vv. 1—4. El apóstol deseaba resguardar a los corintios de ser corrompidos por falsos apóstoles. No hay sino un Jesús, un Espíritu y un evangelio para ser predicado y recibido por ellos; ¿por qué, debido a las invenciones de un adversario, debiera alguien formarse prejuicios contra él, que fue el primero en enseñarles en la fe? Ellos no deben escuchar a los hombres que, sin causa, los alejarán de quienes fueron el medio de su conversión.

Vv. 5—15. Es mucho mejor hablar con claridad, pero andando franca y coherentemente con el evangelio, que ser admirado por miles, henchirse de orgullo, como para desprestigiar el evangelio con malos temperamentos y vidas impías. El apóstol no quería dar lugar a que nadie lo acusara de intenciones mundanas al predicar el evangelio, para que otros que se le oponían en Corinto, no pudieran sacar ventaja contra él en este aspecto. Se puede esperar hipocresía especialmente cuando consideramos el gran poder que tiene Satanás sobre la mente de muchos, que manda en los corazones de los hijos de desobediencia. Como hay tentaciones a una mala conducta, así se corre un riesgo igual por el otro lado. Sirve asimismo el propósito de Satanás establecer las buenas obras en oposición a la expiación de Cristo, y a la salvación por fe y gracia. Pero al final se descubrirá a los que son obreros engañosos; su obra terminará en ruina. Satanás permitirá que sus ministros prediquen la ley o el evangelio por separado, pero la ley establecida por fe en la justicia y expiación de Cristo, y la participación de su Espíritu, es la prueba de todo sistema falso.

Vv. 16—21. Es deber y práctica de los cristianos humillarse y obedecer el mandamiento y el ejemplo del Señor; pero la prudencia debe dirigir en lo que sea necesario para hacer cosas que podemos hacer lícitamente, aun el hablar de lo que Dios ha obrado para nosotros, en nosotros y por nosotros. —Aquí se hace indudablemente una referencia a hechos en que se ha mostrado el carácter de los falsos apóstoles. Asombra ver cómo tales hombres llevan a la esclavitud a sus seguidores, y cómo los despojan y los insultan.

Vv. 22—33. El apóstol hace un relato de sus trabajos y sufrimientos, no por orgullo o vanagloria, sino para la honra de Dios, que le capacitó para hacer y sufrir tanto por la causa de Cristo; muestra en qué es superior a los falsos apóstoles que trataban de desprestigiar su carácter y su servicio. Nos asombra reflexionar en este relato sobre sus peligros, dificultades y sufrimientos, y observar su paciencia, perseverancia, diligencia, júbilo y utilidad, en medio de todas las pruebas. Véase cuán poca razón tenemos para amar la pompa y la abundancia de este mundo, cuando este bendito apóstol sufrió tantas penurias. Nuestra mayor diligencia y servicios parecen indignos de comentar cuando se comparan con los suyos, y nuestras dificultades y pruebas escasamente pueden notarse. Muy bien puede guiarnos a indagar si somos o no seguidores verdaderos de Cristo. Aquí podemos estudiar la paciencia, el valor y la confianza firme en Dios. Aquí podemos aprender a pensar menos en nosotros mismos, y siempre debemos mantenernos estrictamente en la verdad, como en la presencia de Dios, y debemos referir todo a su gloria, como Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es bendito para siempre.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Las revelaciones del apóstol. 7—10. Las cuales fueron utilizadas para su*

provecho espiritual. 11—21. Las señales de apóstol estaban en él.—Su propósito de hacerles una visita, pero expresa su temor de tener que ser severo con algunos.

Vv. 1—6. No cabe duda que el apóstol habla de sí mismo. No sabe si las cosas celestiales descendieron hacia él mientras su cuerpo estaba en trance, como en el caso de los antiguos profetas; o si su alma fue desalojada momentáneamente del cuerpo y llevada al cielo, o si fue llevado en cuerpo y alma. No podemos, ni es propio que lo sepamos aún conocer los detalles de este glorioso lugar y estado. No intentó publicar al mundo lo que había escuchado allá, pero expone la doctrina de Cristo. La Iglesia se edifica sobre ese cimiento, y sobre él debemos edificar nuestra fe y esperanza. Mientras esto nos enseña a mejorar nuestras expectativas de la gloria que será revelada, debe dejarnos contentos con los métodos habituales de conocer la verdad y la voluntad de Dios.

Vv. 7—10. El apóstol narra el método que Dios asumió para mantenerlo humilde y para evitar que se exaltara desmedidamente por las visiones y revelaciones que tenía. No se nos dice qué era ese aguijón en la carne, si era un problema enorme o una tentación inmensa. Pero Dios suele sacar bueno de lo malo para que los reproches de nuestros enemigos nos protejan del orgullo. Si Dios nos ama, evitará que nos exaltemos desmedidamente; las cargas espirituales están ordenadas para curar el orgullo espiritual. Se dice que este aguijón en la carne era un mensajero que Satanás envió para mal, pero Dios lo usó y lo venció para bien. La oración es un ungüento para toda llaga, remedio para toda enfermedad, y cuando estamos afligidos con agujones en la carne, debemos entregarnos a la oración. Si no se contesta la primera oración, ni la segunda, debemos seguir orando. Los problemas son enviados para enseñarnos a orar; y siguen para enseñarnos a insistir en la oración. — Aunque acepta la oración de fe, aun así no siempre Dios da lo que se le pide: porque, como a veces concede con ira, también, niega con amor. Cuando Dios no quita nuestros problemas y tentaciones, pero nos da gracia suficiente para nosotros, no tenemos razón para quejarnos. La gracia significa la buena voluntad de Dios para con nosotros, y eso es suficiente para iluminarnos y vivificarnos, suficiente para fortalecernos y consolarnos en todas las aflicciones y angustias. Su poder se perfecciona en nuestra debilidad. De esta manera, su gracia se manifiesta y magnifica. Cuando somos débiles en nosotros mismos, entonces somos fuertes en la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Si nos sentimos débiles en nosotros mismos, entonces vamos a Cristo, recibimos poder de Él y disfrutamos más las provisiones del poder y la gracia divina.

Vv. 11—21. Tenemos como deuda con los hombres buenos la defensa de su reputación; y tenemos la obligación especial hacia ellos, de quienes recibimos beneficios, en especial los beneficios espirituales, de reconocerlos como instrumentos para nuestro bien en la mano de Dios. He aquí el relato de un ministro fiel del evangelio. Esto era su gran mira e intención: hacer el bien. Notemos aquí diversos pecados que corrientemente se hallan en los que profesan la religión. Las caídas y las malas obras son humillantes para un ministro, y a veces, Dios toma este camino para humillar a los que pudieran ser tentados a enaltecerse. Estos últimos versículos muestran a qué excesos habían desviado los falsos maestros a sus engañados seguidores. ¡Qué penoso es que tales males se hallen entre los que profesan el evangelio! Pero así es y así ha sido con demasiada frecuencia, y así era aun en la época de los apóstoles.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—6. *El apóstol amenaza a los ofensores obstinados.* 7—10. *Ora por su reforma.* 11—14. *Y termina la epístola con un saludo y una bendición.*

Vv. 1—6. Aunque el método de la gracia de Dios es soportar por mucho tiempo a los pecadores, no siempre tolera; finalmente vendrá y no perdonará a los que siguen obstinados e impenitentes. Cristo

en su crucifixión parecía solamente un hombre débil e indefenso, pero su resurrección y su vida demostraron su poder divino. Así los apóstoles, por más viles y despreciables que parecieran ante el mundo, como instrumentos manifestaban, no obstante, el poder de Dios. —Prueben ellos sus temperamentos, conducta y experiencia, como el oro es probado o ensayado por la piedra de toque. Si podían demostrar que no eran réprobos, que no eran rechazados por Cristo, confiaba que sabrían que él no era un réprobo ni un desconocido de Cristo. Debían saber si Cristo Jesús estaba o no en ellos, por la influencia, la gracia y la morada de su Espíritu, por su reino establecido en sus corazones. Preguntemos a nuestras almas; somos cristianos verdaderos o somos engañadores. A menos que Cristo esté en nosotros por su Espíritu, y el poder de su amor, nuestra fe está muerta, y aún estamos reprobados por nuestro Juez.

Vv. 7—10. Lo más deseable que podemos pedir a Dios es ser resguardados del pecado, que ni nosotros y ni ellos hagamos el mal. Necesitamos mucho más orar para no hacer lo malo que para no sufrir el mal. El apóstol no sólo desea que sean guardados del pecado, pero también crezcan en gracia y santidad. Tenemos que orar fervientemente a Dios por aquellos a quienes amonestamos para que dejen de hacer el mal y aprendan a hacer el bien; hemos de alegrarnos por los otros que son fuertes en la gracia de Cristo, aunque puedan ser el medio de demostrarnos nuestra propia debilidad. Oremos también que podamos usar adecuadamente todos nuestros talentos.

Vv. 11—14. Aquí hay varias exhortaciones buenas. Dios es el Autor de la paz y el Amante de la concordia; Él que nos ha amado, y quiere estar en paz con nosotros. Que sea nuestra mira constante andar en tal forma que la separación de nuestros amigos sea sólo por un tiempo, y podamos reunirnos en aquel mundo dichoso donde no habrá separación. Desea que ellos participen de todos los beneficios que Cristo ha adquirido de su gracia y favor gratuitos; que se ha propuesto el Padre por su libre amor, y que el Espíritu Santo aplica y otorga.

Henry, Matthew

GÁLATAS

Las iglesias de Galacia estaban formadas en parte por judíos convertidos, y en parte por convertidos gentiles, como era el caso en general. San Pablo afirma su carácter apostólico y las doctrinas que enseñó para confirmar a las iglesias de Galacia en la fe de Cristo, especialmente en lo que respecta al punto importante de la justificación por la sola fe. De manera que, el tema es principalmente el mismo discutido en la epístola a los Romanos, esto es, de la justificación sólo por la fe. Sin embargo, en esta epístola se dirige la atención en particular al punto en que los hombres son justificados por fe sin las obras de la ley de Moisés. Sobre la importancia de las doctrinas establecidas con prominencia en esta epístola Lutero dice: “Tenemos que temer como el peligro más grande y más cercano que Satanás nos quite esta doctrina de la fe y vuelva a traer a la Iglesia la doctrina de las obras y de las tradiciones de los hombres. De ahí que sea muy necesario que esta doctrina sea mantenida en práctica continua y ejercicio público, tanto de lectura como de oír. Si esta doctrina se pierde, entonces también se pierden la doctrina de la verdad, la vida, y la salvación”.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *El apóstol Pablo afirma su carácter apostólico contra los que lo desprestigian.* 6—9. *Reprende a los gálatas por rebelarse contra el evangelio de Cristo por la influencia de malos maestros.* 10—14. *Prueba la autoridad divina de su doctrina y misión, y declara lo que era antes de su conversión y llamamiento,* 15—24. *y cómo procedió después.*

Vv. 1—5. San Pablo era apóstol de Jesucristo; fue expresamente nombrado por Él, en consecuencia, por Dios Padre, que es uno con Él en su naturaleza divina, y nombró Mediador a Cristo. La gracia, incluye la buena voluntad de Dios hacia nosotros, y su buena obra en nosotros; y la paz, todo ese consuelo interior o prosperidad externa que nosotros realmente necesitamos. Estas proceden de Dios Padre como fuente por medio de Jesucristo, pero nótese primero la gracia, luego la paz. No puede haber paz verdadera sin la gracia. —Cristo se dio por nuestros pecados para hacer expiación por nosotros: esto exigía la justicia de Dios y a esto se sometió libremente. Aquí debe observarse la infinita grandeza del precio pagado, y entonces, será evidente que el poder del pecado es tan grande que no podía ser quitado, de ninguna manera, salvo que el Hijo de Dios fuera dado en rescate. El que considera bien estas cosas, entiende que el pecado es lo más horrible que pueda expresarse, lo cual debiera conmovernos, y sin duda, asustarnos. Nótese bien especialmente las palabras “por nuestros pecados”. Porque aquí empieza de nuevo nuestra débil naturaleza que primero desea ser digna por sus propias obras. Desea llevar ante Él a los que están sanos y no al que necesita médico. —No sólo para redimirnos de la ira de Dios y la maldición de la ley, sino también para separarnos de las malas costumbres y prácticas, a las cuales estábamos esclavizados naturalmente. Pero en vano es que los que no han sido librados de este presente mundo malo por la santificación del Espíritu, tengan la expectativa de ser liberados de su condenación por la sangre de Jesús.

Vv. 6—9. Los que desean establecer cualquier otro camino al cielo fuera del que revela el

evangelio de Cristo, se hallarán miserablemente errados. El apóstol imprime a los gálatas la debida sensación de su culpa por abandonar el camino de la justificación según el evangelio, aunque la reprensión la hace con ternura y los retrata como arrastrados a eso por las artes de algunos que los perturbaban. Debemos ser fieles cuando reprendemos a otros, y dedicarnos, no obstante, a restaurarlos con el espíritu de mansedumbre. —Algunos desean instalar las obras de la ley en el lugar de la justicia de Cristo, y de este modo, corrompen el cristianismo. El apóstol denuncia con solemnidad, por maldito, a todo aquel que intente poner un fundamento tan falso. Todos los demás evangelios, fuera del de la gracia de Cristo, sean más halagadores para el orgullo de la justicia propia, o más favorables para las lujurias mundanas, son invenciones de Satanás. Mientras declaremos que rechazar la ley moral como regla de vida tiende a deshonorar a Cristo, y a destruir la religión verdadera, debemos también declarar que toda dependencia de las buenas obras para la justificación, sean reales o imaginarias, es igualmente fatal para los que persisten en ellas. Mientras seamos celosos de las buenas obras tengamos cuidado de no ponerlas en el lugar de la justicia de Cristo, y no proponer ninguna cosa que pudiera traicionar al prójimo con un engaño tan horrendo.

Vv. 10—14. Al predicar el evangelio el apóstol buscaba llevar personas a la obediencia, no de los hombres, sino de Dios. Pero Pablo no deseaba alterar la doctrina de Cristo, sea para ganar el favor de ellos o evitar la furia de ellos. En un asunto tan importante no debemos temer el enojo de los hombres, ni buscar su favor usando palabras de humana sabiduría. —En cuanto a la manera en que él recibió el evangelio, fue por revelación desde el Cielo. No fue llevado al cristianismo, como muchos, sólo por la educación.

Vv. 15—24. San Pablo fue llevado maravillosamente al conocimiento y la fe de Cristo. Todos los convertidos para salvación son llamados por la gracia de Dios; la conversión de ellos es obra de su poder y gracia que obran en ellos. De poco nos servirá que tengamos a Cristo revelado *a* nosotros si Él no es revelado también *en* nosotros. Estaba preparado para obedecer instantáneamente, sin importar su interés, crédito, comodidad mundano o la misma vida. Qué motivo de acción de gracias y de gozo es para las iglesias de Cristo cuando saben de casos semejantes para la alabanza de la gloria de su gracia, ¡sea que los hayan visto o no alguna vez! Ellos glorifican a Dios por su poder y misericordia al salvar a tales personas, y por todo el servicio hecho a su pueblo y a su causa, y el servicio que puede esperarse con posterioridad.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *El apóstol declara que ha sido reconocido como apóstol a los gentiles.* 11—14.

Resistió públicamente a Pedro por judaizar. 15—21. *De ahí pasa a la doctrina de la justificación por la fe en Cristo, sin las obras de la ley.*

Vv. 1—10. Nótese la fidelidad del apóstol al dar un relato completo de la doctrina que había predicado entre los gentiles, y que aún estaba resuelto a predicar, la del cristianismo, libre de toda mezcla con el judaísmo. Esta doctrina sería desagradable para muchos, pero él no temía reconocerla. Su preocupación era que no decayera el éxito de sus labores pasadas, o fuera estorbado en su utilidad futura. Mientras dependamos claramente de Dios para el éxito en nuestras labores, debemos usar toda la cautela necesaria para eliminar errores, y contra los opositores. Hay cosas que se pueden cumplir lícitamente, pero cuando no se pueden hacer sin traicionar la verdad, deben rechazarse. No debemos dar lugar a ninguna conducta por la cual sea rechazada la verdad del evangelio. —Aunque Pablo hablaba con los otros apóstoles, no recibió de ellos nada nuevo para su conocimiento o autoridad. Se dieron cuenta de la gracia que le fue dada, y le dieron a él y a Bernabé, la diestra de compañía, por la cual reconocían que había sido nombrado en el oficio y dignidad de apóstol como ellos mismos. Acordaron que los dos debían ir a los gentiles mientras ellos seguían predicando a los judíos; juzgaron que agradaba a Cristo la idea de dividirse así en la

obra. —Aquí aprendemos que el evangelio no es nuestro, sino de Dios, y que los hombres somos sólo sus custodios; por esto tenemos que alabar a Dios. El apóstol mostró su disposición caritativa y cuán dispuesto estaba para aceptar como hermanos a los judíos convertidos, aunque muchos de ellos difícilmente permitirían igual favor a los gentiles convertidos; pero la sola diferencia de opinión no era razón para que no les ayudara. He aquí un patrón de la caridad cristiana, que debemos extender a todos los discípulos de Cristo.

Vv. 11—14. A pesar del carácter de Pedro, cuando Pablo lo vio actuando como para dañar la verdad del evangelio y la paz de la iglesia, no tuvo temor de reprenderlo. Cuando vio que Pedro y los demás no vivían conforme al principio que enseña el evangelio, y que ellos profesaban, a saber, que por la muerte de Cristo fue derribado el muro divisorio entre judío y gentil, y la observancia de la ley de Moisés dejaba de tener vigencia; como la ofensa de Pedro era pública, él lo reprendió públicamente. Hay una diferencia muy grande entre la prudencia de San Pablo, que sustentó, y usó por un tiempo, las ceremonias de la ley como no pecaminosas, y la conducta tímida de San Pedro que, por apartarse de los gentiles, llevó a otros a pensar que estas ceremonias eran necesarias.

Vv. 15—19. Habiendo así demostrado Pablo que él no era inferior a ningún apóstol, ni al mismo Pedro, habla de la gran doctrina fundamental del evangelio. ¿Para qué creímos en Cristo? ¿No fue para que fuésemos justificados por la fe de Cristo? De ser así, ¿no es necio volver a la ley, y esperar ser justificados por el mérito de obras morales, de los sacrificios o de las ceremonias? La ocasión de esta declaración surgió indudablemente de la ley ceremonial; pero el argumento es tan fuerte contra toda dependencia de las obras de la ley moral para lograr la justificación. Para dar mayor peso a esto se agrega aquí, “pero si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado?” Esto sería muy deshonoroso para Cristo y también muy dañino para ellos. Considerando la misma ley, entendió que no debía esperar la justificación por las obras de la ley, y que ahora ya no había más necesidad de los sacrificios y sus purificaciones, puesto que fueron terminados en Cristo al ofrecerse Él como sacrificio por nosotros. No esperaba ni temía nada de ello; no más que un hombre muerto para sus enemigos. Pero el efecto no era una vida descuidada e ilícita. Era necesario que él pudiera vivir para Dios y dedicado a él por medio de los motivos y la gracia del evangelio. No es objeción nueva, pero sumamente injusto, que la doctrina de la justificación por la sola fe, tienda a estimular a la gente a pecar. No es así, porque aprovecharse de la libre gracia, o de su doctrina, es vivir en pecado, es tratar de hacer de Cristo ministro de pecado, idea que debiera estremecer a todos los corazones cristianos.

Vv. 20, 21. Aquí, en su propia persona, el apóstol describe la vida espiritual y oculta del creyente. El viejo hombre ha sido crucificado, Romanos vi, 6; pero el nuevo hombre está vivo; el pecado es mortificado y la gracia es vivificada. Tiene las consolaciones y los triunfos de la gracia, pero esa gracia no es de sí mismo sino de otro. Los creyentes se ven viviendo en un estado de dependencia de Cristo. De ahí que, aunque viva en la carne, sin embargo, no vive según la carne. Los que tienen fe verdadera, viven por esa fe; y la fe se afirma en que Cristo se dio a sí mismo por nosotros. —Él me amó y se dio por mí. Como si el apóstol dijera: El Señor me vio huyendo más y más de Él. Tal maldad, error e ignorancia estaban en mi voluntad y entendimiento, y no era posible que yo fuera rescatado por otro medio que por tal precio. Considérese bien este precio. —Aquí nótese la fe falsa de muchos. Su confesión concuerda: tienen la forma de la piedad sin el poder de ella. Piensan que creen bien los artículos de la fe, pero están engañados. Porque creer en Cristo crucificado no sólo es creer que fue crucificado, sino también creer que yo estoy juntamente crucificado con Él. Esto es conocer a Cristo crucificado. De ahí aprendemos cuál es la naturaleza de la gracia. La gracia de Dios no puede estar unida al mérito del hombre. La gracia no es gracia a menos que sea dada libremente en toda forma. Mientras más sencillamente el creyente confíe en Cristo para todo, más devotamente andará delante de Él en todas sus ordenanzas y mandamientos. Cristo vive y reina en él, y él vive aquí en la tierra por la fe en el Hijo de Dios, que obra por amor, produce obediencia y cambia a su santa imagen. De este modo, no abusa de la gracia de Dios ni la hace vana.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Los gálatas son reprendidos por desviarse de la gran doctrina de la justificación solo por la fe en Cristo.* 6—9. *Esta doctrina se afirma a partir del ejemplo de Abraham.* 10—14. *Del tenor de la ley y la gravedad de su maldición.* 15—18. *Del pacto de la promesa que la ley no podía anular.* 19—25. *La ley fue un ayo para guiarlos a Cristo.* 26—29. *Bajo el estado del evangelio todos los creyentes son uno en Cristo.*

Vv. 1—5. Varias cosas hacían más grave la necedad de los cristianos gálatas. A ellos se les había predicado la doctrina de la cruz, y se les ministraba la cena del Señor. En ambas se había expuesto plena y claramente a Cristo crucificado y la naturaleza de sus sufrimientos. —¿Habían sido hechos partícipes del Espíritu Santo por la ministración de la ley o por cuenta de algunas obras que ellos hicieron en obediencia a aquella? ¿No fue porque oyeron y abrazaron la doctrina de la sola fe en Cristo para justificación? No fue por lo primero, sino por lo último. Muy poco sabios son quienes toleran ser desviados del ministerio y la doctrina en que fueron bendecidos para provecho espiritual de ellos. ¡Ay, que los hombres se desvíen de la doctrina de Cristo crucificado, de importancia absoluta, para oír distinciones inútiles, pura prédica moral o locas imaginaciones! El dios de este mundo ha cegado el entendimiento de los hombres por diversos hombres y medios, para que aprendan a no confiar en el Salvador crucificado. Podemos preguntar directamente, ¿dónde se da más evidentemente el fruto del Espíritu Santo; en los que predicán la justificación por las obras de la ley, o en quienes predicán la doctrina de la fe? Con toda seguridad, en estos últimos.

Vv. 6—14. El apóstol prueba la doctrina, de cuyo rechazo había culpado a los gálatas; a saber, la de la justificación por la fe, sin las obras de la ley. Hace esto a partir del ejemplo de Abraham, cuya fe se afirmó en la palabra y la promesa de Dios, y por creer fue reconocido y aceptado por Dios como hombre justo. Se dice que la Escritura prevé, porque el que previó es el Espíritu Santo, que inspiró las Escrituras. Abraham fue bendecido por fe en la promesa de Dios; y es esta la única forma en que los demás obtienen este privilegio. Entonces, estudiemos el objeto, la naturaleza y los efectos de la fe de Abraham, porque, ¿quién puede escapar de la maldición de la santa ley de alguna otra manera? La maldición es contra todos los pecadores, por tanto, contra todos los hombres, porque todos pecaron y todos se hicieron culpables ante Dios; y si, como transgresores de la ley estamos bajo su maldición, debe ser vano buscar justificación por ella. Justos o rectos son sólo los liberados de la muerte y de la ira, y restaurados a un estado de vida en el favor de Dios: sólo a través de la fe llegan las personas a ser justas. —Así, vemos, pues, que la justificación por la fe no es una doctrina nueva, sino que fue enseñada en la Iglesia de Dios mucho antes de los tiempos del evangelio. En verdad, es la única manera por la cual fueron o pueden ser justificados los pecadores. —Aunque no cabe esperar liberación por medio de la ley, hay una vía abierta para escapar de la maldición y recuperar el favor de Dios, a saber, por medio de la fe en Cristo. Cristo nos redimió de la maldición de la ley; fue hecho pecado, u ofrenda por el pecado por nosotros. Así fue hecha maldición por nosotros; no separado de Dios, pero por un tiempo, estuvo sujeto al castigo divino. Los intensos sufrimientos del Hijo de Dios advierten a gritos a los pecadores que huyan de la ira venidera, más que de todas las maldiciones de la ley, porque, ¿cómo podría Dios salvar a un hombre que permanece bajo pecado, viendo que no salvó a su propio Hijo, cuando nuestros pecados fueron cargados sobre Él? Pero, al mismo tiempo, Cristo, desde la cruz, invita libremente a los pecadores a que se refugien en Él.

Vv. 15—18. El pacto que Dios hizo con Abraham no fue cancelado por la entrega de la ley a Moisés. El pacto fue establecido con Abraham y su Simiente. Aún está vigente. Cristo permanece para siempre en su Persona y en su simiente espiritual, los que son suyos por fe. Por esto conocemos la diferencia entre las promesas de la ley y las del evangelio. Las promesas de la ley son hechas a la persona de cada hombre; las promesas del evangelio son hechas, primeramente a Cristo, luego por medio de Él a los que por fe son injertados en Cristo. —Para dividir correctamente la palabra de verdad debe erigirse una gran diferencia entre la promesa y la ley, en cuanto a los afectos

interiores y a toda la práctica de la vida. Cuando la promesa se mezcla con la ley, se anula convirtiéndose en ley. Que Cristo esté siempre ante nuestros ojos como argumento seguro para la defensa de la fe contra la dependencia de la justicia humana.

Vv. 19—22. Si esa promesa fue suficiente para salvación, ¿entonces de qué sirvió la ley? Los israelitas, aunque escogidos para ser el pueblo peculiar de Dios, eran pecadores como los demás. La ley no fue concebida para descubrir una manera de justificar, diferente de la dada a conocer por la promesa, sino para conducir a los hombres a ver su necesidad de la promesa, mostrándoles la pecaminosidad del pecado, y para señalar a Cristo solo, por medio del cual podían ser perdonados y justificados. La promesa fue dada por Dios mismo; la ley fue dada por el ministerio de ángeles, y la mano de un mediador, Moisés. De ahí que la ley no pudiera ser diseñada para abrogar la promesa. Como lo indica el mismo vocablo, el mediador es un amigo que se interpone entre dos partes y que no actúa sólo con una y por una de ellas. La gran intención de la ley era que la promesa por fe en Jesucristo fuera dada a los que creyeran; a los que, estando convictos de su culpa, y de la insuficiencia de la ley para efectuar justicia por ellos, pudieran ser persuadidos a creer en Cristo, y así, alcanzar el beneficio de la promesa. No es posible que la santa, justa y buena ley de Dios, la norma del deber para todos, sea contraria al evangelio de Cristo. Intenta toda forma de promoverlo.

Vv. 23—25. La ley no enseñaba un conocimiento vivo y salvador, pero por sus ritos y ceremonias, especialmente por sus sacrificios, señalaba hacia Cristo para que ellos fuesen justificados por fe. Así era que la palabra significa propiamente un siervo para llevar a Cristo, como los niños eran llevados a la escuela por los siervos encargados de atenderlos, para ser enseñados más plenamente por Él, que es el verdadero camino de justificación y salvación, el cual es únicamente por fe en Cristo. Se señala la ventaja enormemente más grande del estado del evangelio, en el cual disfrutamos de la revelación de la gracia y misericordia divina más claramente que los judíos de antes. La mayoría de los hombres siguen encerrados como en un calabozo oscuro, enamorados de sus pecados, cegados y adormecidos por Satanás, por medio de los placeres, preocupaciones y esfuerzos mundanales. Pero el pecador despertado descubre su estado terrible. Entonces siente que la misericordia y la gracia de Dios forman su única esperanza. Los terrores de la ley suelen ser usados por el Espíritu que produce convicción, para mostrar al pecador que necesita a Cristo, para llevarle a confiar en sus sufrimientos y méritos, para que pueda ser justificado por la fe. Entonces, la ley, por la enseñanza del Espíritu Santo, llega a ser su amada norma del deber y su norma para el examen diario de sí mismo. En este uso de ella, aprende a confiar más claramente en el Salvador.

Vv. 26—29. Los cristianos reales disfrutaban grandes privilegios sujetos al evangelio, y ya no son más contados como siervos, sino como hijos; ahora no son mantenidos a cierta distancia y sujetos a ciertas restricciones como los judíos. Habiendo aceptado a Cristo Jesús como su Señor y Salvador, y confiando solo en Él para justificación y salvación, ellos llegan a ser los hijos de Dios. Pero ninguna forma externa o confesión puede garantizar esas bendiciones, porque si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. —En el bautismo nos investimos de Cristo; por éste, profesamos ser sus discípulos. Siendo bautizados en Cristo, somos bautizados en su muerte, porque como Él murió y resucitó, así nosotros morimos al pecado y andamos en la vida nueva y santa. Investirse de Cristo según el evangelio no consiste en la imitación externa, sino de un nacimiento nuevo, un cambio completo. —El que hace que los creyentes sean herederos, proveerá para ellos. Por tanto, nuestro afán debe ser cumplir los deberes que nos corresponden, y debemos echar sobre Dios todos los demás afanes. Nuestro interés especial debe ser por el cielo; las cosas de esta vida no son sino fruslerías. La ciudad de Dios en el cielo es la porción o la parte del hijo. Procura asegurarte de eso por sobre todas las cosas.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *La necesidad de volver a las observancias legales para la justificación.* 8—11. *El cambio feliz efectuado en los creyentes gentiles.* 12—18. *El apóstol razona en contra de seguir a los falsos maestros.* 19, 20. *Expresa su intensa preocupación por ellos.* 21—31. *Y luego explica la diferencia entre lo que debe esperarse de la ley y del evangelio.*

Vv. 1—7. El apóstol trata claramente con los que querían imponer la ley de Moisés junto con el evangelio de Cristo, proponiéndose sujetar a los creyentes a su esclavitud. No podían entender plenamente el significado de la ley dada por Moisés. Como esa era una dispensación de tinieblas, era de esclavitud; ellos estaban atados a tantos ritos y observancias fatigosas, por los que se les enseñaba, y se les mantenía sujetos, como niño a tutores y curadores. —Bajo la dispensación del evangelio aprendemos el estado más feliz de los cristianos. Nótese en estos versículos las maravillas del amor y la misericordia divina, particularmente de Dios Padre al enviar a su Hijo al mundo para redimir y salvarnos; del Hijo de Dios al someterse a tanta bajeza y sufrir tanto por nosotros; y del Espíritu Santo al condescender a habitar en los corazones de los creyentes para tales propósitos de gracia. Además, las ventajas que disfrutaban los cristianos bajo el evangelio. Aunque por naturaleza hijos de ira y desobediencia, ellos llegan a ser por gracia hijos del amor y participan de la naturaleza de los hijos de Dios; porque Él hará que todos sus hijos se le parezcan. El hijo mayor es el heredero entre los hombres; pero todos los hijos de Dios tendrán la herencia de los primogénitos. Que el temperamento y la conducta de los hijos muestre para siempre nuestra adopción y que el Espíritu Santo testifique a nuestros espíritus que somos hijos y herederos de Dios.

Vv. 8—11. El cambio feliz por el cual los gálatas se volvieron de los ídolos al Dios vivo, y recibieron, por medio de Cristo, la adopción de hijos, fue el efecto de su libre y rica gracia. Ellos fueron puestos bajo la obligación mayor de mantener la libertad con que Él los hizo libres. Todo nuestro conocimiento de Dios empieza de su lado; lo conocemos porque somos conocidos por Él. —Aunque nuestra religión prohíbe la idolatría, aún hay muchos que practican la idolatría espiritual en sus corazones. Porque lo que más ama un hombre, y aquello que más le interesa, eso es su dios: algunos tienen sus riquezas como su dios; algunos, sus placeres, y otros, sus lujurias. Muchos adoran, sin saber, a un dios de su propia hechura; un dios todo hecho de misericordia sin ninguna justicia. Porque se convencen de que hay misericordia de Dios para ellos aunque no se arrepientan y sigan en sus pecados. —Es posible que los que hicieron una gran profesión de la religión, después sean desviados de la pureza y simplicidad. Mientras más misericordia haya mostrado Dios al llevar a alguien a conocer el evangelio, y sus libertades y privilegios, más grande es su pecado y necesidad al tolerar que ellos mismos sean privados de ello. De aquí, pues, que todos los miembros de la iglesia externa deban aprender a temer su yo, y a sospechar de sí mismos. No debemos contentarnos con tener algunas cosas buenas en nosotros. Pablo teme que su labor fuera en vano, pero aún se esfuerza; y el hacerlo así, siga lo que siguiere, es la verdadera sabiduría y el temor de Dios. Esto debe recordar cada hombre en su puesto y llamamiento.

Vv. 12—18. El apóstol desea que ellos sean unánimes con él en cuanto a la ley de Moisés y unidos con él en amor. Al reprender a los otros, debemos cuidar de convencerlos de que nuestra reprensión viene de una sincera consideración de la honra de Dios y la religión y del bienestar de ellos. El apóstol recuerda a los gálatas la dificultad con que trabajó cuando estuvo entre ellos por primera vez. Pero nota que fue un mensajero bien recibido por ellos. Sin embargo, ¡cuán inciertos son el favor y el respeto de los hombres! Esforcémonos por ser aceptos a Dios. —Una vez os creísteis dichosos por recibir el evangelio; ¿ahora tenéis razón para pensar lo contrario? Los cristianos no deben dejar de decir la verdad por temor de ofender al prójimo. Los falsos maestros que desviaron a los gálatas de la verdad del evangelio, eran hombres astutos. Pretendían afecto, pero no eran sinceros ni rectos. Se da una regla excelente. Bueno es ser siempre celoso de algo bueno; no sólo por una vez, o cada tanto tiempo, sino siempre. Dichoso sería para la Iglesia de Cristo si este celo fuese mejor sostenido.

Vv. 19, 20. Los gálatas estaban listos para considerar enemigo al apóstol, pero él les asegura que era su amigo; que por ellos tenía sentimientos paternales. Duda del estado de ellos y ansía conocer el resultado de sus engaños presentes. Nada es prueba tan segura de que un pecador ha pasado al estado de justificación como que Cristo se esté formando en él por la renovación del Espíritu Santo, pero esto no puede esperarse mientras los hombres dependan de la ley para ser aceptados por Dios.

Vv. 21—27. La diferencia de los creyentes que descansan sólo en Cristo y los que confían en la ley queda explicada por las historias de Isaac e Ismael. Estas cosas son una alegoría en que el Espíritu de Dios señala algo más además del sentido literal e histórico de las palabras. Agar y Sara eran emblemas adecuados de las dos dispensaciones diferentes del pacto. La Jerusalén celestial, la Iglesia verdadera de lo alto, representada por Sara está en estado de libertad y es la madre de todos los creyentes que nacen del Espíritu Santo. Por regeneración y fe verdadera fueron parte de la verdadera semilla de Abraham, conforme a la promesa hecha a él.

Vv. 28—31. Se aplica la historia así expuesta. Entonces, hermanos, no somos hijos de la esclava sino de la libre. Si los privilegios de todos los creyentes son tan grandes, conforme al pacto nuevo, ¡qué absurdo sería que los convertidos gentiles estén bajo esa ley que no pudo librar a los judíos incrédulos de la esclavitud o de la condenación! —Nosotros no hubiésemos hallado esta alegoría en la historia de Sara y Agar si no nos hubiera sido señalada, pero no podemos dudar que así fue concebido por el Espíritu Santo. Es una explicación del tema, no un argumento que lo compruebe. En esto están prefigurados los dos pactos, el de obras y el de gracia, y los profesantes legales y los evangélicos. Las obras y los frutos producidos por el poder del hombre son legales, pero si surgen de la fe en Cristo son evangélicos. El espíritu del primer pacto es de esclavitud al pecado y la muerte. El espíritu del segundo pacto es de libertad y liberación; no de libertad para pecar sino en deber y para el deber. El primero es un espíritu de persecución; el segundo es un espíritu de amor. Que miren a este los profesantes que tengan un espíritu violento, duro y autoritario hacia el pueblo de Dios. Pero así como Abraham desechó a Agar, así es posible que el creyente se desvíe en algunas cosas al pacto de obras, cuando por incredulidad y negligencia de la promesa actúe en su propio poder conforme a la ley; o en un camino de violencia, no de amor, hacia sus hermanos. Sin embargo, no es su espíritu hacerlo así, de ahí que nunca repose hasta que regrese a su dependencia de Cristo. Reposemos nuestras almas en las Escrituras, y mostremos, por una esperanza evangélica y la obediencia jubilosa, que nuestra conversión y tesoro están, sin duda, en el cielo.

CAPÍTULO V

Versículos 1—12. *Una ferviente exhortación a estar firmes en la libertad del evangelio.* 13—15. *A cuidarse de consentir un temperamento pecador.* 16—26. *Y a caminar en el Espíritu, y no dar lugar a las lujurias de la carne: se describen las obras de ambos.*

Vv. 1—6. Cristo no será el Salvador de nadie que no lo reciba y confíe en Él como su único Salvador. Prestemos oído a las advertencias y las exhortaciones del apóstol a estar firmes en la doctrina y la libertad del evangelio. Todos los cristianos verdaderos que son enseñados por el Espíritu Santo, esperan la vida eterna, la recompensa de la justicia, y el objeto de su esperanza, como dádiva de Dios por fe en Cristo; y no por amor de sus propias obras. —El convertido judío puede observar las ceremonias o afirmar su libertad, el gentil puede desecharlas o participar en ellas, siempre y cuando no dependa de ellas. Ningún privilegio o profesión externo servirá para ser aceptos de Dios sin la fe sincera en nuestro Señor Jesús. La fe verdadera es una gracia activa; obra por amor a Dios y a nuestros hermanos. Que estemos en el número de aquellos que, por el Espíritu, aguardan la esperanza de justicia por la fe. —El peligro de antes no estaba en cosas sin importancia en sí, como ahora son muchas formas y observancias. Pero sin la fe que obra por el amor, todo lo demás carece de valor, y comparado con ello las otras cosas son de escaso valor.

Vv. 7—12. La vida del cristiano es una carrera en la cual debe correr y mantenerse si desea obtener el premio. No basta con que profesemos el cristianismo; debemos correr bien viviendo conforme a esa confesión. Muchos que empezaron bien en la religión son estorbados en su avance o se desvían del camino. A los que empezaron a salirse del camino o a cansarse les corresponde preguntarse seriamente qué les estorba. —La opinión o la persuasión, versículo 8, sin duda, era la de mezclar las obras de la ley con la fe en Cristo en cuanto a la justificación. El apóstol deja que ellos juzguen de dónde surgió, pero muestra lo suficiente para indicar que no se debe a nadie sino a Satanás. —Para las iglesias cristianas es peligroso animar a los que siguen errores destructores, pero en especial a los que los difunden. Al reprender el pecado y el error, siempre debemos distinguir entre los líderes y los liderados. Los judíos se ofendían porque se predicaba a Cristo como la única salvación para los pecadores. Si Pablo y los otros hubieran aceptado que la observancia de la ley de Moisés debía unirse a la fe en Cristo, como necesaria para la salvación, entonces los creyentes hubieran podido evitar muchos de los sufrimientos que tuvieron. Hay que resistir los primeros indicios de esa levadura. Ciertamente los que persisten en perturbar a la Iglesia de Cristo deben soportar su juicio.

Vv. 13—15. El evangelio es una doctrina conforme a la piedad, 1 Timoteo vi, 3, y está lejos de consentir con el menor pecado, que nos somete a la obligación más fuerte de evitarlo y vencerlo. El apóstol insiste en que toda la ley se cumple en una palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Si se pelean los cristianos, que deben ayudarse mutuamente y regocijarse unos en otros, ¿qué puede esperarse sino que el Dios de amor niegue su gracia, que el Espíritu de amor se vaya, y prevalezca el espíritu maligno que busca destruirlos? —Bueno fuera que los creyentes se pusieran en contra del pecado en ellos mismos y en los lugares donde viven, en vez de morderse y devorarse unos a otros con motivo de diversidad de opinión diferente.

Vv. 16—26. Si fuéramos cuidadosos para actuar bajo la dirección y el poder del Espíritu bendito, aunque no fuésemos liberados de los estímulos y de la oposición de la naturaleza corrupta que queda en nosotros, esta no tendría dominio sobre nosotros. Los creyentes están metidos en un conflicto en que desean sinceramente esa gracia que puede alcanzar la victoria plena y rápida. Los que desean entregarse a la dirección del Espíritu Santo no están bajo la ley como pacto de obras, ni expuestos a su espantosa maldición. Su odio por el pecado, y su búsqueda de la santidad, muestran que tienen una parte en la salvación del evangelio. —Las obras de la carne son muchas y manifiestas. Esos pecados excluirán del cielo a los hombres. Pero, ¡cuánta gente que se dice cristiana vive así y dicen que esperan el cielo! —Se enumeran los frutos del Espíritu, o de la naturaleza renovada, que tenemos que hacer. Y así como el apóstol había nombrado principalmente las obras de la carne, no sólo dañinas para los mismos hombres, sino que tienden a hacerlos mutuamente nocivos, así aquí el apóstol nota principalmente los frutos del Espíritu, que tienden a hacer mutuamente agradables a los cristianos, como asimismo a hacerlos felices. Los frutos del Espíritu muestran evidentemente que ellos son guiados por el Espíritu. —La descripción de las obras de la carne y de los frutos del Espíritu nos dice qué debemos evitar y resistir y qué debemos desear y cultivar; y este es el afán y empresa sinceros de todos los cristianos reales. El pecado no reina ahora en sus cuerpos mortales, de modo que le obedezcan, Romanos vi, 12, pues ellos procuran destruirlo. Cristo nunca reconocerá a los que se rinden a ser siervos del pecado. Y no basta con que cesemos de hacer el mal sino que debemos aprender a hacer el bien. Nuestra conversación siempre deberá corresponder al principio que nos guía y nos gobierna, Romanos viii, 5. Debemos dedicarnos con fervor a mortificar las obras del cuerpo y a caminar en la vida nueva sin desear la vanagloria ni desear indebidamente la estima y el aplauso de los hombres, sin provocarse ni envidiarse mutuamente, sino buscando llevar esos buenos frutos con mayor abundancia, que son, a través de Jesucristo, para la alabanza y la gloria de Dios.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *Exhortaciones a la mansedumbre, la benignidad y la humildad.* 6—11. *A la bondad para con todos los hombres, especialmente los creyentes.* 12—15. *Los gálatas, advertidos contra los maestros judaizantes.* 16—18. *Una bendición solemne.*

Vv. 1—5. Tenemos que sobrellevar las cargas los unos de los otros. Así cumplimos la ley de Cristo. Esto nos obliga a la tolerancia mutua y a la compasión de unos con otros, conforme a su ejemplo. Nos corresponde llevar las cargas de unos y otros como compañeros de viaje. —Muy corriente es que el hombre se considere más sabio y mejor que todos los demás hombres, y bueno para mandarlos. Se engaña a sí mismo; pretende lo que no tiene, se engaña a sí mismo, y tarde o temprano, se hallará con lamentables efectos. Este nunca ganará la estima de Dios ni la de los hombres. Se advierte a cada uno que examine su obra. Mientras mejor conozcamos nuestro corazón y nuestros modales, menos despreciaremos a los demás y más dispuestos estaremos para ayudarles cuando tengan enfermedades y aflicciones. Cuán leves les parecen los pecados a los hombres cuando los cometen, pero los hallarán como carga pesada cuando tengan que dar cuenta a Dios de ellos. Nadie puede pagar el rescate por un hermano; y el pecado es una carga para el alma. Es una carga espiritual; y mientras menos la sienta alguien, más causa tiene para sospechar de sí. La mayoría de los hombres están muertos en sus pecados y, por tanto, no ven ni sienten la carga espiritual del pecado. Al sentir el peso y carga de nuestros pecados, debemos procurar ser aliviados por el Salvador, y darnos por advertidos contra todo pecado.

Vv. 6—11. Muchos se excusan de la obra de la religión, aunque pueden simularla y profesarla. Pueden imponerse a los demás, pero se engañan si piensan que pueden engañar a Dios, que conoce sus corazones y sus acciones; y como Él no puede ser engañado, así no será burlado. Nuestro tiempo es tiempo de siembra; en el otro mundo segaremos lo que sembramos ahora. Hay dos clases de siembra, una para la carne, y otra para el Espíritu: así será la rendición de cuentas en el más allá. Los que llevan una vida sensual y carnal, no deben esperar otro fruto de ese camino que no sea miseria y ruina. Pero los que, bajo la dirección y el poder del Espíritu Santo, llevan una vida de fe en Cristo, y abundan en la gracia cristiana, cosecharán vida eterna del Espíritu Santo. —Todos somos muy proclives a cansarnos del deber, particularmente de hacer el bien. Debemos velar con gran cuidado y guardarnos al respecto. La recompensa se promete sólo a la perseverancia en hacer el bien. —Aquí hay una exhortación a todos para hacer el bien en donde están. Debemos tener cuidado de hacer el bien en nuestra vida y hacer de él la actividad de nuestra vida, especialmente si se presentan ocasiones nuevas, y hasta donde alcance nuestro poder.

Vv. 12—15. Los corazones orgullosos, vanos y carnales se contentan precisamente con tanta religión como la que les ayude a simular en buena forma. Pero el apóstol profesa su propia fe, esperanza y gozo, y que su gloria principal está en la cruz de Cristo. Por la cual se significan aquí sus sufrimientos y muerte en la cruz, la doctrina de la salvación por el Redentor crucificado. Por Cristo, o por la cruz de Cristo, el mundo es crucificado para el creyente y él para el mundo. Mientras más consideremos los sufrimientos del Redentor de parte del mundo, menos probable es que amemos al mundo. Al apóstol lo afectaban tan poco sus encantos como el espectador lo sería por cualquier cosa que fuese graciosa en la cara de una persona crucificada, cuando la contempla ennegrecida en las agonías de la muerte. Él no era más afectado por los objetos que le rodeaban como alguien que expira fuera afectado con alguna de las perspectivas que sus ojos moribundos pudieran ver desde la cruz de la cual cuelga. Y en cuanto a aquellos que han creído verdaderamente en Cristo Jesús, todas las cosas les son contadas como supremamente inválidas comparadas con Él. Hay una nueva creación: las viejas cosas pasaron, he aquí los nuevos puntos de vista y las nuevas disposiciones son traídas bajo las influencia regeneradoras de Dios Espíritu Santo. Los creyentes son llevados a un nuevo mundo, y siendo creados en Cristo Jesús para nuevas obras, son formados para una vida de santidad. Es un cambio de mentalidad y corazón por el cual somos capacitados para creer en el Señor Jesús y vivir para Dios; y donde falte esta religión interior práctica, las

profesiones o los nombres externos nunca la reemplazarán.

Vv. 16—18. Una nueva creación a imagen de Cristo que demuestra fe en Él es la distinción más grande entre uno y otro hombre y una bendición declarada a todos los que andan conforme a esta regla. Las bendiciones son paz y misericordia. Paz con Dios y nuestra conciencia, y todos los consuelos de esta vida en la medida que sean necesarios. Y la misericordia, el interés en el amor y favor gratuitos de Dios en Cristo, el manantial y la fuente de todas las demás bendiciones. —La palabra escrita de Dios es la regla por la que tenemos que guiarnos, tanto por sus preceptos como por sus doctrinas. Que Su gracia esté siempre con nuestro espíritu, para santificarnos, vivificarnos y alegrarnos y que siempre nosotros estemos listos para sostener el honor de Aquel que indudablemente es nuestra vida. El apóstol tenía en su cuerpo las marcas del Señor Jesús, las cicatrices de las heridas infligidas por los enemigos perseguidores porque él se aferraba a Cristo y a la doctrina del evangelio. —El apóstol trata de hermanos suyos a los gálatas, mostrando con ellos su humildad y su tierno afecto por ellos, y se va con una oración muy seria pidiendo que ellos disfruten del favor de Cristo Jesús en sus efectos a la vez que en sus pruebas. No tenemos que desear más que la gracia de nuestro Señor Jesucristo para hacernos felices. El apóstol no ora que la ley de Moisés o la justicia de las obras sea con ellos sino que la gracia de Cristo sea con ellos; para que pueda estar en sus corazones y con sus espíritus, reviviéndoles, consolándoles y fortaleciéndoles: a todo lo cual pone su Amén; con ello significando su deseo de que así sea, y su fe en que así será.

EFESIOS

Esta epístola fue escrita cuando San Pablo estaba preso en Roma. La intención parece ser fortalecer a los efesios en la fe de Cristo, y dar elevados puntos de vista acerca del amor de Dios y de la dignidad y excelencia de Cristo, fortaleciendo sus mentes contra el escándalo de la cruz. Muestra que fueron salvados por gracia, y que por miserables que hayan sido una vez, ahora tienen iguales privilegios que los judíos. Los exhorta a perseverar en su vocación cristiana y les estimula a que anden de manera consecuente a su confesión, desempeñando fielmente los deberes generales y comunes de la religión, y los deberes especiales de las relaciones particulares.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *Saludos y una relación de las bendiciones salvadoras, preparadas por la eterna elección de Dios y adquiridas por la sangre de Cristo.* 9—14. *Y transmitidas en el llamamiento eficaz; esto se aplica a los judíos creyentes y a los gentiles creyentes.* 15—23. *El apóstol agradece a Dios la fe y amor de ellos y ora por la continuidad de su conocimiento y esperanza, con respecto a la herencia celestial, y a la poderosa obra de Dios en ellos.*

Vv. 1, 2. Todos los cristianos deben ser santos; si no llegan a ese carácter en la tierra, nunca serán santos en la gloria. Los que no son fieles no son santos, no creen en Cristo ni son veraces a la profesión que hacen de su relación con su Señor. Por gracia entendemos el amor y el favor libre e

inmerecido de Dios, y las gracias del Espíritu que fluyen; por la paz, todas las demás bendiciones temporales y espirituales, fruto de lo anterior. No hay paz sin gracia. No hay paz ni gracia, sino de Dios Padre y del Señor Jesucristo; y los mejores santos necesitan nuevas provisiones de la gracia del Espíritu, y deseos de crecer.

Vv. 3—8. Las bendiciones celestiales y espirituales son las mejores bendiciones; *con* las cuales no podemos ser miserables, y *sin* las cuales no podemos sino serlo. Esto viene de la elección de ellos en Cristo, antes de la fundación del mundo, para que fuesen hechos santos por la separación del pecado, siendo apartados para Dios y santificados por el Espíritu Santo, como consecuencia de su elección en Cristo. Todos los escogidos para la felicidad como fin, son escogidos para santidad como medio. Fueron predestinados o preordenados con amor para ser adoptados como hijos de Dios por fe en Cristo Jesús, y ser abiertamente recibidos en los privilegios de la elevada relación con Él. El creyente reconciliado y adoptado, el pecador perdonado, da toda la alabanza de su salvación a su bondadoso Padre. Su amor estableció este método de redención, no escatimó a su propio Hijo, y trajo a los creyentes a que oyeran y abrazaran esta salvación. Fue riqueza de su gracia proveer como garantía a su propio Hijo, y entregarlo libremente. Este método de la gracia no estimula el mal; muestra el pecado en toda su odiosidad, y cuánto merece la venganza. Las acciones del creyente, y sus palabras, declaran las alabanzas de la misericordia divina.

Vv. 9—14. Las bendiciones fueron dadas a conocer a los creyentes cuando el Señor les muestra el misterio de su soberana voluntad, y el método de redención y salvación. Pero esto debiera haber estado por siempre oculto de nosotros, si Dios no las hubiera dado a conocer por su palabra escrita, la predicación de su evangelio, y su Espíritu de verdad. —Cristo unió en su persona los dos bandos en disputa, Dios y el hombre, y dio satisfacción por el mal que causó la separación. Obró por su Espíritu las gracias de fe y amor por las cuales somos hechos uno con Dios, y unos con otros. Dispensa todas sus bendiciones de acuerdo a su beneplácito. Su enseñanza divina condujo a los que quiso, a que vieran la gloria de las verdades, mientras otros fueron dejados para blasfemar. —¡Qué promesa de gracia es esta que asegura la dádiva del Espíritu Santo a quienes lo piden! La obra santificadora y consoladora del Espíritu Santo sella a los creyentes como hijos de Dios y herederos del cielo. Estas son las primicias de la santa dicha. Para esto fuimos hechos y para esto fuimos redimidos; este es el gran designio de Dios en todo lo que ha hecho por nosotros; que todo sea atribuido para la alabanza de su gloria.

Vv. 15—23. Dios ha puesto bendiciones espirituales en su Hijo el Señor Jesús; pero nos pide que las busquemos y las obtengamos por la oración. Aun los mejores cristianos necesitan que se ore por ellos; y mientras sepamos del bienestar de los amigos cristianos debemos orar por ellos. —Hasta los creyentes verdaderos tienen gran necesidad de sabiduría celestial. ¿Acaso aun los mejores de nosotros somos renuentes a uncirnos al yugo de Dios aunque no hay otro modo de hallar reposo para el alma? ¿Acaso no nos alejamos de nuestra paz por un poco de placer? Si discutiéramos menos y oráramos más con y por unos y otros, diariamente veríamos más y más cuál es la esperanza de nuestra vocación, y las riquezas de la gloria divina en esta herencia. Deseable es sentir el fuerte poder de la gracia divina que empieza y ejecuta la obra de la fe en nuestras almas. Pero cuesta mucho llevar a un alma a creer plenamente en Cristo y aventurarse toda ella y su esperanza de vida eterna en su justicia. Nada menos que el poder omnipotente obrará esto en nosotros. —Aquí se significa que es Cristo el Salvador quien suple todas las necesidades de los que confían en Él, y les da todas las bendiciones en la más rica abundancia. Siendo partícipes en Cristo mismo llegamos a ser llenos con la plenitud de la gracia y la gloria en Él. Entonces, ¿cómo pueden olvidarse a sí mismos esos que andan buscando la justicia fuera de Él! Esto nos enseña a ir a Cristo. Si supiéramos a qué estamos llamados, qué podemos hallar en Él, con toda seguridad que iríamos y seríamos parte de Él. Cuando sentimos nuestra debilidad y el poder de nuestros enemigos, es cuando más notamos la grandeza de ese poder que efectúa la conversión del creyente y que está dedicado a perfeccionar su salvación. Ciertamente esto nos constreñirá por amor para vivir para la gloria de nuestro Redentor.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *Las riquezas de la gracia gratuita de Dios para con los hombres, son señaladas por su deplorable estado natural, y el dichoso cambio que la gracia divina efectúa en ellos.* 11—13. *Los efesios son llamados a reflexionar en su estado de paganismo.* 14—22. *Los privilegios y las bendiciones del evangelio.*

Vv. 1—10. El pecado es la muerte del alma. Un hombre muerto en delitos y pecados no siente deseos por los placeres espirituales. Cuando miramos un cadáver, da una sensación espantosa. El espíritu que nunca muere se ha ido, y nada ha dejado sino las ruinas de un hombre. Pero si viéramos bien las cosas, deberíamos sentirnos mucho más afectados con el pensamiento de un alma muerta, un espíritu perdido y caído. —El estado de pecado es el estado de conformidad con este mundo. Los hombres impíos son esclavos de Satanás que es el autor de esa disposición carnal orgullosa que hay en los hombres impíos; él reina en los corazones de los hombres. De la Escritura queda claro que si los hombres han sido más dados a la iniquidad espiritual o sensual, todos los hombres, siendo naturalmente hijos de desobediencia, son también por naturaleza hijos de ira. Entonces, ¡cuánta razón tienen los pecadores para procurar fervorosamente la gracia que los hará hijos de Dios y herederos de la gloria, habiendo sido hijos de ira! —El amor eterno o la buena voluntad de Dios para con sus criaturas es la fuente de donde fluyen todas sus misericordias para nosotros; ese amor de Dios es amor grande, y su misericordia es misericordia rica. Todo pecador convertido es un pecador salvado; librado del pecado y de la ira. La gracia que salva es la bondad y el favor libre e inmerecido de Dios; Él salva, no por las obras de la ley, sino por la fe en Cristo Jesús. —La gracia en el alma es vida nueva en el alma. Un pecador regenerado llega a ser un ser viviente; vive una vida de santidad, siendo nacido de Dios: vive, siendo librado de la culpa del pecado, por la gracia que perdona y justifica. Los pecadores se revuelcan en el polvo; las almas santificadas se sientan en los lugares celestiales, levantadas por sobre este mundo por la gracia de Cristo. —La bondad de Dios al convertir y salvar pecadores aquí y ahora, estimula a los demás a esperar, en el futuro, en su gracia y misericordia. Nuestra fe, nuestra conversión, y nuestra salvación eterna no son por las obras, para que ningún hombre se jacte. Estas cosas no suceden por algo que nosotros hagamos, por tanto, toda jactancia queda excluida. Todo es dádiva libre de Dios y efecto de ser vivificado por su poder. Fue su propósito para lo cual nos preparó bendiciéndonos con el conocimiento de su voluntad, y su Espíritu Santo produce tal cambio en nosotros que glorificaremos a Dios por nuestra buena conversación y perseverancia en la santidad. Nadie puede abusar de esta doctrina apoyándose en la Escritura, ni la acusa de ninguna tendencia al mal. Todos los que así hacen, no tienen excusa.

Vv. 11—13. Cristo y su pacto son el fundamento de todas las esperanzas del cristiano. —Aquí hay una descripción triste y terrible pero ¿quién es capaz de quitarse de ello? ¿No desearíamos que esto no fuera una descripción verdadera de muchos bautizados en el nombre de Cristo? ¿Quién puede, sin temblar, reflexionar en la miseria de una persona separada por siempre del pueblo de Dios, cortada del cuerpo de Cristo, caída del pacto de la promesa, sin tener esperanza ni Salvador y sin ningún Dios sino un Dios de venganza por toda la eternidad? ¡No tener parte en Cristo! ¿Qué cristiano verdadero puede oír esto sin horror? —La salvación está lejos del impío, pero Dios es una ayuda a mano para su pueblo y esto es por los sufrimientos y la muerte de Cristo.

Vv. 14—18. Jesucristo hizo la paz por el sacrificio de sí mismo; en todo sentido Cristo era la Paz de ellos, el autor, el centro y la sustancia de estar ellos en paz con Dios, y de su unión con los creyentes judíos en una iglesia. A través de la persona, el sacrificio y la mediación de Cristo, se permite a los pecadores acercarse a Dios Padre y son llevados con aceptación a su presencia, con su adoración y su servicio, bajo la enseñanza del Espíritu Santo, como uno con el Padre y el Hijo. Cristo compró el permiso para que nosotros vayamos a Dios; y el Espíritu da el corazón para ir, y la fuerza para ir y, luego, la gracia para servir aceptablemente a Dios.

Vv. 19—22. La iglesia se compara con una ciudad, y todo pecador convertido está libre de eso.

También es comparada con una casa, y todo pecador convertido es uno de la familia; un siervo y un hijo en la casa de Dios. —También se compara la Iglesia con un edificio fundado en la doctrina de Cristo, entregada por los profetas del Antiguo Testamento, y los apóstoles del Nuevo Testamento. Dios habita ahora en todos los creyentes; ellos llegan a ser el templo de Dios por la obra del bendito Espíritu. Entonces, preguntémosnos si nuestras esperanzas están fijadas en Cristo conforme a la doctrina de su palabra. ¿Nos consagramos a Dios como templos santos por medio de Él? ¿Somos morada de Dios en el Espíritu, estamos orientados espiritualmente y llevamos los frutos del Espíritu? Cuidémonos de no contristar al santo Consolador. Deseemos su graciosa presencia y sus influencias en nuestros corazones. Procuremos cumplir los deberes asignados a nosotros para la gloria de Dios.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *El apóstol declara su oficio, y sus cualidades y su llamamiento a éste.* 8—12. *Además, los nobles propósitos a que responde.* 13—19. *Ora por los efesios.* 20, 21. *Agrega una acción de gracias.*

Vv. 1—7. Por haber predicado la doctrina de la verdad, el apóstol estaba preso, pero era preso de Jesucristo; era objeto de protección y cuidado especial mientras sufría por Él. Todas las ofertas de gracia del evangelio y la nueva de gran gozo que contiene, vienen de la rica gracia de Dios; es el gran medio por el cual el Espíritu obra la gracia en las almas de los hombres. —El misterio es ese propósito de salvación secreto, escondido, por medio de Cristo. —Esto no fue tan claramente mostrado en épocas anteriores a Cristo, como a los profetas del Nuevo Testamento. Esta era la gran verdad dada a conocer al apóstol, que Dios llamaría a los gentiles a la salvación por fe en Cristo. Una obra eficaz del poder divino acompaña los dones de la gracia divina. Como Dios nombró a Pablo para el oficio, así lo equipó para él.

Vv. 8—12. Aquellos a quienes Dios promueve a cargos honrosos, los hace sentirse bajos ante sus propios ojos; donde Dios da gracia para ser humilde, ahí da toda la gracia necesaria. ¡Cuán alto habla de Jesucristo, de las inescrutables riquezas de Cristo! Aunque muchos no son enriquecidos con estas riquezas, de todos modos ¡qué favor tan grande, que se nos predique a nosotros, y que nos sean ofrecidas! Si no somos enriquecidos con ellas es nuestra propia falta. La primera creación, cuando Dios hizo todas las cosas de la nada, y la nueva creación, por la cual los pecadores son hechos nuevas criaturas por la gracia que convierte, son de Dios por Jesucristo. Sus riquezas son tan inescrutables y tan seguras como siempre, aunque mientras los ángeles adoran la sabiduría de Dios en la redención de su Iglesia, la ignorancia de los hombres carnales sabios ante sus propios ojos, condena a todo como necesidad.

Vv. 13—19. El apóstol parece estar más ansioso por los creyentes, no sea que se desanimen y desfallezcan por sus tribulaciones, que por lo que él mismo tenía que soportar. Pide bendiciones espirituales que son las mejores bendiciones. La fuerza del Espíritu de Dios en el hombre interior; fuerza en el alma; el poder de la fe para servir a Dios y cumplir nuestro deber. Si la ley de Cristo está escrita en nuestros corazones, y el amor de Cristo es derramado por todas partes, entonces Cristo habita en él. Donde habita su Espíritu, ahí habita Él. Desearíamos que los buenos afectos fueran fijados a nosotros. ¡Cuán deseable es tener la sensación firme del amor de Dios en Cristo en nuestras almas! —¡Con cuánta fuerza habla el apóstol del amor de Cristo! La anchura muestra su magnitud a todas las naciones y rangos; la longitud, que va de eternidad a eternidad; la profundidad, la salvación de los sumidos en las profundidades del pecado y la miseria; la altura, su elevación a la dicha y gloria celestiales. Puede decirse que están llenos con la plenitud de Dios los que reciben gracia por gracia de la plenitud de Cristo. ¿No debiera esto satisfacer al hombre? ¿Debe llenarse con mil engaños, jactándose que con esas completa su dicha?

Vv. 20, 21. Siempre es apropiado terminar las oraciones con alabanza. Esperemos más, y pidamos más, alentados por lo que Cristo ya ha hecho por nuestras almas, estando seguros de que la conversión de los pecadores y el consuelo de los creyentes, será para su gloria por siempre jamás.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Exhortaciones a la mutua tolerancia y unión.* 7—16. *Al debido uso de los dones y gracias espirituales.* 17—24. *A la pureza y la santidad.* 25—32. *Y a cuidarse de los pecados practicados por los paganos.*

Vv. 1—6. Nada se exhorta con mayor énfasis en las Escrituras que andar como corresponde a los llamados al reino y gloria de Cristo. Por humildad entiéndase lo que se opone al orgullo. Por mansedumbre, la excelente disposición del alma que hace que los hombres no estén prontos a provocar, y que no se sientan fácilmente provocados u ofendidos. Encontramos mucho en nosotros mismos por lo cual apenas nos podríamos perdonar; por tanto, no debe sorprendernos si hallamos en el prójimo lo que creemos difícil de perdonar. Hay un Cristo en quien tienen esperanza todos los creyentes, y un cielo en el que todos esperan; por tanto, debieran ser de un solo corazón. Todos tenían una fe en su objeto, Autor, naturaleza y poder. Todos ellos creían lo mismo en cuanto a las grandes verdades de la religión; todos ellos habían sido recibidos en la Iglesia por un bautismo con agua en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo como signo de la regeneración. En todos los creyentes habita Dios Padre como en su santo templo, por su Espíritu y gracia especial.

Vv. 7—16. A cada creyente es dado algún don de la gracia para que se ayuden mutuamente. Todo se da según a Cristo le parezca bien otorgar a cada uno. Él recibió *para* ellos, para darles a ellos, una gran medida de dones y gracias; particularmente el don del Espíritu Santo. No es un simple conocimiento intelectual ni un puro reconocimiento de Cristo como Hijo de Dios, sino como quien produce confianza y obediencia. Hay una plenitud en Cristo y una medida de esa plenitud dada en el consejo de Dios a cada creyente, pero nunca llegaremos a la medida perfecta sino hasta que lleguemos al cielo. Los hijos de Dios están creciendo mientras están en este mundo; y el crecimiento del cristiano busca la gloria de Cristo. Mientras más impulsado se encuentre un hombre a aprovechar su estado, conforme a su medida y todo lo que haya recibido, para el bien espiritual del prójimo, más ciertamente puede creer que tiene la gracia del amor y la caridad sincera arraigada en su corazón.

Vv. 17—24. El apóstol encarga a los efesios, en el nombre y por la autoridad del Señor Jesús, que habiendo profesado el evangelio, no deben ser como los gentiles inconversos que andaban en la vanidad de su mente y en afectos carnales. ¿No andan los hombres en la vanidad de su mente por todos lados? ¿No debemos, entonces, enfatizar la distinción entre los cristianos reales y los nominales? Ellos estaban desprovistos de todo conocimiento salvador; estaban en tinieblas y las amaban más que a la luz. Les disgustaba y aborrecían la vida de santidad, que no sólo es el camino de vida que Dios exige y aprueba, y por el cual vivimos para Él, sino tiene alguna semejanza a Dios mismo en su pureza, justicia, verdad y bondad. La verdad de Cristo se manifiesta en su belleza y poder cuando aparece en Jesús. —La naturaleza corrupta se llama hombre; como el cuerpo humano tiene diversas partes que se apoyan y fortalecen entre sí. Los deseos pecaminosos son concupiscencias engañosas; prometen felicidad a los hombres pero los vuelven más miserables; los llevan a la destrucción, si no se someten y se mortifican. Por tanto, deben quitarse como ropa vieja y sucia; deben ser sometidas y mortificadas. Pero no basta con sacarse los principios corruptos: debemos tener principios de gracia. Por el hombre nuevo se significa la nueva naturaleza, la nueva criatura, dirigida por un principio nuevo, la gracia regeneradora, que capacita al hombre para llevar una vida nueva de justicia y santidad. Esto es creado o producido por el poder omnipotente de Dios.

Vv. 25—28. Nótese los detalles con que debemos adornar nuestra confesión cristiana. Cuidaos de toda cosa contraria a la verdad. No aduléis ni engañéis al prójimo. El pueblo de Dios es de hijos que no mienten, que no se atreven a mentir, que odian y aborrecen la mentira. Cuidaos de la ira y de las pasiones desenfrenadas. Si hay una ocasión justa para expresar descontento por lo malo, y reprenderlo, hágase sin pecar. Damos lugar al diablo cuando los primeros indicios del pecado no contristan nuestra alma, cuando consentimos a ellos; y cuando repetimos una obra mala. Esto enseña que es pecado si uno se rinde y permite que el diablo venga a nosotros; tenemos que resistirle, cuidándonos de toda apariencia de mal. —El ocio hace al ladrón. Los que no trabajan se exponen a la tentación de robar. Los hombres deben ser trabajadores para que puedan hacer algo de bien, y para que sean librados de la tentación. Deben trabajar no sólo para vivir honestamente, sino para que puedan dar para las necesidades del prójimo. Entonces, ¡qué hemos de pensar de los llamados cristianos, que se enriquecen con fraude, opresión y prácticas engañosas! Para que Dios acepte las ofrendas, no deben ganarse con injusticia y robo, sino con honestidad y trabajo. Dios odia el robo para los holocaustos.

Vv. 29—32. Las palabras sucias salen de la corrupción del que las dice y corrompen la mente de los que las oyen: los cristianos deben cuidarse de esa manera de hablar. Es deber de los cristianos procurar la bendición de Dios, que las personas piensen seriamente y animar y advertir a los creyentes con lo que digan. Sed amables unos con otros. Esto establece el principio del amor en el corazón y su expresión externa en una conducta cortés y humilde. —Nótese cómo el perdón de Dios nos hace perdonar. Dios nos perdonó aunque no teníamos razón para pecar contra Él. Debemos perdonar como Él nos ha perdonado. Toda comunicación mentirosa y corrupta, que estimule los malos deseos y las lujurias, contristan al Espíritu de Dios. Las pasiones corruptas del rencor, ira, rabia, quejas, maledicencia y malicia, contristan al Espíritu Santo. No provoques al santo y bendito Espíritu de Dios a que retire su presencia y su influencia de gracia. El cuerpo será redimido del poder de la tumba el día de la resurrección. Dondequiera que el bendito Espíritu habite como santificador, es la primicia de todo deleite, y las glorias del día de la redención; seríamos deshechos si Dios nos quitara su Espíritu Santo.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *Exhortación al amor fraternal.* 3—14. *Advertencia contra diversos pecados.* 15—21. *Instrucciones para una conducta adecuada y los deberes relacionados.* 22—33. *Los deberes de las esposas y maridos se realzan por la relación espiritual entre Cristo y la Iglesia.*

Vv. 1, 2. Dios os ha perdonado por amor a Cristo, *por tanto*, sed seguidores de Dios, imitadores de Dios. Imitadle en especial en su amor y en su bondad perdonadora, como conviene a los amados de su Padre celestial. —En el sacrificio de Cristo triunfa su amor, y nosotros tenemos que considerarlo plenamente.

Vv. 3—14. Las sucias concupiscencias deben arrancarse de raíz. Hay que temer y abandonar esos pecados. Estas no son sólo advertencias contra los actos groseros de pecado, sino contra lo que algunos toman a la ligera. Pero estas cosas distan tanto de ser provechosas, que contaminan y envenenan a los oyentes. Nuestro júbilo debiera notarse como corresponde a los cristianos al dar gloria a Dios. El hombre codicioso hace un dios de su dinero; pone en los bienes mundanos su esperanza, confianza y delicia, las que sólo debieran estar en Dios. Los que caen en la concupiscencia de la carne o en el amor al mundo, no pertenecen al reino de la gracia, ni irán al reino de la gloria. Cuando los transgresores más viles se arrepienten y creen el evangelio, llegan a ser hijos de obediencia de los cuales se aparta la ira de Dios. ¿Osaremos tomar a la ligera lo que provoca la ira de Dios? —Los pecadores, como hombres en tinieblas, van a donde no saben que van, y hacen lo que no saben, pero la gracia de Dios obra un cambio tremendo en las almas de

muchos. Andan como hijos de luz, como teniendo conocimiento y santidad. Las obras de las tinieblas son infructuosas, cualquiera sea el provecho del que se jacten, porque terminan en la destrucción del pecador impenitente. Hay muchas maneras de inducir o de participar en los pecados ajenos: felicitando, aconsejando, consintiendo u ocultando. Si participamos con el prójimo en sus pecados, debemos esperar una participación en sus plagas. Si no reprendemos los pecados de otros, tenemos comunión con ellos. —El hombre bueno debe avergonzarse de hablar de lo que a muchos impíos no avergüenza hacer. No sólo debemos tener la noción y la visión de que el pecado es pecado y vergonzoso en alguna medida, pero hemos de entenderlo como violación de la santa ley de Dios. Según el ejemplo de los profetas y apóstoles debemos llamar a los que están durmiendo y muertos en pecado para que se despierten y se levantan para que Cristo les dé luz.

Vv. 15—21. Otro remedio contra el pecado es el cuidado o la cautela, siendo imposible mantener de otro modo la pureza de corazón y vida. El tiempo es un talento que Dios nos da y se malgasta y se pierde cuando no se usa conforme a su intención. Si hasta ahora hemos desperdiciado el tiempo, debemos doblar nuestra diligencia para el futuro. ¡Cuán poco piensan los hombres en el momento en que en su lecho de muerte miles redimirían alegres por el precio de todo el mundo, pero a qué vanalidades lo sacrifican diariamente! —La gente es muy buena para quejarse de los malos tiempos; bueno sería si eso los estimulara más para redimir el tiempo. No seas imprudente. La ignorancia de nuestro deber y la negligencia con nuestras almas son una muestra de la necedad más grande. La embriaguez es un pecado que nunca va solo, porque lleva a los hombres a otros males; es un pecado que provoca mucho a Dios. El ebrio da a su familia y a todo el mundo el triste espectáculo de un pecador endurecido más allá de lo corriente, y que se precipita a la perdición. Cuando estemos afligidos o agotados, no procuremos levantar nuestro ánimo con bebidas embriagantes, porque es abominable y dañino y sólo termina haciendo que se sientan más las tristezas. Procuremos, entonces, por medio de la oración ferviente, ser llenos con el Espíritu, y evitemos todo lo que pueda contristar a nuestro benigno Consolador. —Todo el pueblo de Dios tiene razón para cantar de júbilo. Aunque no siempre estemos cantando, debemos estar siempre dando las gracias; nunca nos debe faltar la disposición para este deber, porque nunca nos faltará tema a través de todo el decurso de nuestras vidas. *Siempre* aun en las pruebas y las aflicciones, y por *todas las cosas*; satisfechos con el amoroso propósito y la tendencia al bien. Dios resguarda a los creyentes de pecar contra Él y los hace someterse unos a otros en todo lo que manda, para promover su gloria y cumplir sus deberes mutuos.

Vv. 22—33. El deber de las esposas es la sumisión en el Señor a sus maridos, lo cual comprende honrarlos y obedecerles por un principio de amor a ellos. El deber de los esposos es amar a sus esposas. El amor de Cristo a la Iglesia es el ejemplo, porque es sincero, puro y constante a pesar de las fallas de ella. Cristo se dio por la Iglesia para santificarla en este mundo y glorificarla en el venidero, para otorgar a todos sus miembros el principio de santidad y librarlos de la culpa, la contaminación y el dominio del pecado, por la obra del Espíritu Santo de las cuales su señal exterior es el bautismo. La Iglesia y los creyentes no carecerán de manchas y arrugas hasta que lleguen a la gloria. Pero sólo los que son santificados ahora serán glorificados en el más allá. —Las palabras de Adán mencionadas por el apóstol, se dicen literalmente sobre el matrimonio, pero tienen también un sentido oculto en ellas en relación con la unión entre Cristo y su Iglesia. Era una especie de tipo, por su semejanza. Habrá fallas y defectos por ambos lados, en el estado presente de la naturaleza humana, pero esto no altera la relación. Todos los deberes del matrimonio están incluidos en la unidad y el amor. Mientras adoramos y nos regocijamos en el amor condescendiente de Cristo, los maridos y las esposas aprendan sus deberes recíprocos. Así, se impedirán los peores males y se evitarán muchos efectos penosos.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—4. *Los deberes de hijos y padres.* 5—9. *De los siervos y los amos.* 10—18. *Todos los cristianos deben ponerse la armadura contra los enemigos de sus almas.* 19—24. *El apóstol desea sus oraciones, y termina con su bendición apostólica.*

Vv. 1—4. El gran deber de los hijos es obedecer a sus padres. La obediencia comprende la reverencia interna y los actos externos, y en toda época la prosperidad ha acompañado a los que se distinguen por obedecer a sus padres. —El deber de los padres. No seáis impacientes ni uséis severidades irracionales. Tratad a vuestros hijos con prudencia y sabiduría; convencedlos en sus juicios y obrad en la razón de ellos. Criadlos bien; bajo la corrección apropiada y compasiva, y en el conocimiento del deber que Dios exige. Este deber es frecuentemente descuidado hasta entre los que profesan el evangelio. Muchos ponen a sus hijos en contra de la religión, pero esto no excusa la desobediencia de los hijos aunque lamentablemente pueda ocasionarla. Dios solo puede cambiar el corazón, pero Él da su bendición a las buenas lecciones y ejemplos de los padres, y responde sus oraciones. Pero no deben esperar la bendición de Dios los que tienen como afán principal que sus hijos sean ricos y realizados, sin importar lo que suceda con sus almas.

Vv. 5—9. El deber de los siervos está resumido en una palabra: obediencia. Los siervos de antes por lo general eran esclavos. Los apóstoles tenían que enseñar sus deberes a los amos y a los siervos, porque haciendo esto aminorarían los males hasta que la esclavitud llegara a su fin por la influencia del cristianismo. Los siervos tienen que reverenciar a los que están por encima de ellos. Tienen que ser sinceros; no deben pretender obediencia cuando quieren desobedecer, sino sirviendo fielmente. Deben servir a sus amos no sólo cuando éstos los ven; pero deben ser estrictos para cumplir con su deber cuando están ausentes o no los ven. La consideración constante del Señor Jesucristo hará fieles y sinceros a los hombres de toda posición, no a regañadientes ni por coerción, sino por un principio de amor a sus amos y a sus intereses. Esto les hace fácil servir, agrada a sus amos, y es aceptable para el Señor Cristo. Dios recompensará hasta lo más mínimo que se haya hecho por sentido del deber, y con la mira de glorificarlo a Él. —He aquí el deber de los amos. Actuad de la misma manera. Sed justos con vuestros siervos según como esperáis que ellos sean con vosotros; mostrad la misma buena voluntad e interés por ellos y tened cuidado, para ser aprobado delante de Dios. No seáis tiránicos ni opresores. Vosotros tenéis un Amo al cual obedecer y vosotros y ellos no son sino consiervos respecto a Cristo Jesús. Si los amos y los siervos consideraran sus deberes para con Dios, y la cuenta que deben rendirle dentro de poco tiempo, se preocuparían más de sus deberes mutuos y, de ese modo, las familias serían más ordenadas y felices.

Vv. 10—18. La fuerza y el valor espiritual son necesarios para nuestra guerra y sufrimiento espiritual. Los que desean demostrar que tienen la gracia verdadera consigo, deben apuntar a toda gracia; y ponerse toda la armadura de Dios, que Él prepara y da. La armadura cristiana está hecha para usarse y no es posible dejar la armadura hasta que hayamos terminado nuestra guerra y finalizado nuestra carrera. El combate no es tan sólo contra enemigos humanos, ni contra nuestra naturaleza corrupta; tenemos que vérnosla con un enemigo que tiene miles de maneras para engañar a las almas inestables. Los diablos nos asaltan en las cosas que corresponden a nuestras almas y se esfuerzan por borrar la imagen celestial de nuestros corazones. —Debemos resolver, por la gracia de Dios, no rendirnos a Satanás. Resístidle, y de vosotros huirá. Si cedemos, él se apoderará del terreno. Si desconfiamos de nuestra causa o de nuestro Líder o de nuestra armadura, le damos ventaja. —Aquí se describen las diferentes partes de la armadura de los soldados bien pertrechados, que tienen que resistir los asaltos más feroces del enemigo. No hay nada para la espalda; nada que defienda a los que se retiran de la guerra cristiana. —La verdad o la sinceridad es el cinto. Esto rodea todas las otras partes de la armadura y se menciona en primer lugar. No puede haber religión sin sinceridad. —La justicia de Cristo, imputada a nosotros, es una coraza contra los dardos de la ira divina. La justicia de Cristo, implantada en nosotros, fortifica el corazón contra los ataques de

Satanás. —La resolución debe ser como las piezas de la armadura para resguardar las partes delanteras de las piernas, y para afirmarse en el terreno o caminar por sendas escarpadas, los pies deben estar protegidos con el apresto del evangelio de la paz. Los motivos para obedecer en medio de las pruebas deben extraerse del claro conocimiento del evangelio. —La fe es todo en todo en la hora de la tentación. La fe, tener la certeza de lo que no se ve, como recibir a Cristo y los beneficios de la redención, y de ese modo, derivar gracia de Él, es como un escudo, una defensa en toda forma. El diablo es el malo. Las tentaciones violentas, por las cuales el alma se enciende con fuego del infierno, son dardos que Satanás nos arroja. Además, los malos pensamientos de Dios y de nosotros mismos. La fe que aplica la palabra de Dios y a la gracia de Cristo, es la que apaga los dardos de la tentación. —La salvación debe ser nuestro yelmo. La buena esperanza de salvación, la expectativa bíblica de la victoria, purifican el alma e impiden que sea contaminada por Satanás. —El apóstol recomienda al cristiano armado para la defensa en la batalla, una sola arma de ataque, la cual es suficiente, la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Somete y mortifica los malos deseos y los pensamientos blasfemos a medida que surgen adentro; y responde a la incredulidad y al error a medida que asaltan desde afuera. Un solo texto bien entendido y rectamente aplicado, destruye de una sola vez la tentación o la objeción y somete al adversario más formidable. —La oración deben asegurar todas las demás partes de nuestra armadura cristiana. Hay otros deberes de la religión y de nuestra posición en el mundo, pero debemos mantener el tiempo de orar. Aunque la oración solemne y estable pueda no ser factible cuando hay otros deberes que cumplir, de todos modos las oraciones piadosas cortas que se lancen son siempre como dardos. —Debemos usar pensamientos santos en nuestra vida corriente. El corazón vano también será vano para orar. Debemos orar con toda clase de oración, pública, privada y secreta; social y solitaria; solemne y súbita; con todas las partes de la oración: confesión de pecado, petición de misericordia y acción de gracias por los favores recibidos. Y debemos hacerlo por la gracia de Dios Espíritu Santo, dependiendo de su enseñanza y conforme a ella. Debemos perseverar en pedidos particulares a pesar del desánimo. Debemos orar no sólo por nosotros sino por todos los santos. Nuestros enemigos son fuertes y nosotros no tenemos fuerza, pero nuestro Redentor es todopoderoso, y en el poder de su fuerza, podemos vencer. Por eso debemos animarnos a nosotros mismos. ¿No hemos dejado de responder a menudo cuando Dios ha llamado? Pensemos en esas cosas y sigamos orando con paciencia.

Vv. 19—24. El evangelio era un misterio hasta que fue dado a conocer por la revelación divina; anunciarlo es obra de los ministros de Cristo. Los ministros mejores y más eminentes necesitan las oraciones de los creyentes. Debe orarse especialmente por ellos porque están expuestos a grandes dificultades y peligros en su obra. —Paz sea a los hermanos, y amor con fe. Por paz entiéndase toda clase de paz: paz con Dios, paz de conciencia, paz entre ellos mismos. La gracia del Espíritu, produciendo fe y amor y toda gracia. Él desea eso para aquellos en quienes ya fueron empezadas. Y toda la gracia y las bendiciones vienen a los santos desde Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. La gracia, esto es, el favor de Dios, y todos los bienes espirituales y temporales, que son de ella, es y será con todos los que así amen a nuestro Señor Jesucristo con sinceridad, y sólo con ellos.

FILIPENSES

Los filipenses estaban muy profundamente interesados en el apóstol. El alcance de la epístola es confirmarlos en la fe, animarlos a andar como corresponde al evangelio de Cristo, precaverlos contra los maestros judaizantes, y expresar gratitud por su generosidad cristiana. Esta epístola es la única, de las escritas por San Pablo, en que no hay censuras implícitas ni explícitas. En todas partes se halla la confianza y la felicitación plena y los filipenses son tratados con un afecto peculiar que percibirá todo lector serio.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *El apóstol ofrece acción de gracias y oraciones por la buena obra de gracia en los filipenses.* 8—11. *Expresa afecto y ora por ellos.* 12—20. *Los fortalece para que no se desanimen por sus sufrimientos.* 21—26. *El estaba preparado para glorificar a Cristo por su vida o su muerte.* 27—30. *Exhortaciones al celo y la constancia para profesar el evangelio.*

Vv. 1—7. El más alto honor de los ministros más eminentes es ser siervos de Cristo. Los que no son verdaderos santos en la tierra nunca serán santos en el cielo. Fuera de Cristo los mejores santos son pecadores e incapaces de estar delante de Dios. No hay paz sin gracia. La paz interna surge de percibir el favor divino. No hay gracia sin paz, sino de nuestro Padre Dios, la fuente y el origen de todas las bendiciones. —El apóstol fue maltratado en Filipos y vio poco fruto de su labor, pero recuerda con gozo a los filipenses. Debemos agradecer a nuestro Dios las gracias y consuelos, los dones y el servicio de otros, cuando recibimos el beneficio y Dios recibe la gloria. La obra de gracia nunca será perfeccionada sino hasta el día de Jesucristo, el día de su manifestación. Pero estemos siempre confiados en que Dios completará su buena obra en toda alma donde la haya comenzado por la regeneración, aunque no debemos confiarnos de las apariencias externas, ni en nada sino en la nueva creación para santidad. La gente es querida por sus ministros cuando reciben el beneficio de su ministerio. Los que sufren juntos en la causa de Dios deben amarse mutuamente.

Vv. 8—11. ¿No compadeceremos y no amaremos a las almas que Cristo ama y compadece? Los que abundan en alguna gracia tienen que abundar más. Probemos diferentes cosas; aprobemos lo excelente. Las verdades y las leyes de Cristo son excelentes y se recomiendan a sí mismas como tales a toda mente atenta. La sinceridad debe ser la marca de nuestra conversación en el mundo, y es la gloria de todas nuestras virtudes. Los cristianos no deben ofenderse y deben tener mucho cuidado en no ofender a Dios ni a los hermanos. Las cosas que más honran a Dios son las que más nos beneficiarán. No demos cabida a ninguna duda sobre si hay o no algún fruto bueno en nosotros. Nadie debe sentirse satisfecho con una medida pequeña de amor, conocimiento y fruto cristiano.

Vv. 12—20. El apóstol estaba preso en Roma y para borrar el vituperio de la cruz muestra la sabiduría y la bondad de Dios en sus sufrimientos. Estas cosas le hicieron conocido donde nunca hubiera sido conocido de otro modo; debido a ellas algunos se interesaron en el evangelio. Sufrió de parte de los falsos amigos y de los enemigos. ¡Miserable carácter el de los que predicán a Cristo por envidia y contienda y añaden aflicción a las cadenas que oprimían a éste, el mejor de los hombres! —El apóstol estaba cómodo en medio de todo. Debemos regocijarnos, puesto que nuestros trastornos pueden hacer bien a muchos. Todo lo que resulte para nuestra salvación es por el Espíritu de Cristo y la oración es el medio designado para buscarlo. Nuestras expectativas y esperanzas más

fervientes no deben ser lograr que nos honren los hombres ni escapar de la cruz, sino ser sustentado en medio de la tentación, el desprecio y la aflicción. Dejemos a Cristo la manera en que nos hará útiles para su gloria, ya sea por labores o sufrimientos, por diligencia o paciencia, por vivir para su honra trabajando para Él o morir para su honra sufriendo por Él.

Vv. 21—26. La muerte es una pérdida grande para el hombre carnal y mundano, porque pierde todas las bendiciones terrenales y todas sus esperanzas, pero para el creyente verdadero es ganancia, porque es el fin de todas sus debilidades y miserias. Le libra de todos los males de la vida y le lleva a poseer el bien principal. La disyuntiva del apóstol no era entre vivir en este mundo y vivir en el cielo; entre ellos no hay comparación; era entre servir a Cristo en este mundo y disfrutar de Él en el otro. No entre dos cosas malas, sino entre dos cosas buenas: vivir para Cristo o estar con Él. Véase el poder de la fe y de la gracia divina; puede hacernos dispuestos para morir. En este mundo estamos rodeados de pecado, pero estando con Cristo escaparemos del pecado y de la tentación, la tristeza y la muerte para siempre. Pero quienes tienen más razón para partir deben estar dispuestos a quedarse en el mundo en la medida que Dios tenga alguna obra para que ellos hagan. Mientras más inesperadas sean las misericordias antes que ellos se vayan, más de Dios se verá en ellos.

Vv. 27—30. Los que profesan el evangelio de Cristo deben vivir como corresponde a los que creen las verdades del evangelio, se someten a las leyes del evangelio y dependen de las promesas del evangelio. La palabra original por “comportéis” connota la conducta de los ciudadanos que procuran el prestigio, la seguridad, la paz y la prosperidad de su ciudad. En la fe del evangelio existe aquello por lo cual vale la pena esforzarse; hay mucha oposición y se necesita esfuerzo. El hombre puede dormirse e irse al infierno, pero el que quiere ir al cielo, debe cuidar de sí y ser diligente. Puede que haya unanimidad de corazón y afecto entre los cristianos donde haya diversidad de juicio sobre muchas cosas. —La fe es el don de Dios por medio de Cristo; la habilidad y la disposición para creer son de Dios. Si sufrimos reproche y pérdida por Cristo, tenemos que contarlos como dádiva y apreciarlos como tales. Pero la salvación no debe atribuirse a las aflicciones corporales, como si las aflicciones y las persecuciones mundanas la hicieran merecer; la salvación es únicamente de Dios: la fe y la paciencia son sus dádivas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Exhortación a mostrar un espíritu y conducta amable y humilde.* 5—11. *El ejemplo de Cristo.* 12—18. *La diligencia en los asuntos de la salvación, y ser ejemplos para el mundo.* 19—30. *El propósito del apóstol de visitar Filipos.*

Vv. 1—4. Estas son otras exhortaciones a los deberes cristianos; a la unanimidad, a la humildad, conforme al ejemplo del Señor Jesús. La bondad es la ley del reino de Cristo, la lección de su escuela, el uniforme de su familia. —Se mencionan diversos motivos para el amor fraternal. Si esperáis o experimentáis el beneficio de las compasiones de Dios para sí mismo, sed compasivos unos con otros. Es el gozo de los ministros ver la unanimidad de su gente. —Cristo vino a hacernos humildes para que no haya entre nosotros espíritu de orgullo. Debemos ser severos con nuestras propias faltas, y rápidos para observar nuestros defectos, pero estar dispuestos para favorecer con concesiones al prójimo. Debemos cuidar bondadosamente a los demás, y no meternos en asuntos ajenos. No se puede disfrutar de paz interior ni exterior sin humildad.

Vv. 5—11. El ejemplo de nuestro Señor Jesucristo es puesto ante nosotros. Debemos parecernos a Él en su vida, si deseamos el beneficio de su muerte. —Fijémonos en las dos naturalezas de Cristo: su naturaleza Divina y la humana. Siendo en la forma de Dios, participó de la naturaleza divina, como el eterno Hijo Unigénito de Dios, Juan i, 1, y no estimó que fuera usurpación ser igual a Dios y recibir la adoración de los hombres que corresponde a la Divinidad. Su naturaleza humana:

en ella se hizo como nosotros en todo excepto el pecado. Así, humillado, por su propia voluntad, descendió de la gloria que tenía con el Padre desde antes que el mundo fuese. —Se comentan los dos estados de Cristo, el de humillación y el de exaltación. Cristo no sólo asumió la semejanza y el estilo o forma de hombre, sino el de uno de estado humilde; no se manifestó con esplendor. Toda su vida fue una vida de pobreza y sufrimientos, pero el paso más bajo fue morir la muerte de cruz, la muerte de un malhechor y de un esclavo; expuesto al odio y burla del público. —La exaltación fue de la naturaleza humana de Cristo, en unión con la divina. Todos deben rendir homenaje solemne al nombre de Jesús, no al solo sonido de la palabra, sino a la autoridad de Jesús. Confesar que Jesucristo es el Señor es para la gloria de Dios Padre; porque es su voluntad que todos los hombres honren al Hijo como honran al Padre, Juan v, 23. Aquí vemos tales motivos para el amor que se niega a sí mismo, que ninguna otra cosa podría suplir. ¿Amamos y obedecemos así al Hijo de Dios?

Vv. 12—18. Debemos ser diligentes en el uso de todos los medios que llevan a nuestra salvación perseverando en ellos hasta el fin, con mucho cuidado no sea que con todas nuestras ventajas no lleguemos. Ocupaos en vuestra salvación, porque es Dios quien obra en vosotros. Esto nos anima a hacer lo más que podamos porque nuestro trabajo no será en vano; aún debemos depender de la gracia de Dios. La obra de la gracia de Dios en nosotros es vivificar y comprometer nuestros esfuerzos. La buena voluntad de Dios para nosotros es la causa de su buena obra en nosotros. —Cumplid vuestro deber sin murmuraciones. Cumplidlo y no le atribuyáis defectos. Preocupaos de vuestro trabajo y no lo hagáis motivo de contienda. Sed apacibles: no déis ocasión justa de ofensa. Los hijos de Dios deben distinguirse de los hijos de los hombres. Mientras más perversos sean los otros, mas cuidadosos debemos ser nosotros para mantenernos sin culpa e inocentes. La doctrina y el ejemplo coherente de los creyentes iluminará a otros y dirigirá su camino a Cristo y a la piedad, así como la luz del faro advierte a los marinos que eviten los escollos y dirige su rumbo al puerto. Tratemos de brillar así. —El evangelio es la palabra de vida, nos da a conocer la vida eterna por medio de Jesucristo. Correr connota fervor y vigor, seguir continuamente hacia delante; esfuerzo, connota constancia y aplicación estrecha. —La voluntad de Dios es que los creyentes estén con mucho regocijo; y los que estén tan felices por tener buenos ministros, tienen mucha razón para regocijarse con ellos.

Vv. 19—30. Mejor es para nosotros cuando nuestro deber se nos hace natural. Por cierto, esto es sinceramente y no sólo por pretensión; con corazón dispuesto y puntos de vista rectos. Nuestra tendencia es preferir nuestro propio mérito, comodidad y seguridad antes que la verdad, la santidad y el deber, pero Timoteo no era así. Pablo deseaba libertad no para darse placeres, sino para hacer el bien. —Epafrodito estaba dispuesto a ir donde los filipenses para que fuera consolado con los que se habían condolido con él cuando estuvo enfermo. Parece que su enfermedad fue causada por la obra de Dios. El apóstol les pide que le amen más por esa razón. Es doblemente agradable que Dios restaure nuestras misericordias, después del gran peligro de perderlas; y esto debiera hacerlas mucho más valiosas. —Lo dado en respuesta a la oración debe recibirse con gran gratitud y gozo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *El apóstol advierte a los filipenses contra los falsos maestros judaizantes, y renuncia a sus propios privilegios anteriores. 12—21. Expresa el ferviente deseo de ser hallado en Cristo; además sigue adelante a la perfección y recomienda su propio ejemplo a otros creyentes.*

Vv. 1—11. Los cristianos sinceros se regocijan en Cristo Jesús. El profeta trata de perros mudos a los falsos profetas, Isaías lvi, 10, a lo cual parece referirse el apóstol. Perros por su malicia contra los fieles profesantes del evangelio de Cristo, que les ladran y los muerden. Imponen las obras humanas oponiéndolas a la fe de Cristo, pero Pablo los llama hacedores de iniquidad. —Los trata de

mutiladores, porque rasgan la Iglesia de Cristo y la despedazan. La obra de la religión no tiene propósito alguno si el corazón no está en ella; debemos adorar a Dios con la fuerza y la gracia del Espíritu divino. Ellos se regocijan en Cristo Jesús, no solo en el deleite y cumplimiento externo. Nunca nos resguardaremos con demasiada de quienes se oponen a la doctrina de la salvación gratuita, o abusan de ella. —Para gloriarse y confiar en la carne, el apóstol hubiera tenido muchos motivos como cualquier hombre. Pero las cosas que consideró ganancia mientras era fariseo, y las había reconocido, las consideró como pérdida por Cristo. El apóstol no les pedía que hicieran algo fuera de lo que él mismo hacía; ni que se aventuraran en algo, sino en aquello en lo cual él mismo arriesgó su alma inmortal. Él considera que todas esas cosas no eran sino pérdida comparadas con el conocimiento de Cristo, por fe en su persona y salvación. —Habla de todos los deleites mundanos y de los privilegios externos que buscaban en su corazón un lugar junto a Cristo, o podían pretender algún mérito y algo digno de recompensa, y los cuenta como pérdida, pero puede decirse que es fácil decirlo, pero, ¿qué haría cuando llegara la prueba? Había sufrido la pérdida de todo por los privilegios de ser cristiano. Sí, no sólo los consideraba como pérdida, sino como la basura más vil, sobras tiradas a los perros; no sólo menos valiosas que Cristo, sino en sumo grado despreciables cuando se las compara con Él. —El verdadero conocimiento de Cristo modifica y cambia a los hombres, sus juicios y modales, y los hace como si fueran hechos de nuevo. El creyente prefiere a Cristo sabiendo que es mejor para nosotros estar sin todas las riquezas del mundo que sin Cristo y su palabra. Veamos a qué resolvió aferrarse el apóstol: a Cristo y el cielo. Estamos perdidos, sin justicia con la cual comparecer ante Dios, porque somos culpables. Hay una justicia provista para nosotros en Jesucristo, la que es justicia completa y perfecta. Nadie puede tener el beneficio de ella si confía en sí mismo. La fe es el medio establecido para solicitar el beneficio de la salvación. Es por fe en la sangre de Cristo. Somos hechos conformes a la muerte de Cristo cuando morimos *al* pecado como Él murió *por* el pecado; y el mundo nos es crucificado como nosotros al mundo por la cruz de Cristo. El apóstol está dispuesto a hacer o sufrir cualquier cosa para alcanzar la gloriosa resurrección de los santos. Esta esperanza y perspectiva lo hacen pasar por todas las dificultades de su obra. No espera lograrlo por su mérito ni su justicia propia sino por el mérito y la justicia de Jesucristo.

Vv. 12—21. Esta sencilla dependencia y fervor de alma no se mencionan como si el apóstol hubiera alcanzado el premio o ya fuera perfecto a semejanza del Salvador. Olvida lo que queda detrás para no darse por satisfecho por las labores pasadas o las actuales medidas de gracia. Se extiende adelante, prosigue hacia la meta; expresiones que demuestran gran interés por llegar a ser más y más como Cristo. —El que corre una carrera nunca debe detenerse antes de la meta; debe seguir adelante tan rápido como pueda; de esta manera, los que tienen el cielo en su mira, deben aún seguir adelante en santo deseo, esperanza y esfuerzo constante. La vida eterna es la dádiva de Dios, pero está en Cristo Jesús; debe venirnos por medio de su mano, de la manera que Él la logró para nosotros. No hay forma de llegar al cielo como a nuestra casa, sino por medio de Cristo nuestro Camino. Los creyentes verdaderos, al buscar esta seguridad y al glorificarlo, buscarán más de cerca parecerse a Él en sus padecimientos y muerte, muriendo al pecado y crucificando la carne con sus pasiones y concupiscencias. En estas cosas hay una gran diferencia entre los cristianos verdaderos, pero todos conocen algo de ellas. Los creyentes hacen de Cristo su todo en todo y ponen sus corazones en el otro mundo. Si difieren unos de otros, y no tienen el mismo juicio en cuestiones menores, aún así, no deben juzgarse unos a otros, porque todos se reúnen ahora en Cristo y esperan reunirse en el cielo en breve. Que ellos se unan en todas las cosas grandes en que concuerden y esperen más luz en cuanto a las cosas menores en que difieren. —A los enemigos de la cruz de Cristo no les importa nada, sino sus apetitos sensuales. El pecado es la vergüenza del pecador, especialmente cuando se glorían en eso. El camino de los que se ocupan de las cosas terrenales puede parecer agradable, pero la muerte y el infierno están al final. Si elegimos el camino de ellos, compartiremos su final. —La vida del cristiano está en el cielo donde está su Cabeza y su hogar, y donde espera estar dentro de poco tiempo; pone sus afectos en las cosas de arriba y donde esté su corazón, ahí estará su tesoro. —Hay gloria reservada para los cuerpos de los santos, gloria que se hará presente en la resurrección. Entonces el cuerpo será hecho glorioso; no sólo resucitado a la

vida, sino resucitado para mayor ventaja. Nótese el poder por el cual será efectuado este cambio. Estemos siempre preparados para la llegada de nuestro Juez; esperando tener nuestros cuerpos viles cambiados por su poder todopoderoso, y recurriendo diariamente a Él para que haga una nueva creación de nuestras almas para la piedad; para que nos libre de nuestros enemigos y que emplee nuestros cuerpos y nuestras almas como instrumentos de justicia a su servicio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1. *El apóstol exhorta a los filipenses a estar firmes en el Señor. 2—9. Da instrucciones a algunos, y a todos en general. 10—19. Expresa contento en toda situación de la vida. 20—23. Concluye orando a Dios Padre y con su bendición habitual.*

V. 1. La esperanza y la perspectiva creyente de la vida eterna deben afirmarnos y hacernos constantes en nuestra carrera cristiana. Hay diferencia de dones y gracias, pero estando renovados por el mismo Espíritu, somos hermanos. Estar firmes en el Señor es afirmarse en su fuerza y por su gracia.

Vv. 2—9. Los creyentes sean unánimes y estén dispuestos a ayudarse mutuamente. Como el apóstol había hallado el beneficio de la asistencia de ellos, sabía cuán consolador sería para sus colaboradores tener la ayuda de otros. Procuremos asegurarnos que nuestros nombres estén escritos en el libro de la vida. —El gozo en Dios es de gran importancia en la vida cristiana; es necesario llamar continuamente a ello a los cristianos. El gozo supera ampliamente todas las causas de pesar. Los enemigos deben darse cuenta de lo moderados que eran en cuanto a las cosas externas, y con cuánta moderación sufrían las pérdidas y las dificultades. El día del juicio llegará pronto, con la plena redención de los creyentes y la destrucción de los impíos. —Es nuestro deber mostrar cuidadosa diligencia en armonía con una sabia previsión y con la debida preocupación; pero hay un afanarse de temor y desconfianza que es pecado y necedad, y sólo confunde y distrae la mente. Como remedio contra la preocupación que confunde se recomienda la constancia en la oración. No sólo los tiempos establecidos de oración, sino constancia en todo por medio de la oración. Debemos unir la acción de gracias con las oraciones y las súplicas; no sólo buscar provisiones de lo bueno, sino reconocer las misericordias que recibimos. Dios no necesita que le digamos nuestras necesidades o deseos porque los conoce mejor que nosotros, pero quiere que le demostremos que valoramos su misericordia y sentimos que dependemos de Él. La paz con Dios, esa sensación consoladora de estar reconciliados con Dios, y de tener parte de su favor, y la esperanza de la bendición celestial, son un bien mucho más grande de lo que puede expresarse con plenitud. Esta paz mantendrá nuestros corazones y mentes en Jesucristo; nos impedirá pecar cuando estemos sometidos a tribulaciones y de hundirnos debajo de ellas; nos mantendrá calmos y con una satisfacción interior. —Los creyentes tienen que conseguir y mantener un buen nombre; un nombre para todas las cosas con Dios y los hombres buenos. —Debemos recorrer en todo los caminos de la virtud y permanecer en ellos; entonces, sea que nuestra alabanza sea o no de los hombres, será de Dios. El apóstol es un ejemplo. Su doctrina armonizaba con su vida. La manera de tener al Dios de paz con nosotros es mantenernos dedicados a nuestro deber. Todos nuestros privilegios y la salvación proceden de la misericordia gratuita de Dios, pero el goce de ellos depende de nuestra conducta santa y sincera. Estas son obras de Dios, pertenecientes a Dios, y a Él solo se deben atribuir y a nadie más, ni hombres, ni palabras ni obras.

Vv. 10—19. Buena obra es socorrer y ayudar a un buen ministro en dificultades. La naturaleza de la verdadera simpatía cristiana no es tan sólo sentirse preocupados por nuestros amigos en sus problemas, sino hacer lo que podamos para ayudarlos. El apóstol solía estar en cadenas, prisiones y necesidades, pero en todo aprendió a estar contento, a llevar su mente a ese estado, y aprovechar el máximo de eso. El orgullo, la incredulidad, el vano insistir en algo que no tenemos y el descontento

variable por las cosas presentes, hacen que los hombres estén disgustados aun en circunstancias favorables. Oremos por una sumisión paciente y por esperanza cuando estemos aplastados; por humildad y una mente celestial cuando estemos jubilosos. Es gracia especial tener siempre un temperamento mental sereno. Cuando estemos humillados no perdamos nuestro consuelo en Dios ni desconfiemos de su providencia, ni tomemos un camino malo para nuestra satisfacción. En estado próspero no seamos orgullosos ni nos sintamos seguros ni mundanos. Esta es una lección mucho más difícil que la otra, porque las tentaciones de la plenitud y de la prosperidad son más que las de la aflicción y la necesidad. —El apóstol no tenía la intención de moverlos a dar más, sino exhortarlos a una bondad que tendrá una recompensa gloriosa en el más allá. Por medio de Cristo tenemos la gracia para hacer lo que es bueno, y por medio de Él hemos de esperar la recompensa; como tenemos todas las cosas por Él, hagamos todas las cosas por Él y para su gloria.

Vv. 20—23. El apóstol termina con alabanzas para Dios. Debemos mirar a Dios en todas nuestras debilidades y temores, no como enemigo, sino como Padre, dispuesto a compadecerse de nosotros y a ayudarnos. Debemos dar gloria a Dios como Padre. La gracia y el favor de Dios, que disfrutan las almas reconciliadas, con todas las virtudes en nosotros, que fluyen de Él, son todas adquiridas para nosotros por los méritos de Cristo, y aplicadas por su intercesión a nuestro favor; por lo cual se llaman con justicia, la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

COLOSENSES

Esta epístola fue enviada por ciertas dificultades que surgieron entre los colosenses, debido a falsos maestros, a causa de lo cual recurrieron al apóstol. El alcance de la epístola es demostrar que toda la esperanza de redención del hombre se funda solo en Cristo, en el cual están toda la plenitud, las perfecciones y toda la suficiencia. Se advierte a los colosenses contra las artimañas de los maestros judaizantes y contra las nociones de sabiduría carnal e invenciones y tradiciones humanas, que no armonizan con la confianza total en Cristo. El apóstol usa los dos primeros capítulos para decirles qué deben creer y en los dos últimos qué deben hacer: la doctrina de la fe y los preceptos de la vida para salvación.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *El apóstol Pablo saluda a los colosenses y bendice a Dios por la fe, el amor y la esperanza de ellos.* 9—14. *Ora para que lleven fruto en conocimiento espiritual.* 15—23. *Da una visión gloriosa de Cristo.* 24—29. *Establece su propio carácter como apóstol de los gentiles.*

Vv. 1—8. Todos los cristianos verdaderos son hermanos entre sí. La fidelidad va en todo aspecto y relación de la vida cristiana. —La fe, la esperanza, y el amor son las tres virtudes principales de la vida cristiana, y el tema apropiado para orar y dar gracias. Mientras más fijamos nuestras esperanzas en la recompensa del otro mundo, más libres estaremos para hacer el bien con nuestro

tesoro terrenal. Estaba reservado *para ellos*; ningún enemigo podía quitárselos. —El evangelio es la palabra de verdad y podemos arriesgar nuestras almas sobre esta base, con la seguridad de un buen resultado. Todos los que oyen la palabra del evangelio, deben dar el fruto del evangelio, obedecerla y tener sus principios y vidas formados conforme a ello. El amor al mundo surge de puntos de vista interesados, o de similitud en modales; el amor carnal surge del apetito de placeres. A estos siempre se aferra algo corrupto, egoísta y bajo. Pero el amor cristiano surge del Espíritu Santo y está lleno de santidad.

Vv. 9—14. El apóstol era constante para orar que los creyentes fueran llenos del conocimiento de la voluntad de Dios con toda sabiduría. Las buenas palabras no sirven sin buenas obras. El que emprende el fortalecimiento de su pueblo es un Dios de poder, y de poder glorioso. El bendito Espíritu es el autor de esto. Al orar por fuerza espiritual, no somos presionados ni confinados en las promesas, y no debemos serlo en nuestras esperanzas y deseos. La gracia de Dios en los corazones de los creyentes es el poder de Dios y hay gloria en este poder. El uso especial de esta fuerza era para los sufrimientos. Hay obra que realizar aunque estemos sufriendo. —En medio de todas sus tribulaciones ellos daban gracias al Padre de nuestro Señor Jesucristo cuya gracia especial los preparaba para participar de la herencia provista para los santos. Para ejecutar este cambio fueron hechos súbditos de Cristo, los que eran esclavos de Satanás. Todos los que están destinados para el cielo en el más allá, están preparados ya para el cielo. Los que tienen la herencia de hijos tienen la educación de hijos, y la disposición de hijos. Por fe en Cristo disfrutaban esta redención, como la compra de su sangre expiatoria mediante la cual se otorgan el perdón de los pecados y todas las demás bendiciones. Seguramente entonces consideraremos un favor el ser liberados del reino de Satanás y llevados al de Cristo, sabiendo que todas las tribulaciones terminarán pronto y que cada creyente será contado entre los salidos de la gran tribulación.

Vv. 15—23. Cristo en su naturaleza humana es la revelación visible del Dios invisible y quien le ha visto a Él ha visto al Padre. Adoremos estos misterios con fe humilde y contemplemos la gloria de Jehová en Cristo Jesús. Nació o fue engendrado antes de toda la creación, antes que fuera hecha la primera criatura; este el modo de la Escritura de representar la eternidad, y por el cual la eternidad de Dios nos es representada. Siendo todas las cosas creadas por Él, fueron creadas para Él; siendo hechas por su poder, fueron hechas conforme a su beneplácito y para alabanza de su gloria. No sólo las creó todas al principio; por la palabra de su poder las sustenta. —Cristo como Mediador es la Cabeza del cuerpo, la Iglesia; toda gracia y fuerza son de Él; y la Iglesia es su cuerpo. Toda plenitud habita en Él; la plenitud de mérito y justicia, de fuerza y gracia para nosotros. Dios mostró su justicia al requerir plena satisfacción. Este modo de redimir a la humanidad por la muerte de Cristo fue el más apto. Aquí se presenta ante nuestra visión el método de ser reconciliado. Pese al odio hacia el pecado por parte de Dios, plugo a Dios reconciliar consigo al hombre caído. Si estamos convencidos en nuestra mente de que éramos enemigos por las malas obras, y que ahora estamos reconciliados a Dios por el sacrificio y muerte de Cristo según nuestra naturaleza, no intentaremos explicar ni siquiera pensar en comprender plenamente estos misterios, pero veremos la gloria de este plan de redención y nos regocijaremos en la esperanza que nos es puesta por delante. Si el amor de Dios por nosotros es tan grande, ¿ahora qué podemos hacer por Dios? Orar con frecuencia y abundar en los deberes santos y no vivir más para sí mismo, sino para Cristo, el que murió por nosotros. Pero, ¿para qué? ¿para que sigamos viviendo en el pecado? No, sino para que muramos al pecado y vivamos entonces no para nosotros sino para Él.

Vv. 24—29. Los sufrimientos de la Cabeza y de los miembros son llamados sufrimientos de Cristo, y hechos, como si lo fueran, un cuerpo de sufrimientos. Pero Él sufrió por la redención de la Iglesia; nosotros sufrimos por otras cosas, porque sólo saboreamos ligeramente esa copa de aflicciones que Cristo bebió primero hasta las heces. Puede decirse que el cristiano cumple lo que falta de los sufrimientos de Cristo cuando toma su cruz, y según la pauta de Cristo, sufre pacientemente las aflicciones que Dios le asigna. —Seamos agradecidos que Dios nos haya dado a conocer los misterios ocultos por edades y generaciones y haya mostrado las riquezas de su gloria entre nosotros. Al predicarse a Cristo entre nosotros preguntemos honestamente si Él habita y reina

en nosotros; porque sólo esto puede garantizar nuestra esperanza de su gloria. Debemos ser fieles hasta la muerte en medio de todas las pruebas para recibir la corona de vida y alcanzar la meta de nuestra fe: la salvación de nuestras almas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El apóstol expresa su amor a los creyentes, y su gozo en ellos.* 8—17. *Advierte contra los errores de la filosofía pagana; también contra las tradiciones y ritos judaicos que fueron cumplidos en Cristo.* 18—23. *Contra adorar ángeles, y contra las ordenanzas legales.*

Vv. 1—7. El alma prospera cuando conocemos claramente la verdad en Jesús. Entonces creemos no sólo con el corazón, sino que estamos dispuestos a confesar con la boca cuando se nos pida. El conocimiento y la fe enriquecen el alma. Mientras más fuerte es nuestra fe, y más cálido nuestro amor, más grande será nuestro consuelo. Los tesoros de la sabiduría están ocultos, no *de* nosotros, sino *para* nosotros en Cristo. Fueron escondidos de los incrédulos orgullosos, pero exhibidos en la persona y la redención de Cristo. —Nótese el peligro de las palabras persuasivas: ¡cuántos se destruyen con los disfraces falsos y las bellas apariencias de principios malos y de las prácticas impías! Estad vigilantes y temed a los que desean seducir para cualquier mal, porque su propósito es corromperlos. Todos los cristianos han recibido al Señor Jesucristo; al menos por profesión le aceptaron y le tomaron como suyo. No podemos edificar ni crecer en Cristo si primero, no estamos arraigados o fundamentados en Él. Estando afirmados en la fe podemos abundar y mejorar más y más en ella. Dios quita con justicia este beneficio a quienes no lo reciben con acción de gracias; con justicia, Dios requiere gratitud por sus misericordias.

Vv. 8—17. Hay una filosofía que ejercita correctamente nuestras facultades de raciocinio: el estudio de las obras de Dios, que nos lleva al conocimiento de Dios y confirma nuestra fe en Él. Pero hay una filosofía que es vana y engañosa; y aunque complace las fantasías de los hombres, obstaculiza la fe de ellos: tales son las especulaciones curiosas sobre cosas que no trascienden o no nos interesan. Los que van por el camino del mundo se han apartado de seguir a Cristo. En Él tenemos la sustancia de todas las sombras de la ley ceremonial. Todos los defectos de la ley están compensados en el evangelio de Cristo por su sacrificio completo por el pecado, y por la revelación de la voluntad de Dios. Ser completo es estar equipado con todas las cosas necesarias para la salvación. Por esta sola palabra, “completo” se indica que tenemos todo lo requerido en Cristo. “En Él”, no cuando miramos a Cristo como si estuviese lejos de nosotros, sino cuando tenemos a Cristo habitando y permaneciendo *en* nosotros. Cristo está en nosotros y nosotros en Él cuando por el poder del Espíritu, la fe obra en nuestros corazones por el Espíritu y somos unidos a nuestra Cabeza. La circuncisión del corazón, la crucifixión de la carne, la muerte y sepultación al pecado y al mundo, y la resurrección a la novedad de vida, simbolizadas en el bautismo, y por fe obrada en nuestros corazones, demuestran que nuestros pecados han sido perdonados, y que estamos completamente liberados de la maldición de la ley. —Por medio de Cristo somos resucitados los que estábamos muertos en el pecado. La muerte de Cristo fue la muerte de nuestros pecados; la resurrección de Cristo es la vivificación de nuestras almas. Cristo sacó del camino la ley de las ordenanzas que fue yugo para los judíos, y muro de separación para los gentiles. Las sombras huyeron cuando la sustancia se hizo presente. Como todo mortal es culpable de muerte, por lo escrito en la ley, ¡qué espantosa es la situación de los impíos réprobos que pisotean la sangre del Hijo de Dios, que es lo único con que puede borrarse esta sentencia! Que nadie se perturbe con los juicios fanáticos relacionados a la carne o a las solemnidades judías. Apartar un tiempo para adorar y servir a Dios es un deber ineludible que no depende necesariamente del séptimo día de la semana, el día de reposo de los judíos. El primer día de la semana o el día del Señor es el tiempo que los cristianos guardan santo en memoria de la resurrección de Cristo. Todos los ritos judaicos eran

sombra de las bendiciones del evangelio.

Vv. 18—23. Parecía humildad recurrir a los ángeles, como si los hombres tuviesen conciencia de su indignidad para hablar directamente a Dios, pero eso no tiene respaldo, porque toma la honra debida sólo a Cristo y se la confiere a la criatura. En esta humildad aparente había un verdadero orgullo. Los que adoran ángeles desconocen a Cristo que es el único Mediador entre Dios y el hombre. Recurrir a otros mediadores fuera de Cristo es un insulto para Él, que es la Cabeza de la Iglesia. Cuando los hombres se apartan de Cristo, se asen de eso que no les sirve. —El cuerpo de Cristo es un cuerpo que crece. Los creyentes verdaderos no pueden vivir según las modas del mundo. La sabiduría verdadera es mantenerse apegado a los designios del evangelio: por entero sometidos a Cristo que es la única Cabeza de su Iglesia. Los sufrimientos y los ayunos impuestos a uno mismo pueden dar el espectáculo de rara espiritualidad y voluntad de sufrir, pero no son “ningún honor” para Dios. Todo tendía, erróneamente, a satisfacer la mente carnal gratificando la voluntad propia, la sabiduría propia, la justicia propia y despreciando al prójimo. Siendo las cosas como son, no tienen en sí mismas sólo la apariencia de la sabiduría o son una simulación tan débil que no le hacen bien al alma, ni proveen para la satisfacción de la carne. Lo que el Señor ha determinado que sea indiferente, considerémolo como tal, y permitamos una libertad semejante al prójimo; recordando la naturaleza pasajera de las cosas terrenales, procuremos glorificar a Dios al usarlas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Exhortación a los colosenses para que miren al cielo*, 5—11. *a mortificar todos los afectos corruptos*, 12—17. *a vivir en amor, tolerancia y perdón mutuos*, 18—25. *y a cumplir los deberes de esposa y marido, hijos, padres y siervos.*

Vv. 1—4. Puesto que los cristianos están libres de la ley ceremonial deben andar más cerca de Dios en la obediencia del evangelio. Como el cielo y la tierra son opuestos entre sí, no pueden seguirse al mismo tiempo; y el afecto por uno debilitará y abatirá el afecto por el otro. Los que han nacido de nuevo están muertos al pecado, porque su dominio está roto, su poder paulatinamente vencido por la operación de la gracia, y a la larga, será extinguido por la perfección de la gloria. Entonces, estar muertos significa esto: que quienes tienen el Espíritu Santo, que mortifica en ellos las concupiscencias de la carne, son capaces de despreciar las cosas terrenales y desear las celestiales. En el presente, Cristo es alguien a quien no hemos visto, pero nuestro consuelo es que nuestra vida está a salvo en Él. Las corrientes de esta agua viva fluyen al alma por la influencia del Espíritu Santo por la fe. Cristo vive *en* el creyente por su Espíritu, y el creyente vive *para* Él en todo lo que hace. En la segunda venida de Cristo habrá una reunión general de todos los redimidos; y aquellos cuya vida está ahora escondida con Cristo, se manifestarán con Él en su gloria. Esperamos esa dicha, ¿no deberíamos poner nuestros afectos en aquel mundo y vivir por encima de éste?

Vv. 5—11. Es nuestro deber mortificar nuestros miembros que se inclinan a las cosas de este mundo. Mortificarlos, matarlos, suprimirlos, como malezas o gusanos que se desparraman y destruyen todo a su alrededor. Debemos oponernos continuamente a todas las obras corruptas sin hacer provisión para los placeres carnales. Debemos evitar las ocasiones de pecar: la concupiscencia de la carne, y el amor al mundo; y la codicia que es idolatría; el amor del bien actual y los placeres externos. —Es necesario mortificar los pecados porque si no los matamos, ellos nos matarán a nosotros. El evangelio cambia las facultades superiores e inferiores del alma, y sostiene la regla de la recta razón y de la conciencia por sobre el apetito y la pasión. —Ahora no hay diferencia de país, de condición o de circunstancia de vida. Es deber de cada uno ser santo, porque Cristo es el Todo del cristiano, su único Señor y Salvador, y toda su esperanza y felicidad.

Vv. 12—17. No sólo no debemos dañar a nadie; debemos hacer todo el bien que podamos a todos. Los que son escogidos de Dios, santos y amados, deben ser humildes y compasivos con todos. Mientras estemos en este mundo, donde hay tanta corrupción en nuestros corazones, a veces surgirán contiendas, pero nuestro deber es perdonarnos unos a otros imitando el perdón por cual somos salvados. Que la paz de Dios reine en vuestros corazones; es su obra en todos los que le pertenecen. La acción de gracias a Dios ayuda a hacernos agradables ante todos los hombres. El evangelio es la palabra de Cristo. Muchos tienen la palabra, pero habita pobremente en ellos; no tiene poder sobre ellos. El alma prospera cuando estamos llenos de las Escrituras y de la gracia de Cristo. Cuando cantamos salmos debemos ser afectados por lo que cantamos. Hagamos todo en el nombre del Señor Jesús, y dependiendo con fe en Él, sea lo que sea en que estemos ocupados. A los que hacen todo en el nombre de Cristo nunca les faltará tema para dar gracias a Dios, al Padre.

Vv. 18—25. Las epístolas que se preocupan más en exhibir la gloria de la gracia divina y a magnificar al Señor Jesús, son las más detalladas al enfatizar los deberes de la vida cristiana. Nunca debemos separar los privilegios de los deberes del evangelio. —La sumisión es el deber de las esposas, pero no es someterse a un tirano austero o a un adusto señor, sino a su marido que está comprometido al deber afectuoso. Los maridos deben amar a sus esposas con afecto fiel y tierno. — Los hijos dóciles son los que más probablemente prosperen, como asimismo los hijos obedientes. —Los siervos tienen que cumplir su deber y obedecer las órdenes de sus amos en todas las cosas que corresponden al deber con Dios, su Amo celestial. Deben ser justos y diligentes, sin intenciones egoístas, hipocresías ni disfraces. Los que temen a Dios serán justos y fieles cuando estén fuera de la vista de sus amos, porque saben que están bajo el ojo de Dios. Hagan todo con diligencia, no con ocio ni pereza; alegremente, no descontentos con la providencia de Dios que los puso en esa relación. Y para estímulo de los siervos, sepan que sirven a Cristo cuando sirven a sus amos conforme al mandamiento de Cristo, y que al final, Él les dará una recompensa gloriosa. Por otro lado, el que hace el mal recibirá el mal que haya hecho. Dios castigará al siervo injusto y premiará al siervo justo; lo mismo si los amos hacen el mal a sus siervos. Porque el Juez justo de la tierra tratará con justicia a amo y siervo. Ambos estarán al mismo nivel en su tribunal. ¡Qué feliz haría al mundo la religión verdadera si prevaleciera por doquier influyendo en todo estado de cosas y toda relación de vida! Pero la profesión de las personas que descuidan los deberes, y que dan causa justa de quejas a quienes se relacionan con ellas, se engañan a sí mismas y también acarrea reproches para el evangelio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1. *Los amos cumplen su deber con sus siervos.* 2—6. *Las personas de todos los rangos tienen que perseverar en la oración y en la prudencia cristiana.* 7—9. *El apóstol se refiere a otros para dar cuenta de sus asuntos.* 10—18. *Envía saludos y concluye con una bendición.*

V. 1. El apóstol procede a tratar el deber de los amos con sus siervos. No sólo se les pide justicia, sino estricta equidad y bondad. Deben tratar a los siervos como esperan que Dios los trate a ellos.

Vv. 2—6. No pueden desempeñarse rectamente los deberes si no perseveramos en la oración ferviente, y velamos con acción de gracias. La gente tiene que orar en particular por sus ministros. —Se exhorta a los creyentes a una conducta justa con los incrédulos. Tened cuidado en todo lo que converséis con ellos, en hacerles el bien, y dar prestigio a la religión por todos los medios lícitos. La diligencia para redimir el tiempo da buen testimonio de la religión ante la buena opinión ajena. Aun lo que sólo es un descuido puede causar un perjuicio duradero a la verdad. —Todo discurso debe ser discreto y oportuno, como corresponde a los cristianos. Aunque no siempre sea *de* gracia, siempre debe ser *con* gracia. Aunque nuestro discurso sea sobre algo común, debe ser, sin embargo, de un modo cristiano. La gracia es la sal que sazona nuestro discurso e impide que se corrompa. No basta

con responder lo que se pregunta a menos que también respondamos rectamente.

Vv. 7—9. Los ministros son siervos de Cristo y consiervos unos de otros. Ellos tienen un Señor aunque tengan diferentes puestos y poderes para el servicio. Gran consuelo en los problemas y dificultades de la vida es tener compañeros cristianos que se preocupen por nosotros. —Las circunstancias de la vida no hacen diferencia para la relación espiritual entre los cristianos sinceros; ellos participan de los mismos privilegios y tienen derecho a las mismas consideraciones. ¡Qué cambios sorprendentes hace la gracia divina! Los siervos infieles llegan a ser hermanos amados y fieles, y algunos que habían hecho el mal, llegan a ser colaboradores del bien.

Vv. 10—18. Pablo tuvo diferencias con Bernabé debido a Marcos, pero no sólo se reconciliaron, sino que lo recomienda a las iglesias; un ejemplo del espíritu cristiano que perdona verdaderamente. Si los hombres han sido culpables de una falta, no siempre debe serles recordadas en su contra. Debemos olvidar y perdonar. —El apóstol tuvo el consuelo de la comunión de santos y ministros. Uno es su consiervo, otro es compañero de prisiones, y todos son sus colaboradores, ocupados en su salvación y dedicándose a promover la salvación de otros. —La oración eficaz, ferviente, es la oración que prevalece y sirve de mucho. Las sonrisas, los halagos o el enojo del mundo, el espíritu de error, o la obra del amor propio, conduce a muchos a un modo de predicar y de vivir que dista mucho de cumplir con el ministerio de ellos, pero los que predicán la misma doctrina que Pablo, y siguen su ejemplo, pueden esperar el favor divino y su bendición.

PRIMERA DE TESALONICENSES

En general se considera que esta epístola fue la primera que escribió San Pablo. Parece que el motivo fue el buen informe de la constancia de la iglesia de Tesalónica en la fe del evangelio. Está llena de afecto y confianza, y es más consoladora que práctica y menos doctrinal que algunas de las otras epístolas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *¡La fe, el amor y la paciencia de los tesalonisenses son señales evidentes de su elección, la cual se manifiesta en el poder con que el evangelio vino a ellos!* 6—10. *Sus efectos poderosos y ejemplares en sus corazones y vidas.*

Vv. 1—5. Como todo lo bueno viene de Dios no puede esperarse nada bueno para los pecadores sino de Dios en Cristo. El mejor bien puede esperarse de Dios, como Padre nuestro, por amor de Cristo. Debemos orar no sólo por nosotros mismos, sino también por el prójimo, recordándolo sin cesar. Dondequiera que hay una fe verdadera, obra afectando el corazón y la vida. La fe obra en amor: se demuestra en amor a Dios y amor a nuestro prójimo. Dondequiera que haya una esperanza

de vida eterna bien fundada, se verá por el ejercicio de la paciencia; y es señal de sinceridad, cuando en todo lo que hacemos procuramos ser aprobados por Dios. Por esto podemos conocer nuestra elección si no sólo hablamos de las cosas de Dios con nuestros labios, sino sentimos su poder en nuestros corazones, mortificando nuestras concupiscencias, apartándonos del mundo, y elevándonos a las cosas celestiales. A menos que el Espíritu de Dios venga, la palabra de Dios se nos volverá letra muerta. Así la recibieron por el poder del Espíritu Santo. Ellos estaban plenamente convencidos de su verdad como para no ser perturbados en su mente por objeciones y dudas, y estaban dispuestos a dejar todo por Cristo, y a arriesgar sus almas y su estado eterno en la verdad de la revelación del evangelio.

Vv. 6—10. Cuando personas descuidadas, ignorantes e indolentes son apartadas de sus esfuerzos y conexiones carnales, para creer en el Señor Jesús y obedecerle, para vivir con sobriedad, rectitud y piedad, los hechos hablan por sí mismos. —Los creyentes del Antiguo Testamento esperaban la venida del Mesías y los creyentes esperan ahora su segunda venida. Él tiene que venir aún. Dios le levantó de entre los muertos, lo cual es la plena seguridad para todos los hombres de que Él vendrá a juzgar. Él vino a adquirir la salvación, y cuando vuelva otra vez, traerá salvación consigo, liberación plena y definitiva de la ira venidera. Todos, sin demora, deben huir de la ira venidera y buscar refugio en Cristo y su salvación.

CAPÍTULO II

Versículos 1—12. *El apóstol recuerda su predicación y conducta a los tesalonicenses.* 13—16. *Ellos recibieron el evangelio como la palabra de Dios.* 17—20. *Su gozo por cuenta de ellos.*

Vv. 1—6. El apóstol no tenía motivación mundana para predicar. Sufrir en una buena causa debe aguzar la santa resolución. El evangelio de Cristo encontró primero mucha resistencia y fue predicado con contención, con esfuerzo al predicar, y en contra de la oposición. Como el tema de la exhortación del apóstol era verdadero y puro, su manera de hablar era sin maldad. El evangelio de Cristo está concebido para mortificar los afectos corruptos, y para que los hombres puedan ser llevados a someterse al poder de la fe. Debemos recibir nuestra recompensa de este Dios que prueba nuestros corazones. Las pruebas de la sinceridad del apóstol era que él evitaba el halago y la codicia. Evitaba la ambición y la vanagloria.

Vv. 7—12. La suavidad y la ternura dan mucho prestigio a la religión y están en armonía con el trato bondadoso de Dios con los pecadores en el evangelio y por el evangelio. Esta es la manera de ganar gente. No sólo debemos ser fieles a nuestra vocación cristiana sino a nuestros llamados y relaciones particulares. Nuestro gran privilegio en el evangelio es que Dios nos ha llamado a su reino y gloria. El gran deber del evangelio es que andemos en forma digna de Dios. Debemos vivir como corresponde a los llamados con tan elevada y santa vocación. Nuestra gran actividad es honrar, servir y complacer a Dios y procurar ser dignos de Él.

Vv. 13—16. Debemos recibir la palabra de Dios con afectos que armonicen con su santidad, sabiduría, verdad y bondad. Las palabras de los hombres son frágiles y perecederas, como ellos mismos, y a veces, falsas, necias y triviales, pero la palabra de Dios es santa, sabia, justa y fiel. Recibámosla y considerémosla de manera concordante. —La palabra obró en ellos para ser para los demás ejemplo de fe y buenas obras, y de paciencia en los sufrimientos, y en las pruebas por amor del evangelio. —El asesinato y la persecución son odiosos para Dios y ningún celo por nada de la religión pueden excusarlos. Nada tiende más a que una persona o un pueblo llene la medida de sus pecados que oponerse al evangelio y obstaculizar la salvación de almas. El puro evangelio de Cristo es aborrecido por muchos y su predicación fiel es estorbada de muchas maneras. Pero los que prohíben que se le predique a los pecadores, a hombres muertos en pecados, no complacen con esto

a Dios. Los que niegan la Biblia a la gente, tienen corazones crueles y son enemigos de la gloria de Dios, y de la salvación de su pueblo.

Vv. 17—20. Este mundo no es lugar donde estaremos juntos para siempre o por mucho tiempo. Las almas santas se encontrarán en el cielo y nunca más se separarán. Aunque el apóstol no pudiera ir a visitarlos aún, y aunque nunca pudiese ir, sin embargo, nuestro Señor Jesucristo vendrá; nada lo impedirá. Que Dios dé ministros fieles a todos los que le sirven con su espíritu en el evangelio de su Hijo, y los envíe a todos los que están en tinieblas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *El apóstol envió a Timoteo para confirmar y consolar a los tesalonicenses. 6—10. Se regocija con la buena noticia de la fe y el amor de ellos. 11—13. Y por su crecimiento en gracia.*

Vv. 1—5. Mientras hallemos más placer en los caminos de Dios más desearemos perseverar en ellos. La intención del apóstol era confirmar y consolar a los tesalonicenses en cuanto al *objeto* de su fe, que Jesucristo era el Salvador del mundo; y acerca de la *recompensa* de la fe, que era más que suficiente para compensar todas sus pérdidas y premiar todos sus esfuerzos. Pero temía que sus trabajos fueran en vano. Si no puede impedir que los ministros laboren en la palabra y la doctrina, si le es posible, el diablo estorbará el éxito de las labores de ellos. Nadie quiere trabajar voluntariamente en vano. La voluntad y el propósito de Dios es que entremos en su reino a través de muchas aflicciones. Los apóstoles, lejos de halagar a la gente con la expectativa de prosperidad mundana en la religión, les decían claramente que debían contar con los problemas de la carne. Aquí seguían el ejemplo de su gran Maestro, el Autor de nuestra fe. Los cristianos corrían peligro y había que advertirles; así serían mejor resguardados para no ser conmovidos con algunas artimañas del tentador.

Vv. 6—10. El agradecimiento a Dios es muy imperfecto en el estado actual, pero una gran finalidad del ministerio de la palabra es ayudar a que progrese la fe. Lo que fue el instrumento para obtener fe es también el medio para aumentarla y confirmarla, a saber, las ordenanzas de Dios; como la fe viene por el oír, así es también confirmada por el oír.

Vv. 11—13. La oración es culto religioso y todo culto religioso se debe sólo a Dios. El culto hay que ofrecerlo a Dios como nuestro Padre. La oración no sólo tiene que ofrecerse en el nombre de Cristo, pero ofrecerse a Cristo mismo como nuestro Señor y Salvador. Reconozcamos a Dios en todos nuestros caminos y Él dirigirá nuestras sendas. El amor mutuo es requerido a todos los cristianos. El amor es de Dios y cumple el evangelio y la ley. Necesitamos la influencia del Espíritu para nuestro crecimiento en gracia y la forma de obtenerlas es la oración. La santidad es requerida a todos los que van al cielo y debemos actuar de modo que no contradigamos la profesión de santidad que hacemos. Entonces, se manifestará la excelencia y la necesidad de santidad y sin estas ningún corazón será establecido en aquel día y ninguno evitará la condenación.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *Exhortaciones a la pureza y santidad. 9—12. Al amor fraternal, la conducta pacífica y la diligencia. 13—18. No a la pena indebida por la muerte de los parientes y amigos santos, considerando la resurrección gloriosa de sus cuerpos en la segunda venida de Cristo.*

Vv. 1—8. No basta con permanecer en la fe del evangelio, pero hemos de abundar en la obra de fe. La regla por la cual debemos caminar y actuar todos es la de los mandamientos dados por el Señor Jesucristo. La santificación, que es la renovación de sus almas bajo la influencia del Espíritu Santo y la atención a los deberes asignados, constituía la voluntad de Dios para ellos. Al aspirar a esta renovación del alma para santidad, debe ponerse estricto freno a los apetitos y sentidos del cuerpo y a los pensamientos e inclinaciones de la voluntad, que conducen a su mal uso. El Señor no llama a nadie de su familia a que lleven vidas impías, sino a que puedan ser educados y capacitados para andar ante Él en santidad. Algunos toman a la ligera los preceptos de santidad porque los oyen de hombres, pero son los mandamientos de Dios, y quebrantarlos es despreciar a Dios.

Vv. 9—12. Debemos notar en los demás lo que es bueno de encomio, para que podamos dedicarlos a abundar en ello más y más. Todos los que son enseñados por Dios para salvación, son enseñados a amarse unos a otros. La enseñanza del Espíritu excede a las enseñanzas de los hombres; y la enseñanza de los hombres es vana e inútil a menos que Dios enseñe. Los que se destacan por esta u otra gracia, necesitan crecer en ella y perseverar hasta el fin. —Muy deseable es tener un carácter calmo y callado, y ser de conducta pacífica y tranquila. Satanás se ocupa en perturbarnos; en nuestros corazones tenemos lo que nos dispone a ser inquietos; por tanto, contemplemos ser tranquilos. Los que son entremetidos, que se preocupan de lo ajeno, tienen poca quietud en sus mentes y causan grandes molestias a su prójimo. Rara vez les importa la exhortación del otro, ni ser diligentes en su propio llamado, ni trabajar con sus propias manos. El cristianismo no nos saca del trabajo y deber de nuestras vocaciones particulares, pero nos enseña a ser diligentes. —Debido a su pereza, la gente suele estar en grandes aprietos, y son responsables de muchas necesidades; mientras los diligentes en sus negocios se ganan el pan y tienen gran placer en hacerlo así.

Vv. 13—18. Aquí hay consuelo para los parientes y amigos de los que mueren en el Señor. La pena por la muerte de amigos es lícita; podemos llorar nuestra propia pérdida, aunque sea ganancia para ellos. El cristianismo no prohíbe nuestros afectos naturales y la gracia no los elimina. Pero no debemos exagerar nuestros pesares; esto es demasiado parecido a los que no tienen esperanza de una vida mejor. La muerte es desconocida y poco sabemos del estado después de morir, pero las doctrinas de la resurrección y de la segunda venida de Cristo son remedio contra el temor a la muerte, y contra la pena indebida por la muerte de nuestros amigos cristianos; tenemos la plena seguridad de estas doctrinas. —Será felicidad que todos los santos se junten y permanezcan juntos para siempre, pero la dicha principal del cielo es estar con el Señor, verle, vivir con Él, y gozar de Él para siempre. Debemos apoyarnos unos a otros en los momentos de tristeza; sin mortificar los espíritus unos a otros ni debilitarnos las manos de unos y otros. Esto puede hacerse porque hay muchas lecciones que aprender sobre la resurrección de los muertos y la segunda venida de Cristo. ¡Qué consuelo para el hombre cuando se le diga que va a comparecer ante el trono del juicio de Dios! ¿Quién puede ser consolado con estas palabras? Sólo el hombre a cuyo espíritu da testimonio Dios que sus pecados han sido borrados y los pensamientos de su corazón son purificados por el Espíritu Santo, de modo que puede amar a Dios y magnificar dignamente su nombre. No estamos en estado seguro a menos que esto sea así en nosotros o que deseemos que así sea.

CAPÍTULO V

Versículos 1—11. *El apóstol exhorta a estar siempre listos para la venida de Cristo a juzgar, la cual será súbita y sorpresiva.* 12—22. *Da instrucciones sobre diversos deberes.* 23—28. *Termina con oración, saludos y una bendición.*

Vv. 1—5. Innecesario e inútil es preguntar la fecha específica de la venida de Cristo. No lo reveló a los apóstoles. Hay tiempos y sazones para que nosotros trabajemos, y es nuestro deber y

preocupación conocerlos y observarlos, pero en cuanto al tiempo en que debamos rendir cuentas, no lo sabemos ni es necesario que lo sepamos. —La venida de Cristo será una gran sorpresa para los hombres. Nuestro mismo Señor lo dijo así. Como la hora de la muerte de cada persona, así será el juicio para la humanidad en general, así que el mismo comentario responde para ambas. La venida de Cristo será terrible para los impíos. Su destrucción les sobrevendrá mientras sueñan con la felicidad y se complacen con vanas entretenciones. No habrá medio para eludir el terror del castigo de ese día. —Ese día será de dicha para el justo. Ellos no están en tinieblas; son hijos de la luz. Esta es la feliz condición de todos los cristianos verdaderos. ¡Pero cuántos dicen paz y seguridad, mientras sobre sus cabezas pende la destrucción eterna! Despertémonos a nosotros mismos y unos a otros y cuidémonos de nuestros enemigos espirituales.

Vv. 6—11. La mayor parte de la humanidad no considera las cosas del otro mundo porque están dormidos; o no las consideran porque duermen y sueñan. Nuestra moderación en cuanto a todas las cosas terrenales debiera ser conocida de todos los hombres. Los cristianos que tienen la luz del evangelio bendito brillando en sus rostros, ¿pueden despreocuparse de sus almas y ser indolentes con el otro mundo? Necesitamos la armadura espiritual o las tres gracias cristianas: fe, amor y esperanza. *Fe* si creemos que el ojo de Dios siempre está sobre nosotros, que hay otro mundo para el cual prepararse, vemos razón de estar alertas y ser sobrios. El *amor* verdadero y fervoroso a Dios y a las cosas de Dios, nos mantendrá alertas y sobrios. Si tenemos *esperanza* de salvación, cuidémonos de toda cosa que haga vacilar nuestra confianza en el Señor. Tenemos la base sobre la cual construir una esperanza incommovible cuando consideramos que la salvación es por nuestro Señor Jesucristo que murió por nosotros para expiar nuestros pecados y para rescatar nuestras almas. Debemos unirnos en oración y alabanza unos con otros. Debemos darnos buen ejemplo unos a otros y este es el mejor medio para responder a la finalidad de la sociedad. Así aprenderemos a vivir para Aquel con quien esperamos vivir para siempre.

Vv. 12—15. Los ministros del evangelio están descritos por la obra de su oficio que es servir y honrar al Señor. Deber de ellos no sólo es dar buen consejo, sino también advertir al rebaño los peligros y reprobador lo que estuviera mal. La gente debe honrar y amar a sus ministros porque su actividad es el bienestar de las almas de los hombres. —La gente debe estar en paz consigo misma haciendo todo lo que pueda para guardarse contra toda diferencia, aunque el amor a la paz no debe permitir que hagamos la vista gorda ante el pecado. Los espíritus temerosos y pesarosos deben ser animados, y una palabra amable puede hacer mucho bien. Debemos tolerar y soportar. Debemos ser pacientes y controlar el enojo, y esto con todos los hombres. Sean cuales sean las cosas que nos hagan los hombres, nosotros tenemos que hacer el bien al prójimo.

Vv. 16—22. Tenemos que regocijarnos en las bendiciones de la criatura, como si no nos regocijáramos, sin esperar vivir muchos años y gozándonos durante todos ellos, pero si nos regocijamos en Dios podemos hacerlo para siempre jamás. Una vida verdaderamente religiosa es una vida de gozo constante. Podemos regocijarnos más si oramos más. La oración ayudará a llevar adelante todo asunto lícito y toda buena obra. Si oramos sin cesar no nos faltará tema para dar gracias en todo. Veremos razones para dar gracias por perdonar y prevenir, por las misericordias comunes y las excepcionales, las pasadas y las presentes, las espirituales y las temporales. No sólo por las cosas prósperas y agradables, sino también por las providencias aflictivas, por los castigos y las correcciones, porque Dios designa todo para nuestro bien, aunque, en la actualidad, no veamos en qué nos ayuda. —No apaguéis al Espíritu. Se dice que los cristianos son bautizados con el Espíritu Santo y con fuego. Él obró como fuego, iluminando, avivando y purificando las almas de los hombres. Como el fuego se apaga quitándole el combustible, y se sofoca echándole agua, o poniéndole mucha tierra encima, así debemos tener cuidado de no apagar al Espíritu Santo consintiendo los afectos y concupiscencias carnales, preocupándonos sólo de las cosas terrenales. Los creyentes suelen impedir su crecimiento en la gracia al no darse a los afectos espirituales producidos en sus corazones por el Espíritu Santo. —Por profecía entiéndase aquí la predicación de la palabra, la interpretación y la aplicación de las Escrituras. No debemos despreciar la predicación aunque sea simple, y no nos diga más de lo que sabíamos antes. Debemos escudriñar las Escrituras.

Si probamos todas las cosas, debemos retener lo que es bueno. Debemos abstenernos de pecar, y de todo lo que tenga apariencia de pecado, que conduzca o se aproxime al pecado. El que no se refrena de las apariencias del pecado, el que no elimina las ocasiones de pecar, y no evita las tentaciones ni el acercamiento al pecado, no se mantendrá por mucho tiempo sin pecar.

Vv. 23—28. El apóstol ora que ellos puedan ser santificados con más perfección, porque los mejores están santificados, pero en parte mientras estén en este mundo; por tanto, debemos orar por la santidad completa mientras seguimos adelante hacia ella. Y como vamos a caer si Dios no sigue haciendo su buena obra en el alma, debemos orar a Dios que perfeccione su obra hasta que seamos presentados sin falta ante el trono de su gloria. —Debemos orar unos por otros, y los hermanos deben expresar así su amor fraternal. —Esta epístola iba a ser leída a todos los hermanos. No sólo se permite a la gente corriente que lea las Escrituras, pero es su deber y se les debe exhortar a que lo hagan. La palabra de Dios no debe mantenerse en idioma desconocido, sino traducirse, puesto que a todos los hombres corresponde conocer las Escrituras, y para que todos los hombres puedan leerlas. Las Escrituras deben ser leídas en todas las congregaciones públicas, especialmente, para el beneficio de los indoctos. —No necesitamos más que conocer la gracia de nuestro Señor Jesucristo para hacernos dichosos. Él es una fuente de gracia que siempre fluye y rebasa para suplir todas nuestras carencias.

SEGUNDA DE TESALONICENSES

La segunda epístola a los tesalonicenses fue escrita poco después de la primera. Se le dijo al apóstol que por algunas expresiones de su primera carta, muchos tenían la esperanza de que la segunda venida de Cristo estaba muy cerca, y que el día del juicio llegaría en su tiempo. Algunos de ellos descuidaron sus deberes mundanos. San Pablo volvió a escribir para corregir el error de ellos, que obstaculizaba la difusión del evangelio. Había escrito conforme a las palabras de los profetas del Antiguo Testamento, y les dice que había muchos consejos del Altísimo que aún debían cumplirse antes que llegara el día del Señor, aunque había hablado de aquel momento como muy cercano porque era inminente. El tema conduce a una notable predicción de algunos de los sucesos futuros que iban a tener lugar en las épocas posteriores de la Iglesia cristiana, y que muestran el espíritu profético que poseía el apóstol.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol bendice a Dios por el estado creciente del amor y la paciencia de los tesalonicenses.* 5—12. *Les exhorta a perseverar sometidos a todos sus sufrimientos por Cristo, considerando su venida como el gran día de la rendición de cuentas.*

Vv. 1—4. Donde esté la verdad de la gracia, habrá un incremento de ella. La senda del justo es como la luz de la aurora, que brilla y brilla más y más hasta el día perfecto. Y donde haya incremento de la gracia, Dios debe tener toda la gloria. Donde crece la fe, el amor abundará, porque la fe obra por amor. Se demuestra fe y paciencia, como las que puedan proponerse como pauta para el prójimo, cuando las pruebas de parte de Dios y las persecuciones de parte de los hombres, vivifican el ejercicio de esas gracias, porque la paciencia y la fe de la cual se gloriaba el apóstol, lo sostenían y lo capacitaban para soportar todas sus tribulaciones.

Vv. 5—10. La religión, si vale algo, lo vale todo; los que no tienen religión, o nada digno de tener, o no saben cómo valorarla, porque no pueden hallar en sus corazones una razón para sufrir por ella. No podemos merecer el cielo por todos nuestros sufrimientos más que por nuestros servicios, pero nuestra paciencia nos prepara para el gozo prometido para cuando estamos sometidos a sufrimientos. Nada marca con más fuerza al hombre para la ruina eterna que el espíritu de persecución y enemistad contra el nombre de Dios y su pueblo. Dios atribulará a los que atribulan a su pueblo. Hay un reposo para el pueblo de Dios: un reposo del pecado y de la tristeza. La certeza de la recompensa futura es probada por la justicia de Dios. Pensar en esto debe ser terrible para los impíos, pero sustenta al justo. La fe, mirando hacia ese gran día, es capacitada parcialmente para entender el libro de la providencia, que parece confuso a los incrédulos. —El Señor Jesús se manifestará en aquel día desde el cielo. Vendrá en la gloria y en el poder del mundo de lo alto. Su luz será penetrante y su poder consumidor, para todos los que en aquel día sean contados como paja. Esta manifestación será terrible para los que no conocen a Dios, especialmente para los que se rebelan contra la revelación y no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Este es el gran crimen de las multitudes, el evangelio es revelado y ellos no quieren creerlo, o si pretenden creer, no quieren obedecerlo. Está establecido que creer las verdades del evangelio es para obedecer sus preceptos. —Aunque los pecadores puedan ser tolerados por largo tiempo, al final serán castigados. Hicieron la obra del pecado, y deben recibir la paga del pecado. Aquí Dios castiga a los pecadores usando a las criaturas como instrumento, pero entonces habrá destrucción de parte del Todopoderoso; ¿y quién conoce el poder de su ira? —Será un día de gozo para algunos, para los santos, para los que creen y obedecen el evangelio. Cristo Jesús será glorificado y admirado *por* sus santos en ese día brillante y bendito. Cristo será glorificado y admirado *en* ellos. Su gracia y su poder serán demostrados cuando se manifieste lo que Él ha adquirido *para* los que creen en el Señor, y ha obrado *en* ellos y les ha otorgado *a* ellos. Señor, si la gloria dada a tus santos será admirada así, ¡cuánto más serás tú admirado, como el Dador de esa gloria! La gloria de tu justicia en la condenación de los malos será admirada, pero no como la gloria de tu misericordia en la salvación de los creyentes. ¡Cuánta admiración santa provocará esto a los ángeles adoradores, y transportará a tus santos admiradores con arrebató eterno! El creyente más vil disfrutará más de lo que pudiera imaginar el corazón más ensanchado mientras estemos aquí; Cristo será admirado en todos los que creen, sin exceptuar al creyente más vil.

Vv. 11, 12. Los pensamientos de fe y de expectativa de la segunda venida de Cristo deben llevarnos a orar más a Dios por nosotros y por el prójimo. Si hay algo bueno en nosotros se debe al buen placer de su bondad, y por tanto, se llama gracia. Hay muchos propósitos de gracia y buena voluntad en Dios para con su pueblo y el apóstol ora que Dios complete en ellos con poder la obra de la fe. Esta es que hagan toda buena obra. El poder de Dios no sólo comienza sino que ejecuta la obra de fe. Este es el gran fin y designio de la gracia de nuestro Dios y Señor Jesucristo, que nos es dada a conocer y que obra en nosotros.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Advertencias contra el error de que el tiempo de la venida de Cristo ya estaba muy cerca. Primero habrá una apostasía general de la fe, y la manifestación del hombre de*

pecado, el anticristo. 5—12. Su destrucción y la de los que le obedecen. 13—17. La seguridad de los tesalonicenses contra la apostasía; una exhortación a la constancia y oración por ellos.

Vv. 1—4. Si surgen errores entre los cristianos debemos corregirlos; y los hombres buenos tendrán cuidado para suprimir los errores que surgen de entender mal sus palabras y acciones. Tenemos un adversario astuto que está velando para hacer el mal y fomentar errores hasta por las palabras de la Escritura. Cualquiera sea la incertidumbre que tengamos o cualquiera sean los errores que surjan sobre el tiempo de la venida de Cristo, la venida misma es inminente. Esta ha sido la fe y la esperanza de todos los cristianos en todas las edades de la Iglesia; fue la fe y la esperanza de los santos del Antiguo Testamento. Todos los creyentes serán reunidos en Cristo para estar con Él y ser felices en su presencia para siempre. Debemos creer firmemente la segunda venida de Cristo, pero los tesalonicenses estaban ante el peligro de cuestionar la verdad o certeza de la cosa misma por estar equivocados en cuanto al tiempo. Las doctrinas falsas son como los vientos que mueven el agua de aquí para allá e inquietan la mentes de los hombres que son tan inestables como el agua. Basta con que nosotros sepamos que nuestro Señor vendrá y recogerá a todos sus santos a Él. —Se da una razón del por qué ellos no debían esperar la venida de Cristo como inmediata. Primero tendría que haber una gran caída, la que ocasionará el levantamiento del anticristo, el hombre de pecado. Ha habido grandes debates sobre quién o qué se entiende por este hombre de pecado e hijo de perdición. El hombre de pecado no sólo practica el pecado; también promueve y comanda el pecado y la maldad en los demás; es el hijo de perdición, porque está dedicado a destrucción cierta, y es el instrumento para destruir a muchos, de cuerpo y alma. Como Dios estuvo en el templo antiguo y allí lo adoraban, ahora está en su Iglesia y con ella; de la misma manera el anticristo aquí mencionado es un usurpador de la autoridad de Dios sobre la Iglesia cristiana, y reclama honores divinos.

Vv. 5—12. Algo estorba o retiene al hombre de pecado. Se suponía que fuera el poder del imperio romano, al que el apóstol no menciona claramente en esa época. La corrupción de la doctrina y la adoración entraron por grados, y la usurpación del poder fue gradual; así prevaleció el misterio de la iniquidad. La superstición y la idolatría fueron promovidas por una pretendida devoción y se fomentaron el fanatismo y la persecución por el pretendido celo por Dios y su gloria. Entonces el misterio de iniquidad sólo estaba empezando; cuando aun vivían los apóstoles, hubo personas que pretendían celo por Cristo, pero realmente se le oponían. —La caída o ruina del estado anticristiano está declarada. La pura palabra de Dios, con el Espíritu de Dios, denunciará a este misterio de la iniquidad, y en su debido momento, será destruido por el resplandor de la venida de Cristo. —Se falsifican señales y prodigios, visiones y milagros, pero son señales falsas que sustentan doctrinas falsas; hacen prodigios mentirosos o sólo milagros simulados para engañar a la gente; son notorias las obras diabólicas que el estado anticristiano ha estado sustentando. —Se describe a las personas que son sus súbditos voluntarios. El pecado de ellos es éste: no amaron la verdad, y por tanto, no la creyeron; se agradaron con nociones falsas. Dios los deja entregados a sí mismos, entonces sigue el pecado por cierto, y los juicios espirituales aquí, y los castigos eternos en el más allá. —Estas profecías han llegado a cumplirse, en gran medida, y confirman la verdad de las Escrituras. Este pasaje concuerda exactamente con el sistema del papado que prevalece en la iglesia romana, y bajo los papas romanos. Pero aunque el hijo de perdición haya sido revelado, aunque se haya opuesto y exaltado por encima de todo lo que se llama Dios, o que es adorado, haya hablado y actuado como si fuera un dios en la tierra, y haya proclamado su orgullo insolente, y respaldado sus ilusiones con milagros mentirosos y toda clase de fraudes, aún el Señor no lo ha destruido por completo con el fulgor de Su venida, porque aún quedan por cumplirse estas y otras profecías antes que llegue el final.

Vv. 13—15. Cuando oímos de la apostasía de muchos es gran consuelo y gozo que haya un remanente conforme a la elección de gracia que persevera y perseverará; debemos regocijarnos especialmente si tenemos razón para esperar estar en ese número. La preservación de los santos se debe a que Dios los ama con amor eterno desde el comienzo del mundo. El fin y los medios no

deben separarse. La fe y la santidad deben unirse así como la santidad y la felicidad. El llamamiento externo de Dios es por el evangelio; y este es hecho efectivo por la obra interior del Espíritu. La creencia en la verdad lleva al pecador a confiar en Cristo, y así a amarle y a obedecerle; están sellados por el Espíritu Santo sobre su corazón. No tenemos prueba cierta de que algo más haya sido entregado por los apóstoles fuera de lo que hallamos contenido en las Sagradas Escrituras. Aferrémonos firmemente a las doctrinas enseñadas por los apóstoles y rechazemos todos los agregados y las vanas tradiciones.

Vv. 16, 17. Podemos y debemos dirigir nuestras oraciones no sólo a Dios Padre por medio de nuestro Señor Jesucristo, sino también a nuestro Señor Jesucristo mismo. Debemos orar en su nombre a Dios, no sólo como su Padre sino como nuestro Padre en Él y por medio de Él. Manantial y fuente de todo el bien que tenemos o esperamos es el amor de Dios en Cristo Jesús. Hay buenas razones para grandes bendiciones, porque los santos tienen una buena esperanza por medio de la gracia. La gracia y la misericordia gratuita de Dios son lo que ellos esperan y en las que fundan sus esperanzas, y no algún valor o mérito propio de ellos. Mientras más placer tengamos en la palabra, las obras y los caminos de Dios, más probablemente seremos preservados en ellas, pero si vacilamos en la fe y si tenemos una mente que duda, vacilando y tropezando en nuestro deber, no es raro que seamos extraños a los goces de la religión.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *El apóstol expresa confianza en los tesalonicenses, y ora por ellos.* 6—15. *Les encarga que se aparten de los que andan desordenadamente, particularmente de los perezosos e intrusos.* 16—18. *Concluye con una oración por ellos, y un saludo.*

Vv. 1—5. Los que están muy alejados aún pueden reunirse ante el trono de la gracia; y los que no pueden hacer ni recibir ninguna otra bondad, de este modo pueden hacer y recibir una bondad real y muy grande. Los enemigos de la predicación del evangelio, y los perseguidores de los predicadores fieles son hombres impíos e irracionales. Muchos no creen el evangelio; y no es de maravillarse si no tienen quietud y muestran malicia en las acciones emprendidas para resistirlo. El mal del pecado es el mal más grande, pero hay otros males de los que debemos ser preservados, y se nos exhorta que dependamos de la gracia de Dios. Una vez que la promesa es hecha, su cumplimiento es seguro y cierto. —El apóstol tenía confianza en ellos, pero se funda en su confianza en Dios; porque de otro modo no hay confianza en el hombre. —Ora por ellos pidiendo bendiciones espirituales. Nuestro pecado y nuestra miseria es que depositamos nuestros afectos en los objetos equivocados. No hay verdadero amor de Dios sin fe en Jesucristo. Si por la gracia especial de Dios tenemos esa fe, que multitudes no tienen, debemos orar fervorosamente que seamos capacitados sin reservas para obedecer sus mandamientos y que el Señor Espíritu pueda dirigir nuestros corazones al amor de Dios y a la paciencia de Cristo.

Vv. 6—15. Los que han recibido el evangelio tienen que vivir en forma coherente con el evangelio. Los que pueden trabajar, y no lo hacen, no tienen que mantenerse ociosos. El cristianismo no debe tolerar la pereza que consume lo que puede dar ánimo al laborioso y para sustentar al enfermo y afligido. El trabajo en nuestra vocación de hombres es deber requerido por nuestro llamamiento cristiano. Pero algunos esperaban ser mantenidos en la ociosidad y se consentían un temperamento curioso y soberbio. Ellos se entrometían en las preocupaciones ajenas y hacían mucho daño. Gran error y abuso de la religión es hacerla manto de la pereza o de cualquier otro pecado. El siervo que espera la pronta llegada de su Señor, debe estar trabajando como manda su Señor. Si estamos ociosos, el diablo y el corazón corrupto pronto nos darán algo que hacer. La mente del hombre es dada a ocuparse; si no se la emplea en hacer el bien, estará haciendo el mal. — Es una unión excelente aunque rara la de estar activo en nuestro propio negocio, pero tranquilo en

cuanto al de otros. Si alguien rehusa trabajar con tranquilidad, se le tiene que censurar y separarlo de su compañía, pero se tiene que buscar su bien con amonestaciones hechas con amor. —El Señor está contigo mientras tú estés con Él. Mantén tu camino y sosténte hasta el final. Nunca debemos rendirnos ni cansarnos en nuestro trabajo. Habrá suficiente tiempo para reposar cuando llegemos al cielo.

Vv. 16—18. El apóstol ora por los tesalonicenses. Deseemos las mismas bendiciones para nosotros y para nuestros amigos. Paz con Dios. Se les desea esta paz siempre o en todo. Paz por todos los medios; en toda forma para que, al disfrutar de los medios de gracia, puedan usar todos los métodos para asegurar la paz. Para sentirnos seguros y felices no necesitamos, ni podemos desear algo mejor para nosotros y nuestros amigos, que tener por gracia la presencia de Dios con nosotros y con ellos. No importa dónde estemos si Dios está con nosotros; ni quien está ausente si Dios está presente. Por medio de la gracia de nuestro Señor Jesucristo esperamos tener paz con Dios y disfrutar de la presencia de Dios. Esta gracia es todo lo que nos hace felices; aunque la deseemos mucho para otras personas, es suficiente para nosotros.

PRIMERA DE TIMOTEO

El objetivo de esta epístola parece ser que, como Timoteo se quedó en Éfeso, San Pablo le escribió para darle instrucciones acerca de la elección de oficiales apropiados para la iglesia, y para el ejercicio del ministerio habitual. Además, para advertirle contra la influencia de los falsos maestros que corrompen la pureza y la sencillez del evangelio con distinciones sutiles y disputas interminables. Él le exhorta a tener un cuidado constante con la mayor diligencia, fidelidad y celo. Estos temas ocupan los cuatro primeros capítulos; el quinto instruye sobre grupos en particular; en la última parte, condena las polémicas y los debates, culpa al amor al dinero y exhorta al rico a las buenas obras.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol saluda a Timoteo.* 5—11. *La intención de la ley dada por Moisés.* 12—17. *De su propia conversión y llamamiento al apostolado.* 18—20. *La obligación de mantener la fe y la buena conciencia.*

Vv. 1—4. Jesucristo es la esperanza del cristiano; todas nuestras esperanzas de vida eterna están edificadas en Él; Cristo es en nosotros la esperanza de gloria. El apóstol parece haber sido el medio para la conversión de Timoteo, que sirvió con él en su ministerio como un hijo cumplido con un padre amante. —Lo que suscita interrogantes no es edificante; porque da ocasión a debates dudosos, demuele la iglesia en vez de edificarla. La santidad de corazón y vida puede mantenerse y aumentarse sólo por el ejercicio de la fe en la verdad y las promesas de Dios por medio de Jesucristo.

Vv. 5—11. Todo lo que tiende a debilitar el amor a Dios o el amor a los hermanos, tiende a

derrotar la finalidad del mandamiento. Se responde a la intencionalidad del evangelio cuando los pecadores, por el arrepentimiento para con Dios y la fe en Jesucristo, son llevados a ejercer el amor cristiano. La ley no está en contra de los creyentes que son personas justas en la forma establecida por Dios. Pero a menos que seamos hechos justos por la fe en Cristo, si no nos arrepentimos realmente y abandonamos el pecado, seguimos aún bajo la maldición de la ley, aun conforme al evangelio del bendito Dios, y somos ineptos para participar de la santa dicha del cielo.

Vv. 12—17. El apóstol sabía que hubiese perecido justamente si el Señor hubiera llegado al extremo para señalar lo que estaba mal; y si su gracia y misericordia, cuando estaba muerto en pecado, no hubiesen abundado para él obrando la fe y amor a Cristo en su corazón. Este es un dicho fiel; estas son palabras verdaderas y fieles en las cuales se puede confiar: que el Hijo de Dios vino al mundo, voluntaria e intencionalmente, a salvar pecadores. Nadie, con el ejemplo de Pablo ante sí, puede cuestionar el amor y el poder de Cristo para salvarle, si realmente desea confiarse a Él como Hijo de Dios, que murió una vez en la cruz, y que ahora reina en el trono de gloria, para salvar a todos los que vayan a Dios por medio de Él. Entonces, admiremos y alabemos la gracia de Dios nuestro Salvador; y por todo lo hecho en nosotros, por nosotros, y para nosotros, démosle la gloria al Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas en la unidad de la Deidad.

Vv. 18—20. El ministerio es una guerra contra el pecado y contra Satanás, la cual es librada bajo el mando del Señor Jesús que es el Capitán de nuestra salvación. Las buenas esperanzas que otras personas hayan tenido de nosotros, deben instarnos a cumplir el deber. Seamos rectos en nuestra conducta en todas las cosas. La intención de las censuras más elevadas de la iglesia primitiva fue prevenir más el pecado y reclamar al pecador. Todos los que estén tentados a eliminar la buena conciencia y a abusar del evangelio, recuerden también que este fue el camino al naufragio en la fe.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *Se debe orar por todas las personas, puesto que la gracia del evangelio no establece diferencias de rangos o posiciones.* 8—15. *Cómo deben comportarse hombres y mujeres en su vida religiosa y en la corriente.*

Vv. 1—7. Los discípulos de Cristo deben ser gente que ora; todos, sin distinguir nación, secta, rango o partido. Nuestro deber de cristianos está resumido en dos palabras: piedad, esto es, la adoración justa de Dios; y honestidad, esto es, buena conducta para con todos los hombres. Estas deben ir unidas; no somos verdaderamente honestos si no somos piadosos y no rendimos a Dios lo que le es debido; no somos verdaderamente piadosos si no somos honestos. Debemos abundar en lo que es aceptable ante los ojos de Dios nuestro Salvador. —Hay un solo Mediador y ese Mediador se dio como rescate por todos. Esta designación fue hecha para beneficio de los judíos y los gentiles de toda nación; para que todos los que lo quieran puedan ir por este camino al trono de la misericordia del Dios que perdona, a buscar reconciliación con Él. —El pecado había puesto enemistad entre Dios y nosotros; Jesucristo es el Mediador que hace la paz. Él es el rescate que iba a ser conocido en el tiempo establecido. En la época del Antiguo Testamento se habló de sus sufrimientos y de la gloria que seguiría, como de cosas que serían reveladas en los últimos tiempos. Los que son salvados deben llegar al conocimiento de la verdad, porque ese es el camino designado por Dios para salvar pecadores: si no conocemos la verdad no podemos ser gobernados por ella.

Vv. 8—15. En los tiempos del evangelio la oración no debe limitarse a una casa de oración en particular, pero los hombres deben orar en todas partes. —Debemos orar en nuestros cuartos, orar en nuestras familias, orar cuando comemos, orar cuando viajamos, y orar en las asambleas solemnes, sean públicas o privadas. Debemos orar con amor; sin ira ni contienda, sin enojo con

nadie. Debemos orar con fe, sin dudar y sin debatir. —Las mujeres que profesan la religión cristiana deben ser modestas para vestirse, sin demostrar un estilo inadecuadamente elegante u ostentoso o de alto costo. Las buenas obras son el mejor adorno, porque según el criterio de Dios, son de elevado precio. La modestia y la limpieza deben tomarse más en cuenta que la elegancia y la moda en cuanto a la ropa. Sería bueno que las que profesan una piedad seria estén totalmente libres de vanidad para vestirse. Deben gastar más tiempo y dinero en socorrer al pobre y al angustiado que en adornarse ellas mismas y sus hijos. Hacer esto en una forma inadecuada para su rango en la vida, y su profesión de piedad, es pecaminoso. Estas no son fruslerías, sino mandatos divinos. Los mejores adornos para quienes profesan la piedad son las buenas obras. —Según San Pablo no se permite que las mujeres enseñen públicamente en la iglesia, porque enseñar es un oficio de autoridad. Pero las buenas mujeres pueden y deben enseñar los principios de la religión verdadera a sus hijos en casa. Además, las mujeres no deben pensar que están excusadas de aprender lo necesario para la salvación, aunque no deben usurpar la autoridad. Como la mujer fue última en la creación, que es una razón para su sumisión, también fue primera en la transgresión. Pero aquí hay una palabra de consuelo; que las que permanezcan en modestia serán salvas al tener hijos, o con tener hijos, por el Mesías que nació de una mujer. La tristeza especial a que está sometido el sexo femenino, debe hacer que los hombres ejerzan su autoridad con mucha gentileza, ternura y afecto.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Las cualidades y la conducta de los obispos del evangelio.* 8—13. *De los diáconos y sus esposas.* 14—16. *La razón para escribir sobre estos y otros asuntos de la iglesia.*

Vv. 1—7. Si un hombre desea el oficio pastoral, y por amor a Cristo y a los hombres, está dispuesto a negarse a sí mismo, y pasar privaciones para dedicarse a ese servicio, debiera tratar de dedicarse a la buena obra, y su deseo debe ser aprobado, siempre y cuando estuviera preparado para el oficio. El ministro debe dar tan poca ocasión para ser culpado, para que su oficio no sufra reproche. Debe ser sobrio, prudente, decoroso en todos sus actos, y en el uso de todas las bendiciones terrenales. La sobriedad y la vigilancia van juntas en la Escritura, porque se asisten una a la otra. Las familias de los ministros deben ser ejemplos del bien para todas las demás familias. Debemos cuidarnos del orgullo; es un pecado que volvió en diablos a los ángeles. Debe tener buena reputación entre sus vecinos, y ser irreprochable en su vida anterior. —Para estimular a todos los ministros fieles tenemos la gracia de la promesa de Cristo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo, Mateo xxviii, 20. Él equipará a sus ministros para su obra y los hará pasar en medio de las dificultades con consuelo y recompensará su fidelidad.

Vv. 8—13. Los diáconos fueron primeramente nombrados para distribuir la caridad de la iglesia y administrar sus intereses, aunque había entre ellos pastores y evangelistas. Los diáconos tenían el encargo de una tarea importante. Deben ser hombres serios, responsables, prudentes. No es bueno que la confianza pública sea depositada en las manos de cualquiera hasta que sean hallados aptos para el negocio que se les confiará. —Todos los emparentados con los ministros deben poner gran cuidado de andar como corresponde al evangelio de Cristo.

Vv. 14—16. La iglesia es la casa de Dios, Él habita ahí. La iglesia sostiene la Escritura y la doctrina de Cristo como una columna sostiene una proclama. Cuando la iglesia deja de ser columna y baluarte de la verdad, podemos y debemos abandonarla, porque nuestra consideración por la verdad debe estar primero y ser muy grande. El misterio de la piedad es Cristo. Él es Dios que fue hecho carne y fue manifestado en carne. Agradó a Dios manifestarse a los hombres por su propio Hijo que tomó la naturaleza humana. Aunque reprochado como pecador y se dio la muerte de un malhechor, Cristo resucitó por el Espíritu, y así fue justificado de todas las acusaciones falsas con que fue cargado. Los ángeles le atendieron, porque Él es el Señor de los ángeles. Los gentiles

acogieron bien el evangelio que los judíos rechazaron. Recordemos que Dios fue manifiesto en carne para quitar nuestros pecados, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo peculiar, celoso de buenas obras. Estas doctrinas deben ser exhibidas por el fruto del Espíritu en nuestras vidas.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *De los desvíos de la fe que ya empezaban a surgir.* 6—16. *Varias instrucciones con los motivos para el cumplimiento de los deberes.*

Vv. 1—5. En el Antiguo Testamento y en el Nuevo el Espíritu Santo habló de una apostasía general de la fe en Cristo y de la pura adoración de Dios. Esto debería ocurrir durante la dispensación cristiana, porque es llamada los postreros tiempos. Los falsos maestros prohíben por malo lo que Dios ha permitido, y mandan como deber lo que Él dejó como indiferente. Encontramos ocasión para el ejercicio de la vigilancia y la negación de sí al atender los requisitos de la ley de Dios, sin ser cargados con deberes imaginarios que rechazan lo que Él ha permitido. Pero nada justifica el uso inmoderado o impropio de las cosas, y nada será bueno para nosotros a menos que pidamos orando la bendición del Señor para esas cosas.

Vv. 6—10. Poco aprovechan los actos externos de abnegación. ¿De qué nos servirá mortificar el cuerpo si no mortificamos el pecado? No puede servir de gran cosa la diligencia aplicada a las cosas puramente exteriores. El provecho de la piedad radica en gran parte en la promesa; y las promesas para la gente piadosa se relacionan parcialmente con la vida presente, pero especialmente, con la vida venidera: aunque perdamos *por* Cristo, no perderemos *para* Él. Si Cristo es el Salvador de todos los hombres, entonces será, mucho más quien recompensa de quienes le buscan y sirven; Él proveerá bien para quienes Él haya hecho nuevas criaturas.

Vv. 11—16. No debe despreciarse la juventud de los hombres si ellos se abstienen de vanidades y necesidades. Los que enseñan por su doctrina deben enseñar por su vida. El discurso de ellos debe ser edificante; la conversación de ellos debe ser santa; deben ser ejemplo de amor a Dios y a todos los hombres buenos, ejemplo de mentalidad espiritual. Los ministros deben ocuparse de esas cosas como obra y tarea principal de ellos. Por estos medios se manifestará su provecho en todas las cosas y a todas las personas; esta es la forma de ganar conocimiento y gracia, y de ganar también a otros. —La doctrina de un ministro de Cristo debe ser conforme a las Escrituras, clara, evangélica y práctica; bien expresada, explicada, defendida y aplicada. Pero estos deberes no permiten tiempo libre para los placeres mundanos, las visitas vanas o la conversación ociosa, y muy poco, si lo hubiera, para lo que es pura diversión y solo ornamental. Todo creyente debe ser capacitado para que su provecho sea evidente a todos los hombres; que procure experimentar el poder del evangelio en su alma y dar su fruto en su vida.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *Instrucciones acerca de los hombres y mujeres ancianos y de los más jóvenes.* 3—8. *Las viudas pobres.* 9—16. *Acerca de las viudas.* 17—25. *El respeto que debe darse a los ancianos.*—*Timoteo tiene que cuidar de reprender a los ofensores, de ordenar ministros y de su propia salud.*

Vv. 1, 2. Se debe respeto a la dignidad de los años y la posición. El más joven, si estuviera en falta,

debe ser reprendido, no con el deseo de hallarle faltas, sino con la disposición a hacer lo mejor de ellos. Se necesita mucha mansedumbre y cuidado para reprender a los que merecen reproche.

Vv. 3—8. Honrar a las viudas que son indudablemente viudas, socorrerlas y sustentarlas. Deber de los hijos es hacer lo más que puedan cuando sus padres están en necesidad, y ellos pueden ayudarles. La viudez es un estado solitario; pero que las viudas confíen en el Señor y continúen orando. Todos los que viven en los placeres están muertos mientras viven, muertos espiritualmente, muertos en delitos y pecados. ¡Ay, qué cantidades de cristianos solo de nombre encajan en esta descripción, aun en el último tiempo de su vida! —Si los hombres o mujeres no mantienen a sus parientes pobres, efectivamente niegan la fe. Si gastan en sus concupiscencias y placeres lo que debiera sustentar a sus familiares, han negado la fe y son peores que los infieles. Si los que profesan el evangelio dan lugar a cualquier conducta o principio corruptos, son peores que los que confiesan no creer las doctrinas de la gracia.

Vv. 9—16. Todo aquel que sea puesto en un oficio de la iglesia debe estar libre de justa censura; y muchos que son objetos apropiados de caridad, pero no debieran ser empleados en los servicios públicos. Los que hallan misericordia cuando están angustiados, deben mostrar misericordia cuando están en prosperidad; los que muestran la mayor disposición para toda buena obra, son los que más probablemente sean fieles en todo lo que se les encargue. —Los ociosos muy raramente son sólo ociosos; hacen mal a su prójimo y siembran la discordia entre los hermanos. A todos los creyentes se les pide que alivien a quienes pertenecen a su familia y están necesitados, para que no se impida que la iglesia alivie a los que están verdaderamente pobres y sin amigos.

Vv. 17—25. Debe ponerse cuidado en el sustento de los ministros. Los que laboran en esta obra son dignos de doble honra y estima. Es lo que les corresponde, como la recompensa a un trabajador. —El apóstol encarga solemnemente a Timoteo que se resguarde de la parcialidad. Necesitamos velar todo el tiempo para no participar en los pecados de los demás hombres. Consérvate puro, no sólo de hacer lo que te gusta, sino de considerarlo o, de alguna manera, ayudar a los demás a hacerlo. —El apóstol encarga también a Timoteo que cuide su salud. Como no tenemos que hacer del cuerpo nuestro amo, tampoco debemos hacerlo nuestro esclavo, sino usarlo de modo que nos sea muy útil al servicio de Dios. Hay pecados secretos y pecados manifiestos: los pecados de algunos hombres se dan a conocer de antemano, y van a juicio; otros, vendrán después. Dios sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas y dará a conocer los consejos de todos los corazones. —Teniendo en cuenta el venidero día del juicio, todos debemos atender a nuestro oficio en forma apropiada, sean altos o bajos, teniendo en cuenta que el nombre y la doctrina de Dios no sean blasfemados por culpa de nosotros.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *El deber de los cristianos hacia sus amos sean creyentes o no.* 6—10. *La ventaja de la piedad con contentamiento.* 11—16. *El solemne encargo a Timoteo para que sea fiel.* 17—21. *El apóstol repite su advertencia al rico y termina con una bendición.*

Vv. 1—5. Los cristianos no tenían que suponer que el conocimiento religioso o los privilegios cristianos les daban derecho a despreciar a los amos paganos o a desobedecer las órdenes lícitas o a exponer sus faltas a los demás. Los que disfrutaban el privilegio de vivir con amos creyentes, no debían dejar el respeto y la reverencia debidos porque fuesen iguales en los privilegios religiosos; más bien debían servir con doble diligencia y alegría por su fe en Cristo y como partícipes de su salvación gratuita. —No tenemos que reconocer como íntegras otras palabras sino las de nuestro Señor Jesucristo; a estas debemos dar consentimiento sincero. Habitualmente los que menos saben son los más orgullosos, porque no se conocen a sí mismos. De ahí vienen la envidia, la discordia,

los improprios, las malas sospechas, las disputas sobre sutilezas y cosas nada claras, entre los hombres de mentes carnales corruptas, ignorantes de la verdad y de su poder santificador, y que procuran una ventaja mundana.

Vv. 6—10. Aquellos que hacen del cristianismo un comercio para servir sus intereses en este mundo, se desengañarán pero los que lo consideran como su vocación, hallarán que tiene la promesa de la vida presente, y de la venidera. El piadoso ciertamente será feliz en el otro mundo; y tiene suficiente si está contento con su condición en este mundo; toda la gente verdaderamente piadosa está contenta. Cuando estemos en los apremios más grandes, no podemos estar más pobres que cuando vinimos a este mundo; un sudario, un ataúd, y una tumba, es todo lo que puede tener el hombre más rico del mundo con toda su riqueza. Si la naturaleza se contenta con poco, la gracia debe contentarse con menos. Las cosas necesarias de la vida limitan los deseos del cristiano verdadero, y con ellas debe contentarse. —Aquí vemos el mal de la codicia. No se dice que *son* ricos, sino los que *quieren* enriquecerse, los que depositan su felicidad en la riqueza y están ansiosos y decididos a obtenerla. Los que son así dan a Satanás la oportunidad para tentarlos, guiándolos a usar medios deshonestos y malas costumbres para aumentar sus ganancias. Además, los guía a tantas ocupaciones y a tal prisa de los negocios que no dejan tiempo ni inclinación para la religión espiritual; los guía a conexiones que los llevan al pecado y la necedad. ¡A qué pecados son llevados los hombres por amor al dinero! La gente puede tener dinero y no amarlo, pero si lo aman esto los empujará a todo mal. Toda clase de iniquidad y vicio, de una u otra forma, nacen del amor al dinero. No podemos mirar alrededor sin notar muchas pruebas de esto, especialmente en una época de prosperidad material, grandes gastos y profesión relajada.

Vv. 11—16. No conviene a los hombres, en especial a los hombres de Dios, poner el corazón en las cosas de este mundo; los hombres de Dios deben sentirse transportados con las cosas de Dios. Debe tener un conflicto con la corrupción, con las tentaciones y con las potestades de las tinieblas. La vida eterna es la corona propuesta para estimularnos. Somos llamados a aferrarnos a eso. — Debe señalarse especialmente al rico cuáles son los peligros y deberes relacionados con el uso apropiado de la riqueza, pero ¿quién puede tener esta clase de encargo sin estar, él mismo, por encima del amor a las cosas que puede comprar la riqueza? —La manifestación de Cristo es segura pero no nos corresponde saber la fecha. Los ojos mortales no toleran el resplandor de la gloria divina. Nadie puede acercarse a Él a menos que se dé a conocer a los pecadores en Cristo y por medio de Cristo. La Deidad es adorada aquí sin distinción de Personas, porque todas las cosas se dicen apropiadamente del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo. Dios nos es revelado sólo en la naturaleza humana de Cristo y a través de ella, como el Unigénito Hijo del Padre.

Vv. 17—21. Ser rico en este mundo es totalmente diferente de ser rico para con Dios. Nada es más incierto que la riqueza mundanal. Los ricos deben entender que Dios les da sus riquezas y que Él puede darlas sólo para disfrutarlas ricamente; porque muchos tienen riquezas pero las disfrutan malamente, por no tener corazón para usarlas. ¿Cuál es el mejor valor de la fortuna aparte de dar la oportunidad de hacer el bien mayor? Mostrando fe en Cristo por los frutos del amor, echemos mano de la vida eterna, cuando el descuidado, el codicioso y el impío alzan sus ojos en los tormentos. El conocimiento que se opone a la verdad del evangelio no es ciencia verdadera ni conocimiento real, o de serlo, aprobaría el evangelio y le daría su asentimiento. Los que ponen la razón por encima de la fe, corren el peligro de dejar la fe. La gracia incluye todo lo que es bueno, y la gracia es una primicia, un comienzo de la gloria; dondequiera que Dios dé gracia, dará gloria.

SEGUNDA DE TIMOTEO

La primera intención de esta epístola parece haber sido advertir a Timoteo de lo que había ocurrido durante el encarcelamiento del apóstol y pedirle que fuera a Roma, pero como Pablo no estaba seguro que le dejaran vivir para verlo, le da una variedad de consejos y exhortaciones para el fiel desempeño de sus deberes ministeriales. Como esta era una carta privada escrita al amigo más íntimo de San Pablo, sometido a las miserias de la cárcel, y con la cercana perspectiva de la muerte, muestra el temperamento y el carácter del apóstol, y contiene pruebas convincentes de que él creía sinceramente las doctrinas que predicaba.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *Pablo expresa gran afecto a Timoteo.* 6—14. *Le exhorta a aprovechar sus dones espirituales.* 15—18. *Le habla de muchos que le abandonaron vilmente, pero habla con afecto de Onesíforo.*

Vv. 1—5. La promesa de la vida eterna a los creyentes en Cristo Jesús es el tema principal de los ministros que están empleados conforme a la voluntad de Dios. Las bendiciones aquí nombradas son lo mejor que podemos pedir para nuestros amados amigos, que tengan paz con Dios Padre y nuestro Señor Jesucristo. Dios debe tener la gloria cualquiera sea el bien que hagamos. Los creyentes verdaderos tienen la misma religión como sustancia en toda época. La fe de ellos no es fingida; soporta la prueba y habita en ellos como principio vivo. —De manera que, las mujeres piadosas pueden animarse por el éxito de Loida y Eunice con Timoteo, que resultó ser tan excelente y útil como ministro. Algunos de los ministros más dignos y valiosos con que ha sido favorecida la Iglesia de Cristo, han tenido que bendecir a Dios por las tempranas impresiones religiosas hechas en sus mentes por medio de la enseñanza de sus madres u otras parientas.

Vv. 6—14. Dios no nos ha dado espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio para enfrentar dificultades y peligros; el espíritu de amor a Él que nos hará vencer la oposición. El espíritu de una mente sabia, de la tranquilidad mental. El Espíritu Santo no es el autor de una disposición tímida o cobarde ni de temores esclavizantes. —Es probable que tengamos que sufrir aflicciones cuando tengamos el poder y la fuerza de Dios que nos capaciten para soportarlas. Como es habitual en Pablo, cuando menciona a Cristo y su redención, se explaya al respecto, tan pleno estaba de lo que es toda nuestra salvación y que debiera ser todo nuestro deseo. El llamamiento del evangelio es un llamado santo, que santifica. La salvación es por la libre gracia. Se dice que esta nos es dada desde antes de la fundación del mundo, esto es, en el propósito de Dios desde toda la eternidad; en Cristo Jesús, porque todos los dones que vienen de Dios para el hombre pecador, vienen en Jesucristo y a través de Él solo. Como hay una perspectiva tan clara de la dicha eterna por la fe en Aquel que es la Resurrección y la Vida, pongamos más diligencia en asegurar su salvación para nuestras almas. —Los que echan mano del evangelio no tienen que avergonzarse, la causa los librarán, pero los que se oponen a éste serán avergonzados. El apóstol había encomendado su vida, su alma y sus intereses eternos al Señor Jesús. Nadie más podría liberar y asegurar su alma por medio de las pruebas de la vida y de la muerte. Viene el día en que nuestras almas serán interrogadas. A ti se te encargó un alma, ¿cómo la ocupaste? ¿al servicio del pecado o al servicio de Cristo? La esperanza del cristiano verdadero de menor estatura descansa sobre el mismo fundamento que la del gran apóstol. También aprendió el valor y el riesgo de su alma; también creyó en Cristo; el cambio

obrado en su alma, convence al creyente que el Señor Jesús le guardará para su reino celestial. — Pablo exhorta a Timoteo a que se aferre firme de las Sagradas Escrituras, a la sustancia de la sólida verdad del evangelio en ellas. No basta con asentir a las sabias palabras; hay que amarlas. —La doctrina cristiana es un encargo que se nos ha entregado; tiene valor indecible en sí misma y nos será de ventaja indecible. Se nos ha encargado para ser preservado puro y completo, pero no debemos pensar en mantenerlo por nuestra propia fuerza, sino por el poder del Espíritu Santo que habita en nosotros; y no será ganado por los que confían en sus propios corazones y se inclinan a sus propios entendimientos.

Vv. 15—18. El apóstol menciona la constancia de Onesiforo, a menudo refrescado con sus cartas, consejos, y consuelos, y no se avergüenza de él. Un hombre bueno procurará hacer el bien. —El día de la muerte y del juicio es un día temible. Si deseamos tener misericordia, entonces debemos buscarla ahora del Señor. Lo mejor que podemos pedir, para nosotros y para nuestros amigos, es que el Señor conceda que nosotros y ellos podamos hallar misericordia del Señor, cuando seamos llamados a pasar del tiempo a la eternidad y a comparecer al juicio de Cristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El apóstol exhorta a Timoteo a que persevere con diligencia, como un soldado, un atleta y un labrador.* 8—13. *Le estimula con la seguridad de un final feliz para su fidelidad.* 14—21. *Advertencia para evitar las vanas palabrerías y los errores peligrosos.* 22—26. *Encargo para huir de las pasiones juveniles y ministrar con celo contra el error, pero con espíritu manso.*

Vv. 1—7. A medida que crecen nuestras pruebas necesitamos fortalecernos más en lo que es bueno; nuestra fe, más fuerte; nuestra resolución, más fuerte; nuestro amor a Dios y Cristo, más fuerte. Esto en oposición a que seamos más fuertes según nuestro propio poder. —Todos los cristianos, pero especialmente los ministros, deben ser fieles a su Capitán, y resueltos en su causa. El gran afán del cristiano debe ser agradar a Cristo. Tenemos que esforzarnos para dominar nuestras concupiscencias y corrupciones, pero no podemos esperar el premio si no observamos las leyes. Debemos poner cuidado en hacer el bien de manera correcta, para que no se hable mal del bien que hacemos. Algunos que son activos, desperdician su celo en las formas externas y en disputas dudosas. Pero los que luchan lícitamente serán coronados al final. Si deseamos participar de los frutos, debemos trabajar primero; si deseamos ganar el premio debemos correr la carrera. Debemos hacer la voluntad de Dios antes de recibir lo prometido, para lo cual necesitamos paciencia. Junto con nuestras oraciones por el prójimo, para que el Señor les dé entendimiento en todo, debemos estimularlos y exhortarles que consideren lo que oyen o leen.

Vv. 8—13. Que los santos que sufren se acuerden y miren a Jesús, el Autor y Consumador de su fe, que por el gozo que le fue puesto delante, soportó la cruz, menospreció la vergüenza, y ahora está sentado a la diestra del trono de Dios. No debe extrañarnos que los mejores hombres se enfrenten al peor de los tratos; pero esto causa regocijo, porque la palabra de Dios no está atada. Aquí vemos la causa real y verdadera de que el apóstol sufriera aflicciones por amor del evangelio. Si estamos muertos a este mundo, a sus placeres, sus beneficios y sus honores, estaremos por siempre con Cristo en un mundo mejor. Él es fiel a sus advertencias y fiel a sus promesas. Esta verdad asegura la condenación del incrédulo y la salvación del creyente.

Vv. 14—21. Los que están dispuestos a esforzarse suelen hacerlo por cosas de poca monta. Pero las disputas de palabras destruyen las cosas de Dios. El apóstol menciona a algunos que erraron. No negaron la resurrección, pero corrompieron la doctrina verdadera. Pero nada puede ser más necio o erróneo, porque trastorna la fe temporal de algunos profesantes. Este fundamento tiene dos cosas

escritas en él. Una habla de nuestro consuelo. Nada puede derribar la fe de alguien a quien Dios escogió. El otro habla de nuestro deber. Los que deseen tener el consuelo del privilegio deben tomar conciencia del deber. —Cristo se dio por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, Tito ii, 14. La Iglesia de Cristo es como una habitación: algo del mobiliario es de gran valor; otro, de poco valor, y dedicado a usos más viles. Algunos que profesan la religión son como vasos de madera y barro. Cuando los vasos de deshonra sean tirados para ser destruidos, los otros serán llenos de toda la plenitud de Dios. Debemos ocuparnos de que seamos vasos santos. A cada cual a quien apruebe Dios de la Iglesia será dedicado al servicio de su Maestro, y de este modo será equipado para su uso.

Vv. 22—26. Mientras más sigamos lo que es bueno, más rápido y más lejos huiremos de lo malo. Mantener la comunión de los santos nos sacará de la comunión con las obras infructuosas de las tinieblas. Nótese cuán a menudo el apóstol advierte contra los debates en la religión; lo cual demuestra con seguridad que la religión consiste más en creer y practicar lo que Dios requiere que en disputas sutiles. Son ineptos para enseñar los que son dados a esforzarse, y son fieros y osados. Enseñanza, no persecución, tal es el método de las Escrituras para tratar a los que están en error. — El mismo Dios que da la revelación de la verdad, por su gracia nos lleva a reconocerlo, de lo contrario nuestros corazones seguirían rebelándose contra ello. No existe el “por si acaso” en cuanto a que Dios perdone a los que se arrepienten, pero no podemos decir que dará arrepentimiento a los que se oponen a su voluntad. — Los pecadores son metidos en una trampa, y en la peor trampa, porque es del diablo; ellos son sus esclavos. Si alguno anhela liberación, que recuerde que no puede escapar excepto por arrepentimiento, que es la dádiva de Dios; que debemos pedirlo a Él con oración fervorosa y perseverante.

CAPÍTULO III

Versículos 1—9. *El apóstol predice la aparición de peligrosos enemigos del evangelio.* 10—13. *Propone su propio ejemplo a Timoteo.* 14—17. *Le exhorta a que siga las doctrinas aprendidas de las Sagradas Escrituras.*

Vv. 1—9. Aun en la época del evangelio habría tiempos peligrosos a causa de persecuciones desde afuera, más aun por las corrupciones internas. A los hombres les gusta acceder a sus propias concupiscencias más que complacer a Dios y cumplir su deber. Cuando todo hombre anhela lo que puede obtener y ansía conservar lo que tiene, esto hace que los hombres sean peligrosos, los unos para los otros. Cuando los hombres no temen a Dios, no consideran al hombre. Cuando los hijos son desobedientes con sus padres, esto hace que los tiempos sean peligrosos. Los hombres son impíos y sin temor de Dios porque son ingratos ante las misericordias de Dios. Abusamos de las dádivas de Dios si las hacemos alimento y combustible de nuestras concupiscencias. Los tiempos también son peligrosos cuando los padres carecen de afecto natural por sus hijos. Cuando los hombres no mandan sus propios espíritus sólo desprecian lo bueno y honroso. Dios tiene que ser amado por encima de todo, pero la mente carnal, llena de enemistad contra Él, prefiere cualquier cosa antes que a Él, especialmente al placer carnal. Una forma de piedad es muy diferente del poder; los cristianos deben alejarse de los que son hallados hipócritas. Tales personas se han encontrado dentro de la iglesia externa, en todo lugar y en todos los tiempos. — Siempre ha habido hombres astutos que, con pretensiones y halagos, se infiltran en el favor y la confianza de los que son demasiado crédulos, ignorantes y fantasiosos. Todos debemos estar siempre aprendiendo a conocer al Señor, pero estos siguen cualquier noción nueva, pero nunca buscan la verdad como es en Jesús. Como los magos egipcios, estos eran hombres de mentes corrompidas, prejuiciados contra la verdad, y carecen de fe. Pero aunque el espíritu de error pueda estar libre por un tiempo, Satanás no puede engañar a las naciones e iglesias más allá de lo que Dios permite.

Vv. 10—13. Mientras mejor conozcamos la doctrina de Cristo, enseñada por los apóstoles, más íntimamente nos aferraremos a ella. Cuando conocemos sólo en parte las aflicciones de los creyentes, eso nos tienta a que declinemos la causa por la cual ellos sufren. Suele permitirse una forma de piedad, una profesión de fe cristiana, sin una vida santa, mientras la profesión sincera de la verdad como es en Jesús y la atención resuelta a los deberes de la piedad, provocan la burla y la enemistad del mundo. Así como los hombres buenos van mejorando, por la gracia de Dios, así los hombres malos van empeorando por la astucia de Satanás y el poder de sus propias corrupciones. El camino del pecado va cuesta abajo; los tales van de mal en peor, engañándose y siendo engañados. Los que engañan a otros, se engañan a sí mismos, como lo descubrirán al final a sus expensas. La historia de la iglesia externa, muestra en forma sobrecogedora que el apóstol dijo esto siendo movido por el Espíritu Santo.

Vv. 14—17. Los que deseen aprender las cosas de Dios y estar seguros de ellas, deben conocer las Sagradas Escrituras, porque son la revelación divina. La edad de los niños es época de aprendizaje; y los que van a aprender de verdad, deben aprender de las Escrituras, las cuales no deben estar a nuestro lado olvidadas, o leídas raramente o nunca. La Biblia es una guía segura a la vida eterna. Los profetas y los apóstoles no hablaban por sí mismos, sino que entregaban lo que recibían de Dios, 2 Pedro i, 21. —Es provechoso para todos los propósitos de la vida cristiana. Es útil para todos, porque todos necesitan ser enseñados, corregidos y reprendidos. Hay algo en las Escrituras apto para cada caso. ¡Oh, que podamos amar más nuestras Biblias y mantenernos más cerca de ellas! Entonces hallaremos provecho, y por último, por fe en nuestro Señor Jesucristo obtendremos la felicidad ahí prometida, que es el tema principal de ambos Testamentos. Nos oponemos mejor al error fomentando el conocimiento firme de la palabra de verdad; el bien más grande que podemos hacer a los hijos es darles a conocer la Biblia a temprana edad.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *El apóstol encarga solemnemente a Timoteo que sea diligente, aunque muchos no soportarán la sana doctrina.* 6—8. *Enfatiza el encargo aludiendo a su martirio ya cercano.* 9—13. *Desea que él venga pronto.* 14—18. *Advierte, y se queja de los que le abandonaron; y expresa su fe en cuanto a su propia preservación para el reino celestial.* 19—22. *Saludos amistosos y su bendición de costumbre.*

Vv. 1—5. La gente se alejará de la verdad, se cansarán del claro evangelio de Cristo, desearán las fábulas y se complacerán en ellas. La gente hace eso cuando no soporta la predicación penetrante, sencilla y que va al grano. Los que aman las almas deben estar siempre alertas, arriesgarse, soportar todos los efectos dolorosos de su fidelidad, y aprovechar todas las oportunidades para dar a conocer el puro evangelio.

Vv. 6—8. La sangre de los mártires, aunque no era un sacrificio expiatorio, sin embargo, fue un sacrificio de reconocimiento de la gracia de Dios y de su verdad. La muerte para el hombre bueno es su liberación de la prisión de este mundo, y su partida a disfrutar del otro mundo. Como cristiano y ministro, Pablo había guardado la fe, sostenido con firmeza las doctrinas del evangelio. ¡Qué consuelo es poder hablar de esta manera al fin de nuestros días! La corona de los creyentes es una corona de justicia adquirida por la justicia de Cristo. Los creyentes no la tienen actualmente, pero es segura porque está puesta para ellos. El creyente, en medio de la pobreza, el dolor, la enfermedad y las agonías de la muerte, puede regocijarse; pero si un hombre descuida los deberes de su cargo y lugar, se oscurece la prueba de su interés en Cristo, y se puede esperar que la incertidumbre y la angustia oscurezcan y asedien sus últimas horas.

Vv. 9—13. El amor a este mundo suele ser la causa para apostatar de las verdades y caminos de

Jesucristo. —Pablo fue guiado por inspiración divina, pero él tenía sus libros. Debemos seguir aprendiendo mientras vivamos. Los apóstoles no descuidaron los medios humanos al procurar las necesidades de la vida o su propia instrucción. Agradecemos a la bondad divina por habernos dado tantos escritos de hombres sabios y piadosos de todas las épocas; y procuremos que sea nuestro el provecho de su lectura y ello se haga evidente para todos.

Vv. 14—18. Hay tanto peligro de parte de los hermanos falsos, como de los enemigos declarados. Peligroso es tener que ver con los enemigos de un hombre como Pablo. Los cristianos de Roma fueron a encontrarle, Hechos xxviii, pero todos lo abandonaron cuando pareció que había peligro de sufrir con él; entonces. Dios pudo justamente enojarse con ellos, pero él oró a Dios que los perdonara. El apóstol fue librado de las fauces del león, esto es, de Nerón o de algunos de sus jueces. Si el Señor está por nosotros, nos fortalecerá en las dificultades y los peligros, y su presencia suplirá con creces la ausencia de cada uno y de todos.

Vv. 19—22. Para ser felices no necesitamos más que tener al Señor Jesucristo con nuestro espíritu, porque en Él se resumen todas las bendiciones espirituales. La mejor oración que podemos ofrecer por nuestros amigos es que el Señor Jesucristo esté con sus espíritus que los santifique y los salve, y que al final los reciba junto a Él. Muchos que creyeron, como Pablo, están ahora ante el trono, dando gloria a su Señor: seamos sus seguidores.

TITO

Esta epístola contiene principalmente instrucciones para Tito acerca de los ancianos de la Iglesia y la manera de instruir; la última parte le dice que exhorte que se obedezca a los magistrados, que enfatice las buenas obras, evite las preguntas necias y prohíba las herejías. Las instrucciones que da el apóstol son todas evidentes y claras. La religión cristiana no fue formada para responder a puntos de vista egoístas o mundanos; es sabiduría de Dios y poder de Dios.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol saluda a Tito.* 5—9. *Las calificaciones de un pastor fiel.* 10—16. *El temperamento y las costumbres malas de los falsos maestros.*

Vv. 1—4. Son siervos de Dios todos los que no son siervos del pecado y de Satanás. Toda la verdad del evangelio es conforme a la piedad, y enseña el temor de Dios. La intención del evangelio es producir esperanza y fe; sacar la mente y el corazón del mundo y elevarlos al cielo y a las cosas de lo alto. ¡Cuán excelente es, entonces, el evangelio que desde los primeros tiempos fue el tema de la promesa divina y cuánta gratitud le debemos por nuestros privilegios! La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios; y quien sea así llamado, debe predicar la palabra. —La gracia es el favor gratuito de Dios y la aceptación de Él; y la misericordia, los frutos de ese favor, son el perdón de pecados, y la libertad de todas las miserias, tanto aquí como en el más allá. La paz es el efecto y fruto de la misericordia: la paz con Dios por medio de Cristo que es nuestra Paz, y paz con las

criaturas y con nosotros mismos. La gracia es la fuente de todas las bendiciones. La misericordia, la paz, y todo lo bueno surgen de ella.

Vv. 5—9. El carácter y las cualidades de los pastores, aquí llamados ancianos y obispos, concuerdan con lo que el apóstol escribió a Timoteo. Puesto que los obispos y sobreveedores del rebaño, deben ser ejemplo para ellos, y mayordomos de Dios para cuidar los asuntos de su casa, hay mucha razón para que sean irrepreensibles. Se indica claramente lo que no deben ser y lo que tienen que ser como siervos de Cristo y ministros eficientes de la letra y la práctica del evangelio. Aquí se describe el espíritu y la costumbre que corresponde a los tales, que deben ser ejemplo de buenas obras.

Vv. 10—16. Se describe a los falsos maestros. Los ministros fieles deben oponerse a ellos en el momento oportuno para que la necesidad de ellos se haga manifiesta, para que no sigan adelante. Tenían una baja finalidad en lo que hacían; sirviendo un interés mundano so pretexto de la religión: porque el amor al dinero es raíz de todo el mal. Los tales deben ser resistidos y avergonzados, por la sana doctrina de las Escrituras. Las acciones vergonzosas, el reproche de los paganos, deben estar lejos de los cristianos; la falsedad y la mentira, la astucia envidiosa y la crueldad, las costumbres brutales y sensuales, la ociosidad y la pereza, son pecados condenados hasta por la luz de la naturaleza. Pero la mansedumbre cristiana dista tanto del disimulo cobarde del pecado y del error como de la ira y la impaciencia. Aunque haya diferencias nacionales de carácter, sin embargo, el corazón del hombre de toda época y lugar es engañoso y perverso. Pero las reprensiones más agudas deben apuntar al bien del reprendido; la fe sana es muy deseable y necesaria. Nada es puro para los que son corrompidos e incrédulos; ellos abusan y hacen pecado de las cosas buenas y lícitas. Muchos profesan conocer a Dios, pero en sus vidas lo niegan y rechazan. Nótese el miserable estado de los hipócritas, como los que tienen una forma de piedad, pero están sin su poder; de todos modos, no estemos tan dispuestos a acusar de esto a los demás, como cuidadosos de que no se aplique a nosotros.

CAPÍTULO II

Versículos 1—8. *Los deberes que se convierten en sana doctrina.* 9, 10. *Los siervos creyentes deben ser obedientes.* 11—15. *Todo se rige por el santo designio del evangelio, el cual concierne a todos los creyentes.*

Vv. 1—8. Los antiguos discípulos de Cristo deben comportarse en todo de manera armoniosa con la doctrina cristiana. Los ancianos deben ser sobrios; que no piensen que el deterioro de la naturaleza justifica cualquier exceso, pero busquen consuelo en la comunión más íntima con Dios, no en concesiones indebidas. La fe obra por amor y debe verse en el amor, el de Dios por sí mismo y el de los hombres por amor a Dios. Las personas mayores tienden a ser irritables y temerosas; por tanto, se necesita cuidarlas. Aunque no hay un texto bíblico expreso para cada palabra o mirada, hay, no obstante, reglas generales conforme a las cuales debe ordenarse todo. Las mujeres jóvenes deben ser sobrias y discretas, porque muchas se exponen a tentaciones fatales por lo que al principio pudo ser sólo falta de discreción. Se agrega la razón: para que no sea blasfemada la Palabra de Dios. Fallar en los deberes es un gran reproche al cristianismo. —Los jóvenes son dados a ser ansiosos y precipitados, por tanto, se les debe llamar con seriedad a que sean sobrios: hay gente joven que se arruina más por el orgullo que por cualquier otro pecado. —Todo esfuerzo del hombre piadoso debe ser para callar las bocas de los adversarios. Que tu propia conciencia responda a tu rectitud. ¡Qué gloria es para el cristiano cuando la boca que se abre en su contra, no puede hallar nada malo para hablar de él!

Vv. 9, 10. Los siervos deben conocer y cumplir su deber para con sus amos terrenales, con

referencia al amo celestial. Al servir a un amo terrenal conforme a la voluntad de Cristo, Él es servido; los tales serán recompensados por Él. No darse al lenguaje insolente y provocativo, pero aceptar en silencio una reprensión o un reproche, sin formular respuestas soberbias ni atrevidas. Cuando uno tiene conciencia de una falta, excusarse o justificarla simplemente la aumenta al doble. Nunca uséis por cuenta propia lo que pertenece al amo, ni desperdiciéis los bienes que os hayan confiado. Demuestra toda esa buena fidelidad para utilizar los bienes del amo, y fomentar su progreso. Si no habéis sido fieles en lo que es de otro hombre, ¿quién os dará lo que es propio? Lucas xvi, 12. La religión verdadera es un honor para los que la profesan y ellos deben adornarla en todas las cosas.

Vv. 11—15. La doctrina de la gracia y la salvación por el evangelio es para todos los rangos y estados del hombre. Nos enseña a dejar el pecado; a no tener más relación con éste. La conversación terrenal y sensual no conviene a la vocación celestial. Enseña a tomar conciencia de lo que es bueno. Debemos mirar a Dios en Cristo como objeto de nuestra esperanza y adoración. La conversación del evangelio debe ser una conversación buena. Nótese aquí nuestro deber en pocas palabras: negar la impiedad y las lujurias mundanas, vivir sobria, recta y piadosamente, a pesar de todas las trampas, tentaciones, ejemplos malos, usos malos y vestigios del pecado en el corazón del creyente, con todos sus obstáculos. Nos enseña a buscar las glorias del otro mundo. En la manifestación gloriosa de Cristo, se completará la bendita esperanza de los cristianos. —Llevarnos a la santidad y a la felicidad era la finalidad de la muerte de Cristo. Jesucristo, el gran Dios y Salvador nuestro, que salva no sólo como Dios, y mucho menos como Hombre solo, sino como Dios-Hombre, dos naturalezas en una sola persona. Él nos amó, y se dio por nosotros; ¡y qué menos podemos hacer sino amarle y darnos a Él! La redención del pecado y la santificación de la naturaleza van aunadas y forman un pueblo peculiar para Dios, libre de culpa y condenación, y purificado por el Espíritu Santo. —Toda la Escritura es provechosa. Aquí está lo que proveerá para todas las partes del deber y el correcto desempeño de ellos. Indaguemos si toda nuestra dependencia está puesta en esa gracia que salva al perdido, perdona al culpable, y santifica al inmundo. Mientras más alejados estemos de jactarnos de buenas obras imaginarias, o de confiar en ellas, para gloriarnos en Cristo solo, más celosos seremos para abundar en toda verdadera obra buena.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *La obediencia a los magistrados y la conducta conveniente para con todos, se enfatizan a partir de lo que eran, antes de la conversión, los creyentes, y lo que son hechos por medio de Cristo.* 8—11. *Deben hacerse buenas obras y evitar los debates inútiles.* 12—15. *Instrucciones y exhortaciones.*

Vv. 1—7. Los privilegios espirituales no vacían ni debilitan, antes bien confirman los deberes civiles. Sólo las buenas palabras y las buenas intenciones no bastan sin las buenas obras. No deben ser belicosos, sino mostrar mansedumbre en todas las ocasiones, no sólo con las amistades sino a todos los hombres, pero con sabiduría, Santiago ii, 13. Aprendamos de este texto cuán malo es que un cristiano tenga malos modales con el peor, el más débil y el más abyecto. —Los siervos del pecado tienen muchos amos, sus lujurias los apresuran a ir por diferentes caminos; el orgullo manda una cosa, la codicia, otra. Así son odiosos, y merecen ser odiados. Desgracia de los pecadores es que se odien unos a otros, y deber y dicha de los santos es amarse los unos a los otros. Somos librados de nuestro estado miserable sólo por la misericordia y la libre gracia de Dios, el mérito y los sufrimientos de Cristo, y la obra de su Espíritu. —Dios Padre es Dios nuestro Salvador. Él es la fuente de la cual fluye el Espíritu Santo para enseñar, regenerar y salvar a sus criaturas caídas; y esta bendición llega a la humanidad por medio de Cristo. El brote y el surgimiento de ellos son la bondad y el amor de Dios al hombre. El amor y la gracia tienen gran poder, por medio del Espíritu,

para cambiar y volver el corazón a Dios. Las obras deben estar en el salvado, pero no son la causa de su salvación. Obra un nuevo principio de gracia y santidad, que cambia, gobierna y hace nueva criatura al hombre. La mayoría pretende que al final tendrá el cielo, aunque ahora no les importa la santidad: ellos quieren el final sin el comienzo. He aquí el signo y sello externo de ello en el bautismo, llamado el lavamiento de la regeneración. La obra es interior y espiritual; es significada y sellada exteriormente en esta ordenanza. No se reste importancia al signo y sello exterior; pero no descanséis en el lavamiento exterior, pero busca la respuesta de una buena conciencia, sin la cual el lavado externo no sirve de nada. El que obra en el interior es el Espíritu de Dios; es la renovación del Espíritu Santo. Por Él mortificamos el pecado, cumplimos el deber, andamos en los caminos de Dios; toda la obra de la vida divina en nosotros, los frutos de la justicia afuera, son por este Espíritu bendito y santo. El Espíritu y sus dones y gracias salvadoras vienen por medio de Cristo, como Salvador, cuya empresa y obra es llevar a los hombres a la gracia y la gloria. La justificación, en el sentido del evangelio, es el perdón gratuito del pecador; aceptarlo como justo por la justicia de Cristo recibida por fe. Dios es bueno con el pecador cuando lo justifica según el evangelio, pero es justo consigo mismo y con su ley. Como el perdón es por medio de la justicia perfecta, y Cristo satisface la justicia, esta no puede ser merecida por el pecador mismo. La vida eterna se presenta ante nosotros en la promesa; el Espíritu produce la fe en nosotros y la esperanza de esa vida; la fe y la esperanza la acercan y llenan de gozo por la expectativa de ella.

Vv. 8—11. Cuando se ha declarado la gracia de Dios para con la humanidad, se insta la necesidad de las buenas obras. Los que creen en Dios deben cuidar de mantener las buenas obras, buscando oportunidades para hacerlas, influidos por el amor y la gratitud. Hay que evitar las cuestiones necias y vanas, las distinciones sutiles y las preguntas vanas; tampoco debe la gente desear lo novedoso, sino amar la sana doctrina que tiende mayormente a edificar. Aunque ahora pensemos que algunos pecados son leves y pequeños, si el Señor despierta la conciencia, sentiremos que aun el menor pesa mucho en nuestras almas.

Vv. 12—15. El cristianismo no es una profesión infructuosa, y quienes lo profesan deben estar llenos de los frutos de justicia que son por Jesucristo, para la gloria y alabanza de Dios. Deben hacer el bien y mantenerse lejos del mal. Que los ‘nuestros’ tengan labores y ocupaciones honestas para proveer para sí mismos y para sus familias. El cristianismo obliga a todos a buscar algún trabajo y vocación honesta, y en ellos, permanecer con Dios. —El apóstol termina con expresiones de consideración amable y una oración ferviente. La gracia sea con todos vosotros; el amor y el favor de Dios, con sus frutos y efectos, para los casos de necesidad; y abunden en ellos en sus almas cada vez más. Este es el deseo y la oración del apóstol que muestra su afecto por ellos, y su deseo de bien para ellos, y quiere que sea el medio de obtener y traigan sobre sí, lo pedido. La gracia es la cosa principal que se debe desear y rogar orando, con respecto a nosotros o al prójimo; es “todo bien”.

FILEMÓN

Filemón era un habitante de Colosas, persona de cierta notoriedad y riqueza, convertido en el ministerio de San Pablo. Onésimo era el esclavo de Filemón que había huido de su amo, yéndose a Roma donde se convirtió a la fe cristiana por la palabra presentada por Pablo, que lo tuvo consigo hasta que su conducta demostró la verdad y sinceridad de su conversión. Deseaba reparar el daño que había infligido a su amo, pero temiendo que se le infligiera el castigo merecido por su ofensa, pidió al apóstol que escribiera a Filemón. San Pablo no parece razonar en otro lugar con mayor

belleza o exhortar con más fuerza que en esta epístola.

VERSÍCULOS 1—7. *El gozo y la alabanza del apóstol por la firme fe de Filemón en el Señor Jesús, y el amor a todos los santos. 8—22. Recomienda a Onésimo, como quien hará ricas enmiendas por la mala conducta de que fue culpable y por quien el apóstol promete compensar cualquier pérdida que Filemón haya tenido. 23—25. Saludos y bendición.*

Vv. 1—7. La fe en Cristo y el amor a Él debe unir a los santos más estrechamente que cualquier relación externa que pueda unir a la gente del mundo. Pablo era minucioso para recordar en sus oraciones privadas a sus amigos. Nosotros debemos recordar, mucho y frecuentemente, a los amigos cristianos según su necesidad, llevándolos en nuestros pensamientos y en nuestros corazones ante Dios. Los sentimientos y las maneras diferentes en lo que no es esencial, no deben constituir diferencia de afecto respecto a la verdad. Él pregunta por sus amigos, respecto de la verdad, el crecimiento y su fruto en la gracia, de su fe en Cristo y su amor a Él, y a todos los santos. El bien que hacía Filemón era motivo de gozo y consuelo para él y para los demás, que en consecuencia deseaban que continuara y abundara más y más en buenos frutos para gloria de Dios.

Vv. 8—14. Patrocinar a alguien no rebaja a nadie, y ni siquiera suplicar cuando, en estricto derecho, podríamos mandar; el apóstol argumenta a partir del amor más que de la autoridad, a favor de un convertido por su intermedio, el cual era Onésimo. Aludiendo a ese nombre que significa, “provechoso”, el apóstol admite que, antes, éste no había sido *provechoso* para Filemón, apresurándose a mencionar el cambio por el cual se había vuelto *provechoso*. Las personas impías no son provechosas; no responden a la gran finalidad de su ser, pero, ¡qué cambio dichoso efectúa la conversión! De lo malo a lo bueno; de inútil, a útil. Los siervos religiosos son el tesoro de una familia. Estos tendrán conciencia de su tiempo y su tarea, y administrarán todo lo que puedan para mejor. —Ninguna perspectiva de servicio debe conducir a que alguien descuide sus obligaciones o deje de obedecer a sus superiores. Una gran prueba de arrepentimiento verdadero es volver a cumplir los deberes abandonados. Onésimo se había fugado cuando era inconverso, para menoscabo de su amo, pero ahora había visto su pecado y se había arrepentido, y estaba dispuesto y deseoso de regresar a su deber. Poco saben los hombres con qué propósito el Señor permite que algunos cambien su situación o emprendan cosas, quizá con malos motivos. Si el Señor no hubiera impedido algunos de nuestros proyectos impíos, fuéramos el reflejo de casos en que nuestra destrucción era segura.

Vv. 15—22. Cuando hablamos de la naturaleza de un pecado u ofensa contra Dios, no debemos minimizar su mal, pero en el pecador arrepentido debemos hacerlo así, porque Dios lo cubre. Los caracteres cambiados suelen llegar a ser bendición para todos aquellos con quienes residen. —El cristianismo no elimina nuestros deberes para con los demás; nos enseña a hacerlo bien. Los verdaderos arrepentidos estarán abiertos para admitir sus faltas, como evidentemente lo hizo Onésimo con Pablo, al ser despertado y llevado al arrepentimiento; especialmente en caso de haber dañado al prójimo. La comunión de los santos no destruye las distinciones de la propiedad. —Este pasaje es un ejemplo de lo que se imputa a uno, pero es contraído por otro; y de uno que está dispuesto a responder por otro, por compromiso voluntario para que sea liberado del castigo debido a sus delitos, conforme a la doctrina de Cristo, que por su propia voluntad, soportó el castigo de nuestros pecados para que nosotros pudiéramos recibir la recompensa de su justicia. —Filemón era hijo de Pablo por la fe, pero lo trata como hermano. Onésimo era un pobre esclavo, pero Pablo ruega por él, como si pidiera algo grande para sí mismo. Los cristianos deben hacer lo que puedan para regocijo de los corazones de unos y otros. Del mundo esperan problemas; deberán hallar consuelo y gozo los unos en los otros. Cuando nos quiten algo de lo recibido por misericordias, nuestra confianza y esperanza deben estar en Dios. Debemos usar diligentemente los medios, y si nadie está a la mano, abundar en oración. Pero, aunque la oración prevalece, no merece las cosas

obtenidas. Si los cristianos no se conocen en la tierra, aún la gracia del Señor Jesús estará con sus espíritus y pronto se reunirán ante el trono para unirse para siempre a admirar las riquezas del amor redentor. El ejemplo de Onésimo puede dar ánimo a los pecadores más viles para regresar a Dios, pero está vergonzosamente pervertido el que por ello se siente estimulado a persistir en los malos rumbos. ¿No son muchos quitados en sus pecados mientras otros se endurecen en ellos? No hay que resistir las convicciones *actuales*, no vaya a ser que nunca más vuelvan.

Vv. 23—25. Nunca encuentran más gozo de Dios los creyentes que cuando sufren juntos por Él. La gracia es el mejor deseo para nosotros mismos y para el prójimo; con ella empieza y termina el apóstol. Toda gracia es de Cristo; Él la adquirió y Él la concede. ¿Qué más necesitamos para hacernos felices, que tener la gracia de nuestro Señor Jesucristo con nuestro espíritu? Hagamos ahora lo que debemos hacer en el último suspiro. Entonces, los hombres están dispuestos a renunciar al mundo y a preferir la porción mínima de gracia y fe antes que un reino.

Henry, Matthew

HEBREOS

Esta epístola muestra a Cristo como fin, fundamento, cuerpo y verdad de las figuras de la ley, las que por sí mismas no eran de virtud para el alma. La gran verdad expresada en esta epístola es que Jesús de Nazaret es el Dios verdadero. —Los judíos inconversos usaron muchos argumentos para sacar de la fe cristiana a sus hermanos convertidos. Presentaban la ley de Moisés como superior a la dispensación cristiana. Hablaban en contra de todo lo relacionado con el Salvador. Por tanto, el apóstol señala la superioridad de Jesús de Nazaret como el Hijo de Dios, y los beneficios de sus sufrimientos y muerte como sacrificio por el pecado, de modo que la religión cristiana es mucho más excelente y perfecta que la de Moisés. El objetivo principal parece ser que los hebreos convertidos progresen en el conocimiento del evangelio, y así establecerlos en la fe cristiana e impedir que se alejen de ella, contra lo cual se les advierte con fervor. Aunque contiene muchas cosas adecuadas para los hebreos de los primeros tiempos, también contiene muchas que nunca cesan de interesar a la iglesia de Dios, porque el conocimiento de Jesucristo es la médula y hueso mismo de todas las Escrituras. La ley ceremonial está llena de Cristo, y todo el evangelio está lleno de Cristo; las benditas líneas de ambos Testamentos se juntan en Él, y el principal objetivo de la epístola a los Hebreos es descubrir cómo concuerdan y se unen dulcemente ambos en Jesucristo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *La dignidad insuperable del Hijo de Dios en su Persona divina, y en su obra de mediación y creación.* 4—14. *En su superioridad a todos los santos ángeles.*

Vv. 1—3. Dios habló a su pueblo antiguo en diversos tiempos, en generaciones sucesivas y de maneras diversas, como le pareció apropiado; a veces, por instrucciones personales, a veces por sueños, a veces por visiones, a veces por influencia divina en la mente de los profetas. La revelación del evangelio supera a la anterior en excelencia por ser una revelación que Dios ha hecho por medio de su Hijo. Al contemplar el poder, la sabiduría y la bondad del Señor Jesucristo, contemplamos el poder, la sabiduría y la bondad del Padre, Juan xiv, 7; la plenitud de la Deidad habita no sólo como en un tipo o en una figura, sino realmente en Él. Cuando, en la caída del hombre, el mundo fue despedazado bajo la ira y la maldición de Dios, el Hijo de Dios emprendió la obra de la redención, sustentándolas por su poder y bondad todopoderosa. —De la gloria de la persona y el oficio de Cristo, pasamos a la gloria de su gracia. La gloria y naturaleza de su Persona, dio a sus sufrimientos tal mérito que eran satisfacción plena para la honra de Dios, que sufrió un daño y afrenta infinitas por los pecados de los hombres. Nunca podremos estar suficientemente agradecidos que Dios nos haya hablado de la salvación en tantas formas y con claridad creciente, a nosotros, pecadores caídos. Que Él mismo nos haya limpiado de nuestros pecados es un prodigio de amor superior a nuestra capacidad de admiración, gratitud y alabanza.

Vv. 4—14. Muchos judíos tenían un respeto supersticioso o idólatra por los ángeles, porque habían recibido la ley y otras noticias de la voluntad divina por su ministración. Los consideraban

como mediadores entre Dios y los hombres, y algunos llegaron tan lejos como para darles una especie de homenaje religioso o adoración. De manera que, era necesario no sólo que el apóstol insistiera en que Cristo es el Creador de todas las cosas, y por tanto, creador de los mismos ángeles, sino en que era el Mesías en naturaleza humana resucitado y exaltado, a quien están sujetos los ángeles, las autoridades y las potestades. Para probar esto cita varios pasajes del Antiguo Testamento. Comparando lo que Dios dice ahí de los ángeles con lo que dice a Cristo, se manifiesta claramente la inferioridad de los ángeles respecto de Cristo. Aquí está el oficio de los ángeles: son los ministros o siervos de Dios para hacer su voluntad, pero, ¡qué cosas grandiosas dice el Padre de Cristo! Reconozcámosle y honrémosle como Dios, porque si no hubiera sido Dios, nunca hubiera hecho la obra de mediación y nunca hubiera llevado la corona del Mediador. Se declara cómo Cristo fue apto para el oficio de Mediador y cómo fue confirmado en él: Lleva el nombre de Mesías por ser el Ungido. Sólo como Hombre tiene sus semejantes, y como ungido con el Espíritu Santo; pero está por sobre todos los profetas, sacerdotes y reyes, que hayan jamás sido empleados al servicio de Dios en la tierra. —Se cita otro pasaje de la Escritura, Salmo cii, 25–27, en el cual se declara el poder omnipotente del Señor Jesucristo, tanto al crear el mundo como al mudarlo. Cristo envolverá este mundo como si fuera un ropaje, para que no se abuse más de él, ni sea usado como lo ha sido. Como soberano, cuando los ropajes de su estado estén doblados y guardados, sigue siendo el soberano, de la misma manera nuestro Señor seguirá siendo el Señor cuando haya dejado de lado la tierra y los cielos como un ropaje. Entonces no pongamos nuestros corazones en lo que no es lo que creemos que es, y no será lo que es ahora. El pecado ha hecho un gran cambio en el mundo, para peor, y Cristo hará un gran cambio para mejor. Que estos pensamientos nos alerten, diligentes y deseosos del mundo mejor. —El Salvador ha hecho mucho para hacer que todos los hombres sean sus amigos, pero tiene enemigos, aunque serán puestos por estrado de sus pies, por la sumisión humilde o por la destrucción extrema. Cristo seguirá venciendo y para vencer. Los ángeles más excelsos no son sino espíritus ministradores, sólo siervos de Cristo para ejecutar sus mandamientos. Los santos son herederos en el presente que aún no han entrado en plena posesión. Los ángeles les ministran oponiéndose a la maldad y al poder de los malos espíritus, protegiendo y cuidando sus cuerpos, instruyendo y consolando sus almas, sometidos a Cristo y al Espíritu Santo. Los ángeles reunirán a todos los santos en el último día, cuando sean echados de la presencia de Cristo a la miseria eterna todos los que pusieron su corazón y sus esperanzas en los tesoros percederos y en las glorias pasajeras.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *El deber de adherirse firmemente a Cristo y a su evangelio.* 5—9. *Sus sufrimientos no constituyen objeción a su eminencia.* 10—13. *La razón de sus sufrimientos y lo apropiado de ellos.* 14—18. *Cristo asume la naturaleza humana porque era necesaria para su oficio sacerdotal, y no toma la naturaleza de los ángeles.*

Vv. 1—4. Habiendo demostrado que Cristo es superior a los ángeles, se aplica la doctrina. La mente y la memoria son como vasos quebrados que no retienen lo que en ellos se vierte, si no se pone mucho cuidado. Esto procede de la corrupción de nuestra naturaleza, las tentaciones, los afanes y los placeres del mundo. Pecar contra el evangelio es rechazar esta salvación grandiosa; es despreciar la gracia salvadora de Dios en Cristo, tomándola con liviandad, sin interesarse por ella ni considerar el valor de la gracia del evangelio o su necesidad, ni a nuestro estado de condenación sin ella. —Los juicios del Señor durante la dispensación del evangelio son principalmente espirituales, pero tienen que temerse más por eso. Aquí se apela a la conciencia de los pecadores. Ni siquiera su descuido parcial escapará de las reprimendas; porque suelen traer oscuridad a las almas que no destruyen definitivamente. —La proclamación del evangelio fue continuada y confirmada por los

que oyeron a Cristo, por los evangelistas y apóstoles que fueron testigos de lo que Jesucristo empezó a hacer y a enseñar; por los dones del Espíritu Santo fueron equipados para la obra a la cual fueron llamados. Todo esto fue conforme a la voluntad de Dios. Era la voluntad de Dios que nosotros tuviéramos una base firme para nuestra fe y un fuerte cimiento para nuestra esperanza al recibir el evangelio. Preocupémonos de esta sola cosa necesaria, y escuchemos las Sagradas Escrituras, escritas por los que oyeron las palabras de nuestro Señor de gracia y que fueron inspiradas por su Espíritu; entonces, seremos bendecidos con la buena parte que no puede ser quitada.

Vv. 5—9. En el estado presente de la Iglesia, ni en su estado más plenamente restaurado cuando los reinos de la tierra sean el reino de Cristo, cuando el príncipe de este mundo sea expulsado, está gobernada por los ángeles; Él asumirá su gran poder y reinará. ¿Cuál es la causa activa de toda la bondad que Dios muestra a los hombres al darles a Cristo a ellos y por ellos? Es la gracia de Dios. Como recompensa por la humillación de Cristo al sufrir la muerte, Él tiene un dominio ilimitado sobre todas las cosas; así se cumplió en Él esta antigua Escritura. De manera que, Dios ha hecho en la creación y en la providencia cosas maravillosas por nosotros, las cuales hemos devuelto con suma vileza.

Vv. 10—13. No importa lo que pudiera imaginar u objetar el soberbio, carnal e incrédulo, la mente espiritual verá la gloria peculiar de la cruz de Cristo y se satisfará con que fue Él, quien en todas las cosas despliega sus perfecciones al llevar a tantos hijos a la gloria, quien hizo perfecto al Autor por medio de sus sufrimientos. Su camino a la corona pasó por la cruz y así debe ser con su pueblo. Cristo santifica; Él adquirió y envió al Espíritu santificador; el Espíritu santifica como el Espíritu de Cristo. Los creyentes verdaderos son santificados, dotados con principios y poderes santos, puestos aparte para usos y propósitos elevados y santos. —Cristo y los creyentes son todos de un solo Padre celestial, que es Dios. Son llevados a una relación de parentesco con Cristo. Pero las palabras, que no se avergüenzan de llamarlos hermanos, expresan la elevada superioridad de Cristo respecto de la naturaleza humana. —Esto se muestra en tres pasajes de la Escritura: Salmo xxii, 22; xviii, 2; Isaías viii, 18.

Vv. 14—18. Los ángeles cayeron y quedaron sin esperanza ni socorro. Cristo nunca concibió ser el Salvador de los ángeles caídos, por tanto, no asumió la naturaleza de ellos; la naturaleza de los ángeles no podía ser sacrificio expiatorio por el pecado del hombre. Aquí hay un precio pagado, suficiente para todos, y apto para todos, porque fue en nuestra naturaleza. Aquí se demuestra el amor maravilloso de Dios, porque cuando Cristo supo lo que debía sufrir en nuestra naturaleza y cómo debía morir en ella, la asumió prestamente. La expiación dio lugar a la liberación de su pueblo de la esclavitud de Satanás, y al perdón de sus pecados por la fe. Los que temen la muerte y se esfuerzan por sacar lo mejor de sus terrores, no sigan intentando superarlos o ahogarlos, que no sigan siendo negligentes o se hagan malos por la desesperación. No esperen ayuda del mundo ni de los artificios humanos, pero busquen el perdón, la paz, la gracia y la esperanza viva del cielo por fe en el que murió y resucitó, para que así puedan superar el temor a la muerte. —El recuerdo de sus tristezas y tentaciones hace que Cristo se interese por las pruebas de su pueblo y esté listo para ayudarles. Él está pronto y dispuestos a socorrer a quienes son tentados y le buscan. Se hizo hombre, y fue tentado, para que fuera apto en toda forma para socorrer a su pueblo, habiendo pasado Él por las mismas tentaciones, pero siguiendo perfectamente libre de pecado. Entonces, que el afligido y el tentado no desesperen ni den lugar a Satanás, como si las tentaciones hicieran que fuese malo acudir en oración al Señor. Ningún alma pereció jamás siendo tentada, si desde su verdadera alarma por el peligro, clamó al Señor con fe y esperanza de alivio. Este es nuestro deber en cuanto somos sorprendidos por las tentaciones y queremos detener su avance, lo que es nuestra sabiduría.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Se muestra el valor y la dignidad superior de Cristo por sobre Moisés.* 7—13. *Se advierte a los hebreos del pecado y peligro de la incredulidad.* 14—19. *La necesidad de la fe en Cristo y de seguirle constantemente.*

Vv. 1—6. Cristo debe ser considerado el Apóstol de nuestra confesión, el Mensajero enviado a los hombres por Dios, el gran Revelador de la fe que profesamos, y de la esperanza que confesamos tener. Como Cristo, el Mesías, es el ungido para el oficio de Apóstol y Sacerdote. Como Jesús, es nuestro Salvador, nuestro Sanador, el gran Médico de las almas. Considérese así. Considérese lo que es en sí, lo que es para nosotros y lo que será para nosotros en el más allá y para siempre. Pensar íntima y seriamente en Cristo nos lleva a saber más de Él. Los judíos tenían una elevada opinión de la fidelidad de Moisés, pero su fidelidad era un tipo de la de Cristo. —Cristo fue el Señor de esta casa, de su Iglesia, que es su pueblo, y su Hacedor. Moisés fue un siervo fiel; Cristo, como el eterno Hijo de Dios, es el dueño legal y el Rey Soberano de la Iglesia. No sólo debemos establecernos bien en los caminos de Cristo, pero hemos de seguir y perseverar firmemente hasta el fin. Toda meditación en su Persona y su salvación, sugiere más sabiduría, nuevos motivos para amar, confiar y obedecer.

Vv. 7—13. Los días de tentación suelen ser los días de provocación. Sin duda es una provocación tentar a Dios cuando Él nos deja que veamos que dependemos y vivimos por entero de Él. El endurecimiento del corazón es la fuente de todos los demás pecados. Los pecados ajenos, especialmente los de nuestros parientes, deben ser alarma para nosotros. —Todo pecado, especialmente el pecado cometido por el pueblo privilegiado que profesa a Dios, no sólo provoca a Dios sino lo contrista. Dios detesta destruir a nadie en o por su pecado; espera mucho para ser bondadoso con ellos. Pero el pecado en que se persiste por largo tiempo, hace que la ira de Dios se revele al destruir al impenitente; no hay reposo bajo la ira de Dios. —“Cuidado”: todos los que van a llegar a salvo al cielo deben cuidarse; si una vez nos permitimos desconfiar de Dios, pronto podemos desertar de Él. Los que piensan que están firmes, miren que no caigan. Puesto que el mañana no nos pertenece, debemos aprovechar al máximo el día. No hay, ni siquiera los más fuertes del rebaño, quien no necesiten la ayuda de otros cristianos. Tampoco hay alguien tan bajo y despreciado cuyo cuidado en la fe y su seguridad, no pertenezca a todos. El pecado tiene tantos caminos y colores que necesitamos más ojos que los propios. El pecado parece justo, pero es vil; parece agradable, pero es destructivo; promete mucho, pero no cumple nada. Lo engañoso del pecado endurece el alma; un pecado permitido da lugar a otro; y cada acto de pecado confirma la costumbre. Que cada cual se cuide del pecado.

Vv. 14—19. El privilegio de los santos es que son hechos partícipes de Cristo, esto es, del Espíritu, la naturaleza, las virtudes, la justicia y la vida de Cristo; están interesados en todo lo que Cristo es, en todo lo que Él ha hecho o hará. El mismo espíritu con que los cristianos emprenden el camino de Dios, es el que deben mantener hasta el final. La perseverancia en la fe es la mejor prueba de la sinceridad de nuestra fe. Oír la palabra a menudo es un medio de salvación, pero si no se escucha, expondrá más a la ira divina. La dicha de ser partícipes de Cristo y de su salvación completa, y el temor a la ira de Dios y a la miseria eterna, deben estimularnos a perseverar en la vida de la fe obediente. Cuidémonos de confiar en privilegios o profesiones externas y pidamos ser contados con los creyentes verdaderos que entran al cielo cuando todos los demás fallan a causa de la incredulidad. Como nuestra obediencia sigue conforme al poder de nuestra fe, así nuestros pecados y la falta de cuidado se conforman al predominio de la incredulidad en nosotros.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—10. *Se exhorta al temor humilde y cauto, no sea que, debido a la incredulidad, alguien no entre en el reposo prometido.* 11—16. *Argumentos y motivos para tener fe y esperanza al acercarnos a Dios.*

Vv. 1—10. Los privilegios que tenemos con el evangelio son más grandes que los que había bajo la ley de Moisés aunque en sustancia se predicó el mismo evangelio en ambos Testamentos. En todo tiempo ha habido muchos oyentes no aprovechados; y la incredulidad se halla en la raíz de toda esterilidad cuando se está bajo la palabra. La fe del que oye es la vida de la palabra. Una triste consecuencia del descuido parcial y de una profesión vacilante y relajada es que, a menudo, hace que los hombres no la alcancen. Entonces, pongamos diligencia para que tengamos una entrada clara al reino de Dios. —Como Dios terminó su obra, y entonces descansó, hará que los que creen acaben su obra, y luego disfruten su reposo. Evidente es que resta un día de reposo para el pueblo de Dios, más espiritual y excelente que el del séptimo día, o aquel al cual Josué guió a los judíos. Este reposo es un reposo de gracia, consuelo y santidad en el estado del evangelio. Reposo en gloria es donde el pueblo de Dios disfrutará el fin de su fe y el objeto de todos sus deseos. El reposo, que es el tema del razonamiento del apóstol, y del cual, concluye que queda por ser disfrutado, es indudablemente el reposo celestial que queda para el pueblo de Dios y que se opone al estado de trabajos y trastorno de este mundo. Es el reposo que obtendrán cuando el Señor Jesús aparezca desde el cielo. Pero los que no creen nunca entrarán en este reposo espiritual, sea el de gracia aquí o el de gloria en el más allá. Dios siempre ha declarado que el reposo del hombre está en Él, y que su amor es la única dicha verdadera del alma; y la fe en sus promesas, por medio de su Hijo, es el único camino para entrar en aquel reposo.

Vv. 11—16. Nótese la finalidad propuesta: reposo espiritual y eterno; el reposo de gracia aquí, y el de gloria en el más allá; *en* Cristo en la tierra; *con* Cristo en el cielo. Después de la labor debida y diligente vendrá el reposo dulce y satisfactorio; el trabajo de ahora hará más placentero el reposo cuando llegue. Trabajemos y estimulémonos los unos a los otros a ser diligentes en el deber. —Las Sagradas Escrituras son la palabra de Dios. Cuando Dios la instala por su Espíritu, convence poderosamente, convierte poderosamente y consuela poderosamente. Hace que sea humilde el alma que ha sido orgullosa por mucho tiempo; el espíritu perverso sea manso y obediente. Los hábitos pecaminosos que se han vuelto naturales para el alma, estando profundamente arraigados en ella, son separados y cortados por la espada. Dejará al descubierto a los hombres sus pensamientos y propósitos, las vilezas de muchos, los malos principios que los mueven, las finalidades pecaminosas para las cuales actúan. La palabra mostrará al pecador todo lo que hay en su corazón. — Aferrémonos firmes las doctrinas de la fe cristiana en nuestras cabezas, sus principios vivificantes en nuestros corazones, su confesión franca en nuestros labios, y sometámonos a ellos en nuestras vidas. Cristo ejecutó una parte de su sacerdocio en la tierra al morir por nosotros; ejecuta la otra parte en el cielo, alegando la causa y presentando las ofrendas de su pueblo. A criterio de la sabiduría infinita fue necesario que el Salvador de los hombres fuera uno que tuviera el sentimiento de compañero que ningún ser, salvo un congénere, pudiera tener, y por tanto era necesario que experimentara realmente todos los efectos del pecado que pudieran separarse de su verdadera culpa real. Dios envió a su Hijo en la semejanza de la carne de pecado, Romanos viii, 3; pero mientras más santo y puro era Él, menos dispuesto debe de haber estado a pecar en su naturaleza y más profunda debe de haber sido la impresión de su mal; en consecuencia, más preocupado debe de haber estado Él por librar a su pueblo de la culpa y poder del pecado. —Debemos animarnos por la excelencia de nuestro Sumo Sacerdote para ir directamente al trono de la gracia. La misericordia y la gracia son las cosas que queremos; misericordia que perdone todos nuestros pecados, y gracia que purifique nuestras almas. Además de nuestra dependencia diaria de Dios para las provisiones presentes, hay temporadas para las cuales debemos proveer en nuestras oraciones; tiempos de tentación sea por la adversidad o la prosperidad, y especialmente en nuestro momento de morir.

Tenemos que ir al trono de justicia con reverencia y santo temor, pero no como arrastrados, sino invitados al trono de misericordia donde reina la gracia. Tenemos denuedo sólo por la sangre de Jesús para entrar al Lugar Santísimo; Él es nuestro Abogado y ha adquirido todo lo que nuestras almas puedan desear o querer.

CAPÍTULO V

Versículos 1—10. *El oficio y el deber del sumo sacerdote están abundantemente cumplidos en Cristo.* 11—14. *Los hebreos cristianos son reprendidos por su poco avance en el conocimiento del evangelio.*

Vv. 1—10. El Sumo Sacerdote debe ser un hombre, participe de nuestra naturaleza. Esto demuestra que el hombre había pecado. Porque Dios no tolerará que el hombre pecador vaya a Él por sí mismo. Pero es bienvenido a Dios todo el que vaya por medio de este Sumo Sacerdote; como valoramos la aceptación con Dios, y el perdón, debemos recurrir por fe a este Cristo Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, que puede interceder por los que se hallan fuera del camino de la verdad, del deber y la dicha; Aquel que tiene la ternura para guiarlos de vuelta desde los desvíos del error, el pecado y la miseria. Sólo pueden esperar ayuda de Dios, su aceptación, y su presencia y bendición para ellos y sus servicios, los que son llamados por Dios. Esto se aplica a Cristo. —En los días de su encarnación, Cristo se sometió, Él mismo a la muerte: tuvo hambre; fue un Jesús tentado, sufriendo y moribundo. Cristo dio el ejemplo no sólo de orar sino de ser ferviente para orar. ¡Cuántas oraciones secas, cuán poco humedecidas con lágrimas, ofrendamos a Dios! Él fue fortalecido para soportar el peso inmenso del sufrimiento cargado sobre Él. No hay liberación real de la muerte sino el ser llevado a través de ella. Él fue levantado y exaltado, y a Él fue dado el poder de salvar hasta lo sumo a todos los pecadores que van a Dios por medio de Él. —Cristo nos dejó el ejemplo para que nosotros aprendamos a obedecer humildemente la voluntad de Dios por todas nuestras aflicciones. Necesitamos la aflicción para aprender la sumisión. Su obediencia en nuestra naturaleza nos estimula en nuestros intentos de obedecer y para que esperemos sostén y consuelo en todas las tentaciones y sufrimientos a que estamos expuestos. Siendo perfeccionado para esta gran obra, Él es hecho Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen, pero ¿estamos nosotros en ese número?

Vv. 11—14. Los oyentes sordos dificultan la predicación del evangelio y hasta los que tienen algo de fe pueden ser oyentes sordos y lentos para creer. Mucho se espera de aquellos a quienes mucho se les da. —Ser poco diestro denota la falta de experiencia en las cosas del evangelio. La experiencia cristiana es un sentido, sabor o placer espiritual de la bondad, dulzura y excelencia de las verdades del evangelio. Ninguna lengua puede expresar la satisfacción que recibe el alma de la sensación de la bondad, gracia y amor divinos en Cristo por ella.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Se insta a los hebreos a seguir adelante en la doctrina de Cristo, y se describen las consecuencias de la apostasía o rechazo.* 9, 10. *El apóstol expresa satisfacción por la mayoría de ellos.* 11—20. *Y los anima a perseverar en la fe y la santidad.*

Vv. 1—8. Debe exponerse toda parte de la verdad y la voluntad de Dios ante todos los que profesan el evangelio e instárselas en sus corazones y conciencias. No debemos estar siempre hablando de

cosas externas, las cuales tienen su lugar de uso pero, a menudo, consumen demasiado de nuestra atención y tiempo, que podrían emplearse mejor. —El pecado humillado que se declara culpable y clama misericordia, no puede tener fundamentos para desesperarse a partir de este pasaje, cualquiera sea la acusación de su conciencia. Tampoco prueba que alguien hecho nueva criatura en Cristo llegue a ser un apóstata definitivo. El apóstol no habla de las caídas de los meros profesos, nunca convictos ni influidos por el evangelio. Esos no tienen nada de que caerse sino un nombre vacío o una confesión hipócrita. Tampoco habla de los desvíos o resbalones temporarios. Tampoco se quiere representar aquí a esos pecados en que caen los cristianos por la fuerza de las tentaciones o el poder de alguna lujuria mundana o carnal. Aquí se alude a la caída que significa renunciar abierta y claramente a Cristo por enemistad de corazón contra Él, Su causa y pueblo, de parte de los hombres que en sus mentes aprueban los actos de Sus asesinos, y todo esto después que ellos han recibido el conocimiento de la verdad y saboreado algunos de sus consuelos. De ellos se dice que es imposible renovarlos otra vez para el arrepentimiento. No porque la sangre de Cristo sea insuficiente para obtener el perdón de este pecado sino que este pecado, por su misma naturaleza, se opone al arrepentimiento y a toda cosa que a ese conduzca. Si los que temen que no haya misericordia para ellos, por comprender erróneamente este pasaje y sus propios casos, atendieran el relato dado sobre la naturaleza de este pecado, que es una renuncia total y voluntaria de Cristo y su causa, uniéndose a sus enemigos, les aliviaría de sus temores equivocados. Nosotros mismos debemos tener cuidado, y advertir al prójimo, de todo acercamiento al abismo tan terrible de la apostasía, pero al hacerlo debemos mantenernos cerca de la palabra de Dios, teniendo cuidado de no herir ni aterrorizar al débil o desanimar al caído y penitente. Los creyentes no sólo saborean la palabra de Dios, sino que se la beben. Este fértil campo o huerto recibe la bendición. Pero el cristiano que lo es sólo de nombre, sigue estéril bajo los medios de gracia y nada produce, salvo engaño y egoísmo, estando cerca del espantoso estado recién descrito; la miseria eterna era el final reservado para él. Veámos con humilde cautela y oración por nosotros.

Vv. 9, 10. Hay cosas que nunca se separan de la salvación; cosas que muestran que la persona está en un estado de salvación y que terminará en la salvación eterna. Las cosas que acompañan a la salvación son cosas mejores de las que nunca disfrutaron el apóstata o el que se aparta. —Las obras de amor hechas para la gloria de Cristo o hechas a sus santos por amor a Cristo, de vez en cuando, según Dios da la oportunidad, son señales evidentes de la salvación del hombre; y marcas seguras de la gracia salvadora dada más que la iluminación y el saboreo de los que se habló antes. Ningún amor ha de ser reconocido como amor, sino el amor que obra; y ninguna obra es buena si no fluye del amor a Cristo.

Vv. 11—20. La esperanza aquí aludida es esperar con seguridad las cosas buenas prometidas por medio de esas promesas, con amor, deseo y valorándolas. La esperanza tiene sus grados como también los tiene la fe. La promesa de bendición que Dios ha hecho a los creyentes está, desde el eterno propósito de Dios, establecida entre el Padre eterno, el Hijo eterno y el Espíritu Santo eterno. Se puede confiar con toda seguridad de esta promesa de Dios, porque aquí tenemos *dos* cosas inmutables, el consejo y el voto de Dios, en que es imposible que Dios mienta, porque sería contrario a su naturaleza y a su voluntad. Como no puede mentir, la destrucción del incrédulo y la salvación del creyente son igualmente ciertas. —Nótese aquí que tienen derecho por herencia a las promesas aquellos a quienes Dios ha dado seguridad plena de la dicha. Los consuelos de Dios son suficientemente fuertes para sostener a su pueblo cuando está sometido a sus pruebas más pesadas. Aquí hay un refugio para todos los pecadores que huyen a la misericordia de Dios por medio de la redención en Cristo, conforme al pacto de gracia, dejando de lado a todas las demás confianzas. Estamos en este mundo como un barco en el mar, zarandeado de arriba abajo y corriendo el peligro de naufragar. Necesitamos un ancla que nos mantenga seguros y firmes. La esperanza del evangelio es nuestra ancla en las tormentas de este mundo. Es segura y firme, pues, de lo contrario no podría mantenernos así. La gracia gratuita de Dios, los méritos y la mediación de Cristo y las poderosas influencias de Su Espíritu, son las bases de esta esperanza, así que es una esperanza segura. Cristo es el objeto y el fundamento de la esperanza del creyente. Por tanto, depositemos nuestros afectos

en las cosas de lo alto y esperemos con paciencia su manifestación, cuando nosotros nos manifestaremos con Él ciertamente en gloria.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—3. *Comparación del sacerdocio de Melquisedec con el de Cristo.* 4—10. *Se señala la excelencia del sacerdocio de Cristo por sobre el sacerdocio levítico.* 11—25. *Esto se aplica a Cristo.* 26—28. *De esto reciben aliento la fe y la esperanza de la Iglesia.*

Vv. 1—3. Melquisedec salió al encuentro de Abraham cuando éste volvía de rescatar a Lot. Su nombre, “Rey de Justicia”, es indudablemente apto para su carácter que lo marca como tipo del Mesías y de su reino. El nombre de su ciudad significa “paz” y, como rey de paz era tipo de Cristo, el Príncipe de Paz, el gran reconciliador entre Dios y el hombre. Nada se registra acerca del comienzo o el fin de su vida, así que como tipo recuerda al Hijo de Dios, cuya existencia es desde la eternidad hasta la eternidad, que no hubo quien fuera antes de Él y que no tendrá a nadie que venga después de Él, en su sacerdocio. Cada parte de la Escritura honra al gran Rey de Justicia y de Paz, nuestro glorioso Sumo Sacerdote y Salvador, y mientras más le examinamos, más estaremos convencidos de que el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía.

Vv. 4—10. El Sumo Sacerdote que iba a aparecer después, del cual Melquisedec era un tipo, debe ser muy superior a los sacerdotes levíticos. —Nótese la gran dignidad y felicidad de Abraham; él tuvo las promesas. Rico y dichoso es indudablemente el hombre que tiene las promesas de la vida que es ahora y la de la vida venidera. Este honor tienen todos los que reciben al Señor Jesús. Sigamos adelante, en nuestros conflictos espirituales, confiando en su palabra y su poder, atribuyendo nuestras victorias a su gracia y deseando ser hallados y bendecidos por Él en todos nuestros caminos.

Vv. 11—25. El sacerdocio y la ley, por la cual no podía venir la perfección, quedan terminados; un Sacerdote se levanta y se instala en una dispensación por la cual los creyentes verdaderos puedan ser perfeccionados. Claro es que hay ese cambio. La ley que hizo al sacerdocio levítico mostraba que los sacerdotes eran criaturas débiles, mortales, incapaces de salvar sus propias vidas, muchos menos podían salvar las almas de los que iban a ellos. Pero el Sumo Sacerdote de nuestra profesión tiene su oficio por el poder de la vida eterna que hay en Él; no sólo para mantenerse vivo Él mismo, sino para dar vida eterna y espiritual a todos los que confían en su sacrificio e intercesión. —El mejor pacto, del cual Jesús fue el fiador, no es aquí contrastado con el pacto de obras por el cual todo transgresor queda bajo la maldición. Se distingue del pacto del Sinaí con Israel y la dispensación legal bajo la cual permaneció por largo tiempo la Iglesia. El pacto mejor puso a la Iglesia y a todo creyente bajo una luz más clara, una libertad más perfecta y privilegios más abundantes. —En el orden de Aarón había una multitud de sacerdotes, sumos sacerdotes, uno tras otro, pero en el sacerdocio de Cristo hay solamente uno y Él mismo. Esta es la seguridad y la felicidad del creyente, que este Sumo Sacerdote eterno es capaz de salvar hasta lo sumo en todos los tiempos y en todos los casos. Seguramente entonces nos conviene desear la espiritualidad y la santidad, mucho más allá de la de los creyentes del Antiguo Testamento, porque nuestras ventajas exceden a las de ellos.

Vv. 26—28. Nótese la descripción de la santidad personal de Cristo. Él está libre de todos los hábitos o principios de pecado no teniendo la menor disposición a ello en su naturaleza. Nada de pecado habita en Él, ni la más mínima inclinación pecaminosa, aunque la hay en el mejor de los cristianos. Él es inocente, libre de todo pecado actual; Él no hizo pecado, ni hubo engaño en su boca. Él no es corrompido. Difícil es mantenernos puros como para no participar de la culpa de los pecados de otros hombres. Pero no tiene que desfallecer nadie que vaya a Dios en el nombre de su

Hijo amado. Que tengan la seguridad de que Él los libraré en el tiempo de la prueba y el sufrimiento, en el tiempo de la prosperidad, en la hora de la muerte y en el día del juicio.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *Se muestra la excelencia del sacerdocio de Cristo por sobre el de Aarón.* 7—13. *La gran excelencia del nuevo pacto respecto del anterior.*

Vv. 1—6. La sustancia o resumen de lo declarado era que los cristianos tenían un Sumo Sacerdote como el que necesitaban. Asumió la naturaleza humana, se manifestó en la tierra y ahí se dio como sacrificio a Dios por los pecados de su pueblo. No nos atrevamos a acercarnos a Dios, o a presentarle nada, sino en Cristo y a través de Él, dependiendo de sus méritos y mediación, porque somos aceptos sólo en el Amado. En toda obediencia y adoración debemos mantenernos cerca de la palabra de Dios que es la norma única y perfecta. Cristo es la sustancia y la finalidad de la ley de la justicia. Pero el pacto aquí aludido fue hecho con Israel como nación, asegurándoles los beneficios temporales. Las promesas de todas las bendiciones espirituales y de la vida eterna, reveladas en el evangelio, y garantizadas por medio de Cristo, son de valor infinitamente mayor. Bendigamos a Dios porque tenemos un Sumo Sacerdote idóneo para nuestra indefensa condición.

Vv. 7—13. La excelencia superior del sacerdocio de Cristo, por encima del de Aarón, se señala a partir del pacto de gracia, del cual Cristo es Mediador. La ley no sólo hacía que todos los sometidos a ella estuviesen sujetos a condenación por la culpa del pecado, sino era también incapaz de quitar la culpa y de limpiar la conciencia del sentido y terror de ella. En cambio, por la sangre de Cristo, se provee la plena remisión de pecados, de modo que Dios no los recordara más. —Dios escribió una vez sus leyes a su pueblo, ahora las escribirá en ellos; Él les dará entendimiento para que conozcan y crean sus leyes; les dará memoria para retenerlas; les dará corazones para amarlas; valor para profesarlas y poder para ponerlas en práctica. Este es el fundamento del pacto; y cuando este sea puesto, el deber será efectuado con sabiduría, sinceridad, presteza, facilidad, resolución, constancia y consuelo. Un derramamiento pleno del Espíritu de Dios hará tan eficaz la ministración del evangelio que habrá un fuerte incremento y difusión del conocimiento cristiano en todas las clases de personas. ¡Oh, que esta promesa se cumpla en nuestros días, que la mano de Dios esté con sus ministros para que grandes números crean y sean convertidos al Señor! —El perdón de pecado siempre será hallado en compañía del verdadero conocimiento de Dios. Nótese la libertad de este perdón: su plenitud, su certidumbre. Esta misericordia que perdona está conectada con todas las demás misericordias espirituales: el pecado sin perdonar estorba la misericordia, y acarrea juicios; pero el perdón del pecado impide el juicio, y abre una amplia puerta a todas las bendiciones espirituales. —Preguntemonos si somos enseñados por el Espíritu Santo a conocer a Cristo, de modo que le amemos, temamos, confiemos y obedezcamos rectamente. Todas las vanidades del mundo, los privilegios externos o las puras nociones religiosas se desvanecerán pronto, y dejarán a los que confiaron en ellas, en la eterna miseria.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. *El tabernáculo judío y sus utensilios.* 6—10. *Su uso y significado.* 11—22.

Cumplidos en Cristo. 23—28. *La necesidad, la dignidad superior y el poder de su sacerdocio y sacrificio.*

Vv. 1—5. El apóstol muestra a los hebreos sus ceremonias como tipo de Cristo. El tabernáculo era un templo móvil que era sombra de la situación inestable de la Iglesia en la tierra, y de la naturaleza humana del Señor Jesucristo, en quién habitó corporalmente la plenitud de la Deidad. El significado del tipo de estas cosas ha sido señalado en comentarios anteriores, y las ordenanzas y los artículos del pacto mosaico apuntan a Cristo como nuestra Luz, y Pan de vida para nuestras almas; y nos recuerdan su Persona divina, su sacerdocio santo, su justicia perfecta y su intercesión absolutamente vencedora. Así era todo en todo el Señor Jesucristo desde el comienzo. Según la interpretación del evangelio estas cosas son una representación gloriosa de la sabiduría de Dios y confirman la fe en quien fue prefigurado por ellas.

Vv. 6—10. El apóstol sigue hablando de los servicios del Antiguo Testamento. Al haberse propuesto Cristo ser nuestro Sumo Sacerdote, no podía entrar en el cielo hasta derramar su sangre por nosotros; y tampoco nadie puede entrar a la bondadosa presencia de Dios aquí, o a su gloriosa presencia en el más allá, sino por la sangre de Jesús. Los pecados son errores, errores enormes de juicio y de práctica, y ¿quién puede entender todos sus errores? Ellos dejan la culpa en la conciencia, que hay que lavar sólo por la sangre de Cristo. Podemos usar como argumento esta sangre en la tierra mientras Él intercede por nosotros en el cielo. —Unos pocos creyentes por la enseñanza divina vieron algo del camino de acceso a Dios, de la comunión con Él y de la admisión al cielo por medio del Redentor prometido; pero los israelitas en general no vieron más allá de las formas externas. Estas no podían terminar la corrupción ni el dominio del pecado. Tampoco podían saldar las deudas ni resolver las dudas del que hacía el servicio. Los tiempos del evangelio son, y deben ser, tiempos de reforma, de luz más clara acerca de todas las cosas necesarias que hay que saber, y de amor más grande, haciendo que no tengamos mala voluntad a nadie, y buena voluntad para todos. Tenemos mayor libertad de espíritu y de hablar en el evangelio y obligaciones mayores de llevar una vida más santa.

Vv. 11—14. Todas las cosas buenas pasadas, presentes y futuras estuvieron y están fundamentadas en el oficio sacerdotal de Cristo y de ahí nos vienen. Nuestro Sumo Sacerdote entró al cielo de una sola vez por todas y obtuvo la eterna redención. El Espíritu Santo significó y mostró después que los sacrificios del Antiguo Testamento sólo liberaban al hombre externo de la inmundicia ceremonial, y los equipaba para algunos privilegios externos. ¿Qué dio tal poder a la sangre de Cristo? Fue que Cristo se ofrendó a sí mismo sin ninguna mancha pecaminosa en su naturaleza o vida. Esto limpia la conciencia más culpable de las obras muertas o mortales para servir al Dios vivo; de las obras pecadoras, como las que contaminan el alma, como los cuerpos muertos contaminaban a las personas de los judíos que los tocaban; en cambio, la gracia que sella el perdón crea de nuevo al alma contaminada. Nada destruye más la fe del evangelio que debilitar por cualquier medio el poder directo de la sangre de Cristo. No podemos penetrar en la profundidad del misterio del sacrificio de Cristo, no podemos aprehender su altura. No podemos indagar en su grandeza ni la sabiduría, el amor, y la gracia que hay en Él. Pero al considerar el sacrificio de Cristo, la fe encuentra vida, alimento y renovación.

Vv. 15—22. Los tratos solemnes de Dios con el hombre son, a veces, llamados pacto, aquí testamento, que es la voluntad de una persona de dejar legado a las personas que nombra, y que sólo se hace efectivo a su muerte. Así, pues, Cristo murió no sólo para obtener las bendiciones de la salvación para nosotros, sino para dar poder a su disposición. Todos nos hicimos culpables ante Dios, por el pecado, y renunciamos a toda cosa buena, pero Dios, dispuesto a demostrar la grandeza de su misericordia, proclamó un pacto de gracia. Nada podía ser limpio para un pecador, ni siquiera sus deberes religiosos salvo que fuera quitada su culpa por la muerte de un sacrificio, de valor suficiente para ese fin, y a menos, que dependiera continuamente de ello. Atribuyamos todas las verdaderas buenas obras a la misma causa que todo lo procura, y ofrezcamos nuestros sacrificios espirituales como rociados con la sangre de Cristo, y seamos así purificados de su contaminación.

Vv. 23—28. Evidente es que los sacrificios de Cristo son infinitamente mejores que los de la ley, que no podían procurar el perdón por el pecado ni impartir poder contra el pecado que hubiera seguido sobre nosotros, y hubiera tenido dominio de nosotros, pero Jesucristo, por un sacrificio,

destruyó las obras del diablo, para que los creyentes fuesen hechos justos, santos y felices. Como ninguna sabiduría, conocimiento, virtud, riqueza o poder puede impedir que muera uno de la raza humana, así nada puede librar a un pecador de ser condenado en el día del juicio, salvo el sacrificio expiatorio de Cristo; ni tampoco será salvado del castigo eterno aquel que desprecie o rechace esta gran salvación. —El creyente sabe que su Redentor vive y que lo verá. Aquí está la fe y la paciencia de la Iglesia, de todos los creyentes sinceros. De ahí, pues, su oración continua como fruto y expresión de la fe de ellos. Amén, así sea, ven, Señor Jesús.

CAPÍTULO X

Versículos 1—18. *La insuficiencia de los sacrificios para quitar el pecado.—La necesidad y el poder del sacrificio de Cristo con ese propósito.* 19—25. *Un argumento a favor de la santa osadía del acceso del creyente a Dios a través de Jesucristo.—La constancia de la fe, el amor y el deber mutuos.* 26—31. *El peligro de la apostasía.* 32—39. *Los sufrimientos de los creyentes, y la exhortación a mantener su santa profesión.*

Vv. 1—10. Habiendo mostrado que el tabernáculo y las ordenanzas del pacto del Sinaí eran solamente emblemas y tipos del evangelio, el apóstol concluye que los sacrificios que los sumos sacerdotes ofrecían continuamente no podían perfeccionar a los adoradores en cuanto al perdón y la purificación de sus conciencias, pero cuando “Dios manifestado en carne” se hizo sacrificio, y el rescate fue su muerte en el madero maldito, entonces, por ser de infinito valor el que sufrió, sus sufrimientos voluntarios fueron de infinito valor. El sacrificio expiatorio debe ser capaz de consentimiento, y debe ponerse por propia voluntad en el lugar del pecador: Cristo hizo así. La fuente de todo eso que Cristo ha hecho por su pueblo es la soberana voluntad y gracia de Dios. La justicia introducida y el sacrificio ofrendado una sola vez por Cristo son de poder eterno, y su salvación nunca será quitada. Son de poder para hacer perfectos a todos los que vengan a Él; ellos sacan de la sangre expiatoria la fuerza y los motivos para obedecer y para el consuelo interior.

Vv. 11—18. Bajo el nuevo pacto o la dispensación del evangelio, se tiene perdón pleno y definitivo. Esto significa una enorme diferencia del pacto nuevo respecto del antiguo. En el *antiguo* debían repetirse a menudo los sacrificios, y después de todo, se obtenía por ellos perdón sólo en este mundo. Bajo el *nuevo*, basta con un solo Sacrificio para procurar el perdón espiritual de todas las naciones y todas las eras, o para ser librado del castigo en el mundo venidero. Bien se puede llamar pacto *nuevo* a este. Que nadie suponga que las invenciones humanas pueden valer de algo para quienes los pongan en lugar del sacrificio del Hijo de Dios. ¿Qué queda entonces sino que busquemos un interés por fe en este Sacrificio; y el sello de ello en nuestras almas por la santificación del Espíritu para obediencia? Así que, como la ley está escrita en nuestros corazones, podemos saber que somos justificados, y que Dios no recordará más nuestros pecados.

* * * * *

Vv. 19—25. Habiendo terminado la primera parte de la epístola, el apóstol aplica la doctrina a propósitos prácticos. Como los creyentes tenían el camino abierto a la presencia de Dios, entonces les convenía usar este privilegio. El camino y los medios por los cuales los cristianos disfrutaban de estos privilegios pasa por la sangre de Jesús, por el mérito de esa sangre que Él ofrendó como sacrificio expiatorio. El acuerdo de la santidad infinita con la misericordia que perdona, no se entendió claramente hasta que la naturaleza humana de Cristo, el Hijo de Dios, fue herida y molida por nuestros pecados. Nuestro camino al cielo pasa por el Salvador crucificado; su muerte es para

nosotros el camino de vida y para los que creen esto, Él es precioso. Deben acercarse a Dios; sería despreciar a Cristo seguir de lejos. —Sus cuerpos tenían que ser lavados con agua pura, aludiendo a los lavamientos ordenados por la ley: de esta manera, el uso del agua en el bautismo era para recordar a los cristianos que sus conductas deben ser puras y santas. Como ellos derivan consuelo y gracia de su Padre reconciliado a sus propias almas, adornan la doctrina de Dios su Salvador en todas las cosas. —Los creyentes tienen que considerar cómo pueden servirse los unos a los otros, especialmente estimulándose unos a otros al ejercicio más vigoroso y abundante del amor, y a la práctica de las buenas obras. La comunión de los santos es una gran ayuda y privilegio, y un medio de constancia y perseverancia. Debemos observar la llegada de tiempos de prueba, y por ellos ser despertados a una mayor diligencia. Hay un día de prueba que viene para todos los hombres: el día de nuestra muerte.

Vv. 26—31. Las exhortaciones contra la apostasía y a favor de la perseverancia son enfatizadas por muchas razones de peso. El pecado aquí mencionado es la falla total y definitiva en que los hombres desprecian y rechazan, con voluntad y resolución total y firme, a Cristo el único Salvador; desprecian y resisten al Espíritu, el único Santificador; y desprecian y renuncian al evangelio, el único camino a la salvación, y las palabras de vida eterna. De esta destrucción Dios da, todavía en la tierra, un aviso previo temible a las conciencias de algunos pecadores, que pierden la esperanza de ser capaces de soportarla o de escaparse de ella. Pero ¿qué castigo puede ser más doloroso que morir *sin* misericordia? Respondemos, morir *por* misericordia, *por* la misericordia y la gracia que ellos despreciaron. ¡Qué temible es el caso cuando no sólo la justicia de Dios, sino su gracia y misericordia, abusadas, claman venganza! Todo esto no significa en lo más mínimo que queden excluidas de la misericordia las almas que se lamentan por el pecado, o que se les niegue el beneficio del sacrificio de Cristo a alguien dispuesto a aceptar estas bendiciones. Cristo no echará fuera al que acuda a Él.

Vv. 32—39. Muchas y variadas aflicciones se conjugaron contra los primeros cristianos y ellos tuvieron gran conflicto. El espíritu cristiano no es un espíritu egoísta; nos lleva a compadecer al prójimo, a visitarles, ayudarles y rogar por ellos. —Aquí todas las cosas no son sino sombras. La felicidad de los santos durará para siempre en el cielo; los enemigos nunca pueden quitarla, como los bienes terrenales. Esto hará rica restauración por todo lo que perdimos y sufrimos aquí. La parte más grande de la dicha de los santos está todavía en la promesa. Es una prueba de la paciencia de los cristianos tener que contentarse con vivir después que su obra esté hecha, y seguir en pos de su recompensa hasta que llegue el tiempo de Dios para darla. Pronto Él vendrá a ellos, en la muerte, para terminar todos sus sufrimientos y darles la corona de vida. El actual conflicto del cristiano puede ser agudo, pero pronto terminará. Dios nunca se complace con la profesión formal y los deberes y servicios externos de los que no perseveran, sino que los contempla con mucho desagrado. Los que han sido mantenidos fieles en las grandes pruebas del tiempo pasado, tienen razón para esperar que la misma gracia les ayude aún a vivir por fe hasta que reciban el objetivo de su fe y paciencia, la salvación misma de sus almas. Viviendo por fe y muriendo por fe nuestras almas están a salvo para siempre.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—3. *Se describe la naturaleza y el poder de la fe.* 4—7. *Se la establece por los casos desde Abel a Noé.* 8—19. *Por Abraham y sus descendientes.* 20—31. *Por Jacob, José, Moisés, los israelitas y Rahab.* 32—38. *Por otros creyentes del Antiguo Testamento.* 39, 40. *La mejor situación de los creyentes del evangelio.*

Vv. 1—3. La fe siempre ha sido la marca de los siervos de Dios desde el comienzo del mundo. Donde el Espíritu regenerador de Dios implanta el principio, hará que se reciba la verdad acerca de

la justificación por medio de los sufrimientos y los méritos de Cristo. Las mismas cosas que son el objeto de nuestra esperanza son el objeto de nuestra fe. Es una firme persuasión y expectativa de que Dios cumplirá todo lo que nos ha prometido en Cristo. Este convencimiento da al alma el goce de esas cosas ahora; les da una subsistencia o realidad en el alma por las primicias y anticipo de ellas. La fe demuestra a la mente la realidad de las cosas que no se pueden ver con los ojos del cuerpo. Es la plena demostración de todo lo revelado por Dios como santo, justo y bueno. Este enfoque de la fe se explica mediante el ejemplo de muchas personas de tiempos pasados que obtuvieron buen testimonio o un carácter honorable en la palabra de Dios. La fe fue el principio de su santa obediencia, sus servicios notables y sufrimientos pacientes. —La Biblia da el relato más veraz y exacto de todas las cosas y tenemos que creerlos sin discutir el relato de la creación que dan las Escrituras, porque no corresponda con las fantasías divergentes de los hombres. Todo lo que vemos de las obras de la creación fueron llevadas a cabo por orden de Dios.

Vv. 4—7. Aquí siguen algunos ejemplos ilustres de fe de gente del Antiguo Testamento. Abel trajo un sacrificio expiatorio de las primicias del rebaño, reconociéndose como pecador que merecía morir y esperando misericordia sólo por medio del gran Sacrificio. La ira y enemistad orgullosa de Caín contra el aceptado adorador de Dios, condujeron al espantoso efecto que los mismos principios producen en toda época: la persecución cruel y hasta el asesinato de los creyentes. Por fe Abel habla todavía, aunque está muerto; dejó un ejemplo instructivo y elocuente. —Enoc fue trasladado o transportado, porque no vio muerte; Dios lo llevó al cielo como hará Cristo con los santos que estén vivos en su segunda venida. No podemos ir a Dios a menos que creamos que Él es lo que Él mismo ha revelado ser en las Escrituras. Los que desean hallar a Dios, deben buscarlo con todo su corazón. —La fe de Noé influyó en su práctica: lo llevó a preparar el arca. Su fe condenó la incredulidad de los demás; y su obediencia condenó el desprecio y la rebelión de ellos. Los buenos ejemplos convierten a los pecadores o los condenan. Esto muestra cómo los creyentes, estando advertidos por Dios que huyan de la ira venidera, son movidos por el temor, a refugiarse en Cristo y llegan a ser herederos de la justicia de la fe.

Vv. 8—19. A menudo somos llamados a dejar las conexiones, los intereses y las comodidades del mundo. Si somos herederos de la fe de Abraham debemos obedecer y seguir adelante aunque no sepamos qué nos pasará; y seremos hallados en el camino del deber buscando el cumplimiento de las promesas de Dios. La prueba de la fe de Abraham fue que él simplemente obedeciera con plenitud el llamado de Dios. Sara recibió la promesa como promesa de Dios; estando convencida de aquello, ella juzgaba verdaderamente que él podría y querría cumplir. —Muchos que tienen parte en las promesas no reciben pronto las cosas prometidas. La fe puede aferrarse a las bendiciones desde una gran distancia; puede hacerlas presentes; puede amarlas y regocijarse en ellas, aunque sean extrañas; como santos cuyo hogar es el cielo; como peregrinos que viajan hacia su hogar. Por fe ellos vencieron los terrores de la muerte y dieron un adiós jubiloso a este mundo y a todos sus beneficios y cruces. Los que una vez fueron llamados y sacados, verdadera y salvíficamente, del estado pecaminoso, no se interesan por retornar. Todos los creyentes verdaderos desean la herencia celestial; y mientras más fuerte sea la fe, más fervientes serán sus deseos. A pesar de la maldad de su naturaleza, de su vileza por el pecado y de la pobreza de su condición externa, Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de todos los creyentes verdaderos; tal es su misericordia, tal es su amor por ellos. Que ellos nunca se avergüencen de ser llamados su pueblo, ni de ninguno de los que son verdaderamente así, por más que sean despreciados en el mundo. Por sobre todo, que ellos se cuiden de no ser una vergüenza ni reproche para su Dios. —La prueba y acto más grandiosos de fe registrado, es Abraham que ofrece a Isaac, Génesis xxii, 2. Ahí toda palabra es una prueba. Nuestro deber es eliminar nuestras dudas y temores mirando, como hizo Abraham, al poder omnipotente de Dios. La mejor forma de disfrutar de nuestras bendiciones es darlas a Dios; entonces Él nos devolverá en la mejor forma para nosotros. Miremos hasta qué punto nuestra fe ha causado una obediencia semejante, cuando hemos sido llamados a actos menores de abnegación o a hacer sacrificios más pequeños en nuestro deber. ¿Hemos entregado lo que se nos pidió, creyendo plenamente que el Señor compensará todas nuestras pérdidas y hasta nos bendecirá con las

dispensaciones más aflictivas?

Vv. 20—31. Isaac bendijo a Jacob y Esaú respecto a cosas venideras. Las cosas presentes no son las mejores; nadie conoce el amor o el odio teniéndolos o queriéndolos. Jacob vivió por fe y murió *por fe y en fe*. Aunque la gracia de la fe siempre sirve durante toda nuestra vida, especialmente es así cuando nos toca morir. La fe tiene una gran obra que hacer al final para ayudar al creyente a morir para el Señor, dándole honra a Él con paciencia, esperanza y gozo. —José fue probado por las tentaciones a pecar, por la persecución para mantener su integridad, y fue probado por los honores y el poder en la corte de faraón, pero su fe superó todo eso. —Es gran misericordia estar libres de las leyes y edictos malos, pero cuando no lo estemos, debemos recurrir a todos los medios legales para nuestra seguridad. En esta fe de los padres de Moisés había una mezcla de incredulidad, pero agradó a Dios pasarla por alto. La fe da fuerzas contra el temor pecador y esclavizante a los hombres; pone a Dios ante el alma, muestra la vanidad de la criatura y todo eso que debe dar lugar a la voluntad y al poder de Dios. Los placeres del pecado son y serán cortos; deben terminar en pronto arrepentimiento o en pronta ruina. Los placeres de este mundo son en su mayoría deleites de pecado; siempre lo son cuando no podemos disfrutarlos sin apartarnos de Dios y de su pueblo. Es mejor optar por sufrir, que por pecar; hay más mal en el pecado menor, de lo que puede haber en el mayor sufrimiento. El pueblo de Dios es, y siempre ha sido, un pueblo vituperado. El mismo Cristo se cuenta como vituperado en sus oprobios, y de ese modo los vituperios llegan a ser riqueza más grandes que los tesoros del imperio más rico del mundo. Moisés hizo su elección cuando estaba maduro para juicio y deleite, capaz de saber lo que hacía y por qué lo hacía. Necesario es que las personas sean seriamente religiosas, que desprecien al mundo cuando sean más capaces de deleitarse en él y de disfrutarlo. Los creyentes pueden y deben respetar la recompensa del premio. —Por fe podemos estar totalmente seguros de la providencia de Dios y de su graciosa y poderosa presencia con nosotros. Tal vista de Dios capacitará a los creyentes para soportar hasta el fin, sea lo que fuere que hallen en el camino. No se debe a nuestra propia justicia ni a mejores logros que seamos salvados de la ira de Dios, sino a la sangre de Cristo y a su justicia imputada. La fe verdadera hace que el pecado sea amargo para el alma, aunque reciba el perdón y la expiación. Todos nuestros privilegios espirituales en la tierra debieran estimularnos en nuestro camino al cielo. El Señor hará caer hasta a Babilonia ante la fe de su pueblo, y cuando tiene algo grande que hacer por ellos, suscita una fe grande y fuerte en ellos. —El creyente verdadero desea no sólo estar en pacto con Dios, sino en comunión con el pueblo de Dios, y está dispuesto a echar con ellos su suerte. Rahab se declaró por sus obras como justa. Se manifiesta claramente que ella no fue justificada por sus obras, porque la obra que ella hizo era defectuosa en su manera y no era perfectamente buena, por tanto, no respondía a la perfecta justicia o rectitud de Dios.

Vv. 32—38. Después de todo nuestro escudriñar las Escrituras, hay más que aprender de ellas. Debiera complacernos pensar cuán grande fue el número de los creyentes del Antiguo Testamento, y cuán firme era su fe, aunque su objeto no estaba, entonces, tan claramente dados a conocer como ahora. Debemos lamentar que ahora, en los tiempos del evangelio, cuando la regla de la fe es más clara y perfecta, sea tan pequeño el número de los creyentes y tan débil su fe. Es la excelencia de la gracia de la fe, que mientras ayuda a los hombres a hacer grandes cosas, como Gedeón, les impide pensar cosas grandes y elevadas acerca de sí mismos. La fe, como la de Barac, recurre a Dios en todos los peligros y dificultades, y entonces responde agradecida a Dios por todas sus misericordias y liberaciones. —Por fe, los siervos de Dios vencerán aun al león rugiente que anda viendo a quien devorar. La fe de los creyentes dura hasta el final, y al morir, le da la victoria sobre la muerte y sobre todos sus enemigos mortales, como a Sansón. La gracia de Dios suele fijarse sobre personas totalmente inmerecedoras, y muy poco merecedoras para hacer grandes cosas por ellos y para ellos. Pero la gracia de la fe, dondequiera que esté, pondrá a los hombres a reconocer a Dios en todos sus caminos, como a Jefe. Hará osados y valerosos a los hombres en una causa buena. Pocos se hallaron con pruebas más grandes, pocos mostraron una fe más viva que David, y él dejó un testimonio en cuanto a las pruebas y los actos de fe en el libro de los Salmos, que ha sido y siempre será de gran valor para el pueblo de Dios. Probablemente los que van a crecer para distinguirse por

su fe, empiecen a veces a ejercerla como Samuel. La fe capacitará al hombre para servir a Dios y a su generación en toda forma en que pudiera ser empleada. —Los intereses y los poderes de los reyes y los reinos suelen oponerse a Dios y a su pueblo, pero Dios puede someter fácilmente a todos los que se pongan en contra. Obrar justicia es honor y dicha más grande que hacer milagros. Por fe tenemos el consuelo de las promesas y por fe somos preparados a esperar las promesas y a recibirlas a su debido tiempo. Aunque no esperemos ver que nuestros parientes o amigos muertos son restaurados a la vida en este mundo, de todos modos la fe nos sostendrá al perderlos y nos dirigirá a la esperanza de una resurrección mejor. —¿Nos sorprenderemos más por la maldad de la naturaleza humana que es capaz de crueldades tan espantosas con sus congéneres, o con la excelencia de la gracia divina que es capaz de sostener al fiel sometido a esas crueldades y hacerlos pasar a salvo por todas ellas? ¡Qué diferencia hay entre el juicio de Dios a un santo y el del hombre! El mundo no es digno de los santos perseguidos e injuriados a quienes sus perseguidores reconocieron como indignos de vivir. No son dignos de su compañía, ejemplo, consejo y otros beneficios. Porque ellos no sabían qué es un santo ni el valor de un santo, ni cómo usarlo; ellos odian y echan lejos a los tales, como hace con la ofrenda de Cristo y su gracia.

Vv. 39, 40. El mundo considera que los justos no son dignos de vivir en el mundo y Dios declara que el mundo no es digno de ellos. Aunque el justo y el mundo difieran ampliamente en su juicio, concuerdan en esto: que no es apropiado que los hombres buenos tengan reposo en este mundo. Por tanto, Dios los recibe fuera de este. El apóstol dice a los hebreos que Dios proveyó cosas mejores *para* ellos, por tanto, deben estar seguros que él esperaba cosas buenas *de* ellos. Como nuestras ventajas, con las cosas mejores que Dios ha provisto para nosotros, están mucho más allá de las de ellos, así debe ser más grande nuestra obediencia por fe, nuestra paciencia esperanzada y nuestro trabajo de amor. A menos que tengamos una fe verdadera como tenían estos creyentes, ellos se levantarán para condenarnos en el día postrero. Entonces, oremos continuamente por el aumento de nuestra fe, para que podamos seguir estos ejemplos brillantes y con ellos ser, a la larga, perfeccionados en santidad y felicidad, y brillar como el sol en el reino de nuestro Padre para siempre jamás.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *Exhortación a ser constante y perseverar—Se presenta el ejemplo de Cristo, y el designio de la gracia de Dios en todos los sufrimientos que soportan los creyentes.* 12—17. *Se recomiendan la paz y la santidad con advertencia contra el desprecio de las bendiciones espirituales.* 18—29. *La dispensación del Nuevo Testamento es demostrada como más excelente que la del Antiguo Testamento.*

Vv. 1—11. La obediencia perseverante por fe en Cristo era la carrera puesta ante los hebreos en la cual debían ganar la corona de gloria o tener la miseria eterna como su porción; se nos expone. Por el pecado que tan fácilmente nos asedia, entendamos que el pecado es a lo que más nos inclinamos, a lo cual estamos más expuestos, por costumbre, edad o circunstancias. Esta es una exhortación de suma importancia, porque mientras permanezca sin ser subyugado el pecado favorito, sea cual sea, de un hombre, le impedirá correr la carrera cristiana, porque le quita toda motivación para correr y da entrada al desaliento más completo. —Cuando estén agotados y débiles en sus mentes, recuerden que el santo Jesús sufrió para salvarlos de la desgracia eterna. Mirando fijamente a Jesús, sus pensamientos fortalecerán santos afectos y subyugarán los deseos carnales; entonces, pensemos frecuentemente en Él. ¿Qué son nuestras pequeñas pruebas comparadas con sus agonías o siquiera con nuestras desolaciones? ¿Qué son en comparación con los sufrimientos de tantos otros? Hay en los creyentes una inclinación a agotarse y debilitarse cuando son sometidos a pruebas y aflicciones; esto es por la imperfección de sus virtudes y los vestigios de la corrupción. Los cristianos no deben

desmayar bajo sus pruebas. Aunque sus enemigos y perseguidores sean instrumentos para infligir sufrimientos, son de todos modos, disciplina divina; su Padre celestial tiene su mano en todo y su fin sabio es responder por todo. No deben tomar con liviandad sus aflicciones ni entristecerse bajo ellas, porque son la mano y la vara de Dios, su reprimenda por el pecado. No deben deprimirse ni hundirse bajo las pruebas, afanarse ni irritarse, sino soportar con fe y paciencia. Dios puede dejar solos a los demás en sus pecados, pero corregirá el pecado en sus propios hijos. Actúa en esto como corresponde a un padre. Nuestros padres terrenales nos castigan a veces para satisfacer sus propias pasiones más que para reformar nuestros modales. Pero el Padre de nuestras almas nunca quiere apenar ni afligir a sus hijos. Siempre es para nuestro provecho. Toda nuestra vida aquí es un estado infantil e imperfecto en cuanto a las cosas espirituales; por tanto, debemos someternos a la disciplina de tal estado. Cuando llegemos al estado perfecto estaremos plenamente reconciliados con todas las disciplinas presentes de Dios para con nosotros. La corrección de Dios no es condenación; el castigo puede ser soportado con paciencia y fomenta grandemente la santidad. Entonces, aprendamos a considerar las aflicciones que nos acarrea la maldad de los hombres como correcciones enviadas por nuestro bondadoso y santo Padre para nuestro bien espiritual.

Vv. 12—17. Una carga aflictiva puede hacer que se caigan las manos del cristiano y que sus rodillas se debiliten, en desesperación y desaliento; pero debe luchar contra esto para correr mejor su carrera. La fe y la paciencia capacitan a los creyentes para seguir la paz y la santidad como un hombre que sigue su vocación constante, diligentemente y con placer. La paz con los hombres, de todas las sectas y partidos, será favorable para nuestra búsqueda de la santidad. Pero la paz y la santidad van juntas, no puede haber paz justa sin santidad. Donde las personas no logran tener la gracia verdadera de Dios, prevalecerá e irrumpirá la corrupción; tened cuidado, no sea que alguna concupiscencia del corazón sin mortificar, que parezca muerta, brote para perturbar y trastornar a todo el cuerpo. —Descarriarse de Cristo es el fruto de preferir los placeres de la carne a la bendición de Dios, y a la herencia celestial, como hizo Esaú. Pero los pecadores no siempre tendrán pensamientos tan viles de la bendición y la herencia divina como los tienen ahora. Concuerta con la disposición profana del hombre desear la bendición, pero despreciar los medios por los cuales debe obtenerse la bendición, porque Dios nunca separa la bendición del medio, ni une la bendición con la satisfacción de la lujuria del hombre. La misericordia de Dios y su bendición nunca se buscan con cuidado sin obtenerse.

Vv. 18—29. El monte Sinaí, donde fue formada la iglesia del estado judío, era un monte que podía ser tocado aunque estaba prohibido hacerlo, lugar que podía sentirse, así que la dispensación mosaica fue en gran parte de cosas externas y terrenales. El estado del evangelio es amable y condescendiente, adecuado para nuestra débil constitución. Todos podemos ir con franqueza a la presencia de Dios si estamos bajo el evangelio. Pero el más santo debe desesperar, si es juzgado por la santa ley dada en el Sinaí sin tener un Salvador. La iglesia del evangelio es llamada Monte Sion, porque allí los creyentes tienen una visión más clara del cielo y un temperamento más celestial del alma. Todos los hijos de Dios son herederos y cada uno tiene los privilegios del primogénito. Pareciera haberse equivocado de camino, lugar, estado y compañía el alma que supone que va a unirse en lo alto a esa gloriosa asamblea e iglesia, pero sin estar aún familiarizada con Dios, siguiendo orientada carnalmente, amando este mundo actual y el presente estado de las cosas, mirando atrás con ojo anheloso, llena de soberbia y culpa, llena de lujurias. Sería incómodo para ella y para los que la rodean. —Cristo es el Mediador del nuevo pacto entre Dios y el hombre, para reunirlos en este pacto; para mantenerlos juntos; para interceder por nosotros ante Dios, y por Dios ante nosotros; para finalmente reunir a Dios y su pueblo en el cielo. Este pacto está afirmado por la sangre de Cristo rociada sobre nuestras conciencias como era rociada la sangre del sacrificio sobre el altar y sobre la víctima. Esta sangre de Cristo habla por cuenta de los pecadores; ruega no por venganza, sino por misericordia. —Entonces, cuidaos de no rechazar su bondadoso llamado y su oferta de salvación. Cuidaos de no rechazar al que habla desde el cielo con infinita ternura y amor; porque ¿cómo podrían escapar los que rechazan a Dios con incredulidad o apostasía, mientras Él con tanta bondad les ruega que se reconcilien y reciban su favor eterno! El trato de Dios con los

hombres, bajo el evangelio, en un camino de gracia, nos asegura que tratará con los que desprecian el evangelio en un camino de juicio. No podemos adorar a Dios en forma aceptable a menos que le adoremos con reverencia y santo temor. Sólo la gracia de Dios nos capacita para adorar rectamente a Dios. Él es el mismo Dios justo y recto en el evangelio que en la ley. La herencia de los creyentes les está asegurada; y todas las cosas correspondientes a la salvación son dadas gratuitamente como respuesta a la oración. Busquemos la gracia para que podamos servir a Dios con reverencia y santo temor.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—6. *Exhortaciones a diversos deberes y a estar contentos con lo que asigna la providencia.* 7—15. *A respetar las instrucciones de los pastores fieles, con advertencia contra de ser descarriados por doctrinas extrañas.* 16—21. *Más exhortaciones a los deberes que se relacionan con Dios, nuestro prójimo y los que están en autoridad sobre nosotros en el Señor.* 22—25. *Esta epístola es para ser considerada con toda seriedad.*

Vv. 1—6. El designio de Cristo al darse por nosotros, es adquirir un pueblo peculiar, celoso de buenas obras; la religión verdadera es el lazo de amistad más firme. Estas son algunas serias exhortaciones a diversos deberes cristianos, especialmente el contentamiento. El pecado opuesto a esta gracia y deber es la codicia, un deseo excesivamente apasionado de la riqueza de este mundo, unido a la envidia hacia los que tienen más que nosotros. Teniendo tesoros en el cielo podemos estar contentos con las pocas cosas de aquí. Los que no pueden estar así, no estarán contentos aunque Dios mejore su situación. Adán estaba en el paraíso, pero no estaba contento; algunos ángeles no estaban contentos en el cielo, pero el apóstol Pablo, aunque humillado y vacío, había aprendido a estar contento en todo estado, en cualquier estado. Los cristianos tienen razón para estar contentos con su suerte actual. Esta promesa contiene la suma y la sustancia de todas las promesas: “No te desampararé ni te dejaré”. En el lenguaje original hay no menos de cinco negativas juntas para confirmar la promesa: el creyente verdadero tendrá la presencia bondadosa de Dios consigo en la vida, en la muerte, y por siempre. Los hombres no pueden hacer nada contra Dios, y Dios puede hacer que resulte para bien todo lo que los hombres hacen contra su pueblo.

Vv. 7—15. Las instrucciones y el ejemplo de los ministros que terminaron sus testimonios en forma honorable y consoladora, deben ser recordadas en particular por los que les sobreviven. Aunque algunos de sus ministros estaban muertos, otros moribundos, aun así la gran Cabeza, y Sumo Sacerdote de la Iglesia, el Obispo de sus almas, vive siempre y siempre es el mismo. Cristo es el mismo de la época del Antiguo Testamento y del evangelio, y siempre será así para su pueblo: igualmente misericordioso, poderoso y absolutamente suficiente. Él aún llena al hambriento, alienta al tembloroso y da la bienvenida a los pecadores arrepentidos; aún rechaza al soberbio y al de la justicia propia, aborrece la pura confesión y enseña a todos los que salva, a amar la justicia y a odiar la iniquidad. —Los creyentes deben procurar que sus corazones estén establecidos por el Espíritu Santo en una dependencia simple de la libre gracia, que consolará sus corazones y los hará resistentes al engaño. —Cristo es nuestro Altar y nuestro Sacrificio; Él santifica el don. La cena del Señor es la fiesta de la pascua del evangelio. —Habiendo mostrado que mantener la ley levítica conforme a sus propias reglas, impediría que los hombres fueran al altar de Cristo, el apóstol agrega: Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, fuera de la ley ceremonial, del pecado, del mundo y de nosotros mismos. Viviendo por fe en Cristo, apartados para Dios por medio de su sangre, separémonos voluntariamente de este mundo malo. El pecado, los pecadores, la muerte no dejarán que continuemos aquí por mucho tiempo más; por tanto, salgamos ahora por fe y busquemos en Cristo el reposo y la paz que este mundo no nos puede proporcionar. Llevemos nuestros sacrificios a este altar y a este nuestro Sumo Sacerdote, y ofrezcámoslo por su intermedio.

Siempre debemos ofrecer el sacrificio de alabanza a Dios. En estos se cuentan la alabanza, la oración y la acción de gracias.

Vv. 16—21. Conforme a lo que podamos, tenemos que dar para las necesidades de las almas y de los cuerpos de los hombres: Dios aceptará estas ofrendas con agrado, y aceptará y bendecirá a los que ofrendan por medio de Cristo. —El apóstol expresa en seguida cual es el deber de ellos para con los ministros vivos: obedecerles y someterse a ellos en la medida que sea conforme a la idea y voluntad de Dios dadas a conocer en su palabra. Los cristianos no deben pensar que saben demasiado, que son demasiado buenos o demasiado grandes para aprender. El pueblo debe escudriñar las Escrituras, y en la medida que los ministros enseñen conforme a esa regla, deben recibir sus instrucciones como palabra de Dios que obra en los que creen. Interesa a los oyentes que la cuenta que sus ministros den de sí mismos sea con gozo y no con tristeza. Los ministros fieles entregarán sus propias almas, porque la ruina de un pueblo infiel y estéril recaerá sobre sus propias cabezas. —Mientras el pueblo ore con más fervor por sus ministros, más beneficio pueden esperar de su ministerio. La buena conciencia respeta todos los mandamientos de Dios y todo nuestro deber. Los que tienen esta buena conciencia necesitan, sin embargo, las oraciones de los demás. Cuando los ministros van a un pueblo que ora por ellos, van con mayor satisfacción para sí y éxito para el pueblo. Debemos procurar con oración todas nuestras misericordias. —Dios es el Dios de paz, completamente reconciliado a los creyentes; Él ha abierto camino a la paz y la reconciliación de sí con los pecadores, y que ama la paz en la tierra, especialmente en sus iglesias. Él es el Autor de la paz espiritual en los corazones y las conciencias de su pueblo. —¡Qué pacto más firme es aquel que tiene su fundamento en la sangre del Hijo de Dios! El perfeccionamiento de los santos en toda buena obra es la gran cosa deseada por y para ellos; y que ellos puedan ser, en el largo plazo, equipados para el empleo y la dicha del cielo. No hay cosa buena obrada en nosotros que no sea la obra de Dios. Nada bueno obra Dios en nosotros sino por medio de Cristo por amor a Él y a su Espíritu.

Vv. 22—25. Tan malos son los hombres, aun los creyentes, por los restos de su corrupción, que necesitan que se les estimule y se les exhorte a oír cuando se les entrega la doctrina más importante y consoladora, para su propio bien, y con las pruebas más convincentes, para que la reciban y no se descaminen con ella, la descuiden o la rechacen. —Bueno es que la ley del amor santo y la bondad sea escrita en los corazones de los cristianos, los unos a los otros. La religión enseña el civismo verdadero y la buena crianza a los hombres. No es de temperamento malo ni descortés. Que el favor de Dios esté con vosotros y que su gracia obre continuamente en vosotros y con vosotros, dando los frutos de la santidad como las primicias de la gloria.

SANTIAGO

La epístola de Santiago es uno de los escritos más instructivos del Nuevo Testamento. Dirigida principalmente contra errores particulares de la época producidos entre los cristianos judíos, no contiene las mismas declaraciones doctrinales completas de las otras epístolas, pero presenta un admirable resumen de los deberes prácticos de todos los creyentes. Aquí están manifestadas las verdades principales del cristianismo, y al considerárselas con atención, se verá que coinciden por entero con las declaraciones de San Pablo acerca de la gracia y la justificación, abundando al mismo tiempo en serias exhortaciones a la paciencia de la esperanza y la obediencia de la fe y el amor, mezcladas con advertencias, reprensiones y exhortaciones conforme a los caracteres tratados. Las

verdades aquí expuestas son muy serias y es necesario que se sostengan y se observen en todo tiempo las reglas para su práctica. En Cristo no hay ramas muertas o sin savia, la fe no es una gracia ociosa; dondequiera que esté, lleva fruto en obras.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *Cómo recurrir a Dios en los problemas y cómo comportarse en las circunstancias prósperas y adversas.* 12—18. *Considerar que todo mal procede de nosotros, y todo bien viene de Dios.* 19—21. *El deber de vigilar contra el temperamento ligero y el de recibir con mansedumbre la palabra de Dios.* 22—25. *El deber de vivir conforme a eso.* 26, 27. *La diferencia entre las pretensiones vanas y la verdadera religión.*

Vv. 1-11. El cristianismo enseña a los hombres a estar gozosos en las tribulaciones; tales ejercicios vienen del amor de Dios; y las pruebas del camino del deber darán lustre a nuestras virtudes ahora y a nuestra corona al final. En los tiempos de prueba preocupémonos que la paciencia actúe en nosotros, y no la pasión; lo que se diga o haga, sea la paciencia la que lo diga y haga. Todo lo necesario para nuestra carrera y guerra cristiana será otorgada cuando la obra de la paciencia esté completa. No debemos orar pidiendo que la aflicción sea eliminada, tanto como pidiendo sabiduría para usarla correctamente. ¿Y quién no quiere sabiduría para que lo guíe en las pruebas, regulando su propio espíritu y administrando sus asuntos? He aquí algo como respuesta a cada giro desalentador de la mente, cuando vamos a Dios experimentando nuestra propia debilidad y necesidad. Después de todo, si alguien dice, esto puede pasarle a algunos, pero me temo que yo no triunfaré, la promesa es: *a todo aquel* que pida, le será dado. —Una mente que se ocupe en considerar, de manera única y dominante, su interés espiritual eterno, y que se mantiene firme en sus propósitos para Dios, crecerá sabia por las aflicciones, continuará ferviente en sus devociones y se levantará por sobre las pruebas y las oposiciones. Cuando nuestra fe y espíritu se levantan y caen con las causas secundarias, nuestras palabras y acciones serán inestables. Esto no siempre expone a los hombres al desprecio del mundo, pero esos caminos no pueden agradar a Dios. Ninguna situación de la vida es tal que impida regocijarse en Dios. Los de baja condición pueden regocijarse si son exaltados a ser ricos en fe y herederos del reino de Dios; y los ricos pueden regocijarse con las providencias humillantes que los llevan a una disposición mental humilde y modesta. —La riqueza mundana es cosa que se agota. Entonces, que el que es rico se regocije en la gracia de Dios que lo hace y mantiene humilde; y en las pruebas y ejercicios que le enseñan a buscar la dicha en Dios y de Él, no en los placeres perecederos.

Vv. 12-18. No todo hombre que sufre es el bendecido; pero sí el que con paciencia y constancia va por el camino del deber, a través de todas las dificultades. Las aflicciones no nos pueden hacer miserables si no son por nuestra propia falta. El cristiano probado será un cristiano coronado. La corona de la vida se promete a todos los que tienen el amor de Dios reinando en sus corazones. Toda alma que ama verdaderamente a Dios tendrá sus pruebas de este mundo plenamente recompensadas en ese mundo de lo alto, donde el amor es perfeccionado. —Los mandamientos de Dios, y los tratos de su providencia, prueban los corazones de los hombres, y muestran la disposición que prevalece en ellos. Pero nada pecaminoso del corazón y la conducta puede ser atribuido a Dios. Él no es el autor de la escoria, aunque su prueba de fuego la deja al descubierto. Los que culpan del pecado a su constitución o a su situación en el mundo, o pretenden que no lo pueden evitar, dejan mal a Dios como si Él fuese el autor del pecado. Las aflicciones, como enviados de Dios, están concebidas para sacar a relucir nuestras virtudes, pero no nuestras corrupciones. El origen del mal y de las tentaciones está en nuestros propios corazones. —Detén los comienzos del pecado o todos los males que sigan serán totalmente cargados a tu cuenta. Dios no se

complace en la muerte de los hombres, como que no tiene mano en el pecado de ellos, pero el pecado y la miseria, se deben a ellos mismos. Así como el sol es el mismo en la naturaleza e influye, aunque a menudo se interpongan la tierra y las nubes, haciendo lo que a nosotros nos parece variable, así Dios es inmutable y nuestros cambios y sombras no son cambios ni alteraciones en Él. Lo que el sol es en la naturaleza es Dios en gracia, providencia y gloria, e infinitamente más. Como toda buena dádiva es de Dios, así, en particular, es que hayamos nacido de nuevo, y todas sus consecuencias santas y felices vienen de Él. Un cristiano verdadero llega a ser una persona tan diferente de la que era antes de las influencias renovadoras de la gracia divina, que es como si fuera formado de nuevo. Debemos dedicar todas nuestras facultades al servicio de Dios, para que podamos ser una especie de primicias de sus criaturas.

Vv. 19-21. En lugar de culpar a Dios cuando estamos sometidos a pruebas, abramos nuestros oídos y corazones para aprender lo que nos enseña por ellas. Si los hombres desean gobernar sus lenguas, deben gobernar sus pasiones. Lo peor que podemos aportar a cualquier disputa es la ira. — He aquí una exhortación a separar y echar como ropa sucia todas las prácticas pecaminosas. Esto debe alcanzar a los pecados del pensamiento y del afecto, y a los pecados del hablar y del hacer; a toda cosa corrupta y pecaminosa. Debemos rendirnos a la palabra de Dios con mentes humildes y dóciles a la enseñanza. Debemos estar dispuestos a oír de nuestros defectos, y a tomarlos no sólo con paciencia, sino con gratitud. El objetivo de la palabra de Dios es hacernos sabios para salvación y los que se proponen cualquier finalidad mala o baja al prestarle atención, deshonran el evangelio y desilusionan sus propias almas.

Vv. 22-25. Si oyéramos un sermón cada día de la semana y un ángel del cielo fuera el predicador, no nos llevaría nunca al cielo si nos apoyáramos solamente en el oír. Los que son solo oidores se engañan a sí mismos; y el engaño de sí mismo será hallado, al final, como el peor engaño. Si nos halagamos a nosotros mismos es nuestra propia falta. La verdad no halaga a nadie, tal como está en Jesús. La palabra de verdad debe ser cuidadosamente escuchada con atención, y expondrá ante nosotros la corrupción de nuestra naturaleza, los desórdenes de nuestros corazones y de nuestra vida; nos dirá claramente lo que somos. Nuestros pecados son las manchas que la ley deja al descubierto; la sangre de Cristo es el lavamiento que enseña el evangelio, pero oímos en vano la palabra de Dios y en vano miramos el espejo del evangelio si nos vamos y olvidamos nuestras manchas en lugar de sacarlas lavándolas, y olvidamos nuestro remedio en lugar de recurrir a este. Eso pasa con los que no oyen la palabra como debieran. Al oír la palabra miramos dentro de ella en busca de consejo y guía, y cuando la estudiamos, se vuelve nuestra vida espiritual. Los que se mantienen en la ley y la palabra de Dios son y serán bendecidos en todos sus caminos. Su recompensa de gracia en el más allá estará relacionada con su paz y consuelo presente. —Cada parte de la revelación divina tiene su uso, llevando al pecador a Cristo para salvación, y guiándole y exhortándole a andar en libertad por el Espíritu de adopción, conforme a los santos mandamientos de Dios. Nótese la distinción: el hombre no es bendecido *por* sus obras, sino *en* su obra. No es hablar sino andar lo que nos llevará al cielo. Cristo se volverá más precioso para el alma del creyente, que por Su gracia, se volverá más idónea para la herencia de los santos en luz.

Vv. 26, 27. Cuando los hombres se esfuerzan por parecer más religiosos de lo que realmente son, es una señal de que su religión es vana. No frenar la lengua, la prontitud para hablar de las faltas del prójimo, o para disminuir su sabiduría y piedad, son señales de religión vana. El hombre que tiene una lengua calumniadora, no puede tener un corazón verdaderamente humilde y bondadoso. —Las religiones falsas pueden conocerse por sus impurezas y falta de caridad. La religión verdadera nos enseña a hacer cada cosa como estando en la presencia de Dios. Una vida inmaculada debe ir unida al amor y la caridad no fingidas. Nuestra religión verdadera es igual a la medida en que estas cosas tengan lugar en nuestro corazón y conducta. Recordemos que nada sirve en Cristo Jesús salvo la fe que obra por amor, que purifica el corazón, que somete las lujurias carnales y que obedece los mandamientos de Dios.

CAPÍTULO II

Versículos 1—13. *Todas las profesiones de fe son vanas si no producen amor y justicia para los demás.* 14—26. *Las buenas obras son necesarias para demostrar la sinceridad de la fe que, de otro modo, no será más ventajosa que la fe de los demonios.*

Vv. 1-13. Los que profesan fe en Cristo como el Señor de la gloria no deben hacer acepción de personas por las solas circunstancias y apariencias externas, de una manera que no concuerdan con su profesión de ser discípulos del humilde Jesús. Aquí Santiago no anima a la rudeza ni al desorden; debe darse el respeto civil, pero nunca de tal modo que influya en los procedimientos de los cristianos para disponer de los oficios de la Iglesia de Cristo o para pasar las censuras de la iglesia o en alguna cuestión de la religión. El cuestionarnos es algo que sirve mucho en cada parte de la vida santa. Hagámoslo con más frecuencia y aprovechemos toda ocasión para discurrir con nuestras almas. —Como los lugares de adoración no pueden edificarse ni mantenerse sin gastos, puede resultar apropiado que los que contribuyen, sean acomodados de manera concordante, pero si todos fueran personas de mayor orientación espiritual, los pobres serían tratados con más atención de lo que suele ocurrir en las congregaciones. —El estado humilde es más favorable para la paz interior y el crecimiento en la santidad. Dios daría riquezas y honra de este mundo a todos los creyentes si les hicieran bien, considerando que Él los ha escogido para que sean ricos en fe y los ha hecho herederos de su reino, que prometió conceder a todos los que le aman. Considérese cuán a menudo las riquezas conducen al vicio y a la maldad, y qué grandes reproches se hacen a Dios y a la religión por parte de hombres ricos, poderosos y grandes en el mundo; eso hará que este pecado parezca muy grave y necio. —La Escritura da como ley amar al prójimo como a uno mismo. Esta ley es una ley real que viene del Rey de reyes; y si los cristianos actúan injustamente son convictos de transgresión por la ley. —Pensar que nuestras buenas obras expiarán nuestras malas obras, es algo que claramente nos lleva a buscar otra expiación. Conforme al pacto de obras, transgredir cualquier mandamiento pone al hombre bajo condenación, de la cual ninguna obediencia lo puede librar, sea pasada, presente o futura. —Esto nos muestra la dicha de los que están en Cristo. Podemos servirle sin miedo esclavizante. Pero Dios considera que es su gloria y dicha perdonar y bendecir a los que pudieran ser condenados con justicia en su tribunal; y su gracia enseña que los que participan de su misericordia, deben imitarla en su conducta.

Vv. 14-26. Se equivocan los que toman la sola creencia de nociones del evangelio por el todo de la religión evangélica, como hacen muchos ahora. Sin duda que la sola fe verdadera, por la cual los hombres participan en la justicia, expiación y gracia de Cristo, salva sus almas; pero produce frutos santos y se demuestra verdadera por sus efectos en las obras de ellos, mientras el solo asentimiento a cualquier forma de doctrina o creencia histórica de hechos, difiere totalmente de la fe salvadora. La sola profesión de fe puede obtener la buena opinión de la gente piadosa, y en algunos casos, puede procurar cosas mundanas buenas, pero ¿de qué aprovecha a alguien si ganare todo el mundo y perdiera su alma? ¿Puede esa fe salvarle? Todas las cosas deben ser contadas como provechosas o perjudiciales para nosotros, según tiendan a promover o a estorbar la salvación de nuestras almas. Este lugar de la Escritura muestra evidentemente que una opinión o asentimiento al evangelio, sin obras, no es fe. No hay manera de mostrar que creemos realmente en Cristo, sino siendo diligentes en buenas obras por motivo del evangelio y para propósitos del evangelio. Los hombres pueden jactarse los unos a los otros y enorgullecerse falsamente de lo que no tienen en realidad. —No se trata sólo de *conformarse* a la fe sino de *acceder* a ella; no sólo de asentir la verdad de la palabra, sino del acceder a recibir a Cristo. Creer verdaderamente no es sólo un acto del entendimiento, sino una obra de todo el corazón. —Por dos ejemplos se demuestra que la fe que justifica no puede ser sin obras: Abraham y Rahab. Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia. La fe que produce tales obras le llevó a favores peculiares. Entonces vemos, versículo 24, cómo es justificado el hombre por las obras, no por la sola opinión o declaración, o por creer sin obedecer, sino teniendo la fe que produce buenas obras. Tener que negar su propia razón, afectos e

intereses es una acción apta para probar a un creyente. —Nótese aquí, el maravilloso poder de la fe para cambiar a los pecadores. La conducta de Rahab probó que la fe de ella era viva y tenía poder; demostró que ella creía con su corazón y no solo por asentimiento intelectual. —Entonces, pongamos atención que las buenas obras sin fe son obras muertas, carentes de raíz y principio. Todo lo que hacemos por fe es realmente bueno, porque se hace en obediencia a Dios y para su aceptación: cuando no hay fruto es como si la raíz estuviera muerta. La fe es la raíz, las buenas obras son los frutos y debemos ocuparnos de tener ambas. Esta es la gracia de Dios por la cual resistimos y a la cual debemos defender. No hay estado intermedio. Cada uno debe vivir como amigo de Dios o como enemigo de Dios. Vivir para Dios, que es consecuencia de la fe, que justifica y salvará, nos obliga a no hacer nada en su contra sino a hacer todo por Él y para Él.

CAPÍTULO III

Versículos 1—12. *Advertencias contra la conducta orgullosa y la maldad de la lengua desenfrenada.* 13—18. *La excelencia de la sabiduría celestial opuesta a la mundana.*

Vv. 1-12. Se nos enseña a temer una lengua desenfrenada, como uno de los males más grandes. Los asuntos de la humanidad son arrojados a la confusión por la lengua de los hombres. Cada edad del mundo, y cada condición de vida, privada o pública, da ejemplos de esto. El infierno tiene que ver con el fomento del fuego de la lengua más de lo que piensan generalmente los hombres; cada vez que la lengua de los hombres son empleadas de manera pecaminosa, están encendidas con fuego del infierno. Nadie puede domar la lengua sin la asistencia y la gracia de Dios. El apóstol no presenta esto como un imposible, sino como extremadamente difícil. Otros pecados decaen con el tiempo, este empeora muchas veces; nos vamos poniendo más perversos y afanosos a medida que se deteriora la fuerza natural y llegan los días en que no tenemos placer. Cuando se doman y someten otros pecados por las enfermedades de la edad, el espíritu se vuelve, a menudo, más cortante, la naturaleza es arrastrada a las heces y las palabras usadas se vuelven más apasionadas. —La lengua del hombre se refuta a sí misma, porque en un momento pretende adorar las perfecciones de Dios y referir a Él todas las cosas, y en otro momento, condena aun a los hombres buenos si no usan las mismas palabras y expresiones. La religión verdadera no admite contradicciones: ¡cuántos pecados se evitarían si los hombres fueran siempre coherentes! El lenguaje piadoso y edificante es el producto genuino de un corazón santificado; y nadie que entienda el cristianismo espera oír maldiciones, mentiras, jactancias e improperios de la boca del creyente más de lo que espera que un árbol produzca el fruto de otro. Pero los hechos prueban que son más los profesantes que logran frenar sus sentidos y apetitos que refrenar debidamente sus lenguas. Entonces, dependiendo de la gracia divina, cuidémonos de bendecir y no maldecir; y apuntemos a ser coherentes en nuestras palabras y acciones.

Vv. 13-18. Estos versículos muestran la diferencia entre los hombres que pretenden ser sabios y los que realmente lo son. El que piensa o habla bien no es sabio en el sentido de las Escrituras, si no vive y actúa bien. La sabiduría verdadera puede conocerse por la mansedumbre del espíritu y del temperamento. Los que viven en maldad, envidia y contención, viven en confusión; y están obligados a ser provocados y precipitados a toda mala obra. Tal sabiduría no viene de lo alto, sino que brota de principios, actos o motivos terrenales y está dedicada a servir propósitos terrenales. Los que se jactan de una sabiduría así, deben caer en la condenación del diablo. La sabiduría celestial, descrita por el apóstol Santiago, es cercana al amor cristiano, descrito por el apóstol Pablo; y ambos son descritos así para que todo hombre pueda probar plenamente la realidad de sus logros en ellas. No tiene disfraz ni engaño. No puede caer en los manejos que el mundo considera sabios, que son astutos y mal intencionados, pero es sincera, abierta, constante, uniforme, y coherente consigo misma. Que la pureza, la paz, la bondad, la docilidad y la misericordia se vean en todas

nuestras acciones, y que los frutos de la justicia abunden en nuestra vida, probando que Dios nos ha otorgado este excelente don.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—10. *Advertencias contra los afectos corruptos, y el amor de este mundo, que es enemistad con Dios.* 11—17. *Exhortaciones a no emprender ningún asunto en la vida sin la consideración constante de la voluntad y la providencia de Dios.*

Vv. 1—10. Puesto que todas las guerras y peleas vienen de las corrupciones de nuestros propios corazones, bueno es mortificar las concupiscencias que luchan en los miembros. Las concupiscencias mundanas y carnales son males que no permiten el contento ni la satisfacción. Los deseos y los afectos pecaminosos impiden la oración y la obra de nuestros deseos para con Dios. Pongámonos en guardia para no abusar o usar mal por la disposición del corazón, las misericordias recibidas cuando se conceden las oraciones. —Cuando los hombres piden prosperidad a Dios, suelen pedir con malas miras e intenciones. Si así buscamos las cosas de este mundo, es justo que Dios las niegue. Los deseos incrédulos y fríos oran negaciones; podemos tener toda la seguridad de que nuestras oraciones volverán vacías cuando responde al lenguaje de las concupiscencias más que al lenguaje de las virtudes. —He aquí una clara advertencia a evitar todas las amistades criminales con este mundo. La orientación del mundo es enemistad contra Dios. Un enemigo puede ser reconciliado, pero nunca la ‘enemistad’. El hombre puede tener una porción grande de cosas de esta vida y ser, no obstante, mantenido en el amor de Dios, pero el que pone su corazón en el mundo, al que se conformará en vez de soltar su amistad, es un enemigo para Dios. Así, pues, cualquiera que resuelva en todos los hechos estar en buenos términos con el mundo, debe ser enemigo de Dios. Entonces, los judíos o los profesantes relajados del cristianismo, ¿piensan que la Escritura habla en vano contra esta orientación al mundo? O ¿el Espíritu Santo que habita en todos los cristianos o en la nueva naturaleza que Él crea, producen esa clase de fruto? —La corrupción natural se muestra envidiando. El espíritu del mundo nos enseña a acumular, a apilar para nosotros conforme a nuestras propias fantasías; Dios Espíritu Santo nos enseña a estar dispuestos a hacer el bien a todos los que nos rodean, según podamos. La gracia de Dios corregirá y curará nuestro espíritu natural; y donde Él da gracia, da otro espíritu que no es el del mundo. —El orgulloso resiste a Dios; en su entendimiento resisten las verdades de Dios; en su voluntad resisten las leyes de Dios; en sus pasiones resisten la providencia de Dios; por tanto, no es raro que Dios resista al soberbio. ¡Qué desgraciado el estado de los que hacen de Dios su enemigo! Dios dará más gracia al humilde porque ellos ven su necesidad de ella, oran por ella, son agradecidos de ella, y ellos la tendrán. —Someteos a Dios, versículo 7. Somete tu entendimiento a la verdad de Dios; somete tu voluntad a la voluntad de su precepto, la voluntad de su providencia. Someteos vosotros mismos a Dios, porque Él está dispuesto a hacerles el bien. Si nos rendimos a las tentaciones, el diablo nos seguirá continuamente, pero si nos ponemos toda la armadura de Dios, y le resistimos, nos dejará. Entonces, sométanse a Dios los pecadores y busquen su gracia y favor resistiendo al diablo. Todo pecado debe lamentarse; *aquí* con tristeza santa; en el *más allá*, con miseria eterna. El Señor no le negará el consuelo al que lamenta verdaderamente el pecado, y exaltará al que se humille ante Él.

Vv. 11-17. Nuestros labios deben estar gobernados por la ley de la bondad, la verdad y la justicia. Los cristianos son hermanos. Quebrantar los mandamientos de Dios es hablar mal de ellos y juzgarlos, como si nos pusieran una restricción demasiado grande. Tenemos la ley de Dios, que es regla para todo; no presumamos de poner nuestras propias nociones y opiniones como regla a los que nos rodean, y tengamos cuidado de no ser condenados por el Señor. —“Anda ahora” es un llamado a todo aquel que considera que su conducta es mala. ¡Qué dados son los hombres mundanos y astutos para dejar fuera de sus planes a Dios! ¡Qué vano es buscar algo bueno sin la

bendición ni la dirección de Dios! La fragilidad, la brevedad y la incertidumbre de la vida deben frenar la confianza vana y presuntuosa de todos los proyectos para el futuro. Podemos establecer la hora y el minuto de la salida y la puesta del sol para mañana, pero no podemos fijar la hora cierta en que se disipará la niebla. Tan corta, tan irreal y dada a marchitarse es la vida humana, y toda la prosperidad y el placer que la acompañan; pero la bendición o el ay para siempre serán conforme a nuestra conducta en este momento pasajero. —Siempre tenemos que depender de la voluntad de Dios. Nuestros tiempos no están en nuestras manos sino a disposición de Dios. Nuestra cabeza puede estar llena de preocupaciones y pensamientos por nosotros mismos, o por nuestras familias o amistades, pero la providencia a menudo confunde nuestros planes. Todo lo que pensemos y todo lo que hagamos debe depender con sumisión de Dios. Necio y dañino es jactarse de cosas mundanas y proyectos futuros; producirá gran desengaño y resultará destructivo al final. —Los pecados de omisión y los de comisión serán llevados a juicio. Será condenado tanto aquel que no hace el bien que sabe debe hacer y el que hace el mal que sabe que no debe hacer. ¡Oh, qué fuésemos tan cuidadosos para no omitir la oración y no descuidar la meditación y el examen de nuestras conciencias puesto que no hemos de cometer crasos vicios externos contra la luz!

CAPÍTULO V

Versículos 1—6. *Anuncio de los juicios de Dios contra los ricos incrédulos.* 7—11. *Exhortación a la paciencia y la mansedumbre en las tribulaciones.* 12—18. *Advertencia contra los votos apresurados.—La oración recomendada en las circunstancias aflictivas y prósperas.—Los cristianos tienen que confesarse sus faltas unos a otros.* 19, 20. *La felicidad de ser el medio para la conversión de un pecador.*

Vv. 1-6. Los trastornos públicos son los más penosos para los que viven en el placer y son seguros y sensuales aunque todos los rangos sufran profundamente en tales momentos. Todos los tesoros idolatrados perecerán pronto salvo que sean levantados en juicio contra sus poseedores. Cuidaos de defraudar y oprimir; y evitad hasta las apariencias de mal. Dios no nos prohíbe usar el placer lícito, pero vivir en el placer, especialmente en el placer pecaminoso, es un pecado que provoca. ¿No daña a la gente el no equiparse para preocuparse por los intereses de sus almas, pero darse el gusto en los apetitos carnales? —El justo puede ser condenado y muerto, pero cuando el tal sufre por parte de opresores, Dios lo nota. Por sobre todos sus otros delitos, los judíos habían condenado y crucificado al Justo que vino a ellos, a Jesucristo el Justo.

Vv. 7-11. Piénsese en el que espera una cosecha de maíz, ¿y no esperarás una corona de gloria? Si fueras llamado a esperar un poco más que el campesino, ¿no es que hay algo más valioso que esperar? En todo sentido se viene aproximando la venida del Señor y todas las pérdidas, privaciones y sufrimientos de su pueblo serán recompensados. Los hombres cuentan como largo el tiempo porque lo miden según sus propias vidas, pero todo el tiempo es como nada para Dios; es como un instante. Unos cuantos años parecen siglos a las criaturas de corta vida; pero la Escritura que mide todas las cosas por la existencia de Dios, reconoce que miles de años son como algunos días. — Dios hizo cosas en el caso de Job para mostrar claramente que Él es muy compasivo y de tierna misericordia. Esto no se ve durante sus problemas, pero se vio en el resultado, y ahora los creyentes encuentran un final feliz en sus pruebas. Sirvamos a nuestro Dios y soportemos nuestras pruebas como quienes creen que el final coronará todo. Nuestra dicha eterna está segura si confiamos en Él: todo lo demás es pura vanidad que pronto será terminada para siempre.

Vv. 12-18. Se condena el pecado de jurar; pero ¡cuántos toman a la ligera el jurar profano corriente! Tales juramentos arrojan desprecio expreso contra el nombre y la autoridad de Dios. Este pecado no produce ganancia, placer ni fama, pero muestra una enemistad contra Dios que no es necesaria ni tiene provecho. Muestra que el hombre es enemigo de Dios, por más que pretenda

llamarse con su nombre, o participar a veces en los actos de adoración. Pero el Señor no considerará inocentes a quienes toman su nombre en vano. —En el día de la aflicción nada es más oportuno que la oración. Entonces el espíritu está más humillado y el corazón, quebrantado y blando. Es necesario ejercer fe y esperanza en las aflicciones; y la oración es el medio establecido para obtener e incrementar esas gracias. —Fíjese que la salvación del enfermo no se atribuye a la unción con aceite, sino a la oración. En un momento de enfermedad no es la oración fría y formal la que es efectiva, sino la oración de fe. La gran cosa que debemos rogar de Dios para nosotros y los demás en el tiempo de enfermedad es el perdón de pecado. Que nada se haga para estimular a nadie a tardar, con la equivocada noción de que una confesión, una oración, la absolución y la exhortación de parte de un ministro, o el sacramento, arreglarán todo en el último momento, cuando se han descuidado los deberes de la vida piadosa. La confesión mutua de nuestras faltas ayudará mucho a la paz y al amor fraternal. Mucho sirve cuando una persona justa, un creyente verdadero, justificado en Cristo, y por su gracia, que anda delante de Dios en santa obediencia, presenta una oración ferviente eficaz, puesta en su corazón por el poder del Espíritu Santo, la que produce afectos santos y expectativas de fe, y así guía con fervor a pedir las promesas de Dios en su trono de misericordia. —El caso de Elías demuestra el poder de la oración. No debemos mirar al mérito del hombre cuando oramos, sino a la gracia de Dios. No basta decir una oración sino debemos pedir en la oración. Los pensamientos deben quedar fijos, los deseos deben ser firmes y ardientes, y las gracias deben ejercerse. Este caso del poder de la oración da ánimos a todo cristiano para orar eficazmente. Dios nunca dice a nadie de la simiente de Jacob: “Buscad en vano mi rostro”. Donde pueda parecer que no es un gran milagro de Dios al contestar nuestras oraciones, aún hay mucha gracia.

Vv. 19, 20. No es característica del hombre piadoso o sabio jactarse de estar libre de error o negarse a reconocer un error. Hay un error doctrinal en el fondo de todo error práctico. Habitualmente nadie es malo si no se basa en un principio malo. —La conversión es hacer volver al pecador del error de su camino y no solo de una parte a otra o de una noción a otra, ni de un modo de pensar a otro. No hay forma de ocultar eficaz y definitivamente el pecado, sino abandonarlo. Muchos pecados son impedidos por un convertido; también puede hacer así en otros sobre quienes puede tener influencia. La salvación de un alma es de importancia infinitamente mayor que preservar la vida de multitudes o fomentar el bienestar de todo un pueblo. Tengamos presente estas cosas en nuestras diversas etapas, sin eludir el dolor al servicio de Dios, y el tiempo probará que nuestro trabajo en el Señor no es en vano. Él ha estado multiplicando el perdón por seis mil años y todavía su libre gracia no está cansada ni se ha agotado. Ciertamente la misericordia divina es un océano que siempre está lleno y siempre fluye. Que el Señor nos dé una parte de esta abundante misericordia por medio de la sangre de Cristo y de la santificación del Espíritu.

PRIMERA DE PEDRO

Las mismas grandes doctrinas de las epístolas de San Pablo son aquí aplicadas a los mismos propósitos prácticos. Esta epístola es notable por la dulzura, la bondad y el amor humilde con que está escrita. Da un resumen, breve aunque muy claro, de las consolaciones y de las instrucciones necesarias para estimular y dirigir al cristiano en su viaje al cielo, elevando sus pensamientos y sus deseos a esa felicidad, y fortaleciéndolo en su camino contra toda oposición procedente de la corrupción interior y de las tentaciones y aflicciones exteriores.

CAPÍTULO I

Versículos 1—9. *El apóstol bendice a Dios por sus beneficios especiales por medio de Cristo.* 10—12. *La salvación por Cristo anunciada en la profecía antigua.* 13—16. *Exhortación a la sana comunión.* 17—25. *Como conviene a sus principios, privilegios y obligaciones.*

Vv. 1—9. Esta epístola está dirigida a los creyentes en general, que son extranjeros en toda ciudad o país donde vivan y están diseminados por todas las naciones. Ellos tienen que atribuir su salvación al amor electivo del Padre, la redención del Hijo y la santificación del Espíritu Santo; y, así, dar gloria al Dios único en tres Personas en cuyo nombre han sido bautizados. —La esperanza en el vocabulario mundano se refiere sólo a un bien incierto, porque todas las esperanzas mundanas son inestables, edificadas sobre arena, y las esperanzas del cielo que tiene el mundano son conjeturas ciegas y sin fundamento. Pero la esperanza de los hijos del Dios vivo es una esperanza viva; no sólo acerca de su objeto, sino también en su efecto. Vivifica y consuela en todas las angustias, capacita para enfrentar y superar todas las dificultades. La misericordia es la fuente de todo esto; sí, gran misericordia y misericordia múltiple. Esta bien cimentada esperanza de salvación es un principio activo y vivo de obediencia en el alma del creyente. —El tema del gozo cristiano es la memoria de la felicidad puesta por delante. Es *incorruptible* no puede acabarse; es una fortuna que no se puede gastar. También es *incontaminada* lo que significa su pureza y perfección. *Inmarcesible* porque no es más o menos placentera a veces, sino siempre la misma, no cambia. Todas las posesiones de aquí están manchadas con defectos y fallas; aún falta algo: casas lindas que tienen preocupaciones tristes revoloteando en torno a sus techos dorados y bien pintados; camas blandas y mesas llenas, a menudo con cuerpos enfermos y estómagos revueltos. Todas las posesiones están manchadas de pecado, sea al obtenerlas o al usarlas. ¡Cuán prontos estamos para hacer de las cosas que tenemos ocasión e instrumento de pecado, y pensar que no hay libertad ni deleite en su uso, sin abusar de ellas! Las posesiones mundanas son inciertas y pronto pasan como las flores y las plantas del campo. Eso debe ser del más alto valor, ya que se pone en el lugar mejor y más elevado: el cielo. Dichosos aquellos cuyos corazones pone el Espíritu Santo en esta herencia. Dios no sólo da gracia a su pueblo, pero lo preserva para gloria. —Cada creyente siempre tiene algo en que puede regocijarse grandemente; esto debe demostrarse en el semblante y la conducta. El Señor no aflige por gusto aunque su sabio amor suele asignar pruebas agudas para mostrar el corazón de su pueblo y para hacerles el bien al final. El oro no aumenta por ser probado en el fuego, se vuelve menos; pero la fe se afirma y multiplica por las tribulaciones y aflicciones. El oro debe perecer al final y sólo puede comprar cosas perecederas, mientras la prueba de fe será hallada para alabanza, honra y gloria. Esto debe reconciliarnos con las aflicciones presentes. Busquemos entonces creer en la excelencia de Cristo en sí y de su amor por nosotros; esto encenderá un fuego tal en el corazón que lo elevará en un sacrificio de amor hacia Él. La gloria de Dios y nuestra propia felicidad están tan unidas que si ahora buscamos sinceramente una, obtendremos la otra, cuando el alma ya no esté más sujeta al mal. La certeza de esta esperanza es como si los creyentes ya la hubieran recibido.

Vv. 10-12. Jesucristo fue el tema principal de los estudios de los profetas. La indagatoria de ellos en los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían, condujeron a una visión de todo el evangelio, cuyo resumen es, que Cristo Jesús fue entregado por nuestras ofensas y levantado de nuevo para nuestra justificación. —Dios se agradó en contestar nuestras necesidades más que nuestros pedidos. La doctrina de los profetas y la de los apóstoles concuerda exactamente, porque viene del mismo Espíritu de Dios. El evangelio es la ministración del Espíritu; su éxito depende de su operación y bendición. Entonces, busquemos con diligencia las Escrituras que contienen la doctrina de la salvación.

Vv. 13-16. Como el viajero, el atleta, el guerrero y el trabajador, recogen sus vestiduras largas y sueltas, para estar preparados para sus actividades, así hagan los cristianos con sus mentes y afectos. Sed sobrios, velad contra todos los peligros y enemigos espirituales y sed templados en toda conducta. Sed sobrios en la opinión y en la conducta y humildes en vuestros juicios sobre vosotros

mismos. Una confianza firme y perfecta en la gracia de Dios armoniza con los mejores esfuerzos en nuestro deber. —La santidad es el deseo y el deber de todo cristiano. Debe estar en todos los asuntos, en cada condición, y para toda la gente. Debemos velar y orar especialmente en contra de los pecados a que nos inclinamos. La palabra escrita de Dios es la regla más segura de la vida del cristiano y por esta regla se nos manda ser santos en todo. Dios hace santos a quienes salva.

Vv. 17–25. La santa confianza en Dios como Padre y el temor que se le debe como Juez, armonizan; y considerar siempre a Dios como Juez le hace querido como Padre para nosotros. Si los creyentes hacen el mal, Dios los visitará con correctivos. Entonces, los cristianos no deben dudar de la fidelidad de Dios a sus promesas, ni den lugar al temor esclavizante por su ira, pero reverencien su santidad. El profeso que no teme está indefenso y Satanás lo cautiva a su voluntad; el profeso desalentado no tiene corazón que le valga para servirse de sus ventajas y es llevado fácilmente a rendirse. —El precio pagado por la redención del hombre fue la preciosa sangre de Cristo. —No sólo la conversación francamente mala, sino la que no aprovecha es altamente peligrosa, aunque se diga que es por costumbre. Necio es resolver: Yo viviré y moriré en tal forma, porque así hicieron mis antepasados. —Dios tenía propósitos de favor especial para su pueblo mucho antes que manifestara tal gracia a ellos. Pero la claridad de la luz, los soportes de la fe, el poder de las ordenanzas, son todos mucho más grandes que lo que antes fueron, desde que Cristo vino a la tierra. El consuelo de esto es que habiendo sido hechos uno con Cristo por fe, su gloria presente es una garantía de que donde Él esté, también estaremos nosotros, Juan xiv, 3. El alma debe ser purificada antes que pueda abandonar sus propios deseos e indulgencias. La palabra de Dios implantada en el corazón por el Espíritu Santo, es un medio de vida espiritual, que nos estimula al deber, obrando un cambio total en las disposiciones y afectos del alma, hasta que la lleva a la vida eterna. —En contraste con la excelencia del hombre espiritual renovado, como nacido de nuevo, nótese la vanidad del hombre natural. En su vida y en su caída, es como el pasto, la flor de la hierba, que pronto se marchita y muere. Debemos oír, y recibir y amar la santa palabra viva, y más bien arriesgar todo que perderla; hay que quitar todas las demás cosas del lugar debido a ella. Debemos alojarla en nuestro corazón como nuestro único tesoro y prenda segura del tesoro de gloria que hay para los creyentes en el cielo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *Recomendación de un temperamento que corresponda con el carácter cristiano del nacido de nuevo.* 11, 12. *Debe haber una conversación santa entre los gentiles.* 13—17. *Exhortación a los súbditos a rendir una justa obediencia a sus gobernantes civiles.* 18—25. *También los siervos a sus amos, y a todos que sean pacientes conforme al ejemplo del Salvador sufriente.*

Vv. 1-10. Hablar mal es señal de maldad y engaño en el corazón y estorba nuestro provecho por la palabra de Dios. La vida nueva necesita un alimento idóneo. Los infantes desean leche y hacen por ella lo mejor que pueden conforme a su capacidad; así deben ser los deseos del cristiano por la palabra de Dios. Nuestro Señor Jesucristo es muy misericordioso con nosotros, miserables pecadores y tiene plenitud de gracia. Pero hasta el mejor de los siervos de Dios en esta vida tiene sólo un anticipo de las consolaciones de Dios. —Cristo es llamado Piedra para enseñar a sus siervos que Él es la protección y la seguridad de ellos, el fundamento sobre el cual son edificados. Él es precioso en la excelencia de su naturaleza, la dignidad de su oficio, y la gloria de sus servicios. Todos los creyentes verdaderos son un sacerdocio santo; sagrado para Dios, servicial para los demás, dotados de dones y gracias celestiales. Pero los sacrificios más espirituales de lo mejor en oración y alabanza, no son aceptables sino por medio de Jesucristo. —Él es *la piedra del ángulo* que une a todo el número de creyentes en un templo eterno, y soporta el peso de toda la

construcción. *Elegido* o escogido para un fundamento que es eterno. *Precioso* más allá de toda comparación por todo lo que pueda tener valor. Ser edificado en Cristo significa *creer en Él*; pero en esto se engañan muchos a sí mismos, no consideran lo que es, ni la necesidad de participar de la salvación que Él ha obrado. Aunque la estructura del mundo se estuviera cayendo a pedazos, el hombre que está edificado sobre este fundamento puede oírlo sin temer. *Él no será confundido*. El alma creyente se apresura a ir a Cristo, pero nunca encuentra causa para apresurarse a huir de Él. — Todos los cristianos verdaderos son linaje escogido; constituyen una familia, un pueblo distinto del mundo: de otro espíritu, principio y costumbre; que nunca podrían ser si no fueran escogidos en Cristo para ser tales y ser santificados por su Espíritu. El primer estado de ellos es de grandes tinieblas, pero son sacados de las tinieblas a un estado de gozo, placer y prosperidad, para que muestren las alabanzas del Señor por la profesión de Su verdad y su buena conducta. — ¡Qué enormes son sus obligaciones con Él, que los ha hecho su pueblo, y les ha mostrado misericordia! — Estar sin esta misericordia es un estado espantoso, aunque el hombre tenga todos los placeres mundanales. Nada hay que obre el arrepentimiento tan bien como el pensamiento correcto acerca de la misericordia y el amor de Dios. No nos atrevamos a abusar ni a afrontar la libre gracia de Dios si queremos ser salvados por ella; pero todos los que quieran ser contados entre los que obtienen misericordia anden como su pueblo.

Vv. 11, 12. Hasta el mejor de los hombres, el linaje escogido, el pueblo de Dios tiene que ser exhortado a guardarse de los peores pecados. Las concupiscencias carnales son las más destructivas para el alma del hombre. Es un juicio doloroso ser entregado a ellas. — Hay un día de visitación que viene, en el cual Dios puede llamar al arrepentimiento por su palabra y su gracia; entonces, muchos glorificarán a Dios y las santas vidas de su pueblo habrán promovido el feliz cambio.

Vv. 13-17. La conducta del cristiano debe ser honesta; lo cual no puede ser, si no se cumplen justa y cuidadosamente todos los deberes relacionados; el apóstol los trata aquí con claridad. Considerar esos deberes es la voluntad de Dios; en consecuencia, es deber del cristiano y el modo de silenciar las calumnias viles de hombres ignorantes y necios. Los cristianos deben proponerse, en todas sus relaciones, conducirse rectamente para que no hagan de su libertad un manto o cubierta de alguna maldad, o descuido del deber, pero deben recordar que son siervos de Dios.

Vv. 18-25. Los criados de aquellos tiempos por lo general eran esclavos, y tenían amos paganos, que solían utilizarlos con crueldad; pero el apóstol les instruye que se sometan a sus amos puestos sobre ellos por la providencia, con el temor de deshonar u ofender a Dios. No sólo a los agradados con el servicio razonable, sino con los severos y con los que se enojan sin causa. La mala conducta pecaminosa de una persona no justifica la conducta pecaminosa de la otra; el siervo tiene que cumplir su deber aunque el amo sea pecaminosamente perverso y malo. Pero los amos debieran ser mansos y buenos con sus siervos e inferiores. — ¿Qué gloria o distinción habría en que los cristianos profesos sean pacientes cuando se les corrigen sus faltas? Pero si cuando se comportan bien y son maltratados por los amos paganos, soberbios y apasionados, lo soportan sin quejas sin ira y sin propósitos de venganza, y perseveran en su deber, esto será aceptable para Dios como efecto distintivo de su gracia y será recompensado por Él. — La muerte de Cristo tenía el propósito no sólo de ser ejemplo de paciencia en los sufrimientos, sino de llevar nuestros pecados; soportó el castigo de ellos, y con ello satisfizo la justicia divina. Por ello, nos los quita. Los frutos de los sufrimientos de Cristo son la muerte del pecado, y una nueva vida santa de justicia; de ellas tenemos ejemplo, motivaciones poderosas, y capacidad para cumplirlos, por la muerte y resurrección de Cristo. Nuestra justificación: Cristo fue molido y crucificado como sacrificio por nuestros pecados, y por sus llagas fueron curadas las enfermedades de nuestra alma. — Aquí está el pecado del hombre: él se descarría y esto es su propio acto. Su desgracia: él se aleja del redil, del Pastor y del rebaño, y, así, se expone a peligros sin cuenta. Aquí está la recuperación por la conversión; ahora vuelven como efecto de la gracia divina. De todos sus errores y descarríos regresan a Cristo. Los pecadores siempre están descarrados antes de su conversión; la vida de ellos es un error continuo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Los deberes de las esposas y los esposos.* 8—13. *Los cristianos son exhortados a armonizar.* 14—22. *Exhortados a la paciencia en las persecuciones por amor a la justicia, considerando que Cristo sufrió con paciencia.*

Vv. 1-7. La esposa debe cumplir su deber con su esposo, aunque él no obedezca la palabra. Diariamente vemos cuán de cerca observan los hombres malos los caminos y la vida de los que profesan la religión. No se prohíbe vestirse bien, sino la vanidad y lo costoso del atavío. La gente religiosa debe cuidar que toda su conducta responda a su profesión, pero ¡cuán pocos saben cuál es la medida correcta y los límites de las dos necesidades de la vida: comida y vestido! A menos que la pobreza sea nuestro cuchillo y no nos permita, escasamente habrá uno que no desee algo más allá de lo que es bueno para nosotros. Muchos más son contemplados en la bajeza de su situación que en la humildad de su mente; y muchos no están así de limitados, pero desperdician su tiempo y dinero en trivialidades. —El apóstol manda a las mujeres cristianas a ponerse algo que no es corruptible, que embellece el alma, las virtudes del Espíritu Santo de Dios. La principal preocupación de la cristiana verdadera está en ordenar rectamente su propio espíritu. Esto hará más por estabilizar los afectos y estimular la estima del marido que los adornos estudiados o la ropa de moda, acompañada por un temperamento agresivo y perverso. Las cristianas deben cumplir su deber unas con otras con una mente dispuesta y por obediencia al mandamiento de Dios. Las esposas deben someterse a sus maridos, no por miedo ni terror, sino por el deseo de portarse bien y complacer a Dios. El deber del marido hacia su mujer implica respetarla debidamente, mantener su autoridad, protegerla y depositar su confianza en ella. Ellas son coherederas de todas las bendiciones de esta vida y de la venidera, y deben vivir pacíficamente los unos con las otras. La oración endulza su conducta. No basta que oren con la familia; marido y mujer deben orar juntos a solas y con sus hijos. Los que están familiarizados con la oración, encuentran una dulzura indecible en ella, tal que no serán estorbados en ella. Vive santamente para que ores mucho; y ora mucho para que vivas santamente.

Vv. 8-13. Aunque los cristianos no siempre estén exactamente en unanimidad pueden, sin embargo, compadecerse unos a otros, y amarse como hermanos. —Si un hombre desea vivir cómodamente en la tierra o poseer la vida eterna en el cielo debe frenar su lengua de las palabras malas, abusivas o engañosas. Debe abandonar las malas acciones y abstenerse de ellas, hacer todo el bien que pueda, y buscar la paz con todos los hombres. Porque Dios, omnisciente y presente en todo lugar, vela sobre los justos y se encarga de cuidarlos. Nadie puede ni debe dañar a los que imitan el ejemplo de Cristo que es la bondad perfecta y que hizo el bien a los demás y a sus seguidores.

Vv. 14-22. Santificamos a Dios ante los demás cuando nuestra conducta les invita y estimula a glorificarle y honrarle. ¿Cuál era la base y la razón de la esperanza de ellos? Seamos capaces de defender nuestra religión con mansedumbre en el temor de Dios. No hay lugar para otros temores donde hay este gran temor: no perturba. —La conciencia es buena cuando hace bien su oficio. En triste condición está la persona en quien el pecado y el sufrimiento se encuentran; el pecado hace que el sufrimiento sea extremado, desconsolador y destructor. Seguramente es mejor sufrir por hacer el bien que por hacer el mal que nuestra natural impaciencia sugiera en ocasiones. —El ejemplo de Cristo es un argumento en pro de la paciencia cuando se sufre. En el caso del sufrimiento de nuestro Señor, Él no conoció pecado, pero sufrió en lugar de los que no conocían justicia. La intención y la finalidad bendita de nuestro Señor fue reconciliarnos a Dios y llevarnos a la gloria eterna. Fue llevado a la muerte en su naturaleza humana, pero fue resucitado por el poder del Espíritu Santo. Si Cristo no pudo ser librado de los sufrimientos, ¿por qué piensan los cristianos que ellos sí debieran? —Dios toma nota exacta de los medios y las ventajas que tiene la gente de toda época. En cuanto al mundo antiguo, Cristo envió su Espíritu advirtiendo a Noé. Pero aunque la paciencia de Dios espera por mucho tiempo, cesará al final. Los espíritus de los pecadores desobedientes, tan pronto como están fuera de sus cuerpos, son entregados a la prisión del infierno, donde están ahora los que despreciaron la advertencia de Noé, y desde la cual no hay redención. —

La salvación de Noé en el arca, flotando sobre el agua, que le llevó sobre el diluvio, logró la salvación de todos los creyentes verdaderos. Esa salvación temporal por el arca fue un tipo de la salvación eterna de los creyentes por el bautismo del Espíritu Santo. Para evitar errores, el apóstol declara qué quiere decir por bautismo que salva; no la ceremonia externa del lavado con agua que, en sí misma, no hace más que quitar la inmundicia de la carne, sino el bautismo del cual el agua bautismal es un signo. No es la ordenanza externa, pero el hombre, por la regeneración del Espíritu, es capacitado para arrepentirse y profesar la fe, y proponerse la vida nueva, rectamente, y como en presencia de Dios. Cuidémonos de no apoyarnos en las formas externas. Aprendamos a mirar espiritualmente las ordenanzas de Dios y a inquirir por el efecto espiritual y la obra de ellos en nuestras conciencias. Nosotros deseáramos que toda la religión se redujera a cosas externas, pero muchos de los que fueron bautizados y participaron constantemente a las ordenanzas, han seguido sin Cristo, murieron en sus pecados y ahora están más allá del rescate. Entonces no descanséis hasta estar limpiados por el Espíritu de Cristo y la sangre de Cristo. Su resurrección de entre los muertos es lo que nos asegura la purificación y de la paz.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Se insta a considerar los sufrimientos de Cristo para la pureza y la santidad.* 7—11. *El final cercano del estado judío como razón para la sobriedad, la vigilancia y la oración.* 12—19. *Se exhorta a los creyentes a regocijarse y gloriarse en los reproches y los sufrimientos por Cristo y a encomendar sus almas al cuidado del fiel Dios.*

Vv. 1—6. Los mejores y más firmes argumentos contra el pecado se toman de los sufrimientos de Cristo. Él murió para destruir el pecado; y aunque se sometió jubilosamente a los peores sufrimientos, nunca dio lugar al menor pecado. Las tentaciones no podrían dominar si no fuera por la propia corrupción del hombre; pero los cristianos verdaderos hacen de la voluntad de Dios, no de sus propios deseos ni lujuria, la regla de su vida y de sus acciones. La conversión verdadera hace un cambio maravilloso en el corazón y en la vida. Altera la mente, el juicio, los afectos y la conducta. Cuando el hombre se convierte verdaderamente, le resulta muy triste pensar cómo pasó el tiempo pasado de su vida. —Un pecado trae a otro. Aquí se mencionan seis pecados que dependen unos de otros. Deber del cristiano es no sólo guardarse de la maldad crasa, sino también de las cosas que conducen al pecado o que tienen apariencia de mal. El evangelio había sido predicado a los que desde entonces estaban muertos, que por el juicio carnal y orgulloso de los hombres impíos fueron condenados como malhechores, sufriendo algunos hasta la muerte. Pero siendo vivificados para la vida divina por el Espíritu Santo, vivieron para Dios como sus siervos devotos. Los creyentes no deben temer aunque el mundo se burle de ellos y les haga reproches.

Vv. 7-11. Muy cercana estaba la destrucción de la iglesia y la nación judía, anunciada por nuestro Salvador. El rápido acercamiento de la muerte y el juicio nos concierne a todos, a lo cual nuestras mentes son llevadas naturalmente por estas palabras. Nuestro próximo fin es un argumento poderoso para hacernos sobrios en todos los asuntos mundanos, y fervientes en la religión. —Hay tantas cosas malas en todos, que Satanás prevalecerá para incitar divisiones y discordias, si el amor no cubre, excusa y perdona los errores y las faltas de los demás, por las cuales cada uno necesita la tolerancia del prójimo. Pero no tenemos que suponer que el amor cubrirá o enmendará los pecados de los que los practican, como para inducir a Dios a perdonarlos. —La naturaleza de la obra cristiana, que es obra elevada y difícil, la bondad del Amo, y la excelencia de la recompensa, todo requiere que nuestros esfuerzos sean serios y fervientes. En todos los deberes y los servicios de la vida, debemos apuntar a la gloria de Dios como nuestro fin principal. Miserable e inestable es el que se aferra a sí mismo y se olvida de Dios; sólo está confundido por su mérito, ganancia y bajos fines, que a menudo se frustran y que, cuando los alcanza, él y ellos deben perecer juntos en poco

tiempo. Pero el que se ha dado totalmente a Dios puede decir con confianza que el Señor es su porción y que nada sino la gloria por Jesucristo es sólido y duradero: eso dura para siempre.

Vv. 12–19. El Espíritu Santo es glorificado con la paciencia y la fortaleza en el sufrimiento, con la dependencia de las promesas de Dios y por guardar la palabra que el Espíritu Santo ha revelado; pero es insultado y blasfemado por el desprecio y los reproches a los creyentes. Uno pensaría que las precauciones son innecesarias para los cristianos, pero sus enemigos los acusan falsamente de crímenes horribles. Hasta el mejor de los hombres necesita ser precavido contra el peso de los pecados. No hay consuelo en los sufrimientos cuando nos los acarreamos por nuestro propio pecado y necesidad. Una época de calamidad universal se acerca, como lo predijo nuestro Salvador, Mateo xxiv, 9, 10. Si tales cosas acontecen en esta vida, ¡qué horrible será el día del juicio! —Verdad es que los justos apenas se salvan aun los que se proponen andar rectamente en los caminos de Dios. Esto no significa que el propósito y la obra de Dios sean inciertos; pero sólo alude a las grandes dificultades y encuentros duros del camino; que ellos pasan por tantas tentaciones y tribulaciones, por tantas luchas de fuera y tantos temores de dentro. Pero todas las dificultades externas serían como nada si no fuera por la lujuria y la corrupción interna. Estos son los peores impedimentos y dificultades. Si el camino del justo es tan duro, entonces, ¡cuán duro será el final del pecador impío que se complace en el pecado, y piensa que el justo es necio por todos sus dolores! —La única manera de mantener bien el alma es encomendarla a Dios por la oración y la perseverancia paciente en el bien hacer. Él vencerá todo para la ventaja definitiva del creyente.

CAPÍTULO V

Versículos 1—4. *Exhortación y estímulo a los ancianos.* 5—9. *Los cristianos más jóvenes deben someterse a los ancianos, y ceder con humildad y paciencia ante Dios, y deben ser sobrios, vigilantes, y firmes en la fe.* 10—14. *Oraciones por su crecimiento.*

Vv. 1-4. El apóstol Pedro no ordena, exhorta. No reclama poder de gobierno sobre todos los pastores e iglesias. Era honra particular de Pedro y de otros pocos, el ser testigo de los sufrimientos de Cristo; pero es privilegio de todo verdadero creyente participar de la gloria que ha de ser revelada. Estos cristianos pobres, dispersos y sufridos, eran la grey de Dios, redimida para Dios por el gran Pastor, y viven en santo amor y comunión, conforme a la voluntad de Dios. También son dignificados con el título de heredad de Dios o sacerdocio de Dios. La porción peculiar, escogida para su pueblo es disfrutar de su especial favor, y darle un servicio especial. Cristo es el Príncipe de los pastores de toda la grey y heredad de Dios. Todos los ministros fieles recibirán una corona inmarcesible de gloria, infinitamente mejor y más honrosa que toda la autoridad, riqueza y placer del mundo.

Vv. 5-9. La humildad preserva la paz y el orden en todas las iglesias y sociedades cristianas; el orgullo la perturba. Cuando Dios da gracia para ser humilde, también da sabiduría, fe y santidad. Ser humilde y someterse a nuestro Dios reconciliado, trae más consuelo al alma que los deleites de la soberbia y la ambición. Pero es a su *debido tiempo*; no en el tiempo que tú imaginas, sino en el tiempo que Dios ha establecido sabiamente. Él espera, y ¿no esperarás tú? ¡Cuántas dificultades superará la firme creencia en su sabiduría, poder y bondad! Entonces, humillaos bajo su mano. —“Echad toda vuestra ansiedad”, preocupaciones personales, angustias familiares, ansiedad por el presente, cuidados por el futuro, por vosotros mismos, por otros, por la iglesia, echadlo todo sobre Dios. Son cargas onerosas, y suelen ser muy pecaminosas cuando tienen sus raíces en la desconfianza y la incredulidad, cuando torturan y distraen la mente, nos anulan para el servicio e impiden que nos sintamos contentos en el servicio de Dios. El remedio es echar nuestra solicitud sobre Dios, y dejar todo suceso a disposición de su gracia y su sabiduría. La creencia firme en que la voluntad y los consejos divinos son correctos calma el espíritu del hombre. En verdad el piadoso

suele olvidar esto, y se angustia sin necesidad. Remítelo todo a la buena disposición de Dios. Las minas de oro de todas las consolaciones y bienes espirituales son tuyas y del Espíritu mismo. Entonces, ¿no nos dará lo que es bueno para nosotros, si humildemente esperamos en Él, y echamos sobre su sabiduría y amor la carga de proveernos? —Todo el plan de Satanás es devorar y destruir almas. Él siempre está maquinando a quien cazar para llevarlo a la ruina eterna. Nuestro deber claro es ser sobrios; esto es, gobernar al hombre exterior y al interior con las reglas de la temperancia. Velad: sospechar del peligro constante de este enemigo espiritual, evitar con atención y diligencia sus designios. Sed firmes, sólidos, por fe. El hombre no puede luchar en un cenagal, donde no hay un punto firme donde apoyar el pie; sólo la fe suministra un apoyo. Eleva el alma al sólido terreno de avanzada de las promesas, y allí se asegura. La consideración de lo que otros sufren es buena para animarnos a soportar nuestra parte en toda aflicción; en cualquier forma o por cualquier medio que Satanás nos ataque, podemos saber que nuestros hermanos han pasado por lo mismo.

Vv. 10-14. En conclusión, el apóstol ora a Dios por ellos, como el Dios de toda gracia. *Perfeccione* quiere decir su progreso hacia la perfección. *Afirme* se refiere a la cura de nuestra natural ligereza e inconstancia. *Fortalezca* tiene que ver con el crecimiento de las virtudes, especialmente en las que estamos más bajos y débiles. *Establezca* significa fijarse sobre un fundamento firme, y puede referirse a aquel que es el fundamento y fuerza del creyente. El poder de estas doctrinas en el corazón y sus frutos en la vida, muestra quiénes son partícipes de la gracia de Dios. La conservación y el crecimiento en el amor cristiano, y en el afecto mutuo, no es cuestión de un saludo vacío, sino la marca y signo de Jesús sobre sus seguidores. Otros pueden tener una falsa paz por un tiempo, y los malvados pueden desearla para sí mismos y para sus iguales; pero la de ellos es una vana esperanza, y llegará a nada. En Cristo se encuentra una paz sólida, la cual fluye de Él.

SEGUNDA DE PEDRO

Esta epístola está claramente conectada con la anterior de Pedro. Habiendo expresado las bendiciones a que Dios llama a los cristianos, exhorta a quienes han recibido estos dones preciosos a proponerse mejorar en gracia y virtud. Les insta a esto por la maldad de los falsos maestros. Les advierte contra los impostores y los burladores, reprobando sus falsas afirmaciones, capítulo iii, 1–7, y mostrando por qué se retarda el gran día de la venida de Cristo, con la descripción de sus espantosas circunstancias y consecuencias; dando exhortaciones apropiadas a la diligencia y la santidad.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *Exhortaciones a agregar a la fe el ejercicio de diversas virtudes.* 12—15. *El apóstol espera su inminente deceso.* 16—21. *Y confirma la verdad del evangelio relacionándolo con la manifestación de Cristo para el juicio.*

Vv. 1—11. La fe une verdaderamente a Cristo con el creyente débil y con el fuerte y purifica realmente el corazón de uno y del otro; todo creyente sincero es justificado a ojos de Dios por su fe. La fe obra santidad y produce efectos en el alma que ninguna otra gracia puede producir. En Cristo habita toda la plenitud y el perdón, la paz, la gracia y el conocimiento, y los nuevos principios son así dados por medio del Espíritu Santo. —Las promesas para quienes son partícipes de la naturaleza divina nos harán inquirir si son realmente renovadas en el espíritu de nuestra mente; volvamos todas estas promesas en oraciones por la gracia transformadora y purificadora del Espíritu Santo. El creyente debe agregar conocimiento a su virtud, incrementar la familiaridad con toda la verdad y la voluntad de Dios. Debemos agregar templanza al conocimiento; moderación por las cosas mundanas; y a la templanza debemos agregar paciencia o alegre sometimiento a la voluntad de Dios. La tribulación produce paciencia por la cual soportamos todas las calamidades y las cruces en silencio y sumisión. A la paciencia debemos agregar piedad: esto incluye los santos afectos y disposiciones hallados en el verdadero adorador de Dios; con tierno afecto por todo sus semejantes cristianos que son hijos del mismo Padre, siervos del mismo Amo, miembros de la misma familia, viajeros al mismo país, herederos del mismo legado. Por lo tanto, los cristianos deben laborar para alcanzar la seguridad de su vocación y elección, creyendo y haciendo el bien; y esforzarse en ello cuidadosamente, es un argumento firme de la gracia y misericordia de Dios, que los sostiene para que no caigan completamente. —Los que son diligentes en la obra de la religión, tendrán una entrada triunfal en el reino eterno donde reina Cristo y ellos reinarán con Él para siempre jamás; y es en la práctica de toda buena obra donde debemos esperar entrar al cielo.

Vv. 12—15. Debemos ser fundados en la creencia de la verdad, para que no seamos llevados por cualquier viento de doctrina; y especialmente, en la verdad que necesitamos saber en nuestro día lo que corresponde a nuestra paz, y que se opone a nuestro tiempo. El cuerpo no es sino un tabernáculo o tienda del alma. Es una vivienda vil y móvil. La cercanía de la muerte hace diligente al apóstol en el negocio de la vida. Nada puede dar tanta compostura en la perspectiva o en la hora de la muerte como saber que seguimos fiel y sencillamente al Señor Jesús, y buscamos su gloria. Los que temen al Señor, hablan de su paciencia. Este es el modo de diseminar el conocimiento del Señor, y por la palabra escrita ellos son capacitados para hacer esto.

Vv. 16—21. El evangelio no es algo débil, pero llega con poder, Romanos 1, 16. La ley pone ante nosotros nuestro miserable estado por el pecado, pero nos deja ahí. Descubre nuestra enfermedad, pero no da a conocer la cura. Ver a Jesús crucificado es lo que sana el alma. Tratad de disuadir al mundano codicioso de su avaricia; unos gramos de oro pesan más que todas las razones. Ofreced quitar la ira con argumentos a un hombre furioso, que no tiene paciencia para oírlos. Tratad de detener al libertino, una sonrisa es más fuerte para él, que toda razón. Pero llegad con el evangelio y exhortadles con la preciosa sangre de Jesucristo, derramada para salvar sus almas del infierno, y para satisfacer sus pecados y esta es la súplica poderosa que hace confesar a los hombres buenos que sus corazones ardían por dentro, y a los malos, como Agripa, decir que casi fueron persuadidos a ser cristianos, Hechos xxvi, 28. —Dios se complace bien con Cristo y con nosotros en Él. Este es el Mesías que fue prometido, a través del cual todos los que creemos en Él seremos aceptados y salvados. —La verdad y la realidad del evangelio son también anunciadas por los profetas y escritores del Antiguo Testamento, que hablaron y escribieron bajo la influencia del Espíritu de Dios, y conforme a su dirección. ¡Qué firme y segura debe ser nuestra fe, que tiene una palabra tan firme y segura sobre la cual apoyarse! Cuando la luz de la Escritura el Espíritu Santo de Dios lanza como dardo a la mente ciega y al entendimiento entenebrecido, es como la aurora que irrumpe, avanza y se difunde por toda el alma hasta que el día es perfecto. Como la Escritura es la revelación de la mente y de la voluntad de Dios, todo hombre debe escudriñarla para entender su sentido y significado. El cristiano sabe que el libro es la palabra de Dios, en el cual saborea la dulzura, y siente el poder, y ve la gloria verdaderamente divina. Y las profecías ya cumplidas en la persona y salvación de Cristo, y en los grandes intereses de la iglesia y el mundo, forman una prueba incuestionable de la verdad del cristianismo. El Espíritu Santo inspiró a hombres santos para hablar y escribir. Él asistió así y los dirigió para entregar lo que ellos habían recibido de Él, para que

ellos expresaran claramente lo que daban a conocer. Así que las Escrituras son para ser contadas como las palabras del Espíritu Santo y toda la claridad y simpleza, todo el poder y toda la propiedad de las palabras y expresiones, vienen de Dios. Mezcle la fe con lo que encuentre en las Escrituras, y estime y reverencie la Biblia como libro escrito por hombres santos enseñados por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—9. *Se advierte a los creyentes contra los falsos maestros, y la certeza de su castigo se muestra con ejemplos.* 10—16. *Un descripción de los seductores como excesivamente malos.* 17—22. *Pero hacen elevadas pretensiones de libertad y pureza.*

Vv. 1—9. Aunque el camino del error es un camino dañino, muchos son los que siempre están listos para andar por él. Cuidémonos de no dar ocasión al enemigo para que blasfeme el santo nombre por el cual somos llamados o que hablen mal del camino de la salvación por Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida. —Estos seductores usan palabras fingidas, y engañan los corazones de sus seguidores. Los tales ya están condenados y la ira de Dios está sobre ellos. El método habitual de Dios para proceder se muestra con ejemplos. Los ángeles fueron derribados de toda su gloria y dignidad, por su desobediencia. Si las criaturas pecan, aun en el cielo, deben sufrir en el infierno. El pecado es la obra de las tinieblas, y las tinieblas es la paga del pecado. —Nótese cómo trató Dios al mundo antiguo. El número de ofensores no procura más favor que su calidad. Si el pecado es universal, el castigo se extenderá por igual a todos. —Si en un terreno fértil la gente abunda en pecado, Dios puede volver de inmediato una tierra fértil en estéril, y un país bien regado en cenizas. No hay planes ni políticos que puedan impedir los juicios para un pueblo pecador. El que evita que el agua y el fuego dañen a su pueblo, Isaías xliii, 2, puede destruir también a sus enemigos; ellos nunca están a salvo. —Cuando envía destrucción al impío, Dios manda liberación para el justo. En malas compañías no podemos obtener sino culpa o tristeza. Que los pecados de los demás sean tribulación para nosotros. Pero es posible que los hijos del Señor vivan entre los más profanos, pero retengan su integridad; hay más poder en la gracia de Cristo y su morada en ellos que en las tentaciones de Satanás, o que en el ejemplo del malo, con todos sus terrores o seducciones. En nuestras intenciones e inclinaciones a cometer pecado podemos encontrarnos con raros impedimentos, si los notamos. Cuando pretendemos hacer el mal, Dios envía muchas estorbos para detenernos, como diciendo: Cuidado con lo que hacéis. —Su sabiduría y poder lograrán con toda seguridad los propósitos de su amor, y los compromisos de su verdad; aunque los impíos suelen escapar del sufrimiento aquí, es porque son conservados para el día del juicio, cuando serán castigados con el diablo y sus ángeles.

Vv. 10—16. Los seductores impuros y sus seguidores incondicionales se entregan a sus propósitos carnales. Rehúsan llevar cautivo cada pensamiento a la obediencia a Cristo, actúan contra los preceptos justos de Dios. Andan en pos de la carne, van por rumbos pecaminosos y alcanzan los mayores grados de impureza y maldad. Además, desprecian a los que Dios ha puesto en autoridad sobre ellos, y a quienes requiere que honren. —Las cosas temporales externas y buenas son la paga que los pecadores esperan y se prometen a sí mismos. Nadie tiene más razón para temblar que los que son osados para entregarse a sus lujurias pecaminosas, por presumir de la gracia y la misericordia divina. Ha habido muchos y hay, que hablan a la ligera de las restricciones de la ley de Dios y no se consideran obligados a obedecerla. Que los cristianos se aparten de los tales.

Vv. 17—22. La palabra de verdad es el agua de vida que refresca las almas que la reciben, pero los engañadores diseminan y promueven el error, y quedan vacíos porque no hay verdad en ellos. Como las nubes impiden el paso de la luz del sol, así estos oscurecen el consejo con palabras en que no hay verdad. Viendo que tales hombres aumentan las tinieblas en este mundo, es muy justo que la neblina de las tinieblas sea su porción en el venidero. En medio de su hablar de libertad, estos

hombres son los esclavos más viles; sus propias lujurias ganan la victoria absoluta sobre ellos, y en realidad están esclavizados. Cuando los hombres están enredados, los vencen con facilidad; por tanto, los cristianos deben mantenerse cerca de la palabra de Dios y velar contra todos los que procuren confundirlos. —El estado de apostasía es peor que el estado de ignorancia. Dar un mal informe sobre el buen camino de Dios, y una falsa acusación contra el camino de la verdad debe exponer a la condenación más pesada. ¡Qué temible es el estado aquí descrito! Pero aunque tal caso sea deplorable, no está totalmente desprovisto de esperanza; el leproso puede ser limpiado y hasta el muerto puede ser resucitado. ¿Te causa pesar tu desvío? Cree en el Señor Jesús y serás salvo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Aquí la intención es recordar la venida final de Cristo a juzgar.* 5—10. *Aparecerá inesperadamente cuando el estado presente de la naturaleza sea devastado por el fuego.* 11—18. *Se infiere de esto la necesidad de la santidad y la constancia en la fe.*

Vv. 1—4. Las mentes purificadas tienen que ser estimuladas para que los creyentes se mantengan activos y vivos en la obra de la santidad. Habrá burladores en los postreros tiempos, bajo el evangelio, hombres que toman a la ligera el pecado y se burlan de la salvación por Jesucristo. Un artículo muy importante de nuestra fe se refiere a lo que sólo tiene una promesa para descansar en ella, pero los burladores la atacarán hasta que nuestro Señor venga. Ellos no creen que Él vendrá. Porque no ven cambios, no tienen temor de Dios, Salmo lv, 19. Imaginan que lo que Él nunca ha hecho, no puede ser hecho o nunca lo hará.

Vv. 5—10. Si estos burladores hubieran considerado la espantosa venganza con que Dios borró a todo un mundo de impíos, de una sola vez, seguramente no se burlarían de su amenaza de un juicio igualmente terrible. Se declara por la misma palabra que los cielos y la tierra que ahora son serán destruidos por el fuego. Esto ocurrirá con tanta certeza como la verdad y el poder de Dios pueden hacerlo. —Aquí se enseña y afirma a los cristianos en la verdad de la venida del Señor. Aunque, según cuentan los hombres, hay una gran diferencia entre un día y mil años, según la cuenta de Dios no hay diferencia. Todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, están siempre delante de Él; la tardanza de mil años no puede ser tanto para Él como para nosotros es postergar algo por un día o por una hora. Si los hombres no tienen conocimiento ni fe en el Dios eterno, se inclinan a pensar que Él es como ellos. ¡Qué difícil es formarse la idea de la eternidad! Lo que los hombres cuentan como tardanza, es paciencia, y es a favor de nosotros; es para dar más tiempo a su pueblo para que avance en conocimiento y piedad, y en el ejercicio de la fe y la paciencia, para que abunde en buenas obras, haciendo y sufriendo aquello para lo que son llamados, para que puedan dar gloria a Dios. Por tanto, pongan en sus corazones que ciertamente serán llamados a dar cuenta de todas las cosas hechas en el cuerpo, sean buenas o malas. Que el andar humilde y diligente ante Dios y el juicio frecuente de vosotros mismos muestren vuestra firme fe en el juicio futuro, aunque muchos vivan como si absolutamente nunca tuvieran que rendir cuentas. El día llegará cuando los hombres estén seguros y no tengan la esperanza del día del Señor. Los majestuosos palacios y todas las cosas deseables que buscan los hombres mundanos, y en las cuales ponen su felicidad, serán quemadas; todas las clases de criaturas que Dios ha hecho y todas las obras de los hombres deben pasar por el fuego, que será fuego consumidor para todo lo que el pecado haya traído al mundo, aunque será fuego purificador para las obras de la mano de Dios. ¿Qué será de nosotros si ponemos nuestros afectos en esta tierra y la hacemos nuestra porción, aunque vemos que todas estas cosas serán quemadas? Por tanto, ¡asegurémonos de la felicidad más allá de este mundo visible!

Vv. 11—18. Sobre la base de la doctrina de la segunda venida de Cristo se nos exhorta a la pureza y la piedad. Este es el efecto del verdadero conocimiento. Se requiere una santidad muy exacta y universal, que no se apoye en ninguna baja medida o grado. Los cristianos verdaderos

esperan cielos nuevos y una nueva tierra; libres de la vanidad a la que están sujetas las cosas presentes, y del pecado con que están contaminadas. Sólo los vestidos con la justicia de Cristo, y santificados por el Espíritu Santo, serán admitidos para habitar en este santo lugar. No esperes ser hallado en paz en el día de Dios, si eres perezoso y estás ocioso en este tu día, en el cual debemos terminar la obra que se nos ha encomendado hacer. Sólo el creyente diligente será cristiano feliz en el día del Señor. Nuestro Señor vendrá súbitamente, o dentro de muy poco nos llamará a su presencia; ¿y nos va a hallar ociosos? —Aprendamos a usar correctamente la paciencia de nuestro Señor que todavía tarda su venida. Hombres soberbios, carnales y corruptos tratan de eliminar algunas cosas en una aparente concordancia con sus impías doctrinas. Pero hay razón por la cual las epístolas de San Pablo o alguna otra parte de las Escrituras deban ser dejadas de lado; porque los hombres, dejados a su propio criterio, pervierten toda dádiva de Dios. Entonces, procuremos tener preparadas nuestra mente para recibir cosas difíciles de entender, pongamos en práctica las cosas que son más fáciles de entender. Pero debe haber negación de sí, sospecha de nosotros mismos y sumisión a la autoridad de Cristo Jesús antes que podamos recibir de todo corazón todas las verdades del evangelio, por tanto, estamos en gran peligro de rechazar la verdad. El creyente debe desconocer y aborrecer todas las opiniones y los pensamientos de hombres que no concuerden con la ley de Dios, ni sean garantizados por ella. —Los que son descarriados por el error, caen de su propia constancia. Para evitar ser descarriados, debemos tratar de crecer en toda gracia, en fe, en virtud y en conocimiento. Esforzaos por conocer más clara y plenamente a Cristo; conocerle para ser más como Él y amarle más. Este es el conocimiento de Cristo tras el cual iba el apóstol Pablo, deseando obtenerlo; y los que saborean este efecto del conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, darán gracias, luego de recibir tal gracia, y le alabarán y se unirán para darle la gloria ahora, con la plena seguridad de hacer lo mismo en el más allá, para siempre.

PRIMERA DE JUAN

Esta epístola es un discurso sobre los principios doctrinales y prácticos del cristianismo. La intención evidente es refutar las bases, los principios y las prácticas impías y erróneas y advertir contra ellas, especialmente contra las que rebajan la Deidad de Cristo, y la realidad y el poder de sus padecimientos y muerte como sacrificio expiatorio; también, contra lo que se afirma, que los creyentes no tienen que obedecer los mandamientos una vez salvados por gracia. Esta epístola también estimula a todos los que profesan conocer a Dios a que tengan comunión con Él, crean en Él, y que anden en santidad, no en pecado, demostrando que una profesión puramente externa es nada sin la evidencia de una vida y conducta santa. También ayuda estimular y animar a los cristianos de verdad a tener comunión con Dios y el Señor Jesucristo, a la constancia en la fe verdadera y a la pureza de vida.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol dedica su epístola a los creyentes en general con testimonio evidente de Cristo para promover la felicidad y el gozo de ellos.* 5—10. *Se demuestra que es necesaria la*

vida de santidad para tener comunión con Dios.

Vv. 1—4. El Dios esencial, la excelencia no creada que había sido desde el principio, desde la eternidad, igual con el Padre y que, finalmente, se manifestó con naturaleza humana para la salvación de los pecadores, es gran tema sobre el cual escribe el apóstol a sus hermanos. Los apóstoles le vieron durante algunos años, en los cuales presenciaron su sabiduría y santidad, sus milagros, y su amor y misericordia, hasta que le vieron crucificado por los pecadores, y después resucitado de entre los muertos. Ellos le tocaron para tener plena prueba de su resurrección. —Esta Persona divina, el Verbo de vida, el Verbo de Dios se manifestó en naturaleza humana para ser Autor y Dador de la vida eterna a la humanidad por medio de la redención por su sangre y el poder de su Espíritu regenerador. —Los apóstoles declaran lo que han visto y oído para que los creyentes compartieran sus bendiciones y ventajas eternas. Tenían libre acceso a Dios Padre. Tuvieron una feliz experiencia de la verdad en sus almas, y mostraron su excelencia en sus vidas. Esta comunión de los creyentes con el Padre y el Hijo empieza y es sustentada por el poder del Espíritu Santo. Los beneficios que Cristo concede, no son las mezquinas posesiones del mundo que causan envidia en los demás, sino el gozo y la felicidad de la comunión con Dios son absolutamente suficientes, de modo que cualquier cantidad de personas puede participar de ellos; y todos los autorizados para decir que en verdad su comunión es con el Padre, desearán guiar a otros a participar de la misma bienaventuranza.

Vv. 5—10. Todos debiéramos recibir jubilosos un mensaje del Señor Jesús, el Verbo de vida, el Verbo eterno. El gran Dios debe ser representado a este mundo oscuro como luz pura y perfecta. Como esta es la naturaleza de Dios, sus doctrinas y preceptos deben ser tales. Como su perfecta felicidad no puede separarse de su perfecta santidad, así nuestra felicidad será proporcional a la santidad de nuestro ser. Andar en tinieblas es vivir y actuar contra la religión. Dios no mantiene comunión o relación celestial con las almas impías. No hay verdad en la confesión de ellas; su práctica muestra su necedad y falsedad. La vida eterna, el Hijo eterno, se vistió de carne y sangre, y murió para lavarnos de nuestros pecados en su sangre, y procura para nosotros las influencias sagradas por las cuales el pecado tiene que ser sometido más y más hasta que sea completamente acabado. Mientras se insiste en la necesidad de un andar santo, como efecto y prueba de conocer a Dios en Cristo Jesús, se advierte con igual cuidado en contra del error opuesto del orgullo de la justicia propia. Todos los que andan cerca de Dios, en santidad y justicia, están conscientes de que sus mejores días y sus mejores deberes están contaminados con el pecado. Dios ha dado testimonio de la pecaminosidad del mundo proveyendo un Sacrificio eficaz y suficiente por el pecado, necesario en todas las épocas; y se muestra la pecaminosidad de los mismos creyentes al pedirles que confiesen continuamente sus pecados y recurran por fe a la sangre del Sacrificio. Declarémonos culpables ante Dios, humillémonos y dispongámonos a conocer lo peor de nuestro caso. Confesemos honestamente todos nuestros pecados en su plena magnitud, confiando totalmente en su misericordia y verdad por medio de la justicia de Cristo, para un perdón libre y completo y por nuestra liberación del poder y la práctica del pecado.

CAPÍTULO II

Versículos 1, 2. *El apóstol se dirige a la expiación de Cristo para ayuda contra las debilidades pecaminosas.* 3—11. *Los efectos del conocimiento salvador para producir obediencia y amor a los hermanos.* 12—14. *Los cristianos son tratados como hijitos, jóvenes y padres.* 15—23. *Todos son advertidos en contra del amor a este mundo y contra el error.* 24—29. *Exhortación a permanecer firmes en la fe y la santidad.*

Vv. 1, 2. Tenemos un Abogado para con el Padre; uno que ha prometido, y es plenamente capaz de

defender a cada uno que solicite perdón y salvación en su nombre, dependiendo de que Él abogue por ellos. Él es “Jesús”, el Salvador, y “Cristo”, el Mesías, el Ungido. Él solo es “el Justo”, que recibió su naturaleza libre de pecado, y como fiador nuestro obedeció perfectamente la ley de Dios, y así cumplió toda justicia. Todos los hombres de todo país, y a través de sucesivas generaciones, están invitados a ir a Dios a través de esta expiación absolutamente suficiente y por este camino nuevo y vivo. El evangelio, cuando se comprende y recibe correctamente, pone el corazón en contra de todo pecado y contra su práctica permitida; y al mismo tiempo, da un bendito alivio a las conciencias heridas de los que han pecado.

Vv. 3—11. ¿Qué conocimiento de Cristo puede ser aquel que no ve que Él es digno de toda nuestra obediencia? La vida de desobediencia muestra que no hay religión ni honestidad en el profesante. —El amor de Dios es perfeccionado en aquel que obedece sus mandamientos. La gracia de Dios en Él obtiene su marca verdadera, y produce su efecto soberano tanto como puede ser en este mundo, y esta es la regeneración del hombre, aunque aquí nunca sea absolutamente perfecta. Sin embargo, esta observancia de los mandamientos de Cristo tiene santidad y excelencia, que si fuesen universales, harían que la tierra se pareciera al cielo mismo. —El mandamiento de amarse los unos a los otros ha tenido vigencia desde el comienzo del mundo, pero podría considerarse como mandamiento nuevo al darlo a los cristianos. Era nuevo para ellos, como era nueva su situación respecto de sus motivos, reglas y obligaciones. Siguen en estado de tinieblas los que andan con odio y enemistad contra los creyentes. El amor cristiano nos enseña a valorar el alma de nuestro hermano y a temer todo lo que dañe su pureza y su paz. Donde haya tinieblas espirituales, estarán entenebrecidos la mente, el juicio y la conciencia, y erraremos el camino a la vida celestial. Estas cosas exigen un serio examen de sí; y la oración ferviente para que Dios nos muestre qué somos y dónde vamos.

Vv. 12—14. Como los cristianos tienen sus estados propios, tienen sus deberes peculiares; pero hay preceptos y obediencia que afectan a todos, particularmente el amor mutuo y el desprecio al mundo. El discípulo sincero más joven es perdonado; la comunión de los santos va acompañada del perdón de pecados. Los que tienen la permanencia más prolongada en la escuela de Cristo necesitan aun más consejo e instrucción. Se debe escribir a los padres, y predicarles; nadie es demasiado viejo para aprender. Pero esto vale especialmente para los jóvenes en Cristo Jesús, aunque hayan alcanzado fortaleza de espíritu y sano sentido, hayan resistido exitosamente las primeras pruebas y tentaciones, hayan roto con las malas costumbres y relaciones, y hayan entrado por la puerta estrecha de la conversión verdadera. —Se vuelve a dirigir a los diferentes grupos de cristianos. Los niños en Cristo saben que Dios es su Padre: esa es su sabiduría. Los creyentes avanzados que conocen a Aquel que fue desde el comienzo, antes que este mundo fuese hecho, muy bien pueden ser guiados por eso a renunciar a este mundo. —La gloria de las personas jóvenes será la fortaleza en Cristo y en su gracia. Ellos vencen al maligno por la palabra de Dios.

Vv. 15—17. Las cosas del mundo pueden desearse y poseerse para los usos y propósitos que Dios concibió, y hay que usarlas por su gracia y para su gloria; pero los creyentes no deben buscarlas ni valorarlas para propósitos en que el pecado abusa de ellas. El mundo aparta de Dios el corazón y mientras más prevalezca el amor al mundo, más decae el amor a Dios. Las cosas del mundo se clasifican conforme a las tres inclinaciones reinantes de la naturaleza depravada: —1. La concupiscencia de la carne, del cuerpo: los malos deseos del corazón, el apetito de darse el gusto con todas las cosas que excitan e inflaman los placeres sensuales. —2. La concupiscencia de los ojos: los ojos se deleitan con las riquezas y las posesiones ricas; esta es la concupiscencia de la codicia. —3. La soberbia de la vida: el hombre vano ansía la grandeza y la pompa de una vida de vanagloria, lo cual comprende una sed de honores y aplausos. Las cosas del mundo se desvanecen rápidamente y mueren; el mismo deseo desfallecerá y cesará dentro de poco tiempo, pero el santo afecto no es como la lujuria pasajera. El amor de Dios nunca desfallecerá. —Muchos vanos esfuerzos se han hecho para eludir la fuerza de este pasaje con limitaciones, distinciones o excepciones. Muchos han tratado de mostrar cuán lejos podemos ir estando orientados carnalmente y amando al mundo; pero no resulta fácil equivocarse respecto al significado evidente de estos

versículos. A menos que esta victoria sobre el mundo empiece en el corazón, el hombre no tiene raíces en sí mismo y caerá o, en el mejor de los casos, será un profesante estéril. De todos modos, estas vanidades son tan seductoras para la corrupción de nuestros corazones, que, sin velar y orar sin cesar, no podemos escapar del mundo ni lograr la victoria sobre su dios y príncipe.

Vv. 18—23. Todo hombre que niega la Persona o alguno de los oficios de Cristo es anticristo; y al negar al Hijo, niega también al Padre, y no tiene parte en su favor porque rechaza su gran salvación. Que esta profecía la aparición de seductores en el mundo cristiano nos resguarde de ser seducidos. La Iglesia no sabe bien quiénes son sus miembros verdaderos, ni quienes no lo son, pero así se prueba a los verdaderos cristianos que se hacen más vigilantes y humildes. Los verdaderos cristianos son los ungidos, como su nombre lo expresa: son los ungidos por el Espíritu Santo con gracia, con dones y privilegios espirituales. Las mentiras más grandes y perjudiciales que difunde el padre de mentira en el mundo suelen ser falsedades y errores relativos a la persona de Cristo. Sólo la unción del Santo puede guardarnos de los engaños. Mientras juzgamos favorablemente a todos los que confían en Cristo como el Salvador Divino, y obedecen su palabra y procuran vivir unidos con ellos, tengamos lástima y oremos por los que niegan la deidad de Cristo o su expiación y la obra de nueva creación que hace el Espíritu Santo. Protestemos contra la doctrina anticristiana y guardémonos de ellos lo más que podamos.

Vv. 24—29. La verdad de Cristo que permanece en nosotros es el medio de separarse del pecado y unirse al Hijo de Dios, Juan xv, 3, 4. ¡Cuánto valor debemos dar a la verdad del evangelio! Por él se asegura la promesa de la vida eterna. La promesa que hace Dios es adecuada a su propia grandeza, poder y bondad; es la vida eterna. —El Espíritu de verdad no mentará; y enseña todas las cosas de la presente dispensación, todas las cosas necesarias para nuestro conocimiento de Dios en Cristo, y su gloria en el evangelio. —El apóstol repite la amable palabra, “hijitos” que denota su afecto. Él persuade por amor. Los privilegios del evangelio obligan a los deberes del evangelio; y los ungidos por el Señor Jesús permanecen con Él. La nueva naturaleza espiritual es del Señor Cristo. El que es constante en la práctica de la religión en las épocas de prueba, demuestra que es nacido de lo alto, del Señor Cristo. Entonces, cuidémonos de sostener con injusticia la verdad, recordando que sólo son nacidos de Dios los que llevan su santa imagen y andan en sus caminos más justos.

CAPÍTULO III

Versículos 1, 2. *El apóstol admira el amor de Dios al hacer sus hijos a los creyentes.* 3—10. *La influencia purificadora de la esperanza de ver a Cristo, y el peligro de pretender esto viviendo en pecado.* 11—15. *El amor a los hermanos es el carácter del verdadero cristiano.* 16—21. *Ese amor es descrito por sus actos.* 22—24. *La ventaja de la fe, el amor y la obediencia.*

Vv. 1, 2. Poco conoce el mundo la dicha de los verdaderos seguidores de Cristo. Poco piensa el mundo que estos pobres, humildes y despreciados son los favoritos de Dios y que habitarán en el cielo. Los seguidores de Cristo deben contentarse con las dificultades de aquí, puesto que están en tierra de extranjeros, donde su Señor fue tan maltratado antes que ellos. —Los hijos de Dios deben andar por fe y vivir por esperanza. Bien pueden esperar con fe, esperanza y ferviente deseo la revelación del Señor Jesús. Los hijos de Dios serán conocidos, y manifestados por su semejanza con su Cabeza. Serán transformados a la misma imagen, por verle a Él.

Vv. 3—10. Los hijos de Dios saben que su Señor es de ojos muy puros que no permiten que nada impío e impuro habite en Él. La esperanza de los hipócritas, no la de los hijos de Dios, es la que permite la satisfacción de deseos y concupiscencias impuras. Seamos sus seguidores como hijos amados, mostrando así nuestro sentido de su indecible misericordia y expresemos esa mentalidad

humilde, agradecida y obediente que nos corresponde. —El pecado es rechazar la ley divina. En Él, esto es, en Cristo no hubo pecado. Él asumió todas las debilidades, pero sin pecado, que fueron consecuencias de la caída, esto es, todas esas debilidades de la mente o cuerpo que someten al hombre a los sufrimientos y lo exponen a la tentación. Pero Él no tuvo nuestra debilidad moral, nuestra tendencia al pecado. —El que permanece en Cristo no practica habitualmente el pecado. Renunciar al pecado es la gran prueba de la unión espiritual con el Señor Cristo, y de la permanencia en Él y en su conocimiento salvador. Cuidado con engañarse a uno mismo. El que hace justicia es justo y es seguidor de Cristo, demuestra interés por fe en su obediencia y sufrimientos. Pero el hombre no puede actuar como el diablo y ser, al mismo tiempo, un discípulo de Cristo Jesús. No sirvamos ni consintamos en aquello que el Hijo de Dios vino a destruir. Ser nacido de Dios es ser internamente renovado por el poder del Espíritu de Dios. La gracia renovadora es un principio permanente. La religión no es un arte, ni asunto de destreza o pericia sino una nueva naturaleza. La persona regenerada no puede pecar como pecaba antes de nacer de Dios, ni como pecan otros que no son nacidos de nuevo. Existe esa luz en su mente que le muestra el mal y la malignidad del pecado. Existe esa inclinación en su corazón que le dispone a aborrecer y odiar el pecado. Existe el principio espiritual que se opone a los actos pecaminosos. Y existe el arrepentimiento cuando se comete el pecado. Pecar intencionalmente es algo contrario a él. —Los hijos de Dios y los hijos del diablo tienen sus caracteres diferentes. La simiente de la serpiente es conocida por su descuido de la religión y por su odio a los cristianos verdaderos. Sólo es justo ante Dios, como creyente justificado, el que es enseñado y dispuesto a la justicia por el Espíritu Santo. En *esto* se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo. Los profesantes del evangelio deben tomar muy a pecho estas verdades y probarse a sí mismos por ellas.

Vv. 11—15. Debemos amar al Señor Jesús, valorar su amor, y por tanto, amar a todos nuestros hermanos en Cristo. Este amor es el fruto especial de nuestra fe, y señal segura de que somos nacidos de nuevo. Pero nadie que conozca rectamente el corazón del hombre puede asombrarse ante el desprecio y enemistad de la gente impía contra los hijos de Dios. —Sabemos que pasamos de muerte a vida: podemos saberlo por las pruebas de nuestra fe en Cristo, de las cuales una es el amor a los hermanos. No es el celo por un partido de la religión común, ni afecto por los que son de la misma denominación y sentimientos que nosotros. La vida de la gracia en el corazón de la persona regenerada es el comienzo y el primer principio de la vida de gloria de la cual están destituidos los que odian a sus hermanos en sus corazones.

Vv. 16—21. He aquí la condescendencia, el milagro, el misterio del amor divino: que Dios redima a la Iglesia con su propia sangre. Seguramente amamos a los que Dios ha amado y amado *a tal punto*. El Espíritu Santo, dolido por el egoísmo, abandona al corazón egoísta sin consuelo, dejándolo lleno de tinieblas y terror. ¿Cómo se puede saber si un hombre tiene el sentido verdadero del amor de Cristo por los pecadores que perecen, o si el amor de Dios fue plantado en su corazón por el Espíritu Santo?, si el amor al mundo y por su bien supera a los sentimientos de compasión por el hermano que perece. Cada ejemplo de este egoísmo debe debilitar las pruebas de la conversión del hombre; cuando es algo habitual y permitido, decide en su contra. Si la conciencia nos condena por pecado conocido, o por descuidar un deber conocido, Dios también. Por tanto, dejemos que la conciencia esté bien informada, sea escuchada y atendida con diligencia.

Vv. 22—24. Cuando los creyentes tienen confianza en Dios, por medio del Espíritu de adopción, y por fe en el gran Sumo Sacerdote, pueden pedir lo que quieran de su Padre reconciliado. Lo recibirán si es bueno para ellos. Como desde el cielo se proclamó buena voluntad para con los hombres, así debe haber buena voluntad para con los hombres, en particular los hermanos, en los corazones de los que van a Dios y al cielo. —El que así sigue a Cristo, habita en Él como su arca, refugio y reposo, y en el Padre por medio de Él. Esta unión entre Cristo y las almas de los creyentes, es por el Espíritu que Él les ha dado. —El hombre puede creer que Dios es bondadoso antes de conocerle; pero cuando la fe se posesiona de las promesas, pone a trabajar su razón. El Espíritu de Dios obra un cambio; en todos los cristianos verdaderos, cambia del poder de Satanás al poder de Dios. Considera, creyente, cómo cambia tu corazón. ¿No anhelas la paz con

Dios? ¿No renunciarías a todo lo del mundo por ella? Ningún provecho, placer o preferencia te impedirá seguir a Cristo. Esta salvación está edificada sobre el testimonio divino, el Espíritu de Dios.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Los creyentes son advertidos en contra de atender a cualquiera que pretende tener el Espíritu.* 7—21. *El amor fraternal está vigente.*

Vv. 1—6. Los cristianos que están bien familiarizados con las Escrituras pueden discernir, en humilde dependencia de la enseñanza divina, a los que establecen doctrinas conforme a los apóstoles y aquellos que les contradicen. La suma de la religión revelada está en la doctrina referida a Cristo, Su persona y oficio. Los falsos maestros hablan al mundo conforme a sus máximas y gustos, como para no ofender a los hombres carnales. El mundo los aprueba, progresan rápido y tienen muchos seguidores como ellos; el mundo amará a los suyos y los suyos le amarán. —La doctrina verdadera de la persona del Salvador, que saca a los hombres desde el mundo a Dios, es marca del espíritu de verdad que se opone al espíritu de error. Mientras más pura y santa sea una doctrina, más probable que sea de Dios; tampoco podemos probar los espíritus por ninguna otra regla, para saber si son o no de Dios. Y ¿qué maravilla es que la gente de espíritu mundano se aferre a esos que son como ellos, y que adecuan sus estratagemas y discursos a su gusto corrupto?

Vv. 7—13. El Espíritu de Dios es el Espíritu de amor. El que no ama la imagen de Dios en Su pueblo, no tiene conocimiento salvador de Dios. Pues ser bueno y dar felicidad es la naturaleza de Dios. La ley de Dios es amor; y todos serán perfectamente felices si todos la hubiesen obedecido. La provisión del evangelio, para el perdón de pecado, y la salvación de los pecadores, consistente con la gloria y la justicia de Dios, demuestra que Dios es amor. El misterio y las tinieblas aún penden sobre muchas cosas. Dios se ha demostrado siendo amor para que no podamos dejar de alcanzar la felicidad eterna, a menos que sea por la incredulidad y la impenitencia, aunque la justicia estricta nos condenara a la miseria desesperanzada por romper las leyes de nuestro Creador. —Ninguna palabra ni pensamiento de nosotros puede hacer justicia al amor gratuito y asombroso del santo Dios para con los pecadores, que no podrían beneficiarse de Él ni dañarle, a los que Él podría aplastar justicieramente en un momento, y a los que, siendo merecedores de Su venganza, Él muestra el método por el cual fueron salvados aunque Él podía haber creado, por Su Palabra todopoderosa, otros mundos con seres más perfectos si lo hubiera considerado bien. ¿Investigamos todo el universo buscando al amor en sus despliegues más gloriosos? Se halla en la persona y la cruz de Cristo. ¿Existe el amor entre Dios y los pecadores? Aquí estaba el origen, no que nosotros amáramos a Dios sino que Él nos amó libremente. Su amor no podía estar concebido para ser infructuoso en nosotros, y cuando su fin y tema apropiados se ganen y produzcan, puede decirse que está perfeccionado. Así es perfeccionada la fe por sus obras. Así se manifestará que Dios habita en nosotros por Su Espíritu que crea de nuevo. —El cristiano que ama es el cristiano perfecto; póngalo en cualquier deber bueno y es perfecto para eso, es experto en eso. El amor aceita las ruedas de sus afectos y lo pone en eso que es útil para sus hermanos. El hombre que se ocupa de algo con mala voluntad, siempre lo hace mal. Que Dios habite en nosotros y nosotros en Él, eran palabras demasiado elevadas para que las usaran los mortales si Dios no las hubiera puesto delante de nosotros. Pero, ¿cómo puede saberse si el testimonio de esto procede del Espíritu Santo? Aquellos que están verdaderamente persuadidos de ser los hijos de Dios no pueden sino llamarlo Abba, Padre. Por amor a Él, odian el pecado y todo lo que no concuerde con Su voluntad, y tienen el deseo sano de todo corazón de hacer Su voluntad. Tal testimonio es el testimonio del Espíritu Santo.

Vv. 14—21. El Padre envió al Hijo, Él deseó Su venida a este mundo. El apóstol atestigua esto. Y cualquiera que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, en ése habita Dios y ése en Dios. Esta

confesión abarca la fe en el corazón como fundamento; reconoce con la boca la gloria de Dios y Cristo, y confiesa en la vida y conducta contra los halagos y ceños fruncidos del mundo. —Debe haber un día de juicio universal. ¡Dichosos aquellos que tendrán osadía santa ante el Juez en aquel día sabiendo que Él es su Amigo y Abogado! Dichosos aquellos que tendrán osadía santa en la perspectiva de aquel día, que miran y esperan por eso y por la manifestación del Juez. El verdadero amor a Dios asegura a los creyentes del amor de Dios por ellos. El amor nos enseña a sufrir por Él y con Él; por tanto, podemos confiar que también seremos glorificados con Él, 2 Timoteo ii, 12. — Debemos distinguir entre el temor de Dios y tenerle miedo; el temor de Dios comprende alta consideración y veneración por Dios. La obediencia y las buenas obras hechas a partir del principio del amor, no son como el esfuerzo servil de uno que trabaja sin voluntad por miedo a la ira del amo. Son como las de un hijo obediente que sirve a un padre amado que beneficia a sus hermanos y las hace voluntariamente. Señal de que nuestro amor dista mucho de ser perfecto si son muchas nuestras dudas, temores y aprensiones de Dios. Que el cielo y la tierra se asombren por Su amor. Él envió Su palabra a invitar a los pecadores a participar de esta gran salvación. Que ellos tengan el consuelo del cambio feliz obrado en ellos mientras le dan a Él la gloria. —El amor de Dios en Cristo, en los corazones de los cristianos por el Espíritu de adopción, es la prueba grande de la conversión. Esta debe ser probada por sus efectos en sus temperamentos, y en sus conductas para con sus hermanos. Si un hombre dice amar a Dios y, sin embargo, se permite ira o venganza, o muestra una disposición egoísta, desmiente a su confesión. Pero si es evidente que nuestra enemistad natural está cambiada en afecto y gratitud, bendigamos el nombre de nuestro Dios por este sello y primicia de dicha eterna. Entonces nos diferenciamos de los profesos falsos que pretenden amar a Dios a quien no han visto pero odian a sus hermanos a los que han visto.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *El amor fraternal es el efecto del nuevo nacimiento, que hace grato obedecer todos los mandamientos de Dios.* 6—8. *Referencia a los testigos que concuerdan en probar que Jesús, el Hijo de Dios, es el Mesías verdadero.* 9—12. *La satisfacción que tiene el creyente por Cristo, y la vida eterna por medio de Él.* 13—17. *La seguridad de que Dios oye y contesta las oraciones.* 18—21. *La feliz condición de los creyentes verdaderos, y el mandato de renunciar a la idolatría.*

Vv. 1—5. El verdadero amor por el pueblo de Dios se puede distinguir de la amabilidad natural o los afectos partidistas por estar unido con el amor de Dios, y la obediencia a sus mandamientos. El mismo Espíritu Santo que enseñó el amor, tendrá que enseñar también la obediencia; el hombre que peca por costumbre o descuida el deber que conoce, no puede amar de verdad a los hijos de Dios. —Como los mandamientos de Dios son reglas santas, justas y buenas de libertad y felicidad, así los que son nacidos de Dios y le aman, no los consideran gravosos, y lamentan no poder servirle en forma más perfecta. Se requiere abnegación, pero los cristianos verdaderos tienen un principio que los hace superar todos los obstáculos. Aunque el conflicto suele ser agudo, y el regenerado se ve derribado, de todos modos se levantará y renovará con denuedo su batalla. Pero todos, salvo los creyentes en Cristo, son esclavos en uno u otro aspecto de las costumbres, opiniones o intereses del mundo. La fe es la causa de la victoria, el medio, el instrumento, la armadura espiritual por la cual vencemos. En fe y por fe nos aferramos de Cristo, despreciamos el mundo y nos oponemos a él. La fe santifica el corazón y lo purifica de las concupiscencias sensuales por las cuales el mundo obtiene ventaja y dominio de las almas. Tiene el Espíritu de gracia que le habita, el cual es mayor que el que está en el mundo. El cristiano verdadero vence al mundo por fe; ve en la vida y conducta del Señor Jesús en la tierra y medio de ella, que debe renunciar y vencer a este mundo. No puede estar satisfecho con este mundo y mira más allá de él y continua inclinado, esforzándose y extendiéndose

hacia el cielo. Todos debemos, por el ejemplo de Cristo, vencer al mundo o nos vencerá para nuestra ruina.

Vv. 6—8. Estamos corrompidos por dentro y por fuera; por dentro, por el poder y la contaminación del pecado en nuestra naturaleza. Porque nuestra limpieza interior está en Cristo Jesús y por medio de Él, el lavado de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo. Algunos piensan que aquí se representan los dos sacramentos: el bautismo con agua, como señal externa de regeneración y purificación por el Espíritu Santo de la contaminación del pecado; y la cena del Señor, como señal externa del derramamiento de la sangre de Cristo, y de recibirle por fe para perdón y justificación. Estas dos maneras de limpiarse estaban representadas en los antiguos sacrificios y lavados ceremoniales. El agua y la sangre incluyen todo lo que es necesario para nuestra salvación. Nuestras almas son lavadas y purificadas, por el agua, para el cielo y la habitación de los santos en luz. Somos justificados, reconciliados y presentados como justos, por la sangre, a Dios. El Espíritu purificador para el lavado interior de nuestra naturaleza se obtiene por la sangre, habiendo sido satisfecha la maldición de la ley. El agua y la sangre fluyeron del costado del Redentor sacrificado. Él amaba a la Iglesia y se dio por ella para santificarla y limpiarla con el lavamiento del agua por la palabra; para presentársela para sí una Iglesia gloriosa, Efesios v, 25–27. Esto fue hecho en Espíritu de Dios y por Él, conforme a la declaración del Salvador. Él es el Espíritu de Dios y no puede mentir. —Tres dieron testimonio de las doctrinas de la persona de Cristo y su salvación. El Padre, repetidamente, por una voz desde el cielo declaró que Jesús era su Hijo amado. La Palabra declara que Él y el Padre eran Uno, y que quien lo ha visto a Él, ha visto al Padre. También el Espíritu Santo descendió del cielo y se posó en Cristo en su bautismo; Él había dado testimonio de Cristo por medio de todos los profetas, y dio testimonio de su resurrección y oficio de mediador por el don de poderes milagrosos a los apóstoles. Pero se cite o no este pasaje, la doctrina de la trinidad en unidad sigue igualmente firme y cierta. —Hubo tres testimonios para la doctrina enseñada por los apóstoles, respecto de la persona y salvación de Cristo. —1. El Espíritu Santo. Venimos al mundo con una disposición carnal corrupta que es enemistad contra Dios. Que esto sea eliminado por la regeneración y la nueva creación de almas por el Espíritu Santo, es testimonio del Salvador. —2. El agua: establece la pureza y el poder purificador del Salvador. La pureza y la santidad actual y activa de sus discípulos están representadas por el bautismo. —3. La sangre que Él derramó: este fue nuestro rescate, esto testifica de Jesucristo; selló y terminó los sacrificios del Antiguo Testamento. Los beneficios procurados por su sangre, prueban que Él es el Salvador del mundo. No es de extrañarse que quien rechaza esta evidencia sea juzgado por blasfemar del Espíritu de Dios. Los tres testigos son para uno e idéntico propósito; concuerdan en una y la misma cosa.

Vv. 9—12. Nada puede ser más absurdo que la conducta de los que dudan de la verdad del cristianismo, mientras en los asuntos corrientes de la vida no vacilan en proceder basados en el testimonio humano, y considerarían desquiciado a quien declinara hacerlo así. El cristiano verdadero ha visto su culpa y miseria, y su necesidad de un Salvador así. Ha visto lo adecuado de tal Salvador para todas sus necesidades y circunstancias espirituales. Ha encontrado y sentido el poder de la palabra y la doctrina de Cristo, humillando, sanando, vivificando y consolando su alma. Tiene una nueva disposición y nuevos deleites, y no es el hombre que fue anteriormente. Pero aún halla un conflicto consigo mismo, con el pecado, con la carne, el mundo y las potestades malignas. Pero halla tal fuerza de la fe en Cristo, que puede vencer al mundo y seguir viaje hacia uno mejor. Tal seguridad tiene el creyente del evangelio: tiene un testigo en sí mismo que acaba con toda duda del tema, salvo en las horas de tinieblas o conflicto; pero no pueden sacarlo de su fe en las verdades principales del evangelio. —Aquí está lo que hace tan espantoso el pecado del incrédulo: el pecado de la incredulidad. Él trata de mentiroso a Dios; porque no cree el testimonio que Dios dio de su Hijo. En vano es que un hombre alegue que cree el testimonio de Dios en otras cosas, mientras lo rechaza en esto. El que rehúsa confiar y honrar a Cristo como Hijo de Dios, el que desdeña someterse a su enseñanza como Profeta, a confiar en su expiación e intercesión como gran Sumo Sacerdote u obedecerle como Rey, está muerto en pecado, bajo condenación; una moral externa,

conocimiento, formas, nociones o confianzas de nada le servirán.

Vv. 13—17. Basados en todas estas pruebas sólo es justo que creamos en el nombre del Hijo de Dios. Los creyentes tienen vida eterna en el pacto del evangelio. Entonces, recibamos agradecidos el registro de la Escritura. Siempre abundando en la obra del Señor, sabiendo que nuestro trabajo en el Señor no es en vano. El Señor Cristo nos invita a ir a Él en todas las circunstancias, con nuestras súplicas y peticiones, a pesar del pecado que nos asedia. Nuestras oraciones deben ser ofrecidas siempre sometidas a la voluntad de Dios. En algunas cosas son contestadas rápidamente, en otras son otorgadas de la mejor manera, aunque no como se pidió. Debemos orar por el prójimo y por nosotros mismos. Hay pecados que batallan contra la vida espiritual en el alma y contra la vida de lo alto. No podemos orar que sean perdonados los pecados de los impenitentes e incrédulos mientras sigan así; ni que les sea otorgada misericordia, la cual supone el perdón de pecado, mientras sigan voluntariamente así. Pero podemos orar por su arrepentimiento, por el enriquecimiento de ellos con la fe en Cristo, y sobre la base de ella, por todas las demás misericordias salvadoras. —Debemos orar por el prójimo y por nosotros rogando al Señor que perdone y recupere al caído y alivie al tentado y afligido. Seamos agradecidos de verdad porque no hay pecado para muerte del cual uno se arrepienta verdaderamente.

Vv. 18—21. Toda la humanidad está dividida en dos partes o esferas: el que pertenece a Dios y el que pertenece al maligno. Los creyentes verdaderos pertenecen a Dios; son de Dios y vienen de Él, para Él y por Él; mientras el resto, de lejos la gran mayoría, está en el poder del maligno; hacen sus obras y apoyan su causa. Esta declaración general comprende a todos los incrédulos, cualquiera sea su profesión, situación o posición o cualquiera sea el nombre por el que se llamen. El Hijo guía a los creyentes al Padre y ellos están en el amor y el favor de ambos; en unión con ambos, por la morada y obra del Espíritu Santo. ¡Dichosos aquellos a los que es dado saber que el Hijo de Dios ha venido, y tienen un corazón que confía y descansa en el que es verdadero! Que este sea nuestro privilegio: que seamos guardados de todos los ídolos y las falsas doctrinas, y del amor idólatra a los objetos mundanos, y que seamos mantenidos por el poder de Dios, por medio de la fe, para salvación eterna. A este verdadero Dios vivo sea la gloria y el dominio por siempre jamás. Amén.

SEGUNDA DE JUAN

Esta epístola es como un resumen de la primera; en pocas palabras, trata los mismos puntos. La señora elegida es elogiada por la educación virtuosa y religiosa de sus hijos; se le exhorta a permanecer en la doctrina de Cristo, a perseverar en la verdad y a evitar cuidadosamente los engaños de los falsos maestros. Pero el apóstol le ruega principalmente que practique el gran mandamiento del amor y la caridad cristianos.

Versículos 1—3. *El apóstol saluda a la señora elegida y a sus hijos.* 4—6. *Expresa su gozo por la fe y el amor de ellos.* 7—11. *Les advierte contra los engañadores.* 12, 13. *Y termina.*

Vv. 1—3. La religión vuelve los cumplidos en verdaderas expresiones de respeto y amor. Un discípulo anciano es honorable; un apóstol y líder anciano de los discípulos lo es más. La carta es para una noble señora cristiana y sus hijos; bueno es que el evangelio se halle entre ellos: algunas

personas nobles reciben el llamado. Las familias tienen que ser animadas y dirigidas en su amor y deberes hogareños. Los que aman la verdad y la piedad en sí mismos, deben amarla en el prójimo; los cristianos amaban a esta señora, no por su rango, sino por su santidad. Donde esté de verdad la religión, se quedará para siempre. —De las Personas divinas de la deidad el apóstol les desea la gracia, el favor divino y la buena voluntad, la fuente de todas las cosas buenas. Indudablemente es gracia que la bendición espiritual sea dada a los mortales pecadores. La misericordia y el libre perdón, porque los que ya son ricos en gracia, necesitan perdón continuo. Paz, tranquilidad de espíritu, y conciencia limpia, en la reconciliación asegurada con Dios, junto con toda prosperidad externa que es realmente para siempre: estas son deseadas en verdad y amor.

Vv. 4—6. Bueno es haber sido enseñado tempranamente en la religión; los niños pueden ser amados por amor de sus padres. Dio gran gozo al apóstol ver a los niños andando en las huellas de sus padres, y probablemente, a su vez, apoyando al evangelio. Que Dios bendiga más y más a esas familias, y levante a muchos que imiten su ejemplo. ¡Qué agradable es el contraste con los muchos que infunden la irreligiosidad, la infidelidad y el vicio en sus hijos! Nuestro camino es verdadero, nuestra conducta es buena, cuando están de acuerdo con la palabra de Dios. Podría decirse que este mandamiento de amor cristiano mutuo es un mandamiento nuevo porque fue declarado por el Señor Cristo, pero, en cuanto a su tema, es antiguo. Este es el amor a nuestras almas, que obedecemos los mandamientos divinos. La visión anticipada de la declinación de este amor, y de otras apostasias o desvíos, puede ser la explicación de esta exhortación del apóstol al deber y la obediencia a este mandamiento con frecuencia y fervor.

Vv. 7—11. Se describen el engañador y su engaño: él trae error acerca de la persona y oficio del Señor Jesús. Tal es un engañador y un anticristo; engaña a las almas y sabotea la gloria y el reino del Señor Cristo. No pensemos que es raro que ahora haya engañadores y opositores del nombre y la dignidad del Señor Cristo, porque los hubo en los tiempos de los apóstoles. —Mientras más abunden los engañadores y los engaños, más alertas deben estar los discípulos. Triste es que los espléndidos logros en la escuela de Cristo se pierdan para siempre. La manera de ganar la recompensa plena es permanecer veraz a Cristo y constante en la religión hasta el final. El aferrarse firme a la verdad cristiana nos une a Cristo, y por Él, también al Padre, porque ellos son uno. Descartemos igualmente a los que no permanecen en la doctrina de Cristo y los que transgreden sus mandamientos. Cualquiera que no profesa ni predica la doctrina de Cristo, respetándole como Hijo de Dios, y la salvación de la culpa y del pecado por medio de Él, no deben ser notados ni tomados en cuenta. Pero en obediencia a este mandamiento debemos demostrar bondad y buen espíritu a los que difieren de nosotros en asuntos menores, pero sostienen firmemente todas las doctrinas importantes de la persona de Cristo y de la santa salvación.

Vv 12, 13. El apóstol refiere muchas cosas a una reunión personal. Pluma y tinta eran medios de fortalecer y consolar al prójimo, pero verse es mejor. La comunión de los santos debe ser mantenida por todos los métodos y debe llevar al gozo mutuo. En la comunión con ellos encontramos mucho de nuestro gozo presente y esperamos la felicidad para siempre.

TERCERA DE JUAN

Esta epístola está dirigida a un convertido gentil. El alcance es elogiar su constancia en la fe y su hospitalidad especialmente para con los ministros de Cristo.

Versículos 1—8. *El apóstol elogia a Gayo por su piedad y hospitalidad. 9—12. Le advierte para que no se ponga del lado de Diótrefes, que era un espíritu turbulento, pero recomienda a Demetrio como hombre de carácter excelente. 13, 14. Espera ver pronto a Gayo.*

Vv. 1—8. Los que son amados de Cristo, amarán a los hermanos por amor a Él. La prosperidad del alma es la mayor bendición a este lado del cielo. La gracia y la salud son ricas compañías. La gracia empleará la salud. El alma rica puede estar alojada en el cuerpo débil; y la gracia debe, entonces, ejercerse para someterse a tal dispensación. Pero podemos desear y orar que los que tienen almas prósperas puedan tener cuerpos sanos; que su gracia pueda brillar donde aún haya lugar para la actividad. Cuántos profesantes hay, sobre los cuales deben volverse las palabras del apóstol, y debemos desear con fervor y orar que sus almas prosperen, ¡al prosperar su salud y sus circunstancias! —La fe verdadera obrará por amor. Dar un buen informe corresponde a los que reciben el bien; ellos no pueden sino testificar a la iglesia lo que hallaron y sintieron. Los hombres buenos se regocijan en la prosperidad del alma del prójimo; y se alegran al oír de la gracia y la bondad de otros. Así como es gozo para los buenos padres, será un gozo para los buenos ministros ver que su gente adorna su profesión. —Gayo pasó por alto diferencias menores entre cristianos serios y ayudó generosamente a todos los que llevaban la imagen y hacían la obra de Cristo. Fue recto en lo que hizo como siervo fiel. Las almas fieles pueden oír que se les elogia sin envanecerse; la felicitación de lo que es bueno en ellos, los pone a los pies de la cruz de Cristo. —Los cristianos deben considerar no sólo lo que deben hacer, sino lo que pueden hacer; y deben hacer hasta las cosas corrientes de la vida, de buena voluntad, con buen ánimo, sirviendo en ello a Dios y procurando así su gloria. Los que dan a conocer libremente el evangelio de Cristo, serán ayudados por los demás a quienes Dios da los medios. Los que no pueden proclamarlo pueden recibir, de todos modos, ayuda y sostener a los que sí lo hacen.

Vv. 9—12. Debe vigilarse el corazón y la boca. El temperamento y el espíritu de Diótrefes estaba lleno de orgullo y ambición. Es malo no hacer el bien por nosotros mismos, pero es peor estorbar a los que hacen el bien. Esas advertencias y consejos son aceptados, más probablemente, cuando están sazonados con amor. Seguir lo que es bueno, porque el que hace el bien, deleitándose en ellos, es nacido de Dios. Los malhechores pretenden vanamente o se jactan de conocer a Dios. No sigamos lo que es soberbia, egoísmo y de mala intención, aunque el ejemplo sea dado por personas de alto rango y poder; seamos seguidores de Dios y andemos en amor según el ejemplo de nuestro Señor.

Vv. 13, 14. He aquí el carácter de Demetrio. Un nombre en el evangelio o un buen testimonio de las iglesias es mejor que la honra mundana. Después de todo, de pocos se habla bien después de todo; y, a veces, es malo que sea así. Felices aquellos cuyo espíritu y conducta los elogian ante Dios y los hombres. Debemos estar preparados para darles nuestro testimonio; y bueno es cuando los que elogian, pueden apelar a las conciencias de los que conocen mejor a aquellos que son encomiados. La conversación personal, juntos, ahorra tiempo y evita problemas, y los errores que surgen de las cartas; todos los buenos cristianos pueden alegrarse de verse unos a otros. La bendición es, La paz sea contigo; toda la dicha sea contigo. Muy bien pueden saludarse unos a otros en la tierra los que esperan vivir juntos en el cielo. Juntándose con cristianos e imitando el ejemplo de ellos, tendremos

paz interior y viviremos en paz con los hermanos; nuestras comunicaciones con el pueblo del Señor en la tierra serán gratas y seremos contados con ellos en la gloria eterna.

JUDAS

Esta epístola está dirigida a todos los creyentes del evangelio. Su intención es resguardar a los creyentes contra los falsos maestros que habían empezado a infiltrarse en la Iglesia cristiana, y a diseminar preceptos peligrosos para reducir todo el Cristianismo a una fe sólo de nombre y a una profesión externa del evangelio. Habiendo negado así las obligaciones de la santidad personal, enseñaban a sus discípulos a vivir en sendas pecaminosas y, al mismo tiempo, los halagaban con la esperanza de la vida eterna. Se demuestra el vil carácter de estos seductores y se pronuncia su sentencia, y la epístola concluye con advertencias, amonestaciones y consejos para los creyentes.

Versículos 1—4. *El apóstol exhorta a la constancia en la fe. 5—7. El peligro de ser infectado por falsos maestros, y el castigo temible que les será infligido y a sus seguidores. 8—16. Una descripción espantosa de los seductores y de su final deplorable. 17—23. Se advierte a los creyentes a no dejarse sorprender por los engañadores que surgen de entre ellos. 24, 25. La epístola concluye con una alentadora doxología, o palabras de alabanza.*

Vv. 1—4. Los cristianos son llamados del mundo, de su mal espíritu y temperamento; son llamados a ponerse por sobre el mundo, para cosas más elevadas y mejores, para el cielo, para las cosas invisibles y eternas; llamados del pecado a Cristo, de la vanidad a la seriedad, de la inmundicia a la santidad; y esto conforme al propósito y la gracia divino. Si somos santificados y glorificados, todo el honor y la gloria deben atribuirse a Dios y a Él solo. Como es Dios quien empieza la obra de gracia en las almas de los hombres, así es Él quien la ejecuta y la perfecciona. No confiemos en nosotros ni en nuestra cuota de gracia ya recibida, sino en Él y sólo en Él. La misericordia de Dios es el manantial y la fuente de todo lo bueno que tenemos o esperamos; la misericordia, no sólo para el miserable, sino para el culpable. Luego de la misericordia está la paz, que recibimos del sentido de haber obtenido misericordia. De la paz brota el amor; el amor de Cristo a nosotros, nuestro amor a Él, y nuestro amor fraternal de los unos a los otros. El apóstol ruega no que los cristianos se contenten con poco, sino que su alma y sus asociados puedan estar llenas de estas cosas. Nadie es excluido de la oferta e invitación del evangelio, sino los que obstinada y malvadamente se excluyen a sí mismos. Pero la aplicación es para todos los creyentes y sólo para ellos. Es para el débil y para el fuerte. —Los que han recibido la doctrina de esta salvación común deben contender por ella, *eficazmente no furiosamente*. Mentir en favor de la verdad es malo; castigar en nombre de la verdad, no es mejor. Los que han recibido la verdad deben contender por ella como hicieron los apóstoles; sufriendo con paciencia y valor por ella, no haciendo sufrir a los demás, si ellos no aceptan cada noción de lo que llamamos fe o juzgamos importante. Debemos contender eficazmente por la fe oponiéndonos a los que la corrompen o depravan; los que se infiltran sin ser notados; los que reptan como serpientes. Ellos son los peores impíos, los que toman tan atrevidamente la exhortación a pecar porque la gracia de Dios abundó y aún abunda tan maravillosamente, y los que están endurecidos por la magnitud y plenitud de la gracia del evangelio, cuyo designio es librar al hombre del pecado y llevarlo a Dios.

Vv. 5—7. Los privilegios externos, la profesión y la conversión aparente no pueden guardar de la venganza de Dios contra los que se desvían volviéndose a la incredulidad y a la desobediencia. La destrucción de los israelitas incrédulos en el desierto demuestra que nadie debe presumir de sus privilegios. Ellos tuvieron milagros como su pan diario, pero aún así, perecieron en la incredulidad. Un gran número de ángeles no se agradó con los puestos que Dios les asignó; el orgullo fue la causa principal y directa de su caída. Los ángeles caídos están reservados para el juicio del gran día; ¿y los hombres caídos quieren escapar de este? Con toda seguridad que no. Considérese esto en el momento debido. La destrucción de Sodoma es una advertencia a toda voz para todos, para que le prestemos atención, y huyamos de las concupiscencias carnales que batallan contra el alma, 1 Pedro ii, 11. Dios es el mismo Ser puro, justo y santo ahora que entonces. Por lo tanto, temblad y no pequéis, Salmo iv, 4. No descansenos en nada que no someta al alma a la obediencia de Cristo, porque nada sino la renovación de nuestra alma conforme a la imagen divina, que obra el Espíritu Santo, puede impedir que seamos destruidos entre los enemigos de Dios. Considérese el caso de los ángeles y nótese que ninguna dignidad ni valor de criatura sirve. ¡Entonces, cómo debe temblar el hombre que bebe la iniquidad como si fuese agua! Job xv, 16.

Vv. 8—16. Los falsos maestros son soñadores; mancillan grandemente y hieren penosamente el alma. Estos maestros son de mente perturbada y espíritu sedicioso; olvidan que las potestades que hay han sido ordenadas por Dios, Romanos xiii, 1. —En cuanto a la disputa por el cuerpo de Moisés, parece que Satanás deseaba dar a conocer el lugar de su sepulcro a los israelitas para tentarlos a adorarlo, pero se le impidió y descargó su furor con blasfemias desesperadas. Esto debe recordar a todos los que discuten, que nunca se hagan acusaciones con lenguaje ofensivo. Además, de aquí aprendan que debemos defender a los que Dios reconoce. Difícil, si no imposible, es hallar enemigos de la religión cristiana que no vivan, ni hayan vivido, en abierta o secreta oposición a los principios de la religión natural. Aquí son comparados con las bestias aunque a menudo se jactan de ser los más sabios de la humanidad. Ellos se corrompen en las cosas más sencillas y abiertas. La falta reside, no en sus entendimientos sino en sus voluntades depravadas y en sus apetitos y afectos desordenados. —Gran reproche es para la religión, aunque injusto, que los que la confiesen, se opongan a ella de corazón y vida. El Señor remediará esto a su tiempo y a su modo, no a la manera ciega de los hombres que arrancan las espigas de trigo junto con la cizaña. Triste es que los hombres que empezaron en el Espíritu terminen en la carne. Dos veces muertos: ellos estuvieron muertos en su estado natural caído, pero ahora están muertos de nuevo por las pruebas evidentes de su hipocresía. Árboles muertos, ¡por qué cargan al suelo! ¡Fuera con ellos, al fuego! Las olas rugientes son el terror de los pasajeros que navegan, pero cuando llegan a puerto, el ruido y el terror terminan. Los falsos maestros tienen que esperar el peor castigo en este mundo y en el venidero. Brillan como meteoros o estrellas errantes que caen, y luego, se hunden en la negrura de las tinieblas para siempre. —No hay mención de la profecía de Enoc en otra parte de la Escritura; sin embargo, un texto claro de la Escritura prueba cualquier punto que tengamos que creer. De este descubrimos que la venida de Cristo a juzgar fue profetizada tan al principio como fueron los tiempos anteriores al diluvio. El Señor viene: ¡qué tiempo glorioso será! —Fijaos cuán a menudo se repite la palabra “impío”. Ahora, muchos no se refieren a los vocablos pío o impío a menos que sea para burlarse aun de las palabras; pero no es así en el lenguaje que nos enseña el Espíritu Santo. Las palabras duras de unos a otros, especialmente si están mal fundamentadas, ciertamente serán tomadas en cuenta en el día del juicio. —Los hombres malos y seductores se enojan con todo lo que sucede, y nunca están contentos con su propio estado y condición. Su voluntad y su fantasía son su única regla y ley. Los que complacen sus apetitos pecaminosos tienden más a rendirse a las pasiones ingobernables. Los hombres de Dios, desde el comienzo del mundo, han declarado la condena que se les denunció. Evitemos a los tales. Tenemos que seguir a los hombres que sólo siguen a Cristo.

Vv. 17—23. Los hombres sensuales se separan de Cristo y de su Iglesia, y se unen al diablo, al mundo y a la carne, con prácticas impías y pecaminosas. Esto es infinitamente peor que separarse de cualquier rama de la iglesia visible por cuestión de opiniones o modos y circunstancias de gobierno externo o de la adoración. Los hombres sensuales no tienen el espíritu de santidad, y

quienquiera no lo tenga, no pertenece a Cristo. La gracia de la fe es santa hasta lo sumo, porque obra por amor, purifica el corazón y vence al mundo por lo cual se distingue de la fe falsa y muerta. Muy probablemente prevalezcan nuestras oraciones cuando oramos en el Espíritu Santo, bajo su dirección y poder, conforme a la regla de su palabra, con fe, fervor y anhelo; esto es orar en el Espíritu Santo. La fe en la expectativa de vida eterna nos armará contra las trampas del pecado: la fe viva en esta bendita esperanza nos ayudará a mortificar nuestras concupiscencias. —Debemos vigilarnos los unos a los otros; fielmente, pero con prudencia para reprobarnos los unos a los otros, y a dar buen ejemplo a todos los que nos rodean. Esto debe hacerse con compasión, diferenciando entre el débil y el soberbio. Debemos tratar a algunos con ternura. A otros, salvar con temor; enfatizando los terrores del Señor. Todos los esfuerzos deben realizarse con aborrecimiento decidido de los delitos, cuidándonos de evitar todo lo que lleve a la comunión con ellos, o que haya estado conectado con ellos, en obras de tinieblas, manteniéndonos lejos de lo que es malo o parece serlo.

Vv. 24, 25. Dios es poderoso, y tan dispuesto como poderoso, para impedir que caigamos y para presentarnos sin defecto ante la presencia de su gloria. No como quienes nunca hubiesen faltado, sino como quienes, por la misericordia de Dios, y los sufrimientos y los méritos de un Salvador, hubieran sido, en su gran mayoría, justamente condenados hace mucho tiempo. Todos los creyentes sinceros le fueron dados por el Padre; y de todos los así dados, Él no perdió a ninguno, ni perderá a ninguno. Ahora, nuestras faltas nos llenan de temores, dudas y tristeza, pero el Redentor se ha propuesto que su pueblo sea presentado sin defecto. Donde no hay pecado, no habrá pena; donde hay perfección de santidad, habrá perfección de gozo. Miremos con más frecuencia a Aquel que es capaz de impedir que caigamos, de mejorar y de mantener la obra que ha empezado en nosotros hasta que seamos presentados sin culpa delante de la presencia de su gloria. Entonces, nuestros corazones conocerán un gozo más allá del que puede permitir la tierra; entonces Dios también se regocijará por nosotros y se completará el gozo de nuestro compasivo Salvador. Al que ha formado el plan tan sabiamente, y que lo cumplirá fiel y perfectamente, a Él sea la gloria y la majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.

Henry, Matthew

APOCALIPSIS

El Libro del Apocalipsis de San Juan consiste de dos partes principales. —1. Relata “las cosas que son”, esto es, el estado entonces presente de la Iglesia, que contiene la epístola de Juan a las siete iglesias, y su relato de la manifestación del Señor Jesús y su orden para que el apóstol escriba lo que vio, capítulo i, 9–20. También, los sermones o epístolas a las siete iglesias de Asia. Indudablemente se refieren al estado de las respectivas iglesias, como existían entonces, pero contienen excelentes preceptos y exhortaciones, recomendaciones y reprensiones, promesas y amenazas aptas para instruir a la Iglesia cristiana de todos los tiempos. —2. Contiene una profecía de “las cosas que deben suceder pronto”, y describe el estado futuro de la Iglesia, desde la época en que el apóstol contempló las visiones aquí registradas. Está concebida para nuestra mejoría espiritual; para advertir al pecador descuidado, para señalar el camino de salvación al que despertado pregunta, para edificar al creyente débil, consolar al cristiano afligido y tentado, y podemos agregar especialmente, para fortalecer a los mártires de Cristo sometidos a las crueles persecuciones y sufrimientos infligidos por Satanás y sus seguidores.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *El origen y designio divino e importancia de este libro.* 4—8. *El apóstol Juan saluda a las siete iglesias de Asia.* 9—11. *Declara cuándo, dónde y cómo se le hizo la revelación.* 12—20. *Visión, en que vio aparecer a Cristo.*

Vv. 1—3. Este libro es la revelación de Jesucristo; toda la Biblia lo es, porque toda revelación viene por medio de Cristo y todo se relaciona con Él. Su tema principal es exponer los propósitos de Dios acerca de los asuntos de la Iglesia y de las naciones según se relacionan con ella, y del fin del mundo. Todo esto ocurrirá con toda seguridad y empezarán a suceder dentro de muy poco tiempo. Aunque Cristo mismo es Dios y tiene luz y vida en sí, sin embargo, como Mediador entre Dios y el hombre, recibe instrucciones del Padre. A Él debemos el conocimiento de lo que tenemos que esperar de Dios y de lo que Él espera de nosotros. El tema de esta revelación eran las cosas que deben suceder pronto. Se pronuncia una bendición para todos los que leen o escuchan las palabras de esta profecía. Buena ocupación tienen los que investigan la Biblia. No basta con leer y oír, pero debemos mantener en nuestra memoria, en nuestra mente, en nuestros afectos y en la práctica, las cosas que están escritas y seremos bendecidos en la obra. Aun los misterios y las dificultades de este libro están unidos con revelaciones de Dios, adecuadas para imprimir en la mente un temor reverente y para purificar el alma del lector, aunque puede que éste no discerna el significado profético. Ninguna parte de la Escritura expone más plenamente el evangelio y advierte mejor contra el mal del pecado.

Vv. 4—8. No puede haber verdadera paz donde no hay verdadera gracia; donde va primero la gracia, seguirá la paz. Esta bendición es en el nombre de Dios, de la Santa Trinidad, es un acto de adoración. Primero se nombra al Padre, descrito como el Señor, que es, el que era y ha de venir,

eterno, inmutable. El Espíritu Santo es llamado los siete espíritus, el perfecto Espíritu de Dios, en quien hay diversidad de dones y operaciones. El Señor Jesucristo fue desde la eternidad, un Testigo de todos los consejos de Dios. Él es el Primogénito de los muertos, que por su poder resucitará a su pueblo. Él es el Príncipe de los reyes de la tierra; por Él son derogados sus consejos y ante Él son ellos responsables de rendir cuentas. El pecado deja una mancha de culpa y contaminación en el alma. Nada puede quitar esta mancha, sino la sangre de Cristo, y Cristo derramó su propia sangre para satisfacer la justicia divina, y comprar el perdón y la pureza para su pueblo. —Cristo ha hecho de los creyentes reyes y sacerdotes para Dios y su Padre. Como tales ellos vencen al mundo, mortifican el pecado, gobiernan sus propios espíritus, resisten a Satanás, prevalecen con Dios en oración y juzgarán al mundo. Él los ha hecho sacerdotes, les ha dado acceso a Dios, los ha capacitado para ofrecer sacrificios espirituales aceptables, y por estos favores ellos tienen que darle dominio y gloria para siempre. —Él juzgará al mundo. Llama la atención hacia ese gran día en que todos veremos la sabiduría y la felicidad de los amigos de Cristo y la locura y desdicha de sus enemigos. Pensemos frecuentemente en la segunda venida de Cristo. Él vendrá para terror de quienes le hieren y crucifican de nuevo en su apostasía; Él vendrá para asombro de todo el mundo de los impíos. Él es Principio y Fin; todas las cosas son de Él y para Él; Es el Todopoderoso; el mismo Eterno e Inmutable. Si deseamos ser contados con sus santos en la gloria eterna, debemos someternos ahora voluntariamente a Él, recibirle, y honrarle como Salvador, al que creemos vendrá a ser nuestro Juez. ¡Ay, que hubiera muchos que desearan no morir nunca, y que no hubiera un día de juicio!

Vv. 9—11. Consuelo del apóstol es que no sufrió como malhechor, sino por el testimonio de Jesús, por dar testimonio de Cristo como el Emanuel, el Salvador; el Espíritu de gloria y de Dios reposó sobre este perseguido apóstol. El día y la hora de esta visión fue el día del Señor, el día de reposo cristiano, el primer día de la semana, observado en memoria de la resurrección de Cristo. Nosotros, que le llamamos “nuestro Señor”, debemos honrarle en su propio día. El nombre muestra cómo debe observarse este día sagrado; el día del Señor debe ser dedicado absolutamente al Señor y ninguna de sus horas debe emplearse en forma sensual, mundana o en diversiones. —Él estaba en una actitud seria, celestial, espiritual, bajo la influencia de la gracia del Espíritu de Dios. Los que deseen disfrutar de la comunión con Dios en el día del Señor, deben procurar sacar sus pensamientos y afectos de las cosas terrenales. Si a los creyentes se les impide observar el día santo del Señor con las ordenanzas públicas y la comunión de los santos, por necesidad y no por propia opción, pueden buscar consuelo en la meditación y los deberes secretos de la influencia del Espíritu; oyendo la voz y contemplando la gloria de su amado Salvador, de cuyas palabras de gracia y poder no los puede separar confinamiento alguno ni ninguna circunstancia externa. Se nos da una alarma con el sonido de la trompeta, y luego, el apóstol oyó la voz de Cristo.

Vv. 12—20. Las iglesias reciben su luz de Cristo y del evangelio, y la muestran a otros. Ellas son los candeleros de oro; deben ser preciosas y puras; no sólo los ministros, sino los miembros de ellas; así debe brillar su luz delante de los hombres, como para llevar a otros a dar gloria a Dios. El apóstol vio como si el Señor Jesucristo apareciera en medio de los candeleros de oro. Él siempre está con sus iglesias, hasta el fin del mundo, llenándolas con luz, vida, y amor. Estaba vestido con un manto hasta los pies, quizá representando su justicia y su sacerdocio, como Mediador. Esta vestimenta estaba ceñida con un cinto de oro, que puede denotar cuán preciosos son su amor y afecto por su pueblo. Su cabeza y cabellos blancos como lana y nieve puede representar su majestad, pureza y eternidad. Sus ojos como llamas de fuego pueden representar su conocimiento de los secretos de todos los corazones y de los sucesos más distantes. Sus pies, como de bronce bruñido que arde en un horno, pueden denotar la firmeza de sus designios y la excelencia de sus procedimientos. Su voz, como el sonido de muchas aguas, puede representar el poder de su palabra, para quitar o destruir. Las siete estrellas eran símbolo de los ministros de las siete iglesias a las cuales tenía que escribir el apóstol, y a quienes Cristo sostenía y mandaba. La espada representa su justicia y su palabra, que alcanza hasta dividir alma y espíritu, Hebreos iv, 12. Su rostro era como el sol, cuando brilla clara y fuertemente; su fuerza demasiado brillante y cegadora para que la

contemplan los ojos mortales. —El apóstol estaba sobrecogido con la grandeza del lustre y la gloria con que apareció Cristo. Nosotros bien podemos estar contentos con andar por fe mientras estemos aquí en la tierra. El Señor Jesús dijo palabras de consuelo: No temas. Palabras de instrucción, diciendo quién era el que así aparecía. Su naturaleza divina: el Primero y el Último. Sus sufrimientos anteriores: estuve muerto: el mismo a quien vieron en la cruz sus discípulos. Su resurrección y vida: he vencido a la muerte y soy partícipe de vida eterna. Su oficio y autoridad: el dominio soberano en el mundo invisible y sobre él, como el Juez de todo, de cuya sentencia no hay apelación. Escuchemos la voz de Cristo y recibamos las prendas de su amor, porque ¿qué puede ocultar de aquellos por cuyos pecados murió? Entonces obedezcamos su palabra y entreguémonos totalmente a aquel que dirige rectamente todas las cosas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *Las epístolas a las iglesias de Asia, con advertencias y exhortaciones.—A la iglesia de Éfeso.* 8—11. *A la iglesia de Esmirna;* 12—17, *a la de Pérgamo;* 18—29, *y la de Tiatira.*

Vv. 1—7. Estas iglesias estaban en tan diferentes estados de pureza de doctrina y poder de la piedad que las palabras de Cristo para ellas siempre vendrán bien al caso de otras iglesias y creyentes. Cristo conoce y observa el estado de ellas; aunque está en el cielo, de todos modos anda en medio de sus iglesias en la tierra, observando lo que está mal en ellas y qué les falta. —La iglesia de Éfeso es elogiada por la diligencia en el deber. Cristo lleva la cuenta de cada hora de trabajo que sus siervos hacen para Él, y su trabajo en el Señor no será en vano. Pero no es suficiente que seamos diligentes; debe haber paciencia para soportar, y debe haber paciencia para esperar. Aunque debemos mostrar toda mansedumbre a todos los hombres, sin embargo, debemos mostrar justo celo contra sus pecados. El pecado de que Cristo acusa a esta iglesia no es que hubiera dejado y abandonado al objeto de amor, sino que ha perdido el grado de fervor que al principio tuvo. Cristo está descontento con su pueblo cuando los ve ponerse remisos y fríos para con Él. Es seguro que esta mención en la Escritura, de los cristianos que abandonan su primer amor, es un reproche para los que hablan de esto con negligencia, y así, tratan de excusar la indiferencia y pereza en ellos mismos y en otros; nuestro Salvador considera pecaminosa esa indiferencia. Deben arrepentirse; deben dolerse y avergonzarse por su pecaminosa declinación y confesarla humildemente ante los ojos de Dios. Deben proponerse recuperar su primer celo, ternura y fervor y deben orar tan fervorosamente, y velar tan diligentemente, como cuando entraron al principio en los caminos de Dios. Si la presencia de la gracia y del Espíritu de Cristo es descuidada, podemos esperar la presencia de su desagrado. Se hace una mención alentadora de lo que era bueno en ellos. La indiferencia hacia la verdad y el error, hacia lo bueno y lo malo, puede llamarse caridad y mansedumbre, pero no es así, y desagrada a Cristo. La vida cristiana es una guerra contra el pecado, contra Satanás, el mundo y la carne. Nunca debemos ceder ante nuestros enemigos espirituales, y entonces, tendremos un glorioso triunfo y recompensa. Todos los que perseveren, recibirán de Cristo, como el Árbol de la vida, la perfección y la confirmación de la santidad y la felicidad, no en el paraíso terrenal, sino en el celestial. —Esto es una expresión figurada, tomada del relato del huerto de Edén, que significa los goces puros, satisfactorios y eternos del cielo; y la espera de ellos en este mundo, por fe, en comunión con Cristo y con las consolaciones del Espíritu Santo. Creyentes, tomad de aquí vuestra vida de lucha, y esperad y aguardad una vida tranquila en el más allá; pero no hasta entonces: la palabra de Dios nunca promete que aquí tendremos tranquilidad y libertad completa de los conflictos.

Vv. 8—11. Nuestro Señor Jesús es el Primero, porque por Él fueron hechas todas las cosas; Él estaba con Dios antes de todas las cosas, y es Dios mismo. Él es el Último, porque será el Juez de

todos. —Como Primero y Último, que estuvo muerto y vivió, es el Hermano y Amigo del creyente, debe ser rico en la pobreza más profunda, honorable en medio de la más profunda humillación, y feliz sometido a la más pesada tribulación, como la iglesia de Esmirna. Muchos de los ricos de este mundo, son pobres en cuanto al venidero; y algunos que son pobres por fuera, son ricos por dentro; ricos en fe, en buenas obras, ricos en privilegios, ricos en dones, ricos en esperanza. Donde hay abundancia espiritual, la pobreza externa puede soportarse bien; cuando el pueblo de Dios es empobrecido en cuanto a esta vida, por amor de Cristo y la buena conciencia, Él los compensa en todo con riquezas espirituales. Cristo arma contra las tribulaciones inminentes. No temáis nada de estas cosas; no sólo prohibáis el temor servil, sino sometedlo proporcionando al alma fortaleza y valor. Será para probarlos, no para destruirlos. —Nótese la certeza de la recompensa: “Te daré”; ellos tendrán la recompensa de la mano misma de Cristo. Además, cuán adecuada es: “la corona de la vida”; la vida gastada a su servicio o entregada a su causa, será recompensada con una vida mucho mejor, la que será eterna. La muerte segunda es indeciblemente peor que la primera, tanto en sus agonías como por ser eterna: indudablemente es espantoso morir y estar muriendo siempre. Si un hombre es librado de la segunda muerte y de la ira venidera, puede soportar con paciencia lo que encuentre en este mundo.

Vv. 12—17. La palabra de Dios es una espada, capaz de cortar pecado y pecadores. Gira y corta por todas partes, pero el creyente no tiene que temer esta espada; aunque la confianza no puede recibir respaldo sin una obediencia constante. Como nuestro Señor nota todas las ventajas y oportunidades que tenemos para cumplir nuestro deber en los lugares donde habitamos, así nota nuestras tentaciones y desalientos por las mismas causas. En una situación de prueba, la iglesia de Pérgamo no negó la fe, ni por apostasía franca, ni por ceder a fin de evitar la cruz. Cristo elogia su firmeza, pero reprende sus faltas pecaminosas. Una visión equivocada de la doctrina del evangelio y de la libertad cristiana era la raíz de amargura de la cual surgieron malas costumbres. El arrepentimiento es el deber de las iglesias y cuerpos de hombres, y de las personas particulares: los que pecan juntos, deben arrepentirse juntos. —Aquí está la promesa de favor para los que venzan. Las influencias y las consolaciones del Espíritu de Cristo descienden desde el cielo al alma, para apoyarla. Esto está oculto del resto del mundo. —El nombre nuevo es el nombre de la adopción: cuando el Espíritu Santo muestra su obra en el alma del creyente, él comprende el nombre nuevo y su verdadera importancia.

Vv. 18—29. Aunque el Señor conoce las obras de su pueblo, que son hechas en amor, fe, celo y paciencia, si sus ojos, que son como de fuego llameante, los ve cometiendo o permitiendo lo que es malo, los reprenderá, corregirá o castigará. —Aquí hay alabanza del ministerio y del pueblo de Tiatira de parte de Aquel que conocía los principios por los cuales ellos actuaban. Ellos se pusieron más sabios y mejores. Todos los cristianos deben desear fervientemente que sus últimas obras sean las mejores. Pero esta iglesia convivía con unos seductores malvados. Dios es conocido por los juicios que ejecuta; por esto, sobre los seductores, muestra su certero conocimiento de los corazones de los hombres, de sus principios, designios, disposición y temperamento. Se da aliento a los que se mantenían puros e incontaminados. —Peligroso es despreciar el misterio de Dios y tan peligroso como recibir los misterios de Satanás. Cuidémonos de las profundidades de Satanás, de las cuales los que menos las conocen son los más dichosos. ¡Qué tierno es Cristo con sus siervos fieles! Él no pone carga sobre sus siervos sino lo que es para su bien. Hay una promesa de amplia recompensa para el creyente perseverante y victorioso; también, conocimiento y sabiduría apropiados para su poder y dominio. Cristo trae consigo al alma el día, la luz de la gracia y la gloria en su presencia y su gozo, su Señor y Salvador. Después de cada victoria sigamos con nuestra ventaja contra el enemigo para que podamos vencer y mantener las obras de Cristo hasta el final.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Epístola a la iglesia de Sardis.* 7—13. *A la de Filadelfia.* 14—22. *A la de Laodicea.*

Vv. 1—6. El Señor Jesús es el que tiene al Espíritu Santo con todos sus poderes, gracias y operaciones. La hipocresía y un lamentable deterioro de la religión son los pecados de que acusa a Sardis, Aquel que conocía bien a esa iglesia y todas sus obras. Las cosas externas parecían bien a los hombres, pero ahí había sólo la forma de la piedad, no el poder; un nombre que vive, pero no un principio de vida. Había gran mortandad en sus almas y en sus servicios; cantidades que eran totalmente hipócritas, otros que estaban viviendo en forma desordenada y muerta. Nuestro Señor los llamó a ponerse alertas contra sus enemigos y activos, y fervientes en sus deberes; y a proponerse, dependiendo de la gracia del Espíritu Santo, a revivir y fortalecer la fe y los afectos espirituales de los aún vivos para Dios, aunque en decadencia. Perdemos terreno cada vez que bajamos la guardia. —Tus obras son huecas y vacías; las oraciones no están llenas de santos deseos, las limosnas no son obras llenas de caridad verdadera, los días de reposo no están llenos de devoción del alma adecuada para Dios. No hay afectos internos adecuados para los actos y expresiones externas; cuando falta el espíritu, la forma no permanece por mucho tiempo. Al procurar un avivamiento en nuestra alma o en las de otros, debemos comparar lo que profesamos con la manera en que vivimos, para ser humillados y vivificados y tomar firmemente lo que queda. Cristo enfatiza con una temible amenaza su consejo, si fuera despreciado. —Sin embargo, nuestro amado Señor no deja a estos pecadores sin algo de aliento. Hace una honrosa mención del remanente fiel de Sardis, formula una promesa de gracia para ellos. El que venza será vestido con vestiduras blancas; la pureza de la gracia será recompensada con la pureza perfecta de la gloria. Cristo tiene su libro de la vida, un registro de todos los que heredarán la vida eterna; el libro de memorias de todos los que viven para Dios, y mantienen la vida y el poder de la piedad en los malos tiempos. Cristo sacará este libro de la vida y mostrará los nombres de los fieles, ante Dios, y ante todos los ángeles en el gran día.

Vv. 7—13. El mismo Señor Jesús tiene la llave del gobierno y autoridad en la Iglesia y sobre ella. Abre una puerta de oportunidad a sus iglesias; abre una puerta de predicación a sus ministros; abre una puerta de entrada, abre el corazón. Él cierra la puerta del cielo al necio que se duerme en el día de la gracia; y a los hacedores de iniquidad, por vanos y confiados que sean. —Elogia a la iglesia de Filadelfia, pero con un suave reproche. Aunque Cristo acepta un poco de fuerza los creyentes, no deben, sin embargo, quedar satisfechos con un poquito, sino esforzarse para crecer en gracia, para ser fuertes en la fe, dando gloria a Dios. Cristo puede descubrir este, su favor, a su pueblo, de modo que sus enemigos se vean forzados a reconocerlo. Por la gracia de Cristo esto ablandará a sus enemigos y les hará desear ser admitidos a la comunión con su pueblo. Cristo promete preservar la gracia en las épocas de mayor prueba, como premio por la fidelidad pasada: al que tiene le será dado. Los que sostienen el evangelio en una época de paz, serán sostenidos por Cristo en la hora de la tentación, y la misma gracia divina que los ha hecho fructificar en tiempos de paz, los hará fieles en los tiempos de persecución. Cristo promete una gloriosa recompensa al creyente victorioso. Él será un pilar monumental del templo de Dios; un monumento a la poderosa gracia gratuita de Dios; un monumento que nunca será borrado ni quitado. Sobre este pilar será escrito el nombre nuevo de Cristo; por esto se manifestará bajo quien dio el creyente la buena batalla, y salió victorioso.

Vv. 14—22. Laodicea era la última y la peor de las siete iglesias de Asia. Aquí nuestro Señor Jesús se presenta a sí como “el Amén”: uno constante e inmutable en todos sus propósitos y promesas. —Si la religión vale algo, lo vale todo. Cristo espera que los hombres sean fervorosos. ¡Cuántos hay que profesan la doctrina del evangelio y no son fríos ni calientes! Salvo que sean indiferentes en las cosas necesarias, y calientes y fieros en los debates de cosas de menor importancia. Se promete un severo castigo. —Ellos darán una falsa impresión del cristianismo como si fuera una religión impía, mientras otros concluirán que no permite una satisfacción real, de lo contrario sus profesantes no pondrían tan poco corazón en ella, o no estarían tan dispuestos a buscar placer o felicidad en el mundo. —Una causa de esta indiferencia e incoherencia en la

religión es el orgullo y el engaño de sí mismo: “Porque dices”. ¡Qué diferencia hay entre lo que ellos piensan de sí mismos y lo que Cristo piensa de ellos! ¡Cuánto cuidado debemos tener para no engañar a nuestra propia alma! En el infierno hay muchos que pensaron que iban bien adelantados en el camino al cielo. Roguemos a Dios que no seamos entregados a halagarnos y engañarnos. Los profesantes se enorgullecieron a medida que se ponían carnales y formales. El estado de ellos era miserable de por sí. Eran pobres; realmente pobres cuando decían y pensaban que eran ricos. No podían ver su estado, su camino ni su peligro, pero pensaban que los veían. No tenían el manto de la justificación ni de la santificación: estaban desnudos al pecado y a la vergüenza; la justicia de ellos no era sino trapo de inmundicias; trapos que no los cubrirían; trapos de inmundicia que los contaminaban. Estaban desnudos, sin casa ni techo, porque estaban sin Dios, el Único en quien puede el alma hallar reposo y seguridad. —Cristo aconsejó bien a esta gente pecadora. Dichosos son los que aceptan su consejo, porque todos los que no los aceptan deben perecer en sus pecados. Cristo les deja saber dónde pueden tener verdaderas riquezas y cómo pueden tenerlas. Deben dejar algunas cosas, pero nada de valor; y esto es sólo para dar lugar a recibir riquezas verdaderas. Abandónese el pecado y la confianza en sí mismo, para que pueda ser llenado con su tesoro oculto. Tienen que recibir de Cristo ese ropaje blanco que Él compró y proveyó para ellos: Su propia justicia imputada para justificación, y las vestiduras de la santidad y la santificación. Que ellos se entreguen a su palabra y a su Espíritu, y sus ojos serán abiertos para que vean su camino y su final. Examinémonos por la regla de su palabra y oremos con fervor por la enseñanza de su Espíritu Santo para que quite nuestra soberbia, los prejuicios y las concupiscencias carnales. Los pecadores debieran tomar las reprensiones de la palabra y de la vara de Dios como señales de su amor por sus almas. Cristo quedó afuera; llama por los tratos de su providencia, las advertencias y las enseñanzas de su palabra y la obra de su Espíritu. Cristo, con su palabra y Espíritu, y por gracia, aún sigue viniendo a la puerta del corazón de los pecadores. Los que le abran disfrutarán de su presencia. Si los que encuentre sirven sólo para una pobre fiesta, lo que Él trae la hará rica. Él dará una nueva provisión de gracia y consuelos. —En la conclusión se halla la promesa para el creyente vencedor. El mismo Cristo tuvo tentaciones y conflictos; los venció a todos y fue más que vencedor. Los que son como Cristo en sus pruebas, serán hechos como Él en gloria. —Todo termina con el pedido de atención general. Estos consejos, aunque aptos para las iglesias a los cuales se dirigieron, son profundamente interesantes para todos los hombres.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *Una visión de Dios, en su glorioso trono, alrededor del cual había veinticuatro ancianos y cuatro seres vivientes.* 9—11. *Sus cánticos, y los de los santos ángeles, oyó el apóstol.*

Vv. 1—8. Después que el Señor Jesús hubo instruido al apóstol para que escribiera “las cosas que son” a las iglesias, hubo otra visión. El apóstol vio un trono puesto en el cielo, un emblema del dominio universal de Jehová. Vio a Uno glorioso en el trono, no descrito por rasgos humanos, como para ser representado por una semejanza o imagen, sino sólo por su fulgor sin igual. Estos parecen símbolos de la excelencia de la naturaleza divina, y de la temible justicia de Dios. El arco iris es un símbolo apropiado del pacto de promesas que Dios ha hecho con Cristo, como Cabeza de la Iglesia, y con todo su pueblo en Él. El color dominante era un verde agradable, mostrando la naturaleza revivida y refrescante del nuevo pacto. —Había veinticuatro asientos alrededor del trono donde estaban veinticuatro ancianos, que probablemente, representan a toda la Iglesia de Dios. Que estuvieran sentados significa honra, reposo y satisfacción; que ellos estén sentados alrededor del trono significa la cercanía a Dios, la vista y el deleite que tienen en Él. Los ancianos visten ropajes blancos; la justicia imputada a los santos, y su santidad: tenían en sus cabezas coronas de oro,

significando la gloria que tienen con Él. Rayos y voces salían del trono; las temibles declaraciones que hace Dios a su iglesia acerca de su soberana voluntad y placer. —Había siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono; los dones, las gracias y las operaciones del Espíritu de Dios en las iglesias de Cristo, dispensadas conforme a la voluntad y al placer del que se sienta en el trono. En la Iglesia del evangelio, el lavacro para la purificación es la sangre del Señor Jesucristo, que limpia de todo pecado. En esta deben ser lavados todos para ser admitidos por gracia en la presencia de Dios en la tierra, y ante su gloriosa presencia en el cielo. —El apóstol vio a cuatro seres vivientes entre el trono y el círculo de los ancianos, puestos entre Dios y la gente. Estos parecieran significar a los verdaderos ministros del evangelio por su lugar entre Dios y la gente. También esto lo señala la descripción que se da, la cual significa sabiduría, valor, diligencia y discreción, y los afectos por los cuales suben al cielo.

Vv. 9—11. Todos los creyentes verdaderos atribuyen su redención y conversión, sus privilegios presentes y esperanzas futuras al eterno y supremamente santo Dios. Así suben al cielo los cánticos agradecidos y por siempre armoniosos de los redimidos. En la tierra hagamos como ellos, que nuestras alabanzas sean constantes, ininterrumpidas, unidas, indivisas, agradecidas, no frías ni formales; humildes y no confiadas en sí mismas.

CAPÍTULO V

Versículos 1—7. Un libro sellado con siete sellos, que no puede ser abierto por nadie sino Cristo, que toma el libro y lo abre. 8—14. Todo honor se atribuye a Él, como digno de abrirlo.

Vv. 1—7. El apóstol vio en la mano del que estaba sentado en el trono un rollo de pergamino, de la forma habitual de aquellos tiempos, y sellado con siete sellos. Representaba los propósitos secretos de Dios que iban a ser revelados. Los designios y los métodos de la providencia divina para la Iglesia y el mundo están establecidos, determinados y quedan por escrito. Los consejos de Dios están por entero ocultos de los ojos y del entendimiento de la criatura. No se quita el sello ni se abren de inmediato las diversas partes del rollo, sino una parte después de la otra, hasta que todo el misterio del consejo y conducta de Dios esté consumado en el mundo. —Las criaturas no pueden abrirlo ni leerlo; sólo el Señor puede hacerlo. Los que más ven de Dios desean ver más; y los que han visto su gloria desean conocer su voluntad. Pero hasta los hombres buenos pueden estar demasiado anhelantes y apresurados por escudriñar los misterios de la conducta divina. Tales deseos se convierten en lamento y pesar si no son contestados pronto. —Si Juan lloró mucho porque no podía leer el libro de los decretos de Dios, ¡cuánta razón tienen muchos para derramar ríos de lágrimas por su ignorancia del evangelio de Cristo del cual depende la salvación eterna! —Nosotros no tenemos que llorar por no poder prever sucesos futuros acerca de nosotros en este mundo; la ansiosa expectativa de las perspectivas futuras o la previsión de calamidades venideras nos haría, por igual, ineptos para nuestros deberes y conflictos presentes o volverían inquietantes nuestros días de prosperidad. Pero podemos desear saber, por las promesas y profecías de la Escritura, cuál será el suceso final para los creyentes y para la Iglesia; que el Hijo encarnado ha prevalecido para que aprendamos todo lo que necesitamos saber. —Cristo está como Mediador entre Dios y los ministros y el pueblo. Se le llama León, pero aparece como Cordero inmolado. Aparece con las marcas de sus sufrimientos para mostrar que intercede por nosotros en el cielo en virtud de la satisfacción que hizo. Aparece como Cordero, con siete cuernos y siete ojos: el poder perfecto para ejecutar toda la voluntad de Dios, y la sabiduría perfecta para entenderla y hacerla en la manera más eficaz. El Padre puso el libro de sus eternos consejos en la mano de Cristo y Cristo lo tomó, rápida y alegremente, en su mano: porque se deleita en dar a conocer la voluntad de su Padre; y Él da el Espíritu Santo para revelar la verdad y la voluntad de Dios.

Vv. 8—14. Es tema de gozo para todo el mundo ver que Dios trata con los hombres con gracia y

misericordia por medio del Redentor. Él gobierna el mundo, no sólo como Creador, sino como nuestro Salvador. Las arpas eran instrumentos de alabanza; los vasos estaban llenos de perfume o incienso, que representan las oraciones de los santos: la alabanza y la oración siempre deben ir juntas. Cristo ha redimido a su pueblo de la esclavitud del pecado, de la culpa y de Satanás. No sólo ha comprado libertad para ellos sino la honra y la más alta preferencia; los ha hecho reyes y sacerdotes; reyes, para que reinen sobre sus propios espíritus y para vencer al mundo y al maligno; y los hace sacerdotes dándoles acceso a Él mismo, y libertad para ofrecer sacrificios espirituales. — ¡Qué palabras podrían declarar más plenamente que Cristo es, y debe ser, adorado igualmente con el Padre por todas las criaturas por toda la eternidad! Dichosos los que adorarán y alabarán en el cielo, y que por siempre bendecirán al Cordero que los libró y los apartó para sí por su sangre. ¡Cuán digno eres tú, oh Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de nuestras alabanzas más excelsas! Todas las criaturas deben proclamar tu grandeza y adorar tu majestad.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Apertura de los sellos.*—*El primero, segundo, tercero y cuarto.* 9—11. *El quinto.* 12—17. *El sexto.*

Vv. 1—8. Cristo, el Cordero, abre el primer sello. Nótese que sale un jinete en un caballo blanco. Al salir este caballo blanco parece que la intención es un tiempo de paz, o el progreso temprano de la religión cristiana; su salida con pureza en el tiempo en que su Fundador celestial mandó a sus apóstoles a enseñar a todas las naciones, agregando: ¡He aquí!, Yo estoy siempre con vosotros hasta el fin del mundo. La religión divina sale coronada, teniendo el favor divino sobre ella, armada espiritualmente contra sus enemigos, y destinada a ser victoriosa al final. —Al abrir el segundo sello, aparece un caballo bermejo que significa juicios que hacen estragos. La espada de la guerra y la persecución es un juicio temible; quita la paz de la tierra, una de las mayores bendiciones; y los hombres que debieran amarse los unos a los otros, y ayudarse los unos a los otros, se dedican a matarse los unos a los otros. Tales escenas también siguieron a la pura era del cristianismo temprano, cuando, desechando la caridad y el vínculo de la paz, los líderes cristianos se dividieron entre sí, apelaron a la espada y se enredaron en la culpa. —Al abrir el tercer sello, apareció un caballo negro: color que denota luto y ayes, tinieblas e ignorancia. El que lo montaba tenían un yugo [balanza en la versión 1960 de la Biblia] en su mano. Se hicieron intentos de poner un yugo de observancias supersticiosas a los discípulos. Al ir fluyendo el torrente del cristianismo y alejándose de su pura fuente, se fue corrompiendo más y más. Durante el avance de este caballo negro, las necesidades de la vida estarían a precios exagerados y las cosas más costosas no debían ser dañadas. Conforme al lenguaje profético, estos artículos significaban el alimento del saber religioso, por el cual se sustentan las almas de los hombres para la vida eterna; tales como los que somos invitados a comprar, Isaías lv, 1. Pero cuando se desparraman sobre el mundo cristiano las nubes negras de la ignorancia y la superstición, denotadas por el caballo negro, el conocimiento y la práctica de la religión verdadera se vuelve escaso. Cuando la gente odia su alimento espiritual, Dios puede privarlos, con justicia, de su pan diario. El hambre de pan es un juicio terrible, pero el hambre de la palabra lo es más. —Al abrir el cuarto sello, salió otro caballo, de color amarillo, pálido. El jinete era la muerte, el rey de los terrores. Los asistentes o seguidores de este rey de los terrores, el infierno, el estado de la miseria eterna para todos los que mueren en sus pecados; en las épocas de la destrucción general, son multitudes las que se van a la fosa sin estar preparados. El período del cuarto sello es uno de gran carnicería y devastación, que destruye lo que pueda traer felicidad a la vida, asolando las vidas espirituales de los hombres. Así, pues, el misterio de iniquidad fue completado, y su poder extendidos sobre las vidas y las conciencias de los hombres. No se puede discernir las fechas exactas de estos cuatro sellos, porque los cambios fueron graduales. —Dios les

dio poder, esto es, los hizo instrumentos de su ira o de juicios: todas las calamidades públicas están bajo su mando; sólo avanzan cuando Dios las manda y no van más allá de lo que Él permite.

Vv. 9—11. La visión del apóstol al abrirse el quinto sello fue muy impresionante. Vio las almas de los mártires debajo del altar; al pie del altar del cielo, a los pies de Cristo. Los perseguidores sólo pueden matar el cuerpo; después de eso, no es más lo que pueden hacer; el alma vive. Dios ha provisto un buen lugar en el mundo mejor para los que son fieles hasta la muerte. No es su propia muerte, sino el sacrificio de Cristo lo que les da entrada al cielo. La causa por la que sufrieron fue la palabra de Dios: lo mejor que puede hacer todo hombre es dar su vida por ella; la fe en la palabra de Dios, y la confesión de esa fe que no es removida. Ellos encomiendan su causa a aquel a quien pertenece la venganza. El Señor es el consolador de Sus siervos acongojados y preciosa es la sangre de ellos ante sus ojos. Como la medida del pecado de sus perseguidores se está llenando, así mismo el número de los siervos perseguidos y martirizados de Cristo. Cuando esta se llene, Dios enviará tribulación a los que los perturban y felicidad y reposo sin interrupción a los que son perturbados.

Vv. 12—17. Cuando se abrió el sexto sello hubo un gran terremoto. Los fundamentos de las iglesias y de los estados serán remecidos en forma terrible. Tales descripciones figuradas tan osadas de los grandes cambios abundan en las profecías de la Escritura, porque estos sucesos son emblemas y declaran el fin del mundo y el día del juicio. El espanto y el terror cogerán a toda clase de hombres. Ni las grandes riquezas, el valor ni la fuerza pueden sostener a los hombres en aquel momento. Ellos estarían contentos de no ser vistos más; sí, de no tener existencia. Aunque Cristo sea un Cordero, puede airarse y la ira del Cordero es excesivamente espantosa; porque si nuestro enemigo es el mismo Redentor, que apacigua la ira de Dios, ¿dónde hallaremos un amigo que alegue por nosotros? Como los hombres tienen sus momentos de oportunidad y sus temporadas de gracia, así Dios tiene su día de ira justa. Parece que aquí se representa el derrumbamiento del paganismo del imperio romano. Se describe a los idólatras ocultándose en sus cuevas y cavernas secretas, buscando vanamente escapar de la destrucción. En tal día, cuando los signos de los tiempos muestren, a los que creen en la palabra de Dios, que el Rey de reyes se acerca, los cristianos están llamados a un rumbo decidido y a confesar denodadamente a Cristo y su verdad ante sus congéneres. Sea lo que sea que tengan que soportar, el desprecio del hombre, de corta duración, debe soportarse más que la vergüenza que es eterna.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—3. *Una pausa entre dos grandes períodos.* 4—8. *La paz, la felicidad y la seguridad de los santos, significadas por el sellado de los 144.000 que hace un ángel.* 9—12. *Un cántico de alabanza.* 13—17. *La bendición y la gloria de los que sufrieron el martirio por Cristo.*

Vv. 1—8. Que los cuatro vientos soplen juntos significa en el lenguaje figurado de la Escritura una destrucción general terrible. Pero la destrucción es retardada. Los sellos se usaban para que cada persona marcara sus pertenencias. Esta marca es el testimonio del Espíritu Santo impreso en los corazones de los creyentes. El Señor no tolerará que su pueblo sea afligido antes de ser marcados, para que puedan estar preparados contra todos los conflictos. Nótese, en los así sellados por el Espíritu, el sello debe estar en la frente, evidentemente para ser visto por amigos y enemigos por igual, pero no por el creyente mismo salvo cuando mira fijamente en el espejo de la palabra de Dios. —El número de los así sellados, puede entenderse como que representa el remanente de personas que Dios reserva. Aunque la Iglesia de Dios no es sino una manada pequeña en comparación con el mundo malo, es, no obstante, una sociedad realmente grande y que crecerá más aun. Aquí está figurada la Iglesia universal bajo el tipo de Israel.

Vv. 9—12. Las primicias de Cristo que abrieron el camino, a los gentiles convertidos más tarde

son los que siguen, y atribuyen, con triunfo, su salvación a Dios y al Redentor. —En los actos de adoración religiosa nos acercamos a Dios y debemos ir por Cristo; los pecadores no pueden aproximarse al trono de Dios si no es por un Mediador. Ellos estaban vestidos con los ropajes de la justificación, la santidad y la victoria; y tenían palmas en sus manos, como acostumbraban a presentarse los vencedores en sus triunfos. Tal aparición gloriosa será la que hagan al final los fieles siervos de Dios, cuando hayan peleado la buena batalla de la fe, y terminado su carrera. Con una voz fuerte dieron a Dios y al Cordero la alabanza de la gran salvación. Los que disfrutaban de la dicha eterna deben bendecir, y bendecirán al Padre y al Hijo; lo harán en público y con fervor. —Vemos cuál es la obra del cielo, y debemos empezarla ahora, poner nuestros corazones mucho en ella, y anhelar ese mundo donde serán perfeccionadas nuestras alabanzas y nuestra dicha.

Vv. 13—17. Los cristianos fieles merecen nuestra atención y respeto; debemos notar al justo. Los que obtendrán conocimiento no deben avergonzarse al procurar instrucción de quien la pueda dar. El camino al cielo pasa por muchas tribulaciones, pero la tribulación, por grande que sea, no nos separará del amor de Dios. La tribulación hace que el cielo sea más bienvenido y más glorioso. No es la sangre de los mártires, sino la sangre del Cordero la que puede lavar el pecado, esta es la única sangre que emblanquece y limpia las ropas de los santos. —Ellos son felices en su empleo; el cielo es un estado de servicio pero sin sufrimiento; es un estado de reposo aunque no de pereza; es un reposo que alaba y deleita. Ellos han tenido penas y han derramado muchas lágrimas por el pecado y la aflicción, pero el mismo Dios, con su mano de gracia, enjugará todas esas lágrimas. Los trata como padre tierno. Esto debe sostener al cristiano bajo todas sus aflicciones. Como todos los redimidos deben por completo su dicha a la misericordia soberana, así la obra y la adoración de Dios su Salvador es su elemento; su presencia y favor completan la dicha de ellos, ni pueden concebir otro gozo. Que a Él acuda todo su pueblo; que de Él reciban toda la gracia que necesitan; y que a Él ofrezcan toda la alabanza y la gloria.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1, 2. *Se abre el séptimo sello y aparecen siete ángeles con siete trompetas, listos para proclamar los propósitos de Dios.* 3—5. *Otro ángel arroja fuego a la tierra, lo que produce terribles tormentas de venganza.* 6. *Los siete ángeles se preparan para tocar sus trompetas.* 7—12. *Cuatro las tocan.* 13. *Otro ángel denuncia grandes ayes venideros.*

Vv. 1—6. Se abre el séptimo sello. Hubo un profundo silencio en el cielo por un espacio de tiempo; todo estaba callado en la iglesia, porque cada vez que la iglesia de la tierra grita por la opresión, ese grito llega al cielo; o es un silencio de expectativa. Se dieron trompetas a los ángeles, que tenían que tocarlas. El Señor Jesús es el Sumo Sacerdote de la Iglesia que tiene un incensario de oro y mucho incienso, plenitud de mérito en su persona gloriosa. —Deseable fuera que los hombres quieran conocer la plenitud que hay en Cristo y se propusieran familiarizarse con su excelencia. Que ellos fueran verdaderamente persuadidos de que Cristo tiene el oficio de Intercesor, que ahora desempeña con profunda simpatía. A ninguna oración así recomendada, se le negó jamás el ser oída y aceptada. Estas oraciones, así aceptas en el cielo, produjeron grandes cambios en la tierra. —La adoración y la religión cristiana, puras y celestiales en origen y naturaleza, cuando son enviadas a la tierra y entran en conflicto con las pasiones y los proyectos mundanos de los hombres pecadores, producen notables tumultos, aquí expresados en lenguaje profético, como declaró nuestro Señor mismo, Lucas xii, 49.

Vv. 7—13. El primer ángel tocó la primera trompeta y hubo granizo y fuego mezclado con sangre. Una tormenta de herejías, una mezcla de errores espantosos cayó sobre la iglesia o una tempestad de destrucción. —El segundo ángel tocó, y una gran montaña, ardiendo con fuego, fue echada al mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Hay algunos que entienden que la

montaña representa a los líderes de las persecuciones; otros, a Roma saqueada por los godos y los vándalos, con gran carnicería y crueldad. —El tercer ángel tocó, y cayó una estrella desde el cielo. Algunos consideran que esto es un gobernador eminente; otros, que es una persona con poder que corrompió a las iglesias de Cristo. Las doctrinas del evangelio, la fuente de la vida, del consuelo y del vigor espiritual para las almas de los hombres, están corrompidas y amargadas por la mezcla de errores peligrosos, de modo que las almas de los hombres encuentran ruina donde antes hallaban refrigerio. —El cuarto ángel tocó, y cayeron tinieblas sobre las grandes lumbreras del cielo que dan el mundo, al sol, a la luna y a las estrellas. Los líderes y los gobernantes están puestos más altos que la gente, y tienen que dispensar luz, y buenas influencias sobre ellos. Donde llega el evangelio a un pueblo, y no tiene los efectos apropiados sobre sus corazones y vidas, es seguido por terribles juicios. Dios da advertencias por la palabra escrita, por los ministros, por las propias conciencias de los hombres y por las señales de los tiempos; de modo que si la gente es sorprendida, es su propia falta. La ira de Dios amarga todos los beneficios y hasta la misma vida se vuelve una carga. Pero Dios, en este mundo, pone límites a los juicios más terribles. La corrupción de la doctrina y la adoración en la iglesia son grandes juicios, y también son las causas y señales habituales de otros juicios venideros para un pueblo. —Antes que se tocaran las otras tres trompetas, hubo una advertencia solemne de lo terrible que serían las calamidades que seguirían. Si los juicios menores no tienen efecto, la iglesia y el mundo deben esperar otros mayores; y cuando Dios viene a castigar al mundo, sus habitantes temblarán ante Él. Que los pecadores tomen las precauciones para huir de la ira venidera; que los creyentes aprendan a valorar y agradecer sus privilegios; y que continúen con paciencia haciendo el bien.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—12. *La quinta trompeta es seguida por la visión de otra estrella que cae del cielo y que abre el abismo insondable del cual salen ejércitos de langostas.* 13—21. *La sexta trompeta es seguida por la liberación de cuatro ángeles atados en el gran río Éufrates.*

Vv. 1—12. Al sonar la quinta trompeta cayó una estrella del cielo a la tierra. Habiendo cesado de ser un ministro de Cristo, el que está representado por esta estrella se vuelve ministro del diablo; y suelta las potestades del infierno contra las iglesias de Cristo. Al abrirse el abismo sin fondo, sale de ahí mucho humo. El diablo ejecuta sus designios cegando los ojos de los hombres, apagando la luz y el conocimiento, y fomentando la ignorancia y el error. De este humo sale un ejército de langostas, símbolo de los agentes del diablo que fomentan la superstición, la idolatría, el error y la crueldad. Los árboles y la hierba, los creyentes verdaderos, sean nuevos o más avanzados, serán intocables. Pero un veneno e infección secreta del alma debe robar a muchos otros la pureza, y después, la paz. Las langostas no tenían poder para herir a los que tenían el sello de Dios. La gracia distintiva y todopoderosa de Dios resguardará a su pueblo de la apostasía total y final. El poder está limitado a una corta temporada, pero será muy agudo. En tales sucesos los fieles comparten la calamidad común, pero estarán a salvo de la pestilencia del error. De la Escritura sabemos que tales errores estaban ahí probando y examinando a los cristianos, 1 Corintios xi, 19. Los primeros escritores se refieren a esto como la primera gran hueste de corruptores que se diseminaron por la iglesia cristiana.

Vv. 13—21. El sexto ángel tocó y parece que aquí el tema es el poder de los turcos. Su tiempo es limitado. No sólo mataron en la guerra, sino que trajeron una religión destructora y venenosa. La generación anticristiana no se arrepintió con estos espantosos juicios. De la sexta trompeta aprendamos que Dios puede hacer un azote de un enemigo de la Iglesia y del otro, una plaga. La idolatría de los remanentes de la iglesia oriental y de todas partes, y los pecados de los cristianos profesantes, hacen más maravillosa esta profecía y su cumplimiento. El lector atento de la Escritura

y de la historia, puede hallar que su fe y esperanza son fortalecidas por los acontecimientos que, en otros aspectos, llenan su corazón con angustia y sus ojos con lágrimas, mientras ve que los hombres que escapan de estas plagas, no se arrepienten de sus malas obras, antes bien siguen en la idolatría, la maldad y la crueldad hasta que la ira venga sobre ellos hasta el máximo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *El Ángel del pacto presenta un librito abierto seguido por siete truenos. 5—7. Al final de las siguientes profecías, el tiempo no será más. 8—10. Una voz manda al apóstol que coma el librito. 11. Y le dice que debe profetizar más.*

Vv. 1—7. El apóstol vio otra visión. La persona que comunica este descubrimiento probablemente era nuestro Señor y Salvador Jesucristo, o era para mostrar su gloria. Él vela su gloria, que es demasiado grande para que la contemplen los ojos morales; y pone un velo sobre sus dispensaciones. Un arco iris estaba sobre su cabeza; nuestro Señor siempre se interesa por su pacto. Su voz sobrecogedora tuvo el eco de siete truenos; forma solemne y terrible de revelar la mente de Dios. No sabemos los temas de los siete truenos ni las razones para no escribirlas. Hay grandes acontecimientos en la historia, relacionados quizás con la iglesia cristiana, que no se notan en la profecía revelada. La salvación final del justo, y el éxito final de la verdadera religión de la tierra, son presentados por la palabra del Señor que no falla. Aunque todavía no sea el tiempo, no puede estar lejos. Muy pronto, para nosotros, el tiempo no será más, pero si somos creyentes, seguirá una eternidad dichosa; desde el cielo, contemplaremos los triunfos de Cristo, y de su causa en la tierra, y nos regocijaremos en ellos.

Vv. 8—11. La mayoría de los hombres se complacen mirando los acontecimientos futuros y a todos los hombres buenos les gusta recibir una palabra de Dios. Pero cuando este libro de la profecía fue digerido completamente por el apóstol, su contenido resultó amargo; había cosas tan terribles y espantosas, persecuciones tan dolorosas del pueblo de Dios, tales estragos en la tierra que verlos y saberlos por anticipado sería doloroso para su mente. Procuremos ser enseñados por Cristo y obedezcamos sus órdenes; meditemos diariamente en su palabra para que nutra nuestras almas; y, luego, declarémosla conforme a nuestros diversos emplazamientos. La dulzura de las contemplaciones estará, a menudo, mezclada con amargura cuando comparamos las Escrituras con el estado del mundo y la iglesia, o hasta con el de nuestros propios corazones.

CAPÍTULO XI

Versículos 1, 2. *El estado de la iglesia está representado con la figura de un templo medido. 3—6. Dos testigos profetizan vestidos con cilicio. 7—13. Los matan pero después resucitan y ascienden al cielo. 14—19. Bajo la séptima trompeta todos los poderes anticristianos van a ser destruidos, y habrá un estado glorioso del reino de Cristo en la tierra.*

Vv. 1, 2. Este pasaje profético de la medición del templo parece referirse a la visión de Ezequiel. El diseño de esta medición parece ser la preservación de la iglesia en tiempos de peligro público; o para su juicio o para su reforma. Los adoradores deben ser medidos; si hacen de la gloria de Dios su finalidad y de su palabra su regla en todos sus actos de adoración. Los del atrio externo, adoran de manera falsa, o con corazones no afectos y serán contados con los enemigos. Dios tendrá un templo y altar en el mundo hasta el final del tiempo. Él mira estrictamente a su templo. La ciudad santa, la

iglesia visible está pisoteada; está llena de idólatras, infieles e hipócritas. Pero las desolaciones de la iglesia son limitadas y será librada de todos sus problemas.

Vv. 3—13. En la época del trillado, Dios sostuvo a sus testigos fieles para dar testimonio de la verdad de su palabra y adoración, y de la excelencia de sus caminos. El número de estos testigos es, sin embargo, pequeño. Ellos profetizan vestidos de cilicio. Muestra su estado afligido, perseguido, y profunda congoja por las abominaciones contra las cuales protestan. Son sustentados durante su obra grande y difícil hasta que está terminada. Cuando hayan profetizado vestidos de cilicio por la mayor parte de los 1260 días, el anticristo, el gran instrumento del diablo, hará guerra contra ellos, con fuerza y violencia por un tiempo. Los rebeldes decididos en contra de la luz, se regocijan como en un hecho feliz, cuando pueden silenciar, alejar o destruir a los siervos fieles de Cristo, cuya doctrina y conducta los atormenta. —No parece que el período haya expirado aún, y los testigos no están, en el presente, expuestos a soportar tales sufrimientos externos tan terribles como en las épocas anteriores, pero tales cosas pueden volver a pasar, y hay abundante causa para profetizar vestidos con cilicio, por cuenta del estado de la religión. El estado deprimido del cristianismo verdadero puede relacionarse sólo con la iglesia occidental. El Espíritu de vida de Dios, vivifica las almas muertas y revivirá los cuerpos muertos de su pueblo, y su interés moribundo en el mundo. El avivamiento de la obra y los testimonios de Dios producirán terror en las almas de sus enemigos. Donde hay culpa, hay miedo; y el espíritu perseguidor, aunque cruel, es un espíritu cobarde. —No será parte pequeña del castigo de los perseguidores en este mundo, que en el gran día vean honrados y ascendidos a los siervos fieles de Dios. Los testigos del Señor no deben cansarse de sufrir y servir, ni tomar apresuradamente el premio; deben permanecer quietos hasta que su Amo los llame. La consecuencia de que sean así enaltecidos fue un tremendo golpe y convulsión para el imperio anticristiano. Los solos hechos pueden mostrar el significado de esto. Pero cada vez que reviven la obra y los testigos de Dios, la obra del diablo y sus testigos caen ante Él. Parece probable que la matanza de los testigos sea un acontecimiento futuro.

Vv. 14—19. Antes que suene la séptima y última trompeta se hace el habitual pedido de atención. Los santos y los ángeles del cielo saben que la diestra de nuestro Dios y Salvador manda en todo el mundo. Pero las naciones salen con su propia ira al encuentro de la ira de Dios. Fue un tiempo en que Él estaba empezando a recompensar los servicios fieles y los sufrimientos de su pueblo; y sus enemigos están nerviosos con Dios, y así aumentan su culpa y apresuran su destrucción. —Al abrirse el templo de Dios en el cielo quizá se signifique que había más comunicación libre entre el cielo y la tierra; la oración y las alabanzas subían más libre y frecuentemente; las gracias y las bendiciones descendían con más abundancia. Pero, más bien, parece referirse a la iglesia de Dios en la tierra. En el reino del anticristo, se echó a un lado la ley de Dios y se la vació con tradiciones y decretos; las Escrituras estuvieron cerradas para la gente, pero ahora se ponen a la vista de todos. Como el arca, esto es un símbolo de la presencia de Dios que vuelve a su pueblo, y su favor para con ellos en Jesucristo, como la Propiciación por sus pecados. La gran bendición de la Reforma fue acompañada por providencias muy temibles; y Dios respondió con cosas terribles de justicia a las oraciones presentadas en su santo templo, ahora abierto.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Descripción de la iglesia de Cristo y de Satanás, bajo las figuras de una mujer y de un gran dragón rojo.* 7—12. *Miguel y sus ángeles luchan con el diablo y sus ángeles, los que son derrotados.* 13, 14. *El dragón persigue a la iglesia.* 14—17. *Sus vanos intentos por destruirla.—Renueva su guerra contra la simiente de la mujer.*

Vv. 1—6. La iglesia, representada por una mujer, la madre de los creyentes, fue vista en el cielo por el apóstol en una visión. Ella estaba vestida de sol, justificada, santificada y brillando por la unión

con Cristo, el Sol de la Justicia. La luna estaba bajo sus pies; ella era superior a la luz reflejada y más débil que la revelación hecha por Moisés. Tenía en su cabeza una corona de doce estrellas; la doctrina del evangelio predicada por los doce apóstoles es una corona de gloria de todos los creyentes verdaderos. Estaba con dolor para dar a luz una santa familia; deseosa que la convicción de los pecadores pueda terminar en su conversión. El dragón es emblema conocido de Satanás, y de sus agentes principales, o de los que gobiernan por él en la tierra, como en esa época el imperio pagano de Roma, la ciudad edificada sobre siete colinas. Teniendo diez cuernos, dividida en diez reinos. Tener siete coronas representa siete formas de gobierno. Arrastraba con su cola a la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojaba a la tierra; perseguía y seducía a los ministros y maestros. Vigilando para aplastar la religión cristiana, pero, a pesar de la oposición de los enemigos, la iglesia sacó adelante a un grupo varonil de profesantes fieles y verdaderos en quienes Cristo fue verdaderamente formado de nuevo; el misterio de Cristo, el Hijo de Dios que gobernará las naciones y a cuya diestra sus miembros participan de la misma gloria. Esta bendita simiente fue protegida por Dios.

Vv. 7—11. Los intentos del dragón resultaron infructuosos contra la iglesia, y fatales para sus propios intereses. La sede de esta guerra era el cielo; en la iglesia de Cristo, el reino del cielo en la tierra. Las partes eran Cristo, el gran Ángel del pacto, y sus fieles seguidores; y Satanás y sus instrumentos. La fuerza de la iglesia está en tener al Señor Jesús como Capitán de la salvación de ellos. —La idolatría pagana, que era la adoración de los demonios, fue echada del imperio por la difusión del cristianismo. La salvación y la fuerza de la iglesia sólo deben atribuirse al Rey y Cabeza de la iglesia. El enemigo vencido odia la presencia de Dios, pero está dispuesto a comparecer para acusar al pueblo de Dios. Cuidémonos para no darle causa de acusarnos; cuando hemos pecado, presentémonos ante el Señor, a condenarnos a nosotros mismos y encomendar nuestra causa a Cristo como nuestro Abogado. Los siervos de Dios vencen a Satanás por la sangre del Cordero, como su causa. Por la palabra de su testimonio: la predicación poderosa del evangelio es potente, por medio de Dios, para derribar fortalezas. Por su valor y paciencia en los sufrimientos: ellos no amaron tanto a sus vidas, pero las rindieron por la causa de Cristo. Estos eran los guerreros y las armas por las cuales el cristianismo derrocó el poder de la idolatría pagana; si los cristianos hubieran continuado peleando con estas armas, y con otras como estas, sus victorias hubieran sido más numerosas y gloriosas, y sus efectos, más duraderos. —Los redimidos vencieron por su simple confianza en la sangre de Cristo, como la única base de sus esperanzas. En esto debemos ser como ellos. No debemos mezclar nada más con esto.

Vv. 12—17. La iglesia y todos sus amigos bien pueden ser convocados para alabar a Dios por liberar de la persecución pagana, aunque otras angustias les esperen. El desierto es un lugar desolado y lleno de serpientes y escorpiones, incómodo y sin provisiones, pero es lugar seguro donde uno puede estar solo. —Pero estar así de retirada, no es algo que protegiera a la mujer. Muchos explican al torrente de agua como las invasiones de los bárbaros por los cuales fue derrotado el imperio occidental, porque los paganos animaron sus ataques esperando destruir al cristianismo. Pero los hombres impíos protegieron a la iglesia en medio de estos tumultos, debido a sus intereses mundanos, y la derrota del imperio no ayudó a la causa de la idolatría. O, esto puede significar un torrente de error por el cual la Iglesia de Dios estuvo en peligro de ser derribada y descarriada. El diablo, derrotado en sus intenciones contra la Iglesia, vuelve su furia contra personas y lugares. Ser fiel a Dios y Cristo, en doctrina, adoración y práctica, expone a la ira de Satanás y así será hasta que el último enemigo sea destruido.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—10. *Una bestia salvaje sale del mar a la cual el dragón da su poder.* 11—15. *Otra bestia que tiene dos cuernos, como un cordero, pero que habla como dragón.* 16—18. *Obliga a*

todos a que adoren su imagen y reciban su marca como personas consagradas a ella.

Vv. 1—10. El apóstol, estando en la playa, vio a una bestia salvaje salir del mar; un poder tiránico, idólatra, perseguidor, que surge de los trastornos que tuvieron lugar. ¡Era un monstruo aterrador! Parece significar el dominio mundano opresor que, por muchas eras, desde los tiempos del cautiverio babilonio, había sido hostil a la iglesia. Entonces, la primera bestia empezó a perseguir y oprimir a los justos por amor de la justicia, pero ellos sufrieron más bajo la cuarta bestia de Daniel (el imperio romano) que ha afligido a los santos con muchas persecuciones crueles. —La fuente de este poder fue el dragón. Fue establecido por el diablo y apoyado por él. La herida de la cabeza puede ser la abolición de la idolatría pagana; y la sanidad de la herida sería la introducción de la idolatría papista, la misma en sustancia, sólo que con nuevo ropaje, pero que responde tan efectivamente al designio del diablo. El mundo admiró su poder, política y éxito. Ellos rindieron honores y sujeción al diablo y sus instrumentos. Ejerció un poder y una política infernal exigiendo que los hombres rindieran a las criaturas el honor que sólo pertenece a Dios. Pero el poder y el éxito del diablo son limitados. Cristo tiene un remanente escogido, redimido por su sangre, registrado en su libro, sellado por su Espíritu; y, aunque el diablo y el anticristo puedan vencer el cuerpo, y quitar la vida natural, no pueden vencer el alma, ni prevalecer contra los creyentes verdaderos para que abandonen a su Salvador y se unan a sus enemigos. La perseverancia en la fe del evangelio y la verdadera adoración de Dios, en esta gran hora de prueba y tentación, que engañarían a todos excepto al elegido, es el carácter de los registrados en el libro de la vida. Este motivo y aliento poderosos a la constancia es el gran objetivo de todo el Libro de Apocalipsis.

Vv. 11—18. Los que entienden que la primera bestia significa una potencia mundial, toman a la segunda también como poder perseguidor y usurpador que actúa con el disfraz de la religión y de la caridad hacia las almas de los hombres. Es un dominio espiritual que profesa derivar de Cristo y se ejerce, primeramente, en forma suave, pero luego habla como dragón. Su habla le traiciona, porque establece doctrinas falsas y decretos crueles que muestran que pertenece al dragón y no al Cordero. Ejerció todo el poder de la bestia anterior. Persigue el mismo objetivo: apartar a los hombres de la adoración del Dios verdadero y someter las almas de los hombres a la voluntad y al control de hombres. La segunda bestia ha ejecutado sus intenciones con métodos que engañan a los hombres para que adoren a la primera bestia en la nueva forma o semejanza hecha para esto, con prodigios mentirosos, milagros pretendidos, y por censuras severas. También, sin permitir el goce de derechos naturales o civiles por parte de quienes no adoren a esa bestia que es la imagen de la bestia pagana. Se hace algo que da autorización para comprar y vender y para ganancia y confianza, lo que les obliga a usar todo su interés, poder y trabajo en el fomento del dominio de la bestia, lo cual es significado por recibir su marca. Hacer una imagen de la bestia, cuya herida mortal fue sanada, sería dar forma y poder a su adoración, o requerir obediencia a sus órdenes. Adorar la imagen de la bestia implica someterse a las cosas que estampan el carácter de la marca y la vuelven imagen de la bestia. —El número de la bestia es dado como para mostrar la sabiduría infinita de Dios y ejercitar la sabiduría de los hombres. El número es número de hombre, calculado de la manera habitual de los hombres, y es 666. Permanece como misterio qué o quién está representado por esto. Este número ha sido aplicado en casi cada disputa religiosa y se puede dudar, razonablemente, si se ha descubierto ya su significado. Pero el que tiene sabiduría y entendimiento verá que todos los enemigos de Dios están numerados y marcados para destrucción; que el término de su poder pronto expirará y que todas las naciones se someterán a nuestro Rey de justicia y paz.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—5. *Los fieles a Cristo celebran las alabanzas de Dios.* 6—13. *Tres ángeles: uno que proclama el evangelio eterno; otro, la caída de Babilonia; y el tercero, la temible ira de Dios*

sobre los adoradores de la bestia. La bendición de los que murieron en el Señor. 14—16. Una visión de Cristo con una hoz aguda, y de una cosecha madura. 17—20. El símbolo de una cosecha totalmente madura, trillada en la prensa de vino de la ira de Dios.

Vv. 1—5. El monte Sion es la iglesia del evangelio. Cristo está con su iglesia y en medio de todas sus angustias, por tanto, no es consumida. Su presencia asegura la perseverancia. Su pueblo se presenta honorablemente. Ellos tienen el nombre de Dios escrito en sus frentes; pueden hacer una profesión denodada y abierta de su fe en Dios y Cristo, y esto es acompañado por actos apropiados. En las épocas más tenebrosas hubo personas que se aventuraron y rindieron sus vidas por la adoración y la verdad del evangelio de Cristo. Se mantuvieron limpias de la abominación perversa de los seguidores del anticristo. Sus corazones estuvieron bien con Dios y fueron libremente perdonados en Cristo; Él es glorificado en ellos y ellos en Él. Sea nuestra oración, nuestro esfuerzo, y nuestra ambición ser hallados en esta honorable compañía. Los que son realmente santificados y justificados están aquí representados, porque ningún hipócrita, por verosímil que parezca, puede contarse como sin falta ante Dios.

Vv. 6—13. Aquí parece manifestarse el progreso de la Reforma. Las cuatro proclamas son evidentes en su significado: que todos los cristianos sean exhortados a ser fieles a su Señor en el tiempo de la prueba. El evangelio es el gran medio por el cual son llevados los hombres a temer a Dios, y a darle gloria. —La predicación del evangelio eterno estremece los cimientos del anticristo en el mundo, y apresura su caída. —Si alguien persiste en someterse a la bestia, y en fomentar su causa, debe esperar ser miserable en cuerpo y alma para siempre. El creyente tiene que aventurarse o sufrir cualquier cosa por obedecer los mandamientos de Dios y por profesar la fe de Jesús. Que Dios nos conceda esta paciencia. —Nótese la descripción de los que son y serán bendecidos: los tales mueren en el Señor; mueren en la causa de Cristo, en estado de unión con Cristo; los tales son hallados en Cristo cuando llega la muerte. Descansan de todo pecado, tentación, pena y persecución; porque ahí el malo cesa de atormentarlos, ahí los agotados están en reposo. Sus obras les siguen: no van adelante como título de ellos, o como adquisición, pero los siguen como pruebas de haber vivido y muerto en el Señor; el recuerdo de ellos será grato y la recompensa, muy por encima de todos sus servicios y sufrimientos. Esto es asegurado por el testimonio del Espíritu, que atestigua en sus espíritus, y la palabra escrita.

Vv. 14—20. No habiendo producido reforma las advertencias y los juicios, los pecados de las naciones han llenado la medida, y están maduros para los juicios, representados por una cosecha, símbolo que se usa para significar la reunión de los justos, cuando estén maduros para el cielo, por la misericordia de Dios. El tiempo de cosecha es cuando está maduro el trigo; cuando los creyentes están maduros para el cielo, entonces el trigo de la tierra será reunido en el granero de Cristo por una cosecha. Los enemigos de Cristo y de Su Iglesia no son destruidos hasta que por su pecado esté maduro para destrucción, y entonces, Él no los pasará más por alto. El lagar es la ira de Dios, una calamidad terrible, probablemente la espada, que derrama la sangre de los malos. La paciencia de Dios para con los pecadores es el mayor milagro del mundo; pero, aunque duradera, no será eterna; y la maduración del pecado es prueba segura del juicio inminente.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—4. *La Iglesia canta un cántico de alabanza. 5—8. Siete ángeles con las siete plagas; y, luego, uno de los seres vivientes da a uno de ellos siete copas de oro llenas de la ira de Dios.*

Vv. 1—4. Aparecieron siete ángeles en el cielo, preparados para terminar la destrucción del anticristo. Puesto que la medida de los pecados de Babilonia estaba llena, encuentra la medida llena

de la ira divina. Mientras los creyentes estén en este mundo, en tiempos de angustia, como parado sobre un mar de vidrio mezclado con fuego, pueden esperar su liberación final, mientras nuevas misericordias piden nuevos himnos de alabanza. Mientras más sabemos de las maravillosas obras de Dios, más alabaremos su grandeza como el Señor Dios Todopoderoso, el Creador y Rey de todos los mundos; pero su título de Emanuel, el Rey de los santos, lo hará querido a nosotros. ¿Quién que considere el poder de la ira de Dios, el valor de su favor o la gloria de su santidad, rehusará a temerle y honrarle a Él solo? Su alabanza está por sobre el cielo y la tierra.

Vv. 5—8. En los juicios que Dios ejecuta con el anticristo y sus seguidores, cumple las profecías y las promesas de su palabra. Estos ángeles están preparados para su obra, vestidos con lino puro y blanco, sus pechos ceñidos con cinto de oro, que representan la santidad, la justicia y la excelencia de los tratos con los hombres. Ellos son ministros de la justicia divina y hacen todas las cosas en forma pura y santa. Estaban armados con la ira de Dios contra sus enemigos. Hasta la criatura más vil, cuando está armada con la ira de Dios, será demasiado fuerte para cualquier hombre del mundo. —Los ángeles recibieron las copas de uno de los cuatro seres vivientes, uno de los ministros de la iglesia verdadera, como respuesta a las oraciones de los ministros y del pueblo de Dios. El anticristo no podía ser destruido sin un gran golpe para todo el mundo, y hasta el pueblo de Dios estaría angustiado y confundido mientras se hacía la gran obra. Las liberaciones más grandes de la iglesia son producidas por pasos temibles y asombrosos de la providencia; y el estado feliz de la iglesia verdadera no empezará hasta que sean destruidos los enemigos obstinados, y purificados los cristianos tibios o formales. Entonces, todo lo que esté contra las Escrituras será purgado, toda la iglesia será espiritual y todo, siendo llevado a la pureza, la unidad y la espiritualidad, será firmemente establecido.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—7. *La primera copa es arrojada a la tierra, la segunda al mar, la tercera a los ríos y fuentes.* 8—11. *La cuarta al sol, la quinta a la sede de la bestia.* 12—16. *La sexta al gran río Éufrates.* 17—21. *Y la séptima, al aire cuando cae la destrucción de todos los enemigos de los cristianos.*

Vv. 1—7. Tenemos que orar que se haga la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. Aquí hay una sucesión de terribles juicios de la providencia; y parece una alusión a diversas plagas de Egipto. Los pecados eran semejantes, y así, los castigos. Las copas se refieren a las siete trompetas, que representaban el surgimiento del anticristo; y la caída de los enemigos de la Iglesia se parecerá algo a su levantamiento. Todas las cosas de su tierra, su aire, su mar, sus ríos, sus ciudades, están condenadas a la ruina, todas malditas por la maldad de la gente. No os asombréis que los ángeles, que presencian o ejecutan la venganza divina en los obstinados que odian a Dios, Cristo y la santidad, alaben su justicia y verdad; y adoren sus espantosos juicios cuando ejecute en los crueles perseguidores las torturas que ellos hicieron sufrir a sus santos y profetas.

Vv. 8—11. El corazón del hombre es tan perverso que las desgracias más severas nunca llevarán a nadie a arrepentirse sin la gracia especial de Dios. El mismo infierno está lleno de blasfemias; y los ignorantes de la historia humana, de la Biblia, y de sus propios corazones, no saben que mientras más sufren los hombres, y más claramente vean la mano de Dios en sus sufrimientos, más furiosamente se enojan a menudo contra Él. Que ahora los pecadores busquen el arrepentimiento en Cristo y la gracia del Espíritu Santo o tendrán la angustia y el horror de un corazón sin humillar, impenitente y desesperado; añadiendo así a su culpa y desgracia por toda la eternidad. —Las tinieblas se oponen a la sabiduría y al conocimiento y prolongan la confusión y la necedad de los idólatras y seguidores de la bestia. Se oponen al placer y al gozo, y significan la angustia y la vejación del espíritu.

Vv. 12—16. Probablemente esto señale la destrucción de la potencia turca y de la idolatría, y que se hará un camino para el retorno de los judíos. O, tómesese como Roma, la Babilonia mística, el nombre de Babilonia escrito por Roma, que así se pensaba, pero en ese entonces no se nombraba abiertamente. Cuando Roma es destruida, su río y sus mercaderías deben sufrir con ella. Quizá, se abra un camino para que las naciones orientales entren a la iglesia de Cristo. El gran dragón reunirá todas sus fuerzas para librar una batalla desesperada antes que todo esté perdido. Dios advierte de esta gran prueba para hacer que su pueblo se prepare para ella. Estos serán tiempos de gran tentación; por tanto, Cristo, por su apóstol llama a sus siervos creyentes a esperar su venida repentina, y a velar para no ser avergonzados, como apóstatas o hipócritas. Por mucho que difieran los cristianos en cuanto a sus criterios de los tiempos y las eras, en cuanto a los sucesos que aun tienen que ocurrir, en este solo punto están todos de acuerdo: Jesucristo, el Señor de gloria, volverá súbitamente a juzgar al mundo. A los que viven cerca de Cristo, esto es objeto de gozosa esperanza y expectativa, y la demora es algo que ellos no desean.

Vv. 17—21. El séptimo y último ángel echa su copa y se consuma la caída de Babilonia. La iglesia triunfante del cielo lo vio y se regocijó; la iglesia afligida en la tierra, lo vio y se volvió triunfante. Dios se acordó de la ciudad grande y malvada; aunque por un tiempo parecía que había olvidado su idolatría y crueldad. Todo lo que era más seguro fue eliminado por la ruina. —Los hombres blasfemaron: los juicios más grandes que puedan recaer a los hombres no producirán el arrepentimiento sin la gracia de Dios. Endurecerse contra Dios por sus juicios justos es señal cierta de destrucción total y segura.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—6. *Uno de los ángeles que tenía las copas, explica el significado de la visión anterior de la bestia anticristiana que iba a reinar 1260 años, y luego sería destruida. 7—18. E interpreta el misterio de la mujer, y de la bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos.*

Vv. 1—6. Roma parece estar claramente representada en este capítulo. La Roma pagana sometió y gobernó con poderío militar, no por arte ni halagos. Dejaba, por lo general, que las naciones siguieran con sus antiguas costumbres y adoración, pero es cosa bien sabida que por administración política astuta, con toda clase de engaños de injusticia, la Roma papal ha obtenido y mantenido su gobierno sobre reyes y naciones. —Aquí hubo seducciones por medio de honores y riquezas mundanales, pompas y orgullo, apropiado para mentes mundanas y sensuales. La prosperidad, la pompa y el esplendor alimentaron la soberbia, y las concupiscencias del corazón humano, pero no son una garantía contra la venganza divina. La copa de oro representa las seducciones e ilusiones por las cuales esta Babilonia mística ha obtenido y mantenido su influencia, y ha seducido a otros para que se le unan en sus abominaciones. Se la nombra, por sus costumbres infames, la madre de las ramera; a las que educa en la idolatría y toda clase de maldad. Se llena con la sangre de los santos y mártires de Jesús. Se embriaga con ella, y le era tan agradable que nunca estaba satisfecha. No podemos sino maravillarnos por los océanos de sangre cristiana derramados por hombres que se dicen cristianos; pero cuando consideramos estas profecías, estos hechos espantosos testifican de la verdad del evangelio. Y cuidémonos todos de una religión espléndida, gananciosa o de moda. Evitemos los misterios de la iniquidad y estudiemos con diligencia el gran misterio de la piedad para que aprendamos humildad y gratitud del ejemplo de Cristo. Mientras más procuremos parecernos a Él, menos obligados estaremos a ser engañados por el anticristo.

Vv. 7—14. La bestia que montaba la mujer, era y no es, y, sin embargo, es. Era asiento de idolatría y persecución, y no es; no en la forma antigua, que era pagana: pero es; verdaderamente es la sede de la idolatría y la tiranía, aunque de otra suerte y forma. Engañaría a una sumisión estúpida y ciega a todos los habitantes de la tierra bajo su influencia excepto al remanente de los elegidos. —

Esta bestia tiene siete cabezas, siete montañas, las siete colinas sobre las cuales se yergue Roma; y siete reyes, siete clases de gobierno. Cinco eran pasados cuando se escribió esta profecía; uno era en ese momento; el otro aún tenía que llegar. La bestia, dirigida por el papado, constituye el octavo gobernante y vuelve a establecer la idolatría. —Tenía diez cuernos, que se dice son diez reyes que aún no tenían reinos; ellos no debían surgir sino cuando se dividiera el imperio romano; pero por un tiempo serían muy celosos de sus intereses. —Cristo reinará cuando todos sus enemigos sean puestos bajos sus pies. La razón de la victoria es que Él es el Rey de reyes y el Señor de señores. Él tiene supremo dominio y poder sobre todas las cosas; todos los poderes de la tierra y del infierno están sujetos a su control. Sus seguidores son llamados a esta guerra, son equipados para ella y serán fieles en ella.

Vv. 15—18. Dios mandaba en tal forma los corazones de estos reyes, por su poder sobre ellos, y por su providencia, que hicieron esas cosas, sin tener la intención, que Él se propuso y anunció. Ellos verán su necedad y cómo fueron embrujados y esclavizados por la ramera, y hechos instrumentos de su destrucción. Ella era esa gran ciudad que reinaba sobre los reyes de la tierra, cuando Juan tuvo esta visión; y todos saben que Roma era esa ciudad. —Los creyentes serán recibidos en la gloria del Señor cuando los malos sean destruidos de la manera más terrible; su unión en pecado será vuelta en odio e ira y ellos asistirán, anhelosos, a torturarse los unos a los otros. Pero la porción del Señor es su pueblo; su consejo permanecerá y Él hará todo su beneplácito para su gloria y dicha de todos sus siervos.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—3. *Otro ángel desde el cielo proclama la caída de la Babilonia mística.* 4—8. *Una voz desde el cielo amonesta al pueblo de Dios, no sea que participen de sus plagas.* 9—19. *Las lamentaciones por ella.* 20—24. *La iglesia llamada a regocijarse por su extrema ruina.*

Vv. 1—8. La caída y la destrucción de la Babilonia mística están determinadas en los consejos de Dios. Otro ángel viene del cielo. Este parece ser Cristo mismo, que viene a destruir a sus enemigos y a derramar la luz de su evangelio por todas las naciones. La maldad de esta Babilonia era muy grande; había olvidado al Dios verdadero y había puesto ídolos, arrastrando a toda clase de hombres al adulterio espiritual, y por su riqueza y lujo, los mantuvo interesados en ella. Parece representar principalmente la mercadería espiritual, por la cual son multitudes las que han vivido en riquezas de maldad, por los pecados y la necedad de la humanidad. —Se da advertencia justa a todos los que esperan misericordia de Dios de que no sólo deben salir de Babilonia sino ayudar a su destrucción. Dios puede tener pueblo hasta en Babilonia. Pero el pueblo de Dios será llamado a salir de Babilonia, y llamado eficazmente, mientras que los que participan con los impíos en sus pecados, deben recibir sus plagas.

Vv. 9—19. Los dolientes habían participado de los placeres sensuales de Babilonia, y habían hecho ganancias por su riqueza y comercio. Eran los reyes de la tierra, a quienes ella había atraído a la idolatría, permitiéndoles ser tiránicos con sus súbditos, aunque obedientes a ella; también eran los mercaderes, los que traficaban sus indulgencias, perdones y honores; ellos son los que se lamentan. Los amigos de Babilonia participaron de sus placeres y beneficios pecaminosos, pero no están dispuestos a participar de sus pestes. El espíritu del anticristo es un espíritu mundano, y el lloro es una pura tristeza mundana; ellos no lloran por la ira de Dios, sino por la pérdida de sus comodidades externas. La magnificencia y las riquezas de los impíos de nada les servirán, pero harán más difícil de soportar la venganza. La mercadería espiritual es aquí aludida cuando menciona como artículos de comercio no sólo a los esclavos, sino las almas de los hombres para la destrucción de las almas de millones. Tampoco esto ha sido peculiar del anticristo romano y su sola culpa. —Pero que los mercaderes prósperos aprendan, con todas sus ganancias, a conseguir las

riquezas inescrutables de Cristo; de lo contrario, aun en esta vida, puede que tengan que lamentar que las riquezas crían alas y se alejan volando, y que todos los frutos por los cuales contaminaron de lujuria sus almas, los abandonaron. En todo caso, la muerte terminará pronto su comercio y todas las riquezas de los impíos serán intercambiadas no sólo por el ataúd y el gusano, sino por el fuego que no puede apagarse.

Vv. 20—24. Lo que es materia de júbilo para los siervos de Dios en la tierra, es materia de regocijo para los ángeles en el cielo. Los apóstoles, que son honrados y diariamente adorados en Roma, en forma idólatra, se regocijarán por su caída. La caída de Babilonia fue un acto de la justicia de Dios. Como fue una ruina final, este enemigo nunca más les molestará otra vez; de esto tienen la seguridad por una señal. Recibamos la advertencia de las cosas que llevan a los demás a su destrucción, y pongamos nuestros afectos en las cosas de arriba, cuando consideramos la naturaleza variable de las cosas terrenales.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—10. *La iglesia en el cielo y la de la tierra triunfan y alaban al Señor por sus juicios justos.* 11—21. *Una visión de Cristo que sale a destruir a la bestia y sus ejércitos.*

Vv. 1—10. Alabar a Dios por lo que tenemos es orar por lo que aún va a hacer por nosotros. Hay armonía entre los ángeles y los santos en este cántico triunfal. —Cristo es el Esposo de su Iglesia rescatada. Esta segunda unión será completada en el cielo, pero el comienzo del milenio glorioso (por el cual se significa el reino de Cristo, o estado de dicha por mil años en la tierra) puede ser considerado como la celebración de sus esponsales en la tierra. Entonces, la Iglesia de Cristo, purificada de errores, divisiones y corrupciones de doctrina, disciplina, adoración y práctica, estará preparada para ser públicamente reconocida por Él como su delicia y su amada. La Iglesia apareció, no con el vestido alegre e impúdico de la madre de las prostitutas, sino con lino fino, limpio y blanco. Son las vestiduras de la justicia de Cristo, imputada para justificación e impartida para santificación. Las promesas del evangelio, los dichos verdaderos de Dios, abiertas, aplicadas y selladas por el Espíritu de Dios, en santas ordenanzas, son el festejo nupcial. Esto parece referirse a la abundante gracia y consuelo que recibirán los cristianos en los dichosos días que tienen que venir. —El apóstol ofreció honores al ángel, que los rechazó. Dirigió al apóstol al único objeto verdadero de adoración religiosa: adora a Dios y a Él solo. Esto condena claramente la práctica de los que adoran los elementos del pan y del vino, y santos, y ángeles, y los que no creen que Cristo es verdaderamente, y por naturaleza, Dios, pero le rinden una suerte de adoración. Son reos de idolatría por un mensajero del cielo. Estos son los verdaderos dichos de Dios; del que debe ser adorado como uno con el Padre y el Espíritu Santo.

Vv. 11—21. Cristo, la Cabeza gloriosa de la Iglesia, se presenta sobre un caballo blanco, el símbolo de la justicia y la santidad. Tiene muchas coronas, porque es el Rey de reyes y el Señor de señores. Está vestido con un ropaje empapado en su propia sangre, por la cual compró su poder como Mediador; y en la sangre de sus enemigos, sobre los cuales siempre prevalece. Su nombre es “El Verbo de Dios”; nombre que nadie conoce plenamente sino Él mismo; sólo esto sabemos nosotros, que este Verbo era Dios manifestado en la carne; pero sus perfecciones no pueden ser plenamente entendidas por ninguna criatura. —Le siguen ángeles y santos y son como Cristo en su armadura de pureza y justicia. Él va a ejecutar las amenazas de la palabra escrita en sus enemigos. Las insignias de su autoridad son su nombre; afirma su autoridad y poder, y advierte a los príncipes más poderosos que se sometan o caigan ante Él. —Las potestades de la tierra y del infierno hacen su máximo esfuerzo. Estos versículos declaran hechos importantes anunciados por los profetas. Estas personas no fueron excusadas porque hicieron lo que sus jefes les mandaron. ¡Qué vano será el alegato de muchos pecadores en ese gran día! ¡Nosotros seguimos a nuestros jefes! ¡Hicimos lo

que vimos que hacían otros! En su Palabra, Dios dio una regla para caminar; ni el ejemplo de la mayoría, ni el del jefe, deben movernos a lo contrario; si hacemos como la mayoría, debemos ir donde va la mayoría, al lago de fuego.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—3. *Satanás atado por mil años.* 4—6. *La primera resurrección; benditos los que en ella tengan parte.* 7—10. *Satanás suelto: Gog y Magog.* 11—15. *La resurrección última y general.*

Vv. 1—3. He aquí una visión que muestra, por una figura, las limitaciones puestas al mismo Satanás. Cristo, con poder omnipotente, impedirá que el diablo engañe a la humanidad como hasta ahora lo ha hecho. No le falta poder ni instrumentos para romper el poder de Satanás. Cristo lo encierra por su poder y lo sella por su autoridad. La iglesia tendrá un tiempo de paz y prosperidad, pero todas sus pruebas aún no terminaron.

Vv. 4—6. He aquí un relato del reino de los santos por el mismo tiempo que Satanás esté atado. Los que sufren con Cristo reinarán con Él en su reino espiritual y celestial, en conformidad con Él en su sabiduría, justicia y santidad: esto se llama la primera resurrección con que serán solamente favorecidos todos los que sirvan a Cristo y sufran por Él. Se declara la felicidad de estos siervos de Cristo. Nadie puede ser bendecido sino los que son santos, y todos los que son santos serán bendecidos. Algo sabemos de lo que es la primera muerte, y es muy espantosa, pero no sabemos lo que es muerte segunda. Debe ser mucho más terrible; es la muerte del alma, la separación eterna de Dios. Que nunca sepamos lo que es: quienes han sido hechos partícipes de la resurrección espiritual, son salvos del poder de la muerte segunda. Podemos esperar que mil años sigan a la destrucción del anticristo, de las potencias idólatras y de los perseguidores, durante los cuales el cristianismo puro de doctrina, adoración y santidad, será dado a conocer en toda la tierra. Por la obra todopoderosa del Espíritu Santo, los hombres caídos serán creados de nuevo; y la fe y la santidad prevalecerán tan ciertamente como ahora dominan la incredulidad y la impiedad. Podemos notar con facilidad que cesará toda una gama de dolores, enfermedades y otras calamidades terribles, como si todos los hombres fuesen cristianos verdaderos y coherentes. Todos los males de las contiendas públicas y privadas terminarán, y la felicidad de toda clase se generalizará. Todo hombre tratará de aliviar el sufrimiento en lugar de agregar a las penas de quienes le rodean. Nuestro deber es orar por los días gloriosos prometidos, y hacer todo lo que en nuestros puestos públicos o privados puedan preparar para ellos.

Vv. 7—10. Mientras este mundo dure, no será totalmente destruido el poder de Satanás, aunque sea limitado y aminorado. En cuanto Satanás sea soltado otra vez, empieza a engañar a las naciones e incitarlas a pelear con los santos y siervos de Dios. Bueno sería que los siervos y los ministros de Cristo fueran tan activos y perseverantes en hacer el bien, como sus enemigos para hacer el mal. Dios peleará esta última batalla decisiva por su pueblo, para que la victoria sea completa y la gloria para El.

Vv. 11—15. Después de los hechos recién anunciados, vendrá rápidamente el final y no se menciona nada más, antes de la aparición de Cristo a juzgar al mundo. Este será el gran día: el Juez, el Señor Jesucristo, entonces vestido en majestad y terror. Las personas que serán juzgadas son los muertos, pequeños y grandes; jóvenes y viejos; altos y bajos; ricos y pobres. Nadie es tan vil que no tenga talentos de los cuales debe rendir cuentas; y nadie es tan grande que pueda eludir la rendición de cuentas. No sólo los que estén vivos cuando venga Cristo, sino todos los muertos. Hay un libro de memorias para el bien y el mal; y el libro de la conciencia de los pecadores, aunque antes secreto, entonces será abierto. Cada hombre recordará todos sus actos pasados, aunque muchos los

hayan olvidado hace largo tiempo. Otro libro será abierto, el libro de las Escrituras, la regla de vida; representa el conocimiento del Señor sobre su pueblo y sus declaraciones del arrepentimiento, la fe y las buenas obras de ellos; mostrando las bendiciones del nuevo pacto. Los hombres serán justificados o condenados por sus obras; él probará sus principios por sus prácticas. Los justificados y absueltos por el evangelio serán justificados y absueltos por el Juez y entrarán a la vida eterna, no teniendo que temer más la muerte, el infierno o a los hombres malos, porque ellos serán destruidos todos juntos. Esta es la segunda muerte, la separación final de los pecadores de Dios. Que sea nuestro gran afán ver si nuestras Biblias nos justifican o condenan ahora; porque Cristo juzgará los secretos de todos los hombres conforme al evangelio. ¿Quién habitará con las llamas devoradoras?

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—8. *El nuevo cielo y la nueva tierra: la nueva Jerusalén donde habita Dios y termina toda tristeza de su pueblo.* 9—21. *Su origen, gloria y defensa segura, todos celestiales.* 22—27. *Su perfecta felicidad iluminada con la presencia de Dios y el Cordero, y en el libre acceso de las multitudes, hechas santas.*

Vv. 1—8. El nuevo cielo y la nueva tierra no estarán separados entre sí; la tierra de los santos, sus cuerpos glorificados serán celestiales. El viejo mundo con todos sus problemas y tribulaciones habrá pasado. No habrá mar, lo que representa adecuadamente la libertad de las pasiones contradictorias, de las tentaciones, los problemas, los cambios y las alarmas; de todo lo que pueda interrumpir o dividir la comunión de los santos. Esta nueva Jerusalén es la Iglesia de Dios en el estado nuevo perfecto, la Iglesia triunfante. Su bendición viene totalmente de Dios y depende de Él. —La presencia de Dios con su pueblo en el cielo no será interrumpida como es en la tierra, Él habitará con ellos continuamente. Todos los efectos de tribulaciones previas serán eliminados. Ellos han llorado a menudo debido al pecado, la aflicción, las calamidades de la Iglesia, pero no quedarán señales ni recuerdos de las congojas anteriores. Cristo hará nuevas todas las cosas. Si estamos dispuestos y deseosos de que el Redentor haga nuevas todas las cosas en nuestros corazones y naturaleza, Él hará nuevas todas las cosas acerca de nuestra situación hasta que nos lleve a disfrutar la felicidad completa. Nótese la certeza de la promesa. Dios da todos sus títulos, Alfa y Omega, Principio y Fin, como señal del cumplimiento pleno. Los placeres pecaminosos y sensuales son aguas envenenadas y cenagosas; y los mejores consuelos terrenales son como el escaso aprovisionamiento de una cisterna; cuando se idolizan, se vuelven cisternas rotas y sólo rinden vejación. Pero los goces que imparte Cristo son las aguas que brotan de una fuente, puras, refrescantes, abundantes y eternas. Los consuelos santificadores del Espíritu Santo nos preparan para la dicha celestial; son corrientes que fluyen para nosotros en el desierto. —Los timoratos no se atreven a enfrentarse con las dificultades de la religión, su miedo esclavizante viene de su incredulidad; pero los que fueron tan cobardes que no se atrevieron a tomar la cruz de Cristo, estaban, no obstante tan desesperados que se precipitaron a la maldad abominable. Las agonías y los terrores de la primera muerte conducirán a los terrores y agonías mucho mayores de la muerte eterna.

Vv. 9—21. Dios tiene varias ocupaciones para Sus ángeles santos. A veces, tocan la trompeta de la providencia divina y advierten a un mundo indiferente; a veces, revelan cosas de naturaleza celestial a los herederos de la salvación. Los que desean tener vistas claras del cielo, deben acercarse tanto al cielo como puedan en el monte de la meditación y la fe. El tema de la visión es la Iglesia de Dios en estado perfecto triunfante, brillando en su lustre; gloriosa con relación a Cristo, lo cual muestra que la dicha del cielo consiste de la relación con Dios en conformidad con Él. —El cambio de símbolos de esposa a ciudad, muestra que sólo tenemos que hacernos ideas generales de esta descripción. —El muro es para seguridad. El cielo es un estado seguro; los que están ahí, están

separados de todos los males y enemigos, y asegurados contra ellos. Esta ciudad es enorme; hay lugar para todo el pueblo de Dios. El cimiento del muro; la promesa y el poder de Dios, y la compra de Cristo son los fuertes fundamentos de la seguridad y felicidad de la Iglesia. Estos fundamentos estaban hechos de doce clases de piedras preciosas, lo cual connota la variedad y la excelencia de las doctrinas del evangelio, o de las virtudes del Espíritu Santo, o las excelencias personales del Señor Jesucristo. —El cielo tiene puerta; hay entrada libre para todos los que son santificados; ellos no se verán excluidos. —Las puertas son de perlas. Cristo es la Perla de gran precio y Él es nuestro Camino a Dios. La calle de la ciudad era de oro puro, como cristal transparente. Los santos del cielo pisan oro. Los santos están en reposo allí, pero este no es un estado de sueño y ocio; ellos tienen comunión no sólo con Dios, sino los unos con los otros. Todas estas glorias representan sólo débilmente al cielo.

Vv. 22—27. La comunión perfecta y directa con Dios suplirá con demasía el lugar de las instituciones del evangelio. ¿Y qué palabras pueden expresar más plenamente la unión de igualdad del Hijo con el Padre en la Divinidad? ¡Qué mundo lúgubre sería éste si no fuera por la luz del sol! ¿Qué hay en el cielo que supla su lugar? La gloria de Dios ilumina la ciudad y el Cordero es su Luz. Dios en Cristo será una Fuente eterna de conocimiento y gozo para los santos del cielo. No hay noche, por tanto, no es necesario cerrar las puertas; todo está en paz y seguro. Todo nos muestra que debemos ser guiados más y más a pensar en el cielo como lleno con la gloria de Dios, e iluminado por la presencia del Señor Jesús. —Nada pecador ni inmundo, idólatra o falso y engañoso puede entrar. Todos los habitantes son perfeccionados en santidad. Ahora los santos sienten una triste mezcla de corrupción que les estorba en el servicio de Dios, e interrumpe su comunión con Él; pero al entrar al Lugar Santísimo, son lavados en el lavacro de la sangre de Cristo y son presentados al Padre sin mancha. —Nadie que obre abominaciones es admitido en el cielo. Está libre de hipócritas y de mentirosos. Como nada inmundo puede entrar al cielo, estimulémonos con estos vistazos de las cosas celestiales para usar toda diligencia, y la perfecta santidad en el temor de Dios.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—5. *Una descripción del estado celestial con las figuras del agua y los árboles de la vida, y del trono de Dios y el Cordero.* 6—19. *La verdad y el certero cumplimiento de todas las visiones proféticas.—El Espíritu Santo y la esposa, la Iglesia, invitan y dicen, Ven. 20, 21. La bendición final.*

Vv. 1—5. Todos los arroyos del consuelo terrenal son fangosos, pero estos son claros y refrescantes. Dan vida, y preservan la vida, para los que beben de ellos, y así, fluirán para siempre. Indican las influencias vivificantes y santificadoras del Espíritu Santo, según se dan a los pecadores por medio de Cristo. El Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, aplica esta salvación a nuestras almas por su amor y poder que crean de nuevo. Los árboles de vida son alimentados por las aguas puras del río que sale del trono de Dios. La presencia de Dios en el cielo es la salud y la dicha de los santos. Este árbol era un símbolo de Cristo y de todas las bendiciones de su salvación; y las hojas para sanar las naciones significan que su favor y presencia suplen todo el bien a los habitantes de ese mundo bendito. —El diablo no tiene poder allí; no puede desviar a los santos de servir a Dios, ni puede perturbarlos en el servicio de Dios. Aquí se habla como de Uno de Dios y del Cordero. El servicio será ahí no sólo libertad, sino honor y dominio. No habrá noche; ni aflicción ni congoja, nada de pausas en el servicio o el placer: nada de diversiones o placeres de invención humana serán deseados allí. ¡Qué diferente todo esto de los puntos de vista puramente humanos y groseros de la dicha celestial, de los que se refieren a los placeres de la mente!

Vv. 6—19. El Señor Jesús habló por el ángel, confirmando solemnemente el contenido de este libro, particularmente de esta última visión. Él es el Señor Dios fiel y verdadero. Además, habló por

sus mensajeros, los santos ángeles que le comunicaron a los hombres santos de Dios. Estas son cosas que deben finalizar dentro de poco. Cristo vendrá pronto y pondrá todas las cosas fuera de duda. Y habló por la integridad del ángel que había sido el intérprete del apóstol. Él rehusó aceptar la adoración de parte de Juan y lo reprendió por ofrecerla. Esto presenta otro testimonio contra la adoración idólatra de santos y ángeles. Dios llama a cada uno a dar testimonio de las declaraciones aquí hechas. Este libro, así conservado abierto, tendrá efecto en los hombres: el inmundo y el injusto lo será más; pero confirmará, fortalecerá y santificará más a los que son justos para con Dios. —Nunca pensemos que una fe muerta o desobediente nos salvará, porque el Primero y el Último ha declarado que son bienaventurados solo los que hacen sus mandamientos. Este es un libro que excluye del cielo a todas las personas malas e injustas, en particular las que aman y hacen mentiras, por tanto, en sí mismo [este libro] no puede ser una mentira. No hay punto ni condición intermedios. —Jesús, que es el Espíritu de profecía, ha dado a sus iglesias la luz matutina de la profecía para asegurarles la luz del perfecto día que se aproxima. Todo está confirmado por una invitación general directa a la humanidad a ir y participar libremente de las promesas y de los privilegios del evangelio. El Espíritu, por la palabra sagrada, y por las convicciones e influencias en la conciencia del pecador, dice: Ven a Cristo para salvación; y la novia, o toda la Iglesia, en la tierra y el cielo, dice: Ven y comparte nuestra dicha. Para que ninguno dude, se agrega: El que quiera o esté deseoso, venga y tome del agua de la vida gratuitamente. Que cada uno que oiga o lea estas palabras, desee de inmediato aceptar la invitación de gracia. Están condenados todos los que se atrevan a corromper o a cambiar la palabra de Dios sea agregándole o quitándole.

Vv. 20, 21. Luego de descubrir estas cosas a su pueblo de la tierra, Cristo parece irse de ellos volviendo al cielo, pero les asegura que no pasará mucho tiempo antes que vuelva otra vez. Mientras estamos ocupados en los deberes de nuestros diferentes puestos en la vida, no importa cuales sean las labores que nos prueben, o las dificultades que nos rodeen, o las congojas que nos opriman, escuchemos con placer a nuestro Señor que proclama: He aquí, yo vengo pronto. Yo vengo a terminar la labor y el sufrimiento de mis siervos. Yo vengo, y mi galardón de gracia conmigo, para premiar, con abundancia verdadera, a toda obra de fe y trabajo de amor. Vengo a recibir a mi pueblo fiel y perseverante para mí mismo, para habitar por siempre en aquel mundo bendito. Amén, así sea, ven, Señor Jesús. —Una bendición cierra todo. Por la gracia de Cristo debemos ser mantenidos en la expectativa gozosa de su gloria, equipados para ella y preservados para ella; y su manifestación gloriosa será de regocijo para los que participan aquí de su gracia y favor. Que todos digan, Amén. Tengamos sed de las grandes medidas de las influencias de gracia del bendito Jesús para nuestras almas y de su presencia de gracia con nosotros hasta que la gloria haga perfecta su gracia en nosotros.

Gloria sea al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; como era en el principio, es ahora y ha de ser, eternamente en el mundo sin fin. Amén.

Henry, Matthew